

Hist. Abt.
VIII.H6.

VIII H. 6.

Elst. Abt.

HISTORIA

DE LA

CONQUISTA DEL PERÚ,

CON OBSERVACIONES PRELIMINARES

SOBRE

LA CIVILIZACION DE LOS INCAS.

POR

GUILLERMO H. PRESCOTT,

MIEMBRO CORRESPONSAL DEL INSTITUTO FRANCÉS, DE LA REAL ACADEMIA DE BERLIN, DE LA DE NÁPOLES,
DE LA DE HISTORIA DE MADRID, ETC.

TRADUCIDA DEL ORIJINAL INGLÉS.

Congesto cumulantor opes, orbisque rapinas Accijit.
CLAUDIANO, In. Ruf, lib. 1, v. 494.

So color de religion
Van a buscar plata y oro
Del encubierto tesoro.

LOPE DE VEGA, el Nuevo Mundo, Jorn. 1.

— D. II. TOMO II. —

VALPARAISO,
IMPRENTA DEL DIARIO,

OCTUBRE DE 1851.

BISTORIA

CONQUISTA DEL PERU

CON OBSERVACIONES PRELIMINARES

LA CIVILIZACION DE LOS INCAS

GUILLEMO H. PRESCOTT

TRADUCCION DEL ORIGINAL INGLÉS

Conquistador de los Incas, el primer tomo de la obra de Prescott, traducida por el Sr. D. J. de los Rios, y publicada en Madrid, en el año de 1847.

W. H. Prescott

ALFARASSO LIBRERIA DE D. J. DE LOS RIOS

OCTUBRE DE 1881

que hubieran desamparado para con los vivos. Ca-
 da uno de los cadáveres los colocó en su silla
 delante de la mesa del banquete, privada allí de
 la magnífica bodega que en otro tiempo resplandeció
 en ella cuando se celebraban esas grandes fe-
 stividades. Las convidadas bebieron repetidas ve-
 ces en honor de los héroes difuntos; después co-
 menzaron las danzas y las demostraciones de re-
 gocijo en la plaza, que se prolongaron hasta hora
 avanzada y en las calles, noche tras noche, con
 una agitación que producía estruendos en las
 raras, como si los conquistadores ya se hubieran
 apoderado de la capital. (1) Quebrada de Mérida,
 en la compañía de Mérida.

Después trató Pizarro de orga-
 nizar el gobierno de la nueva república de
 la ciudad de su nombre. Nombró a los
 y otros regidores, y entre otros nombró a los
 manos de Pizarro Gonzalo y Juan. Todos fueron
 un oficio con gran solemnidad el 25 de marzo de
 1535. Presencia de españoles y peruanos y en la
 plaza pública se celebró una gran fiesta.
 manos de los conquistadores (1). Invito a los espa-
 ñoles a establecerse en la ciudad con grandes car-
 gas de tierras y casas; para lo cual les daban
 reducidos los mejores patios y edificios de los
 Indios; y más de un castillo que en su patria
 tan fuerte que no tenía otro nombre que el de
 este propietario de una gran casa de Indios.
 de dar unido a la familia de un príncipe de Indios
 de este modo: que un príncipe de Indios
 hasta que se casó con una hija de un príncipe
 militar de España. Ambos títulos le dio el papa.
 don. Ambos títulos le dio el papa.
 Yo desearé también Pizarro la corona
 reñida. El padre Pizarro era un noble
 de obispo del Cuzco. Poco después de la
 con del papa, se ordenó a Pizarro que se
 con del papa, se ordenó a Pizarro que se

HISTORIA

DE LA

CONQUISTA DEL PERÚ.

LIBRO III.

CONQUISTA DEL PERU.—CONTINUACION.

CAPITULO IX.

Coronación del nuevo inca. — Arreglos municipales. — Terrible
 marcha de Alvarado. — Entrevista con Pizarro. — Fundación
 de Lima. — Llegada de Bernando Pizarro a España. — Sensa-
 ción en la corte. — Desavenencias entre Almagro y los Pizarros.

1534-1535.

El primer cuidado del jefe español después de
 la división del botín, fué poner a Manco en el trono
 y hacer que le reconociesen sus compatriotas.
 Presentóles este príncipe como su futuro soberano,
 hijo legítimo de Huayna Capac y verdadero here-
 dero del cetro peruano. Este anuncio fué recibido
 con entusiasmo por el pueblo que amaba la memo-
 ria de su ilustre padre y se complacía de ser go-
 bernado todavía por un monarca de la antigua
 rama del Cuzco.

Nada se perdonó para conservar la ilusión del
 pueblo indio. Observáronse escrupulosamente las
 ceremonias de la coronación; el joven príncipe
 guardó las vijillas y los ayunos prescritos; y en el
 día señalado los nobles y el pueblo y toda la tro-
 pa española se reunieron en la gran plaza del Cuzco
 para terminar la ceremonia. El padre Valverde
 celebró públicamente la misa, y el Inca Manco re-
 cibió la diadema del Perú, no de manos del gran
 sacerdote de su nación, sino de las de su conquista-
 dor Pizarro. Después los señores indios prestaron
 su obediencia en la forma acostumbrada; y luego el

notario real leyó en alta voz un documento en que
 se aseguraba la supremacía de la corona de Casti-
 lla y se exijía de todos los presentes que rindieran
 homenaje a su autoridad. Explicado este documento
 por un intérprete, se verificó la ceremonia del ho-
 menaje por cada una de las clases presentes salu-
 dando a la bandera de Castilla dos o tres veces con
 la mano. En seguida Manco brindó con Pizarro en
 una copa de oro llena de chispeante chicha, y el je-
 fe español después de haber abrazado cordialmen-
 te al nuevo monarca, dió la señal a las trompetas
 las cuales anunciaron la conclusion de la ceremo-
 nia (1). Pero sus sonidos no eran los sonidos del
 triunfo sino de la humillación porque anunciaban
 que los extranjeros habían hollado los salones del
 palacio de los Incas; que la ceremonia de la coro-
 nación era una miserable farsa, que el príncipe
 mismo era solo un instrumento en manos de su
 conquistador, y que la gloria de los hijos del Sol
 había desaparecido para siempre.

Sin embargo el pueblo se dejó llevar fácilmente
 de sus ilusiones y se apresuró a aceptar esta imá-
 jen de su antigua independencia. El advenimiento
 del joven monarca al trono fué solemnizado con
 las fiestas y regocijos de costumbre. Sacáronse a
 la plaza con gran pompa las momias de sus rejos
 antepasados, cubiertas de los ornamentos que se
 les habían dejado y servidas por numeroso séquito
 que desempeñaba para con ellas todos los oficios

(1) Pedro Pizarro, Descub. y Cong., M. S.—Pedro
 Sancho, Rel., ap. Ramusio, tomo III, fol. 407.

que hubieran desempeñado para con los vivos. Cada uno de los cadáveres fué colocado en su silla delante de la mesa del banquete, privada ¡ah! de la magnífica bajilla que en otro tiempo resplandecía en ella cuando se celebraban estas grandes festividades. Los convidados bebieron repetidas veces en honor de los ilustres difuntos; despues comenzaron las danzas y las demostraciones de regocijo en la plaza, que se prolongaron hasta hora avanzada y en las cuales, noche tras noche, continuó aquella ilusa poblacion entregándose a su alegría, como si los conquistadores no se hubiesen apoderado de la capital (1). ¡Qué contraste con los aztecas en la conquista de Méjico!

Despues trató Pizarro de organizar el gobierno municipal del Cuzco, dándole la forma que tenia en las ciudades de su pais. Nombráronse dos alcaldes y ocho rejidores, y entre estos últimos a los hermanos de Pizarro Gonzalo y Juan. Todos juraron su oficio con gran solemnidad el 24 de marzo de 1534 en presencia de españoles y peruanos y en la plaza pública; como si con esta ceremonia quisiera Pizarro anunciar a los indios que si bien conservaban una imájen de sus antiguas instituciones, el verdadero poder debía estar de allí en adelante en manos de los conquistadores (2). Invitó a los españoles a establecerse en la ciudad con grandes ofertas de tierras y casas, para lo cual le daban medios suficientes los muchos palacios y edificios de los Incas; y mas de un caballero que en su patria era tan pobre que no tenia sitio donde descansar, se vió propietario de una espaciosa mansion, capaz de dar abrigo a la comitiva de un príncipe (3). Desde esta época, dice un antiguo cronista, Pizarro que hasta entonces había sido distinguido con el título militar de capitán jeneral, tomó el de gobernador (4). Ambos títulos tenia por concesion rejia.

No descuidó tampoco Pizarro los intereses de la religion. El padre Valverde, cuyo nombramiento de obispo del Cuzco recibió poco despues la sancion del Papa, se preparó a desempeñar las funciones de su ministerio. Elijóse un sitio para la catedral de su diócesis, que diese frente a la plaza; en su consecuencia se levantó un espacioso mo-

(1) Pedro Pizarro, Descub. y Conq., M. S.

«Luego por la mañana iba el enterramiento donde estaban cada uno por órden embalsamados como es dicho, y asentados en sus sillas, y con mucha veneracion y respeto, todos por órden los sacaban de allí y los traian a la ciudad, teniendo cada uno su litera, y hombres con su librea, que le trujesen, y así desta manera todo el servicio y aderezos como si estuviera vivo.» Relacion del primer descub., M. S.

(2) Pedro Sancho, Rel., ap. Ramusio, tomo III, fol. 409.—Montesinos, Anales, M. S., año 1534—Acta de la fundacion del Cuzco, M. S.

Este instrumento, que pertenece a la coleccion de Muñoz, contiene los nombres no solamente de los majistrados, sino tambien de los vecinos que formaron la primera poblacion de la capital cristiana.

(3) Acta de la fundacion del Cuzco, M. S.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq., M. S.—Garcilaso, Com. Real, parte I, lib. VII, cap. IX y sig.

Cuando un edificio era demasiado estenso, como sucedia con algunos templos y palacios, se le adjudicaba a dos o tres de los conquistadores para que lo repartiesen entre sí. Garcilaso que describe la ciudad segun se hallaba poco despues de la conquista cita con mucha prolijidad los nombres de los caballeros entre quienes fueron distribuidos los edificios.

(4) Montesinos, Anales, año 1531.

nasterio sobre las ruinas de la espléndida casa del Sol; construyéronse las paredes con las antiguas piedras; erijióse el altar en el sitio donde antes brillaba la reluciente imájen de la deidad peruana, y los frailes de Santo Domingo vinieron a habitar los claustros del templo indio (4). Para que la metamorfosis fuese completa, en la casa de las Virjenes del Sol se estableció un convento de monjas católicas (2). Iglesias y monasterios cristianos fueron sustituyendo a los antiguos templos, y algunos de estos que se libraron de la destruccion, fueron sin embargo despojados de sus insignias jentilicas y puestos bajo la proteccion de la cruz.

Los padres de Santo Domingo, los hermanos de la órden de la Merced y otros misioneros empezaron a trabajar en la santa obra de la conversion. Ya hemos visto que Pizarro recibió órden de la corona para llevar consigo cierto número de esjos santos varones; y cada buque que habia ido llegando despues habia traído un refuerzo de eclesiásticos. No eran todos como el obispo del Cuzco tan fanáticos que cerrasen su corazon a toda clase de simpatia para con los desdichados indios (3). Habia muchos de singular humildad que seguian las huellas del conquistador para esparcir las semillas de la verdad espiritual y que con celo desinteresado se dedicaban a la propagacion del Evangelio. Así sus piadosas tareas probaron que eran los verdaderos soldados de la cruz, y demostraron que no habian sido vanas las declaraciones ostentosas de que el objeto de la espedicion era llevar la bandera de Cristo entre las naciones jentiles.

Los esfuerzos hechos para convertir a los jentiles, son un rasgo característico y honroso de la conquista española. Los puritanos, con igual celo religioso, han hecho comparativamente menos por la conversion de los indios, contentándose segun parece con haber adquirido el inestimable privilegio de adorar a Dios a su modo. Otros aventureros que han ocupado el Nuevo Mundo, no haciendo por sí mismos gran caso de la religion, no se han mostrado mui solícitos por difundirla entre los salvajes. Pero los misioneros españoles, desde el principio hasta el fin, han mostrado profundo interés en el bienestar espiritual de los naturales. Bajo sus auspicios se levantaron magnificas iglesias, se fundaron escuelas para la instruccion elemental, y se adoptaron todos los medios racionales

(4) Garcilaso, Com. Real, parte I, lib. III, cap. XX; lib. VI, capitulo XI.—Naharro, Relacion sumaria, M. S.

(2) Ulloa, Viaje a la América del Sur, lib. VII, cap. XII.

«Las monjas indias, dice el autor de la relacion del primer Descub., «vivan castamente y de santa manera.»—«Su castidad era finjida, dice Pedro Pizarro, pues tenian constantes amores con los ministros del templo.» (Descub. y Conq., M. S.) ¿Cuál es la verdad? Entre aserciones tan contradictorias debemos aceptar la mas favorable a los peruanos. Las preocupaciones de los conquistadores no se desmintieron en este punto.

(3) Debemos hacer al padre Valverde la justicia de decir que no es este el lenguaje con que hablan de él los ignorantes soldados de la Conquista. La justicia de Xauxa en una comunicacion a la corte representa al dominico como persona de mucho ejemplo y doctrina, y con quien todos los españoles han tenido mucho consuelo.» (Carta de la Just. y Reg. de Xauxa, M. S.) Sin embargo, todo esto no es incompatible con un alto grado de insensibilidad para con los indios y de indiferencia respecto a sus naturales derechos.

para difundir el conocimiento de las verdades religiosas; al mismo tiempo que cada uno de los misioneros penetraba solo por remotas y casi inaccesibles rejiones o reunia sus discípulos indios en comunidades como hizo el honrado Las Casas en Cumaná, o como hicieron los jesuitas en California y Paraguay. En todos tiempos el animoso eclesiástico español estaba pronto a levantar su voz contra la crueldad de los conquistadores y contra la avaricia no menos destructora de los colonos; y cuando sus reclamaciones eran inútiles como sucedía muchas veces, todavía se dedicaban a consolar al desdichado indio, a enseñarle a resignarse a su suerte y a iluminar su oscuro entendimiento con la revelación de una existencia mas santa y mas feliz.—Al recorrer las páginas sangrientas de la historia colonial española, justo es, y al mismo tiempo satisfactorio, observar que la misma nacion de cuyo seno salió el endurecido conquistador, envió así mismo al misionero para desempeñar la obra de beneficencia y difundir la luz de la civilización cristiana por las rejiones mas apartadas del Nuevo Mundo.

Durante la permanencia en Cuzco del gobernador, como le llamaremos de aquí en adelante, recibió repetidos partes sobre la reunion de considerables fuerzas en las inmediaciones a las órdenes de Quizquiz, uno de los jenerales de Atahuallpa. A consecuencia de estas noticias destacó a Almagro con una pequeña fuerza de caballería y un gran cuerpo de indios mandados por el Inca Manco, para dispersar al enemigo y si fuera posible hacer prisionero a su jefe. Manco se manifestó tanto mas dispuesto a tomar parte en la expedición, cuanto que esta se dirigía contra soldados de Quito y contra su jefe, los cuales no le tenían buena voluntad. Hubo algunos serios encuentros, y el ejército de Quito se retiró sobre Xauxa, cerca de cuya ciudad un combate jeneral decidió la suerte de la guerra con la completa derrota de los indios. Quizquiz huyó a las elevadas llanuras de Quito, donde todavía hizo frente con ánimo esforzado a las fuerzas españolas que había en aquel distrito, hasta que al fin sus propios soldados cansados de tan largas e inútiles hostilidades le mataron a sangre fría (1). Así pereció el último de los dos grandes jenerales de Atahuallpa, los cuales, si su nacion hubiera estado animada de un espíritu igual al suyo, habrían mantenido por largo tiempo la independencia de su patria contra su invasor.

Poco tiempo despues de estos acontecimientos, el gobernador español hallándose en el Cuzco tuvo noticia de un suceso mucho mas alarmante para él que las hostilidades de los indios. Fué este la llegada a la costa de gran número de españoles mandados por Pedro de Alvarado, valiente capitán que a las órdenes de Cortés había adquirido tanta fama en la guerra de Méjico. Alvarado despues de haber contraído un brillante casamiento en España, al cual estaba llamado por su cuna y por su categoría militar, había vuelto a su gobierno de Goatemala, donde las magníficas relaciones que diariamente recibía de las conquistas de Pizarro, escitaron su avaricia. Serpo que estas conquistas se habían limitado al Perú, y que la parte del Norte donde estaba el reino de Quito, antigua residencia de Atahuallpa, y sin duda, principal depósito

(1) Pedro Pizarro, Descub. y Conq., M. S.—Naharro, Relacion sumaria, M. S.—Oviedo, Hist. de las Indias, M. S., parte III, lib. VIII, capitulo XX.—Pedro Sancho, Rel., ap. Ramusio, tomo III, fol. 408.—Relacion del primer descub., M. S.

de sus tesoros, permanecía aun intacta. Aparentando pues considerar este país como fuera de la jurisdicción del gobernador, bizo que la gran flota que destinaba a las islas de la Especia tomase la dirección de la América del Sur, y en marzo de 1534 desembarcó en la bahía de Caracas con quinientos soldados, de los cuales la mitad eran de caballería, todos mui provistos de armas y municiones. Era esta la fuerza mas formidable y mas bien equipada que hasta entonces se había presentado en los mares del Sur (1).

Aunque esta era evidentemente una invasión del territorio concedido a Pizarro por la corona, Alvarado determinó marchar inmediatamente sobre Quito, y tomando un guía indio se propuso seguir el camino directo a través de las montañas, paso de estrema dificultad aun en la estación mas favorable.

Despues de haber cruzado el río Dable, su guía se le desató dejándole encerrado en las intrincadas malezas de la sierra. A medida que iba penetrando mas y mas en las elevadas rejiones del invierno, iba viéndose rodeado de hielo y nieve, contra los cuales sus soldados, procedentes todos del cálido clima de Guatemala, estaban mui poco prevenidos. Segun iba haciéndose mas intenso el frio, muchos de ellos llegaban a entumecerse de tal modo, que les era imposible marchar. La infantería, que por precisión tenía que hacer ejercicio, lo pasó mejor, pero muchos de los soldados de caballería se quedaron helados sobre sus caballos, y los indios, todavía mas sensibles al frio, perecieron a centenares. Los españoles agrupados en torno del escaso fuego que podían haber a las manos, y casi sin alimento alguno, pasaban la noche esperando en taciturno silencio la luz del día; pero la luz del día no les traía consuelo alguno en aquellas desiertas montañas, y solo les revelaba mas claramente la estension de su desgracia. Su marcha a través de los Puertos Nevados y la lucha que sostuvieron con los elementos podía conocerse por los fragmentos de vestidos, los harnesses rotos, los adornos de oro y otros objetos de valor fruto de anteriores rapiñas, por los cadáveres de los que morían, o por los cuerpos de los que menos afortunados eran abandonados a morir solos en aquellas asperezas. En cuanto a los caballos sus cadáveres no calentaron mucho el suelo, pues inmediatamente que morían eran devorados casi crudos por las tropas, que como los hambrientos cóndores que a bandadas se cernían sobre sus cabezas, se arrojaban sobre el objeto mas repugnante con tal que pudiese satisfacer su necesidad.

Alvarado deseoso de asegurar el botín que había caído en sus manos al principio de su marcha, invitó a su jente a tomar el oro que quisiesen del fondo comun, reservando solamente el quinto real. Pero ellos respondieron con sonrisa despreciativa y melancólica que el alimento era el único oro que necesitaban. Sin embargo, en aquel estremo que al parecer debía disolver hasta los lazos de la naturaleza, se vieron algunos ejemplos patéticos de afecto y de amistad; hubo soldados que perdieron sus vidas por socorrer a sus compañeros, y parientes y esposos (porque algunos de los caballeros iban acompañados de sus mujeres) que en vez de procurar su propia salvación, prefirieron que-

(1) Los historiadores difieren respecto al número de los soldados de Alvarado. Pero segun una información legal hecha en Goatemala eran 500, de los cuales 230 eran de caballería. Información hecha en Santiago: Set. 15 de 1536, M. S.

darse y perecer en las nieves con los objetos de su cariño.

Para colmo de desgracias el aire se llenó por muchos días de espesas nubes de partículas de tierra y cenizas que cegaban a los hombres y hacían la respiración en extremo dificultosa (1). Este fenómeno parece probable que fué efecto de una erupción del distante Cotopaxi que a doce leguas al sudeste de Quito, levanta su cabeza colosal y perfectamente cónica mucho más allá de los límites de las eternas nieves, siendo el más magnífico y terrible de los volcanes de América (2), el cual en la época de la expedición de Alvarado se hallaba en estado de erupción. Primer caso de esta especie de que se tiene noticia, aunque sin duda no fué el primero (3). Desde aquella época ha tenido frecuentes conmociones, despidiendo torrentes de llama hasta la altura de media milla, vomitando cataratas de lava que han destruido ciudades y villas en su carrera, y haciendo temblar el suelo con truenos subterráneos que aun a la distancia de más de cien leguas sonaban como disparos de artillería (4). Los soldados de Alvarado ignorantes de la causa del fenómeno, pues caminaban sobre nieve, cosa que nunca habían visto, y en una atmósfera cargada de cenizas, quedaron espantados con la confusión de los elementos, confusión que parecía decretada a propósito por la naturaleza para destruirlos. Algunos de aquellos hombres eran soldados de Cortés, endurecidos por muchas y penosas marchas y por muchos y encarnizados combates con los aztecas. Pero entonces confesaron que aquella guerra de los elementos era más terrible que todo.

Por fin Alvarado después de padecimientos que aun el más duro probablemente no habría sufrido por muchos días más; salió de Puertos Nevados y llegó a una elevada llanura que se extiende a la altura de más de nueve mil pies sobre el océano en las inmediaciones de Riobamba. Pero una cuarta parte de su valiente ejército se había quedado a servir de pasto al cóndor en la intrincada sierra con la mayor parte, dos mil por lo menos, de los indios auxiliares.

Gran número de caballos habían perecido también, y tanto los caballos como los hombres que

se libraron, quedaron más o menos estenuados por el frío y los muchos padecimientos. Tal fué el terrible paso de los Puertos Nevados de que he hecho ligera mención como un episodio de la conquista del Perú, pero cuya narración en todos sus pormenores, aunque la marcha duró muy pocas semanas, daría mejor idea de las dificultades que encontraron los españoles que volúmenes enteros de las relaciones ordinarias (1).

Cuando Alvarado después de haber dado algunos días de descanso a sus fatigadas tropas, emprendió de nuevo su marcha por la llanura, quedó admirado al ver impresas en el suelo huellas de herraduras. Era pues evidente que soldados españoles habían pasado por allí antes que él y que después de todos sus trabajos y fatigas, se encontraba con que otros le habían precedido en la empresa contra Quito. Preciso es decir algunas palabras para explicar este punto.

Cuando Pizarro salió de Caxamalca, conociendo la creciente importancia de San Miguel, único puerto que había entonces para entrar en el país, comisionó a una persona en quien tenía gran confianza con el objeto de que se encargase del mando de la colonia. Esta persona era Sebastián Benalcázar, caballero que después elevó su nombre hasta la primera línea entre los conquistadores de la América del Sur por su valor, inteligencia y crueldad. Pero apenas Benalcázar llegó a su gobierno, recibió como Alvarado tales noticias de las riquezas de Quito, que resolvió con la fuerza de su mando, aunque sin orden para ello, emprender su reducción.

A la cabeza pues, de unos ciento cuarenta soldados entre caballería e infantería y un cuerpo considerable de indios auxiliares, marchó subiendo la ancha cordillera de los Andes por el punto donde se extiende, por la elevada planicie de Quito y por un camino más seguro y más corto que el que después llevó Alvarado. En las llanuras de Riobamba encontró al jeneral indio Ruminabi, con el cual sostuvo varios ataques de éxito dudoso, hasta que al fin la ciencia militar decidió la victoria como la decide cuando el valor es por ambas partes igual; y Benalcázar vencedor plantó el estandarte de Castilla sobre las antiguas torres de Atahuallpa. La ciudad, en honor del jeneral Francisco Pizarro, fué llamada San Francisco de Quito; pero grande fué la mortificación del invasor cuando halló que los rumores relativos a las riquezas que contenía eran falsos, o los indios las habían escondido, pues la ciudad fué el único fruto de sus victorias, es decir, la concha sin la perla que constituía su valor. Estando Benalcázar devorando su

(1) «Empezó a llover tierra de los cielos, dice Oviedo, que cegaba a los hombres y a los caballos, de tal suerte que los árboles y arbustos estaban llenos de polvo.» Hist. de las Indias, M. S., part III, lib. VIII, cap. XX.

(2) Garcilaso dice que la lluvia de cenizas procedía del volcan de Quito. (Com. Real, part II, lib. II, cap. II). Cieza de Leon dice únicamente que procedía de uno de los volcanes de aquella rejion. (Crónica, cap. XII). Ninguno de ellos especifica el nombre. Humboldt acepta la opinion comun de que era el Cotopaxi.—Investigaciones, tomo I, p. 123.

(3) Segun una tradicion popular entre los indios, un gran fragmento de pórfiro que estaba cerca de la base del cono, fué arrojado por el volcan en una erupción que ocurrió en el momento de la muerte de Atahuallpa. Pero esta tradicion apenas puede pasar por verdadera en esta historia.

(4) De esta formidable montaña da una extensa relacion M. de Humoldt (Investigaciones, tomo I, pp. 148 y sig.) y otra todavía más circunstanciada Condamine (Voyage a l'Equateur, pp. 48, 56, 156, 160). Este último filósofo hubiera escalado las paredes casi perpendiculares del volcan si hubiese encontrado alguno que se hubiera atrevido a acompañarle.

(1) La más completa y animada narración que hai de la marcha de Alvarado es la de Herrera que imitó en su descripción el estilo de Tito Livio en la de la marcha de Anibal por los Alpes (Hist. general, dec. V, lib. VI, cap. I, II, VII, VIII, IX). Véanse también Pedro Pizarro, Descub. y Conq., M. S.—Oviedo, Hist. de las Indias, M. S., part. III, lib. VIII, capítulo XX, y la carta de Pedro de Alvarado al emperador, fecha en San Miguel, a 15 de enero de 1535, M. S.

Alvarado en la carta arriba citada, que se conserva en la colección de Muñoz, explica al emperador con no poco descaro los motivos de su expedición. En este documento describe muy ligeramente su marcha, pues su objeto principal era hablar de las negociaciones con Almagro, y hacer insinuaciones dirigidas a combatir la política que seguían los conquistadores.

disgusto como mejor podia, recibió la noticia de la aproximacion de su superior Almagro (1).

No bien llegaron al Cuzco las nuevas de la expedicion de Alvarado, salió Almagro de aquella ciudad con una corta fuerza para San Miguel, proponiéndose tomar allí la necesaria y marchar en seguida contra los invasores. Grande fué su asombro al llegar a San Miguel, cuando supo la partida del gobernador de la colonia. Dudando de su lealtad y aconsejándose solamente del espíritu animoso y aventurero propio de la juventud, aunque su cuerpo estaba debilitado por los achaques de la edad, no vaciló en seguir a Benalcazar al través de las montañas.

Con su acostumbrada enerjia el intrépido veterano, superando todas las dificultades que encontró en su marcha, llegó en pocas semanas con su pequeño ejército a las elevadas llanuras que se extendian alrededor de la ciudad india de Riobamba, no sin verse obligado a sostener encarnizados combates con los indijenas, cuyo valor y perseverancia formaban un contraste muy notable con la apatia de los peruanos. Pero no estaba apagado el sagrado fuego en los pechos de estos últimos; era solamente que no habia llegado el momento de manifestarse.

En Riobamba, Almagro se reunió con el gobernador de San Miguel, el cual protestó, tal vez sinceramente, que ningún motivo desleal le habia llevado a emprender su expedicion. Reforzadas de este modo sus tropas, esperó tranquilamente Almagro la llegada de Alvarado. Eran las tropas de este muy superiores en número y calidad a las de su rival, si bien no se hallaban tan en estado de pelear. Al encontrarse frente a frente en las dilatadas llanuras de Riobamba parecia probable que se empeñase inmediatamente una sangrienta batalla y que los indios fuviesen la satisfaccion de ver vengados sus agravios por las manos de sus mismos autores. Pero entraba en las miras políticas de Almagro evitar un encuentro con su antagonista.

Abriéronse negociaciones, en las cuales cada partido sostuvo sus derechos a la conquista del pais. Entretanto, las tropas de Alvarado se mezclaron libremente con sus compatriotas del opuesto ejército, y oyeron tan magnificas relaciones sobre las riquezas y maravillas del Cuzco, que muchos de ellos quedaron deseosos de dejar el servicio de Alvarado y entrar al de Pizarro. Su mismo capitán persuadido de que Quito no contenia recompensa alguna digna de los sacrificios que habia hecho y aun debia hacer si insistia en sus reclamaciones, empezó a conocer que su conducta habia sido precipitada y que podria indudablemente incurrir por ella en el desagrado de su soberano. Con esto no fué difícil efectuar el arreglo, y como base de él se acordó que el gobernador pagaria cien mil pesos de oro a Alvarado, por los cuales este le cederia su flota, sus tropas y todos sus almacenes y municiones. Los buques entre grandes y pequeños que llevó Alvarado eran doce, y la cantidad que recibió, aunque grande, no fué suficiente para cubrir los gastos que habia hecho. Arreglado este punto, Alvarado se propuso antes de abandonar el pais, tener una entrevista con Pizarro (2).

(1) Pedro Pizarro, Descub. y Conq., M. S.—Herrera, Hist. jeneral, dec. V, lib. IV, cap. XVIII; lib. VI, cap. V, VI.—Oviedo, Hist. de las Indias, M. S., part. III, lib. VIII, cap. XIX.—Carta de Benalcazar, M. S.

(2) Conq. y Pob. del Pirú, M. S.—Naharro, Rela-

Entre tanto el gobernador habia salido de la capital del Perú para la costa con ánimo de rechazar cualquiera invasion que por algun punto intentase Alvarado, de cuyos movimientos no tenia noticia cierta. Dejó encargado del gobierno del Cuzco a su hermano Juan, caballero, cuyos modales eran en su concepto muy a propósito para granjearle la voluntad de los indijenas. Dejó tambien con él noventa soldados que guarneciesen la capital y fuesen el núcleo de la futura colonia. Despues llevándose consigo al inca Manco, se dirigió a Xauxa. En aquel punto el príncipe indio le obsequió con una cacería al estilo del pais, como las que ya se han descrito en esta historia, y en la cual fueron muertos gran número de animales salvajes, de vicuñas y carneros peruanos y de otras especies que vagaban por las montañas y que fueron encerrados y despojados de sus finos vellones (1).

Pasó despues Pizarro a Pachacamac donde recibió la grata noticia del convenio hecho con Alva-

ción sumaria, M. S.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq., M. S.—Herrera, Hist. jeneral, dec. V, lib. VI, cap. VIII, X.—Oviedo, Hist. de las Indias, M. S., parte III, libro VIII, cap. XX.—Carta de Benalcazar, M. S.

Los autores no concuerdan en el importe de la indemnizacion satisfecha a Alvarado; pero tanto este como Almagro en sus cartas al emperador, que hasta ahora han sido desconocidas de los historiadores, convienen en que se le pagó la suma que espresa el testo. Alvarado se queja de que no tuvo mas arbitrio que tomarla, aunque de ello le redundaba gran perjuicio, y aunque, según indica modestamente, quedaba tambien muy perjudicada la corona con la disolucion de su expedicion. (Carta de Alvarado al emperador, M. S.) Almagro sin embargo dice que la suma pagada fué tres veces mas de lo que valia el armamento. «Sacrificio, añade, que hizo el gobernador por conservar la paz que nunca es cara a cualquier precio.» «Estrano sentimiento en un conquistador castellano! (Carta de Diego de Almagro al emperador, M. S. Oct. 15 de 1534.

(1) Carta de la Just. y Reg. de Xauxa, M. S.—Relacion del primer descub., M. S.—Herrera Hist. jeneral, dec. V, lib. VI, cap. XVI.—Montesinos, Anales, M. S., año 1534.

En este punto el autor de la *Relacion del primer descubrimiento del Pirú*, manuscrito, tantas veces citado en estas páginas, termina bruscamente su tarea. Es escritor sensato y observador, y aunque participa de la tendencia nacional a dar un colorido exajerado a las cosas, escribe como hombre de conciencia y que ha visto lo que refiere.

En Xauxa tambien el notario Pedro Sancho termina su relacion que comprende un período mucho mas corto que la anterior, pero que es igualmente autentica. Esta relacion en efecto, por ser del secretario de Pizarro y estar firmada por el mismo jeneral, puede ser considerada como la mayor autoridad posible. De ella pueden sacarse respecto a su origen grandes deducciones, pues se la puede reputar como una narracion que hace Pizarro de sus propios hechos, algunos de los cuales tenian mucha necesidad de disculpa. Debe añadirse, haciendo justicia tanto al jeneral como a su secretario, que esta relacion no difiere sustancialmente de otras contemporáneas, y que las tentativas que en ella se hacen para justificar algunos actos vituperables de los conquistadores, no están traídas fuera de propósito.

Debemos la publicacion de esta relacion a Ramusio, cuyas ilustradas tareas nos han conservado mas de una preciosa produccion de aquel tiempo, aunque en forma de traduccion.

rado, el cual a los pocos días le visitó como tenía intención de hacerlo antes de embarcarse.

En la conferencia ambos mostraron cortesía y buena voluntad pues ya no había causa verdadera de recelo; y como puede imaginarse, cada uno de los dos jefes contempló al otro con no pequeño interés, pues ambos habían llegado a una grande altura en materia de arriesgadas empresas. En la comparación sin embargo Alvarado tenía alguna ventaja sobre Pizarro; pues este aunque de presencia majestuosa no tenía el exterior brillante, las maneras francas y joviales que no menos que su fresca tez y sus dorados cabellos habían granjeado al conquistador de Guatemala en sus campañas contra los aztecas el sobrenombre de *Tonatiuh* o hijo del Sol.

Grandes funciones presencié entonces la antigua ciudad de Pachacamac; pero en vez de los cánticos y sacrificios ofrecidos en honor de la divinidad india, resonaron en ella los ecos de los torneos moriscos y de los juegos de cañas y justas con que los guerreros españoles se complacían en recordar las diversiones de su país natal. Terminadas las funciones, Alvarado se volvió a embarcar para su gobierno de Guatemala, donde su ánimo inquieto le empeñó de nuevo en otras empresas que pusieron término a su vida aventurera. Su expedición al Perú daba una idea perfecta del carácter y vida de aquel hombre. Estaba fundada en la injusticia, fué ejecutada con temeridad y concluyó desastrosamente (1).

La sumisión del Perú podía ya considerarse en cierto modo como completa. Algunas tribus bárbaras de lo interior se sostenían todavía independientes; pero Alonso de Alvarado, oficial prudente e instruido, estaba encargado de subyugarlas. Bernalcázar se hallaba aun en Quito, de cuya capital fué nombrado después gobernador por la corona.

Allí empezó a abrir cimientos más profundos para consolidar el poder de los españoles y adelantarse hacia el norte la línea de sus conquistas. El Cuzco, la antigua capital de la monarquía india, se había sometido. Los ejércitos de Atahualpa habían sido derrotados y dispersados. El imperio de los Incas estaba disuelto, y el príncipe que llevaba la diadema peruana no era más que una sombra de rei, que un instrumento del conquistador.

El primer acto del gobernador fué determinar el sitio donde había de edificarse la futura capital de aquel vasto imperio colonial. El Cuzco, población retirada entre montañas, estaba demasiado lejos de la costa para capital de un pueblo comerciante. El pequeño establecimiento de San Miguel estaba demasiado al Norte. Era de desear alguna posición más central de las que fácilmente podían encontrarse en alguno de los fértiles valles a orillas del Pacífico, por ejemplo el de Pachacamac que Pizarro ocupaba entonces. Pero examinado con más detención este punto, se prefirió el inmediato valle de Rimac que se extendía hacia el Norte, y cuyo nombre, que significa en lengua quichua *uno que habla*, procedía de un célebre ídolo que tenía un templo muy frecuentado de los indios

(1) Naharro, relación sumaria, M. S.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq. M. S.—Carta de Francisco Pizarro al señor de Molina, M. S.

Alvarado murió en 1541 de resultas de las heridas que recibió cayendo despeñado con su caballo al querer subir un precipicio en la Nueva Galicia. En el mismo año por una singular coincidencia pereció su bella esposa en la inundación que destruyó a Guatemala, causada por un torrente de las vecinas montañas.

a causa de los oráculos que en él se daban. Por este valle corría un ancho río que como una grande arteria suministraba por efecto de la industria de los indios mil pequeñas venas que fertilizaban los hermosos prados.

En sus riberas fijó Pizarro el sitio de su nueva capital, a poco menos de dos leguas de su nacimiento, donde se extendía formando un cómodo puerto para el comercio que el ojo profético del fundador vió que había de cubrir sus aguas en alguna época, y no muy distante. La situación central de aquel punto le hacía a propósito para residencia del virrey, pues desde él podía fácilmente comunicarse con los diferentes distritos del país, y vijilar de cerca los movimientos de sus vasallos indios. El clima era delicioso, y aunque a solos doce grados al Sur de la línea, templaban tanto el aire las tibias brisas que generalmente se levantan del Pacífico o de las opuestas cordilleras, que el calor era allí menos sensible que en los puntos del continente situados a igual latitud. Nunca llovía en la costa; pero corregía esta sequedad una nube de vapores que en los meses de verano se extendía como una cortina sobre el valle protegiéndole de los rayos del sol de los trópicos y destilando imperceptiblemente una humedad refrijerante que vestía los campos del más brillante verdor.

Dióse por nombre a la naciente capital Ciudad de los Reyes, en honor de la fiesta de la Epifanía, pues fué el 6 de enero de 1535 cuando, según se dice, fué fundada, o más probablemente cuando se determinó el sitio que había de tener, porque la construcción parece haberse verificado doce años después (1). Pero el nombre castellano cesó de estar en uso aun en tiempo de la primera generación, y fué reemplazado por el de Lima que es una corrupción del nombre primitivo indio de Rimac (2).

El plan para su construcción era muy regular. Las calles debían ser mucho más anchas que las de las ciudades españolas, y perfectamente alineadas, cruzándose unas a otras en ángulos rectos y bastante apartados para dejar ancho espacio para jardines y plazas públicas. Diósele una forma triangular teniendo el río por base, cuyas aguas llevadas por acueductos de piedra debían atravesar las principales calles y facilitar el riego de los jardines de las casas.

No bien decidió el gobernador el sitio y el plan de la ciudad, comenzó con su característica energía las operaciones. Reuniéronse indios de más de cien millas a la redonda para ayudar a la obra; los españoles se dedicaron con vigor a esta tarea bajo la vijilancia de su jefe; cambiáse la espada por el instrumento del artesano, convirtiéndose el campo en un enjambre de diligentes trabajadores, y a los sonidos de la guerra reemplazaron los rumores de una bulliciosa población. La estensa plaza debía estar formada por la catedral, el palacio del virrey,

(1) Esto dice Quintana, siguiendo la autoridad que él llama segura, del padre Bernabé Cobo en su libro titulado *Fundación de Lima*. Españoles célebres, tomo II, p. 250, nota.

(2) Los manuscritos de los antiguos conquistadores demuestran cuán desde el principio se corrompió el nombre primitivo indio en el de Lima. «Y el marqués se pasó a Lima y fundó la ciudad de los reyes que agora es.» (Pedro Pizarro, Descub. y Conq.) «Asimismo ordenaron que se pasasen el pueblo que tenían en Xauxa poblado a este valle de Lima donde agora es esta ciudad de los reyes y aquí se pobló.» Conq. y Pob. del Perú, M. S.

el del ayuntamiento y otros edificios públicos cuyos cimientos se echaron en tan grande escala y con tanta solidez, que desafiaron despues los ataques del tiempo y en algunos casos hasta los mas violentos terremotos que en diferentes épocas han convertido en ruinas parte de aquella hermosa capital (1).

Entre tanto Almagro, el mariscal, como le llaman comunmente los cronistas de aquel tiempo, habia marchado al Cuzco enviado por Pizarro para encargarse del mando de aquella capital y con instrucciones para emprender por sí mismo o por medio de sus capitanes, la conquista de los países situados hácia el Sur y que formaban parte de Chile. Almagro desde su llegada a Caxamalca parecia haber moderado su sentimiento con Pizarro, o por lo menos habia procurado ocultarlo y consentido en servir a sus órdenes obedeciendo al emperador que así lo habia dispuesto. En sus comunicaciones habia tenido tambien la magnanimidad de hacer honrosa mencion de Pizarro, citándole como jefe deseoso de promover los intereses del gobierno. Sin embargo, no se fió de él tanto que descuidase la precaucion de enviar un confidente que recordase sus servicios en la expedicion que emprendió Hernando Pizarro para la madre patria.

Este, despues de haber tocado en Santo Domingo, llegó sin novedad a Sevilla en enero de 1534. Además del quinto real llevaba consigo por valor de medio millon de pesos en oro, y una gran cantidad de plata, propia de aventureros particulares, algunos de los cuales satisfechos con sus ganancias se habian vuelto a España en el mismo buque que él. La aduana se llenó de sólidas barras, vasos de diferentes figuras, imitaciones de animales, flores, fuentes y otros objetos ejecutados con mas o menos habilidad y todos de oro puro, con gran asombro de los espectadores que de las poblaciones inmediatas vinieron en gran número a contemplar las maravillosas producciones del arte indio (2). Muchas de estas eran propiedad de la corona; y Hernando Pizarro, despues de una corta estancia en Sevilla, eligió algunas de las mejores y se partió para Calatayud donde estaba el emperador y donde se habian reunido las córtes de Aragon.

Inmediatamente fué admitido a presencia del rei en audiencia particular. Estaba Hernando mas familiarizado con las córtes que ninguno de sus hermanos, y sus modales, cuando se hallaba en situaciones en que necesitaba dominar la natural arrogancia de su carácter, tenian gracia y aun atractivo. Refirió en tono respetuoso las arriegadas aventuras de su hermano y de la pequeña tropa que le seguia, las fatigas que habian sufrido, las dificultades que habian superado, la captura del Inca peruano y su magnífico rescate. No habló de la muerte del desgraciado príncipe porque no tenia aun noticia de este trágico suceso que ocurrió despues de su partida del Perú. Estendióse en la pintura de la fertilidad del suelo, de la civilizacion del pueblo y de sus adelantos en varias artes mecánicas; en prueba de lo cual presentó las telas de lana y algodón y los ricos ornamentos de oro y plata

(1) Montesinos, Anales, M. S., año 1535.

Los restos del palacio de Pizarro pueden descubrirse aun en el *Callejon de Patateros*, segun dice Stevenson, autor cuyo libro es el que dá mejores noticias de Lima entre todos los modernos que he consultado. Residencia en la América del Sur, tomo II, cap. VIII.

(2) Herrera, Hist. general, dec. V, lib. VI, cap XIII. —Lista de todo lo que Hernando Pizarro trajo del Perú, ap. M. S. de Muñoz,

que llevaba. Los ojos del monarca brillaron de alegría al contemplar aquellos metales preciosos. Era demasiado sagaz para no conocer las ventajas de la conquista de un país tan rico en recursos agrícolas; pero las rentas procedentes de estos recursos, debian necesariamente irse aumentando con lentitud y tardar mucho en llegar a sus manos; nada tenia pues de extraño que oyese con mas satisfaccion la noticia de las riquezas minerales encontradas por Pizarro, porque la lluvia de oro que tan inesperadamente caia sobre él, le proporcionaba el medio inmediato de llenar el tesoro imperial agotado a causa de sus proyectos ambiciosos.

No opuso dificultad por tanto en conceder lo que el afortunado aventurero le pedia. Todas las anteriores concesiones hechas a Francisco Pizarro y a sus asociados fueron confirmadas de la manera mas amplia; y los límites de la jurisdiccion del gobernador fueron estendidos hasta setenta leguas mas allá hácia el Sur. No quedaron olvidados tampoco los servicios de Almagro, el cual recibió facultades para descubrir y ocupar el país hasta una distancia de doscientas leguas empezando desde el límite meridional del territorio de Pizarro (1). Carlos, para mayor prueba de su satisfaccion, se dignó además dirigir una carta a los dos jefes cumplimentándolos por sus proezas y dándoles gracias por sus servicios. Este acto de justicia para con Almagro, hubiera sido altamente honroso a Hernando Pizarro, considerando la enemistad que reinaba entre ellos, sino le hubiera hecho necesario la presencia de los agentes del mariscal en la córte; los cuales como ya se ha dicho estaban prontos a suplir cualquiera falta que notasen en la relacion del enviado.

Este, como es fácil presumir, no quedó sin recompensa de la regia bondad. Diósele alojamiento como individuo de la córte, se le hizo caballero de Santiago, una de las órdenes mas estimadas de España; recibió facultades para armar una escuadra y tomar el mando de ella; y se mandó a los oficiales de la corona en Sevilla que le auxiliasen en sus proyectos y falicitasen su embarco para las Indias (2).

La llegada de Hernando Pizarro a España, y las descripciones que sus compañeros de viaje hicieron del Perú, causaron entre los españoles una sensacion tal como no se habia visto nunca desde el primer viaje de Colon. El descubrimiento del Nuevo Mundo les habia dado esperanzas de poseer infinitas riquezas, esperanzas cuya falsedad habian demostrado casi todas las expediciones hechas despues. La conquista de Méjico, aunque escitó la admiracion jeneral como hazaña brillante y maravillosa, no habia producido aun los resultados positivos y materiales que se habian pronosticado. Así las magnificas promesas de Francisco Pizarro en su reciente visita al país, no hallaron crédito entre sus compatriotas a quienes los repetidos chascos habian hecho incrédulos. De lo que únicamente estaban seguros era de las dificultades de la empresa; y de la desconfianza con que miraban sus

(1) El país que debia ocupar Almagro recibió en la real concesion el nombre de Nueva Toledo, así como el de Pizarro habia recibido el de Nueva Castilla. Pero esta tentativa para cambiar el nombre indio fué tan ineficaz como la primera, y el antiguo nombre de Chile designa todavia la estrecha lengua de fértil tierra entre los Andes y el Océano que se estiende hasta el Sur del gran continente.

(2) Herr., loc. cit.

resultados, fué buena prueba el pequeño número de aventureros que se prestaron a seguirle y el ser estos de la mas baja ralea.

Pero las promesas de Pizarro se habian realizado ya. No eran relaciones de riquezas las que reclamaban el crédito de los españoles; era el oro mismo desplegado con profusion ante sus ojos. Todas las miradas se volvieron entonces hácia el Occidente. El gastador perdido vió en el Nuevo Mundo el medio de rehacer su fortuna tan pronto como la habia arruinado; el mercader, en vez de buscar los preciosos artículos del Oriente, convirtió su atencion en direccion opuesta prometiéndose mayores ganancias en unos países donde las cosas mas comunes se pagaban a tan exorbitantes precios; el soldado deseoso de ganar gloria y riquezas con la punta de su lanza, pensó encontrar vasto campo para sus proezas en las altas llanuras de los Andes. Hernando Pizarro vió que su hermano habia juzgado acertadamente concediendo el permiso de volver a su país a todos los que lo solicitaran, seguro de que las riquezas que en España mostrasen, llevarian a sus banderas diez hombres por cada uno de los que las abandonaban.

En poco tiempo se vió Hernando a la cabeza de una de las mas numerosas y bien surtidas escuadras que probablemente habian salido de las costas de España desde la gran flota de Obando en tiempo de Fernando e Isabel. Poco mas afortunada que aquella fué esta otra escuadra, pues apenas habia salido al mar cuando una violenta tempestad la obligó a retirarse de nuevo al puerto para remediar sus averías. Al fin logró cruzar el océano y llegó con felicidad al pequeño puerto de Nombre de Dios. Pero no se habian hecho preparativos para su llegada, y como Hernando tuviera que detenerse allí algun tiempo antes de poder pasar los montes, sus tropas padecieron mucho a causa de la escasez de víveres, la cual fué tanta que hasta las cosas mas dañosas llegaron a servirles de alimento, y muchos gastaron sus pequeños ahorros para procurarse una miserable subsistencia. Las enfermedades como sucede de ordinario siguieron inmediatamente al hambre, y muchos de los desdichados aventureros, no pudiendo resistir los ardores del clima a que no estaban acostumbrados, perecieron a las puertas mismas del país a donde iban a buscar fortuna.

Esta es la historia de la mayor parte de las empresas de los españoles. Unos pocos, mas venturosos que los demás, encuentran inesperadamente alguna rica presa, y centenares de ellos atraídos por la fortuna de los primeros se apresuran a seguir el mismo camino. Pero la rica presa que estaba en la superficie ha desaparecido ya en manos de los que la descubrieron, y los que vienen despues tienen que ganar sus riquezas a fuerza de largos y penosos trabajos. Muchos, perdido el ánimo y el dinero, vuelven disgustados a su país natal, otros no quieren volver y mueren desesperados encontrando su tumba donde pensaban encontrar riquezas.

Sin embargo, no sucedió así con todos los que siguieron a Hernando Pizarro. Muchos de ellos cruzaron con él el istmo de Panamá y llegaron a tiempo al Perú donde en las vicisitudes de las contiendas revolucionarias algunos alcanzaron puestos de provecho y distincion. Uno de los primeros que llegaron al Perú fué un emisario enviado por los agentes de Almagro para anunciarle las importantes concesiones que le habia hecho la corona. Almagro recibió la noticia justamente al hacer su entrada en el Cuzco, donde fué recibido con todo

respeto por Juan y Gonzalo Pizarro que en cumplimiento de las órdenes de su hermano le entregaron inmediatamente el gobierno de la capital. Pero Almagro se envaneció muchísimo al verse colocado por su soberano en un mando independiente del hombre que tan profundamente le habia agraviado; y así declaró que en el ejercicio de la autoridad en que se hallaba constituido no reconocia ya superior. En estas ideas de altivez le confirmaron varios de sus soldados insistiendo en que el Cuzco caia hácia el Sur del territorio concedido a Pizarro; y que por consiguiente estaba comprendido en el suyo. Entre los que sostenian estas ideas habia muchos de los que llegaron con Alvarado, jente que, aunque de mejor condicion que los soldados de Pizarro, estaban muchísimo menos disciplinados, y que bajo el mando de aquel jefe poco escrupuloso habian adquirido un espíritu de desenfadada licencia (1). Estos no tenian consideracion ninguna con los indios; y no contentos con los edificios públicos se apoderaban cuando les parecia de los particulares, apropiándose sin ceremonia cuanto contenian, y mostrando en suma tan poco respeto a las personas y a las propiedades como si la plaza hubiera sido tomada por asalto (2).

Mientras pasaban estos acontecimientos en la antigua capital del Perú, el gobernador continuaba en Lima, donde le alarmaron mucho las noticias que recibió de los nuevos honores concedidos a su socio. No sabia que habia sido extendida su propia jurisdiccion hasta setenta leguas mas hácia el Sur, y sospechaba lo mismo que Almagro, que la capital de los Incas no habia de estar comprendida en los límites de su territorio. Vió todo el mal que podia resultarle de que tan opulenta ciudad cayese en manos de su rival, dándole de este modo medios abundantes para satisfacer su codicia y la de sus soldados; y conoció que en tales circunstancias no era seguro permitir que Almagro tomase posesion de un poder a que todavia no tenia lejitimamente derecho; porque los pliegos que contenia la concesion se hallaban aun en Panamá en poder de Hernando; y lo único que habia llegado al Perú era un extracto de ellos.

Por tanto, envió sin pérdida de tiempo instrucciones al Cuzco para que sus hermanos volviesen a encargarse del gobierno, y prohibió a Almagro el desempeñar sus funciones, fundándose en que debiéndose recibir despues sus credenciales, no seria decoroso que al tiempo de recibirlas se ha-

(1) En punto a disciplina presentaban estos soldados un notable contraste con los conquistadores del Perú, si hemos de creer a Pedro Pizarro, el cual asegura que sus compañeros no se hubieran propasado a tomar una mazorca sin licencia de su jefe. «Que los que pasamos con el marqués a la conquista no ovo hombre que osase tomar una mazorca de mahíz sin licencia.» Descub. y Conq., M. S.

(2) «Se entraron de paz en la ciudad del Cuzco y los salieron todos los naturales a rescibir y les tomaron la ciudad con todo cuanto havia de dentro llenas las casas de mucha ropa y algunas oro y plata y otras muchas cosas, y las que no estaban bien llenas las enchian de lo que tomaban de las demas casas de la dicha ciudad, sin pensar que en ello hacian ofensa alguna, divina ni humana, y porque esta es una cosa larga y casi incomprehensible, la dejaré al juicio de quien mas entiende, aunque en el daño rescebido por parte de los naturales cerca deste artículo yo sé harto por mis pecados que no quisiera saber ni haver visto.» Conq. y Pob. del Pirú, M. S.

llase ya en posesion de su puesto. Por último, le invitaba a que emprendiese sin demora su expedicion al Sur.

Pero ni al mariscal ni a sus amigos les agradaba la idea de dejar una autoridad que ya miraban como suya de derecho. Los Pizarros por otra parte, la reclamaban con obstinacion. La disputa se fué acalorando; cada partido tenia sus defensores; la ciudad se dividió en fracciones y el ayuntamiento, los soldados y hasta la poblacion india se adhirieron a uno y otro de los bandos que se disputaban el poder. Ya iban a llevarse las cosas al extremo y a decidirse la contienda por medio de la violencia y de la efusion de sangre, cuando Pizarro se presentó entre los contendientes (1).

Al recibir la noticia de las fatales consecuencias de sus mandatos, se puso Pizarro en marcha a toda prisa para el Cuzco, donde fué recibido con manifestaciones de júbilo por los indios así como por los españoles mas moderados deseosos de evitar la inminente lucha. Lo primero que hizo el gobernador fué visitar a Almagro, a quien abrazó con aparente cordialidad, y sin manifestar resentimiento alguno, preguntó la causa de aquellos disturbios. A esto contestó el mariscal echando la culpa de todo a los hermanos de Pizarro; pero aunque el gobernador les reconvino con alguna aspereza por su violencia, pronto se vió que se ponía de su parte, y los peligros de una seria desavenencia entre los dos socios se hicieron mayores que nunca. Afortunadamente evitó por entonces un rompimiento la intervencion de amigos comunes que en aquellas circunstancias mostraron mas discrecion que sus capitanes. Con su auxilio se efectuó por último una reconciliacion sobre las bases, con corta diferencia, del pacto que anteriormente tenian hecho.

Acordóse que su amistad continuaria siempre inviolable; y en un artículo, que no hace demasiado honor a ninguna de las partes, se estipuló que ninguno de ellos hablaria mal del otro ni haria insinuaciones malévolas respecto a él especialmente en sus comunicaciones al emperador, y que ninguno se comunicaria con el gobierno sin el conocimiento del otro; por último, convinieron ambos en que los gastos y beneficios de los ulteriores descubrimientos serian repartidos entre los dos por partes iguales. Invocóse la ira del cielo con las mas solemnes imprecaciones contra aquel que violase este pacto, rogando al Todopoderoso que le castigase con la pérdida de su vida en este mundo y con la eterna perdicion en el otro (2). Ambas partes se obligaron al cumplimiento de este contrato con solemne juramento pronunciado ante los Sacramentos en manos del padre Bartolomé de Segovia que concluyó la ceremonia celebrando la misa. De todo lo cual, con los artículos del convenio se formalizó testimonio público ante escribano y muchos testigos, a 12 de junio de 1535 (3).

(1) Pedro Pizarro, Descub. y Conq., M. S.—Herrera, Hist. general dec. V, lib. VII, cap. VI.—Conq. y Pob. del Perú, M. S.

(2) «E suplicamos a su infinita bondad que a qualquier de nos que fuere en contrario de lo así convenido con todo rigor de justicia permita la perdicion de su ánima, fin y mal acabamiento de su vida, destruicion y perdimientos de su familia, honrras y hacienda.» Capitulacion entre Pizarro y Almagro 12 de junio de 1535, M. S.

(3) Este notable documento, cuyo orijinal existe en el archivo de Simancas, se encuentra intregro en el Apéndice número 11.

Así estos dos antiguos compañeros despues de haber roto los lazos de la amistad y del honor, quisieron ligarse mutuamente con los sagrados vinculos de la relijion, medida de cuya ineficacia deberia haberles convencido el mero hecho de ser necesario recurrir a ella.

Poco despues de arregladas sus desavenencias, el mariscal levantó bandera para Chile, y muchos, atraidos por sus maneras populares, y por su jenerosidad que casi rayaba en prodigalidad, se alistaron con gusto en la empresa confiados en hallar todavia mayores riquezas que las que habian encontrado en el Perú. Dos indios, el uno Paullo Topa, hermano del Inca Manco, y el otro Villac Umu, gran sacerdote de la nacion, fueron enviados delante con tres españoles para preparar el camino al pequeño ejército. Púsose despues en marcha un destacamento de ciento cincuenta hombres a las órdenes de un oficial llamado Saavedra. Almagro se quedó detrás a reunir mas reclutas; pero antes de completar el número de estos que pensaba llevar, emprendió su marcha, no creyéndose seguro con sus cortas fuerzas al lado de Pizarro (1). El resto de sus tropas debia seguirle luego que se reuniese.

Desembarazado ya de la presencia de su rival, volvió el gobernador inmediatamente a la costa para continuar sus proyectos de arreglo del pais. Además de la principal ciudad de los reyes fundó otras a orillas del Pacifico, destinadas a ser con el tiempo emporios florecientes del comercio. La mas importante de estas recibió el nombre de Trujillo en honor del pueblo de su nacimiento, y fué establecida en el sitio ya indicado por Almagro (2). Hizo tambien muchos repartimientos así de tierras como de indios entre sus soldados en la forma que acostumbraban los conquistadores españoles (3); aunque la ignorancia de los verdaderos recursos del pais produjo resultados diferentes de los que se habia propuesto, pues en muchos casos el territorio mas pequeño a causa de los tesoros que enterraba en su seno, llegó a ser el de mas valor (4).

Pero nada llamó tanto la atencion de Pizarro como la construccion de la metrópoli de Lima, y

(1) «El Adelantado Almagro despues que se vido en el Cuzco descarnado de su jente, temió al marqués no le prendiese por las alteraciones pasadas que habia tenido con sus hermanos como ya hemos dicho, y dicen que por ser avisado dello tomó la posta y se fué al pueblo de Paria donde estaba su capitán Saavedra.» Conq. y Pob. del Perú, M. S.

(2) Carta de Francisco Pizarro al Sr. de Molina, M. S.

(3) Tengo a la vista dos copias de concesiones de encomiendas hechas por Pizarro, la una en Xauxa en 1534, y la otra en el Cuzco en 1539. En ellas se recomienda enfáticamente a los colonos la instruccion relijiosa y el buen trato de sus indios. Pero cuán ineficaces fueron estas recomendaciones puede inferirse de las lamentaciones del escritor anónimo y contemporáneo repetidas veces citado, el cual dice que «desde entonces se estendió entre los indios la pestilencia de la servidumbre personal, igualmente desastrosa para el alma así del amo como del esclavo.» (Conq. y Pob. del Perú, M. S.) Este honrado movimiento de indignacion, que no era de esperar en un tosco conquistador, es probablemente de algun eclesiástico.

(4) «El marqués hizo encomiendas en los españoles, las cuales fueron por noticias que ni él sabia lo que dava ni nadie lo que recibia si no a tiento y a poco mas o menos, y así muchos que pensaron que se les daba poco se hallaron con mucho y al contrario.» Ondegardo, Rel. prim., M. S.

de tal modo apresuró la obra, y tan bien fué secundado por la multitud de trabajadores que servían a sus órdenes, que tuvo la satisfacción de ver a su naciente capital con sus grandiosos edificios y magníficos jardines muy próxima a su completa construcción. Es satisfactorio contemplar bajo un punto de vista más agradable el carácter de aquel tosco soldado, ocupado en remediar los estragos de la guerra y en echar los fundamentos de un imperio más civilizado que el que acababa de destruir. Esta ocupación pacífica formaba contraste con la vida de agitación incesante que hasta entonces había llevado, y parecía adoptarse mejor a su edad ya madura que naturalmente le convidaba al reposo. Si hemos de creer también a sus cronistas, no hubo ocupación de todas las que tuvo en su carrera que más placer le diese. Es lo cierto que ninguna ha sido mirada con más satisfacción por la posteridad; y entre el dolor y la desolación que Pizarro y sus soldados llevaron a la tierra de los Incas, Lima, la hermosa ciudad de los reyes, sobrevive aun como la obra más gloriosa de su creación, como la perla más hermosa de las del Pacífico.

CAPITULO X.

Evasión del Inca.—Vuelta de Hernando Pizarro.—Sublevación de los peruanos.—Sitio e incendio del Cuzco.—Situación precaria de los españoles.—Asalto de la fortaleza.—Desaliento de Pizarro.—El Inca levanta el sitio.

1535—1536.

Si la ausencia de su rival Almagro dejó a Pizarro por este lado libre de toda inquietud, por otro vió inesperadamente amenazada su autoridad. El nuevo enemigo era la población indijena del país. Hasta entonces los peruanos habían mostrado un carácter dócil y sumiso que inspiraba a los conquistadores demasiado desprecio para darles ocasión de temer. Habían mirado impasibles la usurpación de los invasores, la ejecución de un monarca, el nombramiento de otro para ocupar el trono vacante, los templos despojados de sus tesoros, su capital y su país presa de los españoles que se los repartían entre sí; pero a escepción de algunas escaramuzas en los pasos de las montañas, ni un solo golpe habían dado en defensa de sus derechos. ¡Y sin embargo aquella era una nación que había extendido sus conquistas por una gran parte del continente!

Pizarro en su carrera, aunque nada le detenía para llevar a cabo sus proyectos, no se había entregado a aquellos actos superfluos de crueldad que tantas veces mancharon las armas de sus compatriotas en otros puntos del continente, y que en pocos años esterminaron casi toda una población en Hispaniola. Había dado un gran golpe con la captura de Atahuallpa y parecía contar con él para inspirar terror a los indios, no creyendo necesarios otros nuevos. Había aparentado también cierto respeto a las instituciones del país, y reemplazado al monarca a quien había dado muerte con otro de la dinastía legítima. Sin embargo este no era más que un pretexto. El reino había experimentado la revolución más completa. Sus antiguas instituciones estaban destruidas. Su aristocracia de origen divino había descendido casi hasta el nivel del pueblo. Este era siervo de los conquistadores. Sus edificios en la capital, a lo menos desde la llegada de los oficiales de Alvarado, habían pasado a ma-

nos de las tropas. Los templos se habían convertido en cuadras y los palacios reales en cuarteles. La santidad de las casas religiosas había sido violada. Millares de matronas y doncellas que aunque erradas en sus creencias vivían en casta reclusión en establecimientos conventuales, habían sido lanzadas de sus retiros viniendo a ser presa de la licenciosa soldadesca (1). Una esposa favorita del joven Inca había sido seducida por los oficiales castellanos; y el Inca mismo tratado con desdenosa indiferencia, vió que no era más que un pobre dependiente, sino un instrumento en manos de sus conquistadores.

Sin embargo el Inca Manco era hombre de elevado espíritu y animoso corazón, tal que pudiera haber sostenido la comparación con el más valiente y altivo de sus antecesores en los mejores días del imperio. Ofendido profundamente con las humillaciones a que estaba espuesto, reclamó repetidas veces de Pizarro que le restituyese al verdadero ejercicio del poder así como a la ostentación de él. Pero Pizarro con respuestas evasivas desestimó una reclamación tan incompatible con sus proyectos ambiciosos, o por mejor decir, con la política de España, y el joven Inca y sus nobles tuvieron que devorar sus agravios en secreto y esperar pacientemente la hora de la venganza.

Las discusiones entre los españoles les parecieron ocasión oportuna para sublevarse. Los jefes peruanos tuvieron muchas conferencias sobre este punto, y el gran sacerdote Villac Umu encareció la necesidad de levantarse tan luego como Almagro hubiese retirado sus fuerzas de la capital, pues entonces les sería más fácil atacando a los invasores a la vez en los varios puntos distantes unos de

(1) Esto dice el autor de la *Conquista y Población del Perú*, escritor contemporáneo que describe lo que vió lo mismo que lo que supo por relaciones de otros. Varias circunstancias, especialmente la honrada indignación que manifiesta al hablar de los excesos de los conquistadores, inducen a creer que era eclesiástico, uno de aquellos hombres probos que siguieron la cruel expedición con un objeto de amor y de misericordia. Es de suponer también que su credulidad le haga exagerar a veces los excesos de sus compatriotas.

Según él eran seis mil las mujeres de calidad que vivían en los conventos del Cuzco, servidas cada una por quince o veinte criadas, y muchas de las cuales que no perecieron en la guerra tuvieron una desdichada suerte, pues fueron víctimas de la prostitución. Este pasaje es tan notable y el manuscrito tan raro, que voy a citarle orijinal.

«De estas señoras del Cuzco es cierto de tener grande sentimiento el que tuviese alguna humanidad en el pecho, que en tiempo de la prosperidad del Cuzco cuando los españoles entraron en él había grand cantidad de señoras que tenían sus casas y sus asientos muy quietas y sosegadas y vivían muy políticamente y como muy buenas mujeres, cada señora acompañada con quince o veinte mujeres que tenía de servicio en su casa bien traídas y aderezadas, y no salían menos desto y con grand onestidad y gravedad y atabio a su usanza, y es a la cantidad destas señoras principales creo yo que en él... que avía más de seis mil sin las de servicio que creo yo más de veinte mil mujeres sin las de servicio y mamaconas que eran las que andaban como bestas y dende a dos años casi no se allava en el Cuzco y su tierra, sino cada qual y qual porque muchas murieron en la guerra que hubo y las otras vinieron las más a ser malas mujeres. El Señor perdone a quien faé la causa desto y a quien no la remedió pudiendo.» *Conq. y Pob. del Perú*, M. S.

otros que ocupaban en todo el país, arrollarlos con sus superiores fuerzas y sacudir su aborrecido yugo antes que la llegada de nuevas tropas les encerrase para siempre en las redes de sus compatriotas. Formóse un plan para el levantamiento general, y con arreglo a él nombró el Inca al gran sacerdote para que acompañase a Almagro en su marcha, a fin de que se asegurase de la cooperación de los indios del país y volviese después secretamente, como lo hizo, para tomar parte en la insurrección.

Para llevar a cabo sus proyectos se hizo necesario que el Inca Manco saliese de la capital y se presentase entre su pueblo. No encontró Manco dificultad para retirarse del Cuzco donde su presencia apenas era notada de los españoles que allí yos y confiados hacían poco caso de su poder nominal. Pero en la capital había un cuerpo de indios aliados más celoso de sus movimientos. Eran estos indios de la tribu de Cañares, raza guerrera del Norte, sometida hacía poco tiempo por los incas, y que por tanto no simpatizaban con ellos ni con sus instituciones. Se hallaban unos mil de ellos en el Cuzco, y habiendo concebido alguna sospecha de los proyectos del Inca, vijilaron sus movimientos y dieron parte de su ausencia a Juan Pizarro.

Este salió inmediatamente a la cabeza de una pequeña fuerza de caballería en persecución del fujitivo; y fué tan afortunado que logró descubrirlo en un espeso cañaveral donde había procurado ocultarse a poca distancia de la ciudad. Manco fué preso, llevado al Cuzco y encerrado en la fortaleza con una fuerte guardia. La conspiración parecía ya terminada y nada quedaba a los desgraciados peruanos sino lamentar sus muertas esperanzas y manifestar su desconsuelo en lastimeras baladas que recordaban la cautividad de su Inca y la caída de la rejía estirpe (1).

Mientras estas cosas sucedían, Hernando Pizarro volvió a la ciudad de los Reyes trayendo consigo la real concesión en que se daba estension a las facultades de su hermano y se señalaba el territorio que correspondía a Almagro. Trajo también la real patente confirmando a Francisco Pizarro el título de *Marqués de los Atavillos* (una provincia del Perú). Así fué colocado el feliz aventurero en las filas de la orgullosa aristocracia de Castilla, de cuyos individuos pocos podían jactarse (si a jactarse se hubieran atrevido) de descender de tan humilde orijen, así como pocos podían justificar el suyo con mayores servicios hechos a la corona.

El nuevo marqués resolvió no poner en posesión por entonces al mariscal de su territorio, y estimularle a que se empeñase más y más en la conquista de Chile para distraer su atención del Cuzco cuya capital sin embargo, según le aseguraba su hermano, estaba comprendida en el territorio que nuevamente se le agregaba. Para asegurar más esta importante presa, envió a Hernando a que tomase en sus manos las riendas del gobierno, por ser entre sus hermanos aquel en cuyos talentos y esperiencia tenía más confianza.

Hernando, a pesar de sus arrogantes maneras con sus compatriotas, había manifestado más que ordinaria simpatía para con los indios. Había sido amigo de Atahualpa, y tanto que según se decía, si él hubiera estado en Caxamalca en aquella oca-

(1) Pedro Pizarro, *Descub. y Conq.*, M. S.—Herrera, *Hist. general*, dec. V, lib. VIII, cap. I, ll.—*Conq. y Pob. del Perú*, M. S.—Zárate, *Conq. del Perú*, lib. II, cap. III.

sion, habría evitado su suplicio. Manifestó entonces la misma amistosa disposición para con su sucesor Manco, mandó ponerle en libertad y poco a poco le fué dando su confianza. El astuto indio se aprovechó de su libertad para madurar sus planes de levantamiento, pero lo hizo con tanta cautela que Hernando no tuvo de ellos la menor sospecha. El secreto y el silencio son cualidades características del americano y casi tan invariables como el color particular de su piel. Manco descubrió al conquistador la existencia de varios tesoros y los sitios donde habían sido ocultados; y cuando hubo ganado su confianza, estimuló más su codicia hablándole de una estatua de oro puro que representaba a su padre Huayna Capac y pidiéndole licencia para traerla de la cueva donde estaba depositada en las asperezas de los vecinos Andes. Hernando cegado por su avaricia consintió en la partida del Inca.

Envió con él a dos soldados españoles, menos para guardarle que para que le ayudasen en el objeto de su expedición. Pasó una semana y no volvió ni se tuvo noticia alguna suya. Hernando conoció entonces su error, y mucho más cuando vió confirmadas sus sospechas por las relaciones desfavorables que le hicieron sus aliados indios. Sin pérdida de tiempo envió a su hermano Juan a la cabeza de sesenta caballos en busca del príncipe peruano con orden de prenderle otra vez y llevarle a la capital.

Juan Pizarro con sus soldados bien armados atravesó en breve las inmediaciones del Cuzco sin descubrir vestigios del fujitivo. Halló el país notablemente desierto y silencioso, hasta que al acercarse a las montañas que circundan el valle de Yucay, como a seis leguas de la ciudad, encontró a los dos españoles que habían acompañado a Manco, los cuales le dijeron que solo podría apoderarse de él abriéndose paso con la punta de la espada, pues las poblaciones estaban todas sublevadas y el Inca a su cabeza se preparaba a marchar sobre la capital. Sin embargo Manco no les había hecho daño alguno en sus personas, antes bien les había concedido el permiso de volverse a sus filas.

Pizarro halló plenamente confirmada esta relación al llegar al río Yucay, en cuya opuesta orilla vió formados los batallones indios en número de muchos miles, que con su joven Inca a la cabeza se preparaban a disputarle el paso. Parecía sin embargo que no creían demasiado fuerte su posición pues como de costumbre habían puesto el río entre ellos y sus enemigos. No detuvo a los españoles este obstáculo. El río aunque profundo era estrecho; y arrojándose a él nadaron con sus caballos hasta la otra orilla entre una tempestad de piedras y flechas que caían espesas como granizo sobre sus harneses y que alguna que otra vez encontraban algún punto vulnerable, si bien las heridas que hacían servían solo para estimular a los españoles a más desesperados esfuerzos. Los indios retrocedieron al saltar en tierra sus enemigos; pero sin darles tiempo para que se formasen, con un ardor que hasta entonces no habían desplegado volvieron a la carga y los rodearon por todas partes con sus numerosas tropas. La batalla entonces se hizo encarnizada. Muchos de los indios iban armados con lanzas cuyas puntas eran de cobre templado hasta darle la dureza del acero y con grandes mazas o hachas de armas del mismo metal. Sus armas defensivas eran también bajo muchos conceptos excelentes y consistían en fuertes cotas de algodón acolchadas, escudos cubiertos de pieles y cascos ricamente adornados con oro y

joyas y algunos hechos como los de los mejicanos figurando cabezas fantásticas de monstruos con largas filas de dientes y cuyas bocas se abrían horriblemente sobre el rostro del guerrero (1). Todo el ejército tenía un aspecto de ferocidad marcial y peleaba con mucha más disciplina que la que hasta entonces habían visto los españoles en aquel país.

La pequeña tropa de jinetes sorprendida por el furioso ataque de los indios se vió al principio un tanto desordenada; pero al fin animándose mutuamente con el antiguo grito de guerra de «Santiago,» formaron una sólida columna y cargaron atrevidamente sobre las más espesas filas de los enemigos. Estos, incapaces de sostener el choque, cedieron o fueron atropellados por los caballos o por las lanzas de los jinetes. Sin embargo su fuga se hizo con cierto orden; y de cuando en cuando volvían caras para disparar una granizada de flechas o para dar furiosos golpes con sus hachas o clavos. En una palabra, peleaba cada uno como si supiese que le miraba el Inca.

Era ya tarde cuando abandonaron el llano y se retiraron a la espesura de las elevadas colinas que rodean el hermoso valle del Yucaj. Juan Pizarro y su pequeño ejército acamparon en el llano a la falda de las montañas. Había vencido como de costumbre a una multitud inmensa; pero nunca había visto batalla más bien disputada, y su victoria le había costado la pérdida de algunos hombres y caballos, muchos heridos y otros muchos rendidos por las fatigas del día. Sin embargo confiaba en que la severa lección que había dado al enemigo, cuya matanza fué grande, acabaría con su resistencia. Pero se engañaba.

A la mañana siguiente grade fué su desaliento al ver los pasos de las montañas llenos de oscuras líneas de guerreros que se extendían hasta perderse de vista en las profundidades de la sierra, mientras masas enormes de enemigos estaban reunidas cual negras nubes sobre las cimas de los montes dispuestos a descargar su furia sobre los invasores. El terreno, desfavorable para las maniobras de la caballería ofrecía grandes ventajas a los peruanos, los cuales desde su elevada posición, dominaban grandes rocas y descargaban una lluvia de armas arrojadas sobre la cabeza de los españoles. Juan Pizarro no quiso penetrar más adelante en el peligroso desfiladero; y aunque dió repetidas cargas al enemigo y le hizo retirar causándole considerable pérdida, la segunda noche le cojió con los hombres y caballos cansados y heridos y teniendo tan poco adelantado el objeto de su expedición como en la noche anterior. Hallándose en esta embarazosa situación después de uno o dos días más gastados en inútiles hostilidades, le sorprendió un mensaje de su hermano mandándole volver con toda su jente al Cuzco que estaba sitiado por el enemigo.

Sin pérdida de tiempo comenzó su retirada, atravesó de nuevo el valle teatro de la anterior batalla,

(1) «Es gente, dice Oviedo muy belicosa e muy diestra; sus armas picas, e ondas, porras e alabardas de plata e oro e cobre.» (Hist. de las Indias, M. S., parte III, lib. VIII, cap. XVII). Xerez hace una buena descripción de las armas de los peruanos. (Conq. del Perú ap. Barcia, tomo III, p. 200). El padre Velasco ha añadido otras muchas al catálogo de las que cita aquel escritor. Según él, usaban espadas de cobre, puñales y otras armas europeas. Hist. de Quito, tomo I, pp. 178, 180). No insiste en que les fuesen conocidas las armas de fuego antes de la conquista.

pasó a nado el río Yucaj, y contramarchando rápidamente seguido de cerca por su victorioso enemigo que celebraba su victoria con canciones o más bien gritos de triunfo, llegó antes de anochecer a la vista de la capital.

El espectáculo que entonces se presentó a sus ojos era muy diferente del que había visto al salir del Cuzco pocos días antes. Todos los alrededores de la ciudad hasta donde podía alcanzar la vista estaban ocupados por una poderosa hueste de indios, que según el cálculo de uno de los conquistadores compondrían el número de doscientos mil guerreros (1). Las oscuras líneas de los batallones indios se extendían hasta las mismas crestas de las montañas, y todo alrededor no se veían más que banderas y simeras ondeantes de los jefes con ricas armaduras de plumas que a los que habían servido a las órdenes de Cortés les recordaban el traje militar de los aztecas. Sobre toda aquella multitud se elevaba un bosque de largas lanzas y hachas con filos de cobre, que moviéndose acá y allá en desordenada confusión heridas por los rayos del sol poniente resplandecían como la luz que refleja en el oscuro y turbado océano. Era la primera vez que los españoles veían un ejército indio en toda su imponente actitud, un ejército tal como el que los incas conducían a las batallas cuando la bandera del Sol se paseaba triunfante sobre la tierra.

Los esforzados corazones de los españoles, si por un momento les desalentó semejante espectáculo, pronto recobraron su valor, y estrechando sus filas se prepararon a abrirse paso por medio de la sitiadora hueste. Pero el enemigo parecía querer evitar su encuentro; y retrocediendo a medida que se aproximaban, les dejó libre la entrada de la capital. Probablemente los peruanos querían que cayesen cuantas víctimas fuese posible en las redes que tenían tendidas, convencidos de que cuanto mayor fuera el número de sus enemigos más pronto sentirían estos los horrores del hambre (2).

Hernando Pizarro recibió a su hermano con no pequeña satisfacción, pues le traía un importante refuerzo a su jente, la cual toda unida no pasaba sin embargo de doscientos hombres entre infantes y caballos (3) además de unos mil indios auxiliares, fuerza insignificante en comparación de la innumerable multitud de enemigos que hormigueaba a las puertas de la ciudad. Los españoles pasaron la noche con la mayor angustia esperando con el recelo que era natural la llegada del día. Comenzó el sitio del Cuzco a principios de febrero de 1536, sitio memorable donde se hicieron los más heroicos esfuerzos de valor por parte de los indios y de los europeos, y donde las dos razas tuvieron los más mortales encuentros que hasta entonces habían ocurrido en la conquista del Perú.

La multitud de los enemigos parecía no menos formidable durante la noche que con la luz del día; veíanse grandes e innumerables fuegos en to-

(1) «Pues junta toda la gente que el ynga avia embiado a juntar que a lo que se entendió y los indios dixeron, fueron dozientos mil indios de guerra los que vinieron a poner este cerco.» Pedro Pizarro, Descub. y Conq., M. S.

(2) Pedro Pizarro, Descub. y Conq., M. S.—Conq. y Pob. del Perú, M. S.—Herrera, Hist. general, dec. V, lib. VIII, cap. IV.—Gomara, Hist. de las Ind., cap. CXXXIII.

(3) «Y los pocos españoles que heramos aun no dozientos todos.» Pedro Pizarro, Descub. y Conq., M. S.

do el valle y en las crestas de los montes, y tan espesos, dice un testigo de vista, como las estrellas del cielo en una clara noche de verano (1). Antes que la luz que despedían estos fuegos hubiese empalidecido ante la claridad de la mañana, despertó a los españoles el horrible clamoreo de caracoles, trompetas y atabales acompañado de feroces gritos de guerra que lanzaban los bárbaros a tiempo de disparar granizadas de armas de todas formas. Muchas de estas armas caían sin hacer daño dentro de la ciudad; pero otras ofrecían un peligro más serio, pues eran flechas encendidas y piedras echas ascua envueltas en algodones impregnados de alguna sustancia betuminosa que describiendo largos rastros de luz en el aire caían sobre los techos de los edificios y les incendiaban en un momento (2). Los techos, aun los de los mejores edificios eran de paja, y ardían con tanta facilidad como si fueran de yesca. En un momento estalló el incendio en los más opuestos barrios de la ciudad; el cual, comunicándose con rapidez al maderaje interior de los edificios, levantaba anchas lenguas de llama que mezcladas con humo subían hasta los cielos iluminando con horribles resplandores todos los objetos. La atmósfera enrarecida aumentó la impetuosidad del viento, que extendiendo las llamas las propagaba de habitación en habitación hasta que todo el gran edificio conmovido por el huracán, se hundía con un estruendo semejante a los bramidos de un volcán. Hizose el calor intenso y las nubes de humo que como un negro palió cubrían la ciudad, sofocaban y casi privaban de la vista en aquellos barrios a donde eran llevadas por el viento (3).

Los españoles estaban acampados en la gran plaza, parte de ellos debajo de toldos, y otros en las salas del Inca Viracocha, cuyo edificio estaba situado sobre el terreno que después ocupó la catedral. Tres veces durante aquel terrible día se incendió el techo de aquel edificio; pero aunque no se hicieron esfuerzos para apagar el fuego, este se extinguió por sí mismo sin hacer mucho daño. Atribuyóse este milagro a la bienaventurada Virgen a quien varios caballeros cristianos vieron distintamente en los aires sobre el sitio en que debía levantarse el templo dedicado a su culto (4).

(1) «Pues de noche heran tantos los fuegos que no parecía sino ver cielo muy sereno lleno de estrellas.» Pedro Pizarro, Descub. y Conq., M. S.

(2) «Unas piedras redondas y hechas en el fuego y hazellas asqua embolvíanlas en vnos algodones y poniéndolas en hondas las tiravan a las casas donde no alcanzavan a poner fuego con las manos, y así nos quemavan las casas sin entendedorlo. Otras veces con flechas encendidas tirándolas a las casas que como heran de paja luego se encendían.» Pedro Pizarro, Descub. y Conq., M. S.

(3) «I era tanto el humo que casi los oviera de aogar i pasaron grand trabajo por esta causa y si no fuera porque de la una parte de la plaza no havia casas i estava desconorado no pudieran escapar porque si por todos partes les diera el humo y el calor siendo tan grande pasaran trabajo, pero la Divina Providencia lo estorvó.» Conq. i Pob. del Perú, M. S.

(4) El templo fué dedicado a nuestra Señora de la Asunción. La aparición de la virgen fué manifiesta no solo a los cristianos sino también a los guerreros indios, muchos de los cuales refirieron el suceso a Garcilaso de la Vega, en cuya pluma lo maravilloso nunca perdía nada de su brillantez. (Conq. Real, parte II, lib. II, cap. XXV). También lo atestigüa el padre Costa, que llegó al país cuarenta años después de este suceso.

Afortunadamente el ancho espacio que había por todos lados entre el pequeño ejército de Hernando y los edificios de la ciudad, separaba a los españoles del teatro del incendio, proporcionándoles un medio de preservación semejante al que emplea el cazador americano que procura rodearse de una circunferencia de terreno incendiado cuando le sorprende alguna conflagración en los prados. Todo el día continuó el fuego con furia, y por la noche sus efectos fueron aun más dolorosos, pues al lúgubre resplandor de las llamas los desgraciados españoles podían leer la consternación pintada en los rostros malicentos de cada uno de sus compañeros, mientras en los arrabales y en las alturas que rodeaban la ciudad veían la innumerable multitud de los sitiadores que con gozo diabólico contemplaban su obra de destrucción. Dominando la ciudad hacia el norte se levantaba la cenicienta fortaleza que con el resplandor de las llamas parecía roja y que se asemejaba a un disforme gigante mirando las ruinas de la hermosa ciudad que ya no había de proteger. Más distante se distinguían también las formas sombrías de los Andes, remontrándose en solitaria grandeza hasta las regiones del eterno silencio, donde ya no podía oírse el feroz y horrible tumulto de los guerreros que se agitaban en sus faldas.

Tal era la extensión de la ciudad que pasaron muchos días antes que la furia del fuego se extinguiese. Torres y templos, cabañas, palacios y edificios particulares quedaron consumidos por las llamas. Por fortuna entre otros se salvaron del incendio la magnífica casa del Sol y el inmediato convento de las vírgenes, cuya posición aislada ofrecía el medio de conservarlos, medio de que los indios por motivos de piedad quisieron aprovecharse (1). Toda la mitad de aquella capital que

(Lib. VII, cap. XXVII). Ambos escritores hablan del oportuno auxilio que dió a los españoles el apóstol Santiago, el cual con su escudo, desplegando la divisa de su orden militar y armado con su flamante espada, se precipitaba con su caballo blanco sobre las más espesas filas del enemigo. Siempre contaban los españoles con el auxilio de su santo patrón cuando su presencia era necesaria, *dignus vindicæ nodus*.

(1) Garcilaso, Com. Real, parte II, lib. II, capítulo XXIV.

El padre Valverde, obispo del Cuzco, que tan señalada parte tuvo en la captura de Atahualpa se hallaba ausente del país en aquella época, pero volvió al año siguiente; y en una carta al emperador establece el contraste entre la condición floreciente de la capital cuando salió de ella y el estado en que la encontró después, despojada así de sus hermosos arrabales como de sus antiguas glorias. «Si no hubiera sabido el paraje en que estaba situada la ciudad, dice, no la hubiera reconocido.» Este pasaje es demasiado notable para omitirlo. La carta original existe en el archivo de Simanca. «Certifico a V. M. que si no me acordara del sitio de esta ciudad yo no lo conociera, a lo menos por los edificios y pueblos de ella; porque cuando el gobernador don Francisco Pizarro entró aquí y entré yo con él estaba este valle tan hermoso en edificios y población que en torno tenía que era cosa de admiración vello, porque aunque la ciudad en sí no tenía más de 3 o 4,000 casas, tenía en torno cuasi a vista 19 o 20,000; la fortaleza que estaba sobre la ciudad parecía desde aparte una muy gran fortaleza de las de España; agora la mayor parte de la ciudad está toda derrivada y quemada; la fortaleza no tiene cuasi nada enhiesso; todos los pueblos de alderredor no tienen sino las paredes que por maravilla ai casa cubierta. La cosa que

por tan largo tiempo habia sido la metrópoli de la civilización de Occidente, el orgullo de los Incas y la brillante mansión de su deidad tutelar, fué reducida a cenizas por las manos de sus mismos hijos. En cierto modo sin embargo, podía servir a estos de consuelo la consideración de que ardía sobre las cabezas de sus conquistadores, sobre sus trofeos y sobre sus tumbas.

Durante el largo período del incendio los españoles no hicieron tentativa alguna para apagar las llamas, pues hubieran sido inútiles sus esfuerzos. Sin embargo, no se sometieron dócilmente a los ataques del enemigo, antes bien de cuando en cuando hacían salidas para rechazarlos. Pero los trozos de edificio y los escombros que obstruían el terreno, presentaban grandes obstáculos para los movimientos de la caballería; y cuando por los esfuerzos de la infantería y de los aliados indios quedaba en parte desembarazado el paso, los peruanos plantaban estacas y construían barricadas que ofrecían los mismos obstáculos a su marcha (1); y el destruir estos obstáculos era obra de tiempo y de no poco peligro, pues los trabajadores estaban espuestos a todos los tiros del enemigo y el ojo del peruano era certero. Cuando al fin quedaba libre el paso para la caballería, los españoles se lanzaban con irresistible impetuosidad sobre sus enemigos, los cuales, retrocediendo en desorden, eran atropellados por los caballos o atravesados con las lanzas de los jinetes. La matanza en estas ocasiones era grande; pero los indios no por eso se desanimaban, y mientras con nuevos refuerzos arrostraban de frente el ataque de los españoles otros ocultándose entre las ruinas introducían el desorden en las filas de sus enemigos atacándoles por los flancos. Los peruanos eran diestros en el manejo del arco y de la honda: estos encuentros costaban a los españoles, a pesar de la superioridad de sus armas, mas vidas de las que en su apurada situación les conviniera perder, y la pérdida de un español no se compensaba con la de diez hombres que podían matar al enemigo. También usaron entonces los peruanos con buen éxito una arma particular de los americanos del Sur. Esta arma era el lazo que arrojaban diestramente sobre el jinete o a las piernas del caballo, haciendo de este modo que ambos viniesen a tierra. Mas de un español cayó en manos del enemigo con este ardid (2).

Así los españoles acosados por todas partes, durmiendo sobre las armas, con los caballos atados a su inmediación, prontos para pelear a todas horas, no tenían descanso ni de día ni de noche. Para mayor embarazo, el fuerte que dominaba la ciudad y especialmente la gran plaza en que estaban acuartelados, habia tenido tan poca guaruición a causa de la gran confianza con que se habían contado exentos de todo riesgo, que al acercarse los peruanos habia sido abandonado sin resistencia y

mas contentamiento me dió en esta ciudad fué la iglesia, que para en Indias es arto buena cosa, aunque segun la riqueza ha habido en esta tierra pudiera ser mas semejante al templo de Salomen.» Carta del obispo frai Vicente de Valverde al emperador, M. S., 20 de marzo de 1539.

(1) Pedro Pizarro, Descub. y Conq., M. S.

«Los indios ganaron el Cuzco casi todo de esta manera que en ganando la calle hiban haciendo una pared para que los caballos ni los españoles no los pudiesen romper.» Conq. y Pob. del Pirú, M. S.

(2) Ibid., M. S.—Herrera, Hist. general, dec. V, lib. VIII, cap. IV.

estaba ocupado por una fuerte tropa de enemigos, los cuales desde su elevada posición lanzaban sobre los sitiados de cuando en cuando todo género de armas arrojadas, aumentando así su confusión y sus recelos. Entonces lamentó amargamente el capitán la imprudente seguridad que le habia hecho despreciar una posición tan importante.

Su precaria situación se agravaba con los rumores que diariamente llegaban a sus oídos acerca del estado del país. Decíase que la sublevación era general; que los españoles que habitaban en haciendas aisladas habian perecido a manos de los indios; que Lima, Truxillo y las principales ciudades estaban sitiadas y próximas a caer en manos del enemigo; que los peruanos se habian posesionado de todos los pasos, y que cortadas de este modo las comunicaciones, no era de esperar socorro alguno de los españoles de la costa. Tales eran los funestos rumores (que si bien eran exajerados tenian en realidad demasiado fundamento) que penetraban en la ciudad desde el campo de los sitiadores; y para darles mayor crédito, los indios arrojaron a la plaza ocho o diez cabezas humanas, en cuyos sangrientos rostros los españoles reconocieron con horror las fisonomías de sus compatriotas que antes habitaban retirados en sus tierras (1).

Desanimados con estos horrores muchos opinaban que debia abandonarse la posición que ocupaban por insostenible y proponian abrirse paso hasta la costa con sus buenas espadas. Habia en este proyecto cierta audacia, halagüeña para el espíritu aventurero del castellano. Mejor es, decían, perecer como hombres peleando por las vidas, que morir ignominiosamente como zorras ahumadas en sus cuevas por el cazador.

Pero los Pizarros, Rojas y algunos otros de los principales jefes rechazaron semejante proyecto, diciendo que les cubriria de deshonra (2); que el Cuzco habia sido el gran premio porque habian peleado; que era la antigua capital del imperio, que aunque reducida a cenizas volveria a levantarse sobre sus ruinas tan gloriosa como en otro tiempo; que todos tenian fijos en ellos los ojos como sus defensores; que su retirada inspiraria confianza al enemigo, decidiria la suerte de sus compatriotas en todo el país; por último que aquel era un puesto de honor y que debian morir en él antes que abandonarlo.

No parecia en efecto que hubiese alternativa alguna, porque todas las salidas estaban cortadas por un enemigo que conocia perfectamente el país y que estaba posesionado de todos los pasos difíciles. Pero este estado de cosas no podia ser duradero, ni a la larga podian los indios disputar la victoria a los blancos. El espíritu de insurrección debia irse extinguiendo por sí mismo: el gran ejército de los indios no podria menos de disolverse, no estando aquellos acostumbrados a las privaciones y fatigas de una larga campaña. De las colonias deberian de un momento a otro llegar refuerzos, y si los castellanos continuaban sosteniéndose por el tiempo de una estación, debian ser socorridos por sus compatriotas, que no les dejarían nunca morir como fieras en las montañas.

Las animosas palabras y la bizarra conducta de

(1) Ibid., ubi supra.—Conq. y Pob. del Pirú, M. S.

(2) «Pues Hernando Pizarro nunca estuvo en ello y les respondia que todos aviamos de morir y no desamparar el Cuzco. Juntávanse a estas consultas Hernando Pizarro y sus hermanos, Graviel de Rojas, Hernan Ponce de Leon, el Thesorero Riquelme.» Pedro Pizarro, Descub. y Conq., M. S.

los jefes avivaron el entusiasmo en el corazón de los españoles, porque el corazón del español fácilmente respondía al llamamiento del honor, sino al de la humanidad. Todos pues prometieron seguir al lado de su capitán hasta el último trance. Pero si querían permanecer por más tiempo en la posición en que se hallaban, era absolutamente preciso desalojar al enemigo de la fortaleza; y antes de intentar esta empresa peligrosa, Hernando Pizarro resolvió dar un golpe al enemigo capaz de retraerle de nuevos ataques a sus cuarteles.

Comunicó el proyecto a sus oficiales, y formando su pequeña tropa en tres divisiones, las puso a las órdenes de su hermano Gonzalo, de Gabriel de Rojas, oficial en quien tenía gran confianza, y de Hernán Ponce de León. Envió delante a los indios auxiliares para desembarazar de escombros el terreno, y después las tres divisiones salieron simultáneamente por los tres puntos principales que conducían al campo de los sitiadores. Las avanzadas que encontraron al paso fueron fácilmente derrotadas, y las tres divisiones cayendo luego impetuosamente sobre las desordenadas líneas de los peruanos, les cogieron completamente de sorpresa. Por algunos momentos la resistencia fué débil y la matanza terrible; pero los indios se fueron después poco a poco rehaciendo, y formándose con cierto orden, volvieron a la pelea con el valor de hombres acostumbrados ya a los peligros. Entonces combatieron cuerpo a cuerpo con sus hachas y mazas chapadas de cobre, mientras una granizada de dardos, piedras y flechas caía sobre los bien defendidos cuerpos de los españoles.

Los bárbaros mostraron en esta ocasión más disciplina de la que era de esperar, lo cual se atribuye a varios españoles, que habiendo sido jenerosamente perdonados por el Inca, le dieron algunas lecciones en el arte de la guerra. También habían aprendido los peruanos a manejar con cierta destreza las armas de los conquistadores; los españoles vieron a muchos de ellos con escudos, yelmos y espadas de fábrica europea y aun a algunos montados en caballos que habían quitado a los blancos (1). Especialmente fué de notar el joven Inca que vestido a la moda europea, montado en un caballo de batalla que manejaba con gran destreza, y llevando una larga lanza en la mano, guiaba a sus tropas al combate. La prontitud con que los peruanos adoptaron la táctica superior y las armas de los conquistadores, supone en ellos un grado de civilización mayor que el que habían alcanzado los aztecas, los cuales en su larga lucha con los españoles, jamás pudieron dominar el terror que les inspiraba el caballo hasta el punto de montarles.

Pero pocos días o pocas semanas de experiencia no eran bastantes para familiarizarlos con armas y mucho menos con táctica tan distintas de las suyas. Así el combate en esta ocasión, aunque sostenido con ardor, no duró mucho. Después de una animada lucha, en que los indios se arrojaban impávidos sobre los jinetes procurando arrancanles de sus sillas, se vieron obligados a ceder el campo ante las repetidas cargas de los españoles. Muchos fueron atropellados por los caballos, otros heridos con las anchas espadas españolas, mientras los arcabuceros sosteniendo a la caballería

(1) Herrera afirma que los peruanos usaron contra los conquistadores de sus mismas armas de fuego, obligando a los prisioneros a poner en orden los mortueros y a fabricar pólvora para ellos. Hist. Gen., dec. V, lib. VIII, capítulos V, VI.

hacían un nutrido fuego que diezmaba terriblemente la retaguardia de los fugitivos. Al fin el jefe castellano, saciado de matanza y esperando que aquella lección bastaría para que el enemigo no volviera por entonces a incomodarle, retiró las tropas a los cuarteles de la capital (1).

En seguida trató de recobrar la ciudadela. La empresa era peligrosa; la fortaleza dominaba la parte del norte de la ciudad y estaba situada sobre una alta roca bastante escarpada para ser considerada como inaccesible por aquel punto, en el cual solamente la defendía un simple muro. Por la parte del campo era más fácil el acceso, pero estaba protegida por dos muros semicirculares de unos mil doscientos pies de extensión cada uno y de grande espesor, contruidos con piedras macizas, o más bien rocas, puestas unas sobre otras sin mezcla alguna que las uniese, y formando una especie de obra rústica. El terreno entre estas dos líneas de defensa tenía el declive suficiente para que la guarnición, protegida por sus parapetos, pudiese descargar sus flechas sobre los sitiadores. Pasado el muro interior se encontraba la fortaleza, compuesta de tres fuertes torres, una de grande altura, de la cual y de una de las más pequeñas estaba posesionado el enemigo bajo el mando de un inca noble, guerrero de probado esfuerzo y dispuesto a defenderse hasta el último estremo.

Hernando Pizarro confió esta peligrosa empresa a su hermano Juan, en cuyo pecho ardía el espíritu aventurero de uno de aquellos caballeros errantes que nos pintan las novelas. Como la fortaleza debía ser acometida por la parte del campo, y como para esto era preciso atravesar los pasos difíciles de la montaña, fué necesario llamar la atención del enemigo hacia otro punto. Poco antes de ponerse el sol, Juan Pizarro salió de la ciudad con un cuerpo escogido de caballería y tomó una dirección opuesta a la del fuerte, para que el ejército enemigo creyese que su objeto era forrajear. Pero contramarchando en secreto luego que llegó la noche, halló afortunadamente los pasos de la montaña abandonados y llegó al muro exterior de la fortaleza sin ser sentido de la guarnición (2).

La entrada era una estrecha abertura practicada en el centro del muro; pero estaba cerrada con pesadas piedras que parecían formar una sola y misma obra con el resto de la fábrica. El separar aquellas enormes masas sin que la guarnición lo echase de ver era solo asunto de tiempo, pues los indios, que raras veces peleaban de noche, no estaban enterados en el arte de la guerra lo suficiente para proveer a su seguridad por medio de centinelas que evitasen las sorpresas. Terminada la operación, Juan Pizarro y su valiente tropa penetraron a caballo por la puerta y se adelantaron hacia el segundo parapeto.

Pero sus movimientos no fueron ejecutados con tanto secreto que dejasen de ser advertidos por el enemigo, y así encontraron en la parte interior un enjambre de guerreros que al acercarse los españoles descargaron una lluvia de flechas, obligándoles a hacer alto. Juan Pizarro, conociendo que no había tiempo que perder, mandó que la mitad de su jente se apease, y poniéndose a la cabeza se preparó a abrir otra brecha en las fortificaciones. Pocos días antes había sido herido en la

(1) Pedro Pizarro, Descub. y Conq., M. S.—Conq. y Pob. del Perú, M. S.—Herrera, Hist. general, dec. V, lib. VIII, cap. IV, V.

(2) Conq. y Pob. del Perú, M. S.

quijada, y notando que el yelmo hacia mas dolorosa su herida, se le quitó fiándose del escudo para proteger la cabeza (1). En esta situacion y al frente de sus soldados les animaba a terminar la obra de demolicion a pesar de la tempestad de flechas, piedras y dardos que descargaban sobre ellos con furia capaz de estremecer al mas fuerte corazon. Las buenas cotas de malla no siempre bastaban para proteger a los españoles; pero otros ocupaban el lugar de los que caian, hasta que a bierta brecha, penetró por ella la caballería atropellando y destrozando a cuantos hicieron resistencia.

Abandonado el parapeto, el enemigo se refugió precipitadamente en una especie de plataforma o terrado dominado por la torre principal, y desde allí descargó nuevas granizadas de flechas contra los españoles, mientras la guarnicion de la fortaleza dejaba caer sobre sus cabezas enormes maderos y fragmentos de roca. Juan Pizarro que iba de los primeros saltó al terrado animando a su jente con la voz y con el ejemplo; pero en aquel momento, cayendo una gran piedra sobre su cabeza, que no estaba entonces protegida por el escudo, dió con él en el suelo. Desde allí el intrépido jefe continuó escitando con su voz a los soldados hasta que se apoderaron del terrado y pasaron a cuchillo a sus miseros defensores. Después, aumentándose demasiado sus dolores, fué preciso bajarlo a la ciudad, donde a pesar de los esfuerzos que se hicieron para salvar su vida, murió a los quince dias entre horribles padecimientos (2). Para decir que era valiente, basta decir que era Pizarro; pero lo que mas constituye su gloria era que sabia templar el valor con la benevolencia. Su carácter parecia en alto grado apacible por el contraste que formaba con el de sus hermanos, y sus modales le habian granjeado el afecto de todo el ejército. Habia servido en la conquista del Perú desde el principio, y ningun nombre entre los conquistadores está menos deslustrado que el suyo por la mancha de crueldad, ni mas acrisolado por las cualidades de leal y valiente caballero que le adornaban (3).

Aunque Hernando Pizarro sintió profundamente la desgracia de su hermano, conoció que debía aprovecharse sin pérdida de tiempo de las ventajas conseguidas. Así, dejando el mando de la ciudad a Gonzalo, se puso a la cabeza de los combatientes y estrechó con vigor el sitio de la fortaleza. Una de las torres se rindió despues de corta resistencia. La otra, la mas formidable de las dos, se defendia aun bajo la dirección del valiente Inca que la mandaba. Era este hombre de formas atléticas y se le veia recorrer las almenas armado de coraza y escudo españoles y blandiendo una

enorme maza guarnecida de puntas o clavos de cobre, con cuya arma terrible derribaba a todos los que intentaban forzar el paso hasta lo interior de la fortaleza. Dicese que mató con su propia mano a varios de sus secuaces que proponian la rendicion. Hernando Pizarro se preparó para tomar la torre por asalto. Plantáronse escalas en los muros, pero no bien llegaba un español al extremo superior cuando caia precipitado y herido por el arma terrible del guerrero indio. Su actividad era igual a su fuerza y parecia hallarse en todos los puntos en el momento en que su presencia era necesaria.

Tanto valor llenó de admiracion al jefe español, porque Pizarro era capaz de admirar el valor aunque fuese en un enemigo. Dió orden para que no se le hiciese daño y se le cojiese vivo si era posible (1). Pero esto no era fácil. Al fin, habiéndose plantado gran número de escalas contra la torre, los españoles la asaltaron por muchos puntos a la vez, y penetrando dentro del recinto arrollaron a todos los combatientes que todavia hicieron una sombra de resistencia. Pero el jefe Inca no debia ser hecho prisionero: viendo la resistencia ineficaz, se subió sobre una almena, arrojó lejos de si la clava, se envolvió en su manto y se precipitó desde aquella altura (2). Murió como un romano de los tiempos antiguos. Habia dado el último golpe en defensa de la libertad de su pais y no queria sobrevivir a su deshonra. El jefe castellano dejó una corta guarnicion para asegurar su conquista y volvió en triunfo a sus cuarteles.

Pasábanse semanas tras semanas y ningun socorro venia a los sitiados. Ya empezaban a sentir la escasez de viveres. Afortunadamente los arroyos que que corrian por el centro de la ciudad les proveian de agua; pero aunque habian economizado lo posible sus recursos, habíanse ya consumido las provisiones, y hacia algun tiempo que solo se alimentaban con la escasa porcion de grano que podian recojer de los almacenes arruinados o del botín que alcanzaban en alguna salida (3). Este último recurso presentaba no pocas dificultades, porque cada expedicion ocasionaba un encarnizado combate con los enemigos, el cual costaba la vida a bastante número de españoles y a muchísimos indios aliados. Esta pérdida tenia una ventaja, la de disminuir el número de bocas; pero era tan corto el de los sitiados, que una pérdida, por pequeña que fuese, aumentaba considerablemente las dificultades para la defensa de los que sobrevivian.

Como pasaban los meses sin que los sitiados tuviesen noticia alguna de sus compatriotas, se aumentaron los recelos que habian concebido respecto a su suerte. Estaban convencidos de que el gobernador no habria dejado de hacer todos los esfuerzos posibles para librarlos de su desesperada posicion. Era, pues, probable que sus tentativas no hubiesen tenido buen éxito, que se hallase en una situacion idéntica y acaso que fuese ya con

(1) Pedro Pizarro, Descub. y Conq., M. S.

(2) «Y estando batallando con ellos para échallos de allí Joan Pizarro se descuidó de cubrirse la cabeza con la adarga y con las muchas pedradas que tiravan le acertaron vna en la cavega que le quebraron los cascos y dende a quince dias murió desta herida, y ansi herido estuvo forcejeando con los indios y españoles hasta que se ganó este terrado, y ganado le abaxaron al Cuzco.» Pedro Pizarro, Descub. y Conq., M. S.

(3) «Hera valiente, dice Pedro Pizarro, y mui animoso, gentil hombre, magnánimo y afable». (Descub. y Conq., M. S.) Zárate termina la relacion de su muerte con este breve panegirico:—«Fué gran pérdida en la tierra, porque era Juan Pizarro mui valiente, y experimentado en las guerras de los indios, i bien quisto, y amado de todos.» Conq. del Perú, lib. III, cap. III.

(1) «Y mandó Hernando Pizarro a los españoles que subian que no matasen a este indio sino que se lo tomasen a vida, jurando de no matarle si lo avia vivo.» Pedro Pizarro, Descub. y Conq., M. S.

(2) «Visto este orejon que se lo avian ganado y le avian tomado por dos o tres partes el fuerte, arrojando las armas se tapó la cabeza y el rostro con la manta y se arrojó del cubo abajo mas de cien estados y ansi se hizo pedazos. A Hernando Pizarro le pesó mucho por no tomalle a vida.» Ibid., M. S.

(3) Garcilaso, Com. Real, parte II, lib. II, cap. XXIV.

todos los suyos víctima del furor de los insurjentes. Asaltábales entonces el terrible pensamiento de si estarían solos en aquella tierra, lejos de todo socorro humano y destinados a perecer entre las montañas a manos de los bárbaros.

Sin embargo, la situación de las cosas, aunque triste en extremo, no era tan desesperada como la imaginación de los sitiados en el Cuzco la pintaba. La insurrección, en efecto, había sido jeneral, a lo menos en los puntos del país ocupados por los españoles, y tan bien concertada, que estalló casi simultáneamente, y los conquistadores que vivían confiadamente en sus tierras, fueron asesinados en número de algunos centenares. Un ejército indio se presentó delante de Xauxa, y otro considerable ocupó el valle de Rimac y puso sitio a Lima. Pero el país que rodeaba esta capital era abierto y llano, y muy favorable por tanto para las maniobras de la caballería. Pizarro, no bien se vió amenazado por aquella multitud hostil, envió contra los peruanos la fuerza suficiente para ponerlos prontamente en fuga como se ejecutó, y aprovechándose de esta ventaja logró castigarlos tan severamente, que si bien continuaron manifestándose en las lejanas cumbres y cortando las comunicaciones con el interior, no se atrevieron a pasar al otro lado del Rimac.

Las noticias que entonces recibió Pizarro acerca del estado del país le llenaron de zozobra. Temía particularmente la suerte que podía haber cabido a la guarnición del Cuzco, e hizo repetidos esfuerzos para socorrer aquella capital. Envío en diferentes ocasiones cuatro distintos destacamentos compuestos en su totalidad de más de cuatrocientos hombres y mandados por algunos de sus más valientes oficiales; pero ninguno consiguió llegar al punto de su destino. Los astutos indios les dejaban adelantarse por lo interior del país hasta que habían penetrado bastante en los intrincados pasos de las cordilleras; entonces les envolvían con sus superiores fuerzas, y ocupando las alturas, descargaban sobre ellos una lluvia de armas arrojadizas, o les aplastaban bajo las rocas que hacían rodar desde sus montañas. De algunos destacamentos no quedó un solo hombre con vida, y de otros solo algunos pocos fujitivos volvieron a Lima con la noticia de su sangrienta derrota (1).

La consternación de Pizarro no tenía límites. Acosándole los más tristes presentimientos sobre la suerte de los españoles dispersos en todo el país, y aun dudaba que él mismo pudiera mantenerse en su posición sin auxilio exterior. Despachó un buque a la inmediata colonia de Truxillo, con orden para que los colonos abandonasen aquel punto con todos sus efectos y fuesen a reunirse con él a Lima. Afortunadamente no se adoptó esta medida. Muchos de los suyos querían aprovecharse de los buques anclados en el puerto para huir y refugiarse en Panamá; pero Pizarro no quiso dar oídos a estos consejos egoístas que envolvían la perdición y el abandono de los valientes que quedaban en el

(1) Zárate, Conq. del Perú, lib. IV, cap. V.—Herrera, Hist. gen. dec. V, lib. VIII, cap. V.—Garcilaso, Com. Real, parte II, cap. XXVIII.

Según el historiador de los Incas, murieron en estas expediciones cuatrocientos setenta españoles. Cieza de León calcula el número de cristianos que perecieron en esta insurrección en setecientos, y añade que muchos de ellos fueron muertos con mucha crueldad. (Crónica, cap. LXXXI). Este cálculo, considerando la extensión y el espíritu de la sublevación, no parece exajerado.

interior, y que todavía esperaban de él protección y ayuda; y para frustrar de una vez las esperanzas de los tímidos, despachó con diferentes comisiones a todos los buques que tenía en el puerto. Por ellos envió cartas a los gobernadores de Panamá, Nicaragua, Guatemala y Méjico manifestándoles el triste estado de sus negocios e invocando su auxilio.

Se ha conservado su epístola a Alvarado, que entonces se hallaba establecido en Guatemala. Apelaba en ella a su honor y patriotismo para que le auxiliase, y rogábale que lo hiciera antes que fuese demasiado tarde. Decíale además que sin ser socorridos los españoles no podrían sostenerse en el Perú, y que la corona de Castilla perdería aquel grande imperio. Por último, le ofrecía parte en los resultados de las conquistas que pudiesen hacer reunidos (1). Tales concesiones hechas al hombre a quien dos meses antes hubiera querido Pizarro echar del país casi a cualquier precio, prueban hasta la evidencia lo crítico de su situación. El socorro tan ardientemente solicitado, llegó a tiempo, no de apagar la insurrección de los indios, pero sí de ayudar a Pizarro en una contienda igualmente formidable con sus propios compatriotas.

Llegó el mes de agosto. Mas de cinco meses habían transcurrido desde que principiara el sitio del Cuzco, y todavía las legiones peruanas permanecían acampadas alrededor de la ciudad. El sitio había durado mucho más de lo que se acostumbraba en la táctica de los indios, y mostraba lo resuelto que se hallaban estos a exterminar a los blancos. Pero los mismos peruanos se habían visto por algún tiempo aflijidos por la falta de provisiones. No era empresa fácil mantener tan numerosa hueste, y el recurso de los almacenes de grano, con tanta provisión preparados por los Incas, les sirvió de poco, pues los españoles en su primera ocupación habían consumido y aun disipado prodigamente gran parte de ellos (2). Había llegado la estación de la siembra, y el Inca conoció que si sus súbditos abandonaban este cuidado, no tardaría en caer sobre ellos otra plaga todavía más formidable que la de los invasores. Por tanto, dispersó la mayor parte de sus fuerzas, mandándoles que se retirasen a sus hogares, y que luego que los trabajos del campo estuviesen terminados, volvieresen a continuar el bloqueo de la capital. Reservóse, sin embargo, para guardar su persona una fuerza considerable, con la cual se retiró a Tambo, punto muy fuerte, situado al sur del valle de Yucay, y que había sido residencia favorita de sus antecesores. Apostó también un gran cuerpo de observación a las inmediaciones del Cuzco para vijilar los movimientos del enemigo e interceptar los socorros.

Los españoles vieron con júbilo disiparse aquella hueste poderosa que por tan largo tiempo había tenido rodeada la ciudad. Apresuróse Hernando Pizarro a aprovecharse de las circunstancias para enviar partidas que explorasen el país y trajesen víveres a sus hambrientos soldados; y en esto tuvo tal suerte, que en una ocasión entraron con seguridad en el Cuzco no menos de dos mil cabezas de

(1) «É crea V. S. si no somos socorridos se perderá el Cuzco, que es la cosa más señalada y de más importancia que se puede descubrir; e luego nos perderemos todos; por que somos pocos e tenemos pocas armas, e los indios están atrevidos.» Carta de Francisco Pizarro a don Pedro de Alvarado desde la ciudad de Los Reyes, 29 de julio de 1536, M. S.

(2) Ondegardo, Rel. prim. y seg., M. SS., M. p. 102.

ganado (carneros peruanos) arrebatados de las plantaciones indias (1). Esta presa desvaneció por entonces completamente los temores de falta de víveres.

Sin embargo, como estos no se obtenían sino a punta de lanza, hubo muchos y serios encuentros en que se derramó la mejor sangre de la caballería española. Otras veces no se limitaba el combate a grandes cuerpos de tropa, sino que había escaramuzas entre cuerpos pequeños, las cuales en ocasiones se convertían en combates personales. En estos la desigualdad entre los combatientes no era tanta como pudiera suponerse; y el guerrero peruano con su honda, su arco y su lazo no era un adversario despreciable para el jinete cubierto de malla, a quien algunas veces acometía cuerpo a cuerpo con su terrible maza de armas. El terreno que rodeaba el Cuzco llegó a ser un campo de batalla como la vega de Granada, en que el cristiano y el pagano desplegaban los ardidés característicos de su táctica peculiar; y muchas hazañas heroicas se ejecutaron, a las cuales solo faltaba el canto del trovador para darles la aureola de gloria que ilumina las de los últimos tiempos de la dominación musulmana en España (2).

Pero Hernando Pizarro no se contentó con mantenerse a la defensiva, sino que imaginó dar un golpe atrevido para poner fin de una vez a la guerra. Fué este capturar al Inca Manco, a quien esperaba sorprender en sus reales de Tambo.

Para este servicio eligió unos ochenta de sus mejores caballos con un pequeño cuerpo de infantes, y dando un largo rodeo por los desfiladeros menos frecuentados de la montaña llegó delante de Tambo sin ser notado por el enemigo. Pero encontró la plaza mas fortificada de lo que creía. El palacio, o mas bien el fuerte de los Incas, estaba situado en una elevada eminencia, cuyos escarpados lados, por el punto a que se aproximaron los españoles, estaban cortados en mesetas defendidas por fuertes muros de piedra y adobes (3). Por aquel sitio la plaza era inexpugnable. Por el lado opuesto que miraba hácia el Yucay, el terreno descendía en gradual declive hasta la llanura en que corre aquel rio por una márgen estrecha pero de mucha profundidad (4). Este era el punto mas susceptible de ataque.

Los españoles cruzando la corriente con gran dificultad comenzaron a subir el *glacis* haciendo el menor ruido posible. La luz de la mañana apenas blanqueaba la cima de las montañas, y Pizarro al acercarse a las defensas esteriorés, que como en la fortaleza del Cuzco consistían en un parapeto de

piedra de gran magnitud construido alrededor del recinto, apresuró el paso confiando encontrar a la guarnición sepultada todavía en el sueño. Pero millares de ojos estaban fijos en él; y así que los españoles llegaron a tiro de flecha, levantáronse de repente detrás del parapeto multitud de oscuras formas, mientras el Inca a caballo con una lanza en la mano dirigía las operaciones de sus tropas (1). Al mismo tiempo se oscureció el aire con innumerables piedras, javelinas y flechas y caían como un huracán sobre las tropas, mientras las vecinas montañas retumbaban con el salvaje grito de guerra del enemigo. Los españoles, cojidos de sorpresa, y muchos de ellos gravemente heridos, se desordenaron, y aunque inmediatamente volvieron a estrechar sus filas e hicieron dos tentativas para renovar el asalto, se vieron por último obligados a retroceder, no pudiendo resistir la violencia de la tempestad. Para aumento de confusión el terreno mas bajo a donde se retiraban estaba inundado por las aguas del rio, pues los indios abriendo las compuertas le habían hecho salir de madre (2). No era posible ya sostenerse en aquella posición. Celebróse un consejo de guerra y se decidió abandonar el ataque como desesperado y retirarse en el mejor orden posible.

En estos vanos esfuerzos se había gastado todo el día; y Hernando aprovechándose de la oscuridad de la noche, envió delante la infantería y los bagajes, tomó el mando del centro, y confió la retaguardia a su hermano Gonzalo. Cruzóse de nuevo el rio sin accidente, aunque el enemigo confiando en su fuerza salió de sus parapetos y siguió a los españoles incomodándoles con repelidas descargas de flechas. Mas de una vez les estrecharon tanto que Gonzalo Pizarro y su caballería se vieron obligados a volver caras y a dar desesperadas cargas que castigaban su atrevimiento y paralizaban por algun tiempo la persecución. Pero el enemigo, victorioso todavía, continuó picando la retaguardia de los españoles hasta que estos salieron de los desfiladeros y llegaron a dar vista a los negrecidos muros de la capital. Este fué el último triunfo del Inca (3).

Entre los manuscritos que debo a la jenerosidad del ilustre escritor español señor Navarrete, el mas notable de los que tienen relacion con esta historia, es la obra de Pedro Pizarro, titulada: *Relaciones del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*. Mas parece que de este importante documento solo se ha conservado una copia, cuya existencia era poco conocida hasta que cayó en manos del señor Navarrete, si bien no se ocultó a las investigaciones del infatigable Herrera, como lo prueba la mención que hace de varios incidentes, algunos de los cuales se refieren a la persona del mismo Pedro Pizarro

(1) «Recojimos hasta dos mil cabezas de ganado.» Pedro Pizarro, Descub. y Conq., M. S.

(2) Pedro Pizarro refiere muchos de estos hechos de armas, de algunos de los cuales fué el héroe. Cuenta también un acto de crueldad que hace poco favor a su jefe Hernando Pizarro, el cual, dice, que despues de un reñido combate hizo cortar las manos a sus prisioneros, y así mutilados les dió libertad. (Descub. y Conq., M. S.) Los cronistas refieren pocas atrocidades de esta especie, y es de creer que fuesen escepciones de la política general de los conquistadores en esta invasión.

(3) «Tambo tan fortalecido que hera cosa de grima, porque el asiento donde Tambo está es mui fuerte, de andenes mui altos y de mui gran canterías fortalecidos.» Pedro Pizarro, Descub. y Conq., M. S.

(4) «El rio de Yucay ques grande por aquella parte va mui angosto y hondo.» Pedro Pizarro, Descub. y Conq., M. S.

(1) «Parecia el Inca a caballo entre su jente, con su lanza en la mano» Herrera, Hist. general, dec. V, lib. VIII, cap. VII.

(2) Pues hechos dos o tres acometimientos a tomar este pueblo, tantas vezes nos hicieron bolver dando de manos. Así estuvimos todo este día hasta puesta de sol. Los indios sin entendello nos hechavan el rio en el llano donde estávamos, y de aguardar mas perescieramos aquí todos.» Pedro Pizarro, Descub. y Conq., M. S.

(3) Ibid., M. S.—Herrera, Hist. general, dec. V, lib. VIII, cap. VII.

y que no podían haber llegado a noticia del historiador de las Indias por ningún otro conducto. Este manuscrito se ha dado últimamente al público como parte de la inestimable colección de documentos históricos que ahora se está publicando en Madrid bajo auspicios que confío asegurarán su éxito. Pero como el impreso no ha llegado a mis manos sino cuando la presente obra estaba muy adelantada, he preferido valerme del ejemplar manuscrito para lo poco que quedaba de mi historia como lo había hecho desde el principio de ella.

Nada, de que yo tenga noticia, se sabe respecto al autor, sino lo que puede deducirse de las noticias que él mismo da incidentalmente en su historia. Era natural de Toledo, en Estremadura (1), provincia fértil en aventureros que pasaron al Nuevo Mundo, y de la cual emigró también la familia de Francisco Pizarro unida con la de Pedro por vínculos de parentesco. Cuando Francisco Pizarro pasó a la conquista del Perú, después de haber recibido autorización del emperador en 1529, Pedro Pizarro, que tenía entonces quince años, le acompañó en calidad de paje. Tres años estuvo al servicio particular de su jefe, después continuó siguiendo su bandera como soldado de fortuna. Hallóse presente en muchos de los memorables acontecimientos de la conquista, y parece que poseyó en alto grado la confianza de su capitán, que le empleó en comisiones difíciles, en las cuales dió prueba de serenidad y valor. Verdad es que sobre este punto hai que creerle bajo su palabra; pero cuenta sus hazañas con aire de sinceridad y sin hacer ningún esfuerzo extraordinario para colocarse en el lugar que no le correspondía; habla de sí propio en tercera persona, y como su manuscrito no estaba destinado solamente a la posteridad sino también a los contemporáneos, no es probable que se aventurase a prodigarse escenas alabanzas, cuando el fraude podía tan fácilmente ser conocido.

Después de la conquista nuestro autor siguió la suerte de su jefe y se halló a su lado en todos los disturbios que acaecieron, hasta que habiendo sido asesinado Francisco Pizarro, se retiró a Arequipa para gozar tranquilamente del repartimiento de tierras e indios que le tocaron como recompensa de sus servicios. Hallábase en aquel punto cuando estalló la gran rebelión de Gonzalo Pizarro; pero quiso ser fiel a su juramento y prefirió, según nos dice, faltar a lo que debía a su nombre y a su liraje por no faltar a lo que debía a su lealtad. Gonzalo en venganza, se apoderó de sus propiedades y se hubiera dejado llevar a mayores demasías contra él cuando le tuvo en sus manos en Lima, a no haber sido por la intervención de su segundo, el famoso Francisco de Carbajal, a quien el cronista había tenido en una ocasión la fortuna de prestar un servicio importante. Este Carbajal intercedió para salvarle la vida en dos ocasiones; pero en la segunda le dijo con frialdad: «ningún hombre tiene derecho más que a una vida; y si volvéis a caer en mis manos por tercera vez, Dios solo podrá concederos otra.» Por fortuna Pizarro no se vió en el caso de experimentar el efecto de esta amenaza. Después de la pacificación del país se retiró de nuevo a Arequipa; mas por el tono resentido de sus observaciones se advierte que no se le reins-

(1) Nota del traductor. O el autor ha cometido aquí un error geográfico, o ha querido decir que Pedro Pizarro nació en Toledo de una familia oriunda de Estremadura. Sin embargo, si lo ha querido decir, no lo ha dicho.

taló plenamente en el goce de las posesiones que había sacrificado por su lealtad al gobierno. Las últimas noticias que tenemos de él son de 1571, fecha en que dá por concluida su historia.

La narración de Pedro Pizarro comprende todo el tiempo de la conquista, desde la primera expedición que salió de Panamá hasta las turbulencias que siguieron a la partida del presidente Gasca. La primera parte de la obra se funda en el testimonio de otros, y en realidad no todos los hechos que comprende pueden ser admitidos como evidentes. Pero todo lo que sigue a la vuelta de Francisco Pizarro de Castilla; en suma, todo lo que constituye la conquista del país, puede decirse que es producto de su propia observación como testigo y como actor. Esto dá a su narración un mérito, a que literariamente no puede aspirar. Pedro Pizarro era soldado; y probablemente tendría tan poca educación como en jeneral tienen los que desde su juventud han cursado la ruda escuela de las armas, la menos a propósito del mundo para los progresos intelectuales y morales. Tenía sin embargo la suficiente sensatez para no aspirar a una perfección que no le era dado conseguir. No se advierte en su crónica el menor deseo de alcanzar la gloria de buen escritor; no hai en ella ninguno de esos adornos afectados que solo sirven para hacer mas patente la pobreza de recursos del que echa mano de ellos. Su objeto fué simplemente referir la historia de la conquista tal como la había presenciado; y como para su narración solo necesitaba hechos, no palabras, dejó las palabras para aquellos que habiendo llegado al campo, después de recojida la cosecha, solo podían recojer lo que otros habían dejado.

La situación de Pizarro debía esponerle necesariamente a las influencias de partido y dar cierto aire de parcialidad a su narración. No es difícil en efecto determinar bajo qué bandera se había alistado. Escribe como hombre de partido, pero como hombre honrado que en los hechos que refiere no se aparta del juicio correcto sino lo que necesariamente debía apartarse, el que tenía su opinión formada de antemano. No intenta inclinar la convicción del lector mas a un lado que a otro, ni menos procura desnaturalizar los hechos. Cree evidentemente lo que dice, y esto es todo lo que se puede apetecer. Nosotros podemos ahora descartar lo que es efecto de la natural influencia de su posición; pero si hubiese sido mas imparcial todavía, el crítico moderno al suponer en él parcialidad, descartaría mas de lo que debiera y daría en un error.

Pizarro no solamente es independiente, sino a veces cáustico al condenar la conducta de sus jefes, lo cual sucede especialmente en los casos en que las medidas de estos eran desfavorables a sus particulares intereses o a los del ejército. Respecto a los desgraciados indijenas no tiene con ellos mas consideración que la que tenían los antiguos judíos con los filisteos a quienes miraban como destinados a morir al filo de sus espadas, y cuyas propiedades creían serles debidas como legítima herencia. El duro conquistador trataba sin compasión al infiel.

Pizarro era el representante del siglo en que vivía. Sin embargo, no merece el siglo tanta deshonra, pues si bien en parte Pizarro le representaba; representaba mas verdaderamente el espíritu de los fieros soldados que destruyeron la dinastía de los Incas. No era solamente un cruzado que peleaba por estender el imperio de la cruz sobre las naciones salvajes; también su grande objeto era adquirir oro; por él juzgaba del valor de la con-

quista, y él era la recompensa a que aspiraba en cambio de una vida de trabajos y peligros. El aventurero del Perú alimentaba su tosca y mundana imaginación mas bien con doradas visiones que con visiones de gloria, y menos de gloria celestial. Pizarro no se elevó sobre los de su raza ni bajo el punto de vista intelectual, ni bajo el punto de vista moral. De su historia no se deduce que tuviese gran penetración ni mucho vigor de comprensión: es la obra de un soldado que refiere sencillamente los hechos sangrientos que la componen. Su valor consiste en que las escenas están narradas por uno de los actores; y esto para el historiador moderno la hace mas preciosa que las mejores producciones de segunda mano. Es el tosco mineral que sometido al procedimiento regular de refinamiento y purificación, puede recibir el sello que le hace apto para la circulación jeneral.

Otra autoridad, a quien algunas veces me he referido, y cuyos trabajos todavía yacen manuscritos, es el licenciado Fernando Montesinos, el reverso en todos conceptos del cronista militar de quien acabo de hacer mencion. Montesinos floreció como cosa de un siglo despues de la conquista, y el valor de sus escritos como autoridad para hechos históricos, depende esclusivamente de la mejor oportunidad que tuvo para consultar documentos orijinales. Pero en esto sus ventajas eran grandes. Fué enviado dos veces al Perú con un empleo que le obligó a visitar las diferentes partes del país; y en el desempeño de sus dos comisiones empleó quince años, de modo que al paso que su posición le daba acceso a los archivos coloniales y a los depósitos literarios, podia comprobar sus investigaciones con alguna estension mediante su observación del país.

Resultado de ellas fueron sus dos obras históricas tituladas, la una *Memorias antiguas historiales del Perú*, y la otra *Anales*; citadas algunas veces en estas páginas. La primera comienza desde los primeros tiempos de la historia del país, tiempos en realidad demasiado antiguos, pues se remontan hasta el diluvio. La primera parte de ella está principalmente destinada a demostrar la identidad del Perú con el dorado Ofir del tiempo de Salomon. Esta hipótesis, que no es orijinal en el autor, puede dar una noción bastante exacta de su carácter. En el curso de su obra sigue la línea de los príncipes Incas, cuyas hazañas y nombres no coinciden con el catálogo de Garcilaso; circunstancia, sin embargo, que está mui léjos de probar su inexactitud. Pero el que lea los absurdos cuentos referidos en el grave tono peculiar de Montesinos que participaba en gran manera de la credulidad y afición a lo maravilloso, propias de siglos menos ilustrados, no vacilará en darles el crédito que merecen.

Lo mismo se advierte en sus *Anales*, dedicados esclusivamente a referir la historia de la conquista. Aquí en verdad el autor, despues de haber remontado su vuelo por nebulosas rejiones, descende a tierra firme, donde no son de esperar groseras faltas de verdad, o por lo menos de verosimilitud. Pero el que tenga ocasion de comparar su historia con la de los escritores contemporáneos, encontrará frecuentes motivos de desconfiar de ella. Sin embargo, Montesinos tiene un mérito, y es el de haber tenido a la vista en sus estensas investigaciones muchos instrumentos orijinales, algunos de los cuales ha trasladado a sus páginas, que con dificultad habrían podido encontrarse en otra parte.

Algunos de los ilustrados compatriotas han recomendado sus escritos como producto de dilijen-

tes investigaciones y minuciosos informes; pero mi propia esperiencia no me conduce a ponerlos en elevado lugar como testimonios históricos, pues no me parecen dignos de grande elogio ni por la exactitud de los hechos ni por la sagacidad de las reflexiones. El espíritu de fria indiferencia con que mira los padecimientos de los indijenas es odioso, y tiene menos disculpa en un escritor del siglo XVII que tendria en uno de los primitivos conquistadores, cuyas pasiones estaban inflamadas por largas y constantes hostilidades. Mr. Ternaux-Compané ha traducido las *Memorias antiguas* con su acostumbrada elegancia y precision en su colección de documentos orijinales relativos a la historia del Nuevo Mundo. En su prólogo promete trasladar mas adelante los *Anales*; no sé si lo habrá hecho; pero creo que este excelente traductor encontrará materia mejor para sus trabajos en algunos de los manuscritos que posee, pertenecientes a la rica colección de Muñoz.

LIBRO IV.

GUERRAS CIVILES

DE LOS CONQUISTADORES.

CAPITULO I.

Marcha de Almagro a Chile.—Padecimientos de sus tropas.— Vuelve y se apodera del Cuzco.—Accion de Abancay.— Gaspar de Espinosa.—Almagro sale del Cuzco.—Negociaciones con Pizarro.

1535—1537.

Mientras ocurrían los acontecimientos mencionados en el capítulo anterior, el mariscal Almagro estaba ocupado en su memorable expedición a Chile. Había salido, como hemos visto, con solo una parte de sus fuerzas, dejando a su teniente para que le siguiese con el resto. En las primeras jornadas se aprovechó del gran camino militar de los incas, que se extendía a lo léjos por la llanura hacia el Sur; pero al acercarse a Chile se encontró empeñado en los desfiladeros de las montañas, donde ningun vestigio de camino se descubria. Allí impedían su marcha todos los obstáculos propios de la aspereza y escabrosidad de las cordilleras: profundos y escarpados barrancos, cuyos lados rodeaba un estrecho sendero, capaz solamente para cabras, y que subia serpenteando hasta las alturas que dominaban aquellos horribles precipicios; rios que caían con furia por los declives de las montañas formando espantosas cataratas y hundiéndose en el profundo abismo; negros bosques de pinos, que parecían no tener fin, y despues largos páramos sin el menor arbusto que pudiera poner a cubierto al atrevido viajero de la brisa penetrante que despedían las heladas cimas de la sierra.

El frío era tan intenso, que muchos perdieron las uñas de los dedos, los dedos mismos, y a veces los miembros. Otros cegaron a consecuencia de la reberveración de la nieve que reflejaba los rayos de un sol intolerablemente brillante en la delgada atmósfera de aquellas elevadas rejiones. El hambre vino, como de costumbre, en pos de esta serie de calamidades; porque en aquellas tristes soledades no se advertía vejetación que pudiera bastar para el alimento del hombre, ni se veía ser alguno

viviente, a escepcion tan solo del gran pájaro de los Andes, que se cernía sobre sus cabezas, esperando el banquete que le proporcionaban con frecuencia el gran número de desgraciados indios, que incapaces de resistir con sus ténues vestiduras a los rigores del clima, perecían en el camino. Tanto llegó a acosarlos el hambre, que los miserables que sobrevivían se alimentaban de los cuerpos muertos de sus compatriotas, mientras los españoles se sostenían de los cadáveres de sus caballos, que se quedaban helados en los desfiladeros de la montaña (1). Tales fueron las terribles penalidades que la naturaleza impuso a los que tan precipitadamente se introdujeron en sus mas solitarios y salvajes distritos.

Pero sus padecimientos no inclinaban el ánimo de los españoles a la compasion con los débiles indios. Por todas partes dejaban huellas de su paso en cabañas desiertas y quemadas, a cuyos habitantes obligaban a hacer el servicio de bestias de carga: los indios eran encadenados en cuadrillas de diez o doce, y ni las enfermedades, ni la debilidad del cuerpo escusaban al desgraciado cautivo de llenar su parte en el trabajo comun. Así algunos caían muertos de fatiga sobre sus mismas cadenas (2). Los soldados de Alvarado fueron, segun se dice, mas crueles que los de Pizarro; y el lector recordará que mucha de la jente que llevaba Almagro se reclutó de entre ellos. Cuéntase que este jefe miró con disgusto semejantes atrocidades, e hizo cuanto pudo por reprimirlas; pero no dió mui buen ejemplo con su conducta, si es verdad lo que se le atribuye de haber mandado quemar vivos a treinta jefes indios para castigar la muerte de tres de los suyos (3). El corazon se estremece con la relacion de tales atrocidades perpetradas con un pueblo inofensivo, o que, por lo menos, no tenia otro crimen mas que el defender demasiado bien su propio territorio.

En la posesion de una fuerza superior, hai bajo el punto de vista moral, algo de peligroso para el poseedor. El europeo con sus cualidades y su fuer-

(1) Herrera, Hist. jeneral, dec. V, lib. X, cap. I-III. Oviedo, Hist. de las Indias, M. S., parte III, lib. IX, cap. IV.—Conq. y pob. del Pirú, M. S.

(2) Conq. y Pob. del Pirú, M. S.

El autor de esta narracion debió haber sido de esta expedicion, pues habla como testigo presencial. Los pobres indios tenían a lo menos un amigo en el campo cristiano. «I si en el real havia algun español que era buen rancheador i cruel i mataba muchos indios, teníanle por buen hombre i en grande reputacion i el que era inclinado a hacer bien i hacer buenos tratamientos a los naturales i los favorecia no era tenido en tan buena estima, he apuntado esto que vi por mis ojos y en que por mis pecados anduve porque entiendan los que esto leyeren que de la manera que aqui digo y con mayores crueldades harto se hizo esta jornada i descubrimiento de Chile.»

(3) «I para castigarlos por la muerte destos tres españoles juntólos en un aposento donde estaba aposentado i mando cavalgar la jente de cavallo i la de a pié que guardasen las puertas i todos estuviesen apercevidos i los prendió i en conclusion hizo quemar mas de 30 señores vivos atados cada uno a su palo.» (Conq. i Pob. del Pirú, M. S.) Oviedo, que siempre manifiesta en sus escritos el duro carácter del colono, disculpa este acto con la vieja excusa de la necesidad:—*fué necesario este castigo*, dice, y añade que despues de verificado se podia enviar un mensajero de un extremo a otro del pais sin temor de que le maltratasen. Hist. de las Indias, M. S., parte III, lib. IX, cap. IV.

za inmensamente superiores, puesto en contacto con el hombre semicivilizado, le considera como un ser poco mejor que el bruto, y nacido igualmente para su servicio. Cree que tiene un derecho natural a su obediencia, y que esta obediencia debe medirse, no por las facultades del bárbaro, sino por la voluntad del conquistador. La resistencia entonces llega a ser un crimen que solo puede lavarse con la sangre de la victima. Tales crueldades no se limitaban a los españoles: donde quiera que se han puesto en contacto, el hombre civilizado y el salvaje, así en Oriente como en Occidente, la historia de la conquista ha sido escrita muchas veces con sangre.

Desde el agreste caos de montañas salieron los españoles al verde valle de Coquimbo, como a unos treinta grados de latitud sur. Allí hicieron alto para descansar en tan abundantes llanuras, despues de las fatigas y padecimientos sin ejemplo que habían pasado. Entre tanto Almagro despachó a un oficial, con una fuerte avanzada, para examinar el pais hácia el Sur; y poco despues tuvo la satisfaccion de ver llegar el resto de sus fuerzas a las órdenes de su teniente Rodrigo de Orgoñez, persona notable e intimamente ligada con la suerte futura de Almagro.

Era Orgoñez natural de Oropesa; habia estado en las guerras de Italia, y tenia el grado de alférez en el ejército del condestable de Borbon, en el famoso saqueo de Roma. Buena escuela era aquella para aprender el arte militar y endurecer el corazon, precaviéndole de la sensibilidad que jeneralmente se tiene en vista de los padecimientos humanos. Era excelente soldado, fiel a su jefe, activo, impávido e inflexible en la ejecucion de sus órdenes. Sus servicios llamaron la atencion de la córte, y poco despues de aquella época fué elevado a la categoría de mariscal de la Nueva Toledo. Pero su carácter le hacia probablemente mas a propósito para el papel de ejecutor subordinado, que para un empleo de mas grave responsabilidad.

Almagro recibió tambien el real decreto confiéndole sus nuevos poderes y jurisdiccion territorial. Los Pizarros habían detenido este decreto hasta el último momento. Las tropas de Almagro, disgustadas ya de su penosa e inútil marcha, clamaban porque se emprendiese la retirada. Decían que el Cuzco caía dentro de los límites de su gobierno, y que era mejor tomar posesion de sus cómodos cuarteles, que vagar como proscritos por aquellas terribles asperezas. Representaban a su jefe, que solamente así podria mirar por los intereses de su hijo D. Diego. Este era un hijo natural de Almagro, a quien su padre queria con delirio, amor justificado mas que de costumbre por las cualidades y grandes esperanzas del jóven.

Despues de dos meses de ausencia, el oficial enviado a explorar el pais volvió con noticias poco satisfactorias respecto a las rejiones al Sur de Chile. Para que un territorio ofreciese ventajas al castellano era preciso que estuviera cuajado de oro (1). Habia penetrado hasta unas cien leguas, probablemente hasta los límites de las conquistas de los Incas sobre el rio Maule (2). Afortunadamente

(1) Este es el lenguaje de un escritor español: «como no le pareció bien la tierra por no ser quajada de oro.» Conq. y Pob. del Pirú, M. S.

(2) Segun Oviedo, ciento cincuenta leguas, y cerca, como le dijeron, del fin del mundo. (Hist. de las Indias, M. S. parte III, libro IX, cap. V). No son de esperar grandes nociones de jeografia en los toscos soldados de América.

los españoles se habían detenido antes de entrar en la tierra de Arauco, donde poco después había de correr a torrentes la sangre de sus compatriotas, y cuyos habitantes todavía mantienen una orgullosa independencia entre la humillación general de las razas indias que los rodean.

Almagro accedió, pues, con poca repugnancia a las repetidas importunidades de sus soldados, y volvió caras al Norte. No hai para qué referir los pormenores de su marcha. Desanimado por las dificultades que ofrecía el paso de los montes, tomó, a lo largo de la costa, el camino que atraviesa el gran desierto de Atacama. Al cruzar aquellas terribles soledades, que se extienden por espacio de cerca de cien leguas hasta los límites septentrionales de Chile, soledades en que apenas una hoja verde viene a reanimar al fatigado viajero, experimentaron Almagro y sus tropas tantos trabajos, aunque de diversa especie, como los que sufrieron en el paso de las cordilleras. En realidad no se encontraría en la época actual un jefe que se aventurase a conducir a su ejército a través de aquella estéril región. Pero los españoles del siglo XVI tenían una fuerza de cuerpo y una viveza de espíritu tales, que les hacían despreciar toda clase de obstáculos, justificando así las palabras jactanciosas del historiador que dice que peleaban «en un tiempo con los enemigos, con los elementos y con la hambre» (1).

Después de atravesar el terrible desierto, llegó Almagro a la antigua ciudad de Arequipa, a unas sesenta leguas del Cuzco. Allí supo con asombro la insurrección de los peruanos, y que el joven Inca Manco permanecía aun con fuerzas formidables a no larga distancia de la capital. Había tenido en otro tiempo amistosas relaciones con el príncipe peruano, y resolvió, por tanto, antes de emprender nada, enviar una embajada a su campo y arreglar una entrevista con él en las inmediaciones del Cuzco.

Los emisarios de Almagro fueron bien recibidos por el Inca, el cual alegó sus motivos de queja contra los Pizarros, y designó el valle de Yucay para la conferencia con el mariscal. El jefe español volvió, pues, a emprender su marcha, y tomando la mitad de sus fuerzas, cuyo total ascendía a poco menos de quinientos hombres, se presentó en el punto señalado mientras el resto de sus tropas establecía sus cuarteles en Urcos, a seis leguas de la capital (2). Los españoles del Cuzco, sorprendidos por la aparición de este nuevo cuerpo de tropas en las inmediaciones de la ciudad, cuando supieron su procedencia, dudaron si debían temer o esperar de ellos. Hernando Pizarro salió de la ciudad con una corta fuerza, y acercándose a Urcos supo, con no poco disgusto, la intención de Almagro de sostener sus pretensiones al Cuzco. Pero aunque muy inferior en fuerza a su rival, determinó oponerle resistencia.

Entre tanto los peruanos, que habían sido testigos de la conferencia entre los soldados de los opuestos campos, sospecharon que se habían puesto de acuerdo para apoderarse del Inca. Comunicaron su sospecha a Manco, y este, participando de los mismos sentimientos, o tal vez meditando sorprender a los españoles, cayó repentinamente sobre ellos en el valle de Yucay, con un cuerpo de quince mil hombres. Pero los veteranos de Chile

estaban demasiado acostumbrados a la táctica india para dejarse sorprender; y aunque se siguió un reñido encuentro que duró más de una hora, y en el cual cayó muerto el caballo que montaba Orgoñez, los indios fueron finalmente rechazados con gran pérdida, y el Inca quedó tan desanimado con este golpe, que no se atrevió, por entonces, a molestar de nuevo a los españoles (3).

Almagro, reuniéndose después con la división que había dejado en Urcos, no encontró ya impedimento para sus operaciones sobre el Cuzco. Envio desde luego una embajada al ayuntamiento, exigiendo se le reconociese como gobernador, y presentando copia de las credenciales que había recibido de la corte. Pero la cuestión de jurisdicción no era fácil de arreglar, pues dependía del conocimiento de las verdaderas paralelas de latitud, conocimiento que no era probable tuviesen los toscos soldados de Pizarro. El real decreto ponía bajo la jurisdicción de Almagro a todo el país situado a doscientas setenta leguas al Sur del río de Santiago a un grado y veinte minutos norte del Ecuador. Doscientas setenta leguas en el Meridiano, según nuestra medida, hubieran terminado los límites en un grado antes del Cuzco, y apenas hubieran comprendido la ciudad de Lima. Pero las leguas españolas de diez y siete y media por grado (2) hubieran extendido los límites meridionales de la jurisdicción de Pizarro a cerca de medio grado más allá de la capital de los Incas, la cual de este modo recaía dentro del término de aquella jurisdicción (3). Sin embargo, la línea de división caía tan cerca del terreno disputado, que racionalmente podía dudarse del resultado verdadero no habiéndose hecho minuciosas investigaciones científicas para obtenerlo, a pesar de que cada una de las partes aseguraba, como sucede siempre en tales casos, que sus pretensiones eran claras e incuestionables (4).

Las autoridades del Cuzco, al recibir la intimación de Almagro, no queriendo indisponerse con ninguna de las partes contendientes, aplazaron la resolución hasta oír el consejo (lo cual prometieron hacer en breve) de ciertos pilotos mejor instruidos que ellas mismas acerca de la posición del río de Santiago. Entretanto se arregló una tregua, y cada una de las partes prometió solemnemente abstenerse de medidas hostiles y permanecer pacíficamente en sus cuarteles respectivos.

(1) Zárate, Conq. del Perú, lib. III, cap. IV.—Conq. y Pob. del Perú, M. S., parte III, lib. VIII, cap. XXI.

(2) «Contando diez y siete leguas y media por grado.» Herrera, Hist. general, dec. VI, lib. III, cap. V.

(3) El gobierno procuró de antemano evitar toda disputa sobre los límites de las respectivas jurisdicciones. El lenguaje de la real concesión daba lugar a interpretaciones diversas; pero ya en 1536 fué enviado a Lima Fr. Tomás de Berlanga, obispo de Tierra Firme, con plenos poderes para arreglar la cuestión de límites, fijando la latitud del río de Santiago y midiendo doscientas setenta leguas al Sur sobre el Meridiano. Pero Pizarro, teniendo ocupado a Almagro en su expedición a Chile, no quiso resucitar la cuestión, y el obispo se volvió *re infecta* a su diócesis muy disgustado del gobernador. Herrera, Hist. general, dec. VI, lib. III, cap. I.

(4) «Todos aseguran, dice Oviedo en una carta al emperador, que el Cuzco cae dentro del territorio de Almagro.» Oviedo era, probablemente, la persona mejor informada sobre estos asuntos que había en las colonias. Sin embargo estaba en un error. Carta desde Santo Domingo, M. S., 25 de octubre de 1539.

(1) Herrera, Hist. general, dec. V, lib. X, cap. II.

(2) Pedro Pizarro, Descub. y Conq., M. S.—Conq. y Pob. del Perú, M. S.—Oviedo, Hist. de las Indias, M. S., parte III, lib. IX, cap. VI.

El tiempo se puso entonces frío y lluvioso; y los soldados de Almagro, descontentos con su posición e inundados por las aguas, no tardaron en descubrir que Hernando Pizarro se ocupaba activamente en fortificarse dentro de la ciudad a pesar de lo pactado. Supieron también con desaliento que una gran fuerza enviada por el gobernador de Lima a las órdenes de Alonso de Alvarado se había puesto en marcha para socorrer al Cuzco. Entonces exclamaron que estaban vendidos, que la tregua no había sido más que un artificio para asegurar su inacción hasta la llegada de los refuerzos que se esperaban; y en este estado de escitación no les fué difícil persuadir a su jefe, demasiado dispuesto a dejarse llevar de los violentos consejeros que le rodeaban, que debía violar el tratado y tomar posesión de la capital (1).

A la sombra de una oscura y tempestuosa noche el 8 de abril de 1537, entró Almagro en la plaza sin oposición, se hizo dueño de la iglesia principal, estableció fuertes avanzadas de caballería en todas las avenidas para evitar una sorpresa y despachó a Orgoñez con un cuerpo de infantería para forzar el alojamiento de Hernando Pizarro. Había este con su hermano Gonzalo uno de los salones construidos por los Incas, para las diversiones públicas, cuyas inmensas puertas daban a la plaza. Veinte soldados le guarnecían, los cuales al abrirse las puertas con violencia salieron valerosamente a la defensa de su capitán. Siguió una encarnizada lucha en que algunos perdieron la vida, hasta que al fin Orgoñez irritado al ver la obstinación de los sitiados puso fuego al inflamable techo del edificio. Las llamas se extendieron con rapidez por todo él y las vigas inflamadas cayendo sobre las cabezas de sus defensores obligaron a Hernando a ceder aunque con repugnancia y a rendirse a discreción. Apenas habían salido los españoles del edificio se hundió todo el techo con terrible estallido (2).

Dueño Almagro del Cuzco, mandó encerrar a los Pizarros en sitio seguro con otros quince o veinte de los principales caballeros. No parece que ejerciese ningún acto de violencia contra los habitantes, a escepción de los necesarios para consolidar su autoridad (3). Dió el gobierno de la ciudad a Gabriel de Rojas, uno de los mejores oficiales de Pizarro; y el ayuntamiento, convencido ya de la validez de sus pretensiones, no tuvo ningún escrúpulo en reconocer sus derechos a la posesión de la ciudad.

El primer acto de Almagro después de la toma de la capital, fué enviar un mensaje a Alonso de Alvarado anunciándole su entrada en el Cuzco y exigiendo de él obediencia como legítimo señor. Alvarado estaba acampado con quinientos hombres entre infantería y caballería en Xauxa a unas trece leguas de la capital. Había sido enviado algunos meses antes para socorrer al Cuzco, pero inmotivada, y según se vió desgraciadamente para la ca-

pital del Perú, se detuvo en Xauxa con el pretexto de proteger aquel establecimiento y sus inmediaciones contra los insurjentes (1). En aquella ocasión se manifestó leal a su jefe, y cuando los enviados de Almagro llegaron al campamento, les hizo prender y dió aviso de lo que pasaba al gobernador de Lima.

Ofendido Almagro de la prisión de sus emisarios, se preparó a marchar contra Alonso de Alvarado y a adoptar medidas más eficaces para conseguir su sumisión. Su segundo Orgoñez le instó fuertemente antes de su partida para que hiciese cortar la cabeza a los Pizarros, alegando que mientras existiesen nunca estaría la suya segura, y concluyendo con el proverbio español de que «el muerto no mordia» (2). Pero el mariscal, aunque detestaba a Hernando, se opuso a tan violenta medida. Además de estas consideraciones tenía presente el afecto que todavía conservaba a su antiguo socio Francisco Pizarro y no quería romper para siempre los lazos que les unían. Contentándose, pues, con poner a los presos bajo la custodia de una fuerte guardia en uno de los edificios pertenecientes a la casa del Sol, salió a la cabeza de sus fuerzas en busca de Alvarado.

Había tomado éste posición al otro lado del río de Abancay, colocándose con el grueso de su pequeño ejército en frente de un puente que atravesaba sus rápidas aguas, mientras un fuerte destacamento de sus tropas ocupaba una eminencia que dominaba un vado a cierta distancia en dirección de la corriente. Pero en este destacamento había un caballero de gran consideración en el ejército, llamado Pedro de Lerma, el cual por cierto pique con su comandante, resuelto a hacerle traición, había entrado en correspondencia con el opuesto bando. Por su consejo Almagro al llegar a la orilla del río estableció sus fuerzas junto al puente frente de las de Alvarado como preparándose a forzar el paso, y concentrando de este modo sobre aquel punto la atención de su adversario. Pero cuando ya estuvo bien entrada la noche, destacó una gran fuerza a las órdenes de Orgoñez para pasar el vado y operar de acuerdo con Lerma. Orgoñez ejecutó su comisión con su acostumbrada prontitud: cruzó el vado, aunque la corriente era tan rápida que muchos de sus soldados fueron arrebatados por ella y perecieron en las aguas. El mismo recibió una grave herida en la boca al saltar a la opuesta orilla, pero sin arredrarse por este contratiempo, animó a su jente y cayó con furia sobre el enemigo. Pronto se le unieron Lerma y los soldados que este había sobornado, y entonces los de Alvarado no pudiendo distinguir los amigos de los adversarios, se vieron en confusión completa.

Entre tanto Alvarado alarmado con el ruido del ataque por aquel punto, se apresuró a ir en auxilio de su tropa; pero Almagro, aprovechando la ocasión forzó el paso del puente, dispersó el pequeño cuerpo de tropa que había quedado defen-

(1) Zárate dice que Almagro al entrar en la capital no encontró señal alguna de los designios imputados a Hernando, y exclamó que había sido engañado. No es extraño que fuese demasiado crédulo en este punto.

(2) Carta de Espinall, Tesorero de N. Toledo, 15 de junio, de 1539.—Conq. y Pob. del Perú, M. S.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq., Hist. de las Indias, M. S., parte III, lib. VIII, cap. XXI.

(3) Así aparece del testimonio jeneral; pero Pedro Pizarro que era del bando opuesto, y fué preso por Almagro, le acusa de haberles arrebatado los caballos y otras cosas. Descub. y Conq., M. S.

(1) Picado, secretario de Pizarro, tenía una encomienda en las inmediaciones, y Alvarado que le debía favores personales, se detuvo allí, según parece a instigación suya. (Herrera, Hist. Gen. dec. V. lib. VIII, cap. VII). Alvarado era un buen oficial, y poseyó toda la confianza de los Pizarros, así antes como después de estos sucesos. Debemos, pues, suponer que su conducta tenía alguna otra explicación que no ha llegado a nuestra noticia.

(2) Herrera, historia jeneral, dec. VI, lib. II, capítulo VIII.

diéndole, y cayendo despues sobre la retaguardia de Alvarado logró cercarle por todas partes. No duró mucho la pelea, porque el desgraciado jefe, no sabiendo de quien fiarse, hubo de rendirse con las fuerzas que le habian permanecido fieles. Tal fué la batalla de Abancay, llamada así por el río en cuyas márgenes se dio el 12 de julio de 1537. Nunca se ha conseguido a menos costa victoria mas completa; y Almagro volvió en triunfo al Cuzco con una cuerda de prisioneros apenas inferior en número a su propio ejército (1).

Mientras ocurrían los sucesos referidos en las anteriores páginas, Francisco Pizarro continuaba en Lima, esperando ansiosamente la llegada de los refuerzos que habia pedido y que debían ponerle en disposición de marchar en auxilio de la apurada capital de los Incas. El llamamiento que habia hecho a sus amigos no quedó sin respuesta. Entre otros llegó un cuerpo de doscientos cincuenta hombres mandados por el licenciado Garpar de Espinosa, el cual según recordará el lector, era uno de los primitivos socios que acometieron la empresa de la conquista del Perú. Había dejado su residencia de Panamá y venía en persona por la primera vez a reanimar la decaída fortuna de sus confederados. Pizarro recibió también un buque cargado de víveres, municiones y otras cosas necesarias además de un rico guarda-ropa, todo lo cual le enviaba Cortés el conquistador de Méjico, que quería prestar su jeneroso apoyo a su pariente en la hora de la necesidad (2).

Salió, pues, el gobernador de Lima con una fuerza de cuatrocientos cincuenta hombres, la mitad de caballería, y emprendió su marcha hácia la capital de los Incas. No se habia adelantado mucho cuando recibió las nuevas de la vuelta de Almagro, de la toma del Cuzco, y de la prision de sus hermanos, y antes de que pudiera recobrase de la sorpresa que le causaron, supo la derrota y captura de Alvarado. Lleno de consternacion con los rápidos triunfos de su rival, volvió a toda prisa a Lima, y la puso en el mejor estado de defensa para que pudiese resistir a los movimientos hostiles que juzgaba se dirijirian contra aquella capital. Entre tanto lejos de dar rienda suelta a un impotente resentimiento ni de proferir queja alguna contra su compañero, se contentó con lamentarse de que Almagro hubiese recurrido a tan violentas medidas para el arreglo de su disputa, y esto según decia, menos por consideraciones personales que por el perjuicio que podían sufrir los intereses de la corona (3).

Así mientras se ocupaba activamente en hacer preparativos de guerra, no omitió el probar el efecto de las negociaciones. Envió una embajada al Cuzco, compuesta de varias personas, en cuya discrecion tenia la mayor confianza y a la cabeza de las cuales puso a Espinosa como el mas interesado en que se efectuase un arreglo amistoso.

El licenciado Espinosa a su llegada no encontró a Almagro tan favorablemente dispuesto para un arreglo como él lo hubiera deseado. Enorgullecido

con sus recientes triunfos, aspiraba no solo a la posesion del Cuzco, sino también a la de la misma Lima como parte de su jurisdiccion. En vano Espinosa, con todos los argumentos que su prudencia podía sujerirle, le manifestó la conveniencia de moderar sus pretensiones. Almagro no quiso abandonar de modo alguno las que tenia sobre el Cuzco, y declaró que estaba dispuesto a defenderlas aun a peligro de su vida. El licenciado replicó friamente con aquel significativo proverbio castellano: *«el vencido vencido, y el vencedor perdido.»*

No sabemos qué influencia podrían haber tenido los templados argumentos de Espinosa en la acalorada imaginacion del soldado; mas por desgracia terminó repentinamente la negociacion la muerte del licenciado, ocurrida inesperadamente, y (cosa estraña en aquellos tiempos) sin que fuese atribuida al veneno (4). En la fermentacion en que estaban los ánimos fué esta gran pérdida para ambas partes, porque Espinosa unia a la influencia que tienen siempre los consejos prudentes y moderados un interés mayor que el de ningun otro en que fuesen seguidos.

El nombre de Espinosa es memorable en la historia por estar relacionado desde el principio con la expedicion al Perú, la cual a no ser por la oportuna, aunque secreta aplicacion de sus fondos, no habria podido entonces llevarse a cabo. Habia residido mucho tiempo en las colonias españolas de Tierra Firme y Panamá, donde desempeñó varios destinos, ya como funcionario legal, presidiendo los tribunales de justicia (2), ya como eficaz director en las primeras expediciones de conquista y descubrimiento. En tan complicadas funciones adquirió alta reputacion de probidad, intelijencia y valor, y su muerte en la presente crisis fué sin duda alguna el acontecimiento mas desgraciado que podía sobrevenir al país.

Abandonóse toda tentativa de negociacion: y Almagro anunció su propósito de bajar hasta la costa y establecer una colonia y un puerto para sí, desde el cual intentaba renovar las negociaciones despues de haber asegurado los medios indispensables de comunicacion con la madre patria. Antes de salir del Cuzco, envió a Orgoñez con un fuerte destacamento contra el Inca, para no dejar la capital espuesta con su ausencia a nuevas molestias por este lado.

Pero el Inca, desanimado con su última derrota, e incapaz acaso de reunir las suficientes fuerzas para oponer resistencia, abandonó su fortaleza de Tambo, y se retiró a las montañas. Orgoñez le persiguió con vigor de colina en valle, hasta que el réjio fujivo, abandonado de los suyos y acompañado solamente de una de sus mujeres, se refugió en las remotas escabrosidades de los Andes (3).

De nuevo Orgoñez antes de dejar la capital instó a su jefe para que mandase dar muerte a los Pizarros y marchase desde luego sobre Lima, diciéndole que con este paso decisivo pondria tér-

(1) Carta de Francisco Pizarro al obispo de Tierra Firme, M. S., 28 de agosto, 1539.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq., M. S.—Oviedo, Hist. de las Indias, M. S., ubi supra.—Conq. y Pob. del Pirú, M. S.—Carta de Espinall, M. S.

(2) «Fernando Cortés embió con Rodrigo de Grijalva en un propio navio suio desde la Nueva España muchas armas, tiros, jaeces, adereços, vestidos de seda, i vna ropa de martas.» Gomara, Hist. de las Indias cap. CXXXVI.

(3) Herrera, Hist. General, dec. VI., lib. II, cap. VII.

(4) Carta de Pizarro al obispo de Tierra Firme, M. S.—Herrera, Hist. General, dec. VI, lib. II, cap. XXIII.—Carta de Espinall, M. S.

(2) Se hizo algo odioso por haber presidido el tribunal que condenó al desgraciado Vasco Nuñez de Balboa. Pero debe confesarse que hizo grandes esfuerzos para evitar los procedimientos tiránicos de Pedrarias, y que recomendó fuertemente la compasion para con el preso. Véase Herrera, Hist. General, dec. II, lib. II, cap. XXI-XXII.

(3) Pedro Pizarro, Descub. y Conq., M. S.—Conq. y Pob. del Pirú, M. S.

miso a la guerra y se libraria para siempre de las insidiosas maquinaciones de sus enemigos. Pero entre tanto los hermanos cautivos habian hallado un nuevo amigo. Era este don Diego de Alvarado, hermano de aquel Pedro, que segun hemos dicho en el anterior capitulo, mandó la desgraciada expedicion a Quito. Despues de la partida de Alvarado habia seguido la suerte de Almagro, a quien habia acompañado a Chile, y como era de alto nacimiento y poseia algunas cualidades verdaderamente nobles, gozaba de merecido ascendiente sobre su jefe. Visitaba con frecuencia a Hernando Pizarro en su prision, donde para ahuyentar el tedio se entretenian en jugar. Jugaban fuerte y Alvarado perdió la enorme suma de ochenta mil castellanos de oro. Estaba pronto a pagar su deuda; pero Hernando Pizarro se negó decididamente a recibir el dinero, política jenerosidad con la cual se ganó un importante abogado en los consejos de Almagro, y que entonces le sirvió de poderoso auxilio. Alvarado hizo presente al mariscal que una medida como la que Orgoñez proponia no solo seria mirada con horror por sus soldados, sino que le arruinaria en la corte por la indignacion que en ella debia escilar. Cuando Almagro cedió a estos consejos, que en realidad eran los mas adecuados a su carácter, Orgoñez manifestó gran sentimiento, y declaró que llegaria tiempo en que se arrepentiria de esta mal entendida lenidad. «Un Pizarro, dijo, jamás perdona una injuria, y la que estos han recibido de Almagro es demasiado grave para que la perdonen.» ¡Palabras proféticas!

Al salir del Cuzco el mariscal dió orden para que Gonzalo Pizarro y los demás presos fuesen guardados estrechamente, y se llevó consigo a Hernando con fuerte escolta. Despues, bajando rápidamente la costa, llegó a fines de agosto al deleitoso valle de Chíncha. Allí se ocupó en echar los fundamentos de una ciudad que debia llevar su propio nombre y servir como de contrapeso a la ciudad de los reyes, desafiando de este modo a su rival dentro de su territorio mismo. Estando ocupado en esto, recibió la desagradable noticia de que Gonzalo Pizarro, Alonso de Alvarado y los demás presos habian sobornado a sus guardias y fugándose del Cuzco, y poco despues supo que habian llegado con seguridad al campo de Pizarro.

Mucho le enojaron tales nuevas, aumentando su irritacion las insinuaciones de Orgoñez sobre su mal entendida lenidad; y se hubiera dejado llevar a alguna medida extrema con Hernando a no haberse distraído su atencion por las negociaciones que Pizarro entabló de nuevo.

Despues de varias comunicaciones entre ambas partes se acordó someter el arreglo de la disputa al arbitrio de un solo individuo que fué frai Francisco de Bobadilla, relijioso de la orden de la Merced. Este aunque vivia en Lima, y por esta circunstancia podia suponérsele bajo la influencia de Pizarro, tenia tal reputacion de integridad, que inclinó a Almagro a confiarle exclusivamente el arreglo de la cuestion. Orgoñez, sin embargo, como de carácter mas duro que su jefe, no participó de esta implícita confianza en la imparcialidad del fraile (1).

(1) Carta de Gutierrez al emperador, M. S., 40 de febrero, 1539.—Carta de Espinall, M. S.—Oviedo, Hist. de las Ind., M. S., ubi supra.—Herrera, Hist. General, dec. VI., lib. II, cap. VIII—XIV.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq., M. S.—Zárate, Conq. del Perú, lib. III., cap. VIII.—Naharro, Relacion sumaria, M. S.

Celebróse entre ambos jefes una conferencia en Mala en 13 de noviembre de 1537; pero la conducta de cada uno de ellos para con el otro fué muy distinta de la que habian observado en sus anteriores entrevistas. Almagro, quitándose el sombrero, se adelantó con su acostumbrada franqueza a saludar a su antiguo camarada; mas Pizarro, devolviéndole apenas el saludo, le preguntó con altivez, por qué habia invadido su ciudad del Cuzco y aprisionado a sus hermanos. Esto hizo que su socio le contestase en el mismo tono, y la discusion se convirtió en una serie de recriminaciones, hasta que Almagro, advirtiéndolo o creyendo advertir que uno de los concurrentes le hacia señas de que se preparaba una traicion contra él, salió bruscamente de la estancia, montó a caballo y se volvió a galope a sus cuarteles de Chíncha (1). La conferencia, como podia presumirse atendido el acaloramiento de los ánimos, terminó ensanchando la herida que estaba destinada a curar. El fraile abandonado enteramente a si mismo, dió su sentencia despues de alguna deliberacion, decidiendo que se enviase un buque con un diestro piloto para determinar la latitud exacta del rio de Santiago, limite septentrional del territorio de Pizarro, por el cual debian arreglarse todas las medidas. Entre tanto Almagro debia entregar el Cuzco y poner en libertad a Hernando con la condicion de que este saliese para España en el término de seis semanas. Ambas partes debian así mismo retirarse dentro de sus limites reconocidos y suspender las hostilidades (2).

Esta sentencia, altamente satisfactoria para Pizarro, fué recibida por la jente de Almagro con la indignacion y desprecio que pueden suponerse. Gritaron que habian sido vendidos por su jeneral, debilitado como estaba por la edad y los achaques; que sus enemigos iban a ocupar el Cuzco y sus deliciosos sitios mientras ellos tenian que volver a las estériles asperezas de Charcas. Poco pensaban que bajo exterior tan pobre se ocultaban los ricos tesoros del Potosí. Acusaron al árbitro de ser un mercenario del gobernador, y entre las tropas se oyeron murmullos, estimulados por Orgoñez, pidiendo la cabeza de Hernando. Nunca se encontró este en mayor peligro; pero su anjel de guarda bajo la forma de Alvarado se interpuso de nuevo para protegerlo. Su cautividad fué una serie de sentencias de muerte suspendidas luego que se dictaban (3).

(1) Dijose que Gonzalo Pizarro estaba embarcado con fuerzas considerables en las inmediaciones para apoderarse del mariscal, y que este tuvo aviso del peligro por un honrado caballero del opuesto bando que repitió el dístico de un antiguo romance:

Tiempo es, el caballero,
Tiempo es de andar de aquí.

(Herra, Hist. Jeneral, dec. V, lib. III, cap. IV). Pedro Pizarro dá por cierto este designio atribuido a Gonzalo, y dice que no se puso en ejecucion porque lo evitó el gobernador, el cual, segun nos afirma el cronista con sencillez y aplomo edificantes, era hombre escrupuloso en el cumplimiento de su palabra. «Porque el marquez don Francisco Pizarro era hombre que guardaba mucho su palabra.» Descub. y Conq., M. S.

(2) Pedro Pizarro, Descub. y Conq., M. S.—Carta de Espinall, M. S.

(3) Espinall, tesorero de Almagro, dice que el fraile probó con este fallo que era un verdadero demonio (Carta al emperador, M. S.), y Oviedo, juez mas desapasionado, aunque no le condena, cita las palabras de un caballero que dijo que no «se habia pronunciado sen-

Sin embargo, su hermano el gobernador no se manifestaba dispuesto a abandonarlo a su suerte. Por el contrario para obtener su libertad estaba pronto a hacer toda clase de concesiones. Las concesiones, en efecto, cuestan poco a los que no están en ánimo de cumplirlas. Después de algunas negociaciones preliminares se dió otra sentencia mas equitativa, o por lo menos mas satisfactoria para los descontentos. Sus principales artículos fueron que hasta la llegada de instrucciones definitivas de Castilla, la ciudad del Cuzco y su territorio, continuarian en poder de Almagro; y que Hernando Pizarro seria puesto en libertad, con la condicion antes estipulada de salir del pais en el término de seis semanas. Cuando se le comunicaron a Orgoñez los artículos de este convenio, manifestó su opinion sobre ellos, pasándose la mano por la garganta y exclamando que su fidelidad le habia de costar la cabeza (1).

Almagro para honrar mas a su prisionero le visitó en persona, y le anunció que desde aquel momento estaba libre, y que «esperaba al mismo tiempo que se darian al olvido las pasadas diferencias para no acordarse de allí en adelante sino de su antigua amistad.» Hernando contestó con aparente cordialidad que «por su parte no deseaba otra cosa.» Después juró de la manera mas solemne, y empeñando su palabra de caballero (este lazo era tal vez mas fuerte para él que el del juramento), que cumpliria fielmente con las estipulaciones del tratado. En seguida fué conducido por el mariscal a sus cuarteles, donde se le dió una comida a que asistieron los principales oficiales; y por último, varios de estos con Diego de Almagro, el hijo del mariscal, le acompañaron hasta su campo que se habia trasladado a la inmediata poblacion de Mala. Allí su escolta recibió una acogida cordial de parte del gobernador, que les colmó de atenciones, especialmente al hijo de su antiguo socio; y tal fué la relacion que a su vuelta hicieron todos del modo con que habian sido recibidos, que no quedó a Almagro la menor duda de que todas las pasadas contiendas se habian dado al olvido (2). No conocia a Pizarro.

CAPITULO II.

Primera guerra civil.—Almagro se retira al Cuzco.—Batalla de las Salinas.—Crueldad de los conquistadores.—Proceso y ejecucion de Almagro.—Su carácter.

1537—1538.

Apenas los oficiales de Almagro habian salido de los cuarteles del gobernador, cuando este, reuniendo su pequeño ejército, recapituló brevemente los muchos agravios que habia recibido de su rival, la toma de la capital, la prision de sus hermanos, el ataque y derrota de sus tropas; y concluyó declarando, con gran aprobacion de su auditorio, que habia llegado la hora de la venganza. Durante todo el tiempo de las negociaciones se habia ocu-

tencia tan injusta desde los tiempos de Poncio Pilato.» Hist. de las Indias, M. S., parte III, lib. VIII, cap. XXI.

(1) «I tomando la barba con la mano izquierda, con la derecha hizo señal de cortarse la cabeza, diciendo Orgoñez, Orgoñez, por el amistad de D. Diego de Almagro te han de cortar esta.» Herrera, Hist. General dec. VI, lib. III, cap. IX.

(2) Ibid., loc. cit.—Carta de Gutierrez, M. S.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq. M. S.—Zárate, Conq. del Perú, lib. III, cap. IX.

pado activamente en hacer preparativos militares. Habia logrado reunir una fuerza mucho mas considerable que la de su rival, sacando jente de varios puntos, pero la mayor parte de ella familiarizada con el servicio de las armas. Dispuesto ya todo, anunció que por ser demasiado viejo para encargarse de la direccion de la guerra, encomendaba este deber a sus hermanos, y como medida justificada por la necesidad, absolvió a Hernando de sus compromisos con Almagro. Hernando con noble pertinacia se manifestó dispuesto a cumplir sus promesas; pero al fin cedió, aunque con repugnancia, a las órdenes de su hermano, creyendo que la fidelidad que debia a la corona exijia imperiosamente este sacrificio (1).

En seguida el gobernador avisó a Almagro que el tratado estaba roto y le intimó que abandonase sus pretensiones al Cuzco y se retirase dentro de su territorio reconocido, declarando que de lo contrario caería sobre su cabeza la responsabilidad de las consecuencias que pudieran sobrevenir.

Almagro, que descansaba en completa seguridad, conoció entonces el yerro que habia cometido, y recordó aunque tarde, los consejos de su segundo. Habíase cumplido la primera parte de la prediccion; ¿y qué podia impedir que se cumpliera la última? Para aumento de desgracia se hallaba en aquella ocasion aquejado de una grave enfermedad, consecuencia de excesos juveniles, que le habia quitado las fuerzas haciéndole incapaz de todo ejercicio mental y corporal (2).

En tan desesperada situacion, confió la direccion de los negocios a Orgoñez, en cuya lealtad y valor podia fiarse completamente. El primer acto de Orgoñez fué apoderarse de los pasos del Guaitara, cadena de montes que circunda el valle de Zangalla, donde Almagro tenia entonces establecidos sus reales. Pero sin duda por algun error de cálculo no llegaron a tiempo las tropas destinadas a guarnecer los pasos, y su activo enemigo atravesando los peligrosos desfiladeros, ganó sin obstáculo el otro lado de la sierra, en la cual podia haber sido atacado con ventaja por fuerzas muy inferiores. La fortuna iba abandonando a Almagro.

Pensó entonces este jefe en el Cuzco y quiso tomar posesion de la capital antes de que pudiese llegar a ella el enemigo. Demasiado débil para montar a caballo hubo de ser trasladado en litera; y cuando llegó a la antigua ciudad de Bilcas, no lejos de Guamanga, su enfermedad se agravó de tal modo que se vió obligado a hacer alto y detenerse allí tres semanas.

Entre tanto el gobernador y sus hermanos, después de atravesar los pasos del Guaitara, bajaron al valle de Icas, donde Pizarro se detuvo bastante tiempo para ordenar sus tropas y completar los preparativos de la campaña. Después, despidiéndose de su ejército, volvió a Lima, y segun habia anunciado, encomendó la prosecucion de la guerra a sus hermanos por ser mas jóvenes y mas activos. Poco después de su salida de Ica, Hernando caminó por la costa hasta llegar a Nasca, proponiéndose pe-

(1) Herrera, Hist. General, dec. VI, lib. III, cap. X.

(2) «Cayó enfermo i estuvo malo a punto de muerte de bubas i dolores.» (Carta de Espinall, M. S.) Calamidad grande fué que viniese a sufrir en aquellas circunstancias criticas el castigo de los pecados cometidos en su mocedad pero

Del vicio que nos domina.
Ha hecho por justa sentencia.
La Divina Providencia.
El móvil de nuestra ruina.

netrar en el país por un rodeo a fin de burlar la vigilancia del enemigo que podía haberle molestado mucho en alguno de los pasos de las cordilleras. Almagro por su desgracia, no adoptó este plan de operaciones que le daba tan manifiesta ventaja, y Hernando, sin otro impedimento más que el que ofrecía naturalmente el terreno, llegó a últimos de abril de 1538 a las inmediaciones del Cuzco.

— Pero Almagro se hallaba ya en posesión de aquella capital, adonde había llegado diez días antes. Reunió un consejo de guerra para deliberar acerca de las medidas que debían adoptarse. Algunos opinaron que debía defenderse la ciudad a todo trance; Almagro hubiera probado de buena gana el éxito de las negociaciones; pero Orgoñez replicó bruscamente:— «Es demasiado tarde; habeis dado libertad a Hernando Pizarro, y ya no os queda otro recurso sino el de pelear.» Prevaleció por último la opinión de Orgoñez que era la de salir y dar la batalla en la llanura. El mariscal, imposibilitado por su enfermedad para tomar el mando, lo confió a su fiel teniente, el cual reuniendo sus fuerzas salió de la ciudad, y tomó posición en las Salinas a menos de una legua de distancia del Cuzco. Tomaba su nombre este sitio de ciertos pozos o tinajas destinados a la preparación de la sal que se obtenía naturalmente en las cercanías. La elección del terreno era desacertada pues por su escabrosidad oponía obstáculos a la libre acción de la caballería; en la cual consistía la principal fuerza de Almagro. Pero Orgoñez, aunque instado repetidas veces por sus oficiales para que saliese a campo abierto, persistió en mantener su posición como las más favorables para la defensa, pues su frente estaba protegido por un pantano y por un riachuelo que se extendía por la llanura. El total de sus fuerzas ascendía a quinientos hombres, más de la mitad de caballería. Su infantería no tenía las suficientes armas de fuego; a falta de estas, los soldados iban armados de largas picas. Tenía también seis cañoncitos y falconetes, como se llamaban, los cuales, con la caballería en dos divisiones iguales, colocó en los flancos de la infantería, y así preparado esperó tranquilamente la llegada del enemigo.

No tardaron mucho en aparecer por los desfiladeros de la montaña las brillantes armas y banderas de los españoles que marchaban a las órdenes de Hernando Pizarro. Adelantáronse estas tropas en buen orden, y como hombres cuyo paso firme y seguro anunciaba que no habían sufrido fatiga en la marcha y que estaban dispuestos para el combate. Avanzaron lentamente por la llanura, e hicieron alto en la orilla del riachuelo que cubría el frente de Orgoñez. Allí Hernando sentó sus reales; y por haberse puesto el sol, se decidió a pasar la noche en aquel sitio, proponiéndose diferir el combate hasta el alba (1).

Habíase extendido prodigiosamente por todo el país el rumor de la próxima batalla; y las montañas y las cimas de las rocas inmediatas estaban cubiertas de multitud de indios ansiosos de contemplar el agradable espectáculo de una acción, en que cualquiera que fuese el vencedor, la derrota había de caer sobre sus enemigos (2). También las mujeres y niños de los españoles, poseídos de

(1) Carta de Gutierrez, M. S.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq., M. S.—Herrera, Hist. Jeneral, dec. VI, libro IV, cap. 1—V.—Carta de Espinall, M. S.—Zárate, Conq. del Perú, lib. III, cap. X—XI.—Garcilaso, Com. Real, parte II, lib. II, cap. XXXVI—XXXVII.
(2) Herrera, Hist. Jeneral, dec. VI, lib. IV, cap. V—VI.

la más profunda ansiedad habían salido del Cuzco para ser testigos del mortal combate en que sus hermanos y parientes iban a disputarse el dominio del país (1). El número total de combatientes era insignificante, aunque más considerable que el que ordinariamente entraba en acción en las guerras de América; pero no es el número de los actores sino la magnitud de la escena lo que dá importancia al drama, y en este drama sangriento se iba a decidir de la posesión de un imperio.

Pasó la noche en silencio, no interrumpido ni aun por la numerosa multitud que cubría las colinas inmediatas. Ni los soldados de los opuestos campos, aunque se hallaban a distancia en que podía oírse unos a otros y a pesar de que corría la misma sangre en sus venas, intentaron la menor comunicación entre sí. Tan mortal era el odio con que se miraban (2).

Salió el sol brillante como de costumbre en aquel hermoso clima, el sábado 26 de abril de 1538 (3) y mucho antes de que sus rayos se extendiesen por la llanura, las trompetas de Hernando Pizarro llamaron a sus tropas a las armas. Sus fuerzas ascendían a unos setecientos hombres de distintas procedencias. Los unos eran veteranos de Pizarro; otros habían servido a las órdenes de Alonso de Alvarado y retirádose a Lima despues de su derrota; otros en fin habían llegado de las islas y muchos habían hecho más de una trabajosa marcha en las campañas contra los indios y se habían encontrado en frecuentes y sangrientas batallas. La caballería era inferior en número a la de Almagro; pero esta inferioridad estaba compensada con la fuerza superior de la infantería, compuesta en parte de un cuerpo bien equipado de arcabuceros venidos de Santo Domingo con armas construidas por un método más perfecto introducido nuevamente de Flandes. Estas armas eran de gran calibre y se cargaban con dos balas unidas entre sí por medio de una cadenilla de hierro. Eran en verdad armas toscas comparadas con los fusiles modernos; pero en manos acostumbradas a usarlas eran grandes instrumentos de destrucción (4).

Hernando Pizarro formó su jente en el mismo orden de batalla que había presentado su enemigo, colocando la infantería en el centro y la caballería en los flancos. Dió el mando de uno de los cuerpos de esta arma a Alonso de Alvarado, y él se encargó de mandar el otro. La infantería la puso a las órdenes de su hermano Gonzalo, sostenido por Pedro de Valdivia, el futuro héroe de Arauco, cuya desastrosa historia forma el argumento de un romance así como el de la crónica.

Dijose una misa, como si los españoles, en vez de disponerse a lavar sus manos en la sangre de sus compatriotas, se dispusiesen a pelear en favor de la fé. Despues Hernando Pizarro dirigió una

(1) Ibid., ubi supra.

(2) «Fue cosa de notar que se estuvieron toda la noche, sin que nadie de la vna y otra parte pensase en mover tratos de paz: tanta era la ira y aborrecimiento de ambas partes.» Ibid., cap. VI.

(3) En el sitio de la batalla se erigió despues una iglesia dedicada a San Lázaro, en la cual fueron enterrados los cuerpos de los muertos en la acción. Esta circunstancia conduce a Garcilaso a suponer que se dió la acción el sábado 6, día despues de la fiesta de San Lázaro, y no el 26 como comunmente se refiere. Com. Real, parte II, lib. II, cap. XXXVIII. Véase también a Montesinos, autoridad indiferente para todo.

(4) Zárate, Conq. del Perú, lib. III, cap. VIII.—Garcilaso, Com. Real, parte II, lib. II, cap. XXXVI.

breve alocución a sus soldados. Habló de las injurias personales que él y su familia habían recibido de Almagro; recordó a los soldados de su hermano que el Cuzco les había sido arrebatado; procuró infundir en los de Alvarado deseos de vengar la derrota de Abancai, y señalando a todos la metrópoli-Inca, que resplandecía con los rayos del sol saliente, les dijo que allí estaba el premio de la victoria. El ejército respondió a este discurso con aclamaciones, y dada la señal, Gonzalo Pizarro atravesó el río a la cabeza de su batallón de infantería. La corriente ni era ancha ni profunda y los soldados no encontraron dificultad para llegar a la opuesta orilla, pues el pantano inmediato impedía que la caballería enemiga se aproximase. Pero al atravesar este pantano, los cañones de Orgoñez jugaron con éxito, introduciendo el desorden en las primeras filas. Gonzalo y Valdivia se arrojaron en medio de su jente, amenazando a unos, animando a otros, y al fin consiguieron sacar las tropas adelante sobre terreno firme. Allí los arcabuceros, destacándose del resto de la infantería, se apoderaron de una pequeña eminencia, desde donde a su vez abrieron un nutrido fuego sobre los de Orgoñez, desordenando las filas de los alabarderos, y molestando considerablemente la caballería que formaba en los flancos.

Entre tanto Hernando, reuniendo sus dos escuadrones en una columna, a cubierto de este bien sostenido fuego, atravesó el río y el pantano, y llegando a terreno firme, cargó sobre el enemigo. Orgoñez, cuya infantería estaba ya muy diezmada, adelantó la caballería, reunió como su adversario los dos escuadrones en un solo cuerpo, y a todo galope salió al encuentro de Hernando. El choque fué terrible. Los enjambres de espectadores indios que llenaban las alturas circunvecinas le saludaron con un diabólico grito de alegría que dominando el ruido del combate fué a perderse en ecos distantes entre las montañas (1).

La acción fué reñida porque no era entre los blancos y los indefensos indios, sino entre españoles y españoles: ambos partidos se animaban a la pelea con los gritos de *el rei y Almagro*, o *el rei y Pizarro*, mientras combatían con un rencor con el cual no tiene comparación la antipatía nacional, rencor tanto más fuerte cuanto mayor había sido la fuerza de los lazos que acababan de romperse.

En esta sangrienta acción cumplió Orgoñez plenamente con su deber peleando como hombre para quien los campos de batalla son el elemento natural. Viendo a un caballero que por el color de la túnica que cubría su armadura supuso erróneamente ser Hernando Pizarro, le cargó a todo galope y le derribó al suelo con su lanza. A otro atravesó de parte a parte de la misma manera, y a otro mató con la espada en el momento en que daba el grito prematuro de victoria! Pero mientras hacía estas proezas dignas de un paladín de romance, recibió una herida de una doble bala de

(1) Herrera, Hist. Jeneral, dec. VI, lib. IV, capítulo VI.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq., M. S.—Carta de Espinall, M. S.—Zárate, Conq. del Perú, lib. III, cap. XI.

Todo lo que se refiere a esta batalla, la disposición de las fuerzas, la naturaleza del terreno, la manera del ataque lo refieren los historiadores con tanta variedad y confusión como si hubiese sido un combate entre dos grandes ejércitos el que solo fué entre un puñado de hombre de cada parte. Parece que en ninguna parte es más difícil hallar la verdad que en el campo de batalla.

arcabuz que, penetrando por la visera, le pasó rozando la frente y le privó por un momento de sentido. Antes de que pudiese volver en sí le mataron el caballo; y aunque después de haber caído logró desembarazarse de los estribos, se encontró rodeado y acosado por multitud de enemigos. Negándose todavía a entregar su espada, preguntó sino había entre aquella jente algún caballero a quien pudiese rendirse. Presentósele como tal un soldado llamado Fuentes, criado de Pizarro; Orgoñez le entregó la espada, y el infame sacando su daga la hundió en el corazón de su indefenso prisionero. Después la cabeza separada del tronco fué puesta en una pica y llevada cual sangriento trofeo a la gran plaza del Cuzco como si fuese la cabeza de un traidor (1). Así pereció como leal un caballero tan decidido en el consejo y tan valiente en la acción como el primero que haya atravesado las playas de América.

La batalla había durado más de una hora, y la fortuna se declaraba contra el partido de Almagro. Muerto Orgoñez, se aumentó la confusión entre sus soldados. La infantería, no pudiendo resistir el fuego de los arcabuceros, se desbandó refugiándose detrás de los muros de piedra que se elevaban en diversos puntos del campo. Pedro de Lerma, después de haber procurado en vano reunir su caballería, se dirigió con todo el ímpetu de su caballo contra Hernando Pizarro, contra quien tenía resentimiento personal. Pizarro le esperó; las lanzas de ambos caballeros se cruzaron la de Hernando atravesó el muslo de su adversario, y la de Lerma rozando el arzon de la silla de Hernando, chocó con tal fuerza en su armadura, que rompiendo las junturas de la cota de malla le hirió levemente sobre la ingle, y obligó al caballo a encabritarse. Pero la confusión de la batalla separó en breve a los combatientes, y en el tumulto fué desmontado Lerma y quedó en el campo cubierto de heridas (2).

Después de esto apenas hubo orden ni resistencia entre los soldados de Almagro, los cuales huyeron a toda prisa al Cuzco, y feliz el que obtuvo cuartel cuando le pidió. El mismo Almagro, demasiado débil para permanecer largo tiempo a caballo, se había metido en litera, y desde una altura inmediata miraba la batalla contemplando sus fluctuaciones con el interés de un hombre que de su éxito tenía pendientes el honor, la fortuna y la misma vida. Con agonía indecible vió a sus fieles soldados, después de un reñido combate, derrollados por sus contrarios, hasta que persuadido de que no quedaba esperanza de victoria consiguió montar en una mula y buscó un asilo momentáneo en la fortaleza del Cuzco. Allí fué seguido en breve, preso y llevado en triunfo a la capital, donde a pesar de su enfermedad se le cargó de hierros, y se le encerró en el mismo edificio en que había tenido presos a los Pizarros.

La acción no duró dos horas completas. Del número de los muertos se habla con variedad; pero

(1) Pedro Pizarro, Descub. y Conq., M. S.—Herrera, Hist. G., ubi supra.—Zárate, Conq. del Perú, ubi supra.

(2) Herrera, Hist. Jeneral, ubi supra.—Garcilaso, Com. Real, parte II, lib. II, cap. XXXII.

Hernando Pizarro llevaba sobre la armadura una túnica de terciopelo color de naranja, según refiere Garcilaso, y antes de la batalla hizo advertir a Orgoñez de esta circunstancia para que pudiese distinguirlo entre los demás. Pero un caballero de los de Hernando llevaba también los mismos colores, lo cual parece que fué lo que causó el error de Orgoñez.

probablemente no bajó de ciento cincuenta (uno de los combatientes dice que fué de doscientos (1), número excesivo si se considera lo corto del tiempo y de las fuerzas que tomaron parte en el combate. Nada se habla de los heridos. Las heridas eran cosa ordinaria y natural en un caballero. Dicese que Pedro de Lerma recibió diez y siete, y aun fué retirado vivo del campo de batalla. Los que principalmente experimentaron pérdidas fueron los soldados de Almagro; pues la matanza no se limitó al tiempo de la acción, y era tanta la animosidad de los dos partidos que muchos fueron muertos a sangre fría como Orgoñez después de rendidos y prisioneros. El mismo Pedro de Lerma, tendido en el lecho del dolor en el alojamiento de un amigo suyo del Cuzco, fué visitado por un soldado llamado Samaniego, a quien había castigado en cierta ocasión por un acto de desobediencia. Este entró en el cuarto solitario del herido, se sentó a su cabecera, le echó en cara el insulto que de él había recibido, y le dijo que iba a lavarle con su sangre. En vano Lerma le aseguró que cuando se restableciese le daría la satisfacción que deseaba: el miserable, exclamando «ha de ser ahora» le hundió la espada en el pecho. Todavía este soldado vivió algunos años gloriándose de su atroz asesinato que él llamaba reparación de la ofensa hecha a su honor; pero es satisfactorio saber que su insolente jactancia le costó la vida (2). Tales anécdotas, repugnantes y todo como son, dan una idea exacta, no solo del espíritu de la época, sino de aquel espíritu de peculiar ferocidad que enjendran las guerras civiles, guerra las más crueles de todas, exceptuando las de religión.

La precipitación con que los vencidos emprendieron su fuga hacía el Cuzco, y el ardor con que los vencedores perseguían a sus enemigos hasta la misma capital, hicieron que el campo de batalla quedase abandonado. Pero pronto se llenó de saqueadores, porque los indios, bajando como buitres de las montañas vecinas, tomaron posesión del ensangrentado terreno, y despojando a los muertos de todo cuanto tenían, dejaron sus cuerpos desnudos en la llanura (3). Se ha juzgado extraño que los indios no se aprovecharan de sus

(1) Murieron en esta batalla de las Salinas casi doscientos hombres de una parte y de otra.» (Pedro Pizarro, Descub. y Conq., M. S.) Muchas autoridades calculan en menos la pérdida. El tesorero Espinall, partidario de Almagro, dice: «Siguieron el alcance lo más cruelmente que en el mundo se ha visto, porque mataban a los hombres rendidos é desarmados, é por les quitar las armas los mataban si presto no se las daban, é trayendo a las ancas de un caballo a un Ruy Diaz viniendo rendido é desarmado le mataron, é desta manera mataron más de ciento é cincuenta hombres.» Carta, M. S.

(2) Carta de Espinall, M. S.—Garcilaso, Com. Real, parte II, lib. II, cap. XXXVIII.

Fuó ahorcado por este mismo crimen de orden del gobernador de Puerto Viejo unos cinco años después. El modo insolente y descarado con que se jactaba de su atrocidad irritó sobremanera al gobernador y a la población.

(3) «Los indios viendo la batalla fenescida, ellos también se dejaron de la suya iendo los unos i los otros a desnudar a los españoles muertos i aun a algunos vivos que por sus heridas no se podían defender, porque como pasó el tropel de la gente siguiendo la victoria, no hubo quien se lo impidiese; de manera que dexaron en cueros a todos los caídos.» Zárate, Conq. del Peru, lib. III, cap. XI.

superiores fuerzas para caer sobre los vencedores fatigados después de la batalla. Pero las desunidas fuerzas de peruanos carecían de jefe; estaban además desanimadas por recientes reveces, y los castellanos aunque debilitados entonces por la fatiga, eran mucho más fuertes que lo habían sido nunca en el Cuzco.

Sin embargo, el gran número de tropas reunido dentro de los muros de la capital, número que ascendía a más de mil trescientos hombres y su heterojénea composición, daban gran cuidado a Hernando Pizarro; porque entre ellos había enemigos que se espiaban y le espiaban con odio mortal, aunque oculto, y amigos, si no tan peligrosos no menos molestos por sus sórdidas e irracionales pretensiones. Había entregado la capital al pillaje, y sus soldados hallaron un buen botín en los alojamientos de los oficiales de Almagro; pero esto no bastaba a los más ambiciosos, los cuales ponderaban en alta voz sus servicios y pedían se les diese el mando de alguna expedición, en la confianza de que habían de encontrar en ella montes de oro. Todos buscaban el *Dorado*. Hernando Pizarro accedió en lo posible a estas pretensiones, deseoso de deshacerse de tan importunos acreedores. Es verdad que las expediciones concluían por lo común casi desastrosamente; pero se conseguía con ellas explorar el país. Eran una lotería de aventuras, con pocos premios pero grandes, y en la escitación del juego pocos españoles se detenían a calcular las probabilidades de buen éxito.

Uno de los que salieron de la capital fué Diego, hijo de Almagro. Hernando cuidó de enviarle con buena escolta adonde estaba su hermano el gobernador, deseoso de apartarle en aquellos momentos críticos de la intermediación de su padre. Entre tanto la vida del mariscal iba apagándose en la prisión bajo la influencia combinada de la tristeza y de la enfermedad. Antes de la batalla de las Salinas dijeron a Hernando Pizarro que Almagro estaba al punto de morir. «No permita el cielo, exclamó, que muera antes de caer en mis manos (1).» Sin embargo, la Providencia parecía dispuesta a no conceder si no la mitad de esta piadosa súplica, pues el cautivo estaba a pique de escapársele, precisamente en el momento de haber caído en su poder. Para consolar al desgraciado jefe, Hernando le hizo una visita en su prisión, y le animó asegurándole que solo esperaba la llegada del gobernador para ponerle en libertad, añadiendo «que si Pizarro no llegaba pronto a la capital, él mismo tomaría sobre sí la responsabilidad de sacarlo de la prisión y le daría bagajes para conducirlo al campo de su hermano. Al mismo tiempo manifestando gran interés por su comodidad, le preguntó «qué manera de viajar sería más conveniente a su salud.» Después continuó enviándole platos delicados de su propia mesa para escitar su amortiguado apetito. Almagro, animado con tan benévolas atenciones y con la esperanza de su próxima libertad, fué poco a poco mejorándose de salud y desterrando su melancolía (2).

No pensaba que entre tanto se estaba con industria preparando un proceso contra él. Había empezado a instruirse este proceso inmediatamente después de su captura; y todas las personas, aun las más humildes que tenían motivos de queja

(1) «Respondía Hernando Pizarro, que no le haría Dios tan gran mal, que le dexase morir sin que le huviese a las manos.» Herrera, Hist. General, dec. VI, lib. IV, cap. V.

(2) Herrera, Hist. General, dec. VI, lib. IV, cap. IX.

contra el desventurado preso, fueron inviladas a declarar. No quedó desatendida esta invitación; muchos enemigos se presentaron en la hora de la desgracia como los inmundos reptiles que aparecen entre las ruinas de algún noble edificio; y más de una persona que había recibido beneficios de sus manos, se presentó a implorar el favor de su enemigo, renegando de su bienhechor. De tan impuras fuentes salió una masa de acusaciones que llenaba dos mil páginas en folio. Y sin embargo, Almagro era el ídolo de sus soldados! (1).

Terminada la causa (8 de julio de 1538) no fué difícil obtener contra el preso una sentencia condenatoria. Los principales cargos de que fué declarado culpable eran: el haber suscitado guerra contra la corona, ocasionando la muerte de muchos súbditos de S. M.; el haber entrado en conspiraciones con el Inca; y finalmente, el haber desposeído de la ciudad del Cuzco al gobernador nombrado por la corona. Por estos cargos fué condenado a muerte como traidor, debiéndosele cortar la cabeza en la plaza pública. Quiénes fueron los jueces o cuál el tribunal que le condenó no lo sabemos, pero en realidad todo el juicio fué una burla, si juicio puede llamarse aquel en que el acusado está completamente ignorante de la acusación.

Notificósele la sentencia por medio de un fraile comisionado al efecto. El desdichado Almagro, que todo este tiempo había estado por decirlo así durmiendo al borde de un precipicio, no pudo al principio comprender la naturaleza de su situación. Recobrándose, sin embargo, del primer susto dijo: «que era imposible que se le hiciese tal agravio, y que no quería creerlo;» y suplicó a Hernando Pizarro que le concediese una entrevista. Hernando, a quien no desagradaba presenciar la agonía de su cautivo, consintió en ello, y Almagro, abatido ya por sus desgracias, se humilló hasta el punto de pedirle la vida con las más encarecidas súplicas. Recordóle sus antiguas relaciones con su hermano, y los favores que le había hecho, así como a su familia en los primeros años de su carrera; habló de sus reconocidos servicios al país, y suplicó a su enemigo «que perdonase sus canas y no privase de la poca vida que le quedaba a un hombre de quien nada tenía ya que temer.» A esto contestó Hernando friamente que «extrañaba ver a Almagro portarse de una manera tan poco digna de un valiente caballero; que su suerte no era peor que la de otros muchos soldados, que habían muerto antes que él, y que pues debía a Dios la gracia de haber nacido cristiano, estaba obligado a emplear los momentos que le quedaban en mirar por su alma» (2).

No por eso guardó silencio Almagro. Ponderó el servicio que había hecho al mismo Hernando; díjole «que bien triste era la recompensa que le ofrecía por haberle perdonado la vida en ocasión reciente y en circunstancias idénticas cuando una y otra vez los que le rodeaban le habían aconsejado que se la quitase;» y concluyó amenazándole con la venganza del emperador, que no dejaría im-

(1) «De tal manera que los escribanos no se daban manos, i ya tenían escritas más de dos mil hojas.» *Ibid.*, dec. VI, lib. IV, cap. VII.—Naharro, *Relacion Sumaria*, M. S.—*Conq. i Pob. del Perú*, M. S.—*Carta de Gutierrez*, M. S.—*Pedro Pizarro, Descub. y Conq.*, M. S.—*Carta de Espinall*, M. S.

(2) «I que pues tuvo tanta gracia de Dios, que le hizo christiano, ordenase su alma i temiese a Dios.» *Herrera, Hist. General*, dec. VI, lib. V, cap. I.

pune semejante ultraje hecho a una persona que tan señalados servicios había prestado a S. M. Todo fué en vano: Hernando terminó bruscamente la conferencia, replicando que «su suerte era inevitable y que debía prepararse para sufrirla» (1).

Almagro, viendo que no hacían impresión sus palabras en el férreo corazón de su vencedor, pensó seriamente en el arreglo de sus negocios. Según los términos de la real concesión, estaba autorizado para nombrar sucesor. En su consecuencia designó como tal a su hijo, y nombró a Diego de Alvarado, en cuya integridad tenía gran confianza, administrador del territorio, durante la menor edad de aquel. Dejó por heredero de todas sus propiedades y posesiones en el Perú, de cualquiera clase que fuesen, a su amo el emperador, afirmando que no estando arregladas sus cuentas con Pizarro, aun se hallaban en poder de este jefe muchos bienes que le pertenecían. Con este político legado esperaba asegurar la protección del emperador para su hijo y un examen minucioso de la conducta de su enemigo.

La noticia de la sentencia de Almagro produjo sensación profunda entre los habitantes del Cuzco. A todos sorprendió que un hombre investido de una autoridad provisional y limitada se atreviese a formar causa a una persona de la categoría de Almagro. Pocos hubo que no recordasen algún acto de generosidad o benevolencia del desdichado veterano, y aun a los que habían proporcionado materiales para la acusación, sorprendidos por el trágico resultado que ofrecían, se les oyó acusar de tiránica la conducta de Hernando. Algunos de los principales caballeros, y entre ellos Diego de Alvarado, a cuya intercesión, como hemos visto, debió Hernando Pizarro su vida cuando estaba prisionero, se presentaron a él para disuadirle de tan arbitrario y atroz proceder. Todo fué en vano: sin embargo, sus reclamaciones produjeron el efecto de que se cambiase el modo de ejecución, y que estafuese en la prisión en vez de verificarse en la plaza pública (2).

En el día señalado se formó en la plaza un fuerte piquete de arcabuceros, y se doblaron las guardias a las inmediaciones de las casas donde habi-

(1) *Herrera, Hist. General*, ubi supra.—El mariscal apeló de la sentencia de sus jueces a la corona, suplicando a su vencedor (dice el tesorero Espinall en su carta al emperador) en términos que hubieran movido a compasión el corazón de un infiel. «De la qual el dicho adelantado apeló para ante V. M. i le rogó que por amor de Dios hincado de rodillas le otorgase el apelacion, diciéndole que mirase sus canas é vejez é quanto había servido a V. M. i que él había sido el primer escalon para que él i sus hermanos subiesen en el estado en que estaban, i diciéndole otras muchas palabras de dolor é compasion que despues de muerto supe que dixo, que á qualquier hombre, aunque infiel, moviera a piedad.» *Carta*, M. S.

(2) *Carta de Espinall*, M. S.—*Montesinos, Anales*, M. S., año de 1538. El obispo Valverde, según él mismo asegura al emperador, se presentó a Francisco Pizarro en Lima, y reclamó se hiciese contra toda violencia al mariscal, diciéndole que su deber exigía imperiosamente que marchase en persona al Cuzco y le pusiese inmediatamente en libertad. «Era un asunto demasiado grave, añade justamente, para confiarlo a terceras personas.» (*Carta al emperador*). El tesorero Espinall, que entonces se hallaba en el Cuzco, hizo también esfuerzos, aunque sin fruto, para disuadir a Hernando de su propósito.

taban los principales partidarios de Almagro. El ejecutor, seguido de un eclesiástico, entró oculta- mente en la prision, y el desgraciado Almagro, despues de haberse confesado y recibido el sacra- mento de la comunión, se sometió sin resistencia a la pena de garrote. ¡Así murió oscuramente en el lúgubre silencio de un calabozo el héroe de cien batallas! Su cadáver fué llevado a la plaza, donde en cumplimiento de la sentencia se le separó la cabeza del cuerpo. Un heraldo anunció en alta voz la naturaleza de los crímenes porque habia sido sentenciado; los restos mortales fueron conducidos a la casa de su amigo Hernan Ponce de Leon, y al siguiente día se les trasladó con toda la solem- nidad debida a la iglesia de nuestra señora de la Merced. Entre los principales del duelo se halla- ban tambien los Pizarros. No dejó de notarse que su hermano habia honrado de un modo semejante la memoria de Atahualpa (1).

Almagro en la época de su muerte no pasaba probablemente de setenta años de edad; pero es difícil fijar esta circunstancia con exactitud, por- que Almagro era espósito, y como tal la historia de su infancia está envuelta en la oscuridad (2). Tenia por naturaleza muchas cualidades escelen- tes; y sus defectos, que no eran pocos, estaban regularmente disculpados por las circunstancias de su situación. Porque cuando se trata de califi- car un yerro; cuán atenuantes no son las circuns- tancias de espósito sin padres, sin amigos, sin maestros que le dirijan en su infancia, pobre bar- quilla arrojada en el océano de la vida, y flotando entre rocas y escollos, sin una mano amiga que se estienda para mostrarle el rumbo o para salvarla! El nombre de espósito es una disculpa de muchas, de muchísimas faltas que se cometen en edad avanzada (3).

Era hombre de pasiones fuertes y no mui acos- tumbrado a dominarlas (4); pero habitualmente no era vengativo ni cruel. Ya he hablado de una atro- cidad que cometió con los indijenas; pero de se- mejante insensibilidad para con los indios parti- cipaban muchos de los españoles mas instruidos. Sin embargo, los indios por convicción propia die- ron testimonio de su ordinaria humanidad decla- rando que entre los blancos no habian tenido me- jor amigo que él (5). En realidad, léjos de ser vengativo era elemente, y cedía pronto a los con- sejos de los demás. Esta facilidad en ceder, que era el resultado de su bien intencionada credulidad,

(1) Carta de Espinall, M. S.—Herrera, Hist. general, loc. cit.—Carta de Valverde al emperador, M. S.— Carta de Gutierrez, M. S.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq., M. S.—Montesinos, Anales, M. S., año de 1538.

No se dice la fecha de la ejecucion de Almagro; omi- sion estraña por cierto, pero poco importante, pues el suceso debió verificarse a muy luego de dada la sen- tencia.

(2) Ante, tomo I, p. 125.

(3) Montesinos, a falta de mejor genealogia, dice: «Era hijo de sus grandes hechos, y tales han sido los padres de muchos héroes famosos.» (Anales, M. S., año de 1538.) Apurado debía verse un castellano no pudiendo sacar algo parecido a genealogia, aunque fuese un tanto oscura.

(4) «Hera un hombre muy profano, de muy mala lengua, que en enojándose trataba mui mal a todos los que con él andavan, aunque fuesen cavalleros.» (Descub. y Conq., M. S.) Este retrato es de mano de un ene- migo.

(5) Los indios lloraban amargamente, diciendo que de él nunca recibieron mal tratamiento.

le hizo muchas veces víctima, de astutos engaña- dores, y mostraba ciertamente que carecia de esa confianza en si mismo propia de los hombres de gran enerjia de carácter. Sin embargo, su jenio abierto y su jenerosidad le granjearon popularidad entre sus soldados. Era tan jeneroso que comun- mente rayaba en pródigo. Cuando entró en la cam- paña de Chile prestó cien mil ducados de oro a los caballeros mas pobres para que se equipasen, y despues les perdonó la deuda (1). Era tambien gas- tador hasta la ostentacion; pero su estravagancia no le perjudicaba entre los aventureros del ejér- cito con quienes la prodigalidad es mas popular que una estricta y bien calculada economia.

Era buen soldado, prudente y cuidadoso en sus planes, paciente e intrépido en la ejecucion. Su cuerpo estaba cubierto de cicatrices, de heridas recibidas en las batallas, de modo que la natural fealdad de su persona se habia convertido casi en deformidad. No debe juzgársele por su última campaña, cuando abatido por la enfermedad cedió al jenio superior de su rival, sino por sus muchas expediciones por tierra y por mar para la conquis- ta del Perú y del remoto Chile. Sin embargo, pue- de dudarse que poseyese aquellas cualidades poco comunes, ya como guerrero, ya como hombre par- ticular, que en circunstancias ordinarias son ca- paces de distinguir a una persona entre las demás. Era uno de los tres, o por mejor decir de los dos socios, que tuvieron la fortuna y la gloria de hacer uno de los mas portentosos descubrimientos del mundo occidental; y su nombre participa en gran manera del crédito que logró el de Pizarro, porque si bien no acompañó a este jefe en sus peligrosas expediciones, contribuyó tanto como él a su buen éxito con sus esfuerzos en las colonias.

Sin embargo, su conexion con Pizarro apenas puede considerarse que fuese una circunstancia afortunada en su carrera. La union entre dos in- dividuos para descubrir y conquistar no es fácil que sea mui escrupulosamente observada, espe- cialmente por hombres mas acostumbrados a go- bernar a los demás que a gobernarse a si mismos. Sino se suscitan antes motivos de discordia, es se- guro que se suscitarán cuando llegue el caso de repartir el botin. Pero habia razones particulares que hacian imposible la buena intelijencia entre estos dos asociados, porque el carácter franco, ar- diente y confiado de Almagro no se avenia con la política fria y astuta de Pizarro, y siempre que sus intereses estuvieron, en oposicion el primero fué engañado por el segundo.

A pesar de todo, puede atribuirse a culpa del mismo Almagro la catástrofe que terminó su exis- tencia. Cometió en efecto dos yerros capitales. El primero fué tomar posesion del Cuzco por me- dio de las armas. No era este el modo de determi- nar la línea divisoria: esta debia haber sido objeto de una sentencia de árbitros, y si en árbitros no habia confianza, de una apelacion a la corona. Pe- ro una vez tomadas las armas, no debia haber re- currido a las negociaciones y mucho menos a las negociaciones con Pizarro. Este fué su segundo y

(1) Si hemos de dar crédito a Herrera, distribuyó ciento ochenta cargas de plata y veinte de oro entre sus soldados. «Mandó sacar de su posada mas de ciento i ochenta cargas de plata y veinte de oro, y las reparti- ó.» (Dec. V, lib. VII, cap. IX). Una carga era lo que un hombre podia llevar con facilidad. Semejante aser- cion se resiste a nuestra credulidad; pero es difícil se- ñalar los límites de nuestra credulidad en lo que con- cierne a esta tierra de oro.

grande error. Conocía bastante a Pizarro para saber que no debía fiarse de él. Se fió sin embargo y pagó su confianza con la vida.

CAPITULO III.

Pizarro visita de nuevo al Cuzco.—Hernando vuelve a Castilla.— Su larga prision.—Comisionado enviado al Peru.—Hostilidades con el Inca.—Activa administracion de Pizarro.—Gonzalo Pizarro.

1539—1540.

El marqués Francisco Pizarro, volvió, como hemos visto, a Lima cuando su hermano salió en persecucion de Almagro. Allí esperó con ansia el resultado de la campaña, y al recibir la agradable noticia de la victoria de las Salinas, hizo inmediatamente sus preparativos para marchar al Cuzco. En Xauxa, sin embargo, le detuvo largo tiempo el desorden en que se hallaba el país y mucho mas su repugnancia a entrar en la capital del Perú mientras estaba pendiente la causa de Almagro.

En Xauxa recibió a Diego, el hijo del mariscal, que habia sido enviado a la costa por Hernando Pizarro. Acosaban al jóven los mas tristes presentimientos respecto a la suerte de su padre, y suplicó al gobernador no permitiese que por su hermano se cometiese ningun acto de violencia contra el autor de sus dias. Pizarro despues de recibir a Diego con aparente bondad, le dijo que cobrase ánimo que no se le haria ningun daño (1); y añadió, que esperaba renovar en breve los lazos de su antigua amistad. El jóven consolado con estas palabras, tomó el camino de Lima, donde por orden de Pizarro fué recibido en su casa y tratado como hijo.

Las mismas promesas respecto a la seguridad del mariscal hizo el gobernador al obispo Valverde y a algunos de los principales caballeros que se interesaron en favor del preso (2). Todavía detuvo Pizarro por mas tiempo su marcha a la capital; y cuando la volvió a emprender, apenas habia pasado el rio de Abancay, recibió las nuevas de la muerte de su rival. Manifestó sorprenderse mucho con la noticia; todo su cuerpo se ajitó y permaneció por algunos instantes con los ojos fijos en tierra, dando señales de la mayor emocion (3).

Esto es lo que dicen sus amigos; pero lo mas probable es que estuviere perfectamente enterado de lo que pasaba en el Cuzco. Dicese que cuando terminó la causa, recibió un mensaje de Hernando, consultándole sobre lo que debía hacerse con el preso, y que respondió en breves palabras «que hiciese de manera que el Adelantado no los pusiese en mas alborotos» (4). Dicese tambien que Her-

(1) «El dixo que no tuviese ninguna pena, porque no consentiria que su padre fuese muerto.» Herrera, Hist. general, dec. VI, lib. VI, cap. III.

(2) «Que lo haria así como lo decia, y que su deseo no era otro sino ver el reino en paz; y que en lo que tocaba al adelantado, perdiese cuidado, que bolveria a tener el antigua amistad con él.» Herrera, Hist. general, dec. VI, lib. IV, cap. IX.

(3) Pedro Pizarro, Descub. y Conq., M. S.

Derramó muchas lágrimas, segun dice Herrera, el cual evidentemente cree mui en ellas. Ibid., dec. VI, lib. VI, cap. VII.—Conf., lib. V, cap. I.

(4) Herrera, dec. VI, lib. VI, cap. VII.—«De todo esto, dice Espinall, fué sabidor el dicho gobernador Pizarro a lo que a mi juicio y el de otros que en ello quisieron mirar alcanzo.» Carta de Espinall, M. S.

nando, acosado despues por la irritacion que produjo la muerte de Almagro, se escudó con las instrucciones que aseguraba haber recibido del gobernador (1). Lo cierto es que Pizarro durante su larga residencia en Xauxa, estuvo en constante comunicacion con el Cuzco; y que si, como le aconsejó con repetidas instancias Valverde (2), hubiera apresurado su marcha, podria fácilmente haber evitado la consumacion de la catástrofe. Como jeneral en jefe, la suerte de Almagro estaba en sus manos; y por mas que sus partidarios aseguren su inocencia, el juicio imparcial de la historia le hace responsable, juntamente con Hernando, de la muerte de su socio.

Ni en su ulterior conducta mostró que le pesase en manera alguna de lo que se habia hecho. Entró en el Cuzco, dice un testigo presencial, entre el ruido de trompetas y chirimias a la cabeza de sus caballeros, vestido con el rico traje que le habia enviado Cortés, y con el gozoso y altivo continente de un vencedor (3). Cuando Diego de Alvarado se dirigió a él para reclamar el gobierno de las provincias del Sur, en nombre del jóven Almagro, cuyo padre, como hemos visto, le habia encomendado a su proteccion, respondió que «el mariscal por su rebelion habia perdido todo derecho al gobierno.» Y cuando Alvarado volvió a instarle sobre el asunto, terminó bruscamente la conversacion, declarando «que su territorio se estendia por todas partes hasta Flandes» (4), queriendo sin duda con esta jactanciosa salida manifestar que no sufriria rival en las costas del Perú.

Por esto habia mandado recientemente relevar a Benalcázar, el conquistador de Quito, de quien le habian informado que aspiraba a constituir un gobierno independiente. El emisario de Pizarro llevaba orden para enviar al culpado a Lima; pero Benalcázar, despues de haber seguido su victoriosa carrera hácia el Norte, volvió a Castilla a solicitar del emperador el galardón de sus hazañas.

Mostróse tambien Pizarro estraordinariamente insensible a las quejas de los agraviados indios que invocaban su proteccion, y trató a los soldados de Almagro con manifiesto desprecio, confiscando las tierras de los jefes y dándolas sin ceremonia a sus propios partidarios. Hernando con actos de liberalidad habia procurado atraer a su partido algunos del bando opuesto; pero ellos no quisieron aceptar nada de un hombre, cuyas manos estaban manchadas con la sangre de su jefe (5). El gobernador no imitó la conducta de su hermano, y muchos se vieron reducidos a tal estado de

(1) Herrera, Hist. jeneral, dec. VI, lib. V, cap. I. El testimonio de Herrera es casi el de un contemporáneo, pues segun él mismo nos dice, tomó sus noticias de la correspondencia de los conquistadores y de los datos que los propios hijos de estos le suministraron. Lib. VI, cap. VII.

(2) Carta de Valverde al emperador, M. S.

(3) «En este medio tiempo vino a la dicha ciudad del Cuzco el gobernador don Francisco Pizarro, el cual entró con trompetas y chirimias vestido con ropa de martas, que fué el luto con que entró.» Carta de Espinall, M. S.

(4) Carta de Espinall, M. S.—«Mui ásperamente le respondió el gobernador, diciendo que su gobernacion no tenia término, y que llegaba hasta Flandes.» Herrera, Hist. jeneral, dec. VI, lib. VI, cap. VII.

(5) «Avia querido hacer amigos de los principales de Chile, y ofrecidoles daria repartimientos y no lo habían aceptado ni querido.» Pedro Pizarro, descub. y Conq., M. S.

pobreza que, demasiado altivos para esponer su miseria a la vista de sus vencedores, se retiraron de la ciudad y buscaron asilo en los vecinos montes (1).

Remuneró a sus hermanos tan ampliamente, que escitó la murmuración de sus mismos partidarios. Nombró a Gonzalo para el mando de una gran fuerza destinada a operar contra los indios de Charcas, pueblo guerrero que ocupaba el territorio asignado por la corona a Almagro. Gonzalo encontró obstinada resistencia en ellos; pero despues de algunos combates reñidos, logró someter aquella provincia. Fué recompensado, juntamente con Hernando, que le ayudó en la conquista, con un estenso territorio en las inmediaciones de Porco, cuyas productivas minas habian sido en parte laboreadas en tiempo de los incas. Este territorio comprendia parte de las colinas arjentíferas del Potosí que tantos tesoros han dado despues a Europa. Hernando conoció cuánto podia producir el terreno y comenzó a trabajar las minas en mayor escala que la adoptada hasta entonces, aunque no parece que intentase penetrar en los ricos filones del Potosí (2). Todavía debian transcurrir algunos años antes que los españoles descubriesen las canteras de plata que ocultaban los senos de aquellos montes (3).

La gran ocupacion de Hernando era entonces reunir una cantidad suficiente de riquezas para marchar con ellas a España. Cerca de un año habia trascurrido desde la muerte de Almagro, y ya era tiempo de que volviera a Castilla y se presentase en la corte, donde Diego de Alvarado y otros amigos del mariscal, que hacia tiempo habian salido del Perú, sostenian industriosamente las reclamaciones del jóven Almagro y pedian reparacion de los agravios hechos a su padre. Pero Hernando confiaba en su oro para desvanecer las acusaciones que se suscitasen contra él.

Antes de su partida aconsejó a su hermano que se guardase de «los hombres de Chile,» como se llamaban los soldados de Almagro, porque eran hombres desesperados que en nada repararian para vengarse. Dijo que no les permitiera reunirse, en cualquier número que fuese, a distancia de cincuenta leguas de su persona; porque si lo hacia, su condescendencia le seria fatal. Por último, le recomendó mucho que se rodease de una fuerte guardia, añadiendo: «porque no estaré yo aquí para velar por vos.» Pero el gobernador se burló de estos que él llamaba vanos temores de su hermano, y le dijo que no temiese por su vida, pues

(1) «Viéndolos oy en día muertos de ambre, fechos pedazos e adeudados, andando por los montes desesperados por no parecer ante jentes, porque no tienen otra cosa que se vestir sino ropa de los indios, ni dineros con que lo comprar.» Carta de Espinall, M. S.

(2) «Con la quietud, escribe Hernando Pizarro al emperador, questa tierra agora tiene han descubierto y descubren cada día los vecinos muchas minas ricas de oro y plata, de que los quintos y rentas reales de V. M. cada día se le ofrecen de que hacer cara a todo el mundo.» Carta al emperador, M. S., Puerto Viejo, 6 de julio de 1539.

(3) Carta de Carbajal al emperador, M. S. del Cuzco III de nov. de 1539.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq., Montesinos, Annales, M. S., año de 1539.

Bien conocida es la historia de la manera en que se descubrieron las minas del Potosí por un indio, que arrancando un arbusto encontró muchos glóbulos de plata adheridos a las raíces. No se registró la mina hasta 1545. Acosta dá noticia de ella en el lib. IV, cap. VI.

cada cabello de los soldados de Almagro, era una garantía de su seguridad» (1) No conocia como Hernando el carácter de sus enemigos.

Embarcóse Hernando poco tiempo despues en Lima en el verano de 1539. No tomó la ruta de Panamá, porque habia oido que las autoridades intentaban detenerle allí. Dió un rodeo por Méjico; desembarcó en la bahía de Tehuantepec, y al pasar el estrecho que divide los grandes océanos, fué preso y conducido a la capital. Pero el virei Mendoza no se consideró con facultades para detenerlo y le permitió embarcarse en Veracruz y continuar su viaje. Todavía no consideró prudente aventurarse a entrar en España sin recibir nuevos avisos; y en su consecuencia se dirigió a una de las Azores, donde permaneció hasta que pudo entrar en comunicacion con la madre patria. Tenia amigos poderosos en la corte, y estos le animaron a que se presentase al emperador. Tomó su consejo, y poco tiempo despues llegó sin novedad a las playas españolas (2).

La corte estaba en Valladolid: Hernando hizo su entrada en esta capital con gran pompa y desplegando todas sus riquezas de la India, pero halló una acogida mas fria de la que se habia figurado (3). Esto lo debió principalmente a Diego de Alvarado, que residia allí entonces, y que como caballero de noble estirpe y grandes relaciones, tenia considerable influencia. En otro tiempo, segun hemos visto, habia salvado mas de una vez con su oportuna intervencion la vida de Hernando, y habia consentido en la condonacion que este le hizo de una gran cantidad de dinero. Pero todo lo habia olvidado ante el recuerdo del agravio hecho a su jeneral; y fiel a la confianza que este en la hora de su muerte habia depositado en él, habia vuelto a España para vindicar los derechos del jóven Almagro.

Mas aunque Hernando fué recibido al principio con frialdad, su presencia y la version que dió de la contienda con Almagro, unidas a los dorados argumentos que repartió con mano pródiga, detuvieron la corriente de indignacion, y la opinion de los jueces pareció por un momento en suspenso. Alvarado, mas acostumbrado a la pronta y decisiva accion de un campamento que a las tortuosas intrigas de una corte, se irritó al ver tal dilacion y citó a Hernando para arreglar su disputa en singular combate. Pero su prudente adversario no tenia el menor deseo de esponer su causa a semejante prueba y el negocio terminó prontamente con la muerte del mismo Alvarado, acaecida cinco días despues del desafío, muerte tan oportuna que naturalmente sujirió la sospecha de haber sido efecto de un veneno (4).

(1) Herrera, Hist. general, dec. VI, lib. VI, cap. X.—Zárate, Conq. del Perú, lib. III, cap. XII.—Gomara, Hist. de las Ind., cap. CXLII.

«No consienta vuestra señoría que se junten diez juntos en cincuenta leguas alrededor de adonde vuestra señoría estuviere, porque si los dexa juntar le an de matar. Si a vuestra señoría matan, yo negociaré mal y de vuestra señoría no quedará memoria. Estas palabras dixo Hernando Pizarro altas que todos le oyamos. Y abraçando al marqués se partió y se fué.» Pedro Pizarro, Descub. y Conq., M. S.

(2) Carta de Hernando Pizarro al emperador, M. S.—Herrera, Hist. general, dec. VI, lib. VI, cap. X.—Montesinos, Ann. M. S., año de 1539.

(3) Gomara, Hist. de las Ind., cap. CXLIII.

(4) «Pero todo lo atajó la repentina muerte de Diego de Alvarado, que sucedió luego en cinco días, no s'n

Sin embargo, no por eso se desvanecieron totalmente las acusaciones: eran demasiado arbitrarias las medidas tomadas por Hernando y demasiado grave el ultraje hecho al sentimiento público para que pudiera quedar sin castigo. Así, aunque no se le impuso sentencia alguna formal, fué encarcelado en la fortaleza de Medina del Campo, donde se le detuvo por espacio de veinte años, hasta que pasada ya casi una jeneracion y habiendo el tiempo corrido su suave velo sobre los hechos anteriores, se le permitió vivir en libertad (1). Pero siendo ya anciano y achacoso, y habiendo decaído considerablemente su espíritu, llegó entonces a ser un objeto de piedad mas bien que de indignacion. Raras veces y mucho mas en Castilla, se ha hecho tan plenamente justicia contra culpados de tan alta categoría (2).

Hernando sobrellevó su larga prision con una igualdad de ánimo que si hubiera estado fundada en sanos principios le habria granjeado el respeto jeneral. Vió morir unos tras otros a sus hermanos y parientes de quienes esperaba auxilio y consuelo; vió una parte de sus bienes confiscada y por conservar la otra se halló envuelto en un costoso litijio (3); vió su fama oscurecida, su carrera terminada antes de tiempo y su persona desterrada, por decirlo así, en el centro de su propio pais; y sin embargo, todo lo sufrió con ánimo constante y valeroso. Aunque ya era mui viejo cuando fué puesto en libertad, todavía sobrevivió muchos años, pues no murió hasta la edad estraordinaria de ciento (4). Vivió el tiempo suficiente para ver a amigos, rivales y enemigos todos llamados antes que él ante el tribunal de Dios.

Su carácter es bajo muchos conceptos digno de notarse. Era el mayor de los hermanos, con los cuales solo tenia parentesco por parte de padre, porque era hijo lejítimo y de ilustre familia tambien por línea materna. En su temprana edad recibió buena educacion para lo que daban de si los tiempos. Siendo todavía mui jóven fué llevado por su padre a Italia, donde aprendió el arte de la guerra a las órdenes del gran capitán. Es poco conocida su historia despues que volvió a España; pero cuando su hermano se abrió tan brillante

sospecha de veneno.» Herrera, Hist. general, dec. VI, lib. VIII, cap. IX.

(1) Quintana establece esta fecha apoyándose en un expediente promovido por el nieto de Hernando en vindicacion del título de marqués en 1625.

(2) Naharro, Relacion sumaria, M. S.—Pizarro y Orellana, Varones ilustres, p. 344.—Montesinos, Anales, M. S., año de 1539.—Gomara, Hist. de las Ind., cap. CXLII.

(3) Caro de Torres copia una real cédula relativa al laboreo de las minas argentíferas de Porco, todavía poseídas por Hernando Pizarro en 1533, y otro documento casi de la misma fecha que habla de haber recibido Hernando diez mil ducados por la flota del Perú. (Historia de las Ordenes Militares, Madrid, 1639, p. 144). El nieto de Hernando fué creado por Felipe IV, marqués de la Conquista, y obtuvo una gran pension del gobierno. Pizarro y Orellana, Varones ilustres, p. 342, y Discurso, p. 72.

(4) «Multos da, Jupiter, annos.» el mayor bien, segun Pizarro y Orellana, que puede conceder el cielo. «Dióle Dios por todo el premio mayor desta vida, pues fué tan larga, que escedió de cien años.» (Varones ilustres, p. 342). Segun la misma autoridad, que es un tanto parcial, Hernando murió, como habia vivido, en olor de Santidad.» Viniendo a aprender a morir y saber morir, quando llegó la muerte.»

carrera con el descubrimiento del Perú, Hernando consintió en tomar parte en sus aventuras.

Su hermano Francisco le tenia mucha deferencia, no solo por ser hermano mayor, sino por su superior educacion y su conocimiento de los negocios. Era de percepcion pronta, de grandes recursos y de gran vigor de accion. Aunque valeroso, era precavido, y sus consejos, cuando no les inspiraba la pasion, eran prudentes y racionales. Pero tenia otros vicios, que contrabalanceaban sus buenas cualidades. Su ambicion y avaricia eran insaciables; era altanero hasta con sus iguales e implacable en sus venganzas. Así, en lugar de auxiliar a su hermano en la conquista, fué el mal jéni que oscureció su carrera. Desde el principio concibió un desprecio inmotivado hácia Almagro, a quien miraba como el rival de su hermano, en vez de considerarlo como lo que era, el fiel compañero de su fortuna. Tratóle con altivez, y con sus intrigas en la corte halló medio de hacerle sensibles agravios. Cayó en sus manos y estuvo a pié que de pagarlos con la vida. Esto no pudo olvidarlo y aguardó con calma la hora de la venganza. Sin embargo, la ejecucion de Almagro fué el acto mas impolitico; porque rara vez puede satisfacerse impunemente una mala pasion. Pensó sobornar a los jueces con el oro del Perú. Habia estudiado las debilidades del corazon humano, y de ellas esperaba aprovecharse. Afortunadamente se engañó. Vengóse en efecto; pero la hora de su venganza fué la de su ruina.

El estado de desórden en que se hallaba el Perú era tal, que exijia la inmediata intervencion del gobierno. Entre la jeneral licencia que predominaba, los derechos del indio y los del español eran igualmente hollados. El asunto, sin embargo, ofrecia grandes dificultades; porquo la autoridad de Pizarro se hallaba firmemente establecida en el pais, y este demasiado léjos de Castilla para ser facilmente vijilado desde la metrópoli. Pizarro además era hombre de no fácil acceso, seguro de su propia fuerza, incapaz de sufrir intervencion alguna, y dotado de un carácter irritable, que se inflamaria a la menor señal de desconfianza de parte del gobierno. No convenia enviar una comision para suspenderle del ejercicio de su autoridad hasta investigar su conducta, como se habia hecho con Cortés y con otros grandes capitanes de América, en cuya arraigada lealtad confiaba enteramente la corona. Era de temer que la lealtad de Pizarro no tuviese las raíces suficientes para resistir los primeros movimientos de su impetuoso carácter; y no le faltaba jente turbulenta, que en un caso extremo le habria aconsejado que se desentendiese de toda obligacion a la corona y fundase para sí un gobierno independiente.

Era necesario, pues, enviar una persona que poseyese en cierto modo un poder superior o a lo menos igual al del peligroso jefe; pero que ostensiblemente le estuviese subordinada. El elegido para esta delicada comision fué el licenciado Vaca de Castro, majistrado de la real audiencia de Valladolid, juez instruido, hombre integro y prudente, y aunque no educado en el ejercicio de las armas, de bastante destreza y conocimiento de mundo para aprovecharse de los recursos de los demás.

Las precauciones con que se le dió esta comision, muestran la perplejidad en que se hallaba el gobierno. Debía presentarse a Pizarro en clase de comisionado rejio, para consultarle sobre reparacion de agravios, especialmente respecto a los desgraciados indios; para tomar de acuerdo con él las medidas convenientes, a fin de evitar ulteriores

males; y sobre todo para enterarse del estado del país en todos los ramos y enviar una relación exacta de todo a la corte de Castilla. Pero en caso de morir Pizarro debía presentar su nombramiento de gobernador y reclamar en nombre del rei obediencia de todas las autoridades del país. Los acontecimientos mostraron despues la sabiduria con que se habia previsto esta última contingencia (1).

El licenciado Vaca de Castro dejó su pacífica residencia de Valladolid y se embarcó en Sevilla en el otoño de 1540, y despues de un incómodo viaje por el Atlántico, atravesó el Istmo, y acosado en el Pacifico por una série de tempestades en que estuvo a punto de abismarse su frágil barco, hubo de arribar casi como náufrago al puerto setentrional de Buena Ventura (2). El estado de los asuntos del país exijia ya su presencia.

La guerra civil que últimamente habia asolado el país, habia introducido en los negocios tal des-arreglo, que la agitacion continuaba aun despues de haber cesado la causa largo tiempo hacia. Esto sucedia especialmente entre los indios. En la violenta traslacion de los repartimientos de un dueño a otro, los pobres indios apenas sabian a qué amo obedecer; y las terribles contiendas que se orijinaban entre los jefes rivales, les dejaban igualmente en duda acerca de quiénes fuesen los que disponian de las tierras. Respecto a la autoridad de un soberano comun y superior a todos al otro lado de los mares, todavía la miraban con mayor desconfianza: ¿pues qué autoridad era esta que no podia hacerse obedecer ni aun de sus propios vasallos? (3) El Inca Manco no tardó en aprovecharse de estos sentimientos, y dejando la oscura soledad de los Andes, se estableció con fuerzas considerables en las montañas situadas entre el Cuzco y la costa. Desde su retiro, hacia frecuentes escursiones a las plantaciones inmediatas, destruyendo las casas, dando muerte a los habitantes y llevándose los ganados. Otras veces caia sobre los viajeros que caminaban solos o en pequeñas caravanas procedentes de la costa y les mataba, dicen sus enemigos, haciéndoles padecer crueles tormentos. Varios destacamentos fueron enviados contra él de tiempo en tiempo, pero sin fruto. De unos se salvó, a otros derrotó, y en una ocasion destruyó una partida de treinta sin dejar uno solo (4).

Por fin Pizarro creyó necesario enviar a su hermano Gonzalo con grandes fuerzas contra el Inca.

(1) Pedro Pizarro, Descub. y Conq., M. S.—Gomara, Hist. de las Ind., cap. CXLVI.—Hist. jeneral, dec. VI, lib. VIII, cap. IX.—Montesinos, Annales, M. S., año de 1540.

Este último escritor vé nada menos que un «misterio divino» en esta prevision del gobierno, tan singularmente justificada por los sucesos. «Prevision de gran espíritu del rei, no sin misterio.» Ubi supra.

(2) O de la Mala Ventura como le llama Pedro Pizarro. «Tuvo tan mal viaje en la mar que ubo que desembarcar en la Buena Ventura, aunque yo la llamo Mala.» Descub. y Conq., M. S.

(3) «Piensan que les mienten los que acá les dicen que ai un gran señor en Castilla, viendo que acá pelean unos capitanes contra otros; y piensan que no ai otro rei sino aquel que venze al otro, porque acá entrellos no se acostumbra que un capitan pelee contra otro, estando entrambos debaxo de un señor.» Carta de Valverde al emperador, M. S.

(4) Herrera, Hist. general, dec. VI, lib. VI, cap. VII.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq., M. S.—Carta de Espinall, M. S.—Carta de Valverde al emperador, M. S.

El valiente indio salió muchas veces al encuentro de su enemigo en las asperzas de las cordilleras, y aunque comunmente era derrotado, y a veces con gran pérdida, se reponia con asombrosa facilidad, porque siempre lograba escaparse y le eran tan fieles sus soldados, que a pesar de la persecucion constante que se le hizo y de las emboscadas que se le prepararon siempre encontró un asilo seguro en las secretas escabrosidades de la sierra.

Viendo Pizarro que nada podia conseguir por la fuerza, procuró probar el efecto de las negociaciones pacíficas, y envió al Inca un mensaje en su nombre y en el del obispo del Cuzco, a quien el principe peruano respetaba mucho, invitándole a entrar en tratos (1). Manco vino en ello, e indicó, como habia hecho antes con Almagro, para punto de reunion el valle de Yucay. Presentóse allí el gobernador el dia señalado, y para tener propicio al bárbaro monarca, le envió un rico presente por mano de un esclavo africano. Este esclavo encontró en el camino una partida de la jente del Inca, los cuales, no se sabe si por orden de su señor, o sin ella, le asesinaron cruelmente y se volvieron con el botín a sus cuarteles. Pizarro vengó este ultraje con otro todavía mas atroz.

Entre los prisioneros indios se hallaba una de las mujeres del Inca, jóven y hermosa, a quien se decia que aquel monarca amaba mucho. El gobernador mandó que se la desnudase y se la atase a un árbol, y despues en presencia de sus tropas la hizo azotar con varas y asaetear hasta que murió. La desgraciada victima sufrió la ejecucion de la sentencia con sorprendente fortaleza. No quiso pedir merced a quien sabia que no habia de concedérsela, y ni una queja y apenas un jemido se le escapó durante sus terribles tormentos. Los duros conquistadores quedaron asombrados al ver tanta resistencia en una mujer delicada, y manifestaron su admiracion, al paso que condenaron la crueldad de su jefe... en lo íntimo de sus corazones (2). Sin embargo, la constancia en medio de los tor-

(1) El Inca se negó a conferenciar con el obispo diciéndole que le habia visto tributar respeto a Pizarro quitándosele el sombrero, lo cual, segun él, probaba inferioridad, y por tanto no podria protegerle contra el gobernador. El pasaje en que esto se refiere es curioso. «Preguntando a indios del Inca que anda alzado que si sabe el Inca que yo soi venido a la tierra en nombre de S. M. para defendellos, dixó que mui bien lo sabia; y preguntado que porque no benia a mí de paz, dixó el indio que decia el Inca que porque yo cuando vine hize la mocha al gobernador, que quiere dezir que le quité el bonete; que no queria venir a mí de paz, que él que no habia de venir de paz sino a uno que viniere de Castilla que no hiziere la mocha al gobernador, porque le paresze a él que esto lo podrá defender por lo que ha hecho y no otro.» Carta de Valverde al emperador, M. S.

(2) A lo menos debemos presumir que asi lo hicieron, pues le condenan abiertamente en sus narraciones. Cito a Pedro Pizarro que es de los menos dispuestos a criticar con severidad la conducta de su general. «Se tomó una mujer de mango ynga que él queria mucho y se guardó, creyendo que por ella saldria de paz. Esta mujer mandó matar el marquez despues en Yucay, haziendola varear con varas y flechar con flechas por una burla que mango ynga le hizo que aquí contaré, y entiendo yo que por esta crueldad y otra hermana del ynga que mandó matar en Lima cuando los indios pusieron cerco sobre ella que se llamaba Acarpay, me paresze a mí que nuestro señor le castigo en el fin que tuvo.» Descub. y Conq., M. S.

mentos mas atroces que la crueldad humana puede imponer, es el rasgo característico de casi todas las razas de América.

Pizarro entonces adoptó como el medio mas eficaz para cortar estos desórdenes entre los indios, el fundar establecimientos en el corazon de los paises desafectos. Estos establecimientos que recibieron el nombre pomposo de ciudades, podian ser considerados como colonias militares. Componianse de algunas casas, comunmente fabricadas de piedra, varios edificios públicos, y a veces una fortaleza. Organizáronse ayuntamientos, y se dió al mismo tiempo estímulo a la colonización, dándose grandes repartimientos de tierra con cierto número de vasallos indios a cada colono. Los soldados que así se establecieron iban acompañados de sus mujeres y familias, pues parece que las mujeres castellanas, en el ardor de su cariño conyugal o en el deseo de aventuras romancescas, siguieron a sus maridos a pesar de los obstáculos que oponia la debilidad de su sexo. Así se levantó rápidamente en aquellas soledades una gran población que además de proteger el territorio circunvecino, servia de depósito comercial para el pais y proporcionaba fuerza armada dispuesta en todo caso para mantener el orden público.

Tal fué la ciudad de Guamanga situada en mitad del camino entre el Cuzco y Lima, y que servia perfectamente para asegurar las comunicaciones con la costa. (1). Fundóse tambien otra población en el distrito minero de Charcas, bajo el nombre de villa de la Plata, que en efecto es el adecuado que podía dársele, y Pizarro al recorrer las playas del mar del sur, dando un rodeo hácia Lima, echó los fundamentos de la ciudad de Arequipa que despues ha adquirido tanta celebridad comercial.

Vuelto otra vez a su favorita capital de Lima, halló el gobernador abundante ocupacion en arreglar los asuntos municipales y en proveer a las necesidades de su creciente población. No por eso se olvidaba de los nuevos establecimientos sobre el Pacífico. Dió estímulo al comercio con las remotas colonias del Norte del Perú, y adoptó medidas para facilitar el tráfico interior, fomentó la industria en todos sus ramos, protejiendo particularmente la agricultura, y haciendo llevar simientes de diferentes granos europeos, los cuales en corto tiempo tuvo la satisfaccion de ver crecer lozanos en un pais donde la variedad del suelo y del clima presenta terreno a propósito para casi todos los productos (2). Sobre todo promovió el laboreo de las minas, que ya empezaban a dar tales riquezas, que los artículos mas comunes de la vida subieron a precios exhorbitantes, y los metales preciosos eran los únicos objetos que parecian de poco valor. Pero estos pronto cambiaron de manos y pasaron a la madre patria, donde se elevaron a su verdadero nivel al entrar en la circulación jeneral de Europa. Los españoles vieron que al fin habian encontrado la tierra en cuya busca habian andado tanto tiempo: la tierra del oro y de la plata. Vinieron al pais emigrados en gran número, y extendiéndose por su superficie formaron con su cre-

(1) Cieza de Leon pondera la extraordinaria belleza y solidez de los edificios de Guamanga. «En la qual han edificado las mayores y mejores casas que ay en todo el Peru, todas de piedra, ladrillo y teja, con grandes torres: de manera que no faltan aposentos. La plaza está llana y bien grande.» Crónica, cap. LXXXVII.

(2) Y «con que la començaba á haver en aquellas tierras cosechas trigo, cevada i otras muchas cosas de Castilla.» Herrera, Hist. general, dec. VI, lib X, cap. II.

ciente población la mas eficaz barrera contra los derechos de los verdaderos propietarios del terreno (1).

Fortalecido Pizarro con la llegada de nuevos aventureros, pudo ya fijar su atencion en puntos mas remotos del pais. Envió a Pedro de Valdivia a su memorable expedicion de Chile, y señaló a su hermano Gonzalo el territorio de Quito, con instrucciones para explorar las comarcas desconocidas del Este, donde segun se decia se criaba el árbol de la canela. Como este jefe que hasta ahora ha desempeñado un papel secundario en la conquista va de aqui en adelante a desempeñar uno de los mas principales, no será fuera del caso dar alguna noticia de él.

Poco se sabe acerca de los primeros años de su vida, porque tuvo el mismo origen oscuro que Francisco, y parece haber debido tan poco como él al cuidado de sus padres. Abrazó desde mui jóven la carrera de soldado, carrera a la cual todo hombre, ya fuese caballero o vagamundo en aquella edad de hierro, se sentia mas que a otra alguna inclinado cuando se le dejaba seguir su voluntad. En ella se distinguió en breve por su destreza en ejercicios marciales. Era excelente jinete, y cuando pasó al Nuevo Mundo se le tenia por la mejor lanza del Perú (2).

En talento y en estension de miras era inferior a sus hermanos. Tampoco dió pruebas de poseer la misma politica fria y astuta; pero era igualmente esforzado, y tan poco escrupuloso como ellos en la ejecucion de sus medidas. Tenia gallarda presencia, amables facciones, aire franco y marcial y jenio abierto y confiado que le granjeaba la voluntad de sus tropas. Su espíritu era elevado y aventurero, y tenia el importante don de inspirar a los demás las mismas ideas, asegurando por este medio el éxito de casi todas sus empresas. Era un excelente *guerrillero* y admirable jefe para expediciones dificiles o de éxito dudoso; pero no tenia la capacidad de un gran jeneral y mucho menos la que se necesita para dirigir los negocios civiles. Fué desgracia suya que se viese llamado a ocupar ambos empleos.

CAPITULO IV.

Espedicion de Gonzalo Pizarro.—Paso de las montañas.—Descubrimiento del rio Napo.—Increibles padecimientos.—Orellana baja por el rio de las Amazonas.—Desesperacion de los españoles.—Vuelta de los que sobreviven a Quito.

1540—1542.

Gonzalo Pizarro recibió la noticia de su nombramiento para el gobierno de Quito con manifesto placer, no tanto por la posesion de aquella antigua provincia india, cuanto por el campo que se le abria para hacer descubrimientos por el Oriente,

(1) Carta de Carbajal al emperador. M. S.—Montesinos, Anales, M. S., años de 1539 y 1541.—Pedro Pizarro, Descub., M. S.—Herrera, Hist. gen., dec. VI, lib. VII, cap. I.—Cieza de Leon, crónica, cap. LXXVI, et alibi.

(2) El caballero Pizarro y Orellana nos dá noticias biográficas de cada uno de sus hermanos. No se necesita mucha perspicacia para descubrir en ellas que la sangre de los Pizarros corria en las venas del escritor hasta las yemas de los dedos. Sin embargo, los hechos que refiere son menos sospechosos que las consecuencias que deduce.

es decir, por aquella tierra fabulosa de las especias, que por tanto tiempo habia cautivado la imaginacion de los conquistadores. Marchó, pues, sin dilacion a su gobierno, y no tardó en inflamar los pechos de sus soldados con el mismo entusiasmo que ardia en el suyo. En poco tiempo reunió trescientos cincuenta españoles y cuatro mil indios, ciento cincuenta de los primeros montados, y todos equipados del modo mejor posible para la empresa. Para precaver contra el hambre, hizo un gran acopio de provisiones, y una inmensa piara de cerdos los seguía a retaguardia (1).

Comenzaba el año de 1540 cuando Gonzalo Pizarro emprendió su célebre expedicion. La primera parte del viaje ofreció comparativamente pocas dificultades; los españoles se hallaban aun en la tierra de los Incas, y los desórdenes del Perú no se habian sentido en aquella distante provincia, donde el pueblo sencillo vivia como en los tiempos primitivos cuando era gobernado por los hijos del Sol. Pero cambió la escena al entrar en el territorio de Quixos, donde los habitantes y el clima parecian de otra especie. El pais estaba atravesado por las elevadas cordilleras de los Andes, y los aventureros se vieron pronto encerrados en el laberinto intrincado de sus desfiladeros. Conforme iban subiendo a mas elevadas rejiones, los helados vientos que recorrían los lados de las cordilleras, entumecían sus miembros, y muchos indios encontraron su sepultura en aquellas frias asperezas. Tambien al cruzar la formidable barrera de los Andes experimentaron uno de los tremendos terremotos que en aquellas volcánicas rejiones hacen temblar con tanta frecuencia las montañas, hasta en sus mismas bases. Una vez se abrió la tierra a impulso de las terribles convulsiones de la naturaleza; de la sima salieron torrentes de vapor sulfúreo, y una aldea de unas quinientas casas se hundió en aquel espantoso abismo (2).

Al bajar las vertientes orientales cambió el clima, y al paso que descendían a nivel mas inferior, reemplazaba al frio un calor sofocante, y fuertes aguaceros acompañados de truenos y relámpagos inundaban las gargantas de las sierras, de donde se desprendían en torrentes sobre las cabezas de los expedicionarios casi sin cesar ni de dia ni de noche; como si las ofendidas deidades de aquellos sitios hubieran querido tomar venganza contra los invasores de sus montuosas soledades. Por mas de seis semanas continuó el diluvio sin parar, y los aventureros sin tener donde abrigarse, mojados y abrumados de fatiga, apenas podían arrastrar los piés por aquel suelo quebrado y saturado de hume-

(1) Herrera, Hist. jeneral, dec. VI, lib. VIII, cap. VI—VII—Garcilaso, Com. Real, parte II, lib. III, cap. II.—Zárate, Conq. del Perú, lib. IV, cap. I—II.—Gomara, Hist. de las Ind., cap. CXLIII.—Montesinos, Anales, año 1539.—Los historiadores difieren en cuanto al número de las fuerzas de Gonzalo, así en hombres como en caballos y en cerdos. Estos, segun Herrera, no bajaban de cinco mil, provision de tocino demasiado abundante para tan corta fuerza, pues los indios comían solo maiz tostado o coca que comunmente constituía su único alimento en los mas largos viajes.

(2) Zárate dice que fueron precisamente quinientas casas. «Sobrevino un tan gran terremoto, con temblor y tempestad de agua y relámpagos, y raios, y grandes truenos, que abriéndose la tierra por muchas partes, se hundieron quinientas casas.» (Conq. del Perú, lib. IV, cap. II). Nada mas satisfactorio para el lector que el número preciso y redondo; y sin embargo nada es menos digno de crédito.

dad. Al fin, despues de algunos meses de trabajoso viaje en que tuvieron que cruzar muchos pantanos y torrentes llegaron a las *Canelas*. Vieron los árboles que tenían esta preciosa corteza estenderse en dilatados bosques; pero por mas que este fuese un importante artículo de comercio en rejiones accesibles, en aquellas lejanas tierras podía servir de muy poco a los expedicionarios. Sin embargo, por las tribus errantes de indios salvajes que encontraron en el camino tuvieron noticia de que a diez dias de distancia se hallaba una tierra rica y fructifera, abundante en oro y habitada por naciones populosas. Gonzalo Pizarro habia ya llegado a los límites prescritos para su expedicion; pero estas noticias reanimaron sus esperanzas, y resolvió seguir adelante. Mejor hubiera sido para él y para su jente darse por contentos y volver atrás.

Continuando la marcha observaron que el pais se estendía en anchas sábanas terminadas por bosques inmensos, que parecían llegar hasta los mismos bordes del horizonte. Allí vieron árboles de esa enorme corpulencia que solo se encuentra en las regiones equinocciales. Algunos eran de tal magnitud que diez y seis hombres con los brazos estendidos apenas podían abrazarlos (1). El tronco además estaba cubierto de espesas enredaderas y vides parásitas, que estendiéndose de árbol en árbol en festones de vistosos colores, les vestían de una cubierta hermosa a la vista, pero que formaba una red impenetrable. Los expedicionarios se veían a cada momento obligados a abrirse paso con las hachas, y sus vestidos, podridos ya por efecto de las incesantes lluvias que habían estado expuestos, se rasgaban facilmente al penetrar entre los arbustos y zarzas y colgaban a pedazos de sus cuerpos (2). Las provisiones deterioradas por el agua, se habían acabado hacia tiempo, y en cuanto al ganado que llevaban consigo, parte se habia consumido y parte se habia escapado en los bosques y desfiladeros de las montañas. Habían sacado tambien de Quito unos mil perros, muchos de ellos de presa, acostumbrados a acometer a los desgraciados indios. Matáronlos sin

(1) Calculando en seis piés la longitud de los brazos del hombre estendidos, hacen noventa y seis de circunferencia o treinta y dos de diámetro; es decir, mucho mas de lo que tiene el árbol mas grande de los conocidos en Europa. Sin embargo, esta corpulencia es todavía menor que la del famoso gigante de los bosques que Humboldt encontró en la provincia de Oaxaca, y que segun la exacta medida de este viajero en 1839 tenía ciento doce piés de circunferencia medido a la altura de cuatro piés del suelo. Probablemente los españoles medirían tambien los árboles a esta altura.

(2) Molina en su comedia, *Las Amazonas en las Indias*, ha dedicado unas doce columnas de redondillas a referir los padecimientos de sus compatriotas en aquella expedicion. El poeta contaba con la paciencia de su auditorio. Los siguientes versos describen la miserable situacion a que la lluvia incesante redujo a los españoles:

«Sin que el sol en este tiempo
Su cara ver nos permita,
Ni las nubes taberneras
Cesen de echartos encima
Diluvios inagotables,
Que hasta el alma nos bautizan.
Cayeron los mas enfermos,
Porque la ropa podrida
Con el eterno agua va
Nos dejó en las carnes vivas.»

escrúpulo; pero sus miserables cuerpos no proporcionaban sino muy escaso alimento a los famélicos aventureros; y cuando se acabaron hubieron de atenerse a las yerbas y peligrosas raíces que podían recojer en los bosques (1).

Al fin estenuados de hambre y fatiga llegaron al ancho Napo, uno de los grandes ríos tributarios del de las Amazonas, y que si bien es de tercero o cuarto orden entre los de América, podría pasar por uno de los de primera magnitud en el antiguo mundo. Su vista alegró todos los corazones, pues esperaban que costearo sus orillas encontrarían un camino mas seguro y practicable. Despues de haber caminado por sus márgenes un largo espacio, cercados de maleza y espesura; por donde no podían penetrar sino a fuerza de brazos; y despues de haber casi agotado las suyas en este camino, llegaron a punto desde donde se oía un gran ruido semejante a un trueno subterráneo. El río allí desencadenando su furia corría sobre una pendiente con espantosa velocidad hasta el borde de una magnífica catarata, desde donde se precipitaba entre inmensas columnas de espuma hasta profundidad tal que a los atónitos aventureros les pareció de mil doscientos piés (2). El espantoso ruido que ya habían empezado a oír desde seis leguas de distancia formaba un imponente contraste con el triste silencio de los bosques inmediatos. Los duros guerreros no pudieron eximirse de un movimiento de terror al contemplar aquella escena. Ni una canoa surcaba las aguas, ni se veía un ser viviente a escepcion del enorme boa y del pesado aligador tendidos a la orilla de las aguas. Los árboles estendiendo sus magníficas ramas que se elevaban hasta las nubes; el río corriendo en su madre de piedra como había corrido por espacio de siglos; la soledad y el silencio de la escena, interrumpido solamente por el estruendo de la cascada y por el lánguido murmullo de los bosques; todo parecía mostrarse a los aventureros en el mismo agreste y primitivo estado en que salió de manos del Criador.

A cierta distancia por cima y debajo de la catarata el río estrechaba tanto sus márgenes que apenas había entre una y otra veinte piés de longitud. Los aventureros, vivamente apremiados por el

(1) Capitulacion con Orellana, M. S.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq., M. S.—Gomara, Hist. de las Ind., cap. CXLIII.—Zárate, Conq. del Perú, lib. IV, cap. II.—Herrera, Hist. gen., dec. VI, lib. VIII, cap. VI—VII.—Garcilaso, Com. Real, parte II, lib. III, cap. II.

Este último escritor dice que obtuvo sus informes de los labios de muchos que se hallaron en la expedición. El lector puede estar seguro de que la narración no ha perdido nada al pasar por mano de Garcilaso.

(2) «Al cabo de este largo camino hallaron que el río había un salto de una peña de mas de dozieintas braças de alto: que había tan gran ruido, que lo oyeron mas de seys leguas antes que llegasen a él.» (Garcilaso, Com. Real, parte II, lib. III, cap. III). Los viajeros modernos, de los cuales pocos han penetrado en estas regiones agrestes, nada dicen que pueda confirmar ni refutar la existencia de esta estupenda catarata. La altura que se le atribuye, aunque dos veces mayor que la que tiene segun la medida de Humboldt la gran catarata de Tequendama en el Bogotá (la mas alta de América segun se cree jeneralmente), no es tan grande sin embargo como la de algunos torrentes de Suiza. Con todo, no puede darse crédito con seguridad al cálculo de los españoles, porque en el triste estado en que se encontraban lo sublime y lo terrible producía en ellos una impresión acaso exajerada de lo que veían.

hambre, determinaron arrostrar el peligro de pasar a la opuesta orilla, esperando encontrar un país que les proporcionase medios de subsistencia. Construyóse un frágil puente, poniendo grandes troncos de árboles sobre las rocas, donde estas, como si alguna convulsion de la naturaleza las hubiera separado, se abrian formando dos paredes perpendiculares, entre las cuales y a muchos centenares de piés de profundidad pasaba el río. Sobre este aéreo camino consiguieron pasar hombres y caballos sin que se perdiere mas que uno de aquellos, el cual habiéndose descuidado en mirar abajo, fué acometido de un vértigo, se resbaló y cayó en las olas que se agitaban embravecidas en lo profundo del abismo.

Poco ganaron los aventureros en el cambio. El país presentaba el mismo aspecto desconsolador, y las orillas del río estaban cubiertas de gigantescos árboles o franjeadas de impenetrable maleza. Las tribus de indios que alguna vez encontraban en aquellos salvajes desiertos eran feroces y enemigas y sostenian con ellos perpetuas escaramuzas. Dijéronles sin embargo algunos que bajando el río y a distancia de pocos dias de camino encontrarían un país fértil; y los españoles continuaron su penoso viaje, siempre esperando y siempre engañados, pues la prometida tierra, semejante al arco iris, huía delante de ellos a medida que avanzaban.

En fin agotadas las fuerzas y el sufrimiento resolvió Gonzalo construir un barco bastante grande para llevar a los mas débiles y los bagajes. Los árboles les proporcionaron madera: las herraduras de los caballos que habían muerto en el camino, ya de muerte natural, ya para servir de alimento a sus dueños, fueron convertidas en clavos; la goma que destilaban los árboles hizo el oficio de brea; y los andrajosos vestidos de los soldados sirvieron como estopa. Era obra difícil, pero Gonzalo animó a su jente al trabajo y dió el ejemplo tomando parte en sus tareas. Al cabo de dos meses quedó concluido un bergantín tosco, pero fuerte y suficiente para conducir la mitad de la tropa. Era el primer barco europeo que había flotado en aquellas aguas.

Gonzalo dió el mando de este barco a Francisco de Orellana, caballero de Trujillo, en cuyo valor y adhesión creía poder confiar. Las tropas volvieron a emprender la marcha, siguiendo siempre el curso del río y llevando el bergantín inmediato a la orilla; y cuando tenían que subir alguna áspera pendiente o cuando encontraban un terreno impracticable, el barco transportaba a los soldados mas débiles. Así caminaron trabajosamente por espacio de muchas semanas atravesando las espantosas soledades por donde corre el Napo. Ya no quedaban hacia mucho tiempo ni vestijios de provisiones; ya habían devorado el último caballo. Para mitigar los rigores del hambre se veían obligados a comer las correas y el cuero de las sillas. Los bosques apenas les ofrecían algunas raíces y frutas de que alimentarse; así tenían a dicha cuando encontraban casualmente sapos, culebras y otros reptiles con que aplacar su necesidad (1).

(1) «Yernas y rayces y fruta siluestre, sapos y culebras, y otras malas savandijas, si las avia por aquellas montañas, que todo les hacía buen estómago a los españoles; que peor les yua con la falta de cosas tan viles.» Com. Real, parte II, lib. III, cap. IV.—Capitulacion con Orellana, M. S.—Herrera, Hist. general, dec. VI, lib. VIII, cap. VII.—Zárate, Conq. del Perú, libro IV, cap. III—IV.—Gomara, Hist. de las Ind., cap. CXLIII.

También allí tuvieron noticias de un rico distrito habitado por una nación populosa, donde el Napo desembocaba en un río aun mayor que corría hacia el Oriente. Este distrito se hallaba como siempre a distancia de algunos días de camino. Gonzalo Pizarro resolvió entonces hacer alto donde se encontraba y enviar a Orellana con el bergantín hasta la embocadura para que se proporcionase provisiones, con las cuales pudiese volver y poner a las tropas en situación de continuar la marcha. En consecuencia Orellana, llevando consigo cincuenta soldados, se apartó hasta el medio del río, y su barco impelido por la rápida corriente partió como una flecha, perdiéndose inmediatamente de vista.

Pasaron días y días, semanas tras semanas y el bergantín no volvía, ni los españoles veían la menor mancha en las aguas al tender la vista hacia el punto mas lejano donde la línea de luz se perdía en las oscuras sombras del follaje que festoneaba las orillas del río. Enviáronse destacamentos que estuvieron ausentes muchos días; pero volvieron sin noticia alguna de sus camaradas. No pudiendo permanecer por mas tiempo en la incertidumbre, ni siéndoles tampoco posible mantenerse en aquel sitio, Gonzalo y sus hambrientos soldados determinaron seguir adelante hasta encontrar la confluencia de los dos ríos. Dos meses tardaron en llegar al término de este terrible viaje (dos meses tardaron los que no perecieron en el camino) aunque la distancia no era probablemente mayor de doscientas leguas: y al cabo de este tiempo llegaron al punto tan deseado, donde el Napo desemboca en el río de las Amazonas, río el mas majestuoso de los de América, y que alimentado por mil tributarios corre hacia el océano en un espacio de centenares de millas por el centro del gran continente.

Pero no hallaron noticia alguna de Orellana, y el país, aunque mas populoso que el que acababan de atravesar, presentaba el mismo aspecto desconsolador, y estaba habitado por una raza de indios aun mas feroz. Abandonaron pues la esperanza de recobrar a sus compañeros, suponiendo que habían perecido de hambre o a manos de los indios. Al fin se dispieron sus dudas con la aparición de un blanco que vagaba medio desnudo por los bosques, y en cuyo descarnado semblante reconocieron las facciones de uno de sus compatriotas, llamado Sanchez de Vargas, caballero de ilustre linaje, y muy estimado en el ejército. Este tenia que referir una historia lamentable.

Orellana, impelido por la rápida corriente del Napo, habia llegado en menos de tres días al punto de confluencia con las Amazonas, recorriendo en este breve espacio de tiempo la distancia que Gonzalo Pizarro y su jente habian tardado dos meses en recorrer. Habia visto que el país era completamente diverso de lo que se le habia dicho, y lejos de conseguir auxilios para sus compañeros, apenas habia podido obtener subsistencias para sí mismo. No le habia sido posible volver por donde habia caminado contra la corriente del río, y el viaje por tierra se le habia presentado bajo un aspecto no menos formidable. En este terrible dilema, una idea iluminó su mente, que fué lanzar el barco al río de las Amazonas y bajar por él hasta su embocadura. De este modo se prometia visitar las ricas y populosas naciones que segun los indios cubrian sus orillas, salir al grande Océano, pasar a las islas inmediatas y volver a España a reclamar la gloria y el galardón del descubrimiento. La idea fué aceptada con entusiasmo por sus negligentes compañeros, que al paso que ansiaban salir de

aquella situación penosa, se animaban con la perspectiva de nuevas y sorprendentes aventuras, por que la afición a lo maravilloso era el último sentimiento que se extinguía en el pecho del caballero castellano. Poco se cuidaban de sus desgraciados compañeros, a quienes iban a abandonar en aquellas soledades (1).

No es este el lugar de referir los pormenores de la extraordinaria expedición de Orellana. Su empresa tuvo feliz éxito; pero es maravilloso que se salvara del naufragio en la arriesgada y desconocida navegación de aquel río. Muchas veces el buque estuvo a punto de ser despedazado entre las rocas y en medio de las furiosas corrientes (2), y aun tuvo que arrostrar otro peligro mas grande que fueron los ataques de las tribus guerreras que habitaban las orillas del río. Estas tribus caían sobre la poca numerosa tropa de Orellana siempre que intentaba saltar en tierra, y le seguía en canoas, vijilándole por espacio de muchas millas. Al fin desembarcó en el Océano y se dirigió a la isla de Cubagua; desde allí pasó a España, se presentó en la corte y refirió las circunstancias de su viaje, las naciones de Amazonas que habia encontrado en las orillas del río, el Dorado que segun sus noticias existia en las inmediaciones, y otras maravillas, producto de su invención mas bien que de las exajeraciones de una crédula fantasía. Los que le escucharon creyeron fácilmente los cuentos del viajero; y en una edad de prodijios, cuando cada día se iban aclarando nuevos misterios del Oriente y del Occidente, bien puede perdonárseles el no haber sabido trazar la verdadera línea entre la novela y la realidad (3).

No encontró, pues, dificultad en obtener la comisión de conquistar y colonizar los reinos que habia descubierto, y en breve se vió a la cabeza de quinientos hombres dispuestos a participar de los

(1) La narración de Vargas la confirma el mismo Orellana, segun aparece de la real concesión que se le hizo a su vuelta a Castilla. Este documento se ha conservado entero en la colección de manuscritos de Muñoz.

«Haviendo vos ido con ciertos compañeros un río abajo a buscar comida, con la corriente fuisteis metidos por el dicho río mas de 200 leguas, donde no pudisteis dar la vuelta é por esta necesidad é por la mucha noticia que tuvisteis de la grandeza é riqueza de la tierra, posponiendo vuestro peligro sin interés ninguno por servir a S. M., os aventurásteis a saber lo que habia en aquellas provincias, é así descubristeis é hallásteis grandes poblaciones.» Capitulación de Orellana, M. S.

(2) Condamine, que en 1743 bajó el río de las Amazonas, habla con extensión de los peligros y dificultades en que se vió envuelto durante su navegación, la cual dice que es demasiado dificultosa para emprenderla sin un diestro piloto. Véase su *Relation abrégée d'un Voyage fait dans l'intérieur de l'Amérique méridionale*, (Maestricht, 1778).

(3) En tiempos posteriores no ha sido fácil tampoco señalar esta exacta línea con toda la luz de los descubrimientos modernos. Condamine, despues de una cuidadosa investigación considera que hai buenas razones para creer en la existencia de un pueblo de mujeres armadas que habitaron en otro tiempo las orillas del río de las Amazonas, aunque en la actualidad han desaparecido. Difícil seria probar lo contrario, pero es mas difícil este hecho si se consideran los obstáculos que se oponen a que la tal sociedad de mujeres se perpetuara. *Voyage dans l'Amérique méridionale*, p. 99 y sig.

peligros y beneficios de la expedición. Pero ni él ni su país debían aprovecharse de ellos. El murió en la travesía, y las tierras regadas por el río de las Amazonas cayeron en poder de Portugal. El desgraciado navegante no gozó ni aun del honor que todos alcanzaban de dar su nombre a las aguas que descubrieron; solamente tuvo la estéril gloria del descubrimiento, gloria que seguramente no compensa las circunstancias de iniquidad con que se llevó a cabo aquella empresa (1).

Uno de los que acompañaban a Orellana hizo fuerte oposición a sus proyectos como contrarios a las leyes de la humanidad y del honor. Este fué Sánchez de Vargas; y el cruel jefe se vengó de él abandonándole a su suerte en aquella desolada rejion, donde fué hallado por sus compañeros (2).

Los españoles escucharon con horror la relación de Vargas, y la sangre se les heló en las venas al contemplarse abandonados en aquellas remotas soledades, y privados del único medio de salvación. Hicieron un esfuerzo para proseguir su viaje, siguiendo la márgen del río; pero al cabo de algunos días de fatigosa marcha, les faltaron las fuerzas y el ánimo, y se abandonaron a la desesperación.

Entonces fué cuando se manifestaron en todo su brillo las cualidades de Gonzalo Pizarro como jefe el mas a propósito para los casos desesperados y de peligro. Si seguían adelante no tenían esperanza de salvarse; permanecer donde estaban, sin alimento ni ropa, sin defensa contra los animales feroces de los bosques ni contra los indios mas feroces aun, era imposible. Solamente un medio quedaba, y era volver a Quito. Pero la idea de volver a Quito les recordaba todos los trabajos pasados, trabajos que podían muy bien calcular y que apenas podían sufrirse ni aun en la imaginación. Estaban por lo menos a cuatrocientas leguas de distancia de aquella capital, y mas de un año había transcurrido desde que emprendieran su pe-

(1) «Su crimen está en cierto modo contrabalanceado por la gloria de haberse arriesgado en una navegación de cerca de dos mil leguas entre naciones desconocidas en un barco construido de prisa con madera verde, por manos inexpertas, sin provisiones, sin brújula ni piloto.» (Robertson, América, ed. de Londres, 1796.) El historiador de América no tiene en este caso la balanza de la moral con mano tan firme como de costumbre. Según un moralista no muy severo, no hay triunfo por brillante que sea que pueda canonizar el crimen.

(2) Expedición mas notable que la de Orellana fué la que emprendió y llevó a cabo una delicada mujer, llamada madama Godin, que en 1769 bajó por el río de las Amazonas en una lancha hasta su embocadura. Acompañaronla siete personas, entre ellas dos hermanos suyos y dos criadas. La lancha naufragó, y madama Godin, habiéndose salvado casi por milagro, intentó con su gente hacer el resto del camino a pié. Vióles a todos perecer unos tras otros de hambre y enfermedad, hasta que quedó sola en aquellos terribles bosques. Todavía, como la Señora en el Comus de Milton, pudo salvarse de tantos peligros; y después de indecibles padecimientos, habiendo encontrado algunos indios compasivos, fué conducida por ellos a un establecimiento francés. Aunque jóven, el terror y los trabajos que sufrió la volvieron el cabello completamente blanco. Una carta de su marido a M. de la Condamine contiene los pormenores de esta extraordinaria historia, referidos de un modo tan sencillo y candoroso que atrae nuestra confianza. *Voyage dans l'Amérique méridionale*, p. 329 y sig.

nosa peregrinación. ¿Cómo arrostrar de nuevo los mismos peligros? (1).

Sin embargo, no había alternativa. Gonzalo procuró reanimar a su jente habiéndoles de la invencible constancia que hasta entonces habían desplegado y exhortándoles a continuar mostrándose dignos del nombre de castellanos. Hizoles presente la gloria que para siempre se granjearían por tan heroica empresa cuando llegasen a su país, y declaró que pensaba llevarles por otro camino donde no podían menos de encontrar alguna de las abundantes rejiones de que tanto se les había hablado. Algo era ya saber que cada paso que daban les acercaba mas a su patria; y como este era al cabo el único medio de salvación que tenían, debían prepararse a arrostrar como hombres los obstáculos que se les opusieran. Por último les dijo que el espíritu sostenía al cuerpo, y que las dificultades a que se oponía un espíritu firme estaban ya medio vencidas.

Los soldados escucharon con ansia estas palabras de consuelo y de entusiasmo. La confianza en su jefe reemplazó en sus pechos a la desesperación. Conociéron la fuerza de sus razones, y como fiaban en sus promesas, se reanimó en ellos el orgullo del antiguo honor castellano, y todos participaron mas o menos del jeneroso entusiasmo de Gonzalo. No desmerecía este por cierto la adhesión que le manifestaban. Desde la primera hora de la expedición se había impuesto las mismas privaciones que sus soldados. Lejos de prevalerse de su posición había igualado su suerte con la de los mas pobres, satisfaciendo las necesidades de los enfermos, reanimando a los débiles, repartiendo sus escasas provisiones con los hambrientos, sufriendo como uno de tantos las fatigas y penalidades de la marcha, y mostrándose siempre tan fiel compañero como buen capitán. Así en aquella hora suprema recojió los frutos de su conducta.

No cansaré a los lectores refiriendo los padecimientos de los españoles en su marcha retrógrada hacia Quito. Tomaron un camino mas al norte que el que habían llevado, y aunque encontraron menos dificultades, padecieron mas porque tenían menos medios de vencerlas. Su único alimento eran las escasas frutas que podían recojer en los bosques, o lo que por fortuna encontraban en algun aduar abandonado, o lo que por violencia arrancaban de manos de los indios. Algunos enfermaron y murieron en el camino, porque no había quien les socorriera. El estremo de la miseria les había hecho egoistas y mas de un pobre soldado se vió abandonado a su suerte, destinado a morir solo en los bosques o mas probablemente a ser devorado vivo por los animales feroces.

Al fin en junio de 1542 despues de mas de un año consumido en su marcha retrógrada, Gonzalo y su cansada jente llegaron a las elevadas llanuras que se estienden a las inmediaciones de Quito. ¡Pero cuán diferente era su aspecto de aquel con que salieron por las puertas de la capital dos años y medio antes, ostentando sus atavios militares, su orgullo y sus altas y novelescas esperanzas!

(1) Garcilaso, Com. Real, parte II, lib. III, cap. V. —Herrera, Historia general, dec. VI, lib. VIII. —Zarató, Conq. del Perú, lib. VIII, capítulo V. —Gomara, Hist. de las Ind. cap. CXLIII.

No es de esperar de unos hombres que vagaban por aquellos lejanos bosques un cómputo exacto del tiempo ni de la distancia, faltos como estábamos de los medios necesarios para hacer observaciones correctas sobre este punto.

Volvían sin caballos; sus armas se habían roto o tomado; en vez de vestiduras colgaban de sus cuerpos pieles de animales feroces; sus largos y enmarañados cabellos caían en desorden sobre los hombros; sus rostros estaban quemados y ennegrecidos por el sol de los trópicos; sus cuerpos consumidos por el hambre y desfigurados por dolorosas cicatrices; y como si la parte mortal hubiera desaparecido, quedando solo, por decirlo así, la cápsula donde había estado encerrado el cuerpo, marchaban lentamente, semejantes a una tropa de horribles espectros. De los cuatro mil indios que habían salido en la expedición más de la mitad habían muerto; y de los españoles solo ochenta, muchos de ellos con achaques incurables, volvieron a Quito (1).

Los pocos habitantes cristianos de aquella capital con sus mujeres e hijos salieron a recibir a sus compatriotas; les proporcionaron todos los alimentos y recursos que estaban en su mano; y al escuchar la triste relación de sus padecimientos mezclaron sus lágrimas con las de los aventureros. Despues todos entraron en la capital, donde su primer acto (sea dicho en honra suya) fué dirigirse en procesión a la iglesia a dar gracias al Omnipotente por su milagrosa conservación en tan largo y peligroso viaje (2). Tal fué el término de la expedición al río de las Amazonas, expedición que por los riesgos y penalidades que la acompañaron, su larga duración y la constancia con que fueron sufridos, se conserva tal vez libre de toda mancha en los anales de los descubrimientos americanos.

CAPITULO V.

Facción de Almagro.—Su desesperada situación.—Conspiración contra Francisco Pizarro.—Asesinato de Pizarro.—Actos de los conspiradores.—Carácter de Pizarro.

1544.

Cuando Gonzalo Pizarro llegó a Quito, recibió la noticia de un acontecimiento, que mostraba que su expedición al río de las Amazonas había sido más fatal a sus intereses de lo que él se había imaginado. Durante su ausencia se había verificado una revolución que había cambiado todo el orden de cosas en el Perú.

En uno de los capítulos anteriores hemos visto que cuando Hernando Pizarro volvió a España, su hermano el marqués se dirigió a Lima, donde continuó ocupándose en hermosear su capital favorita y en fomentar los intereses generales del país. Estas ocupaciones le hicieron desatender un peligro que de hora en hora le iba estrechando y del cual hacía menos caso del que le conviniera, a pesar de

(1) Pedro Pizarro, Descub. y Conq., M. S.—Zárate, Conq. del Perú, lib. IV, cap. V.—Gomara, Hist. de las Ind., cap. CXLIII.—Garcilaso, Com. Real, parte II, lib. III, cap. XV.—Herrera, Hist. general, dec. VII, lib. III, cap. XIV.

Este último escritor al terminar la historia de la expedición hace un panegírico del valor y constancia de sus compatriotas, panegírico que es preciso reconocer que era bien merecido.

«Finalmente Gonzalo Pizarro entró en el Quito, triunfando del valor y sufrimiento, y de la constancia, recto e inmutable vigor del ánimo, pues hombres humanos no se hallan haber tanto sufrido, ni padecido tantas desventuras.» Ibid., ubi supra.

(2) Zárate, Conq. del Perú, lib. IV, cap. V.

las repetidas amonestaciones de sus amigos más circunspectos.

Después de la ejecución de Almagro, sus secuaces, en número de muchos centenares, permanecieron diseminados por el país, pero unidos sin embargo por un sentimiento común de indignación contra los Pizarros, a quienes miraban como asesinos de su jefe. Su odio se dirigía más bien a Hernando que al gobernador, pues Hernando había sido un instrumento más activo en la perpetración del hecho. En estas circunstancias, claro es que la política de Pizarro debía haberse propuesto una de dos cosas: o tratar a los de la facción opuesta como amigos o como encarnizados enemigos. Con actos de bondad podía haberse atraídos a los más díscolos y con los beneficios presentes haber borrado el recuerdo de las injurias pasadas; en suma, podía haber demostrado que la contienda había sido con su jefe y no con ellos, y que en el interés de todos estaba que se acogiesen a su bandera. Esta habría sido la conducta más política al mismo tiempo que la más generosa; y aumentando así el número de sus partidarios hubiera robustecido grandemente su poder. Mas por desgracia no tuvo la magnanimidad de seguir semejante conducta. No podía Pizarro por su carácter perdonar una injuria ni al hombre a quien había injuriado; y no queriendo por tanto granjearse la voluntad de los parciales de Almagro, claro era que su política debía consistir en mirarlos como enemigos (y no menores por estar ocultos) y en adoptar las medidas necesarias para evitar que pudieran hacerle ningún daño. Debía, pues, haber seguido el consejo de su prudente hermano Hernando, diseminándolos en diferentes puntos, cuidando de que no se reuniesen muchos en uno, y sobre todo de que no se hallasen en lugar inmediato a su residencia.

Pero despreciaba demasiado a los vencidos partidarios de Almagro para detenerse en tomar medidas de precaución. Permitió al hijo de su rival que permaneciese en Lima, y esta ciudad llegó en breve a ser el punto de reunión de los desafectos. La mayor parte de los soldados de Almagro conocían al joven por haberle visto en las marchas y en los campos al lado de su padre; y muerto este, naturalmente trasladaron su adhesión al hijo que sobrevivía.

Sin embargo, para que el joven Almagro no pudiese mantener este tren de inútiles servidores, le privó Pizarro de una gran parte de sus indios y tierras, y le excluyó del gobierno de la Nueva Toledo, que le había legado su padre en el testamento (1). Los de Chile, que así continuaban llamándose los partidarios de Almagro, destituidos de todo medio de subsistencia, sin oficio ni empleo de ninguna clase, se vieron reducidos a la mayor miseria. Tan pobres estaban, que según los escritores de aquel tiempo, doce caballeros que vivían en una misma casa no tenían para todos más que una sola capa; y con el acostumbrado orgullo del hidalgo pobre, no queriendo dar pública muestra de pobreza, llevaban la capa por turno, y los que no tenían derecho a ella se quedaban en casa (2). Verdadera o no, la anécdota da a conocer perfectamente el extremo a que había llegado la miseria de los partidarios de Almagro, miseria que hacía más sensible la altanería de sus enemigos, los cuales enriquecidos con el fruto de sus maldades, ostentaban ante sus ojos con inso-

(1) Carta de Almagro, M. S.

(2) Herrera, Hist. general, dec. VI, lib. VIII, cap. VI.

lente jaetancia el lujo y aparato más propios para mortificar sus sentimientos.

Hombres así acosados por el insulto y la injuria eran demasiado peligrosos para ser considerados como enemigos pequeños. Pero, aunque Pizarro recibió varios avisos para que se precaviere contra sus manejos, no hizo de ellos caso alguno. «Pobres diablos! esclamaba hablando con desdeñosa compasión de los hombres de Chile, bastante desgracia tienen: no les molestaremos más (1).» Y por tan impotentes les tenía, que salía libremente de su casa como de costumbre y paseaba solo a caballo por toda la ciudad y sus inmediaciones (2).

Por entonces llegó a la colonia la noticia de haber nombrado la corona un comisionado para informarse de la situación de los negocios en el Perú. Pizarro, aunque alarmado por estas nuevas envió órdenes para que fuese bien tratado y se le preparasen en todo el camino los alojamientos correspondientes. Mucho se reanimó con esto el espíritu de los de Almagro, confiando en que aquel alto funcionario les daría satisfacción de sus agravios; y eligieron a dos de entre ellos para que vestidos de luto fuesen al norte, donde esperaban que el juez desembarcaba y le espusiesen sus quejas en nombre de todos.

Pero pasaron algunos meses y no llegaba noticia alguna de su desembarco. Al fin llegó un buque al puerto y anunció que los mas de la escuadra habian experimentado fuertes borrascas en la costa, y que el comisionado habria perecido probablemente en una de ellas. Fué esta una noticia desconsoladora para los de Chile, cuyas «miserias» para valerme de las palabras de su joven capitán, «habian llegado a ser insufribles (3).» Ya se habian manifestado abiertamente algunos síntomas de desafección. Los altivos caballeros no siempre se quitaban el sombrero al pasar el gobernador, y en una ocasión se encontraron tres sogas pendiéntes de la borca con carteles al extremo de ellas que contenian los nombres de Pizarro, del juez Velazquez y de Picado, secretario del gobernador (4). Este último funcionario era particularmente odioso a Almagro y a los de su bando; porque como Pizarro no sabia leer ni escribir, todas las comunicaciones pasaban por sus manos; y siendo Picado de carácter duro y arrogante, engreido con la importancia que le daba su posición, ejercia una influencia maléfica en las medidas que el gobernador adoptaba. Ridiculizaba abiertamente la pobreza de los partidarios de Almagro, y se vengó del insulto que estos le hicieron pasando a caballo por la casa del joven, desplegando un lujo estravagante en su vestido

que resplandecía de oro y plata y llevando en su bonete una inscripción que decia: «Para los de Chile.» Fué esta una burla necia; pero los pobres caballeros que de ella eran objeto, mas susceptibles cuanto mas padecian, no tenían la filosofía suficiente para despreciarla (1).

Al fin desanimados por la tardanza de Vaca de Castro, y mas aun por la reciente noticia de su naufragio, no esperando ya alcanzar de una autoridad legítima la reparacion de sus agravios, determinaron tomársela por sus propias manos y de uno en otro proyecto vinieron a la desesperada resolución de asesinar a Pizarro. Señalaron para esto el domingo 26 de junio de 1541. Los conjurados en número de diez y ocho o veinte, debian reunirse en la casa de Almagro, situada en la plaza mayor cerca de la catedral, y cuando el gobernador volviese de misa salir y asesinarlo en la calle. Una bandera blanca, desplegada al mismo tiempo desde una alta ventana de la casa, debia servir de señal para que el resto de los conspiradores acudiese en auxilio de los inmediatamente encargados de la ejecución del hecho (2).

Apenas es posible que se ocultase este plan a Almagro, pues que su propia casa debia ser el punto de reunión. Sin embargo, no está probado que se hallase complicado en el complot (3). Era en verdad demasiado joven para tomar una parte principal en él. Los escritores contemporáneos le representan como mancebo que prometia mucho, aunque por desgracia no estaba colocado en situación favorable para desplegar sus buenas cualidades. Era hijo de una india de Panamá, pero desde mui niño habia seguido la vida activa de su padre, a quica se parecia mucho, tanto en el carácter franco y jeneroso, como en la violencia de sus pasiones. Su juventud e inesperienza le hacian poco a propósito para dirigir a los suyos en las circunstancias difíciles en que se hallaba; así es que no obraba casi nunca por inspiracion propia, viniendo a ser poco mas que un manequi de sus partidarios (4).

El mas sobresaliente de sus consejeros era Juan de Herrada o Rada, como se decia comunmente.

(1) Gomara, His. de las Ind., cap. CXLIV.

(2) Garcilasso, Com. Real, parte III, cap. VI.

(3) «Sufría, dice Almagro en su carta a la real audiencia de Panamá, mas de lo que mi juicio bastava.» Véase su carta original, Apéndice núm. XII.

(4) «Hizo Picado el secreptario del marquez mucho daño a muchos, porque el marquez D. Francisco Pizarro como no savia leer ni escribir fávase del y no hacia mas de lo que él le aconsejaba, y así hizo este mucho mal en estos rreinos, porque el que no andava a su voluntad sirviéndole, aunque tuviese méritos le destruía, y este Picado fué causa de que los de Chile tomasen mas odio al marquez, por donde le mataron. Porque queria este que todos lo reverenciasen, y los de Chile no hazian caso del, y por esta causa los perseguia este mucho, y así vinieron a hazer lo que hicieron los de Chile.» Pedro Pizarro, Descub. y Conq., M. S.—Véase tambien a Zárate, Conq. del Perú, lib. IV, cap. VI.

(1) Pedro Pizarro, Descub. y Conq., M. S.—Garcilasso, Com. Real, parte II, lib. III, cap. VI.—Herrera, Hist. general, dec. VI, lib. X, cap. II.

(2) Pedro Pizarro, Descub. y Conq., M. S.—Montesinos, Anales, M. S., año de 1541.—Zárate, Conq. de Perú, lib. IV, cap. VI.

(3) Esto parece que está contradicho por la carta del mismo Almagro a la audiencia de Panamá, en la cual dice que él y sus partidarios desesperados con tan intolerables injurias habian resuelto aplicar por sí mismos el remedio entrando en casa del gobernador y apoderándose de su persona. (Véase la carta original, Apéndice núm. XII). Sin embargo, en las relaciones completas que los escritores nos han dado de estos hechos, no se encuentra el nombre de Almagro entre los que tomaron parte activa en el trágico drama. La carta sólo declara que su intento era entrar en la conspiracion; pero simplemente para prender a Pizarro, no para matarlo; declaracion a la cual no dará mucho crédito el que lea la historia de los sucesos.

(4) «Mancebo virtuoso, i de grande ánimo, i bien enseñado; i especialmente se habia exercitado mucho en cavalgar a caballo, de ambas sillas, lo qual hacia con mucha gracia i destreça; i tambien en escribir i leer, lo qual hacia mas liberalmente, i mejor de lo que requeria su profesion. De este tenía cargo como niño Juan de Herrada.» Zárate, Conq. del Perú, lib. IV, cap. VI.

caballero de familia respetable, pero que habiendo sentado plaza de soldado desde mui joven se habia elevado gradualmente a los mas altos puestos del ejército, debiendo solo su elevacion a sus talentos militares. En aquella época era ya bastante anciano; pero aun no se habia estinguido en su pecho el fuego de la juventud y ardía en deseos de vengar los agravios hechos a su antiguo jeneral. Parecia en cierto modo haber depositado en el hijo la adhesion que siempre habia tenido al padre, y segun las apariencias, mas bien en beneficio del joven Almagro que en el suyo propio, aconsejó el atrevido plan y se preparó para ponerse a la cabeza de los que le habian de ejecutar.

Entre los conspiradores hubo, sin embargo, uno que sintiendo remordimientos de conciencia por la parte que le tocaba en el hecho, alivió su corazon revelando todo el plan a su confesor. Este, sin pérdida de momento se lo refirió a Picado, el cual comunicó la noticia a Pizarro. Pero, cosa estraña, semejante noticia no hizo mas impresion en el ánimo del gobernador que los demás rumores vagos que habian llegado frecuentemente a sus oídos. «Ese clérigo, dijo, obispado quiere (1).» No obstante habló del caso al juez Velazquez, el cual en vez de mandar prender a los conspiradores y adoptar las medidas necesarias para averiguar la verdad, se mostró tan infatuado como Pizarro y le respondió que podia estar sin recelo, pues mientras tuviese la vara de la justicia en la mano, nadie se atrevería a hacerle daño (2). A pesar de tanta confianza, para evitar todo peligro, se juzgó prudente que Pizarro se abstuviese de ir a misa el domingo y permaneciese en casa so pretexto de indisposicion.

En el dia señalado Rada y sus compañeros se reunieron en casa de Almagro y esperaron con ansia la hora en que el gobernador debia salir a la iglesia. Pero grande fué su consternacion cuando supieron que no habia salido y que se habia quedado en su alojamiento segun se decia por estar enfermo. No dudando que se habia descubierto la conjuracion, creyeron inevitable su ruina, y esto sin gozar del triste consuelo de haber dado el golpe que pudiera conducirles a ella. En esta perplejidad unos opinaron por dispersarse, esperando que Pizarro estaria ignorante de sus designios; pero la mayoría determinó llevar adelante la conjuracion, atacándole en su propia casa. Abrieron, pues, las puertas y salieron gritando a los demás «que les siguiesen o de lo contrario proclamarian en alta voz el objeto que les habia reunido.» No hubo mas vacilacion, y todos se precipitaron a la calle con Rada a la cabeza gritando ¡viva el rei! ¡muera el tirano (3)!

(1) «Pues un dia antes un sacerdote clérigo llamado Benao fué de noche y avissó a Picado el secreptario y dixole: «Mañana domingo cuando el marquez saliere a misa tienen concertados los de Chile de matar al marquez y a vos y a sus amigos. Esto me a dicho vno en conficion para que os venga a avisar.» Pues savido esto Picado se fué luego y lo contó al marquez, y él le respondió: «Ese clérigo, obispado quiere.» Pedro Pizarro Descub. y Conq., M. S.

(2) El Juan Velazquez le dijo: «No tema vuestra señoria, que mientras yo tuviere esta vara en la mano nadie se atraverá.» Pedro Pizarro, Descub. y Conq., M. S.

(3) Herrera, Hist. General, dec. VI, lib. X, cap. VI.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq., M. S.—Zárate, Conq. del Perú, lib. IV, cap. VIII.—Naharro, Rel. sumaria, M. S.—Carta del maestro Martin de Arauco, M. S., 15 de julio de 1541.

Era la hora de comer, que en los primitivos tiempos de las colonias españolas solia hacerse a las doce. Sin embargo, mucha jente atraida por los gritos de los conjurados, salió a la plaza para saber la causa. «Van a matar al marqués», dijeron algunos con frialdad: «es a Picado a quien quieren matar,» replicaron otros; pero ni uno solo salió en su defensa. El poder de Pizarro no habia echado raices en el corazon del pueblo.

A tiempo de atravesar la plaza los conjurados, uno de ellos dió un rodeo para evitar un charco que encontró en el camino. «¡Cómo! exclamó Rada, ¡vamos a bañarnos en sangre humana y rehusais mojaros los piés en agua!» Y le mandó que se volviera a su casa. La anécdota es significativa (1).

El palacio del gobernador estaba situado en la parte opuesta de la plaza. Pasábase a él por dos patios. La entrada del primero estaba protegida por una maciza puerta, capaz de resistir a cien hombres o mas; pero la habian dejado abierta, y los agresores, lanzándose al patio interior dando su tremendo grito de combate se encontraron en él con dos criados. Mataron a uno y el otro se entró huyendo en la casa y gritando: «Socorro, socorro, los de Chile vienen a matar al marqués!»

Pizarro estaba a la sazón comiendo, o lo que es mas probable acababa de comer. Hallábase rodeado de unos cuantos amigos, que despues de misa habian acudido segun parece a informarse del estado de su salud, y algunos de los cuales se habian quedado a comer con él. Entre estos estaban Martinez de Alcántara, hermano de Pizarro por parte de madre, el juez Velazquez, el obispo electo de Quito y varios caballeros principales de Lima hasta el número de quince o veinte. Algunos alarmados con los gritos que resonaban en el patio, salieron del comedor y bajaron hasta el primer tramo de la escalera para averiguar la causa. No bien se informaron de ella por las exclamaciones del criado, se retiraron precipitadamente a lo interior de la casa, y no queriendo arrostrar desarmados, o mal armados como estaban los mas de ellos, la tempestad que amenazaba, se salieron a un corredor y desde allí se descolgaron al jardín sin hacerse el menor daño. Velazquez el juez, para poder hacer uso de las manos en la bajada, se puso la vara de la justicia en la boca, «cuidando asi, dice con mucha gracia un cronista antiguo, de no quebrantar la palabra que dió de que no sucederia nada a Pizarro mientras él tuviese la vara de la justicia en la mano (2).»

Entre tanto el marqués, noticioso del tumulto, mandó a Francisco de Chaves, oficial que poseia

(1) «Gomez Perez, por haber allí agua derramada de una acequia, rodeó algun tanto por no mojarse: reparó en ello Juan de Rada, y entrándose atrevido por el agua le dijo: «Bamos a bañarnos en sangre humana y rehusais mojaros los piés en agua? Ea, volveos. Hizolo volver y no asistió al hecho.» Montesinos, Annales, M. S., año de 1541.

(2) «En lo cual no parece haber quebrantado su palabra, porque despues huyendo (como adelante se dirá) al tiempo que quisieron matar al marqués, se hechó de una ventana abajo a la huerta llevando la vara en la boca.» Zárate, Conq. del Perú, lib. IV, cap. VII.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq., M. S.—Naharro, Relacion sumaria, M. S.—Carta del maestro Martin de Arauco, M. S.—Carta de frai Vicente de Valverde a la audiencia de Panamá, M. S., desde Tumbes, 15 de noviembre de 1541.—Gomara, Hist. de las Indias, capitulo CXLV.

toda su confianza y que se hallaba en la antesala, que cerrase la puerta de la escalera, mientras él con su hermano Alcántara se ponían las armaduras. Si esta orden dada con serenidad completa hubiera sido con la misma obediencia, todos se habrían salvado, porque podría haberse guardado fácilmente la entrada aun contra fuerzas superiores, hasta que hubieran llegado auxilios a Pizarro a consecuencia de la relación de los que habían huido. Pero desgraciadamente Chaves, desobediendo a su jefe, dejó la puerta entreabierta e intentó entrar en conferencias con los conspiradores. Estos, que habían llegado al final de la escalera, cortaron el debate arrojando por ella a Chaves después de haberle atravesado el cuerpo de una estocada. Por un momento encontraron resistencia en los sirvientes del muerto; pero en breve se desembarazaron de ellos y penetraron en lo interior gritando: «¿Dónde está el marqués? ¡Muera el tirano!»

Martínez de Alcántara, que estaba en la sala inmediata ayudando a su hermano a ponerse la coraza, no bien conoció que los conjurados se habían apoderado de la antesala, salió asistido de dos jóvenes pajes de Pizarro y de uno o dos caballeros de servicio y procuró contener a los agresores. Siguióse a esto un combate desesperado. Diéronse golpes fatales por ambas partes: dos de los conspiradores cayeron muertos en el sitio, y Alcántara y sus valientes compañeros estaban llenos de heridas.

Al fin Pizarro, no pudiendo en la precipitación del momento ajustarse las correas de la coraza, la arrojó lejos de sí, y rodeándose la capa al brazo tomó su espada y salió en auxilio de su hermano. Ya era tarde: Alcántara debilitado con la pérdida de sangre cayó muy luego en tierra. Pizarro se precipitó sobre los agresores como un león sorprendido en su cueva y repartió sus golpes con tal rapidez y fuerza, como si la edad no tuviese poder para endurecer sus miembros. «¿Cómo! gritó, traidores ¿habeis venido amarme en mi propia casa?» Los conspiradores retrocedieron un momento al ver caer a dos de ellos bajo la espada de Pizarro; pero en breve se reanimaron y validos de sus superiores fuerzas se batían con gran ventaja relevándose unos a otros en el ataque. El aposento en que peleaban era estrecho y el combate había durado ya bastantes minutos cuando los dos pajes de Pizarro cayeron a su lado. Entonces Rada impaciente exclamó: «¿Qué tardanza es esta! ¡Acabemos con el tirano!» Y cogiendo en brazos a uno de sus compañeros llamado Narvaez, le arrojó contra el marqués. Pizarro en el mismo instante se agarró con él y le atravesó con su espada; pero en aquel momento recibió una herida en la garganta, titubeó y cayó al suelo mientras Rada y los demás conspiradores le hundían sus espadas en el cuerpo. «¡Jesús!» exclamó el moribundo, y trazando con el dedo una cruz en el sangriento suelo inclinó la cabeza para besarla. Entonces un golpe más benigno que los demás puso fin a su existencia (1).

(1) Zárate, Conq. del Perú, lib. IV, cap. VIII.—Naharro, Relacion sumaria, M. S.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq., M. S.—Herrera, Hist. general dec. VI, lib. X, cap. VI.—Carta de la justicia y rejuimiento de la ciudad de los Reyes, M. S., 15 de julio de 1544.—Carta del maestro Martín de Arauco, M. S.—Carta de frai Vicente de Valverde desde Tumbes, M. S.—Gomara, Hist. de las Ind., ubi supra.—Montesinos, Annales, M. S., año de 1544.

Pizarro y Orellana parece no tener duda de que su

Los conspiradores, consumada la catástrofe, salieron corriendo a la calle y blandiendo sus sangrientas armas gritaron: «Ya es muerto el tirano: las leyes están restablecidas: viva el rei nuestro señor y su gobernador Almagro!» Los de Chile atraídos por gritos que les eran tan agradables salieron de todas partes a unirse a la bandera de Rada, el cual se halló en breve a la cabeza de cerca de trescientos hombres, todos armados y preparados a sostener su autoridad. Establecióse guardia en las casas de los principales partidarios del difunto gobernador y sus personas fueron reducidas a prision. La casa de Pizarro y la de su secretario Picado fueron entregadas al pillaje, y en la del primero encontraron los conspiradores abundante botín en oro y plata. Picado se refugió en casa del tesorero Riquelme; pero descubierta su refugio, según algunos por las miradas, si no por las palabras del mismo tesorero, le sacaron de él y le pusieron en prision segura (1). Toda la ciudad se llenó de consternación viendo grupos de jente armada recorrer las calles tumultuosamente y en todas direcciones; y los que no pertenecían al bando de Almagro temían ser envueltos en la proseripcion. Tan grande fué el desorden que reuniéndose los padres de la Merced, salieron en solemne procesion con el Santísimo Sacramento con la esperanza de calmar de este modo las pasiones de la multitud.

Pero ni Rada ni sus compañeros cometieron mas actos de violencia que prender a unas cuantas personas sospechosas y apoderarse de todos los caballos y armas que encontraron. Intimóse después al ayuntamiento que reconociera la autoridad de Almagro, y los que se negaron a ello fueron separados sin ceremonia de sus empleos y reemplazados por otros de la faccion de Chile. Así los derechos que alegaba Almagro fueron reconocidos y el jóven paseando las calles a caballo, escoltado por un cuerpo de caballeros bien armados, fué proclamado a son de clarines gobernador y capitán general del Perú.

Entre tanto los destrozados cuerpos de Pizarro y de sus fieles servidores habian quedado tendidos en el pavimento y cubiertos de sangre. Algunos propusieron que se llevase el de Pizarro a la plaza del mercado y se fijase su cabeza en la hor-

pariente murió en olor de santidad. «Allí le acabaron los traidores enemigos, dándole cruelísimas heridas, con que acabó el Julio César español, estando tan en sí, que pidiendo confesion, con gran acto de contriccion, haciendo la señal de la cruz con su misma sangre y besándola murió.» Varones ilustres, p. 486.

Segun un escritor, el golpe mortal se le dió un soldado llamado Borregan, el cual cuando Pizarro estaba en el suelo, le dió en la parte posterior de la cabeza con una jarra que tomó de la mesa. (Herrera, Hist. general, dec. VI, lib. X, cap. VI). Es extraordinario como, a pesar del tumulto y confusion de la escena, concuerdan entre sí las diferentes relaciones de esta catástrofe, si bien difieren en algunos pormenores de poca monta.

(1) «No se olvidaron de buscar a Antonio Picado, y iende en casa de del tesorero Alonso Riquelme, él mismo iba diciendo: «No sé adonde está el señor Picado,» y con los ojos le mostraba, y le hallaron debajo de la cama.» Herrera, Hist. general, dec. VI, lib. X, cap. VII.

Poco después de este suceso encontramos el nombre de Riquelme entre los individuos del ayuntamiento de Lima, lo que prueba que juzgó conveniente adherirse, a lo menos por entonces, a la causa de Almagro.

ca; pero otros aconsejaron secretamente a Almagro y obtuvieron de él que cediese a las instancias de sus amigos y permitiese su entierro. Verificóse este secreta y precipitadamente por temor de una interrupción en el momento de la ceremonia. Un fiel servidor y su esposa, asistidos de unos cuantos criados negros envolvieron el cuerpo en una sábana de algodón y le llevaron a la catedral. Cavóse una sepultura en el rincón más oscuro; dijéronse las oraciones a toda prisa y en secreto; y al débil resplandor de unas cuantas hachas suministradas por aquellos humildes servidores, los restos de Pizarro envueltos en su sangriento sudario fueron depositados en la madre tierra. Tal fué el miserable fin del conquistador del Perú, del hombre que pocas horas antes dominaba todo el país con tan absoluto poder como el de los Incas. Sorprendido a la luz del día, en el centro de su capital, en medio de los que habían sido sus compañeros de armas partícipes de sus triunfos y de sus beneficios, pereció como un miserable proscrito; y, para usar del expresivo lenguaje del cronista, «no hubo nadie que le dijese: Dios te perdone (1).»

Pocos años después, cuando se hubo restablecido la tranquilidad en el país, los restos de Pizarro fueron colocados en un suntuoso féretro y depositados bajo un monumento en una parte visible de la catedral; y en 1607 cuando el tiempo había ya tendido su benéfico velo sobre lo pasado y la memoria de los yerros y de los crímenes se había borrado ante el recuerdo de los grandes servicios hechos a la corona con la extensión de su imperio colonial, sus huesos fueron trasladados a la nueva catedral para que reposasen al lado de los de Mendoza, el sabio y digno virrey del Perú (2).

Pizarro no tenía probablemente más de sesenta y cinco años de edad cuando murió; debe sin embargo tenerse presente que esta conjetura es aventurada, pues no existe documento auténtico respecto a la fecha de su nacimiento (3). Permaneció siempre soltero; pero de una princesa india de sangre real, hija de Atahualpa y nieta del gran Huayna Capac tuvo una hija y un hijo. Ambos le sobrevivieron; pero el hijo no llegó a la edad viril. Su madre después de la muerte de Pizarro se casó con un caballero español llamado Ampuero, y se trasladó con él a España. Su hija Francisca la acompañó y se casó después con su tío Hernando Pizarro, preso a la sazón en la Mota de Medina. Ni el título ni los estados del marqués Francisco Pizarro pasaron a su descendencia ilegítima. Pero en la tercera generación, en el reinado de Felipe IV se restableció el título en favor de don Juan Hernando Pizarro, quien en atención a los servicios de su antecesor fué creado marqués de la Conquista y recibió una gran pensión del gobierno. Sus descendientes que llevan el mismo título de nobleza se encuentran todavía según se dice en Trujillo, en Extremadura, tierra natal de los Pizarros (4).

(1) «Murió pidiendo confesión, y haciendo la cruz, sin que nadie dijese Dios te perdone!» Gomara, Hist. de las Ind., cap. CXLIV.

M. S. de Caravantes.—Zárate, Conq. del Perú, lib. IV, cap. VIII.—Carta del maestro Martín de Arauco, M. S.—Carta de frai Vicente de Valverde desde Tumbes, M. S.

(2) «Sus huesos encerrados en una caja guarnecida de terciopelo morado con passamanos de oro que yo he visto.» M. S. de Caravantes.

(3) Ante, tomo I, p. 122, nota I.

(4) M. S. Caravantes.—Quintana, Españoles célebres,

Ya he descrito en otro lugar la persona de Pizarro. Era de alta estatura, bien proporcionado y de aspecto no desagradable. Criado en los campos, sin el menor barniz de corte, su aire era marcial y como de un hombre acostumbrado al mando. Pero sus maneras aunque no finas, no mostraban embarazo ni rusticidad, y cuando le convenía eran agradables y hasta insinuantes. La prueba de ello es la impresión favorable que produjo después de su segunda expedición en la ceremoniosa corte de Castilla, a pesar de ser extraño a sus formalidades y usos.

Distinto en esto de muchos de sus compatriotas no era aficionado al lujo, antes le miraba como cosa molesta. El traje que más comunmente llevaba en ocasiones en que tenía que presentarse en público, consistía en una capa negra, un sombrero blanco y zapatos del mismo color: estos últimos dícese que los llevaba por imitar al Gran Capitán, cuyo carácter había aprendido a admirar desde luego en Italia, pero con el cual ciertamente tenía el suyo muy débil semejanza (1).

Era sóbrio en la comida y bebida, y comunmente se levantaba antes del alba. Era también puntual en la asistencia a los negocios e incansable para el trabajo; como muchos compatriotas suyos amigos del juego, y poco mirado respecto a la calidad de aquellos con quienes jugaba, aunque cuando su contrario no tenía que perder, él se dejaba ganar, modo de obligar muy recomendado por un escritor castellano por su delicadeza (2).

Aunque avaro para gastar, no atesoraba: sus grandes tesoros, mayores probablemente de los que jamás han tocado en suerte a un aventurero (3) se disiparon en su mayor parte en sus empresas, en sus obras de arquitectura y en sus planes de mejoramiento público, planes que en un país donde el oro y la plata podía decirse que habían perdido su valor a causa de su abundancia, absorbían una increíble cantidad de dinero. Aunque él en cierto modo consideraba todo el país como suyo y le distribuía libremente entre sus capitanes, es

tomo II, página 417.—Véase también el *Discurso Legal y Político* que unió Pizarro y Orellana a su voluminosa obra, y en el cual se sostienen las reclamaciones de Pizarro. Es una especie de memorial dirigido a Felipe IV en favor de los descendientes de Pizarro, en el cual el escritor, después de hablar de los multiplicados servicios del conquistador, demuestra cuán poco se ha aprovechado su posteridad de las concesiones que aquel debió a la munificencia de la corona. El argumento del consejero produjo sus efectos.

(1) Gomara, Hist. de las Ind., cap. CXLIV.—Zárate, Conq. del Perú, lib. IV, cap. IX.—El retrato de Pizarro en el palacio de los Virreyes de Lima le representa en traje de caballero con capa de marta y espada. Cada entrepaño de la espaciosa sala de los Virreyes estaba reservado para el retrato de uno de ellos. La larga fila está completa desde Pizarro hasta Pezuela; y es un hecho curioso que hace notar Stevenson que acababa de llenarse el último hueco cuando la revolución vino a echar por tierra el dominio de los virreyes. (Véase *Residencia en la América del Sur*, p. 228.) Lo mismo sucedió en Venecia, donde si mi memoria no me es infiel, se acababa de llenar el último nicho reservado para la efigie del Dux cuando fué derribada la antigua aristocracia. La coincidencia es singular.

(2) Garcilaso, Com. Real, parte II, lib. III, cap. IX.

(3) «Halló y tuvo más oro y plata que otra ningún español de quantos han pasado a Indias ni que ninguno de quantos capitanes han sido por el mundo.» Gomara, Hist. de las Ind., cap. CXLIV.

cierto que la rēja concesion de un gran territorio con veinte mil esclavos que le hizo la corona jamás fué llevada a efecto, ni sus herederos se aprovecharon nunca de ella (1).

Para un hombre de la activa enerjia de Pizarro la inaccion era el mayor mal. La escitacion del juego era en cierto modo necesaria para un espíritu acostumbrado a los estimulantes de la guerra y de las peligrosas aventuras. Su alma tosca no habia jamás saboreado recreos mas puros e intelectuales. El pobre espósito no habia recibido lecciones ni de leer ni de escribir. Algunos aseguran que sabia ambas cosas, pero está averiguado lo contrario por el testimonio de autoridades irrecusables (2). Montesinos dice en efecto que Pizarro en su primer viaje trató de aprender a leer; pero que no consintiéndolo la viveza de su carácter, se contentó con aprender a escribir su nombre (3). Pero Montesinos no era historiador contemporáneo: Pedro Pizarro, su compañero de armas, nos dice espresamente que no sabia escribir ni leer (4) y Zárate, otro contemporáneo, mui relacionado con los conquistadores, confirma este aserto, y añade que Pizarro no sabia ni aun firmar (5). Su secretario Picado firmaba por él en sus últimos años, y el gobernador hacia solamente la rúbrica acostumbrada a los lados de su nombre. Esto se vé en los instrumentos que yo he examinado, en los cuales su nombre, escrito probablemente por su secretario, o el título de marqués que en los últimos tiempos reemplazó a su nombre, tienen a cada lado una rúbrica ejecutada de una manera tan tosca, como si fuera hecha por la mano de un cavador. Sin embargo, no debemos juzgar de este defecto bajo el punto de vista del siglo en que vivimos, siglo de ilustracion jeneral, a lo menos en nuestro afortunado pais. El arte de leer y escribir, ahora tan universalmente estendido, era en el siglo XVI propio de una refinada educacion; y todos los que consulten las memorias autógrafas de aquel

(1) M. S. de Caravantes.—Pizarro y Orellana, Discurso Leg. y Pol., ap. Varones ilustres.—Gonzalo Pizarro cuando fué hecho prisionero por el presidente Gasca, le retó a que señalase un punto cualquiera del pais donde se hubiese llevado a efecto la real concesion de territorio hecha a su hermano. Véase Garcilaso, Com. Real, parte II, lib. V. cap. XXXVI.

(2) Es estraño que persona tan experta como Muñoz haya caído en este error. En una de las cartas de Pizarro encuentro la siguiente nota autógrafa de este eminente escritor: *Carta de Francisco Pizarro, su letra i buena letra.*

(3) «En este viaje trató Pizarro de aprender a leer: no le dió su viveza lugar a ello; contentóse solo con saber firmar, de lo que se reia Almagro, y decia que firmar sin saber leer era lo mismo que recibir herida sin poder darla. En adelante firmó siempre por sí y por Almagro su secretario.» Montesinos, *Annales*, M. S., año 1525.

(4) «Porque el marqués Don Francisco Pizarro como no sabia leer ni escribir...» Pedro Pizarro, *Descub. y Conq.* M. S.

(5) «Siendo personas, dice el autor hablando de Pizarro y Almagro no solamente no leidas, sino que de todo punto no sabian leer, ni aun firmar, que en ellos fué causa de gran defecto... Fué el marqués tan confiado de sus criados y amigos, que todos los despachos que hacia, así de gobernacion como de repartimiento de indios, libraba haciendo él dos señales, en medio de las cuales Antonio Picado, su secretario, firmaba el nombre de Francisco Pizarro.» Zárate, *Conq. del Perú*, lib. IV, cap. IX.

tiempo, aun las de personas de mayor categoria, encontrarán las mas de ellas escritas en una letra que haria mui poco honor a un muchacho de la escuela en los actuales tiempos.

Pizarro, aunque atrevido en la accion y firme en su propósito, del cual dificilmente podia disuadirsele, solia detenerse mucho antes de tomar una decision definitiva; lo cual le daba una apariencia de irresolucion estraña a su carácter (1). Quizá el conocer esto le hizo adoptar la costumbre de contestar desde luego: «no», a los que iban a pedirle algun favor y despues a sus anchas reflexionaba sobre lo que le habian pedido y concedia lo que creia deber conceder. Era en esto el revés de su compañero Almagro, del cual se observaba que siempre decia «sí», pero pocas veces cumplia su palabra; rasgo característico del jénio confiado y negligente de este jefe que se guiaba mas bien que por sistema por los impulsos de su corazon (2).

Casi inútil es hablar del valor de un hombre que seguia la carrera de Pizarro. En efecto, el valor era cualidad mui comun entre los aventureros españoles, porque el peligro era su elemento. Pero poseia algo mas que el mero valor animal, y era la constancia de propósito tan profundamente arraigada en él, que no podian conmoverla las mas furiosas tempestades de la fortuna; esa inflexible constancia que formaba la esencia de su carácter, y que era al mismo tiempo el secreto de sus triunfos. Pruebas notables de ella dió en su primera expedicion entre los húmedos pantanos de Choco. Vió a sus compañeros sucumbir en derredor suyo a impulso de la enfermedad, destruidos por un enemigo invisible y sin poder dar un golpe en su defensa, y sin embargo su ánimo no desmayó, ni retrocedió en su empresa.

Hai algo que oprime la imaginacion en esta lucha contra la naturaleza. En el combate entre hombre y hombre el ánimo se complace viendo que las condiciones son iguales; pero en la guerra con los elementos, conocemos que por mas valor que mostremos en la lucha no tenemos poder para resistir. Ni nos anima la esperanza de adquirir gloria en tal contienda, porque en el caprichoso juicio que se forma de la gloria humana el sufrir en silencio las privaciones por penosas que sean, es poco en comparacion de los ostentosos trofeos de la victoria. El laurel del héroe, ¡triste cosa es para la humanidad! crece mas en los campos de batalla.

El ánimo inflexible de Pizarro se manifestó con mas enerjia aun cuando en la pequeña isla del Gallo trazó en la arena la línea que debia separarle, con el puñado de hombres que le seguian, de su pais y del mundo civilizado. Confiaba en que su constancia daria fortaleza a los débiles y agruparia en derredor suyo a todos aquellos valientes para ayudarle en su empresa. Fiábase en el porvenir y no erró en sus cálculos. Este fué un acto de heroísmo, al cual solo faltaba un motivo mas noble para

(1) Esta tardanza en decidirse ha hecho dudar a Herrera completamente de su resolucion; juicio que contradicen todos los hechos de la historia. «Porque, aunque era astuto y recatado, por la mayor parte fué de ánimo suspensivo y no mui resolutivo.» *Hist. general*, dec. V, lib. VII, cap. XIII.

(2) «Tenia por costumbre de quando algo le pedian dezir siempre de no. Esto dezia él que hazia por no faltar a su palabra; y no obstante que dezia no, correspondia con hazer lo que le pedian no aviendo inconveniente... Don Diego de Almagro hera a la contra, que a todos dezia sí, y con pocos los cumplia.» Pedro Pizarro, *Descub. y Conq.*, M. S.

constituir un acto de verdadera moral sublime.

Todavía desplegó la misma cualidad de carácter, aunque de un modo menos notable, cuando desembarcando en la costa y habiendo sabido la verdadera fuerza y civilización de los Incas, persistió en internarse en el país a la cabeza de un cuerpo que no llegaba a doscientos hombres. En esto indudablemente se propuso seguir el ejemplo de Cortés, tan contajioso para los ánimos aventureros de aquel tiempo, y especialmente para Pizarro, empeñado como estaba en una empresa semejante. Sin embargo, el peligro a que se espuso Pizarro fué mucho más grande que el que tuvo que arrostrar el conquistador de Méjico, cuyas fuerzas eran casi triples, al paso que el terror que inspiraba el nombre del Inca, terror justificado por los resultados, estaba tan extendido entre los peruanos como entre los aztecas.

Imitando también el mismo noble modelo, ideó Pizarro la captura de Atahuallpa. Pero las situaciones de ambos capitanes eran tan diversas como lo fué el modo con que se ejecutaron estos actos de violencia. La cruel matanza que se hizo de los peruanos; se asemejó más que otra cosa a la que perpetró Alvarado en Méjico, y habría tenido tan desastrosas consecuencias, si el carácter peruano hubiera sido tan fiero como el de los aztecas (1). Pero el golpe que escito la irritación de estos últimos hasta la locura, amilanó los ánimos pacíficos de los peruanos. Fué un golpe atrevido, que por haber dejado tanto a la casualidad apenas merece nombre de golpe político.

Cuando Pizarro desembarcó en el país, le encontró dividido por una lucha en que se disputaba la corona. Parecía que estaba en su interés escitar un partido contra el otro, declarándose después en favor del que más le conviniera. En vez de esto recurrió a un acto audaz de violencia que confundió a los dos partidos. Su carrera posterior no presenta muestra alguna de la profunda política que desplegó Cortés cuando reunió bajo su bandera naciones desunidas entre sí y las dirigió contra el enemigo común. Todavía tuvo menos oportunidad de desplegar la táctica y admirable estrategia de su rival. Cortés sujetó sus operaciones militares a los principios que sirven de norma a un gran capitán que manda una poderosa hueste. Pizarro aparece solamente como un aventurero, un caballero andante afortunado. De un solo golpe destruyó el encanto que por tanto tiempo había conservado el país bajo el dominio de los Incas. Quedó el encanto destruido y la aérea fábrica del imperio, construida sobre la superstición de muchos siglos, se desvaneció al contacto de la realidad. Pero esto fué una fortuna, más bien que el resultado de un cálculo político.

Pizarro era eminentemente pérfido, y nada más opuesto a la sana política. Un acto de perfidia plenamente averiguado viene a ser la ruina de su autor. El hombre que permite que los demás desconfíen de su buena fé, se desprende de la mejor base para sus futuras operaciones. ¿Quién a sabiendas querrá edificar sobre arena movediza? Con la pérfida conducta que observó con Almagro, se enajenó Pizarro los ánimos de los españoles. Con el pérfido tratamiento que dió a Atahuallpa y después al Inca Manco, disgustó a los peruanos. El nombre de Pizarro llegó a ser sinónimo de perfidia. Almagro se vengó con una guerra civil; Manco con una insurrección que estuvo a pique de costar a Pizarro su poder. La guerra civil terminó en una conspi-

ración que le costó la vida. Tales fueron los frutos de su política. Pizarro puede ser considerado como hombre astuto, pero no como hombre político, según se han complacido muchas veces en pintarle sus compatriotas.

Cuando tomó posesión del Cuzco halló un país adelantado en las artes de la civilización; instituciones bajo las cuales el pueblo vivía tranquilo y seguro; las montañas y las llanuras elevadas estaban cubiertas de ganados; los valles reverdecían con los frutos de una ilustrada agricultura; los graneros y almacenes estaban atestados; todo el país se regocijaba en la abundancia y el carácter de la nación, dulcificado bajo la influencia de la forma de superstición más suave y más inocente, estaba perfectamente preparado para recibir una civilización cristiana y más sublime. Pero lejos de introducirla, Pizarro entregó las razas conquistadas al dominio de su brutal soldadesca; los sagrados claustros fueron abandonados a su lascivia, y las ciudades y aldeas entradas a saco; los desgraciados indios fueron repartidos como esclavos para trabajar en las minas en beneficio de sus vencedores; los rebaños quedaron diseminados y estúpidamente destruidos; disipáronse las riquezas encerradas en los graneros; los ingeniosos procedimientos para mejorar el cultivo cayeron en desuso, y el paraíso quedó convertido en desierto. En vez de aprovecharse de las antiguas formas de civilización, prefirió Pizarro borrar de aquella tierra hasta el menor vestigio y sobre sus ruinas levantar las instituciones de su país. Sin embargo, estas instituciones hicieron poco en favor del pobre indio, preso en cadenas de hierro. Poco le importaba que las riberas del Pacífico se cubriesen de ciudades y pueblos, depósitos de un comercio floreciente; él no había de participar de los productos: era un extranjero en la tierra de sus padres.

La religión del peruano que le dirigía a adorar esa gloriosa luminaria que es la mejor representante del poder y beneficencia del Criador, es tal vez la forma más pura de superstición que ha existido entre los hombres. Sin embargo, apenas en el nuevo orden de cosas y por medio del caritativo celo de los misioneros penetraron algunos rayos de más noble fé entre las tinieblas que oscurecían el alma del indio. El mismo Pizarro no puede ser tachado de haber mostrado exagerada solicitud por la propagación de la fé. No era fanático como Cortés. El fanatismo es la perversión del principio religioso; pero en Pizarro era el principio mismo el que faltaba. La conversión de los infieles era uno de los motivos que predominaron en Cortés para emprender su expedición. No era una vana jactancia: hubiera sacrificado su vida por este objeto en cualquiera ocasión, y más de una vez por su indiscreto celo puso en peligro su vida y el éxito de la empresa. Su gran propósito era purificar la tierra de las brutales abominaciones de los aztecas sustituyendo a ellas la religión de Jesús. Esto daba a la expedición el carácter de una cruzada; es la mejor apolojía de la conquista, y atrae, más que otra alguna consideración, nuestra simpatía en favor de los conquistadores.

Pero los motivos principales que guiaron a Pizarro, a lo menos según el juicio humano puede deducirlos, fueron la avaricia y la ambición. Los benévolos misioneros le siguieron en verdad en su carrera para esparcir las semillas de la verdad espiritual, y el gobierno español dirigió como de costumbre su benéfica legislación a la conversión de los indígenas. Pero lo que principalmente movió a Pizarro y sus secuaces en la conquista fué

(1) Véase la conquista de Méjico, lib. IV, cap. VIII.

la sed de oro. Este era el verdadero estímulo de su trabajo, el premio de la perfidia y el mas precioso galardón de sus victorias. Esto dió un carácter bajo y mercenario a la empresa; y cuando comparamos la feroz codicia de los conquistadores con las apacibles e inofensivas maneras de los vencidos, nuestra simpatía, y aun la simpatía de los españoles, está necesariamente del lado del indio.

Pero como no hai pintura que no tenga su parte de luz, haciendo justicia a Pizarro no debemos insistir esclusivamente en las facciones oscuras de su retrato. No ha tenido España un hijo a quien deba mas obligaciones por la estension que dió a su imperio; pues su mano conquistó para ella la mas rica de las joyas indias que resplandecieron un tiempo en su imperial diadema. Cuando contemplamos los peligros que arrostró, las fatigas que con tanta paciencia sufrió, los increíbles obstáculos que superó, los magníficos resultados que consiguió con su solo brazo sin auxilio del gobierno, aunque no puede tenersele por hombre grande ni bueno en toda la estension de la palabra, no es posible dejar de considerarle como hombre muy extraordinario. Tampoco podemos sin injusticia omitir para atenuar sus yerros, el hacernos cargo de las circunstancias de su edad primera; porque, como Almagro, era hijo del pecado y del dolor, arrojado al mundo casi desde su nacimiento para que en él buscara fortuna como pudiera. En su tierna edad debía recibir las impresiones que le comunicasen aquellos en cuya sociedad vivia. ¿Y cuándo le toca al pobre esposo caer en manos de personas entendidas y virtuosas? Tocole vivir entre la licencia de un campamento, en la escuela de la rapiña, con personas cuya única lei era la espada, y que miraban al desgraciado indio y a sus propiedades como un despojo lejítimo.

¿Quién no se estremece al pensar lo que podria haber sido, educado en semejante escuela? La grandeza del crimen no es una prueba clara de la criminalidad del agente. La historia debe hablar del primero para recordarle como un aviso al jénero humano; pero solo aquel que conoce el corazón de los hombres, la fuerza de la tentación y los medios de resistirla, es el que puede determinar la medida del delito.

CAPITULO VI.

Movimientos de los conspiradores.—Se adelanta Vaca de Castro.—Actos de Almagro.—Marcha del gobernador.—Las fuerzas de ambos se aproximan.—Sangrientas llanuras de Chupas.—Conducta de Vaca de Castro.

1541—1543.

El primer acto de los conspiradores, despues de asegurar la posesion de la capital, fué enviar emisarios a las diferentes ciudades para proclamar la revolucion que acababa de verificarse y exigir el reconocimiento de Almagro como gobernador del Perú. En aquellos puntos como Trujillo y Arequipa, donde la intimación iba sostenida por una fuerza militar, fué sin mucha dificultad obedecida. Pero en otras poblaciones tuvo mas frio asentimiento y en algunas la órden fué recibida con desprecio. En el Cuzco, punto el mas importante despues de Lima, un número considerable de partidarios de Almagro aseguró el triunfo de su bando, deponiendo de sus empleos a los majis-

trados de opinion contraria, y reemplazándolos con otros de carácter mas acomodaticio. Pero los leales habitantes de la ciudad, disgustados de semejante proceder, enviaron a buscar secretamente a uno de los capitanes de Pizarro llamado Alvarez de Olguin; y este entrando en la ciudad depuso a los nuevos dignatarios y redujo a la obediencia la antigua capital.

Los conspiradores experimentaron una oposicion todavia mas enérgica de parte de Alonso de Alvarado, uno de los principales capitanes de Pizarro (derrotado, como recordará el lector, por Almagro el padre en el puente de Abancay) y que entonces se hallaba en el Norte con unos doscientos hombres de excelente tropa. Este oficial al recibir la noticia del asesinato de su jefe, escribió inmediatamente al licenciado Vaca de Castro, participándole el estado de los negocios en el Perú, e instándole para que apresurase su marcha hácia el Sur (1).

Como se ha dicho en uno de los capítulos anteriores, Vaca de Castro habia sido enviado por la córte de España para cooperar con Pizarro al restablecimiento de la tranquilidad del país, y con facultades para tomar el mando en caso de muerte del gobernador. Despues de una larga y tempestuosa travesía desembarcó en la primavera de 1541 en el puerto de Buena Ventura; y disgustado de los peligros del mar, prefirió continuar su molesto viaje por tierra. Pero estaba tan debilitado por las incomodidades que habia sufrido, que tardó tres meses bien completos en llegar a Popayan, donde recibió la sorprendente noticia de la muerte de Pizarro. Esta era la contingencia tan juiciosamente prevista en sus instrucciones. Sin embargo, las dificultades de su situación le pusieron en una perplejidad dolorosa. Era extranjero en aquella tierra, con imperfectos conocimientos acerca del país, sin fuerza armada que le protejiese, sin pericia militar de que poder aprovecharse en caso necesario. Nada sabia respecto al grado de influencia que tenia Almagro; nada tampoco acerca de la estension y fuerza de la insurrección; nada en fin de las disposiciones del pueblo entre el cual se hallaba.

En tal conflicto un ánimo débil habria seguido el parecer de los que le aconsejaban que se volviese a Panamá y esperase allí hasta reunir fuerza suficiente para presentarse de nuevo y hacer cara con ventaja a los insurjentes. Pero el valeroso corazón de Vaca de Castro rehusó dar un paso que habria probado su incompetencia para el puesto que se le habia conferido. Tenia confianza en sus propios recursos y en la influencia de la comisión en virtud de la cual iba a obrar. Confiaba sobre todo en la habitual lealtad de los españoles, y despues de meditarlo maduramente, determinó seguir adelante y fiar a los sucesos el cumplimiento del objeto de su misión.

Confírmole en su propósito la carta que recibió de Alvarado; y sin mas dilación continuó su marcha a Quito. Allí fué bien recibido por el segundo de Gonzalo Pizarro, que gobernaba el país durante la ausencia de su jefe, ocupado, como hemos visto, en la expedición al río de las Amazonas. Reuniósele tambien Benalcazar, el conquistador de Quito, con una corta fuerza, y le ofreció auxiliarle

(1) Zárate, Conq. del Perú, lib. IV, cap. XIII. Herrera, Hist. jeneral, dec. VI, lib. X, cap. VII. Declaración de Uscategui, M. S.—Carta del maestro Martín de Arauco, M. S.—Carta de frai Vicente de Valverde, desde Tumbes, M. S.

personalmente en la prosecucion de su empresa. Entonces presentó la real cédula que le autorizaba para tomar el mando en el caso de que Pizarro muriese, y declaró que habiendo llegado este caso, era su intencion ejercer la autoridad que se le habia conferido. Al mismo tiempo envió emisarios a las principales ciudades, exijiendo le obedeciesen como a lejítimo representante de la corona, teniendo cuidado de elegir para este servicio personas discretas y de prestigio entre los ciudadanos; y despues continuó lentamente su marcha hácia el Sur (1).

Quería de este modo dar tiempo a que sus intimaciones produjesen efecto y a que se calmase la fermentacion causada por los últimos estraordinarios sucesos. Confiaba en la lealtad que hacia que el español se sometiese siempre, excepto en casos extremos, a las decisiones de la autoridad real; y aunque las pasiones del momento podian haber alterado en cierto modo estos sentimientos populares, creia poder fácilmente dar al pueblo la recta direccion y de volverle sus hábitos de obediencia. No calculaba mal en esto; porque estaba tan arraigado el principio de lealtad en el antiguo español, que solamente han podido comoverle siglos enteros de opresion y tiranía. Triste es, aunque no estraño, que el largo tiempo pasado bajo un mal gobierno no le haya dado aun suficiencia para elegir uno bueno.

Mientras pasaban estos acontecimientos en el norte, el partido de Almagro en Lima se iba robusteciendo de día en día; porque además de los que desde el principio se habian declarado abiertamente en favor de su padre, se adhirió espontáneamente al nuevo orden de cosas, otros que por diversos motivos se hallaban disgustados de Pizarro.

El primer acto del jóven jeneral, o mas bien de Rada que dirijia sus movimientos, fué asegurar las provisiones necesarias para los soldados, muchos de los cuales, habiendo sufrido una larga indijencia, no estaban de modo alguno aptos para el servicio. Reuniéronse fondos considerables echándose sobre los de la corona, que tenia el tesoro en su poder. Picado, el secretario de Pizarro, fué sacado de la prision e interrogado acerca del sitio donde este habia depositado sus tesoros; pero aunque fué puesto a cuestion de tormento, no quiso, o lo que es mas probable, no pudo dar noticia alguna sobre este punto; y los conspiradores que tenian una larga cuenta de injurias que arreglar con él, terminaron los procedimientos cortándole públicamente la cabeza en la gran plaza de Lima (2).

Valverde, el obispo del Cuzco, segun él mismo asegura, intervino en su favor; pero en vano. Es singular que las últimas veces que este fanático

(1) Herrera, Hist. jeneral, dec. VI, lib. X, cap. IV. Carta de Benalcázar al emperador desde Cali, M. S., 20 de setiembre de 1542.

Benalcázar aconsejó a Vaca de Castro que tomase solamente el título de juez y no el de gobernador que podría poner en conflicto sus pretensiones con las que sustentaba Almagro a la parte del país conocida con el nombre de Nueva Toledo y que le habia legado su padre. «Porque yo le avisé muchas veces no entrase en la tierra como gobernador, sino como juez de V. M. que venia a desagraviar a los agraviados, porque todos lo recibirian de buena gana.» Ubi supra.

(2) Pedro Pizarro, Descub. y Conq., M. S.—Carta de Barrio Nuevo, M. S.—Carta de fray Vicente de Valverde desde Tumbes, M. S.

prelado aparece en la escena sea con el benévolo carácter de intercesor (1). Poco tiempo despues se le permitió embarcarse en Lima con el juez Velazquez y algunos otros partidarios de Pizarro. Tenemos de él una carta fecha en Tumbes en noviembre de 1541; y casi inmediatamente despues de haberla escrito cayó en manos de los indios y con sus compañeros fué asesinado en Puná; muerte violenta que con bastante frecuencia terminaba la carrera del aventurero americano. Valverde era un fraile dominico que, como el padre Olmedo respecto a Cortés, habia estado al lado del jefe de la expedicion durante todo el tiempo de ella. Pero no siempre como el buen Olmedo usó de su influencia para detener el brazo levantado del guerrero. A lo menos no es este el aspecto bajo el cual se presenta en la terrible matanza de Caxamalca. Sin embargo algunos autores contemporáneos dicen que despues de instalado en su obispado, fué incansable en su celo por convertir a los indios y mejorar su condicion; y su correspondencia con el gobierno desde este periodo, muestra gran solicitud por tan laudables objetos. Educado en la severa escuela de la disciplina monástica, que con frecuencia cierra el corazon a la caridad comun de la vida, no podia como el buen padre Las Casas, elevarse sobre sus fanáticos principios, y siguiendo el espíritu de escuela creyó que la santidad del fin justificaba los medios, por repugnantes que en sí mismos fuesen. Sin embargo, este hombre que tan sin reparo alguno habia derramado la sangre de los pobres indios por asegurar el triunfo de su fé, habria vertido espontáneamente toda la suya en su defensa. Carácter semejantes no eran raros en el siglo XVI (2).

Los partidarios de Almagro, habiéndose provisto de fondos se proveyeron tambien sin el menor escrúpulo de caballos y armas de toda especie, apropiándose los que pudieron hallar en la ciudad: lo cual hicieron con tanto menor repugnancia, cuanto que la mayor parte de los habitantes no les manifestaban buena voluntad. Mientras se ocupaban en esto, recibió Almagro la noticia de que Holguin habia salido del Cuzco con cerca de trescientos hombres y con el objeto de efectuar su union con Alvarado que se hallaba en el Norte. Era importante para Almagro impedir esta union. Si la política de Vaca de Castro era el dilatar las operaciones, claro está que la de Almagro debía consistir en acelerarlas y traer lo mas pronto posible las cosas a una solucion definitiva; marchar primero contra Holguin a quien fácilmente podría

(1) «Siendo informado que andavan ordenando la muerte a Antonio Picado, secretario del marqués que tenian preso, fui a don Diego e a su capitan general Joan de Herrada e a todos sus capitanes, y les puse delante el servicio de Dios y de S. M. y que bastase en lo fecho por respeto de Dios, humillándome a sus piés porque no lo matasen: y no bastó, que luego dende a pocos dias lo sacaron a la plaza desta cibdad donde le cortaron la cabeza.» Carta de fray Vicente de Valverde desde Tumbes, M. S.

(2) «Quel señor obispo fray Vicente de Valverde, como persona que jamás ha tenido fin ni celo al servicio de Dios ni de S. M. ni menos en la conversion de los naturales en los poner e doctrinar en las cosas de nuestra santa fé católica, ni menos en entender en la paz e sosiego destes reynos, sino a sus intereses propios, dando mal ejemplo a todos.» (Carta de Almagro a la Audiencia de Panamá, M. S., 8 de nov. de 1541.) Debe tenerse presente que el autor de esta carta era enemigo personal del obispo.

vencer con sus fuerzas superiores y despues terminar la lucha con la derrota, todavia mas fácil, de Alvarado, cuando el nuevo gobernador estuviese en cierto modo en sus manos. Habria sido fácil derrotar en detall todos estos cuerpos de tropas, que si llegaban a reunirse presentarian un ejército formidable. Era demasiado atroz el proceder con que Almagro y los suyos se habian declarado en oposicion contra el gobierno; era demasiado directo el golpe dado a la real autoridad, para que los perpetradores de aquel acto pudiesen lisonjearse con la esperanza del perdon. El único medio de salvacion que les restaba era seguir adelante en la revuelta, y alcanzando repetidos triunfos ponerse en una situacion tan formidable que llegara a dar cuidado al gobierno; pues el temor a un vasayo demasiado poderoso hubiera arrancado concesiones que jamás se habrian hecho a sus ruegos.

Pero Almagro y los suyos no se atrevieron a ponerse en abierta rebelion con la corona. Habian acudido a la rebelion, no porque la deseaban, sino porque no habian encontrado otro medio de conseguir su objeto. Querian solamente vengar los agravios personales que habian recibido de Pizarro; pero no intentaban desafiar la autoridad real. Así cuando alguno de los mas resueltos de estos que siguen impertérritos las cosas hasta en sus últimas consecuencias, propusieron marchar desde luego contra Vaca de Castro y terminar la contienda con un golpe atrevido, la proposicion fué casi universalmente desechada, y solo al cabo de un largo debate se adoptó la resolucio de dirigirse contra Holguin e impedir su reunion con Alonso de Alvarado.

Apenas habia Almagro emprendido su marcha sobre Xauxa, donde se proponia presentar la batalla a su enemigo, le ocurrió la gran desgracia de la muerte de Juan de Rada. Era este hombre de edad algo avanzada y las últimas acaloradas escenas en que habia tenido la parte mas principal, habian dado un golpe mortal a su constitucion, ya debilitada por una vida de extraordinarias fatigas. Con su muerte esperimentó Almagro una pérdida inmensa, porque además de la sincera adhesion que Rada le profesaba, era por su larga experiencia y su carácter prudente, aunque animoso, el mas a propósito de todo el ejército para conducirlo a puerto seguro entre el borrascoso mar en que se habia dejado embarcar.

Despues de Rada, los dos caballeros que habia de mas consideracion y de mas altas pretensiones eran Cristóbal de Sotelo y Garcia de Alvarado; ambos dotados de gran pericia militar, pero el último de jenio audaz y presuntuoso parecido en cierto modo al de aquel capitán de su mismo nombre que adquirió mucho mayor fama bajo las banderas de Cortés. Desgraciadamente se despertaron los celos entre ambos oficiales, celos tan comunes entre españoles que pueden mirarse como un rasgo del carácter nacional; celos que se fundan en un falso principio de honor, que ha sido siempre fecundo en facciones lo mismo en las monarquias que en las repúblicas.

Esta era una gran desgracia para Almagro, cuya inesperienza le hacia necesitar el apoyo de los demás y que en el estado de agitacion en que se hallaba el país, apenas sabia en quién buscar este apoyo. Con motivo de la dilacion que ocasionaron estas disensiones, su pequeño ejército no llegó al valle de Xauxa hasta despues que el enemigo habia pasado por él. Almagro le siguió de cerca dejando detrás los bagajes y la artilleria para poder

marchar mas de prisa. Pero la ocasion se habia ya perdido. Los rios, aumentados con las lluvias del otoño, dificultaban la persecucion, y aunque sus tropas lijeras dieron alcance a unos cuantos rezagados, Holguin logró conducir sus fuerzas por los peligrosos pasos de las montañas y verificar su reunion con Alonso de Alvarado cerca del puerto septentrional de Huaura.

Frustrado su objeto, Almagro se preparó para marchar sobre el Cuzco (capital que consideraba como comprendida en su jurisdiccion) para tomar posesion de ella y hacer sus preparativos a fin de salir de nuevo al encuentro de su adversario. Sotelo, que fué enviado delante con una corta fuerza, no halló oposicion alguna en los indefensos habitantes, y puso otra vez el gobierno de la ciudad en manos de los de Chile. Poco despues su joven capitán se presentó a la cabeza de sus batallones y estableció sus cuarteles de invierno en la capital del imperio Inca.

Allí los celos de los capitanes rivales se convirtieron en abierta lucha, que terminó con la muerte de Sotelo, traidoramente asesinado en su propia habitacion por Garcia de Alvarado. Esta atrocidad irritó tanto mas a Almagro, cuanto que sintiéndose demasiado débil para castigar al agresor, hubo de disimular su resentimiento por entonces, y aparentar tratarle con mas favor y distinciones. Pero no se engañó Alvarado respecto a lo que significaba esta conducta; sabia que habia faltado a la coafianza de su jeneral, y para evitar el daño que pudiera hacerle, urdió una conspiracion contra él. Almagro, incitado por la necesidad de la propia defensa, imitó el ejemplo de su oficial entrando en su casa con unos cuantos hombres armados que le dejaron muertos en el sitio (1).

Este proceder irregular tuvo las mejores consecuencias. Los sediciosos planes de Alvarado perecieron con él; las semillas de insubordinacion quedaron destruidas, y desde aquel momento Almagro no halló sino ciega obediencia y leal apoyo en sus soldados. Desde entonces su carácter pareció esperimentar un notable cambio: fióse menos de los otros que de si mismo, y desplegó recursos que no podian preverse en un joven de sus años, porque apenas tendria veinte y dos (2). La energia y prevision que manifestó, no obstante su juventud, demostraron que habia sabido colocarse a la altura de las circunstancias en que desgraciadamente su suerte le habia colocado.

Ocupóse inmediatamente en proveer a las necesidades de sus tropas y en poner a todos y cada uno de sus soldados en el mejor estado para sostener la próxima campaña. Llenó su tesoro con gran cantidad de plata que sacó de las minas de la Plata. El azufre, que se obtenia en abundancia en las inmediaciones del Cuzco, le suministró buen material para la fabricacion de pólvora. Mandó construir cañones, algunos de gran calibre, bajo la inspeccion de Pedro de Candia, el griego, que, segun recordará el lector, fué el primero que llegó al país con Pizarro, y que con algunos de sus compatriotas *levantinos*, segun les llamaban, estaba perfecta-

(1) Pedro Pizarro, Descub. y Conq., M. S.—Zárate, Con. del Perú, lib. IV, cap. X—XIV.—Gomara, Hist. de las Ind., cap. CXLVII.—Declaracion de Uscategui, M. S.—Carta de Barrio Nuevo, M. S.—Herrera, Hist. jeneral, dec. VI, lib. X, cap. XIII, dec. VII, lib. III, cap. I—V.

(2) «Hizo mas que su edad requería, porque seria de edad de veinte y dos años.» Zárate, Conq. del Perú, lib. VI, cap. XX.

mente instruido en esta clase de fabricacion. Bajo su direccion se hicieron armas de fuego, corazas y yelmos de una mezcla de plata y cobre (1), y de tan excelente calidad, que segun dice un veterano de aquel tiempo, podian competir con los contruidos en las fabricas de Milan (2). Además recibió Almagro un auxilio tan oportuno como inesperado, procedente del Inca Manco, el cual testando la memoria de Pizarro, trataba de renovar con el jóven Almagro, los amistosos lazos que le habian unido a su padre, lazos que tal vez estaba dispuesto a estrechar teniendo en consideracion la sangre peruana que corria en las venas del jóven capitán. De él obtuvo Almagro una gran cantidad de espadas, lanzas, armas y armaduras de toda especie. La mayor parte de ellas tomadas por el Inca en el memorable sitio del Cuzco. También recibió la agradable promesa de que el Inca le auxiliaria con un refuerzo de tropas indias cuando abriese la campaña.

Antes, sin embargo, de apelar definitivamente a las armas, resolvió Almagro probar el efecto de las negociaciones con el nuevo gobernador. En el verano de 1542 le envió una embajada a Lima, donde se hallaba, manifestándole lo sensible que le era tomar las armas contra un empleado de la corona. Decíale además que su único deseo era vindicar sus derechos, asegurando la posesion de la Nueva Toledo que le correspondia por legado de su padre, y de cuya herencia habia sido injustamente escludido por Pizarro: añadia que no disputaba al gobernador su autoridad sobre la Nueva Castilla como país asignado al marqués; por último, proponia que cada una de las partes contendientes permaneciese en los límites de su respectivo territorio, hasta que la corte de España les hiciese saber su determinacion. A esta comunicacion, redactada en términos respetuosos, no recibió respuesta alguna.

Frustradas sus esperanzas de pacífico arreglo, conoció ya el jóven capitán la necesidad de apelar a las suertes de las armas. Reunió sus tropas, y antes de salir de la capital les hizo una buena arenga. Protestó que el paso que él y sus valientes compañeros iban a dar no era un acto de rebelion contra la corona, sino un acto a que se veian obligados por la conducta del mismo gobernador. Dijo que la comision encomendada a este no le daba autoridad sobre el territorio de la Nueva Toledo, cedido a su padre y que su padre le habia dejado en herencia; que si Vaca de Castro traspasando sus facultades les obligaba a romper las hostilidades, la sangre que se derramase caeria sobre la cabeza de aquel, no sobre las suyas. «Con el asesinato de Pizarro, continuó, no hemos hecho mas que tomar por nosotros mismos la justicia que por otros se nos negaba.» Lo mismo sucede ahora respecto a la lucha que vamos a emprender contra el nuevo gobernador: «somos tan fieles y leales súbditos de la corona como él.» Por último, exhortó a los sol-

(1) «Y demas de esto hizo armas para la gente de su real, que no las tenia, de pasta de plata i cobre mezclado, de que salen muy buenos coseletes: habiendo correjido demas desto todas las armas de la tierra; de manera que el que menos armas tenia entre su jente, era cota y coracinas o coselete, y celadas de la misma parte, que los indios hacen diestramente por muestras de Milan.» Zárate, Conq. del Perú, lib. IV, cap. XIV.

(2) «Hombres de armas con tan buenas celadas borgeñas como se hacen en Milan.» Carta de Ventura Beltran al emperador, M. S., desde Vilcas, 8 de octubre de 1542.

dados para que se agrupasen con ánimo firme y resuelto brazo al derredor suyo, pues que en la próxima contienda todos estaban igualmente interesados.

Su auditorio no fué insensible a este discurso. Pocos habia que no conociesen que su suerte estaba ligada indisolublemente a la de su capitán; y como tenian poco que esperar del austero carácter del gobernador, se unieron mas y mas a la causa de su jóven jefe, que además de poseer las cualidades populares de su padre, escitaba aquella simpatía propia de su edad y de las circunstancias de su situacion. Así los oficiales y soldados poniendo las manos sobre la cruz colocada en un altar dispuesto al efecto, juraron repetidas veces arrostrar toda clase de peligros con Almagro y permanecerle fieles hasta el último trance.

En punto a fuerzas no se habia robustecido gran cosa desde su salida de Lima. Todas sus tropas ascenderian a poco mas de quinientos hombres; pero entre ellos estaban los veteranos de su padre, aguerridos en mas de una campaña contra los indios. Tenia unos doscientos caballos, muchos de ellos cubiertos completamente de malla, circunstancia no muy comun en aquellas guerras, en que un colete forrado de algodón era la única armadura del guerrero. Su infanteria formada de albarderos y arcabuceros, estaba perfectamente armada. Pero su principal fuerza consistia en la artillería, compuesta de diez y seis piezas, ocho de grueso calibre y ocho falconetes, como se llamaban: todas las cuales, formaban, dice un testigo presencial, un hermoso parque «suficiente para hacer bateria en el castillo de Burgos (1).» En suma, el pequeño ejército, aun que no imponente por su número, era disciplinado, tan apto como el que mas para pelear en los campos del Perú, y desde luego mucho mejor que ninguno de los que Almagro el padre o Pizarro condujeron en sus conquistas. Poniéndose, pues, el jóven a la cabeza de su valiente tropa, salió del Cuzco a mediados del verano de 1542 y dirigió su marcha hácia la costa, esperando encontrar al enemigo (2).

Mientras pasaban estos sucesos, Vaca de Castro, a quien hemos dejado en Quito el año anterior, se adelantaba lentamente hácia el Sur. Su primer acto despues de salir de aquella ciudad indicaba la resolucion de no comprometerse a nada con los asesinos de Pizarro. Benálcazar, el distinguido oficial, de quien he dicho que fué de los primeros en adherirse a su causa, habia protegido y facilitado la fuga a uno de los principales conspiradores, amigo suyo personal. Vaca de Castro indignado de su proceder, no quiso escuchar esplicaciones y mandó a Benálcazar que se volviese a su distrito de Popayan. Atrevido paso fué este, en el estado precario en que se hallaban sus asuntos.

Prosiguió el gobernador su marcha, siendo bien recibido del pueblo en el camino; y cuando entró en las ciudades de San Miguel y de Trujillo fué acogido con leal entusiasmo por los habitantes, que reconocieron desde luego su autoridad, si

(1) «El artillería hera suficiente para hacer bateria en el castillo de Burgos.» Dicho del capitán Francisco de Carvajal sobre la pregunta 38 de la informacion hecha en el Cuzco en 1543 a favor de Vaca de Castro, M. S.

(2) Pedro Pizarro, Descub. y Conq., M. S.—Declaracion de Uscategui, M. S.—Garcilaso, Com. Real, parte II, lib. II, cap. XIII. Carta del cabildo de Arequipa al emperador, San Joan de la Frontera 24 de seliembre de 1542, M. S.—Herrera, Hist. jeneral, dec. VII, lib. III, cap. I--II.

bien no manifestaron grandes deseos de correr con él los azares de la próxima lucha.

Después de haberse detenido largo tiempo en cada uno de estos puntos, volvió a emprender su marcha y llegó al campo de Alonso de Alvarado en Huaura a principios de 1542. Holguín había establecido sus reales a alguna distancia de los de su rival; porque se había suscitado como de costumbre la rivalidad entre estos capitanes, aspirando ambos al mando supremo de capitán general del ejército. El empleo de gobernador que ejercía Vaca de Castro parecía que incluía el de general en jefe de las fuerzas; pero como el licenciado no había seguido otra carrera que la de las leyes, cualquiera que fuese la autoridad que se abrogase en materias civiles, los dos capitanes esperaban que resignaría en sus manos el mando militar. Conocían muy poco el carácter de Vaca de Castro.

Aunque no poseía más conocimientos en el arte de la guerra que los que tenían todos los caballeros en aquella edad marcial, conoció que confesar su ignorancia y encomendar a otras manos la dirección de los negocios militares habría sido disminuir considerablemente su autoridad, si ya no inspirar desprecio hacia ella en los espíritus turbulentos entre quienes se hallaba. Tenía sagacidad y jenio, y confiaba en que podría suplir sus faltas con la experiencia de los demás. Su empleo le permitía disponer de los hombres más aptos del país, y ayudado de sus consejos se sentía con suficiencia para adoptar un plan de operaciones y llevarlo de euidamente a cabo. Conoció además que el único medio de destruir la rivalidad entre los dos capitanes en aquella crisis; era tomar para sí el empleo que causaba la disensión.

Sin embargo acercóse con cautela a sus ambiciosos oficiales; y las amonestaciones que les dirigió por medio de personas juiciosas de las que más íntimamente les trataban, produjeron tan buen resultado, que ambos renunciaron en su favor a todas sus pretensiones. Holguín, el más discoló de los dos, pasó a visitarle al campo mismo de su rival, donde el gobernador tuvo la satisfacción de reconciliarle con Alonso de Alvarado. Esto demuestra cierta habilidad, porque la enemistad de ambos había ya llegado al punto de producir un desafío.

En seguida envió Vaca de Castro la mayor parte de su fuerza en dirección de Xauxa, mientras él a la cabeza de un pequeño cuerpo se encaminaba a Lima. Allí fué recibido con vivas demostraciones de gozo por los habitantes, en lo jeneral parciales de Pizarro, como el más firme y constante protector de su capital; los cuales después de la partida de Almagro, se habían apresurado a espulsar del ayuntamiento a sus hechuras y a sacudir el yugo de su autoridad. Con tan favorables disposiciones, el gobernador no halló dificultad en obtener de los habitantes más ricos un considerable empréstito; pero no fué tan afortunado al principio en sus pedidos de armas y caballos, porque los de Chile habían hecho ya demasiado fielmente la recolección de semejante cosecha. Sin embargo, habiendo prolongado su residencia por algún tiempo en la capital, consiguió antes de salir de ella importantes auxilios tanto en armas como en municiones, y logró aumentar sus fuerzas con un cuerpo bastante considerable de reclutas (1).

(1) Declaración de Uscategui, M. S.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq., M. S.—Herrera, Hist. general, dec. VII, lib. I, cap. I.—Carta de Barrio Nuevo, M. S.—Carta de Benalcazar al emperador, M. S.

Mientras se ocupaba en esto, recibió la noticia de que el enemigo había salido del Cuzco y marchaba hacia la costa. Saliendo, pues, de Lima con sus fieles partidarios, tomó la vuelta de Xauxa, punto designado para la reunión de sus fuerzas. Allí las reunió en efecto, y halló que ascendían a unos sefeciéntos hombres. La caballería, en la cual consistía su fuerza principal, era superior en número a la de su contrario; pero no estaba tan bien armada ni montada. Componíase de muchos caballeros de noble linaje, de soldados espertos, y de algunos que teniendo grandes intereses en juego por poseer vastas porciones de terreno en el país, habían accedido al llamamiento del gobierno, y se habían alistado en sus banderas (1). Su infantería, además del número competente de alabardas, tenía bastantes armas de fuego; pero la artillería se componía solamente de tres ó cuatro falcones mal montados. No obstante estos defectos, el ejército real, si tan insignificante fuerza puede merecer este nombre, era tan superior en número al de Almagro, que calculadas las ventajas y desventajas de ambos lados, la partida no podía parecer tan desigual (2).

El lector acostumbrado a las grandes masas empleadas en las guerras europeas, se sonreirá tal vez al contemplar las escasas fuerzas de los españoles. Pero en el Nuevo Mundo, donde una innumerable hueste de indios entraba por muy poco en la balanza, quinientos europeos bien equipados eran considerados como un cuerpo formidable. Ningun ejército hasta el período de que vamos hablando había llegado a contar mil hombres. Pero no es el número, como ya he dicho otra vez, el que dá importancia a una acción, sino las consecuencias que esta trae consigo, la magnitud de la escena y la destreza y valor de los actores. Cuanto más limitados son los medios, mayor debe ser la ciencia que se necesita para emplearlos; así olvidando la pobreza de los materiales, fijamos nuestra atención en la conducta de los actores y en la grandeza de los resultados.

Hallándose Vaca de Castro en Xauxa, recibió una embajada de Gonzalo Pizarro vuelto ya de su expedición a las «Tierras de las Canelas» por medio de la cual le ofrecía sus servicios en la próxima lucha. La respuesta del gobernador indicaba que no había abandonado la esperanza de entrar en negociaciones con Almagro, con tal que fuese sin comprometer la autoridad real. Considerando

(1) El ayuntamiento de Arequipa, muchos de cuyos individuos se hallaron en el ejército, reclamó enérgicamente una compensación en favor de estos por haberles obligado a dejar sus tierras y tomar las armas por orden del gobierno. Según decían, su patriótico ejemplo no sería muchas veces seguido si no se les daba una recompensa proporcionada. Este documento, importante por sus pormenores históricos, se halla inserto en el Apéndice número XIII.

(2) Pedro Pizarro, Descub. y Conq., M. S.—Zárate, Conq. del Perú, libro IV, cap. XV.—Carta de Barrio Nuevo, M. S.—Carbajal refiere la manera política con que su jefe reclutaba jente para su servicio pagándoles con promesas y buenas palabras cuando no tenía dinero que darles. «Dando a unos dineros e a otros armas y caballos, y a otros palabras, y a otros promesas, y a otros graciosas respuestas de lo que con él negociaban, para tenerlos a todos muy contentos y puestos en el servicio de S. M. cuando fuese menester.» Dicho del capitán Francisco de Carbajal sobre la información hecha en el Cuzco en 1543, a favor de Vaca de Castro, M. S.

que atendida la igualdad de las fuerzas beligerantes el éxito era muy dudoso, quería tal vez evitar el extremo de una batalla, y sabía que la presencia en su campo de Pizarro, esto es, del odioso enemigo de los de Almagro, escitaría en sus pechos tal desconfianza, que frustraría toda tentativa de amistoso arreglo. Quizá también el gobernador no quería apresurarse a introducir en sus consejos un hombre de espíritu tan turbulento. Contestó, pues, a Gonzalo dándole gracias por la prontitud con que había acudido a ofrecerle auxilio; pero rehusándolo cortesmente, y aconsejándole que permaneciese en su provincia para descansar de las fatigas de su penosa expedición. Al mismo tiempo le aseguraba que no dejaría de utilizar sus servicios cuando la ocasión lo exigiese. El altivo caballero quedó muy disgustado con esta repulsa (1).

Después recibió el gobernador noticias respecto a los movimientos de Almagro que le hicieron suponer que este se preparaba a ocupar a Guamanga, punto muy fortificado a más de treinta leguas de Xauxa (2). Ansioso de asegurar la posesión de esta plaza, levantó el campo, y a marchas forzadas, hechas de manera tan irregular que le hubieran puesto en gran conflicto si su enemigo hubiera estado cerca para aprovecharse de la ocasión, consiguió anticiparse a Almagro y entrar en Guamanga cuando su enemigo se hallaba en Bilcas, a diez leguas de distancia.

En Guamanga Vaca de Castro recibió otra embajada de Almagro, propoiéndole en sustancia lo mismo que en la primera. El joven jefe lamentaba las hostilidades que iban a romperse entre hermanos, y proponía un arreglo sobre las mismas bases que hemos dicho. A estas proposiciones condescendió ya el gobernador en dar respuesta; y por ella podría inferirse que se compadecía en cierto modo de la juventud e inesperienza de Almagro, y que quería hacer una distinción entre él y los principales conspiradores, con tal que pudiese separarle de los intereses de estos; pero es más probable que intentó solo entretener a su enemigo con la apariencia de una negociación para ganar tiempo, a fin de corromper la fidelidad de sus tropas.

Insistió en que Almagro disolviese su ejército y le entregase todos aquellos que estaban inmediatamente complicados en el asesinato de Pizarro, prometiéndole que con estas condiciones el gobierno olvidaría su traición, y volvería a gozar del favor regio. Dicese que con esta misión envió Vaca de Castro a un español disfrazado de indio con instrucciones para comunicarse con ciertos oficiales de Almagro, y hacer, si era posible, que le abandonasen y volviesen a la obediencia del gobierno. Desgraciadamente se descubrió el disfraz del emisario, el cual fué preso y sometido al tormento; confesó el hecho y fué ahorcado como espía.

Almagro dió cuenta a sus capitanes del estado de las negociaciones. Las condiciones propuestas por el gobernador eran tales, que ningún hombre que tuviese la menor sombra de honor podía aceptarlas ni por un momento; y la indignación de Almagro y de los suyos se aumentó al notar la doblez de su enemigo que ponía en práctica tan insidiosos manejos, mientras ostensiblemente entraba en francas y leales negociaciones. Temerosos acaso de que las tentadoras ofertas de su antagonista llegasen a vencer la constancia de los más débiles, pidieron a Almagro que rompiese toda

negociación, y les condujese inmediatamente contra el enemigo (1).

Entre tanto el gobernador, viendo que el terreno quebrado que rodeaba a Guamanga era desfavorable para la caballería, en la cual tenía su mayor confianza, sacó sus fuerzas a las tierras bajas conocidas con el nombre de llanuras de Chupas. Era en onces la estación tempestuosa del año, y por espacio de muchos días la tormenta tronó con furia entre aquellas colinas, descargando en el valle y sobre las miserables tiendas de los soldados tanta abundancia de lluvia y nieve, que todos se vieron en breve empapados hasta los huesos, y estuvieron a punto de perecer de frío (2). Por fin el 16 de setiembre de 1542 las descubiertas trajeron noticia de que las tropas de Almagro avanzaban con intención al parecer de ocupar las alturas que rodean a Chupas. La guerra de los elementos había cesado, amaneciendo uno de esos días brillantes que solo se ven en los trópicos. El ejército real se puso desde muy temprano en movimiento, pues Vaca de Castro, deseoso de apoderarse de las alturas que dominaban el valle, destacó con este objeto un cuerpo de arcabuceros, sostenido por otro de caballería, al cual siguió en breve él mismo con lo restante de sus fuerzas. Al llegar a la cima tuvo noticia de que el enemigo había hecho alto, estableciéndose en una fuerte posición a menos de una legua de distancia.

Ya era entrada la tarde, pues no faltaban más de dos horas para ponerse el sol. El gobernador no se atrevía a comenzar la acción temiendo que la noche llegara demasiado pronto. Pero Alonso de Alvarado le aseguró que aquella era la ocasión oportuna, porque su jente ardía en deseos de pelear, y era mejor aprovecharse de su entusiasmo, que no dejar resfriar su ardor con la dilación. El gobernador vino en ello exclamando: «¿Quién tuviera el poder de Josué para detener el curso del sol (3)?» Después puso su jente en orden de batalla, y dió las disposiciones necesarias para el ataque.

En el centro estableció la infantería, compuesta de arcabuceros y alabarderos, y que constituía la *batalla* según se llamaba, y en los flancos colocó la caballería, poniendo en el ala derecha el estandarte real, y dando el mando de ella a Alonso de Alvarado. Encargó el ala izquierda a Holguín, sostenido por un valiente cuerpo de caballeros; y en cuanto a la artillería, demasiado insignificante para ser tenida en cuenta, la colocó en el centro. Propóniase mandar la vanguardia y romper la primera lanza con el enemigo; pero de esta ostentación caballeresca le disuadieron sus oficiales, recordándole lo importante que era su vida para esponerla inconsideradamente. Contentóse, pues, con mandar un cuerpo de reserva compuesto de cuarenta caballos, y destinado a acudir a donde la necesidad lo exigiese. Este cuerpo que comprendía la flor de

(1) Dicho del capitán Francisco de Carbajal sobre la información hecha en el Cuzco en 1543 en favor de Vaca de Castro, M. S.—Zarate, *Conq. del Perú*, lib. IV, cap. XVI.—Herrera, *Hist. jeneral*, dec. VII, lib. III, capítulo VIII.—Carta de Ventura Beltran, M. S.—Gomara, *Hist. de las Ind.*, cap. CXLIX.

(2) «Tuvieron tan gran tempestad de agua, truenos y nieve, que pensaron perecer; y amaneciendo con día claro y sereno...» Herrera, *Hist. jeneral*, dec. VII, lib. III, cap. VIII.

(3) «Así Vaca de Castro siguió su parecer, temiendo todavía la falta del día, i dijo que quisiera tener el poder de Josué para detener el sol.» Zarate, *Conq. del Perú*, lib. IV, cap. XVIII.

(1) Zarate, *Conq. del Perú*, lib. IV, cap. XV.

(2) Cieza de Leon, *Crónica*, cap. LXXXV.

su caballería, estaba compuesto principalmente de tropas de Alvarado, no sin gran disgusto de su capitán. El gobernador montaba un corcel morcillo, y sobre su cota de malla llevaba una rica túnica de brocado, en la cual brillaban las insignias del hábito de Santiago, que le había sido conferido al tiempo de salir de España (1). Era un punto de honor entre los caballeros de aquella época festejar el peligro, desplegando todo el esplendor de sus atavíos militares y todo el lujo posible en sus personas y caballos.

Antes de comenzar la acción, Vaca de Castro dirigió una corta alocución a sus soldados para desvanecer las dudas que todavía podían tener aquellos que recordasen el desagrado que manifestó el emperador a vencedores y vencidos después de la batalla de las Salinas. Díjoles que sus enemigos eran rebeldes, que habían hecho armas contra él, representante de la corona, y que su deber era sofocar la rebelión y castigar a sus autores. Después hizo leer la ley en alta voz con las penas impuestas por ella a los traidores. Por esta ley Almagro y los suyos debían perder sus vidas y haciendas, y el gobernador prometió distribuir estas últimas entre los que más lo mereciesen por su comportamiento en el combate. Esta promesa política desvaneció completamente las dudas hasta de los más escrupulosos; y Vaca de Castro, adoptadas sus últimas disposiciones para el ataque con el aire más grave y marcial, dió la orden de avanzar (2).

Al dar vuelta las tropas a una colina inmediata que ocultaba al enemigo, le vieron formado en la cresta de una grande eminencia con sus banderas blancas, distintivo de los de Almagro, ondeando sobre sus cabezas, y sus brillantes armas reflejando los rayos verticales del sol de la tarde. El orden de batalla en que estaban las tropas de Almagro era semejante al de su adversario. En el centro se hallaba su excelente artillería protegida por los alabarderos y arcabuceros, y en los flancos formaba la caballería. Almagro guiaba la izquierda en persona. Había elegido con acierto su posición, pues la naturaleza del terreno permitía que pudiesen jugar perfectamente sus cañones, los cuales en efecto al acercarse el enemigo abrieron un mortífero fuego. Aturdido por aquella tempestad de metralla, Vaca de Castro conoció la dificultad de adelantarse en línea recta contra la batería enemiga. Tomó, pues, el consejo de Francisco de Carbajal que le propuso guiar las tropas por un rodeo seguro. Esta es la primera ocasión en que aparece el nombre de este veterano en las guerras de Amé-

(1) «I visto esto por el dicho señor gobernador, mandó dar al arma á muy gran prisa, y mandó a este testigo que sacase toda la jente al campo, i él se entró en su tienda a se armar, i dende a poco salió della encima de un caballo morcillo rabicano, armado en blanco, y con una ropa de brocado encima de las armas, con el abito de Santiago en los pechos.» Dicho del capitán Francisco de Carbajal sobre la información hecha en el Cuzco en 1543 en favor de Vaca de Castro, M. S.

(2) Las palabras del gobernador, dice Carbajal, testigo de su efecto, que animaron de tal modo a las tropas que partieron al combate como si fueran a un baile. «En pocas palabras comprendió tan grandes cosas, que la jente de S. M. cobró tan grande ánimo con ellas, que tan determinadamente se partieron de allí para ir a los enemigos, como si fueran a fiestas donde estuvieran convidados.» Dicho del capitán Francisco de Carbajal, sobre la información hecha en el Cuzco en 1543, en favor de Vaca de Castro, M. S.

rica, en las cuales adquirió después tan triste celebridad. Había llegado al país después de cuarenta años de campañas en Europa, donde había estudiado el arte militar en la escuela del gran capitán Gonzalo de Córdoba. Aunque de edad muy avanzada, tenía todo el valor y energía indomable de la juventud, y sus hechos mostraron que había sabido aprovecharse de las lecciones recibidas bajo el mando de tan gran jeneral.

Aprovechándose, pues, de un camino circular que rodeaba las colinas, condujo sus tropas de tal modo, que hasta que se hallaron casi encima del enemigo estuvieron protegidas por el terreno intermedio. En la marcha fué acometido su flanco izquierdo por los batallones indios al mando de Paullo, hermano del Inca Manco; pero un cuerpo de arcabuceros dirigió contra ellos un fuego bien nutrido que libró pronto a los españoles de este obstáculo. Cuando al fin las tropas reales subieron a la cima de la eminencia volvieron a encontrarse en frente de las líneas de Almagro, la artillería jugó contra ellos con sangriento efecto. Hubo un momento, sin embargo, en que sin saberse la causa, se dirijieron los cañones a un punto que aunque presentaba un buen blanco, la mayor parte de los tiros pasaban sobre las cabezas de los enemigos. No está averiguado si esto fué efecto de traición o solamente de torpeza. La artillería estaba a las órdenes de Pedro de Candia, que según recordará el lector fué uno de los trece que tan valientemente se pusieron al lado de Pizarro en la isla del Gallo, y que había peleado con aquel capitán durante toda la conquista. Después, habiéndose disgustado de él, tomó partido por Almagro; pero tal vez la muerte de su antiguo jefe había desvanecido su resentimiento y deseaba volver a sus primitivas banderas. Dícese, a lo menos, que por aquel tiempo estaba en correspondencia con Vaca de Castro, y el mismo Almagro parece que se convenció de su traición, porque después de haberle reconvenido en vano por su conducta, le atravesó con su espada, dejándole muerto en el campo. Después, lanzándose él mismo a uno de los cañones, le dió nueva dirección, y con tan buen éxito, que el tiro echó por tierra a muchos soldados de la caballería enemiga (1).

El fuego se hizo entonces más mortífero para las tropas reales: una descarga barrió toda una fila de la infantería, y aunque las otras se adelantaron velozmente a llenar los huecos, no pudiendo los soldados sufrir el fuego vivo que se les hacía, llamaron a grandes gritos a la caballería, que había hecho alto por un momento, para que apresurase su marcha (2). Causaba la dilación el deseo de Car-

(1) Pedro Pizarro, Descub. y Conq. M. S.—Zárate, Conq. del Perú, libro IV, cap. XVII, XIX.—Naharro, Relación sumaria, M. S.—Herrera, Hist. general, dec. VII, lib. III, cap. XI.—Dicho del capitán Francisco de Carbajal sobre la información hecha en el Cuzco en 1543 en favor de Vaca de Castro, M. S.—Carta del cabildo de Arequipa al emperador, M. S.—Carta de Ventura Beltrán, M. S.—Declaración de Uscategui, M. S.—Gomara, Historia de las Ind. cap. CXLIX.—Según Garcilaso, cuyos cañones siempre producen más efecto que los de cualquier otro escritor, diez y siete hombres murieron de esta maravillosa descarga. Com. Real., parte II, lib. III, cap. XVI.

(2) Según Zárate los oficiales hicieron marchar con la punta de la espada a sus soldados para que llenasen los huecos que habían dejado sus compañeros muertos. «Porque un tiro llevó toda una hilera e hizo abrir el escuadrón, y los capitanes pusieron gran diligencia

bajal de adelantar sus cañones para oponerlos a los del enemigo. Pero inmediatamente se abandonó este designio; dejóse en el campo la inútil artillería, y se dió orden a la caballería para que cargase. Sonaron las trompetas, y los valientes caballeros dando el grito de carga y hundiendo las espuelas en los hijares de sus caballos, se lanzaron a todo galope contra el enemigo.

Mas le hubiera valido a Almagro permanecer firme en un puesto que tantas ventajas le daba. Pero escitado por un falso pundonor, juzgó indigno de un caballero valiente esperar el ataque a la defensiva; y mandando a su jente que cargase, los escuadrones enemigos avanzando rápidamente uno contra otro, se encontraron en medio del camino en la llanura. El choque fué terrible. Hombres y caballos titubearon en fuerza del golpe. Las lanzas volaron hechas astillas (1), y los soldados sacando las espadas o echando mano de las mazas, aunque algunos de los del ejército real solo iban armados con una hacha comun, pelearon con toda la furia que enjendran las guerras civiles. Era aquella una lucha terrible, no solamente de hombre contra hombre, sino, para valerme de las propias palabras de un testigo presencial, de hermano contra hermano y de amigo contra amigo (2). Nadie pedia cuartel, porque el golpe que habia sido bastante fuerte para romper los mas estrechos lazos del parentesco, habia roto tambien los de la humanidad. Las excelentes armas de los de Almagro contrabalancaron la superioridad del número de sus enemigos; pero los del ejército real consiguieron alguna ventaja dirigiendo sus golpes a los caballos en vez de dirigirlos a los cuerpos armados de sus contrarios.

Entre tanto la infantería sostenia por ambas partes un vivo fuego de arcabuz que producía efecto así en las filas respectivas como en las de la caballería. Pero la artillería gruesa de Almagro, bien dirigida esta vez, hacia horrible estrago en las columnas de infantería real que se iban adelantando. Estas no pudiendo ya sufrirlo, empezaban a retroceder, cuando Francisco de Carbajal lanzándose a la cabeza de todos, gritó: «¡Mengua y baldon para el que ceda!: yo soy un blanco doble mejor para el enemigo que ninguno de vosotros.» Era en efecto hombre corpulento; y arrojando de sí el acerado yelmo y la coraza para no tener ventaja alguna sobre sus soldados, se quedó armado a la lijera con su colete de algodón. Despues blandiendo su partesana, se entró atrevidamente por entre las columnas de fuego y humo que brotaban los cañones, y seguido entre una lluvia de

en hacerlo cerrar, amenazando de muerte a los soldados con las espadas desenvainadas, y se cerró.» Conq. del Perú, lib. IV, cap. I.

(2) «Se encontraron de suerte que casi todas las lanzas quebraron, quedando muchos muertos, y caidos de ambas partes.» (Zárate, Conq. del Perú, lib. IV, cap. I.) Zárate escribe en esta ocasion con el espíritu y energía de Tucídides. No se halló en la batalla; pero llegó al país al año siguiente y supo todos sus pormenores por las personas mejor informadas, con quienes su posición le daba fácil acceso.

(2) Este es el lenguaje de los mismos vencedores, que en su carta al emperador comparan la acción de Chupas a la gran batalla de Ravena. «Fué tan reñida y porfiada, que despues de la de Ravena, no se ha visto entre tan poca jente mas cruel batalla, donde hermanos a hermanos, ni deudos a deudos, ni amigos a amigos no se davan vida uno a otro.» Carta del cabildo de Arequipa al emperador, M. S.

balas por los mas valientes de sus tropas, se lanzó sobre los artilleros y se hizo dueño de las piezas.

Las sombras de la noche habian empezado ya a estenderse cada vez mas espesas sobre el campo, y todavia la mortal contienda continuaba en la oscuridad, distinguiéndose los partidos por las divisas rojas o blancas y por los gritos de: Vaca de Castro y el rey! ¡Almagro y el rey! si bien ambos invocaban el auxilio del apóstol Santiago. Hoiguin, que mandaba la izquierda de los realistas habia muerto al principio de la acción, atravesado de dos balas de arcabuz. Habíase hecho notable por la rica túnica de terciopelo blanco que llevaba sobre la armadura. Sin embargo, todavia un valiente cuerpo de caballería mantuvo el campo con tanta firmeza en aquella ala, que los soldados de Almagro no pudieron adelantar un paso (1).

No sucedió lo mismo en la derecha, donde mandaba Alonso de Alvarado. Acometióle Almagro en persona, que peleaba con un valor digno de su nombre. El jóven jeneral intentó con repetidas cargas arrollar los escuadrones de su enemigo, peor montados y peor armados que los suyos. Alvarado se resistió con indomable valor; pero su fuerza se habia debilitado, como hemos visto, antes de la batalla con la reserva que tuvo que dar al gobernador, y acosado por el número superior de su adversario, que le habia ya ganado dos estandartes, iba poco a poco perdiendo terreno. «Prended, pero no mateis,» gritaba el jeneroso jóven, creyéndose seguro de la victoria (2).

Pero en este momento crítico, Vaca de Castro, que con su reserva ocupaba una altura que dominaba el campo de batalla, conoció que habia llegado la ocasion de tomar parte en la lucha. Largo tiempo sus ojos penetrando entre el humo de los cañones y arcabuces habian seguido los movimientos de los combatientes; y a cada momento recibia noticias del estado en que se hallaba la acción. No vaciló, pues, y mandando a su jente que le siguiera, se arrojó osadamente en ella en lo mas reñido de la pelea para socorrer a su esforzado oficial. La llegada de un nuevo cuerpo de tropas frescas dió otro jiro al combate (3). Animáronse los soldados de Alvarado y estrecharon sus filas. Los de Almagro, aunque arrollados al principio por el impetu del ataque, se repusieron en breve y volvieron contra sus enemigos. Trece de los caballeros de Vaca de Castro cayeron exánimes de sus caballos. Pero este era el último esfuerzo de los de Almagro. La fuerza, aunque no el valor, les habia abandonado. Retrocedieron, pues, en todas direcciones, y confundiéndose en la oscuridad caballería, infantería y artillería, se atropellaron unos a otros por huir de la persecucion de sus enemigos. Almagro intentó detenerlos; hizo milagros de valor, dice un testigo ocular; pero fué arrollado por el impetu de los que retrocedian, y aunque parecia buscar la muerte segun el desembarazo con que

(1) Se peleó con tan igual ardor por ambas partes, dice Beltran, que por mucho tiempo fué dudoso a qué lado se inclinaria la victoria. «I la batalla estuvo muy gran rato en peso, sin conocerse victoria de la una parte a la otra.» Carta de Ventura Beltran, M. S.

(2) «Gritaba, Victorial y decia prender y no matar.» Herrera, Hist. Jeneral, dec. VII, lib. III, cap. XI.

(3) La carta del ayuntamiento de Arequipa elogia al gobernador por haber decidido con este movimiento la suerte de la batalla y manifiesta admiración por el arrojo que desplegó y que no era de esperar en un hombre de su edad y profesion. Véase el Apéndice, número XIII.

esponia su persona al peligro, no recibió una sola herida.

Otros hubo de su ejército, y entre ellos un joven llamado Jerónimo de Alvarado, que se negaron obstinadamente a abandonar el campo de batalla, y gritando: ¡Nosotros asesinamos a Pizarro, nosotros matamos al tirano! se arrojaron sobre las lanzas de sus vencedores, prefiriendo la muerte en el campo a la ignominia del patíbulo (1).

Eran las nueve cuando cesó la batalla, aunque a intervalos se oyó todavía el fuego en el campo a hora muy avanzada, cuando alguna partida errante de fugitivos era alcanzada por sus perseguidores. Sin embargo, muchos lograron escaparse favorecidos por la oscuridad de la noche, y de otros se dice que trataron de eludir la persecucion de un modo mas singular, que fué arrancando los distintivos de sus enemigos muertos, poniéndoselos y uniéndose en la persecucion a las tropas de Vaca de Castro.

Este al fin, temiendo algun accidente desagradable, y que los fugitivos, reuniéndose de nuevo en la oscuridad, pudiesen causar alguna pérdida a sus perseguidores, mandó tocar las trompetas y llamó a los dispersos soldados bajo sus banderas. Toda la noche permanecieron sobre las armas en el campo, teatro pocas horas antes de ruido y confusion, y entonces sumido en un triste silencio que interrumpian solamente los ayes de los heridos y moribundos. Los indios, que durante la batalla se habian mantenido como una negra nube en la cima de los montes, contemplando con sombría satisfaccion el estrago de sus enemigos, se aprovecharon entonces de las tinieblas para bajar a la llanura como una manada de famélicos lobos, donde despojaron de sus vestiduras los cuerpos de los españoles muertos, y aun de aquellos que, aunque vivos, incapaces de defenderse, se habian arrastrado hasta ocultarse entre las matas.

A la mañana siguiente Vaca de Castro dió orden para que los heridos (los que no habian muerto de resultas de la fria humedad de la noche) fuesen encomendados al cuidado de los cirujanos, y que varios clérigos administrasen confesion y absolucion a los moribundos. Abriéronse cuatro grandes fosas en que se enterraron indistintamente los cuerpos de los muertos tanto de un partido como de otro. Pero los restos de Alvarez de Holguin y de algunos caballeros de distincion fueron trasladado a Guamanga para enterrarlos con la solemnidad correspondiente a su clase; y las rotas banderas ganadas a sus vencidos compatriotas, ondearon sobre sus monumentos como tristes trofeos de la victoria.

El número de los muertos se calcula con variedad, desde trescientos a quinientos por ambas partes. (2). Los vencedores, por efecto del fuego de cañon que sufrieron antes de la batalla, tuvieron mas pérdida que los de Almagro en la derrota que siguió despues. El número de los heridos fué aun mayor, y la mitad o mas de los de Almagro que salieron ilesos de la accion, cayeron prisioneros. Muchos en efecto lograron escaparse a Guamanga y refugiarse en las iglesias y monasterios; pero

(1) «Se arrojaron en los enemigos como desesperados, hiriendo a todas partes, diciendo cada uno por su nombre: «Yo soi Fulano, que maté al marqués, y así anduvieron hasta que los hicieron pedaços.» Zárate, Conq. del Peru, lib. IV, cap. XIX.

(2) Zárate le fija en trescientos. Garcilaso y Uscategui, que era del partido de Almagro, le hacen subir a quinientos.

fueron arrancados de su asilo y conducidos a prision. Su valiente jefe, seguido solamente de unos pocos soldados, se retiró al Cuzco, donde inmediatamente fué preso por los mismos majistrados a quienes él habia colocado al frente del gobierno de la ciudad (1).

En Guamanga Vaca de Castro nombró una comision presidida por el licenciado de la Gama para juzgar a los prisioneros; y la justicia no quedó satisfecha hasta despues de haber sido condenados cuarenta a muerte y otros treinta a destierro, algunos de estos con pérdida de uno o mas de sus miembros (2). Tan severas represalias han sido demasiado frecuentes entre españoles en sus contiendas civiles; y es extraño que tan ciegame se lancen a ellas siendo tan triste la suerte de los vencidos (3).

Desde el teatro de esta sangrienta tragedia pasó el gobernador al Cuzco, donde entró a la cabeza de sus victoriosos batallones con toda la pompa y aparato militar de un vencedor. En su modo de vivir Vaca de Castro mantenía cierta ostentacion, de que algunos se burlaban, comparándola con las reformas económicas que despues introdujo en las rentas (4). Pero su objeto era con estas formas exteriores producir efecto en la jeneralidad del pueblo, y no queria desaprovechar ningun medio de dar autoridad a su empleo de gobernador. Su primer acto fué decidir de la suerte de su prisionero Almagro. Reunióse para esto un consejo de guerra: algunos opinaron porque se perdonase la vida al desgraciado jefe en consideracion a su juventud y a la gran provocacion que habia recibido; pero la mayoría dijo que no podia hacerse tal merced al jefe de los rebeldes, y que su muerte era indispensable para asegurar de un modo permanente la tranquilidad del pais.

Cuando Almagro fué conducido al sitio de la ejecucion en la gran plaza del Cuzco, donde su padre habia sido ejecutado pocos años antes, manifestó

(1) Los pormenores de la accion están tomados de Pedro Pizarro, Descub. y Conq. M. S.—Carta de Ventura Beltran, M. S.—Zárate, Conq. del Peru, lib. IV, cap. XVII, XX.—Nabarro, Relacion sumaria, M. S.—Dicho del capitan Francisco de Carbajal sobre la informacion hecha en el Cuzco en 1543 a favor de Vaca de Castro, M. S.—Carta del cabildo de Arequipa al emperador, M. S.—Carta de Barrio Nuevo, M. S.—Gomara, Hist. de las Indias, cap. CXLIX.—Garcilaso, Com. Real, parte II, lib. III, cap. XV, XVIII.—Declaracion de Uscategui, M. S.

Muchos de estos escritores estuvieron presentes en la accion, y raras veces pueden sacarse los pormenores de una batalla de testimonios mas auténticos. El que estudie la historia no se sorprenderia de que hubiese en estos detalles la mayor discrepancia.

(2) Declaracion de Uscategui, M. S.—Carta de Ventura Beltran, M. S.—Zárate, Conq. del Peru, lib. IV, cap. XXI.—Los leales habitantes de Arequipa parece que quedaron muy contentos de estas ejecuciones. «Y si la noche, dicen, no cerrara tan presto, V. M. quedara bien satisfecho de estos traidores; pero lo que no se pudo entonces hacer, ahora el gobernador lo hace, desquartzando cada dia a los que se escaparon.» Véase el Apéndice núm. XIII.

(3) Nota del traductor. El traductor cree, y los hechos de esta historia lo prueban suficientemente, que la sangre de los vencidos mantiene siempre vivo el germen de las discordias civiles. Lo extraño, pues, seria que las represalias tuviesen el efecto que el autor supone que debian tener.

(4) Herrera, Hist. general, dec. VII, lib. IV, cap. I.

la mayor serenidad, si bien cuando el heraldo proclamó en alta voz que había merecido la suerte de los traidores, negó con indignación que lo fuese. No apeló a la misericordia de sus jueces; solamente les pidió que sus huesos fuesen depositados al lado de los de su infeliz padre (1).

Pocos nombres ha habido en la historia mas desgraciados que el de Almagro. Sin embargo, la muerte del hijo escita mas profunda simpatía que la del padre, y esto no solo por su juventud, sino por las circunstancias particulares de su situación. Poseía muchas de las buenas cualidades del viejo Almagro; tenía un carácter franco y varonil, y sus maneras de soldado estaban suavizadas por el refinamiento de una educación mejor que la que se adquiere entre la licencia de los campos. Su carrera, aunque corta, daba indicios de un gran talento, que solo necesitaba un buen teatro donde desarrollarse. Pero era el hijo de la desgracia, y la mañana de su vida estuvo siempre encapotada de negras nubes. Si su carácter, naturalmente benigno, mostró a veces algunas centellas del vengativo furor propio de la raza india, alguna excusa debe hallar no solamente en su sangre, sino también en las circunstancias de su situación. Había recibido muchos agravios, y si la conspiración puede justificarse alguna vez, es sin duda en un caso semejante, en que desesperado por los ultrajes hechos a él y a su padre, no podía obtener reparación del único de quien tenía derecho a reclamarla. Con él se estinguió el nombre de Almagro, y la facción de Chile, que por tanto tiempo fué el terror del país, desapareció para siempre.

Mientras ocurrían estos acontecimientos en el Cuzco supo el gobernador que Gonzalo Pizarro había llegado a Lima, donde se mostraba muy descontento del estado de las cosas en el Perú. Quejábanse altamente de que después de la muerte de su hermano no se le hubiese encomendado el gobierno del país, y según se decía, estaba formando planes para apoderarse de él. Vaca de Castro sabía perfectamente que no faltarian malos consejeros que instasen a Gonzalo Pizarro a dar este paso desesperado; y deseando extinguir las últimas chispas de insurrección antes que profuljesen un incendio agitado por tan turbulentos ánimos, envió una fuerza considerable a Lima para guarnecer aquella capital, mandando al mismo tiempo a Gonzalo Pizarro que se le presentase en el Cuzco.

No creyó este prudente desobedecer la orden; y poco después entró en la capital Inca a la cabeza de un cuerpo de caballeros bien armados. Admitido inmediatamente a presencia del gobernador, este mandó retirar su guardia, diciendo que nada tenía que temer de un caballero tan valiente y leal como Pizarro. Después le hizo varias preguntas respecto a sus últimas aventuras en las Canelas, y le manifestó gran interés al oír sus extraordinarios padecimientos. Tuvo cuidado de no escitar sus sospechas aludiendo a sus ambiciosos planes, y concluyó aconsejándole, que ya que estaba restablecida la tranquilidad del país, se retirase a buscar el reposo, que tanto necesitaba, en sus productivas haciendas de Charcas. Gonzalo Pizarro, no encontrando motivos para reñir en la tibieza y política del gobernador, y probablemente conociendo que, a lo menos por entonces no tenía suficiente fuerza para oponérsele, juzgó prudente tomar su

consejo y retirarse a la Plata, donde se ocupó en laborear aquellas ricas minas, que en breve le pusieron en estado de acometer una empresa de mas importancia, que ninguna de las que hasta entonces había llevado a cabo (1).

Vaca de Castro, desembarazado así de su formidable competidor, se ocupó entonces en organizar el país. Empezó por el ejército, parte del cual había ya disuelto; pero aun quedaban muchos caballeros que instaban porque se les diese la recompensa proporcionada a sus servicios. No rebajaban ellos la importancia de estos, y el gobernador se consideró afortunado en verse libre de sus importunidades empleándolos en distantes expediciones, una de las cuales fué la exploración del país regado por el gran Rio de la Plata. Sin una ocupación como esta, los turbulentos ánimos de los altivos caballeros pronto hubieran puesto de nuevo el país en fermentación.

Después se ocupó Vaca de Castro en dar leyes para el mejor gobierno de la colonia. Atendió con especial cuidado a la población india y estableció escuelas para enseñarles la doctrina cristiana. Dictó también varias medidas para librarles de las exacciones de los conquistadores, y animó a los pobres indios a trasladar su residencia a las ciudades de los blancos. Mandó a los caciques que proveyesen de víveres los *tambos* o posadas que hubiese en su jurisdicción, con lo cual quitó a los españoles un pretexto para el robo y facilitó al mismo tiempo considerablemente el tráfico. Vijiló con gran cuidado la administración de las rentas que habían sido dilapidadas en los últimos disturbios, y en muchos casos disminuyó los *repartimientos* que le parecieron excesivos. Este último acto le atrajo el odio de los que de él fueron objeto; pero sus medidas eran tan justas e imparciales, que la opinión pública le apoyó plenamente (2).

En realidad la conducta de Vaca de Castro desde el momento de su llegada al país fué tal que se granjeó el respeto de todos y demostró su competencia para el difícil cargo que se le había conferido. Sin fondos, sin tropas, al desembarcar había hallado el país en completa anarquía; y sin embargo con su valor y habilidad había logrado adquirir suficiente fuerza para sofocar la insurrección. Aunque no era soldado, había mostrado indomable espíritu y presencia de ánimo en el momento de la acción y hecho sus preparativos militares tan previsora y discretamente que escitó la admiración de los mas espertos veteranos.

Si abusó, como pudiera creerse, de la victoria mostrándose cruel con los vencidos, también debe admitirse que no le movió a ello motivo alguno personal. Era un jurisconsulto muy partidario de las reales prerogativas; consideraba la rebelión como crimen imperdonable, y si su carácter austero era inexorable en la administración de justicia, también hai que tener en cuenta que vivía en una edad de hierro, en que la misericordia raras veces templaba el rigor de la lei.

En sus demás disposiciones para el arreglo del país mostró igual imparcialidad e ilustración. Los colonos conocieron perfectamente los beneficios de su administración, e hicieron el mejor elogio de sus servicios, dirigiendo peticiones a Castilla

(1) Pedro Pizarro, Descub. y Conq., M. S.—Zárate, Conq. del Perú, lib. IV, cap. XXI.—Naharro, Relacion Sumaria, M. S.—Herrera, Hist. gen., dec. VII, lib. VI, cap. I.

(1) Pedro Pizarro, Descub. y Conq., M. S.—Herrera, Hist. general, dec. VII, lib. IV, cap. I; lib. VI, cap. III.—Zárate, Conq. del Perú, lib. IV, cap. XXII.

(2) Pedro Pizarro, Descub. y Conq., M. S.—Herrera, Hist. jeneral, dec. VII, lib. VI, cap. II.

para que continuase en el gobierno del Perú (1). Por desgracia no era esta la política que se había propuesto seguir la corte de España.

CAPITULO VII.

Abusos de los conquistadores.—Código para las colonias.—Gran escitacion en el Perú.—El virrei Blasco Nuñez.—Su severa política.—Oposicion que le hace Gonzalo Pizarro.

1543-1544.

Antes de continuar la narracion de los sucesos del Perú, debemos dar una ojeada a la metrópoli, donde ocurrían importantes cambios respecto a la administracion de las colonias.

Carlos V desde su subida al trono de España habia tenido ocupada su atencion con los acontecimientos políticos de Europa, donde se abria a su ambicion un teatro mas vasto que el que podian ofrecerle las guerras con príncipes bárbaros en el Nuevo Mundo. Aquí sin embargo un imperio, casi oculto hasta entonces, se habia levantado y crecido hasta adquirir dimensiones mayores que las de sus dominios europeos, y estaba destinado a llegar a ser todavia mas opulento que estos. Habíase en verdad, bosquejado un plan de gobierno, dictándose de cuando en cuando algunas leyes para el arreglo de las colonias; pero estas leyes eran con frecuencia acomodadas, menos al interés de las colonias mismas que al de la metrópoli, y aun las veces que se dirijian a promover el bienestar de las colonias eran mal ejecutadas, por que la voz de la autoridad, aunque fuertemente proclamada en España, se apagaba frecuentemente en débiles ecos antes que cruzase los mares.

Este estado de cosas, y aun el modo con que en el principio se adquirieron los territorios españoles del Nuevo Mundo eran fatales tanto para las razas conquistadas como para sus vencedores. Si las provincias ganadas por los españoles hubiesen sido fruto de una pacífica adquisicion, de negociaciones o de cambios; o si se hubiera hecho la conquista bajo la inmediata direccion del gobierno, los intereses de los indios hubieran sido mas cuidadosamente protegidos. La superior civilizacion de los indios en las colonias españolas de América, les hizo continuar despues de la conquista viviendo en el pais conquistado y mezclándose en las poblaciones con los blancos; formando en esto un contraste notable con los primitivos indios de la América del Norte, que retrocediendo al contacto de la civilizacion, se fueron retirando mas y mas a medida que esta se adelantaba hasta ocultarse en lo mas profundo de sus espesos bosques. Pero los americanos del Sur habian recibido de antemano instituciones propias de una lejislacion mas refinada que la que podia aplicarse a los salvajes habitantes de las florestas; y si el soberano hubiera dirijido en persona sus conquistas no habria consentido que una parte tan considerable de sus vasallos fuese neciamente sacrificada a la codicia y crueldad del puñado de aventureros que les habia subyugado.

(1) «Y así lo escribieron al rei la ciudad del Cuzco, la villa de la Plata, y otras comunidades, suplicándole que los dexase por governador a Vaca de Castro, como persona que procedia con rectitud y que ya entendia el gobierno de aquellos reinos.» Herrera, Hist. general dec. VII, lib. VI, cap. II.

Mas el encargo de someter el pais habia sido por desgracia encomendado a manos de individuos irresponsables, soldados de fortuna, aventureros desesperados que entraron en la empresa como en un juego, proponiéndose jugar sin el menor escrúpulo y con solo el objeto de ganar de cualquier modo que fuese. Como del gobierno apenas recibian auxilio, debian sus triunfos solamente a su valor, y así se persuadieron de que el derecho de conquista estinguia todos los derechos anteriores de los desgraciados indijenas. Las tierras y las personas fueron repartidas entre los vencedores como lejitimos despojos de la victoria, y cada dia se perpetraban atentados de que la humanidad se estremece.

Estos atentados, aunque en ninguna parte se cometian en tan terrible escala como en las islas, donde en pocos años habian aniquilado casi toda la poblacion india, eran sin embargo de suficiente magnitud en el Perú, para atraer la venganza del cielo sobre la cabeza de sus autores; y el indio podia ver que no se habia dilatado mucho esta venganza, cuando contemplaba a sus opresores destrozándose sobre sus miserables despojos y volviendo las armas contra sí mismos. El Perú, como ya he dicho, fué subyugado por aventureros, en su mayor parte de mas baja y mas feroz ralea que los que siguieron las banderas de Cortés. El carácter de los soldados se asemejaba en cierto modo al de sus capitanes en las respectivas empresas. Fué esto una fatalidad para los incas; porque los indomables soldados de Pizarro eran mas apropiados para combatir contra los fieros aztecas que contra los afeminados y mas civilizados peruanos. Embriagados con la posesion de un poder a que no estaban acostumbrados, y sin la menor idea de la responsabilidad que envolvia su situacion de dueños del pais, se entregaron con frecuencia a satisfacer todos los caprichos que su fantasia o su crueldad les dictaban. Muchas veces, dice un testigo nada sospechoso, he visto a españoles, largo tiempo despues de la conquista, entretenerse en cazar indios con perros carniceros por mera diversion o para adiestrar a los perros (1). La licencia no tenia límites; las doncellas eran arrancadas sin escrúpulo de los brazos de sus familias para satisfacer las pasiones de sus brutales conquistadores (2). Las sagradas casas de las virjenes del Sol fueron abiertas y violadas, y el caballero español llenó su harem de multitud de jóvenes indias, como si la media luna y no la immaculada cruz fuese el simbolo de su bandera (3).

Pero la pasion dominante del español era la sed de oro. Por alcanzarlo no perdonaba trabajo ni fatiga y era cruel en el que exijia de su esclavo indio. Por desgracia el Perú abundaba en minas que recompensaban copiosamente sus faenas, y para laborearlas, la vida humana era lo último

(1) «Españoles hai que crían perros carniceros y los avezan a matar indios, lo qual procuran a las veces por pasatiempo, y ver si lo hacen bien los perros.» Relacion que dió el provisor Morales sobre las cosas que convenian probarse en el Perú, M. S.

(2) «Que las justicias dán cédulas de Anaconas que por otros términos los hacen esclavos e vivir contra su voluntad, diciendo: Por la presente damos licencia a vos Fulano para que os podais servir de tal indio o de tal india, e sacar donde quiera que lo hallaredes.» Relacion del provisor Morales, M. S.

(3) «Es jeneral el vicio del amancebamiento con indias, y algunos tienen cantidad dellas como en serrallo.» Ibid. M. S.

que entraba en el cálculo de los conquistadores. En tiempo de los incas jamás se consentía que el peruano estuviese ocioso; pero el trabajo que se le imponía era siempre proporcionado a sus fuerzas. Tenía su tiempo de descanso y alimento, y estaba bien protegido contra la inelemencia de las estaciones. Su seguridad personal era también objeto de todos los cuidados del gobierno. Pero los españoles, al paso que exigían del indio trabajos superiores a sus fuerzas, le privaban los medios de repararlas cuando se hallaban agotadas. Las benéficas leyes de los incas cayeron en desuso; vaciáronse los graneros; consumiéronse los ganados en opíparos festines, matándolos para satisfacer un capricho epicúreo, y más de un llama fué destruido solamente por comerle los sesos, regalado manjar mui del gusto de los españoles (1). Tan incansable era el espíritu de destrucción después de la conquista, dice Ondegardo el sábio gobernador del Cuzco, que en cuatro años murieron más de estos animales que en cuatrocientos en tiempo de los Incas (2). Los rebaños, antes tan numerosos en las elevadas llanuras, quedaron reducidos a un escaso número que se había refugiado en las asperezas de los Andes; y el pobre indio, sin alimento, sin la lana que le daba abrigo erraba medio muerto de hambre y desnudo por los campos. No cupo mejor suerte aun a los que habían auxiliado a los españoles en la conquista, y más de un Inca noble se vió obligado a mendigar su sustento en las tierras que en otro tiempo había gobernado; y si alguna vez incitado por la necesidad llegaba a hurtar alguna cosa de lo que a los conquistadores sobraba, espíaba mui pronto esta acción con una muerte miserable (3).

Verdad es que había hombres compasivos, misioneros fieles a su vocación que trabajaban con ardiente celo en la conversión espiritual del indio, y que sensibles a sus desgracias hubieran interpuesto voluntariamente su brazo para escudarle contra sus opresores (4); pero muchos de

(1) «Muchos españoles han muerto i matan increíble cantidad de ovejas por comer solo los sesos, hacer pasteles de tuétano y candelas de la grasa. De ahí hambre jeneral.» Rel. del provisor Morales, M. S.

(2) «Se puede afirmar que hicieron más daño los españoles en solos cuatro años que el Inca en cuatrocientos.» Ondegardo, Rel. seg., M. S.

(3) «Ahora no tienen que comer ni donde sembrar, y así van a hurtallo como solian, delito porque han aoreado a muchos.» Rel. del provisor Morales, M. S.

Esta y alguna de las citas precedentes, como el lector verá, han sido tomadas del manuscrito del bachiller Luis de Morales, que vivió diez y ocho o veinte años en el Cuzco; y en 1541, por el término de la llegada de Vaca de Castro al Perú, preparó un Memorial dirigido al gobierno que comprendía ciento nueve capítulos. En él trata de la situación del país y de los remedios que su caritativo celo le sugería. Las notas del emperador puestas al márgen muestran que la corte le examinó con atención. No hai razón, a lo menos que yo sepa, para desconfiar del testimonio de este escritor, y Muñoz ha dado algunos extractos notables del Memorial en su inestimable colección.

(4) El padre Naharro da noticia de doce misioneros, algunos de su orden, cuyos celosos afanes y milagros en la conversión de los indios, juzga dignos de comparación con los de los doce apóstoles de la cristiandad. Es sensible que la historia, al paso que recuerda los nombres de tantos perseguidores de los pobres infieles, haya omitido los de sus bienhechores.

«Tomó su divina Majestad por instrumento doce

estos eclesiásticos solian al cabo contajarse con el jeneral espíritu de licencia; y las comunidades religiosas que pasaban una vida cómoda en las tierras cultivadas por sus esclavos indios pensaban menos en la salvación de sus almas que en aprovecharse del trabajo de sus cuerpos (1).

Sin embargo no faltaban hombres buenos e ilustrados que de cuando en cuando levantaban su voz enérgica contra los abusos, y llevaban sus quejas hasta los piés del trono. Debe hacerse también al gobierno la justicia de confesar que mostró gran solicitud por obtener cuantos informes podía, ya por sus dependientes, ya por comisionados enviados espresamente al efecto, y cuyas voluminosas comunicaciones arrojan un torrente de luz sobre la condición interior del país y suministran los mejores datos al historiador (2). Pero era más fácil obtener estos informes que aprovecharse de ellos.

En 1541 Carlos V que había estado mui ocupado con los negocios de Alemania, volvió a sus dominios españoles, donde llamó fuertemente su atención el estado de las colonias. Varias relaciones le fueron presentadas sobre este punto; pero ninguna escitó tanto su real conciencia como la de Las Casas, después obispo de Chiapa. Este digno eclesiástico, que había consagrado toda su vida a las caritativas tareas que le granjearon el honroso título de Protector de los indios, acababa de escribir su célebre tratado sobre la destrucción de las Indias, el registro más notable que hai tal vez de las maldades humanas, pero que por desgracia pierde mucho de su efecto por la credulidad del escritor y por su conocida tendencia a exajerar.

En 1542 Las Casas puso su manuscrito en manos

solo religiosos pobres, descalzos y desconocidos, cinco del orden de la Merced, cuatro de predicadores y tres de San Francisco; obraron lo mismo que los doce apóstoles, en la conversión de todo el universo mundo.» Naharro, Rel. Sumaria, M. S.

(1) «Todos los conventos de dominicos y mercenarios tienen repartimientos. Ninguno dellos ha dotinado ni convertido un indio. Procuran sacar dellos evanto pueden, trabajarles en granjerías; con esto y con otras limosnas enriquecen. ¡Mal ejemplo! Además convendrá no pasen frailes, sino precediendo diligente exámen de vida y doctrina.» (Relación de las cosas que S. M. debe proveer para los reinos del Perú, enviada desde los reyes a la corte por el licenciado Martel Santoyo, de quien va firmada en principios de 1542, M. S.) Este aserto del licenciado muestra el cuadro por un lado diferente del de Naharro. Sin embargo, los dichos de ambos no son incompatibles. La naturaleza humana tiene su luz y sus sombras.

(2) Tengo en mi poder muchos de estos Memoriales o Relaciones como se llamaban, redactados por residentes en contestación a las preguntas propuestas por el gobierno. Estas preguntas, aunque su principal objeto era averiguar los abusos existentes e invitar a que se propusiera el remedio, versan muchas veces sobre las leyes y costumbres de los antiguos incas. Las respuestas, por tanto, son de gran valor para las investigaciones históricas. El más importante de los documentos que poseo es el escrito por Ondegardo, gobernador del Cuzco, que comprende cerca de cuatrocientas páginas en folio, y que en otro tiempo formó parte de la rica colección de Lord Kingsborough. Es imposible recorrer estas concienzudas relaciones sin convencerse profundamente del celo con que procuró la corona averiguar los abusos introducidos en el gobierno interior de las colonias, y del sincero propósito que tenía de remediarlos. Por desgracia muchas veces los mismos colonos no secundaron tan laudable intento.

del soberano, y en el mismo año se reunió una junta en Valladolid, compuesta principalmente de jurisperitos y teólogos, con el objeto de formar un sistema de legislación para el arreglo de las colonias.

Las Casas se presentó a esta junta con un discurso bien preparado, del cual solamente una parte se ha dado al público. En él sentaba como proposición fundamental que los indios eran por la ley de la naturaleza libres; que como vasallos de la corona tenían derecho a su protección y debían ser declarados libres desde entonces, sin excepción y para siempre (1). Sostenía esta proposición, con gran variedad de argumentos, muchos de los cuales han sido presentados, después en la misma causa por los amigos de la humanidad. Hablaba en seguida de la urgencia de adoptar tales disposiciones, mostrando que sin la intervención del gobierno la raza india sería gradualmente exterminada por la opresión sistemática de los españoles, y por último sostenía que si los indios, según se aseguraba, no trabajaban a no ser que a ellos se les obligase por la fuerza, todavía los blancos estaban más interesados en cultivar la tierra por sí mismos; y que si no podían hacerlo, esta circunstancia no les daba derecho sobre el indio, porque *la ley de Dios prohíbe hacer el mal, aunque de él haya de resultar el bien* (2). Esta elevada moral debe tenerse presente que salía de los labios de un dominico del siglo XVI, de un fraile de la orden que fundó la inquisición y en el mismo país en que este terrible tribunal ejercía su actividad mayor (3).

Los argumentos de Las Casas encontraron toda la oposición que era de esperar del egoísmo, del fanatismo y de la indiferencia. Fueron también combatidos por algunas personas de ideas justas y benévolas, que si bien admitían la exactitud general de sus razonamientos y simpatizaban profundamente con los desgraciados indios, temían que el plan de reformas produjese mayores males que los que se trataba de corregir. Pero Las Casas era un amigo decidido de la libertad; atrincherábase fuertemente en el terreno del derecho natural, y como algunos reformistas de nuestros días, no se cuidaba de calcular las consecuencias de aplicar el

principio en toda su extensión. Su ardiente elocuencia, inspirada por su jeneroso amor a la humanidad y fortificada por un cúmulo de hechos que no era fácil contradecir, prevaleció en el ánimo de su auditorio; y el resultado de las deliberaciones fué la redacción de un código de leyes, código, sin embargo, que lejos de limitarse a satisfacer las necesidades de la población india, hacía también particular referencia a la población europea y a los trastornos que habían alterado el país, y era aplicable jeneralmente a todas las colonias de América. Solo será necesario citar aquí alguna de las leyes que tenían más inmediata relación con el Perú.

Los indios fueron declarados fieles y leales vasallos de la corona y su libertad plenamente reconocida. Sin embargo, para mantener inviolable la garantía que daba el gobierno a los conquistadores, se acordó que los que legalmente posesen esclavos, pudiesen conservarlos; pero a la muerte de los actuales propietarios debían aquellos volver a la corona.

Establecióse además que no pudiesen en ningún caso tener esclavos los que se habían mostrado indignos de tenerlos por negligencia o crueldad; los funcionarios públicos y empleados del gobierno; los eclesiásticos y comunidades religiosas; y últimamente (cláusula que podía comprender a infinitos) los que habían tomado una parte criminal en las luchas entre Almagro y Pizarro.

Se ordenó asimismo que los indios fuesen tratados con moderación; que no se les obligara a trabajar donde no quisiesen, y que donde fuese necesario por circunstancias particulares, recibiesen por su trabajo una regular compensación. Decretóse que como los repartimientos de tierra eran escasos se redujesen en ciertos casos, y que los propietarios que se hubiesen hecho culpados de abuso notorio de sus esclavos, perdiesen completamente sus tierras.

Como el Perú había mostrado siempre un espíritu de insubordinación que requería de parte de las autoridades una intervención más vigorosa que en las demás colonias, se resolvió enviar un virrey a aquel país, el cual desplegara una ostentación y fuese investido de tales facultades que pudiera representar dignamente al soberano. Debía acompañarle también una real audiencia, compuesta de cuatro jueces con estensa jurisdicción tanto en lo criminal como en lo civil, los cuales, además de ejercer las funciones de tribunal de justicia, debían constituir una especie de consejo para auxiliar al virrey en el gobierno. La audiencia de Panamá quedó disuelta en este arreglo, y el nuevo tribunal con la corte del virrey debía establecerse en los Reyes o Lima, como empezó a llamarse desde entonces la metrópoli del imperio español en el Pacífico (1).

Tales eran los principales artículos de este notable código, que tocando a las más delicadas relaciones de la sociedad, destruía los fundamentos de la propiedad, y de una plumada convertía en libre una nación de esclavos. Poca previsión se necesitaba para adivinar que en las remotas regiones de América, donde los colonos habían estado siempre acostumbrados a una licencia ilimitada, una reforma tan saludable en sus puntos esenciales, solo acosta de una revolución podría llevarse

(1) Otro obispo, también dominico, pero que se parecía muy poco a Las Casas, reclama de una manera más enfática la perpetua emancipación de los indios. Este es uno de los objetos principales de una comunicación ya citada del P. Valverde al gobierno, comunicación cuyas ideas jenerales hacen más honor a su humanidad que algunas de las escenas de esta historia en que fué actor. «A V. M. representarán allá los conquistadores muchos servicios, dándolos por causa para que los dexen servir de los indios como de esclavos; V. M. se los tiene muy bien pagados en los provechos que han avido desta tierra, y no los ha de pagar en hazer a sus vasallos esclavos.» Carta de Valverde al emperador, M. S.

(2) «La loi de Dieu défend de faire le mal pour qu'il en résulte du bien.» Oeuvres de Las Casas, Evêque de Chiapa, trad. par Llorrente (Paris 1822), tomo I, p. 251.

(3) Es coincidencia curiosa que este argumento de Las Casas haya sido publicado por primera vez (aunque en lengua extranjera) por un secretario de la inquisición, como era Llorente. El original todavía permaneció en manuscrito. Es singular que estas obras que contienen las ideas de tan gran filántropo sobre materias de tal interés para la humanidad, no hayan sido con más frecuencia consultadas, o a lo menos citadas, por los que después siguieron sus huellas. Son un arsenal del que pueden sacarse muchas armas útiles a la buena causa.

(1) Las cláusulas de este célebre código se encuentran con más o menos (jeneralmente menos) extensión en varios escritos contemporáneos. Herrera las da in extenso, Hist. general, dec. VII, lib. VI, cap V.

en breve tiempo a cabo. Sin embargo, el código recibió la sanción del emperador en el mismo año, y en noviembre de 1543 fué publicado en Madrid (1).

No bien se supo su contenido, se enviaron muchas cartas en que los amigos de los colonos les participaban las noticias, las cuales corrieron toda la tierra con la rapidez del rayo desde Méjico a Chile. Asustáronse todos con la perspectiva de la ruina que les amenazaba. En el Perú particularmente apenas había uno que pudiera lisonjearse de no estar comprendido en la lei. Pocos eran los que no habían tomado parte en una ocasión o en otra en las guerras civiles entre Almagro y Pizarro, y menos los que no estuviesen comprendidos en alguna de las insidiosas cláusulas que parecían estendidas como una red para envolverlos.

Todo el país se puso en conmoción. Juntáronse los hombres tumultuosamente en las calles y plazas, y al publicarse los artículos del código eran recibidos con gritos y silbidos universales. «¿Es este, decían, el fruto de todos nuestros trabajos? ¿Para esto hemos derramado a torrentes nuestra sangre? ¿Ahora que estamos inútiles a fuerza de trabajos y fatigas, nos dejan al fin de la campaña tan pobres como estábamos al principio? ¿Es este el modo que tiene el gobierno de recompensarnos por haberle conquistado un imperio? ¿Qué ha hecho el gobierno para ayudarnos en la conquista? Lo que tenemos lo hemos ganado con nuestras espadas, y con las mismas sabremos defenderlo.» Después los cansados veteranos, levantándose la manga mostraban los desnudos brazos o esponían a la vista del público los pechos, enseñando sus cicatrices como el mejor título para la posesión de sus Estados (2).

El gobernador Vaca de Castro vió con la mas profunda inquietud la tempestad que por todas partes se iba formando. Hallábase en el mismo centro de la escitacion, porque el Cuzco, habitado por una población mista y sin lei, estaba tan internado en las montañas, que tenía menos relaciones con la metrópoli, y por consiguiente estaba mucho menos sujeto a su influencia que las grandes ciudades de la costa. El pueblo invocó al gobernador para que le protejese contra la tiranía de la corte; pero Vaca de Castro procuró calmar la agitación de los colonos, representándoles que las medidas violentas solo tenderían a frustrar el objeto que deseaban conseguir, aconsejóles, pues, que nombrasen diputados para que presentasen una petición a la corona manifestando la impracticabilidad del nuevo plan de reforma y suplican-

(1) Las Casas apresuró esta sanción dirigiéndose a la conciencia del rei y representándole que la Santa Sede concedía el derecho de conquista a los soberanos españoles con la esclusiva condición de convertir a los infieles, y que el Omnipotente le tomaría en cuenta el tiempo que innecesariamente se tardase en cumplir esta condición. Oeuvres de Las Casas, ubi supra.

(2) Carta de Gonzalo Pizarro a Pedro Valdivia, M. S., desde los Reyes, 31 de octubre de 1548.—Zarate, Conq. del Perú, lib. V, cap. I.—Herrera, Hist. general, dec. VII, lib. VI, cap. X, XI.

Benalcazar en una carta a Carlos V dirige una serie de invectivas contra las ordenanzas, de las cuales dice que despojando a los dueños de esclavos reducirían inevitablemente el país a la miseria. Benalcazar era un conquistador, y de los mas respetables. Su carta es una buena muestra de los argumentos de su partido sobre este punto en contestación a los de Las Casas. Carta de Benalcazar, M. S., desde Cali, 20 de diciembre de 1544.

do su revocación; y rogóles encarecidamente que tuviesen paciencia hasta la llegada del virei, del cual acaso podría conseguirse que suspendiera la ejecución del código hasta recibir nuevas instrucciones de Castilla.

Pero no era fácil calmar la tempestad; y el pueblo empezó ya a volver los ojos en busca de algunos cuyos intereses y simpatías fuesen comunes con los suyos, y cuya posición en el país pudiera proporcionarle protección. La persona en quien naturalmente fijaron su elección en esta crisis fué Gonzalo Pizarro, el último que quedaba en el Perú de aquella familia que había mandado los ejércitos de la conquista; caballero cuyas maneras afables y populares le habían atraído el favor de la jeneralidad. Vióse, pues, rodeado de jentes que le suplicaban que interpusiese en su favor su influencia con el gobierno y les librase del rigor de las nuevas ordenanzas.

Gonzalo Pizarro se hallaba en Charcas muy ocupado en explorar las ricas minas del Potosí, cuyas fuentes, acabadas de descubrir entonces, habían de derramar en breve tales torrentes de plata sobre Europa. Aunque satisfecho de que se apelase a su protección, quería, como cauto, proveerse de los medios necesarios para la empresa antes de comenzarla; y si bien en secreto escitaba a los descontentos, no se comprometió prematuramente tomando parte en ningún movimiento revolucionario. Por aquel tiempo recibió cartas de Vaca de Castro, cuyo ojo vigilante seguía todas las fases de la agitación, en que le rogaba y rogaba a sus amigos no se dejase seducir por planes violentos de reforma hasta el punto de faltar a la lealtad debida al gobierno. Además el gobernador para contener estos movimientos de desorden, mandó a los alcaldes que prendiesen a todo el que profiriese palabras sediciosas y le impusieran un castigo proporcionado a su delito. Con esta firme y moderada conducta se concluyeron un tanto los furros del populacho y hubo algún tiempo de calma, en el cual todos esperaban con ansia la llegada del virei (1).

La persona elejida para este empleo importante fué un caballero de Avila, llamado Blasco Nuñez Vela, de antigua familia, de hermosa presencia, aunque algo avanzado en años, y reputado por valiente y devoto. Había desempeñado varios destinos de responsabilidad a satisfacción de Carlos V, por quien era nombrado ahora virei del Perú. Esta elección no hizo honor al discernimiento del monarca.

Parece extraño que no se confiriese este importante empleo a Vaca de Castro que ya se hallaba en el país, y que se había mostrado siempre apto para desempeñarlo. Pero desde que se le dió la misión para el Perú había habido una serie de asesinatos, insurrecciones y guerras civiles capaces de arruinar a la desgraciada colonia; y aunque su acertada administración había puesto las cosas en orden, las comunicaciones de España con las Indias eran tan tardías, que aun no se sabían en la madre patria todos los resultados de su política. Por otra parte, como se trataba de hacer importantes innovaciones en el gobierno, se creyó preferible enviar a uno que no tuviese que luchar con resentimientos personales, y que procediendo directamente de la corte, revestido de facultades extraordinarias, pu-

(1) Benalcazar, ubi supra.—Zarate, Conq. del Perú, ubi supra.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq., M. S.—Carta de Gonzalo Pizarro a Valdivia, M. S.—Montesinos, Anales, M. S., año 1543.

diera presentarse con mayor autoridad de la que tendría otro a quien el pueblo se había acostumbrado a ver en un empleo inferior. El monarca sin embargo escribió de su propia mano una carta a Vaca de Castro, en que le daba gracias por sus servicios pasados, y le mandaba que después de auxiliar al nuevo virrey con los informes, fruto de su larga experiencia, volviese a Castilla a ocupar su asiento en el Consejo. Enviáronse también cartas de la misma especie a los leales colonos que habían apoyado al gobernador en los últimos disturbios del país. Provisto de ellas y de las malhadadas ordenanzas, se embarcó Blasco Nuñez en San Lúcar, el 3 de noviembre de 1543, acompañado de los cuatro jueces de la audiencia y de un numeroso séquito para que pudiese presentarse con la ostentación correspondiente a su alta categoría (1).

A mediados del siguiente enero de 1544, después de una navegación feliz, desembarcó el virrey en Nombre de Dios, donde encontró un buque cargado de plata y dispuesto a darse a la vela para España. Su primer acto fué embargar este buque a nombre del gobierno por contener productos del trabajo de esclavos. Después de esta medida extraordinaria, adoptada en oposición al dictamen de la audiencia, cruzó el istmo de Panamá. Allí dió una muestra de su futura política haciendo que trescientos indios del Perú que habían llevado a aquel punto sus propietarios, fuesen puestos en libertad y restituidos a su país. Esta medida violenta causó gran sensación en la ciudad y encontró también fuerte oposición en la audiencia. Suplicáronle los jueces que no empezase tan precipitadamente a ejecutar su comisión, sino que esperase hasta llegar a la colonia y se tomase el tiempo necesario para adquirir algunos informes respecto al país y al estado de los ánimos en el pueblo. Pero Blasco Nuñez replicó friamente que «había venido no para interpretar las leyes ni discutir su conveniencia, sino para ejecutarlas, y que las ejecutaría a la letra, cualesquiera que fuesen las consecuencias» (2). Esta respuesta y el tono áspero en que fué dada terminaron desde luego el debate, porque los jueces vieron que era inútil discutir con un hombre que consideraba toda oposición como una tentativa para apartarle de su obligación y cuyas ideas de deber excluían todo ejercicio discrecional de autoridad, aun cuando el bien público lo exigiese.

El virrey, dejando la audiencia en Panamá por hallarse enfermo uno de sus individuos, continuó su camino y costeando las orillas del Pacífico desembarcó el 4 de marzo en Tumbes. Recibieronle muy bien aquellos leales habitantes: su autoridad fué públicamente proclamada, y el pueblo quedó asombrado de la ostentación y magnificencia que desplegó y que fueron tales que jamás se habían visto en el Perú. Aprovechó Blasco Nuñez la primera ocasión para dar una muestra de su ulterior política dando libertad a un gran número de esclavos indios, a instancia de sus caciques. Después

(1) Carta de Gonzalo Pizarro a Valdivia, M. S.—Herrera, Hist. general, dec. VII, lib. VI, cap. IX.—Fernandez, Hist. del Perú, parte I, lib. I, capítulo VI.—Zarate, M. S.

(2) «Estas y otras cosas le dijo el licenciado Zarate, que no fueron al gusto del virrey: antes se enojó mucho por ello y respondió con alguna aspereza, jurando que auia de ejecutar las ordenanças como en ellas se contenia, sin esperar para ello términos algunos ni dilaciones.» Fernandez, Hist. del Perú, parte I, lib. I, cap. VI.

continuó por tierra su viaje en dirección al Sur, y manifestó su determinación de conformarse estrictamente con la letra de las ordenanzas, haciendo que su equipaje fuese llevado por mulas donde esto era practicable; y donde fué absolutamente necesario valerse de los indios, dispuso que se les pagasen bien sus servicios (1).

Todo el país se llenó de consternación al saber la conducta del virrey y sus conversaciones, bien públicas, que circularon rápidamente aunque tal vez referidas con exageración. Celebráronse de nuevo reuniones en las ciudades. Discutióse la conveniencia de oponerse a su viaje, y una diputación de vecinos del Cuzco, que se hallaban entonces en Lima, instó repetidas veces al pueblo a que le cerrase las puertas de la capital. Pero Vaca de Castro, a la primera noticia de la llegada próxima del virrey había salido del Cuzco para Lima, y aunque con alguna dificultad, pudo recabar de los habitantes que continuasen dando muestras de su lealtad, recibiendo al nuevo gobernador con los honores correspondientes, y confiasen en que después de examinadas las cosas con mas detenimiento, aplazaría la ejecución de la ley hasta nueva decisión de la corona.

Sin embargo, la gran mayoría de los españoles, según lo que ya habían oído, tenían escasa confianza en el alivio que pudiera ofrecerles el virrey. Dirijéronse, pues, mas encarecidamente que nunca a Gonzalo Pizarro, sobre el cual llovieron cartas y peticiones de todas partes invitándole a tomar el cargo de protector de la colonia. Tales peticiones encontraron esta vez mas favorable respuesta que en la primera ocasión.

Había en efecto muchos motivos para que Gonzalo Pizarro se pusiese en movimiento. A su familia debía principalmente España la extensión de su imperio colonial, y se sentía fuertemente agraviado de que no se hubiera puesto en sus manos el gobierno de aquellos dominios. Así lo había sentido a la llegada de Vaca de Castro, y mucho mas debía aumentarse el sentimiento de su agravio al ver el nombramiento de un nuevo virrey, que indicaba que la política de la corona era escluir a su familia de la dirección de los negocios. Su hermano Hernando continuaba todavía en su prisión y él iba a ser sacrificado como la principal víctima de las fatales ordenanzas: porque ¿quién había tomado parte mas principal que él en la guerra civil con Almagro el padre? Y aun se decía aunque podía ser efecto de exageración que el virrey había anunciado que trataría a Pizarro como culpado en la batalla de las Salinas (2). Sin embargo, no había en el país una persona que tuviese tantos intereses ni tanto que perder con la revolución. Abandonado así por el gobierno, creyó que era ya tiempo de cuidar de sus negocios por sí propio.

Reunió, pues, diez y ocho o veinte caballeros de aquellos en quienes tenía mas confianza, y toman-

(1) Zarate, Conq. del Perú, lib. V, cap. VI.—Fernandez, Hist. del Perú, ubi supra.—Carta de Gonzalo Pizarro a Valdivia, M. S.—Montesinos, Anales, M. S., año de 1544.

(2) «Que así me la había de cortar a mi y a todos los que habían seido notablemente, como él decía, culpados en la batalla de las Salinas y en las diferencias de Almagro, y que una tierra como esta no era justo que estoviese en poder de jente tan vaxa, que llamaba él a los desta tierra porqueros y arrieros (aludiendo al origen de los Pizarros) sino que estoviese toda en la corona real.» Carta de Gonzalo Pizarro a Valdivia, M. S.

do una gran cantidad de plata sacada de las minas, aceptó la invitación de presentarse en el Cuzco. Al acercarse a la ciudad encontró un numeroso cuerpo de habitantes que salía a recibirle, haciendo resonar el aire con sus gritos y saludándole con el título de procurador jeneral del Perú. Este título fué inmediatamente confirmado por el ayuntamiento de la ciudad, el cual le invitó a presidir una diputación que debía enviarse a Lima para esponer sus quejas al virei y solicitar la suspensión de las ordenanzas.

Pero se había encendido en el pecho de Pizarro la llama de la ambición. Vióse fuertemente apoyado por el afecto popular y desde la posición más elevada en que entonces se hallaba, sus deseos tomaron un vuelo más alto y más ilimitado. Sin embargo, si abrigó una ambición criminal, la ocultó cuidadosamente a todos y tal vez a sí propio. El único objeto a que aspiraba, según decía, era el bien del pueblo (1), frase sospechosa, que generalmente significa el bien del individuo. Pidió entonces permiso para organizar una fuerza armada y tomar el título de capitán jeneral. Sus fines, según aseguraba, eran completamente pacíficos; pero sería imprudente, sin estar fuertemente protegido, presentarse con semejante petición a un hombre de carácter tan impaciente y arbitrario como el virei. El ayuntamiento del Cuzco se negó al principio a conceder facultades que de tal modo excedían de sus legítimas atribuciones; pero Pizarro declaró que en caso de formal negativa renunciaría el título de Procurador; y los esfuerzos de sus partidarios apoyados por el pueblo vencieron al fin los escrúpulos de los magistrados, los cuales concedieron al ambicioso jefe el mando militar a que aspiraba. Pizarro lo aceptó, asegurando modestamente que lo hacía «solo porque en ello se prometía servir los intereses del rei, de las Indias, y sobre todo del Perú (2).»

CAPITULO VIII.

Llegada del virei a Lima.—Gonzalo Pizarro sale del Cuzco.— Muerte del Inca Manco.—Conducta imprudente del virei.— Es preso y destituido por la audiencia.—Gonzalo Pizarro es proclamado gobernador del Perú.

1544.

Mientras ocurrían los acontecimientos referidos en las anteriores páginas, Blasco Nuñez continuaba su viaje a Lima. Pero la irritación que su conducta había causado ya en los ánimos de los colonos, se mostró en la fría acogida que encontró en el camino y en la escasez de alojamientos y provisiones que se prepararon para él y su séquito. En uno de los puntos de descanso halló sobre la puerta de su habitación esta inscripción de mal

(1) «Diciendo que no quería nada para sí, sino para el beneficio universal, y que por todos había de poner todas sus fuerzas.» Herrera, Hist. general dec VII, lib. VII, capitan XX.

(2) «Aceptelo por ver que en ello hacía servicio a Dios y a S. M. y gran bien a esta tierra y jeneralmente a todas las Indias.» Carta de Gonzalo Pizarro a Valdivia, M. S.

Herrera, Hist. general, dec. VII, lib. VIII, cap. XIX—XX.—Zárate, Conq. del Perú, lib. V, cap. IV—VIII.—Fernandez, Hist. del Perú, parte I, lib. I, cap. VIII.—Montesinos, Annales, M. S., año de 1544.

agüero: «A quien me viniere a quitar mi hacienda, quitarle he la vida (1).» Esta amenaza, sin embargo, ni le intimidó ni le hizo variar de propósito, y continuó su viaje hacia la capital, cuyos habitantes, precedidos de Vaca de Castro y de las autoridades municipales, salieron a recibirle. Entró con gran ostentación bajo un palio de paño carmesí con fuertes varas de plata que llevaron los individuos de ayuntamiento. Un caballero con una maza, emblema de autoridad, cabalgaba delante de él, y después de haber pronunciado el juramento de costumbre en la sala de consejo, la comitiva se dirigió a la catedral, donde se cantó un *Te Deum*, siendo en seguida instalado Blasco Nuñez en su nueva dignidad de virei del Perú (2).

Su primer acto fué anunciar su determinación respecto a las ordenanzas. No tenía facultad de suspender su ejecución; debía cumplir la comisión que se le había confiado; pero ofrecía unir sus ruegos a los de los colonos en un memorial al emperador solicitando la revocación de un código que ya creía no ser conveniente ni a los intereses del país ni a los de la corona (3). Con esta opinión sobre el asunto, parecerá extraño que Blasco Nuñez no hubiese tomado sobre sí la responsabilidad de suspender la ejecución de la ley hasta que el soberano se convenciese de las inevitables consecuencias que resultarían de llevarla a cabo. El bajá de un despota turco que se hubiese permitido semejante cosa en favor de los intereses de su señor, podía en verdad contar con recibir el cordón o el puñal. Pero el ejemplo de Mendoza, el prudente virei de Méjico, adoptó esta medida en circunstancias semejantes y precisamente en la misma época, debería haberle probado su conveniencia en aquel caso. Mendoza suspendió las ordenanzas hasta que la corona se enterase de los resultados que iban a producir, y así se salvó Méjico de una revolución (4). Pero Blasco Nuñez no tenía la prudencia de Mendoza.

Los temores del público estaban, pues, muy lejos de calmarse. Formáronse secretos planes en Lima que estendieron sus ramificaciones a las demás ciudades. No desconizó, sin embargo, el virei, y cuando le informaron de los preparativos de

(1) Herrera, Hist. general, dec. VII, lib. VII, cap. XVIII.

(2) «Entró en la ciudad de Lima a 17 de mayo de 1544: salióle a recibir todo el pueblo a pie y a caballo dos tiros de ballesta del pueblo, y a la entrada en la ciudad estaba un arco triunfal de verde con las armas de España, y las de la misma ciudad; estábanle esperando el rejimiento y justicia, y oficiales del rei con ropas largas hasta los pies, de carmesí, y un palio del mismo carmesí, aforrado en lo mismo, con ocho barras guarnecidas de plata, y tomáronle debajo todos a pie, cada regidor y justicia con una vara del palio, y el virey en su caballo con las mazas delante: tomáronle juramento en un libro misal, y juró de las guardar y cumplir todas sus libertades y provisiones de S. M.; y luego fueron desta manera hasta la iglesia, salieron los clérigos con la cruz a la puerta, y le metieron dentro cantando *Te Deum laudamus*, y después que vbo dicho su oración fué con el cabildo y toda la ciudad a su palacio, donde fué recibido y hizo un parlamento breve en que contentó a toda la jente.» Relación de los sucesos del Perú desde que entró el virey Blasco Nuñez acaecidos en mar y tierra, M. S.

(3) «Porque llanamente él confesaba que así para su majestad como para aquellos reinos, eran perjudiciales.» Zárate, Conq. del Perú, lib. V, cap. V.

(4) Fernandez, Hist. del Perú, p. I, lib. I, cap. II-V.

Gonzalo Pizarro, no adoptó otra medida mas que enviarle un mensaje participándole las facultades extraordinarias de que estaba investido, y mandándole que disolviese sus fuerzas. Creía tal vez que una mera palabra suya bastaría para sofocar la rebelion. Pero se necesitaba mas que una palabra para desbandar la férrea soldadesca del Perú.

Entre tanto Gonzalo Pizarro se ocupaba activamente en reunir su ejército. Su primer paso fué sacar de Guamanga diez y seis piezas de artillería, enviadas allí por Vaca de Castro, que en el estado de ajitacion en que se hallaba el país, no había querido dejar en el inquieto pueblo del Cuzco semejantes instrumentos de destruccion. Gonzalo que no tenía escrúpulos para servirse de los indios, se apropió seis mil de estos para que trasladasen este tren a través de las montañas (1).

Con sus esfuerzos y los de sus amigos, el activo jefe reunió pronto un ejército de cerca de cuatrocientos hombres, que si no era mui imponente por entonces, confiaba en que llegaría a serlo a medida que bajase hácia la costa, por el aumento que recibiría en las ciudades y aldeas que encontrara al paso. Gastáronse todos sus fondos en equipar las tropas y proveerlas para la marcha: y para suplir la falta de recursos no tuvo escrúpulo en apoderarse del real tesoro, puesto que según decía era para invertirlo en objetos de interés público. Con este oportuno auxilio, sus tropas bien montadas y completamente equipadas, estuvieron en breve en estado de presentarse en el campo; y despues de dirigirles una corta arenga, en que tuvo cuidado de insistir sobre el carácter pacífico de su empresa, un tanto en contradiccion con sus preparativos militares, salió por las puertas de la capital.

Antes de dejar el Cuzco había recibido un importante refuerzo en la persona de Francisco de Carbajal, el veterano que tuvo parte tan principal en la batalla de Chupas. Hallábanse en Charcas cuando llegó al Perú la noticia de las ordenanzas, e inmediatamente resolvió abandonar el país y volver a España, convencido de que el Nuevo Mundo no sería ya para él la tierra que había buscado, las doradas Indias. Redujo, pues, todos sus efectos a dinero y se preparó a embarcarse en el primer buque que se le presentase. Pero no se le ofrecía oportunidad y tenía pocas esperanzas de burlar la vigilancia del virei. Sin embargo, aunque Gonzalo Pizarro le ofreció un mando a sus órdenes en la expedicion, el veterano lo rehusó diciendo, que ya tenía ochenta años, y que solo deseaba volver a su casa y pasar con sosiego el resto de sus días (2). Mas le hubiera valido persistir en su negativa. Pero al fin accedió a los ruegos de su amigo, y el corto tiempo que le quedó de vida fué todavía mas que suficiente para manchar su memoria con perpétua infamia.

Poco despues de su salida del Cuzco, supo Pizarro la muerte del Inca Manco, el cual fué asesinado por una partida de españoles de la faccion de Almagro, que despues de la derrota de su joven capitán, se habían refugiado en el campo indio. Ellos en cambio fueron todos muertos por los peruanos. Es imposible determinar quién tuvo la culpa de la contienda, pues ninguno de los que se hallaron en ella pudo salvarse para contarlo (3).

(1) Zárate, Conq. del Perú, iib. V, cap. VIII.

(2) Herrera, Hist. jeneral, dec. VII, lib. VII, cap. XXII.

(3) Pedro Pizarro, Descub. y Conq., M. S.--Garcilaso, Com. Real, parte II, lib. IV, cap. VII.

La muerte de Manco Inca, según se le llamaba comunmente, es un suceso que no debe ser pasado en silencio en la historia peruana; porque fué el último de su raza que puede decirse que estuvo animado del heróico espíritu de los antiguos incas. Aunque colocado en el trono por Pizarro, lejos de continuar siendo un mero instrumento en sus manos, mostró en breve que no estaba dispuesto a hacer que su suerte dependiese de la voluntad de sus vencedores. Aun cuando las antiguas instituciones del país se desplomaban alrededor suyo, todavía luchó valientemente como Guatimocin, el último de los aztecas, para evitar su caída o enterrar a sus opresores entre las ruinas del imperio. Con su ataque a la capital del Cuzco, en el cual la mayor parte de ella fué demolida, dió un golpe terrible a las armas de Pizarro y por un momento la suerte de los conquistadores estuvo en suspenso en la balanza del destino. Aunque derrotado al fin por la ciencia superior de su adversario, todavía siguió mostrando el mismo indomable espíritu que en otro tiempo. Retiróse a las asperezas de sus montañas, de donde saliendo cuando la ocasion se le ofrecía, caía sobre las caravanas de caminantes y sobre las pequeñas partidas de guerreros, y cuando sobrevenia la guerra civil acudía a ponerse del lado del mas débil, prolongando así la lucha de sus enemigos y alimentando su venganza con la contemplacion de sus calamidades. Cambiando constantemente de residencia, supo eludir la persecucion entre los desfiladeros de las cordilleras, y ya errando alrededor de las ciudades, ya emboscándose a la inmediacion de los caminos, hizo que su nombre llegase a ser el terror de los españoles. Muchas veces le dirigieron estos proposiciones de acomodamiento, y cada gobernador, hasta Blasco Nuñez, había llevado instrucciones de la corte para atraerse por cualquier medio al formidable guerrero. Pero Manco no creía en las promesas de los blancos, y prefirió conservar su salvaje independencia en las montañas con los pocos valientes que le seguian, a la ignominia de vivir esclavo en el país que en otro tiempo reconoció por soberanos a sus antecesores.

La muerte del Inca hizo desaparecer uno de los grandes pretextos de los preparativos militares de Pizarro; pero en este ejercicio, como puede suponerse, mui poca influencia. Mas sintió la desercion de algunos de sus soldados que le abandonaron en los primeros días de marcha. Varios caballeros del Cuzco, asombrados al ver la ninguna ceremonia con que Gonzalo Pizarro había echado mano de los caudales públicos, y asustados del aspecto belicoso que iban tomando los negocios, empezaron a conocer que se hallaban en el camino de la rebelion. Muchos de ellos, incluso algunos de los principales de la ciudad, se retiraron del ejército y se apresuraron a presentarse en Lima y a ofrecer sus servicios al virei. Las tropas se desanimaron con esta desercion, y aun Pizarro titubeó un momento en su propósito y pensó en retirarse con cincuenta de los suyos a Charcas para entrar desde allí en negociaciones con el gobierno. Pero un poco de reflexion y las amonestaciones del valiente Carbajal, que jamás retrocedía en la empresa una vez comenzada, le convencieron de que ya había ido demasiado lejos para poder volverse atrás y que su único medio de salvacion estaba en seguir adelante.

Tranquilizóronle algunas manifestaciones mas decididas que poco despues recibió de la opinion pública. Un oficial llamado Puelles, que mandaba en

Guanuco, se le unió con algunos caballos que le habia confiado el virei. A esta defeccion siguieron otras, y Gonzalo al descender de las elevadas llanuras del Cuzco vió gradualmente aumentarse sus fuerzas hasta llegar a componer un número casi doble del que tenían cuando salió de la capital india.

Al atravesar con mas libre paso los sangrientos campos de Chupas, Carbajal le enseñó los diversos sitios que habian sido teatros del combate, y Pizarro podia haber encontrado materia para tristes reflexiones si hubiera meditado sobre la suerte destinada a los rebeldes. En Guamanga fué recibido con los brazos abiertos por los habitantes, muchos de los cuales se apresuraron a alistarse en sus banderas, pues habiendo oído hablar en todas partes del carácter inflexible del virei, temblaban por sus propiedades (1).

Blasco Nuñez empezó ya a convencerse de que se hallaba en una posicion crítica. Antes de que se consumase la traicion de Puelles habia recibido algunas noticias vagas respecto a las intenciones de este oficial. Aunque apenas las daba crédito, destacó a uno de los suyos llamado Diaz con una fuerza para impedir la desercion de Puelles; pero aunque aquel emprendió con buen deseo su mision, le persuadieron poco despues que debia seguir el ejemplo de su camarada y con la mayor parte de su jente se pasó al enemigo. En las guerras civiles de aquel infeliz pais se cambiaba de partido tan frecuentemente, que la deslealtad a sus jefes casi dejó de ser una mancha en el honor de un caballero. Sin embargo, todos, cualquiera que fuese el partido en que se hallarían afiliados, proclamaban altamente su lealtad a la corona.

Blasco Nuñez viendo que los suyos y los que mas adhesion a su causa habian aparentado le hacian traicion, comenzó a sospechar de todos los que le rodeaban. Por desgracia sus sospechas recayeron en algunos de los que mas confianza podian inspirarle. Entre estos se hallaba su predecesor Vaca de Castro. El antiguo gobernador, en la delicada posicion en que se hallaba colocado, se habia conducido con honradez e integridad perfectas. Habia hablado francamente al virei, y no le hubiera estado mal a Blasco Nuñez, haberse aprovechado de sus instrucciones. Pero Blasco Nuñez, infatuado con la importancia de su empleo, presumia por otra parte demasiado de su superior sabiduria para admitir los consejos de su esperto predecesor, y sospechó que este mantenia correspondencia secreta con sus enemigos del Cuzco, sospecha que no parece haber tenido mas fundamento que la amistad personal que como era sabido: profesaba Vaca de Castro a algunos de ellos. Sin embargo para Blasco Nuñez sospechar era convencerse, y mandó prender a Vaca de Castro y conducirle a un buque anclado en el puerto. Esta medida violenta fué seguida de la prision de otros muchos caballeros, probablemente por sospechas asi mismo mal fundadas (2).

Fijó en seguida su atencion en el enemigo. No obstante haberse frustrado ya una vez la esperanza de obtener algo por medio de las negociacio-

(1) Fernandez, Hist. del Perú, parte I, lib. I, cap. XIV.—Zárate, Conq. del Perú, lib. V, cap. IX—X.—Herrera, Hist. general, dec. VII, lib. VIII, cap. V—IX.—Carta de Gonzalo Pizarro a Valdivia, M. S.—Relacion de los sucesos del Perú, M. S.

(2) Zárate, Conq. del Perú, lib. V, cap. III.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq. M. S.—Fernandez, Hist. del Perú, parte I, lib. I, cap. X.

nes, no desesperó de conseguirlo la segunda, y envió a Gonzalo Pizarro otra embajada, presidida por el obispo del Cuzco, prometiendo una amnistia jeneral y haciendo a Gonzalo algunas proposiciones mas halagüeñas. Pero esta embajada, al paso que anunció la debilidad del virei, tuvo el mismo mal éxito que la primera (1).

Blasco Nuñez se preparó entonces vigorosamente para la guerra. Su primer cuidado fué poner la capital en estado de defensa aumentando las fortificaciones y construyendo barricadas en las calles. Mandó despues hacer un alistamiento jeneral de los habitantes y llamó tropas de las ciudades inmediatas, llamamiento a que no se apresuraron estas demasiado a responder. Una escuadra de ocho a diez buques estaba preparada en el puerto para operar en combinacion con la fuerza terrestre. Tomáronse las campanas de las iglesias y de ellas se hicieron arcabuces (2) y del real tesoro se sacaron los fondos necesarios. Ofrecióse a los soldados una paga escesiva y compráronse mulas y caballos a tal precio, que bien se echaba de ver que el oro, o por mejor decir la plata, era el artículo de menos valor en el Perú (3).

Mientras se hacian estos preparativos, los jueces de la audiencia llegaron a Lima. En su viaje habian mostrado muy poco respeto asi a las ordenanzas como a la voluntad del virei, porque se habian valido de los pobres indios con tan poca escrupulosidad como los mismos conquistadores. Ya hemos visto el completo desacuerdo que existia entre ellos y el virei en Panamá. Este desacuerdo fué todavia mas manifiesto en Lima. Desaprobaron todos sus actos: su negativa de suspender las ordenanzas, aunque en realidad no habia tenido nueva ocasion de ponerlas en práctica; sus preparativos de defensa que segun ellos eran inútiles, porque debia haberse recurrido a las negociaciones, y finalmente la prision de tantos leales caballeros que declararon un acto arbitrario y fuera de los límites de su autoridad. Así no tuvieron reparo en visitar la cárcel en persona y poner en libertad a los presos (4).

Este paso atrevido, al mismo tiempo que les concilió la buena voluntad del pueblo, cortó de una vez todas sus relaciones con el virei. Habia en la audiencia un abogado llamado Cepeda, hombre astuto y ambicioso, de bastantes conocimientos en su profesion y de talento todavia mayor para la intriga. Este no tuvo reparo en usar de los

(1) El obispo Loaysa fué despojado de sus despachos y no se le permitió entrar en el campo para que su presencia no tentase la constancia de los soldados. (Relacion de los sucesos del Perú). Este pasage ocupa mas espacio del que merece en la mayor parte de los escritos.

(2) «Hizo hacer gran copia de arcabuces, así de hierro como de fundicion, de ciertas campanas de la iglesia maior, que para ello quitó.» Zárate, Conq. del Perú, lib. V, cap. VI.

(3) Blasco Nuñez pagó, segun Zárate, que tenia medios de saberlo, doce mil ducados por treinta y cinco machos.—«El visorrei les mandó comprar de la hacienda real treinta y cinco machos, en que hiciesen la jornada, que costaron mas de doce mil ducados.» (Zárate, Conq. del Perú, lib. V, cap. X.) Los modernos americanos del Sur se sorprenderán de que se pagasen tan excesivamente unos animales que ahora tanto abundan en el pais.

(4) Fernandez, Hist. del Perú, parte I, lib. I, cap. X.—Herrera, Historia general, dec. VII, lib. VIII, cap. II—X.—Carta de Gonzalo Pizarro a Valdivia, M. S.

bajos artificios de un demagogo para ganarse el favor del populacho, creyendo hallar su provecho en fomentar la antipatía contra Blasco Nuñez. El virei, preciso es confesarlo, hizo al mismo tiempo todo lo posible por ayudar a su consejero en tan laudable intento.

Cierto caballero de Lima llamado Suarez de Carbajal que había desempeñado por largo tiempo un empleo durante el mando de los gobernadores, cayó en desgracia del virei por sospechas de haber contribuido a la desercion de algunos de sus parientes que habían tomado partido con los descontentos. El virei llamó a Carbajal a su palacio a una hora avanzada de la noche; y cuando fué conducido a su presencia, le acusó de traicion y le reconvino ásperamente. Carbajal negó el cargo en tono tan alto y enérgico como el de su acusador. Acaloróse la disputa hasta que Blasco Nuñez en un arrebato de ira le dió un golpe con su daga. En un momento sus dependientes, tomando aquel golpe por una señal, hundieron las espadas en el cuerpo del desgraciado Carbajal que cayó sin vida en el suelo (1).

Blasco Nuñez, temeroso de las consecuencias de su precipitada accion, porque Carbajal era muy querido en Lima, mandó que el cadáver fuese trasladado por una escalera secreta a la catedral, donde envuelto en su sangrienta capa fué enterrado en una sepultura apresuradamente abierta para recibirlo. Tan trágico suceso, sabido de tantos, no pudo estar por mucho tiempo secreto. Vagos rumores del caso explicaron la misteriosa desaparicion de Carbajal. Abrióse la sepultura, y los destrozados restos de aquel infeliz manifestaron el crimen del virei (2).

Desde aquel momento Blasco Nuñez fué universalmente aborrecido, y su crimen en este caso tomó un colorido de ingratitude, pues se sabia que el muerto había empleado al principio su influencia para reconciliar los ánimos con el gobierno. Nadie se contaba seguro, y cada uno temia ser la segunda víctima de las indomables pasiones del virei. En este estado algunos volvieron los ojos a la audiencia y muchos mas a Gonzalo Pizarro en busca de proteccion.

Pizarro se adelantaba lentamente hácia Lima, de la cual solo se hallaba distante unos cuantos dias de marcha. Blasco Nuñez, sin saber qué hacerse, conoció entonces lo triste de su posición: abandonado de sus amigos; en desacuerdo con la audiencia, vendidos por sus soldados, pudo preveer sin gran esfuerzo las consecuencias de su imprudente

(1) «Dióle en el pecho con la daga, según dicen, pero el virei lo niega.» Esto dice Zárate en un ejemplar impreso de su historia (lib. V, cap. XI). En el manuscrito orijinal, que todavía existe en Simancas, refiere el hecho sin comentario alguno. «Luego el dicho virei echó mano a una daga, y arremetió con él, y le dió una puñalada, y a grandes voces mandó que le matasen.» (Zárate, M. S.) Esta era sin duda su leal conviccion cuando escribia en el mismo sitio y poco despues del acontecimiento. Pero sin duda juzgó político y prudente modificar sus espresiones antes de dar lo obra a la estampa. Otro autor contemporáneo, bien enterado de estos sucesos y amigo del virei, se espresa de este modo: «Dicen que le hizo varias heridas con la daga;» y no trata de refutar de manera alguna el cargo. (Relacion de los sucesos del Perú, M. S.) Esta version parece en efecto ser la mas generalmente recibida en aquel tiempo por los que tenían los mejores medios de saber la verdad.

(2) Zárate, Conq. del Perú, ubi supra.

conducta. Sin embargo, no había otro remedio para él sino marchar al encuentro del enemigo o defenderse en Lima. Había puesto la ciudad en buen estado de defensa, lo cual indicaba que su primitivo intento era sostenerse en ella; pero no pudiendo contar con la fidelidad de sus tropas se decidió por un tercer partido que ciertamente era el mas inesperado.

Consistía este en abandonar la capital y retirarse a Trujillo, a unas ochenta leguas de distancia. Las mujeres y los equipajes debían embarcarse en la escuadra y ser transportados por mar, mientras las tropas y los habitantes marchaban por tierra asolando el país por donde pasasen. Gonzalo Pizarro cuando llegase a Lima se encontraría sin viveres para su ejército, y en este apuro no se cuidaría de emprender una larga marcha atravesando un país desierto para ir en busca del enemigo (1).

Qué es lo que el virei se proponía con este movimiento no se comprende, como no fuese ganar tiempo; y aun así, cuanto mas tiempo ganase peor hubiera sido para él. Pero estaba destinado a encontrar una fuerte oposicion en la audiencia. Los oidores dijeron que no tenía facultades para dar semejante paso, y que ellos no podían legalmente celebrar sus sesiones fuera de la capital. Blasco Nuñez persistió en su determinacion amenazando a los jueces con la fuerza en caso necesario. Estos apelaron a los habitantes para que les ayudaran a resistir tan arbitraria medida; reunieron fuerza armada para que les protegiese y en el mismo dia dieron un decreto mandando prender al virei.

Lo que Blasco Nuñez no se había cuidado de hacer lo hicieron los oidores. Salieron a la cabeza de su jente, cuyo número, aunque corto al principio, esperaban que se aumentase con los que encontraran al paso, y de este modo se dirijieron al palacio del virei gritando; «libertad, libertad! ¡viva el rei! ¡viva la audiencia!» Empezaba entonces a amanecer, y los habitantes, despertados al ruido, corrieron a los balcones y ventanas, y sabiendo el objeto del movimiento, algunos tomaron sus armas y se unieron a él, mientras las mujeres ajitando sus pañuelos aplaudían la revolucion.

Cuando la turba llegó enfrente del palacio del virei, hizo alto por un momento, incierta del partido que debía tomar. El virei dió orden para hacer fuego desde las ventanas, y una descarga de balas pasó sobre sus cabezas sin tocar a nadie. Entonces la mayor parte de los criados del virei, con muchos de sus oficiales, incluso algunos de los que se habían mostrado mas solícitos por su seguridad personal, se unieron abiertamente al populacho, y el palacio fué invadido y saqueado. Blasco Nuñez, abandonado de todos, excepto de unos cuantos amigos fieles, no opuso resistencia; se rindió a los agresores, fué conducido ante los jueces, y por ellos confinado en una estrecha prision. Los habitantes, gozosos del éxito del movimiento, dieron un banquete a los soldados, y el asunto concluyó sin que se perdiese una sola vida. Nunca hubo revolucion menos sangrienta (2).

(1) Zárate, Conq. del Perú, lib. V, cap. XII.—Fernandez, parte I, libro I, cap. XVIII.

(2) Relacion de los sucesos del Perú, M. S.—Relacion anónima, M. S.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq. M. S.—Fernandez, Hist. del Perú, parte I, lib. I, cap. XIX.—Zárate, Conq. del Perú, lib. V, cap. XI.—Carta de Gonzalo Pizarro a Valdivia, M. S.—Gonzalo Pizarro deduce devotamente de esto que la revolucion fué obra de la mano de Dios para el bien del país. «E hizose sin que muriese un hombre, ni fuese herido, como obra

Lo primero que hicieron los jueces fué disponer del preso. Enviósele con fuerte guardia a una isla inmediata, hasta que se decidiese lo que debía hacerse con él. Después fué depuesto de su empleo, estableciéndose un gobierno provisional compuesto de los individuos de la audiencia y presidido por Cepeda, cuyo primer acto fué suspender la ejecución de las odiadas ordenanzas hasta recibir instrucciones de la corte. Decidióse también enviar a Blasco Nuñez a España acompañado de un oidor encargado de explicar al gobierno el carácter de los últimos disturbios y justificar las medidas adoptadas por la audiencia. Este acuerdo fué puesto al momento en ejecución; eligióse al licenciado Alvarez para acompañar al virei, y este desgraciado, después de haber estado muchos días en la isla desierta con escaso alimento y espuesto a todas las inclemencias del tiempo, hubo de emprender su viaje a Panamá (1).

Quedaba todavía un formidable adversario en Gonzalo Pizarro, que se había adelantado ya hasta Xauxa, a unas noventa millas de Lima. Allí hizo alto, y entre tanto en Lima gran número de habitantes se preparaban a unirse a sus banderas, prefiriendo servir a sus órdenes a quedar sometidos a la autoridad que se había abrogado la audiencia. Los jueces, que habían saboreado las dulzuras del gobierno por demasiado corto tiempo para que les agradase renunciar a ellas, se decidieron al fin, después de muchas dilaciones, a enviar un mensaje al procurador, anunciándole la revolución que se había verificado y la suspensión de las ordenanzas. Decíanle, además, que el gran objeto de su misión estaba ya cumplido, y que habiéndose organizado un nuevo gobierno, le invitaban a mostrar su obediencia, disolviendo su ejército y retirándose a gozar tranquilo y seguro de sus haciendas. La exigencia hecha a una persona que se hallaba en la posición de Pizarro era muy atrevida, aunque envuelta en términos corteses y en frases lisonjeras. Era querer espantar al águila en el momento mismo de ir a lanzarse sobre su presa. Sin embargo, si Pizarro hubiera desmayado en su propósito, le habría afirmado en él su esforzado teniente. «No mostreis debilidad, le dijo, cuando tan cerca estamos de asegurar el golpe. Todos vuestros pasos han sido felices hasta ahora; no teneis mas que alargar la mano para tomar el gobierno y todos os seguirán.» El encargado por los jueces de presentar el mensaje a Pizarro, volvió con esta respuesta: «que la voluntad del pueblo era que Gonzalo Pizarro se encargase del gobierno del país, y que si la audiencia no le daba desde luego la investidura de gobernador, entregaria la ciudad al saqueo» (2).

Los magistrados quedaron consternados al oír esta constestacion decisiva. Sin embargo, no re-

que Dios la guiava para bien desta tierra.» Carta, M. S., ubi supra.

(1) Carta de Gonzalo Pizarro a Valdivia.—Relacion de los sucesos del Perú, M. S.

La historia de la captura del virei está muy bien referida por el autor de este último manuscrito, el cual, en este caso a lo menos, se inclina como debe en favor de Blasco Nuñez, aunque era su adversario.

(2) Zárate, Conq. del Perú, lib. V, cap. XIII.

Se necesitaba cierto valor para llevar el mensaje de la audiencia a Gonzalo Pizarro y a sus fieros soldados. El historiador Zárate fué el que desempeñó esta comisión, no muy a gusto suyo segun parece. Sin embargo, salió ileso del peligro, y ha dado en su crónica una relación completa de este asunto.

solviéndose todavía a renunciar, fueron a pedir consejo a Vaca de Castro, que se hallaba aun detenido a bordo de uno de los buques. Pero Vaca de Castro debía muy poco a sus sucesores para que quisiera esponer por ellos su vida desconociendo los planes de Pizarro, y así guardó un discreto silencio, dejando la decisión del asunto a la sabiduría de la audiencia.

Entre tanto Carbajal fué enviado a la ciudad para apresurar las deliberaciones. Llegó de noche seguido solamente de unos cuantos soldados y mostrando en esto el desprecio que hacia del poder de los jueces. Su primer acto fué sacar de sus camas y poner en prision a un gran número de caballeros del Cuzco, los mismos que, como he dicho antes, habían abandonado las filas de Pizarro a su salida de aquella capital. Mientras la audiencia dudaba aun del medio que debía adoptar, Carbajal hizo subir en mulas a tres de sus presos, personas de consideracion y riqueza, y les trasladó escoltados por la ciudad hasta los arrabales, donde concediéndoles solo un breve espacio de tiempo para que se confesasen, les hizo ahorcar a todos de las ramas de un árbol. El mismo dirigió la ejecución, y se mofó de una de las víctimas, diciéndole; «que en consideracion a su alta clase tendria el privilegio de elegir la rama de que había de ser ahorcado» (1). Dícese que el feroz Carbajal hubiera ido aun más adelante en sus ejecuciones, a no haber recibido órdenes contrarias de su jefe. Pero bastante se hizo para avivar las deliberaciones de la audiencia, cuyos individuos conocieron que en manos tan poco escrupulosas, sus vidas estaban pendientes de un hilo. Enviaron, pues, sin mas dilacion un mensaje a Gonzalo Pizarro invitándole a entrar en la ciudad, y declarando que la seguridad del país y el bien jeneral exijian que se pusiesen en sus manos las riendas del gobierno (2).

Pizarro, que había llegado ya a media legua de distancia de la capital, entró inmediatamente en ella, el 28 de octubre de 1544 con todo el aparato guerrero. Toda su fuerza llegaba a cerca de mil doscientos españoles, además de algunos miles de indios que iban a vanguardia conduciendo la artillería (3). Después de los indios iban los alabarderos y arcabuceros formando un cuerpo de infantería formidable para un ejército colonial; y úl-

(1) «Le quería dar su muerte con una preeminencia señalada, que escojiese en qual de las ramas de aquel árbol quería que le colgasen.» Zárate, Conq. del Perú, lib. V, cap. XIII.—Relacion anónima, M. S.—Fernandez, parte I, lib. I, cap. XXV.

(2) Segun Gonzalo Pizarro, la audiencia hizo esta invitacion obediendo a las exigencias de los representantes de las ciudades.—«Y a esta sazón llegué a Lima; y todos los procuradores de las ciudades destes reinos suplicaron al audiencia me hiciesen gobernador para resistir los robos a fuerzas que Blasco Nuñez andava haciendo, y para tener la tierra en justicia hasta que S. M. proveyese lo que mas a su real servicio convenia. Los oidores, visto que así convenia al servicio de Dios y al de S. M. y al bien destes reinos, etc.» (Carta de Gonzalo Pizarro a Valdivia, M. S.) Pero la relacion de Pizarro respecto a este punto debe recibirse con mas desconfianza que la ordinaria. Su carta dirigida al célebre conquistador de Chile contiene una relacion completa del orijen y progresos de la rebelion; es la mejor vindicacion de su conducta que puede hallarse, y como contrapeso a lo que dijeron sus enemigos, es tambien de inestimable valor para el historiador.

(3) El autor de la Relacion anónima dice que empleó

timamente la caballería, a cuya cabeza marchaba el mismo Pizarro sobre un magnífico caballo brillantemente enjaezado. Iba Gonzalo completamente armado, y sobre su armadura ondeaba una túnica ricamente bordada y una capa carmesi llena de brillantes adornos, los cuales realzaban la gallardía y el aire marcial de su persona (1). Delante de él iba el estandarte real de Castilla; porque todos, realistas o rebeldes, peleaban siempre bajo esta enseña. A la derecha acompañaba a este emblema de lealtad una bandera con las armas del Cuzco, y a la izquierda otra con las armas concedidas por la corona a la casa de los Pizarros. Al pasar la marcial comitiva por las calles de Lima, rasgaron el aire multitud de aclamaciones que salían del pueblo y de los espectadores asomados a las ventanas. De cuando en cuando se oía el estampido del cañon, y las campanas de la ciudad (las que había dejado el virei) tocaban un alegre son como celebrando una victoria.

Los jueces de la audiencia tomaron a Gonzalo el juramento de costumbre, proclamándole gobernador y capitán general del Perú, hasta que pudiera saberse en este punto la voluntad de S. M. El nuevo gobernador se alojó en el palacio de su hermano en el cual aun se veían las manchas de su sangre. Fiestas, corridas de toros y torneos alegraron la ceremonia de la inauguración prolongándose por muchos días y entregándose el pueblo al mayor regocijo como si hubiera comenzado para el Perú un nuevo y mas favorable orden de cosas (2).

CAPITULO IX.

Medidas de Gonzalo Pizarro.—Evasion de Vaca de Castro.—Reaparición del virei.—Su desastrosa retirada.—Su derrota y su muerte.—Gonzalo Pizarro dueño del Perú.

1544—1546.

El primer acto de la administracion de Gonzalo Pizarro fué mandar prender a los que habían tomado una parte mas activa contra él en los últimos disturbios. A muchos condenó a muerte, pero despues conmutó la sentencia, y se contentó con desterrarlos y confiscarles los bienes (3). Despues se dedicó a establecer su autoridad sobre mas firmes

doce mil indios en este servicio. Pero este autor, aunque vivía en las colonias en aquel tiempo, habla muchas veces sin fundamento alguno, y no puede merecer nuestra confianza.

(1) «Y él armado y con una capa de grana cubierta con muchas guarniciones de oro, e con sayo de brocado sobre las armas.»—Relacion de los sucesos del Perú, M. S.—Zárate, Conq. del Perú, lib. V, cap. XIII.

(2) Para las precedentes páginas respecto a Gonzalo Pizarro, véanse: Relacion anónima, M. S.—Fernandez, Hist. del Perú, parte I, lib. I, capítulo XXV.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq., M. S.—Carta de Gonzalo Pizarro a Valdivia, M. S.—Zárate, loc. cit.—Herrera, Hist. gen., dec. VII, lib. VIII, cap. XVI—XIX.—Relacion de los sucesos del Perú, M. S.—Montesinos, Annales, M. S., año de 1544.

(3) Pedro Pizarro, Descub. y Con. M. S.—Este honrado militar fué mas leal a su rei que a su pariente. Por lo menos no se adhirió al partido de Gonzalo, y fué uno de los que estuvieron a pique de ser ahorcados por este motivo. Parece que nunca profesó gran estimacion a su pariente.

bases. Llenó de partidarios suyos el ayuntamiento de Lima; envió a sus tenientes a encargarse del mando de las principales ciudades; hizo construir galeras en Arequipa para asegurar el dominio de los mares; y puso sus tropas en el mejor estado posible para prepararse a cualquier evento.

La real audiencia existía solo de nombre, porque el nuevo gobernador a absorbió prontamente todas sus facultades, deseando poner la administracion en el mismo pié en que se hallaba en tiempo del marqués su hermano. La audiencia, en efecto, tenía necesariamente que aniquilarse, atendida la posicion de sus individuos. Alvarez había sido enviado con el virei a Castilla; Cepeda, el mas ambicioso de todos, viendo frustrados sus planes, se contentaba con ser mero instrumento en manos del jefe militar que le había destituido; Zárate, el tercer juez, se hallaba detenido en su casa por una enfermedad mortal (1); y a Tejada, que era el cuarto, se proponía Gonzalo enviarlo a Castilla con una relacion de los últimos sucesos dirigida a justificar su conducta a los ojos del emperador. A este propósito se opuso Carbajal, diciendo bruscamente a Gonzalo, «que había ido demasiado lejos para esperar favor de la corona, y que mejor haría en fiar su justificacion a las lanzas y a los arcabuces» (2).

Pero de repente desapareció del puerto el buque que debía trasladar a Tejada a España. Era el mismo en que Vaca de Castro estaba preso. Este, no queriendo fiarse de una persona cuyas proposiciones había él rechazado en otro tiempo con tan poca ceremonia; y convencido además de que su presencia de nada servía en una tierra donde no tenía autoridad legitima, persuadió al capitán a que le llevase a Panamá. Despues cruzó el istmo y se embarcó para España. Habíanle ya precedido rumores de su llegada, y no faltaban cargos contra él suscitados por algunos de aquellos a quienes su administracion había descontentado. Fué acusado de haber adoptado medidas violentas y arbitrarias sin consideracion a los derechos del colonio ni a los del indio; y principalmente de haberse apropiado los caudales públicos y de volver con los cofres llenos de riquezas. Este último era un crimen imperdonable.

No bien puso el pié en su país fué preso y conducido a la fortaleza de Arévalo; y aunque despues le trasladaron a mejor prision y le trataron con las consideraciones debidas a su clase, todavía no dejó de pasar doce años detenido como preso de estado, que fué los que tardaron los tribunales de Castilla en pronunciar sentencia a su favor. Al fin fué absuelto de todos los cargos suscitados contra él; lejos de probarse que había usurpado los caudales públicos, se probó que no había vuelto a España mas rico que cuando salió de ella; le pusieron, pues, en libertad devolviéndole sus honores y dignidades; volvió a ocupar su silla en el consejo y gozó el resto de sus días de la consideracion a que sus méritos le hacían acreedor (3). El mejor elogio de su entendida administracion fueron

(1) No debe confundirse a Zárate el juez con Zárate el historiador, el cual pasó al Perú con la audiencia en clase de contador, habiendo desempeñado antes el empleo de secretario del consejo en España.

(2) Gomara, Hist. de las Ind., cap. CLXXII.—Garcilaso, Com. Real, parte II, lib. IV, cap. XXI.

(3) Zárate, Conq. del Perú, lib. V, cap. XV.—Relacion anónima, M. S.—Relacion de los sucesos del Perú, M. S.—Montesinos, Annales, año de 1545.—Fernandez, Hist. del Perú, parte I, lib. I, cap. XXVIII.

las turbulencias que su sucesor escitó en el país. La nación fué conociendo gradualmente el valor de sus servicios, aunque debe confesarse que el modo con que fueron recompensados por el gobierno no da una idea muy elevada de la gratitud de los reyes.

Todavía esperó Pizarro un disgusto mayor del que le causaban la fuga de Vaca de Castro, con la vuelta de Blasco Nuñez. Apenas se había apartado de la orilla el buque que le conducía a España, el juez Alvarez, ya por remordimientos, o ya por temor de las consecuencias de volver con el virei a su país, se presentó a Blasco Nuñez y le dijo que estaba en libertad. Al mismo tiempo se disculpó de la parte que había tenido en su prisión atribuyéndola al deseo de salvarle la vida y de sacarle de su peligrosa situación. Después puso el buque a su disposición y le aseguró que le llevaría a donde quisiese.

El virei, cualquiera que fuese el grado de crédito que diera a las esplicaciones del juez, se apresuró a aprovecharse de la oferta. Su altivez se sublevaba ante la idea de volver a España en desgracia sin haber podido cumplir ninguno de los objetos de su misión. Determinó por tanto probar otra vez fortuna en el país, y su única duda era sobre el punto que había de elegir para reunir en torno suyo a sus partidarios. En Panamá podía estar seguro mientras invocaba el auxilio de Nicaragua y otras colonias del Norte, pero esto habría sido abandonar del todo su gobierno y tal confesión de debilidad produciría mal efecto en sus partidarios del Perú. Decidióse pues a dirigirse a Quito, cuya capital al mismo tiempo que se hallaba dentro de su jurisdicción, estaba bastante apartada del teatro de las últimas turbulencias para darle tiempo a reunir sus tropas y hacer frente a sus enemigos.

Con este propósito desembarcó con su comitiva en Tumbes a mediados de octubre de 1544. Al saltar en tierra publicó un manifiesto participando a los habitantes el violento proceder de Gonzalo Pizarro y su jente; denunciándolos como traidores a su rei, y exhortando a todos los fieles súbditos de S. M. a que acudiesen a su lado para ayudarle a sostener la autoridad real. El llamamiento no quedó sin respuesta, y aunque poco a poco fueron llegando de San Miguel, de Puerto Viejo y de otras ciudades de la costa voluntarios que animaron el corazón del virei con la convicción de que el sentimiento de lealtad no estaba estinguido aun en los pechos españoles.

Pero mientras se ocupaba en estos preparativos recibió noticias de la llegada a la costa de uno de los capitanes de Pizarro con fuerza superior a la suya. Estas noticias eran exageradas; pero Blasco Nuñez, sin tomarse tiempo para averiguar la verdad, abandonó su posición de Tumbes y con toda la velocidad que le fué posible atravesando un país silvestre y montañoso medio enterrado en nieve, se dirigió a Quito. Esta capital, situada al extremo septentrional de la provincia no era punto favorable para la reunión de sus partidarios; así después de haber permanecido en ella hasta que Benalcazar, el leal comandante de Popayan, le aseguró que le auxiliaría con todas sus fuerzas en la próxima campaña, hizo una rápida contramarcha hacia la costa y tomó posición en la ciudad de San Miguel. Este era un punto a propósito para sus designios, pues la ciudad, además de estar situada en el gran camino que costaba las orillas del Pacífico, era el principal depósito del comercio con Panamá y con el Norte.

Allí levantó su bandera, y en pocas semanas se halló a la cabeza de cerca de quinientos hombres entre caballería e infantería, mal provistos de armas y municiones, pero al parecer llenos de entusiasmo por su causa. Hallándose, pues, con suficiente fuerza para comenzar las operaciones activas, salió contra algunos de los capitanes de Pizarro que se hallaban en las inmediaciones, sobre los cuales obtuvo ventajas decisivas que renovaron su confianza lisonjeándole con la idea de restablecer pronto su ascendiente en el país (1).

No estaba entretanto ocioso Gonzalo Pizarro. Había vijilado con ansiedad los movimientos del virei y llegó a convencerse al cabo de que había llegado el momento de obrar y de vencerle, so pena de esponerse a ser vencido por su formidable rival. Dejó, pues, una fuerte guarnición en Lima a las órdenes de un fiel capitán, y después de haber enviado por tierra a Truxillo unos seiscientos hombres, se embarcó para el mismo punto el 4 de marzo de 1545, el mismo día en que el virei salió de Quito.

En Truxillo se puso a la cabeza de su pequeño ejército, y tomó sin pérdida de tiempo la vuelta de San Miguel. Blasco Nuñez, deseoso de terminar en breve la contienda quería salirle al encuentro y darle la batalla; pero sus soldados, la mayor parte jóvenes e inexpertos, reunidos apresuradamente, se intimidaron al oír el nombre de Pizarro e insistieron fuertemente en que les llevase a un país mas elevado donde pudieran ser reforzados por Benalcazar. Así el desgraciado virei semejante al jinete, que no puede sujetar su caballo fué llevado precipitadamente en dirección contraria a sus deseos. Era destino de Blasco Nuñez ver frustrados sus proyectos así por sus amigos como por sus enemigos.

Al llegar Gonzalo Pizarro delante de San Miguel tuvo el disgusto de saber que su enemigo ya no estaba allí. Sin entrar en la ciudad apresuró el paso, y atravesando un valle de alguna extensión llegó a la falda de una cordillera en que Blasco Nuñez acababa de entrar pocas horas antes. Era muy entrada la tarde; pero Pizarro conociendo cuánto le importaba la celeridad, envió delante a Carbajal con un cuerpo de tropas ligeras para alcanzar a los fujitivos. Carbajal con sus cortas fuerzas logró penetrar entre las montañas y alcanzó a media noche a las tropas del virei que estaban sepultadas en el sueño. Sorprendidas estas al oír la trompeta, que ¡cosa estraña! tocó imprudentemente el enemigo (2) se levantaron con el virei a la cabeza, montaron en los caballos, tomaron los arcabuces, e hicieron tal descarga contra los agre-

(1) Carta de Gonzalo Pizarro a Valdivia, M. S.—Zarate, Conq. del Perú, lib. V, cap. XIV—XV.—Herrera, Hist. general, dec. VII, lib. VIII, cap. XIX—XX.—Relacion anónima, M. S.—Fernandez, Hist. del Perú, parte I, lib. I, cap. XXIII.—Relacion de los sucesos del Perú, M. S.—El autor de este último documento habla del grande entusiasmo por la corona que existía en varias ciudades, y hace mencion tambien de los rumores que corrian a cerca de una invasion de los indios contra el Cuzco. El escritor pertenecía al partido de Blasco Nuñez, y la facilidad con que los desterrados creen los rumores que les son favorables es proverbial.

(2) «Mas Francisco Carbajal que los yua siguiendo llegó cuatro horas de la noche a donde estaban: y con una trompeta que llevaba les tocó arma; y sentido por el virei se levantó luego el primero.» Fernandez, Hist. del Perú, parte I, lib. I, cap. XL.

sores, que Carbajal desconcertado, creyó prudente retirarse vista la inferioridad de sus fuerzas. El virei le siguió hasta que temiendo alguna emboscada en la oscuridad de la noche, se retiró también dejando a su enemigo que se reuniese con el cuerpo de ejército de Pizarro.

Esta conducta de Carbajal que por su descuido dejó que se le escapase la presa de entre las manos, es inexplicable y forma un singular contraste con la prudencia y vigilancia que habitualmente había sabido desplegar en su carrera de soldado. Si la falta hubiera sido cometida por otro capitán, le habría cortado la cabeza; pero Pizarro, aunque muy incomodado, conocía demasiado el valor de sus servicios y su bien probada adhesión para indisponerse con él. Ansioso Carbajal de reparar su yerro, se puso otra vez a la cabeza de un cuerpo de tropas ligeras con instrucciones para picar la retaguardia al enemigo, cortarle los víveres y fatigarle todo lo posible hasta la llegada de Pizarro (1).

Mas el virei se había aprovechado de aquella dilación para adelantar gran trecho a sus adversarios. El camino que seguía atravesaba el valle de Caxas, distrito inculto y que ofrecía poca subsistencia así para los hombres como para los caballos. Día tras día sus tropas continuaron la marcha por aquella árida rejion cortada por barrancos y rocas que aumentaban considerablemente las fatigas del camino. Su principal sustento era maíz tostado, que aunque formaba comunmente el alimento de los indios cuando caminaban, no era tenido en grande estima por los españoles: añádanse a esta poca sustanciosa comida las yerbas que podían encontrar a los lados del camino, y que a falta de mejores utensilios tenían que cocer en las celadas (2). Carbajal entre tanto les seguía tan de cerca, que se apoderó de sus equipajes, de sus municiones y algunas veces de sus mulas. El infatigable guerrero les iba siempre a los alcances de día y de noche sin dejarles un momento de reposo, de tal modo que no desplegaban las tiendas, ni quitaban las sillas a los caballos, ni les dejaban del diestro; y apenas el fatigado soldado cerraba sus párpados, oía el grito de alarma que le anunciaba que el enemigo estaba encima (3).

Al fin los partidarios de Blasco Nuñez rendidos de cansancio llegaron al despoblado de Paltos que se estiende hácia el norte en un espacio desierto de muchas leguas. El terreno cortado por muchos arroyos, tiene el aspecto de un gran tremedal, y hombres y caballos tenían que aventurarse a pasar por las aguas encharcadas, costeano unas veces con dificultad el pantano y otras viéndose obligados a abrirse paso entre los arbustos que entrelazaba sus espesas ramas. Los cansados caballos, sin mas alimento que el que podían hallar al paso

(1) Fernandez, ubi supra.—Herrera, Hist. general, dec. VII, lib. IX, cap. XXII.—Garcilaso, Com. Real, lib. IV, cap. XXVI.

(2) «Caminando, pues, comiendo algunas yerbas, que cocían en las celadas, cuando paraban a dar aliento a los caballos.» Herrera, Hist. general, dec. VII, lib. IX, cap. XXIV.

(3) «I sin que en todo el camino los vnos ni los otros quitasen las sillas a los caballos. Aunque en este caso estaba mas alerta la jente del visorei, porque si algun pequeño rato de la noche reposaban era vestidos y teniendo siempre los caballos del cabestro, sin esperar a poner toldos, ni a adereçar las otras formas que se suelen tener para atar los caballos de noche.» Zárate, Conq. del Perú, lib. V, cap. XXIX.

en la maleza, quedaban muchas veces sin poder seguir adelante y eran abandonados a morir en el camino despues de haber sido desjarretados para que no pudiesen servir al enemigo, aunque mas frecuentemente servian para aplacar con sus miserables cuerpos el hambre de sus dueños (1). Muchos soldados cayeron en el camino muertos de fatiga y hambre, y otros se quedaron en los bosques no pudiendo seguir la marcha. Y desdichado del que rezagándose caía en poder de Carbajal, y mucho mas si había pertenecido antes al partido de Pizarro. Solo la sospecha de traicion bastaba para que aquel inexorable soldado (2) le condenase a perder la vida.

Los padecimientos de Pizarro y su jente eran poco menos que los del virei, aunque estos los mitigaban cuanto podian los habitantes del pais que con admirable instinto sabian distinguir cuál era el mas fuerte y por consiguiente el mas temible. Pero aun así lo que tuvieron que sufrir fué mucho: fué una repetición de las terribles escenas de la expedición al río de las Amazonas. Preciso es confesar que los soldados de la conquista compraron muy caros sus triunfos.

Sin embargo, el virei tenía un motivo de inquietud mas grande tal vez que el procedente de los padecimientos físicos; y era la desconfianza con que miraba a sus partidarios. Había muchos principales caballeros de su séquito, de quienes sospechaba que mantenían correspondencia con el enemigo y aun que tenían el designio de entregarle en sus manos. Estaba tan convencido de ello, que durante la marcha hizo dar muerte a dos de estos oficiales, cuyos cuerpos abandonados en el camino, vistos por el soldado, le anunciaron que en aquella tremenda soledad tenía todavía otros enemigos de quienes guardarse, además del que venía a retaguardia (3).

Otro caballero, que era segundo del virei, fué ejecutado, despues de un exámen mas formal de su causa, en el primer punto donde el ejército hizo alto. Es imposible, habiendo pasado tanto tiempo, determinar ahora el fundamento que pudiesen tener las sospechas de Blasco Nuñez. Las opiniones de los contemporáneos son varias (4). En épocas de agitación política, la opinión del escritor está generalmente determinada por la del partido a que

(1) «I en cansándose el caballo, le desjarretaba y le dexaba porque sus contrarios no se aprovechasen de él.» Zárate, loc. cit.

(2) «A no haber sido por Gonzalo Pizarro, dice Fernandez, muchos mas hubieran sido ahorcados por Carbajal, el cual le decia *chanceándose* que de los enemigos los menos.» Hist. del Perú, parte I, lib. I, cap. XI.

(3) «Los aflijidos soldados, que por el cansancio de los caballos iban a pie con terrible angustia, por la persecución de los enemigos que iban cerca y por la fatiga de la hambre, quando vieron los cuerpos de los dos capitanes muertos en aquel camino, quedaron atónitos.» Herrera, Hist. general, dec. VII, libro IX, cap. XXV.

(4) Fernandez, escritor leal y bastante amigo del virei, despues de decir que los oficiales a quienes mandó matar le habían servido hasta entonces con sus vidas y haciendas, termina sus comentarios sobre el hecho con la prudente reflexión de que eran diversos los juicios formados acerca de él. «Sobre estas muertes uno en el Perú varios y contrarios juizios y opiniones de culpa y de descargo.» (Hist. del Perú, parte I, lib. I, cap. XLI). Gomara dice terminantemente que todos las condenaron. (Hist. de las Ind., cap. CXLVII). La opinión mas jeneral parece haber sido contra el virei.

pertenece. Juzgando por el carácter de Blasco Nuñez, desconfiado e irritable, podemos suponer que obró sin suficiente causa. Pero contra esta consideración milita la facilidad con que sus partidarios, cuyo afecto parece que no se granjeó mucho, le abandonaron al menor revés de fortuna. De todos modos, fundadas o infundadas las sospechas, el efecto en el ánimo del virrey era el mismo: con un enemigo a retaguardia, a quien no se atrevía a combatir; con soldados en quienes no osaba confiar, la copa de sus infortunios estaba casi llena.

Por último salió a terreno firme, y pasando por Tomebamba volvió a entrar en su capital de Quito. Pero la acogida que encontró no fué tan cordial como la que en la primera ocasión había tenido. Volvía como fujitivo, perseguido por un enemigo formidable; y pronto tuvo motivo de conocer que el mejor medio para recibir auxilio es no tener necesidad de él.

Limpiando, pues, de sus zapatos el polvo de la desleal ciudad, cuyo supersticioso pueblo temía los agüeros que repetidas veces habían anunciado su próxima ruina (1), el desgraciado virrey continuó su camino hacia Pastos, en la jurisdicción de Benalcazar. Pizarro y sus tropas entraron en Quito poco tiempo después, disgustados de que, a pesar de toda su diligencia, el enemigo eludiese todavía su persecución. Mandó hacer alto Pizarro solo para dar un corto respiro a su jente, y jurando que había de alcanzar al virrey, aunque tuviese que seguirle hasta el mar del Norte (2), continuó su marcha. En Pastos estuvo ya a punto de conseguir su objeto. Su vanguardia encontró a Blasco Nuñez al hacer alto a la orilla opuesta de un riachuelo. Los soldados de Pizarro, rendidos de fatiga y de calor, se tendieron sobre la margen del agua para apagar su ardiente sed; y hubiera sido fácil a las tropas del virrey, que ya habían tomado algún descanso, y eran superiores en número, derrotar a sus enemigos. Pero Blasco Nuñez no pudo llevar sus soldados al combate. Habían huido por tanto tiempo delante del enemigo, que su sola vista les llenó de terror pánico; y así hubieran ellos vuelto caras contra él como puede volverlas la liebre contra los galgos que la persiguen. Convencidos de que la seguridad estaba en la fuga y no en el combate, solo se aprovecharon del cansancio de sus perseguidores para apresurar su retirada.

Gonzalo Pizarro continuó el alcance algunas leguas más allá de Pastos, hasta que hallándose más lejos de lo que deseaba, y dentro del territorio de Benalcazar, y no queriendo atacar con desventaja a este formidable capitán, mandó hacer alto, y después de un breve descanso dispuso la retirada y contramarchó rápidamente a Quito, no obstante sus bravatas de que seguiría al virrey hasta el mar del Norte. En Quito se ocupó en reanimar el espíritu de sus desmayadas tropas y en robustecerse con nuevos refuerzos que aumentaron considerablemente el número de sus jentes, aunque se disminuyó después, porque Carbajal tuvo que marchar con parte de ellas a sofocar una insurrección que se supo había estallado en el Sur. A la cabeza de esta insurrección

(1) Algunos de estos agüeros que cita el historiador, por ejemplo el abullido de perros, no eran por cierto milagros. «En esta lamentable y angustiosa partida, muchos afirmaron haber visto por el aire muchos cometas, y que cuadrillas de perros andaban por las calles dando grandes y temerosos ahullidos, y los hombres andaban asombrados y fuera de sí.» Herrera, Hist. jeneral, dec. VII, lib. X, cap. IV.

(2) *Ibid.*, ubi supra.

se hallaba Diego Centeno, uno de los oficiales de Pizarro, encargado por este del mando de La Plata, con cuyos habitantes se sublevó y levantó bandera por la corona. Pizarro, con el resto de sus fuerzas, determinó permanecer en Quito y aguardar a que el virrey volviese a entrar en sus dominios, como el tigre agazapado aguarda en la espesura con impaciencia junto a una fuente la llegada de sus víctimas.

Entre tanto Blasco Nuñez había continuado su retirada hasta Popayan, capital de la provincia de Benalcazar. Allí fué recibido amistosamente por el pueblo, y sus tropas, reducidas por la desertión y las enfermedades a una quinta parte de su primitivo número, descansaron de las fatigas extraordinarias de una marcha de más de doscientas leguas (1). Poco después se le reunió Cabrera, teniente de Benalcazar, con un gran refuerzo, a que siguió en breve Benalcazar mismo. Sus fuerzas, entonces, llegaron a completar el número de cuatrocientos hombres, muchos de ellos bien acondicionados e instruidos en la escuela de las guerras americanas. Sus soldados, sin embargo, carecían de armas y municiones; y para remediar esta falta, hizo construir fraguas para fabricar arcabuces y lanzas (2). El que está familiarizado con la historia de estos tiempos se sorprende de ver la prontitud con que los aventureros españoles se ponían a desempeñar varios oficios y artes que comunmente requieren largo aprendizaje, desplegando la destreza tan necesaria a los que se establecen en un país recién descubierto, donde cada individuo tiene que ser, por decirlo así, su propio artesano. Pero este estado de cosas, aunque favorable al ingenio del artista, no es muy propicio para el adelantamiento del arte, y apenas puede dudarse que las armas hechas por los soldados de Blasco Nuñez fueran de tosca e imperfecta construcción.

Como pasaban semanas tras semanas sin resultado alguno, Gonzalo Pizarro, aunque dotado de toda la paciencia de un soldado español, empezó a inquietarse al ver la prolongada estancia de Blasco Nuñez en el Norte, y recurrió a la estratagemas para obligarle a salir de su retiro. Salió, pues, de Quito con la mayor parte de sus fuerzas, diciendo que se dirigía al Sur a socorrer a Carbajal, y dejando en la ciudad una guarnición a las órdenes de Puelles, el mismo que había abandonado la causa del virrey en otro tiempo. Tuvo cuidado de que estas noticias llegasen a oídos del enemigo, y el artificio produjo el efecto que deseaba. El virrey saliendo de Popayan en enero de 1546, se dirigió rápidamente hacia el Sur; pero antes que llegase al punto de su destino vió el lazo en que ha-

(1) Esta retirada de Blasco Nuñez puede indudablemente compararse, si no en duración, a lo menos en magnitud de padecimientos con cualquiera de las expediciones del Nuevo Mundo, excepto solamente la de Gonzalo Pizarro al río de las Amazonas. Los pormenores de ella se hallarán con más o menos extensión en Zárate, Conq. del Perú, lib. V, cap. XIX—XXIX.—Carta de Gonzalo Pizarro a Valdivia, M. S.—Herrera, Hist. jeneral, dec. VII, lib. IX, cap. XX—XXVI.—Fernandez, Hist. del Perú, parte I, lib. I, capítulos XI, y sig. Relación de los sucesos del Perú, M. S.—Relación anónima, M. S.—Montesinos, Annales, M. S., año de 1543.

(2) «Proveió que se trajese allí todo el hierro que se pudo haver en la provincia, y buscó maestros y hizo aderecar fraguas, y en breve tiempo se forjaron en ellas doscientos arcabuces, con todos sus aparejos.» Zárate, Conq. del Perú, lib. V, cap. XXXIV.

bia caído. Comunicó el hecho a sus oficiales; pero la dilacion le habia hecho ya padecer mucho, y su único deseo era terminar con un combate la lucha con Pizarro.

Este entre tanto por medio de sus espías estaba perfectamente informado de los movimientos del virei. Al saber su partida de Popayan, volvió a Quito, se reunió con Puelles, y saliendo otra vez de la capital tomó una fuerte posición a tres leguas mas al Norte, en un terreno elevado que dominaba un río, cuyas aguas el enemigo tenia necesariamente que atravesar. Llegó este poco despues, y Blasco Nuñez, viendo próxima la noche, hizo alto en la orilla opuesta del río. Hallábase tan cerca de las reales de Pizarro que se oían distintamente en los opuestos campos las voces de los centinelas, los cuales se saludaban mutuamente con el epíteto de «traidores.» Ya hemos visto que en estas guerras civiles cada partido reclamaba para sí el mérito esclusivo de la lealtad (1).

Pero Benalcazar conoció pronto que la posición de Pizarro era demasiado fuerte para ser atacada con probabilidades de buen éxito. Propuso, pues, al virei hacer marchar secretamente sus fuerzas aquella noche, y rodeando la colina caer sobre la retaguardia del enemigo, que por aquella parte debia estar menos preparado para recibirlos. El consejo fué aprobado; y no bien la oscuridad de la noche hizo desaparecer al enemigo de la vista de su contrario, dejando hogueras encendidas para engañar a Pizarro, Blasco Nuñez levantó el campo y comenzó su marcha circular en dirección de Quito. Pero ya fuese que los guías no supieran el camino, ya que le estraviasen a propósito, el resultado fué, que hallándose con un terreno impracticable, se vió obligado a rodear tanto, que amaneció antes de que pudiese llegar al punto de ataque. Viendo que no era posible contar ya con una sorpresa, apresuró su marcha a Quito, adonde llegaron hombres y caballos fatigados por una marcha de ocho leguas, desde un punto que por camino directo no distaba apenas tres de aquella capital. Fué este un fatal error por estar tan próximo el combate (2).

Halló el virei la capital casi desierta de hombres; porque todos se habian unido a las banderas de Pizarro, imbuidos del espíritu jeneral de desafección y considerando a este jefe como el único

que podía protegerlos contra el rigor de las opresoras ordenanzas. Pizarro era el representante de la opinión del pueblo. Conmovidó con esta deserción el desgraciado virei levantó las manos al cielo y exclamó: «Así abandonas, señor, a tus servidores!» Las mujeres y niños salieron a recibirle y en vano les ofrecieron el alimento de que manifiestamente necesitaba, preguntándole al mismo tiempo: «¿por qué habia ido allí a morir?» Sus soldados, mas indiferentes que él, entraron en las casas de los habitantes y se apropiaron cuanto pudieron haber a las manos para saciar su hambre.

Benalcazar, conociendo que era una fomeridad dar la batalla en aquella situación, aconsejó al virei que probase el efecto de las negociaciones, y se ofreció a ir en persona al campo enemigo y estipular si era posible un arreglo con Pizarro. Pero Blasco Nuñez, aunque desanimado por un momento, habia recobrado ya su invencible constancia y respondió con altivez: «No hai que fiarse de traidores: vamos a combatir, no a parlamentar, y debemos cumplir con nuestro deber como buenos y leales. Yo os prometo que la primera lanza que se rompa en los enemigos sea la mia (1).

Despues convocó sus tropas y les dirigió una arenga preparatoria para la marcha. «Todos sois valientes, dijo, y leales a vuestro soberano. Por mi parte la vida me importa poco en tratándose de cumplir con lo que debo a mi rei. Pero no desconfiemos del buen éxito. El español, peleando por una buena causa ha sabido vencer mayores dificultades que las presentes. Combatimos por la justicia, por la causa de Dios» (2). Los soldados, inflamados de jeneroso ardor respondieron con vivas que penetraron hasta el corazón del infeliz virei, poco acostumbrado a estas manifestaciones de entusiasmo.

El 18 de enero de 1546 Blasco Nuñez salió a la cabeza de su pequeño ejército de la antigua ciudad de Quito. Al llegar a un cuarto de legua (3) de la ciudad dió vista al enemigo formado en la cresta de unas elevadas tierras que en suave pendiente ascendian desde las llanuras de Añaquito. Gonzalo Pizarro, grandemente disgustado al saber por la mañana la partida del virei, habia levantado el campo y emprendido su marcha a la capital, resuelto a no dejar que estas vez se le escapase el enemigo.

Las tropas del virei hicieron alto y formaron en orden de batalla. Un pequeño cuerpo de arcabuceros se estableció a vanguardia para empezar el combate. El resto de los arcabuces fué distribuido entre las filas de los alabarderos que ocupaban el centro, protegidas por los flancos por la caballería, dividida en dos escuadrones iguales. Ascendia el número de caballos a unos ciento cuarenta, número poco inferior al de Pizarro, aunque el total de las fuerzas del virei, menor de cuatrocientos, apenas pasaba de la mitad de las que tenia su rival. A la derecha y enfrente del estandarte real Blasco Nuñez con trece caballeros escogidos ocupó su puesto preparándose para dirigir el ataque.

Pizarro habia formado sus tropas con arreglo al orden adoptado por su adversario. El total de estas era de setecientos hombres bien disciplinados, en buen estado, y mandados por los mejores oficiales

(1) «Que se llegaron a hablar los corredores de ambas partes, llamándose traidores los unos a los otros, fundando que cada uno sustentaba la voz del rei, y así estuvieron toda aquella noche aguardando.» Zárate, ubi supra.

(2) Véanse Zárate, conq. del Perú, lib. V, capítulo XXXIV—XXXV.—Gomara, Hist. de las Ind., capítulo CLXVII.—Carta de Gonzalo Pizarro a Valdivia, M. S.—Montesinos, Annales, M. S., año de 1546.—Fernandez, Hist. del Perú, parte I, lib. I, cap. I.—LII.

Herrera en su narracion de estos hechos ha caído en una confusión estraña de fechas, fijando la época de la entrada del virei en Quito en el 10 de enero, y la batalla con Pizarro nueve dias despues. (Hist. general, dec. VIII, lib. I, cap. I). La batalla, que segun Fernandez se dió el 18 de enero, segun todas las autoridades que yo he consultado, se verificó en la tarde del mismo dia en que el virei entró en Quito. Herrera, aunque su obra está arreglada por el sistema cronológico de annales, no es intachable respecto a fechas. Quintana hace ver muchos anacronismos notables de este historiador en el primer periodo de la conquista del Perú. (Españoles célebres, tomo II, Apéndice número 7).

(1) Fernandez, Hist. del Perú, parte I, lib. I, capítulo LIII.

(2) «Que de Dios es la causa, de Dios es la causa, de Dios es la causa.» Zárate, Conq. del Perú, libro V, cap. XXXV.

(3) Carta de Gonzalo Pizarro a Valdivia, M. S.

del Perú (1). Como no obstante la superioridad de sus fuerzas, Pizarro no parecía inclinado a abandonar su posición, Blasco Nuñez dió la orden de avanzar. Los alcabuceros comenzaron la acción, y en pocos momentos estendiéndose por el campo densas nubes de humo oscurecieron todos los objetos, pues era ya tarde cuando la acción empezó y el día iba rápidamente declinando.

La infantería enristrando sus lanzas se adelantó cubierta por el humo, y pronto se empuñó una sangrienta lucha entre las opuestas filas de alabarderos. Luego vinieron las cargas de caballería. La del virei, a pesar del momentáneo desorden que produjeron los tiros de los arcabuceros de Pizarro, muy superiores en número a sus enemigos, fué dirigida con tal vigor, que la caballería enemiga se vió obligada a detenerse y luego a retroceder. Pero retrocedió para volver con más violencia sobre sus contrarios; y arrojándose contra ellos como una inmensa ola, los arrolló precipitadamente por la pendiente hombres y caballos en desorden. Estos sin embargo se rehicieron a su vez animados por los gritos y desesperados esfuerzos de sus oficiales. Rompiéronse las lanzas y pelearon mano a mano con las espadas y hachas entrelazadas en horrible confusión. Mas el combate no duró mucho; pues aunque las fuerzas eran casi iguales en número por ambas partes, la caballería del virei, fatigada por la penosa marcha de la noche anterior, no podía competir con la de su antagonista (2). Pronto se cubrió el campo con sus cuerpos, y hombres y caballos, muertos y moribundos, cayeron hacinados unos sobre otros. Cabrera, el valeroso teniente de Benalcázar fué muerto, y Benalcázar mismo cayó cubierto de heridas bajo los pies de su caballo y fué dejado por muerto en el campo. Alvarez el oidor quedó mortalmente herido. Tanto él como su colega Cepeda estuvieron en la acción aunque en opuestas filas y pelearon como si hubiesen sido educados para la guerra y no para la pacífica profesión de abogados.

Blasco Nuñez y sus compañeros mantuvieron valerosamente el campo en el ala derecha. El virei cumplió su palabra siendo el primero en romper lanzas con el enemigo y dirigiendo un buen golpe a un caballero llamado Alonso de Montalvo, a quien arrojó de la silla. Pero al fin fué arrollado por el número, y como sus compañeros uno tras otro cayeron a su lado, quedó casi sin protección. Ya estaba herido, cuando un golpe de hacha que le dió un soldado en la cabeza le derribó aturdido del caballo. Si hubiera sido conocido tal vez habría caído vivo en manos de sus enemigos. Pero llevaba una camiseta india de algodón sobre la armadura, que cubría las insignias de la orden militar de Santiago y otros distintivos de su clase (3).

(1) Respecto al total de fuerzas por ambas partes se habla, como es costumbre, con variedad; pero esta variedad es mucho más notable al tratarse de una acción en que era tan corto el número de combatientes. Yo me conformo con lo que dicen los escritores más bien enterados. Pizarro calcula la fuerza de su adversario en cuatrocientos cincuenta hombres, y la suya en seiscientos, cálculo que hace creíble la relación que se da en el texto.

(2) Zárate, *Conq. del Perú*, lib. V, cap. XXXV.

(3) «Vistióse este traje, dice Garcilaso de la Vega, para no tener mejor suerte que un soldado cualquiera y sufrir lo que cupiese a todos los demás.» (*Com. Real*, parte II, lib. IV, cap. XXXIV). Pizarro no cree que tuviese tan magnánima intención, y dice que tomó

Fué sin embargo reconocido después por uno de los soldados de Pizarro, que probablemente habría servido en otro tiempo bajo su bandera. Este soldado inmediatamente se le mostró al licenciado Carbajal, hermano de aquel a quien, como recordará el lector, Blasco Nuñez había dado muerte con tanta imprudencia en el palacio de Lima. El licenciado se había unido después a Pizarro, y con muchos parientes suyos había jurado vengarse del virei. Así inmediatamente se dirigió a él, le echó en cara el asesinato de su hermano, e iba a apearse para darle el golpe mortal con su propia mano, cuando llegó Pizarro, y afeándole este acto como degradante, mandó a un esclavo negro que iba con él que cortase al virei la cabeza; lo cual el negro ejecutó de un solo golpe de su sable, mientras el infeliz Blasco Nuñez, tal vez moribundo en aquel momento, levantaba los ojos al cielo y recibía el golpe fatal sin proferir una sola palabra (1). La cabeza fué luego clavada en una pica, y hubo algunos tan brutalmente crueles que le arrancaron los pelos de su barba blanca y los pusieron en sus gorras como espantosos trofeos de la victoria (2). Esta se había decidido por Pizarro: sin embargo la infantería del virei todavía se sostuvo valientemente teniendo a raya por algún tiempo con sus alabardas a la caballería enemiga; hasta que diezmada por el fuego de los arcabuces no pudo resistir más el ímpetu de las cargas, y desordenadas sus columnas se dispersó completamente. La persecución no fué larga ni sangrienta, porque sobrevino la noche, y Pizarro haciendo tocar las trompetas reunió de nuevo a su jente.

Aunque la acción duró poco, cerca de una tercera parte de las tropas del virei había perecido en ella. La pérdida de Pizarro fué corta (3). Muchos de los vencidos se refugiaron en las iglesias de Quito; pero fueron arrancados de su asilo, algunos (probablemente los que habían servido antes con Pizarro) sentenciados a muerte y otros desterrados a Chile. La mayor parte fueron perdonados por el vencedor. Benalcázar, que se restableció de sus heridas, obtuvo permiso para volver a su gobier-

este disfraz para poder escapar mejor no siendo conocido. Debe confesarse que generalmente este es el motivo que induce a disfrazarse. «Y Blasco Nuñez puso mucha diligencia por poder huirse si pudiera, porque venía vestido con una camiseta de indios, por no ser conocido, y no quiso Dios, porque pagase quantos males por su causa se habían hecho.» Carta de Gonzalo Pizarro a Valdivia, M. S.

(1) Fernandez, *Hist. del Perú*, parte I, lib. I, cap. LIV.—Zárate, *Conq. del Perú*, lib. V, cap. XXXV.

«Mandó a un negro que traía que le cortase la cabeza, y en todo esto no se conoció flaqueza en el visorrei, ni habló palabra, ni hizo más movimiento que alçar los ojos al cielo, dando muestras de mucha cristiandad.» Herrera, *Hist. jeneral*, dec. VIII, lib. I, cap. III.

(2) «Aviendo algunos capitanes y personas arrancado y pelado algunas de sus blancas y leales barbas para traer por empresa; y Juan de la Torre las traxo después públicamente por la ciudad de los reyes.» Fernandez, *Hist. del Perú*, parte I, lib. I, cap. LIV.

(3) Como de costumbre los autores no están de acuerdo en el número de muertos y heridos que hubo en esta acción. Algunos hacen subir la pérdida del virei a doscientos hombres, y Gonzalo Pizarro dice que la suya fué de siete muertos y muy pocos heridos. ¡Pero cuán raro es que los que han tomado parte en una acción den fiel cuenta de sus pérdidas!

no, con la condicion de no hacer otra vez armas contra Pizarro. A sus tropas se les invitó a entrar al servicio del vencedor, el cual sin embargo nunca les mostró la confianza que mostraba a sus antiguos partidarios. Manifestóse tambien mui enojado por las injurias hechas al virei, cuyos destrozados restos mandó fuesen sepultados en la catedral de Quito con todos los honores debidos a su categoria, y él mismo presidió el duelo vestido de luto. Como se ve era costumbre de los Pizarros asistir de esta manera a los funerales de sus victimas (1).

Tal fué el triste fin de Blasco Nuñez Vela, primer virei del Perú. No hacia aun dos años que habia desembarcado en el Perú, dos años de continuos desastres y desdichas. Estas pueden imputarse parte a las circunstancias y parte a su carácter. Comisionado para la ejecucion de una lei opresora y odiosa, carecia de facultades discrecionales para ello (2); sin embargo, todos tienen derecho hasta cierto punto de usar de tales facultades cuando ven palpablemente lo absurdo que seria ejecutar una comision que por las circunstancias en que se encuentra el pais ha de producir resultados contrarios al objeto que se desea. Pero se necesita sagacidad para determinar si existen o no estas circunstancias y cierto valor moral para tomar sobre si la responsabilidad de obrar con arreglo a ellas. En semejante crisis es donde se dan a conocer los caracteres. Atreverse a desobedecer y esto convenciéndose de que el desobedecer es obligacion, es para una alma pequeña una paradoja casi incomprendible. Desgraciadamente Blasco Nuñez era un pedante orgulloso, hombre de miras estrechas que jamás podia creerse autorizado para separarse de la letra de la lei. Eavaneado además con su breve autoridad, consideró la oposicion a las ordenanzas como traicion a su persona, y así identificándose con su comision, sus sentimientos personales tuvieron tanta parte en su conducta como los sentimientos patrióticos.

Ni su carácter era tal que pudiera mitigar el odio contra sus medidas y reconciliar al pueblo con la

(1) Para obtener pormenores sobre la batalla de Añaquito, de que la mayor parte de los autores dan mui breve cuenta, véanse: Carta de Gonzalo Pizarro a Valdivia, M. S.—Gomara, Hist. de las Ind., cap. CLXX.—Herrera, Hist. jeneral, dec. VIII, lib. I, cap. I—III.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq., M. S.—Zarate, Conq. del Perú, lib. V, cap. XXXV.—Montesinos, Anales, M. S., año de 1546.—Garcilaso, Com. Real, parte II, lib. IV, cap. XXXIII—XXXV.—Fernandez, Hist. del Perú, parte I, lib. I, capitulos LIII—LIV.

Gonzalo Pizarro parece considerar la batalla como una especie de *juicio de Dios*, en que el cielo señaló con la victoria de qué parte estaba la razon. Sus observaciones son edificantes. «Por donde parecerá claramente que nuestro Señor fué servido que este se viniese a meter en las manos para quitarnos de tantos cuidados, y que pagase cuantos males habia fecho en la tierra, la cual quedó tan sosegada y tan en paz y servicio de S. M. como lo estuvo en tiempo del marqués, mi hermano.» Carta de Gonzalo Pizarro a Valdivia, M. S.

(2) Las reflexiones de Garcilaso sobre este punto son bastante imparciales. «Así acabó este buen cauallero, por querer porfiar tanto en la ejecucion de lo que ni a su rei ni a aquel reino conuenia, donde se causaron tantas muertes y daños de españoles y de indios: aunque no tuuo tanta culpa como se le atribuye, porque llevó preciso mandato de lo que hizo.» Com. Real, parte II, lib. IV, cap. XXXIV.

ejecucion de ellas; antes bien presentaba un manifiesto contraste con el de su rival. Pizarro era de maneras francas y caballerosas, y su jenerosa confianza en sus partidarios le hacia popular entre ellos, cegando su juicio y dando a la peor causa las apariencias de la mejor. Blasco Nuñez, por el contrario, irritable y desconfiado se colocaba en una falsa posicion con todos aquellos que se le acercaban, porque su carácter creaba una atmósfera de desconfianza a su alrededor que mataba toda especie de afectos. Su primer paso fué enajenarse la voluntad de los individuos de la audiencia, enviados para obrar de acuerdo con él; si bien ellos tuvieron tambien su parte de culpa, pues eran tan laxos como el virei, severo en la interpretacion de la lei (1). Despues se enajenó la voluntad del pueblo, ultrajando a los que iba a gobernar. Ultimamente disgustó a sus amigos y a muchos les convirtió en enemigos; de modo que en la última lucha en que peleó por su poder y por su existencia se vió obligado a buscar el apoyo de un extraño. Sin embargo, en el catálogo de sus cualidades, no debemos pasar en silencio sus virtudes. Dos tenia que no pueden negársele: una lealtad tanto mas brillante cuanto mas jeneral era la desercion en derredor suyo, y una constancia en la desgracia bastante para granjearle el respeto hasta de sus enemigos. Pero concediendo todo cuanto puede concederse a su mérito, es casi indudable que no podia haberse encontrado en Castilla una persona mas incompetente para el cargo que se le confirió (2).

La noticia de la victoria de Añaquito fué recibida con júbilo jeneral en la capital inmediata; todas las ciudades del Perú la consideraron como el golpe de gracia para las aborrecidas ordenanzas, y el nombre de Gonzalo Pizarro resonó de un extremo a otro del país como el de un libertador. Este permaneció en Quito durante la estacion de las lluvias, dividiendo su tiempo entre los placeres licenciosos del inquieto aventurero y el cuidado de los muchos negocios que tenia que despachar como gobernador de un Estado. Su administracion se manchó con muchos actos de violencia de los que debian esperarse, atendidas las circunstancias de su situacion. Mientras estuvo ausente Carbajal, su consejero, en quien por desgracia puso ilimitada confianza, Gonzalo no sancionó sentencia alguna de muerte sino precediendo siem-

(1) Blasco Nuñez caracterizaba a los cuatro jueces de la audiencia de una manera mas concisa que lisonjera. «Decia muchas veces Blasco Nuñez que le havian dado el emperador y su consejo de Indias vn moço, vn loco, vn necio, vn tonto por oidores, que así lo havian hecho como ellos eran. Moço era Cepeda y llamaba loco a Juan Alvarez y necio a Tejada, que no sabia latin.» Gomara, Hist. de las Ind., cap. CLXX.

(2) Los hechos relativos a Blasco Nuñez Vela, se apoyan principalmente en la autoridad de escritores de su partido, algunos de los cuales escribieron despues de su vuelta a Castilla. Por consiguiente era natural que se inclinase mas al lado del verdadero representante de la corona que en favor de un rebelde. En efecto, la única voz que se levanta decididamente en favor de Pizarro es la suya propia, autoridad bastante sospechosa. Pero con todo este prestigio a su favor, la administracion de Blasco Nuñez, segun el testimonio universal, fué una serie no interrumpida de desaciertos y hal poco que nos interese en la historia de este hombre, si se exceptua su desventura sin igual y la firmeza con que la sobrellevó.

pre las formas legales (1) Recompensó a sus partidarios con nuevas concesiones de tierra, y envió a otros a expediciones, no muy distantes, sin embargo, para poder hacerlos volver cuando conviniera. Dictó varias disposiciones para el bienestar de los indios, algunas de ellas especialmente dirigidas a instruirles en el cristianismo. Tuvo gran cuidado en la fiel recaudación de los derechos reales, instando a los colonos para que los pagasen, a fin de atraerse la buena voluntad de la corona y obtener la revocación de las ordenanzas. Su administración, en suma, fué tan bien dirigida, que hasta el austero Gasca, su sucesor, hubo de confesar «que fué un buen gobierno para ser de un tirano» (2).

Al fin, en julio de 1546, el nuevo gobernador se despidió de su ciudad de Quito, y dejando en ella suficiente guarnición a las órdenes del oficial Puelles, emprendió su marcha hacia el Sur. Fué esta marcha triunfal, siendo recibido en todas partes con entusiasmo por el pueblo. En Truxillo los vecinos salieron en corporación a darle la bienvenida, y el clero cantó antifonas en su honor, llamándole «victorioso príncipe», y rogando al Omnipotente «conservase sus días y le hiciese dichoso y bienaventurado» (3). En Lima se hizo una proposición para derribar algunos edificios y abrir para su entrada una nueva calle que llevase después su nombre. Pero Pizarro con mucha política se negó a admitir este tributo de lisonja, y prefirió modestamente entrar por la vía acostumbrada. Organizóse luego una procesión de vecinos, soldados y clero, y Pizarro hizo su entrada en la capital, llevando las riendas de su caballo dos capitanes a pié, y cabalgando a su lado el arzobispo de Lima y los obispos del Cuzco, Quito y Bogotá, el último de los cuales había ido a la capital para consagrarse. Las calles estaban llenas de ramaje, las casas colgadas de vistosos tapices, y en la carrera se erijieron varios arcos triunfales en honor del vencedor. Todos los balcones, ventanas y azoteas estaban cubiertos de espectadores que le saludaban con estrepitosos vivas y aclamaciones, dándole los títulos de «libertador y protector del pueblo». Echáronse las campanas a vuelo, como en su primera entrada en la capital, y entre el sonido de una alegre música, el ruido de las campanas y los vivas populares se dirigió Gonzalo al palacio de su hermano. El Perú había vuelto a manos de la familia de los Pizarros (4).

De los diversos puntos del país llegaron después diputados para presentar al gobernador las felici-

(1) «Nunca Pizarro en ausencia de Francisco Carbajal, su maestro de campo, mató ni consintió matar español sin que todos los mas de su consejo lo aprobasen, y entonces con proceso en forma de derecho, y confesados primero.» Gomara, Hist. de las Ind., cap. CLXXII.

(2) Ibid., ubi supra.—Fernandez hace una pintura menos favorable de la administración de Gonzalo. (Hist. del Perú, parte I, lib. I, cap. LIV; libro II, cap. XXIII). Fernandez escribió a instancias de la corte: Gomara, aunque se hallaba en la corte, escribió por entretenerse; así la alabanza de Gomara es menos sospechosa que la censura de Fernandez.

(3) «Victorioso príncipe, hágate Dios dichoso y bienaventurado, él te mantenga y te conserve.» Herrera, Hist. jeneral, dec. VIII, lib. II, cap. IX.

(4) Para los pormenores de esta entrada véanse: Pedro Pizarro, Descub. y Conq., M. S.—Herrera, Historia jeneral, dec. VIII, lib. II, cap. IX.—Zárate, Conq. del Perú, lib. VI, cap. V.—Carta de Gonzalo Pizarro a Valdivia, M. S.

citaciones de sus respectivas ciudades; y cada uno se apresuró a hacer valer sus derechos por los servicios que había prestado a la revolución. Al mismo tiempo recibió Pizarro la grata noticia del triunfo de sus armas en el Sur. Diego Centeno, como ya hemos dicho, había levantado allí el estandarte de la rebelión, o por mejor decir el de la lealtad a su soberano; habíase apoderado de La Plata y hecho cundir el espíritu de insurrección por toda la vasta provincia de Charcas. Carbajal, que fué enviado contra él desde Quito, pasó por Lima, llegó al Cuzco, y tomando allí algunos refuerzos se dirigió rápidamente al distrito sublevado. Centeno, no atreviéndose a combatir en campo abierto con tan formidable adalid, se retiró con sus tropas a la espesura de la sierra. Carbajal le persiguió con la obstinación de un perro de presa por montes y desiertos, por bosques y barrancos peligrosos, sin dejarle respirar ni de día ni de noche. Este veterano de ochenta años de edad, comiendo, bebiendo y durmiendo sobre el caballo, vió a sus soldados cansarse unos tras otros, mientras él seguía la pista del enemigo como el salvaje cazador de Bürger, como si estuviese dotado de un cuerpo sobrenatural incapaz de fatiga. Durante esta terrible persecución, que continuó por mas de doscientas leguas en un país salvaje, Centeno se vió abandonado de la mayor parte de sus parciales. Los que caían en manos de Carbajal eran condenados inmediatamente a muerte, porque este inexorable jefe no tenía compasión para los que habían hecho traición a su partido (1). Al fin, Centeno con un puñado de los suyos llegó a las orillas del Pacífico; y allí, dispersándose todos, trataron de ponerse en salvo cada cual por su camino. El jefe se refugió en una cueva de la montaña, adonde secretamente le llevaba el alimento un curaca indio, hasta que llegó la época de que volviese a desplegar el estandarte de la insurrección (2).

Carbajal, después de algunos otros movimientos decisivos que consolidaron el dominio de Pizarro en el Sur, volvió en triunfo a La Plata. Allí se ocupó en laborear las ricas minas del Potosí, de las cuales una vena, recientemente abierta, prometía dar productos todavía mas ricos que los que hasta entonces se habían alcanzado en Méjico y en el Perú (3); y pronto se halló en estado

(1) «Poblando los árboles con sus cuerpos,» dice Fernandez aludiendo al modo que este feroz capitán tenía de ahorcar a sus prisioneros colgándolos de las ramas.

(2) Para la expedición de Carbajal véanse: Herrera, Hist. jeneral, dec. VIII, lib. I, cap. IX y sig.—Zárate, Conq. del Perú, lib. VI, cap. I.—Garcilaso, Com. Real, parte II, lib. IV, cap. XXVIII—XXIX—XXXVI—XXXIX.—Fernandez, Hist. del Perú, parte I, lib. II, cap. I y sig.—Carta de Gonzalo Pizarro a Valdivia, M. S.

Es imposible dar en una página o dos idea exacta de las fatigas extraordinarias que sufrió Carbajal y de los grandes peligros a que se espuso, no solo de parte del enemigo, sino de parte de su misma jente, de cuyas fuerzas abusó en la persecución. Unas y otros rivalizan con los del célebre Scanderberg y con los del coronel Boone, el héroe de Kentucky, y aun fueron mas admirables que estos, porque el capitán español había llegado a una edad en que jeneralmente nuestras facultades pierden su energía y buscan el reposo. Pero el cuerpo del veterano parecía tan insensible como su alma.

(3) El filon nuevamente descubierto en el Potosí era tan rico, que casi quedaron desiertas las otras minas

de enviar grandes remesas a Lima, deduciendo un premio no escaso de comision, porque la codicia de Carbajal corria parejas con su crueldad.

Nadie disputaba ya a Gonzalo Pizarro la posesion del Perú. Desde Quito hasta las fronteras septentrionales de Chile todo el pais reconocia su autoridad. Su escuadra recorría triunfante las aguas del Pacifico y sostenia su dominacion en todas las ciudades y aldeas de la costa. Su almirante Hinojosa, oficial valiente y entendido, le habia asegurado la posesion de Panamá, y atravesando el istmo obtuvo despues que se reconociese su poder en Nombre de Dios, llave principal de las comunicaciones con Europa. Sus fuerzas estaban bajo un pie escelente, confundiéndose entre ellas la flor de los guerreros que habian peleado a las órdenes de su hermano y que se apresuraron a adherirse a la bandera de un Pizarro; y el torrente de riqueza que desprendian las minas del Potosí le proporcionaba tantos recursos como pudiera tener un monarca de Europa.

El nuevo gobernador comenzó entonces a desplegar una ostentacion correspondiente a su magnífica fortuna. Rodeábale una guardia de ochenta soldados; comia siempre en público, y no bajaban comunmente de ciento los convidados que se sentaban a su mesa. Dicese tambien que llegó a establecer una etiqueta régia, dando su mano a besar, y no permitiendo que nadie, cualquiera que fuese su categoria, se sentará en su presencia (1). Esto, sin embargo, lo niegan otros. No seria extraño que un hombre vano como Pizarro, de superficial e indisciplinada intelijencia, al verse elevado desde una humilde condicion al mas alto puesto del pais, se embriagase algun tanto con la posesion del poder y tratase con altanería a los que antes habia tratado con respeto. Pero uno de los que le vieron frecuentemente en la época de su prosperidad nos asegura que no era así, y que continuó mostrando la misma franqueza y marcialidad que antes de su elevacion, departiendo en términos familiares con sus compañeros y desplegando las mismas cualidades que le habian granjeado el afecto del pueblo (2).

Sea de esto lo que fuere, es lo cierto que no faltó quien le aconsejase que se separase de la obediencia debida a la corona y constituyese para sí un gobierno independiente. Uno de los que este consejo le dieron, fué Carbajal, cuyo atrevido espíritu jamás dejaba de seguir las cosas hasta sus últimas consecuencias. «En realidad, ya lo habeis hecho así, le dijo: habeis tomado las armas contra el virei; le habeis arrojado del pais, le habeis de-

para laborear esta. (Zárate, Conq. del Perú, lib. IV, cap. IV). Dice Garcilaso, como muestra del efecto que hizo en el pais esta repentina riqueza, que en aquella época una herradura de hierro llegó a valer casi su peso en plata. Com. Real, parte I, lib. VIII, cap. XXIV.

(1) «Traia guarda de ochenta alabarderos y otros de caballo que le acompañaban, y ia en su presencia ninguno se sentaba, y a muy pocos quitaba la gorra.» Zárate, Conq. del Perú, lib. VI, cap. V.

(2) Garcilaso, Com. Real, parte II, lib. IV, cap. XLII. Garcilaso tuvo ocasiones de enterarse personalmente del modo de vivir de Gonzalo Pizarro, porque cuando niño era algunas veces, segun nos dice, admitido a su mesa. Esta cortesía, tan rara en los conquistadores, con un individuo de la raza india, produjo su efecto en el historiador de los incas, el cual pinta a Gonzalo Pizarro con colores mas favorables que la mayor parte de sus compatriotas.

rrotado y muerto en una batalla: ¿cómo podeis esperar favor, ni aun misericordia de la corona? Habeis ido demasiado lejos para deteneros o retroceder. Debeis continuar con osadía adelante y proclamaros rei; el pueblo y el ejército os apoyarán.» Y se dice que concluyó aconsejándole que se casase con la Coya, princesa india, representante de los incas para que así las dos razas pudieran vivir tranquilas bajo un cetro comun (1).

El consejo del atrevido guerrero era tal vez el mas político que podia darse a Pizarro en aquellas circunstancias; porque su posicion era muy semejante a la de un hombre que descuidadamente hubiese trepado hasta la mitad de un resbaladizo precipicio, hallándose demasiado lejos para bajar con seguridad, pero sin tener apoyo sólido en aquel sitio; el único recurso de este hombre seria seguir trepando hasta llegar a la cima. Pero Gonzalo Pizarro no se atrevió a declararse en abierta rebelion. No obstante, la criminal carrera a que se habia dejado arrastrar últimamente, el sentimiento de lealtad que abrigaba su pecho estaba en él profundamente arraigado. Aunque habia tomado las armas contra las órdenes y los ministros de su soberano, no se sentia con fuerzas para levantar su espada contra el soberano mismo. Como Macbeth y otros muchos caracteres menos nobles, queria:

Ganar en su injusto juego;
Pero jugar lealmente.

Y por agradable que fuese para su vanidad la idea de un cetro, y por mas fácil que se lo pintase su imaginacion, no tuvo audacia, y tal vez podemos decir la criminal ambicion de estender la mano para cojerlo.

Aun en aquel momento, cuando le aconsejaban que adoptase esta resolucion desesperada, estaba preparando una mision para España con el objeto de justificar su conducta, solicitar una amnistia de lo pasado y la confirmacion de su autoridad como sucesor de su hermano en el gobierno del Perú. Pizarro no supo ver en el porvenir lo que vio el ojo sereno y profético de Carbajal.

Entre las noticias biográficas de los autores que han escrito sobre las colonias españolas, no debe omitirse ciertamente el nombre de Herrera, que es quien mas que otro alguno ha trabajado en este vasto campo. La relacion de los sucesos del Perú ocupa el lugar que le corresponde en su grande obra titulada *Historia general de las Indias*, segun el plan cronológico a que se halla arreglada. Pero como no sujiere reflexiones distintas de las que se deducen de las demás partes de la obra, me tomaré la libertad de remitir al lector al Postscriptum del libro tercero de la *Conquista de Méjico*, donde hablo con estension de ella y de su entendido autor. Otro de los cronistas a quien he citado frecuen-

(1) Molina ha escrito una escena de muy buen efecto entre Carbajal y Pizarro en su comedia *Las Amazonas en las Indias*, donde se toma alguna licencia poética en el homenaje que tributa al modesto mérito de Gonzalo. El mismo Julio César no fué mas magnánimo que Pizarro, segun le pinta el poeta en estos versos:

«Sepa mi rei, sepa España.
Que muero por no ofenderla,
Tan fácil de conservarla,
Que pierdo por no agraviarla,
Cuanto enfame en poseerla,
Una corona ofrecida.»

temente en el curso de esta narración, es Francisco Lopez de Gomara. También encontrará el lector noticias relativas a este autor, en el Postscriptum del libro quinto de la *Conquista de Méjico*. Pero como mis observaciones sobre sus escritos se limitan en esta obra a la *Crónica de Nueva España*, bueno será añadir aquí algunas reflexiones sobre su *Historia de las Indias*, trabajo más importante y en que la historia del Perú ocupa una parte muy principal.

La *Historia de las Indias* tiene por objeto dar en una breve narración el cuadro de todas las conquistas que habían hecho los españoles en las islas y en el continente americano hasta mediados del siglo XVI. Para esto Gomara, aunque no parece que haya estado en el Nuevo Mundo, se hallaba en situación de adquirir los mejores informes. Estaba bien relacionado con los principales personajes de su tiempo, y de sus labios recojió los pormenores para su historia, al paso que, viviendo en la corte podía saber la impresión que hacían los sucesos que iban ocurriendo, en aquellos que eran más competentes para formar juicio acerca de ellos. Así pudo introducir en su obra muchos detalles interesantes que no se encuentran en otros escritos de la misma época. Sus investigaciones no se limitaron meramente a los actos de los conquistadores, sino que se extendieron a los recursos generales de los países que se proponía describir y especialmente a su aspecto físico y a sus producciones. El plan de su obra no menos que su dición muestran que había cultivado las letras y era práctico en el arte de la composición. En vez de la naturalidad, agradable pero pueril, de los antiguos cronistas militares, Gomara al hablar de los diversos sucesos emplea la crítica picante y aguda del hombre de mundo, y sus descripciones están hechas con aquella elocuente concisión que forma notable contraste con los largos y pesados párrafos de los clérigos analistas. Estas dotes literarias, unidas a la creencia general y fundada de que el escritor poseía los mejores datos, han librado sus producciones del olvido en que comúnmente caen las obras manuscritas y le proporcionaron en su tiempo la satisfacción de ver más de una edición de ellas. Su obra sin embargo no lleva el mayor sello de autenticidad. El autor admite fácilmente en sus páginas relaciones que no están apoyadas en testimonios contemporáneos, y lo hace, no por credulidad, porque más bien era incrédulo, sino porque al parecer le faltaba el verdadero espíritu de investigación histórica. En su mismo tiempo se le tachó de descuidado en sus asertos (para usar de la frase más templada); y Garcilaso nos dice que cuando algunos caballeros peruanos le exigieron rectificase algunos errores que en agravio de ellos había cometido, el historiador dió esplicaciones muy poco satisfactorias. Esta es una gran falta que hace que sus obras para el historiador moderno que busca la verdad desnuda, sean de mucho menos valor que las de cualquier otro cronista más humilde, pero también más escrupuloso.

Otra autoridad he citado en esta historia y es la de Gonzalo Fernandez de Oviedo, de quien he hablado en otro lugar. El lector que quiera satisfacer más ampliamente su curiosidad, me permitirá que me refiera a la noticia crítica de su vida y escritos que di en el Postscriptum del libro cuarto de la *Conquista de Méjico*. Su historia del Perú forma parte de su grande obra titulada: *Natural e jeneral historia de las Indias* y está comprendida en los libros XLVI y XLVII de su manuscrito, es-

tendiéndose desde el desembarco de Pizarro en Tumbez hasta la vuelta de Almagro de Chile, y abrazando todo lo que propiamente puede llamarse conquista del país. Su estilo, correspondiente al resto de la obra, no ofrece para la crítica observaciones diferentes de las que ya he hecho en otro lugar sobre el carácter jeneral de sus escritos.

Este eminente personaje fué a la vez erudito y cortesano. Vivió mucho tiempo en la corte donde estuvo relacionado con personas de la mayor distinción; pero también pasó gran parte de su vida en las colonias, y a los datos que había adquirido de boca de los demás, pudo añadir el fruto de su experiencia personal. Su curiosidad infatigable se extendía a todos los ramos de las ciencias naturales, así como a la historia pública y privada de los colonos. Era a la vez su Plinio, y su Tácito. Sus obras abundan en pinturas de caracteres delineados con desembarazo y animación. Sus reflexiones son picantes, y a veces se remontan a un tono filosófico superior a las preocupaciones de su siglo; y el curso de su historia está agradablemente interrumpido por infinidad de anécdotas personales, que permiten examinar profunda, aunque rápidamente, el carácter de los individuos que pone en acción.

Con estas eminentes cualidades y con su respectable posición social, es extraño que por tan largo tiempo hayan permanecido inéditos tantos escritos suyos, como son la gran *Historia de las Indias* y sus curiosas *Quincuagenas*. Esto debe atribuirse en parte al capricho de la fortuna, pues la *Historia* más de una vez estuvo en visperas de publicarse, y aun se dice que preparada para entrar en prensa. Sin embargo, tiene graves defectos que pueden haber contribuido a que no se haya dado a luz. En su estilo cortado y episódico de composición, parece más bien una colección de notas para una grande historia, que la historia misma. Puede ser considerada como comentarios, y en este concepto sus páginas son muy estimables y a ellas han recurrido frecuentemente muchos escritores, que se han apropiado con poco escrupulo las palabras del antiguo cronista, sin el menor reconocimiento al autor.

Es lástima que Oviedo haya mostrado más solícitud en referirnos lo que era nuevo, que en averiguar lo que de esto era verdad. Entre sus buenas cualidades apenas se encuentra la exactitud histórica. Y sin embargo, esto tiene su disculpa hasta cierto punto en el hecho ya mencionado, de que sus escritos, más bien que el carácter de composiciones acabadas, tienen el de notas sueltas, en las cuales tanto rumores como hechos, y aun los rumores más contradictorios, están apuntados sin orden alguno, formando una masa heterojénea de materiales, que el discreto historiador puede aprovechar muy bien para levantar una fábrica simétrica sobre fundamentos más fuertes y sólidos.

Otro autor digno de mención particular es Pedro Cieza de Leon. Su *Crónica del Perú* podía llamarse con más propiedad Itinerario, o mejor Geografía del Perú. En ella da una minuciosa descripción jeográfica del país en tiempo de la conquista, de sus provincias y ciudades, tanto indias como españolas, de sus magníficas costas, de sus bosques, valles e interminables cadenas de montañas interiores, con muchos detalles interesante sobre la población existente en aquella época, sus trajes, usos, restos arquitectónicos y obras públicas. Al mismo tiempo, aunque esparcidas acá y allá, se encuentran en su obra noticias de la primitiva historia social y política del Perú. Es en suma una

pintura animada del país en sus relaciones físicas y morales, según se hallaba en tiempo de la conquista, y en ese período de transición en que quedó por primera vez sujeto a la influencia europea. La concepción de una obra en aquel siglo, y con arreglo a un plan tan filosófico, que nos recuerda el de Malte-Brun en nuestros días, *parva componere magnis*, demuestra por sí misma lo vasto del talento de su autor. Era esta tarea sumamente difícil cuando aun no había camino abierto a las investigaciones del anticuario, ni podía recurrirse a las noticias del viaje, ni a las medidas del explorador científico. Sin embargo, las distancias de un punto a otro están cuidadosamente señaladas por el injenioso compilador, y el aspecto de las diferentes poblaciones y sus caracteres particulares descritos con suficiente precisión, atendida la naturaleza de los obstáculos que tuvo que vencer. Además, la ejecución literaria de la obra es altamente recomendable, y su estilo a veces rico y pintoresco. El autor describe las grandes y magníficas escenas de las cordilleras con una sensibilidad que embelesa y que no se encuentra muchas veces en el desabrido topógrafo, y menos todavía en el tosco conquistador.

Cieza de Leon pasó al Nuevo-Mundo, según él mismo nos dice, a la edad de trece años. Pero hasta el tiempo de Gasca no hallamos su nombre entre los actores de las animadas escenas de la guerra civil, en que acompañó al presidente contra Gonzalo Pizarro. Su Crónica, o a lo menos sus notas para ella, fueron compiladas en el tiempo que pudo robar a sus más turbulentas ocupaciones, y al cabo de diez años de haberla emprendido, en 1550, completó la primera parte (que es todo lo que tenemos) cuando el autor llegaba a cumplir treinta y dos años. Esta primera parte apareció en Sevilla en 1553 y un año después en Amberes; y una traducción italiana impresa en Roma en 1555 demuestra la rápida celeridad de la obra. La edición de Amberes, que es una de las usadas por mí en esta historia, tiene la forma de 12.^o; está escelentemente impresa y adornada con grabados en madera, en que el demonio (porque el autor tenía mucho de la credulidad de los antiguos) con su acostumbrado acompañamiento fantasmagórico se aparece frecuentemente en figura corporal. En el prólogo Cieza anuncia su propósito de continuar la obra publicando otras tres partes para describir la antigua historia del país en tiempo de los Incas, su conquista por los españoles, y las guerras civiles que siguieron. Inserta también con curiosa minuciosidad los epígrafes de varios libros de su proyectada historia. Pero la primera parte, como ya he dicho, es la única que se completó; y el autor habiendo vuelto a España, murió en este país en 1560, a la prematura edad de cuarenta y dos años, sin haber realizado parte alguna del magnífico plan que con tanta confianza se trazara. Muy sensible es esta falta, atendiendo el talento del autor y las ocasiones que tuvo de hacer observaciones personales. Pero hizo ya bastante para merecer nuestra gratitud. Con su animada descripción de la naturaleza y de sus escenas en toda su frescura, tales como se presentaban a sus ojos, nos ha dado el terreno para la pintura histórica, el paisaje, digámoslo así, en que los hombres de aquel tiempo pueden ser más fielmente retratados. Habría sido imposible dar tan exactamente la antigua topografía del país en una época más moderna, cuando lo antiguo ha desaparecido, y cuando el conquistador, derribando las barreras de la antigua civilización, ha borrado muchas de las se-

ñales que mostraban el aspecto físico del país como existía en tiempo de los Incas.

LIBRO V.

CAPITULO I.

Gran sensación en España.—Pedro de la Gasca.—Primera época de su vida.—Su misión al Perú.—Su política conducta.—Sus ofertas a Pizarro.—Gana la escuadra.

1545--1547.

Mientras ocurría en el Perú la importante revolución referida en las anteriores páginas, solían llegar de cuando en cuando a la metrópoli rumores de lo que pasaba; pero la distancia era tanta y las comunicaciones tan escasas, que las noticias llegaban muchísimo tiempo después de haber ocurrido los sucesos a que se referían. El gobierno supo con desaliento las turbulencias causadas por el código de Indias y la precipitada conducta del virei, y poco después tuvo noticia de que este funcionario había sido destituido y espulsado de la capital, en tanto que todo el país a las órdenes de Gonzalo Pizarro se había sublevado contra él. Todas las clases se llenaron de consternación al saber tan alarmantes nuevas, y muchos que antes habían aprobado altamente las ordenanzas, condenaron a los ministros, que sin considerar el carácter inflamable de aquel pueblo, habían arrojado imprudentemente en medio de él una tea que amenazaba producir una explosión general en todas las colonias (1). Rebelión semejante no había ocurrido jamás en los dominios españoles. Fué comparada con la famosa guerra de las comunidades a principios del reinado de Carlos V; pero la insurrección peruana parecía aun más formidable. Las turbulencias de Castilla, siendo a la vista de la corte, podían comprimirse fácilmente; pero era difícil hacer sentir el mismo poder en las remotas playas de las Indias. El principio de atracción que unía al Perú (país situado a orillas del remoto mar Pacífico) con la madre patria era tan débil, que esta colonia podía en cualquier tiempo y aun con menor impulso del que entonces recibía separarse de la órbita política de España. Parecía que la diadema imperial estaba a punto de perder la más hermosa de sus joyas.

Tal era el estado de las cosas en el verano de 1545, hallándose Carlos ausente en Alemania, ocupado en sosegar las turbulencias religiosas del imperio. Hallábase el gobierno en manos de su hijo, que bajo el nombre de Felipe II, debía en breve empuñar el cetro de la mayor parte de los dominios de su padre, y que entonces residía con la corte en Valladolid. Felipe reunió un consejo de preladados juriconsultos y militares de grande experiencia y reputación, a fin de deliberar sobre las medidas que debían adoptarse para restablecer el ór-

(1) «Que aquello era contra una cédula que tenían del emperador que les daba el repartimiento de los indios de su vida, y del hijo mayor, y no teniendo hijos a sus mujeres, con mandarles espresamente que se casasen, como lo habían ya hecho los más de ellos; y que también era contra otra cédula real que ninguno podía ser despojado de sus indios sin ser primero oído en justicia y condenado.» Historia de D. Pedro Gasca, obispo de Sigüenza, M. S.

den en las colonias. Todos convinieron en considerar la conducta de Pizarro como una audaz rebelion; y hubo pocos al principio que no opinaran porque se emplease toda la fuerza y energia del gobierno para vindicar el honor de la corona, sofocar la insurreccion y castigar a sus autores (1).

Pero por bueno que esto pareciese, un poco de reflexion mostró que no era fácil, si acaso era practicable. Se necesitaba para ello cruzar con tropas no solamente el océano, sino todo el gran continente: ¿y cómo efectuarlo cuando los principales puntos, las llaves de las comunicaciones con el país se hallaban en poder de los rebeldes, y la escuadra, dueña del Pacifico, vijilaba sus aguas dispuestas a impedir que ninguna fuerza enemiga se acercase a la costa? Aun en el caso de que pudieran desembarcar en el Perú tropas españolas, no estando estas acostumbradas al clima, ni conociendo el país, ¿qué probabilidades habia de que pudieran vencer a los veteranos de Pizarro, habituados a la guerra de las Indias y muy afectos a la persona de su jefe? pronto se propagaría a las nuevas tropas el espíritu de insurreccion y el goce; no se quedaria sin ellas (2).

No quedaba, pues, otro recurso sino adoptar medidas de conciliacion: que cediese el gobierno, por mas que quedara mortificado su orgullo; que se concediese amplia amnistia a los que se sometieran; y que se empleasen todos los argumentos persuasivos y se hiciesen todas las concesiones políticas que bastaran a convencer a los insurjentes de que estaba en su interés así como en su obligacion volver a la obediencia de la corona.

Pero presentarse ante el pueblo en aquel estado de ajilacion y hacer tales concesiones sin comprometer demasiado la dignidad ni la autoridad permanente de la corona, era asunto delicado, cuyo buen éxito dependia enteramente del carácter del enviado que se elijiese. Despues de maduras deliberaciones, se creyó que la persona mas competente para este cargo seria un eclesiástico, llamado Pedro de la Gasca, nombre que mas brillante por el contraste con aquellos lúgubres tiempos en que primero apareció reluce todavia con igual esplendor despues del transcurso de siglos.

Pedro de la Gasca nació probablemente a fines del siglo XV en un pequeño pueblo de Castilla llamado el Barco de Ayala. Procedia por ambas líneas de antiguo y noble linaje, bien antiguo por cierto, si como aseguran sus biógrafos descendia de Gasca, uno de los conspiradores contra Julio Cesar (3). Habiendo tenido la desgracia de perder

(1) M. S. de Caravantes.—Historia de D. Pedro Gasca, M. S.

De este consejo era el gran duque de Alba, tan tristemente célebre despues en los Países Bajos. Es probable que opinase tambien por los medios coercitivos.

(2) «Ventilóse la forma del remedio de tan grave caso en que hubo dos opiniones: la una de embiar un gran soldado con fuerza de jente a la demostracion de este castigo; la otra que se llevase el negocio por prudentes y suaves medios, por la imposibilidad y falta de dinero para llevar jente, cavallos, armas, municiones y vestimentos, y para sustentarlos en tierra firme y pasarlos al Perú.» M. S. de Caravantes.

(3) Pasando a España vinieron a tierra de Ayala y quedó del nombre dellos el lugar y familia de Gasca; mudándose por la afinidad de la pronunciacion que hai entre las dos letras consonantes *c* y *g* el nombre de Casca en Gasca.» Hist. de D. Pedro Gasca, M. S.—En Castilla la semejanza de nombres es un clavo bastante fuerte para colgar de él una jenealogia.

a su padre en edad temprana, fué puesto por su tio en el famoso seminario de Alcalá de Henares, fundado por el gran Jimenez de Cisneros. Allí hizo rápidos progresos en los estudios, especialmente en los de su profesion y al fin recibió el grado de maestro de teología.

El jóven Gasca descubrió, sin embargo, otros talentos además de los que exijia su sagrado ministerio. La guerra de las comunidades assolaba entonces el país, y las autoridades de su colejio se mostraban dispuestas a tomar parte en favor de la causa popular. Pero Gasca poniéndose a la cabeza de una fuerza armada, se apoderó de una de las puertas de la ciudad y con el auxilio de las tropas reales, conservó la poblacion bajo el dominio de la corona. Probablemente el vijilante soberano no olvidó despues esta muestra de lealtad (1).

Desde Alcalá pasó Gasca a Salamanca, donde se distinguió por su habilidad en las disputas escolásticas y obtuvo los mas altos honores académicos en aquella antigua universidad, madre fecunda del saber y del ingenio. Despues se le confió el manejo de varios asuntos eclesiásticos de importancia y fué nombrado individuo del consejo de la inquisicion.

En 1540 fué enviado como tal inquisidor a Valencia para examinar ciertos casos de herejia. Hallábanse estos envueltos en la mayor oscuridad, y aunque en su investigacion tuvo el auxilio de muchos jurisconsultos eminentes, fué comision esta que le ocupó cerca de dos años. En tan difícil materia mostró tanta penetracion y tan completa imparcialidad, que los estados de Valencia le nombraron visitador de aquel reino, empleo de alta responsabilidad y que exijia gran discrecion en la persona que le ocupase, pues debia examinar la situacion de los tribunales de justicia y hacienda de todo el territorio, y tenia autoridad para reformar los abusos que encontrase. Fué prueba de gran consideracion que se confriese semejante cargo a Gasca, pues para ello fué preciso separarse del uso establecido (7 esto en una nacion muy apegada a sus usos) que era dar este cargo a uno que fuese natural de la corona de Aragon (2).

Gasca ejecutó su comision con independenciam y habilidad. Mientras se ocupaba en ella, el pueblo de Valencia se llenó de consternacion al saber la proyectada invasion de los franceses y turcos, que mandados por el temible Barbaroja amenazaban

(1) He tomado las principales noticias de los primeros años de la vida de Gasca de una biografía manuscrita compuesta en 1546 durante la vida de este prelado. No se dice el nombre del autor, el cual parece que habla por conocimiento personal, pero la obra debe ser de algun erudito, y está escrita con ciertas pretensiones de elegancia. El manuscrito orijinal forma parte de la estimable coleccion de D. Pascual de Gayangos, de Madrid; y es de mucho valor por la luz que arroja sobre los primeros años de la carrera de Gasca, época de que los historiadores españoles no han hablado una palabra. Sensible es que el autor no continuase su obra mas allá del periodo en que el objeto de ella fué elegido para desempeñar su mision en el Perú.

(2) «Era tanta la opinion que en Valencia tenían de la integridad y prudencia de Gasca, que en las córtes de Monzon los Estados de aquel reino le pidieron por visitador contra la costumbre y fuero de aquel reino, que no puede serlo sino el que fuere natural de la corona de Aragon, y consintiendo que aquel fuero se derogase, el emperador lo concedió a instancia y peticion dellos.» Hist. de D. Pedro Gasca, M. S.

la costa y las inmediatas islas Baleares. Temiase generalmente que con este motivo se sublevase la poblacion morisca; y los oficiales españoles que mandaban en aquel punto, careciendo de buques que les protejieran, desconfiaban de poder resistir con fruto al enemigo. En estas circunstancias de terror jeneral solo Gasca se presentó tranquilo y sereno. Afeó a los jefes su desconfianza antimilitar; les animó a confiar en la lealtad de los moriscos, y les aconsejó que inmediatamente levantasen fortificaciones en las playas. A consecuencia de esto fué nombrado individuo de una comision para dirigir las obras y levantar tropas para la defensa de la córte; y tan fielmente desempeñó su encargo, que Barbaroja, despues de algunas tentativas ineficaces para desembarcar, fué rechazado en todos los puntos y hubo de abandonar la empresa como desesperada. El honor principal de esta resistencia corresponde a Gasca, que dirigió la construccion de las obras de defensa y que pudo contribuir con una gran parte de los fondos necesarios por efecto de las reformas económicas que introdujo en la administracion del reino de Valencia (1).

En esta época, es decir, a últimos de 1545, fué cuando el consejo de Felipe le elejó como la persona mas competente para desempeñar aquella mision peligrosa en el Perú (2). Su carácter, en efecto, parecia muy apropiado para la empresa. Habia dado durante toda su vida las mayores muestras de lealtad; a sus modales suaves e insinuantes, reunia la mas intrépida resolucion; y aunque su aspecto era humilde, como convenia a su profesion, estaba lejos de ser abyecto, porque la conviccion de la rectitud de sus intenciones le sostenia y le granjeaba el respeto de todos aquellos con quienes trataba. Era además vivo en sus percepciones, conocia bastante el corazon humano, y aunque educado para la vida eclesiástica, tenia tantos conocimientos en los negocios civiles y aun en la ciencia militar, como pudieran exigirse de un hombre criado en las córtes y en los campos.

No vaciló, pues, el consejo en recomendarle unánimemente al emperador, pidiendo la aprobacion atentamente la conducta de Gasca, y en especial el modo con que habia dirigido los procedimientos judiciales contra los herejes de Valencia (3). Desde luego conoció que era el hombre que necesitaba para aquel caso; e inmediatamente le escribió de su propio puño, manifestándole su satisfaccion por aquel nombramiento, y anunciándole que en prueba de que le creia digno de él pensaba pre-

(1) «Que parece cierto, dice su entusiasta biógrafo, que por disposicion divina vino a hallarse Gasca entonces en la ciudad de Valencia, para remedio de aquel reyno y islas de Mayorca, Menorca é Iviza, segun la orden, prevencion y diligencia que en la defensa contra las armadas del turco y Francia tuvo, y las provisiones que para ello hizo.» Hist. de D. Pedro Gasca, M. S.

(2) «Finalmente quiso enviar una oveja, pues un leon no aprovechó, y así escojó al licenciado Pedro Gasca.» Gomara, Hist. de las Ind., capítulo CLXXIV.

(3) Gasca hizo lo que el autor llama una breve y compendiosa relacion de los procedimientos al emperador, al cual llamó tanto la atencion el escrito, que dedicó a su lectura toda una tarde, no obstante que su hijo Felipe le esperaba para asistir a una fiesta, prueba irrefragable, segun el autor, de su celo por la fé.—«Que-riendo entender muy de raíz todo lo que pasaba, como príncipe tan zeloso que era de las cosas de la religion.» Hist. de don Pedro Gasca, M. S.

sentarle para una de las sillas episcopales a la sazon vacantes.

Gasca aceptó su nueva mision sin vacilar, y presentándose en Valladolid recibió las instrucciones del gobierno respecto al plan de conducta que debia seguir. Estas instrucciones eran benignas y conciliadoras en perfecta consonancia con su benévolo carácter (1). Pero aunque le satisfizo el tono paternal de ellas, consideró las facultades que se le daban como insuficientes para su objeto, porque el gobierno español, inspirado de un espíritu de desconfianza, limitaba comunmente la autoridad que concedia a sus altos empleados coloniales, cuya distancia de la patria le daba motivo particular de recelo. Gasca vió que en cualquier caso extraordinario e imprevisto tendria que pedir nuevas instrucciones, lo cual traeria consigo una gran dilacion, precisamente cuando la prontitud era esencial al buen éxito de la empresa. Hizo además presente al consejo que la córte, por su distancia del teatro de los sucesos, seria del todo incompetente para juzgar de la conveniencia de las medidas que debieran adoptarse. Debia, pues, enviarse a uno en quien el rei tuviese entera confianza, y que fuese investido de los poderes necesarios para todo evento, poderes no solamente para decidir qué medida fuese mejor, sino para ponerla inmediatamente en ejecucion. Pidió, por consiguiente, ir al Perú, no solo como representante del soberano, sino revestido de toda la autoridad del mismo monarca. «No siendo así, dijo, mi mision tendria un éxito contrario del que se busca. Por mi parte, añadió, no quiero sueldo ni recompensa de ninguna especie: con mis hábitos y mi breviario espero llevar a cabo la empresa que se me confia (2). Enfermo como estoy, el reposo de mi casa me seria mas agradable que esta arriesgada mision; pero la acepto con gusto por obedecer a mi rei; y si como es probable no puedo ya volver a mi patria, tendré a lo menos el consuelo de haber hecho cuanto ha estado de mi parte por servir sus intereses» (3).

Los individuos del consejo, aunque escucharon con admiracion las desinteresadas manifestaciones de Gasca, se asombraron del atrevimiento de su demanda. No desconfiaban de la pureza de sus intenciones, que estaban al abrigo de toda sospecha; pero las facultades que pedia eran tan superiores a las que hasta entonces se habian dado a los vireyes en las colonias, que no se creyeron ellos competentes para concedérselas. Ni aun se atrevieron a solicitarlas del emperador, y aconsejaron a Gasca que por sí mismo se dirigiese al monarca y le manifestase los fundamentos que tenia para hacer tan extraordinaria peticion.

Gasca adoptó el consejo, e inmediatamente escribió a su soberano, que entonces se hallaba en Flandes, esponiendo sus ideas en los términos mas

(1) El manuscrito de Caravantes es el único, entre todas las obras que he consultado, que traslada *in extenso* estas instrucciones, cuyo tono patriarcal hace mucho honor al gobierno.

(2) «De suerte que juzgassen que la mas fuerza que Heuana era su ábito de clérigo y breviario.» Fernandez, Hist. del Perú, parte I, lib. II, cap. XVI.

(3) M. S. de Caravantes.—Hist. de D. Pedro Gasca, M. S.—Fernandez, Hist. del Perú, parte I, lib. II, cap. XVI—XVII.

Aunque no para sí. Gasca solicitó del monarca un favor, que fué el nombramiento de su hermano, eminente jurisculto, para una plaza de májistrado vacante en uno de los tribunales de Castilla.

esplicitos. Pero Carlos no era tan tenaz, o a lo menos tan celoso de su autoridad como sus ministros; hacia demasiado tiempo que era poderoso para tener semejantes celos; y antes de muchos años, oprimido por el peso de su poder, debía resignarle enteramente en las manos de su hijo. Su sagaz talento comprendió además fácilmente las dificultades de la posición de Gasca; y conoció que en aquella crisis extraordinaria, solo las medidas extraordinarias podían dar fruto. Cedió, pues, a la fuerza de los argumentos de su vasallo, y en 16 de febrero de 1546 le escribió otra carta de aprobación, anunciándole su voluntad de conferirle todos los poderes que había pedido.

Gasca debía llevar el título de presidente de la real audiencia; pero bajo este simple título debía estar a la cabeza de todos los departamentos en la colonia, así civiles como militares y judiciales. Podía hacer nuevos repartimientos y confirmar los ya hechos; declarar la guerra, levantar tropas, nombrar los individuos que quisiera para toda clase de empleos o separarlos según su voluntad. Estaba también autorizado para ejercer la real prerrogativa de perdonar los delitos, y especialmente para conceder una amnistía a todos los complicados en la rebelión, sin escepción alguna, al mismo tiempo que debía proclamar desde luego la revocación de las odiadas ordenanzas. Estas dos últimas medidas puede decirse que formaban la base de todas sus operaciones.

Como a los eclesiásticos no alcanzaba el brazo seglar, y sin embargo con frecuencia fomentaban desórdenes en las colonias, Gasca recibió facultad para desterrar del Perú a cuantos le pareciese oportuno, y respecto al virrey podía también enviarle a España, si el bien del país exigía esta medida. Conforme él mismo lo había propuesto, no debía recibir estipendio alguno; pero el gobierno le dió letra abierta sobre todas las tesorías de Panamá y del Perú, y el emperador le remitió cartas para las principales autoridades, no solo del Perú, sino de Méjico y de las colonias inmediatas, mandando que se le diese todo género de auxilios y últimamente, fuéronle entregadas cédulas en blanco con la firma real, para que las llenase conforme lo creyera conveniente (1).

Al paso que la concesión de tan ilimitados poderes excitaba en Gasca los mas vivos sentimientos de gratitud para con su soberano, que así confiaba en él, parece, y esto es mas extraordinario, que no despertó la envidia de los cortesanos. Conocían estos que el buen eclesiástico no había solicitado tales poderes para sí; y aun algunos, lejos de tenerle envidia, deseaban que antes de su partida fuese nombrado obispo, según se le había prometido, pensando que así llevaría mayor autoridad que presentándose como simple clérigo, y temiendo que el mismo Gasca quedase disgustado sino se le daba este nombramiento. Mas el nuevo presidente se apresuró a desvanecer estos recelos. «Los honores me servirán de poco, dijo, en el país adonde voy, y sería manifiestamente injusto conferirme un cargo de la iglesia no pudiendo desempeñarlo por tener que residir en tan lejanas tierras. Si no volviese, continuó, el remordimiento de haber aceptado un destino con cuyas obligaciones no hubiera podido cumplir, atormentaría sin cesar mis

(1) Zárate, Conq. del Perú, lib. VI, cap. VI.—Herrera, Hist. general, dec. VIII, lib. I, cap. VI.—M. S. de Caravantes.—Fernandez, Hist. del Perú, parte I, lib. I, cap. XVII—XVIII.—Gomara, Hist. de las Ind., capítulo CLXXIV.—Hist. de D. Pedro Gasca, M. S.

últimos instantes» (1). Esta política repugnancia en aceptar la mitra ha pasado a ser proverbio. Pero no había afectación en ella, y los amigos de Gasca, cediendo a sus argumentos, no volvieron a instarle sobre el asunto.

El nuevo presidente hizo sus preparativos de marcha. Estos fueron pocos y sencillos: debía acompañarle una comitiva poco numerosa, entre cuyos individuos el mas notable era Alonso de Alvarado, el valiente capitán, que, como el lector recordará, había servido tanto tiempo a las órdenes de Francisco Pizarro. En los últimos años Alvarado había fijado su residencia en la corte, y ahora, a instancias de Gasca, le acompañaba al Perú, donde su presencia podía facilitar las negociaciones con los insurrectos, al paso que su pericia militar podía ser muy útil si se necesitaba apelar a las armas (2). Después de la indispensable detención para aprestar la pequeña escuadra, el 26 de mayo de 1546, el presidente y su comitiva, se embarcaron en San Lucar para el Nuevo Mundo.

Después de un viaje próspero, y no muy largo para aquellos tiempos, desembarcaron a mediados de julio en el puerto de Santa Marta, donde recibieron las sorprendentes noticias de la batalla de Añaquito, de la derrota y muerte del virrey, y del establecimiento en el país del poder absoluto de Gonzalo Pizarro. Aunque estos sucesos habían ocurrido muchos meses antes de la salida de Gasca de España, eran tan imperfectas las comunicaciones que aun no se tenía noticia de ellos en la corte.

El ánimo del presidente se llenó de desconsuelo al reflexionar que los insurrectos, después de un acto tan atroz como la muerte del virrey, desesperados de encontrar perdón en el gobierno, no retrocederían ante ninguna de las consecuencias de su crimen. Cuidó, por tanto, de divulgar que la fecha de su nombramiento era posterior a la de la fatal batalla, y que estaba facultado para conceder amnistía completa de todos los delitos hasta entonces cometidos contra el gobierno (3).

Sin embargo, bajo cierto punto de vista podía considerarse la muerte de Blasco Núñez como una circunstancia favorable para el arreglo del país. Si hubiera vivido hasta la llegada de Gasca, este habría encontrado un gran obstáculo para su misión en la necesidad de obrar de concierto con una persona tan generalmente aborrecida en la colonia o se habría visto en la dura precisión de enviarle a España. Además, según todas las probabilidades, sería ahora mas fácil traer a los insurrectos a la razón ya que esta animosidad personal debía naturalmente concluir en el sepulcro de su enemigo.

Gasca estaba perplejo para decidir por qué punto intentaría entrar en el Perú. Todos los puertos estaban en poder de Pizarro y al cuidado de sus capitanes, los cuales tenían severas instrucciones para interceptar todas las comunicaciones con España y detener a los comisionados de la corte hasta saber la resolución de su jefe respecto a ellos. Decidióse al fin a pasar a nombre de Dios, punto custodiado por una fuerte guarnición a las órdenes

(1) «Especialmente si allá muriese o le matasen: que entonces de nada le podría ser buena, sino para partir desta vida con mas congoxa y pena de la poca cuenta que daua de la prouision que auia aceptado.» Fernandez, Hist. del Perú, parte I, lib. II, cap. XVIII.

(2) De este Alvarado descende la noble familia de los condes de Villamor en España M. S. de Caravantes.

(3) Fernandez, Hist. del Perú, parte I, lib. II, cap. XXI.

de Hernan Mexia, oficial a quien, como persona en cuya adhesion podia confiar enteramente, habia encomendado Gonzalo la guarda de esta importante puerta de sus dominios.

Si Gasca se hubiera presentado delante de aquel punto en actitud amenazadora, con aparato militar o desplegando alguna ostentacion oficial que hubiese despertado las sospechas de Hernan, seguramente no le hubiera sido fácil efectuar su desembarco. Pero Mexia no vió ningun motivo de recelo en la llegada de un pobre eclesiástico, sin fuerza armada, casi sin jente que le auxiliara, y que al parecer solo iba para desempeñar una mision de indulto. Así, no bien tuvo noticia del carácter del enviado y de su mision, se preparó para recibirlo con todos los honores debidos a su clase, y salió a la cabeza de sus soldados, seguidos de muchos eclesiásticos residentes en aquella poblacion. Nada habia en la persona de Gasca, y mucho menos en su humilde traje clerical y en su modesto séquito, que pudiese inspirar al vulgo sentimientos de temor o reverencia. En efecto, su aparicion pobre y la de su corta comitiva tan diferente de la acostumbrada pompa con que se presentaban los vireyes en las Indias, escitaron algun desprecio entre la ruda soldadesca que no tuvo escrúpulo en proferir ciertos chistes desvergonzados de modo que los oyera el mismo presidente (1). «Si este es el gobernador que S. M. nos envía, exclamaron algunos, poco cuidado debe dar a Pizarro.»

Mas el presidente, lejos de exasperarse al oír tales desvergüenzas ni de mostrar resentimiento a sus autores, las sufrió con la mayor humildad, y solamente se mostró mas agradecido a los eclesiásticos sus hermanos que con sus respetuosos ademanes parecian desear tributarle toda clase de homenaje.

Pero aunque las maneras de Gasca pareciesen vulgares y humildes, Mexia en su primera entrevista con él, descubrió al momento que no trataba con ninguna persona vulgar. El presidente, despues de haber explicado con brevedad la naturaleza de su comision, le dijo que habia venido como mensajero de paz y que por medio de medidas pacíficas era como pensaba desempeñar con buen éxito su encargo. Despues habló en jeneral de las facultades de que estaba revestido; dijo que tenia autoridad para perdonar a todos sin escepcion, y manifestó su propósito de proclamar la revocacion de las ordenanzas. Añadió que de este modo el objeto de la revolucion estaba cumplido: que resistir por mas tiempo al gobierno seria declararse en abierta rebelion sin motivo alguno, y concluyó exhortando a Mexia en nombre de su lealtad y patriotismo, a que le ayudase a sosegar las turbulencias del pais y a traerle de nuevo a la obediencia a la corona.

El cándido y conciliador lenguaje del presidente, tan diverso del tono arrogante de Blasco Nuñez y del austero porte de Vaca de Castro, hizo manifiesta impresion en Mexia, el cual reconoció la fuerza de sus razonamientos y se lisonjeó de que Gonzalo Pizarro la reconoceria tambien. Aunque adicto a este jefe, era leal de corazon, y como la mayor parte de los de su bando, habia sido arrastrado a la rebelion mas bien por la fuerza de las circunstancias que por la de su voluntad. No le disgustaba, pues,

(1) «Especialmente muchos de los soldados, que estaban desacatados, y decian palabras feas y desuergogadas. A lo cual el presidente (viendo que era necesario) hacia las orejas sordas.» Fernandez, Hist. del Perú, parte I, libro II, cap. XXIII.

volver a su fidelidad primera, ya que tan buena ocasion se le ofrecia para hacerlo con seguridad y para granjearse el favor del rei, y así lo manifestó al presidente prometiéndole su eficaz cooperacion en la buena obra de la reforma (1).

Fué este un socorro importante para Gasca; pero era aun de mas importancia asegurar la obediencia de Hinojosa, gobernador de Panamá, en cuyo puerto estaba la escuadra de Pizarro, compuesta de veinte y dos buques. No era fácil sin embargo entablar relaciones con este oficial. Era persona de carácter mucho mas elevado que el que comunmente tenian los turbulentos aventureros del Nuevo Mundo; era además adicto a los intereses de Pizarro, y este le habia dado una gran muestra de confianza encargándole el mando de su armada y de Panamá, llave de sus territorios sobre el Pacífico.

El presidente envió primero a Mexia, y a Alonso de Alvarado para que le preparasen el camino, instruyéndolo a Hinojosa del objeto de su mision. El les siguió poco despues, y fué recibido por aquel jefe con las mayores muestras de respeto. Pero aunque oyó con deferencia las amonestaciones de Gasca, no pudieron estas producir en su ánimo el efecto que habian producido en el de Mexia; y concluyó rogando al presidente le mostrase sus poderes, y preguntándole si se estendian a confirmar a Pizarro en un puesto a que estaba llamado, no solo por sus servicios sino por el voto popular.

Cuestion dificultosa era esta. Semejante concesion habria sido demasiado humillante para la corona; pero confesarlo así abiertamente en aquellas circunstancias y a un capitan tan adicto a Pizarro, habria sido frustrar toda tentativa de ulteriores negociaciones. El presidente eludió pues la pregunta diciendo simplemente que no habia llegado aun el caso de presentar sus poderes; pero que Hinojosa podia estar seguro de que le autorizaban para conceder amplias recompensas a todos los servidores leales de su pais (2).

No quedó satisfecho Hinojosa con esta respuesta, e inmediatamente escribió a Pizarro anunciándole la llegada de Gasca y el objeto de su mision, y declarándole al mismo tiempo que estaba convencido de que el presidente no llevaba autoridad para confirmarle en el gobierno. Pero antes de la salida del buque que debia llevar esta carta, se ganó Gasca los servicios de un fraile dominico que pasaba en él a una de las ciudades de la costa, al cual proveyó de manifiestos y alocuciones anunciando el objeto de su llegada a aquel pais, la abolicion de las ordenanzas y la amplia amnistia que estaba autorizado para conceder a todos los que volviesen a la obediencia a la corona. Escribió tambien por este conducto a los prelados y corporaciones de las diferentes ciudades, exhortando a los primeros a que le ayudasen a introducir el espíritu de lealtad y subordinacion entre el pueblo, y anunciando a las segundas su propósito de consultarlas sobre la adopcion de varias medidas eficaces para el bienestar del pais. Estos papeles se comprometió el dominico a repartir por sí mismo en las principales ciudades de la colonia; y cumplió fielmente su promesa, aunque no sin ries-

(1) Fernandez, Hist. del Perú.—Carta de Gonzalo Pizarro a Valdivia.—Montesinos, Annales, M. S., año de 1546.—Zarate, Conq. del Perú, lib. VI, cap. VI.—Herrera, Hist. general, dec. VIII, lib. II, cap. V.

(2) Fernandez, Hist. del Perú, parte II, lib. I, cap. XXXV.—Zarate, Conq. del Perú, lib. VI, cap. VII.—M. S. de Caravantes.

go de su vida. Muchas de las semillas así esparcidas podían caer en terreno estéril, pero Gasca esperaba que la mayor parte echaría raíces en el corazón del pueblo y esperó con paciencia a que diesen su fruto.

Entre tanto, aunque no había conseguido desvanecer los escrúpulos de Hinojosa, sus corteses maneras y sus discursos persuasivos e insinuantes produjeron visible efecto en otros individuos con quienes tenía diarias relaciones. Muchos, y entre ellos algunos de los principales caballeros de Panamá y de la escuadra, manifestaron espresamente su deseo de unirse a la causa real y auxiliar al presidente para sostenerla. Gasca se aprovechó de su cooperación para abrir comunicaciones con las autoridades de Guatemala y Méjico, a quienes participó el objeto de su comision, intimándoles que cortasen todas sus relaciones con los insurrectos de la costa del Perú. Logró también del gobernador de Panamá que le proporcionase medio de entrar en comunicacion con el mismo Gonzalo Pizarro, y despachó un buque a Lima con una carta del emperador y otra suya para aquel jefe.

La carta del emperador estaba concebida en los términos mas benévolos y conciliadores. Lejos de echarle en cara su rebelion, aparentaba considerar su conducta como efecto de las circunstancias en que se había visto, y especialmente de la obstinacion del virei Blasco Nuñez en negar a los colonos el imprescriptible derecho de peticion. Nada decía por donde pudiera colegirse si su intencion era confirmar a Pizarro en el mundo o separarle de él, y solamente le anunciaba que Gasca le declararia su real voluntad, y que debía cooperar con este eclesiástico al restablecimiento de la tranquilidad del país.

La carta de Gasca estaba vaciada en el mismo molde político. Haciale pre ente, sin embargo, que habían cesado las circunstancias que hasta entonces habían dirigido su conducta; que nada quedaba ya que reclamar y que solo faltaba que él y los suyos, apresurándose a volver a la obediencia del rei, mostrasen su lealtad y la sinceridad de sus intenciones. Deciale además que hasta entonces había estado en hostilidad contra el virei, y el pueblo le había apoyado por ser contra un enemigo común; que si prolongaba la lucha, su enemigo sería ya el soberano, y el pueblo seguramente no le apoyaría; por lo cual le exhortaba, en nombre de su honor de caballero y de su deber de leal vasallo, a respetar la autoridad real y a no provocar una guerra, que probaria al mundo que su conducta anterior, había sido dictada mas bien por ambicion personal, que por motivos patrióticos.

A esta carta, de grande estension y concebida en términos corteses y lisonjeros para la persona a quien iba dirigida, acompañaba otra mucho mas concisa para Cepeda, el intrigante abogado que, como Gasca no ignoraba, tenía el mayor influjo sobre Pizarro en ausencia de Carbajal, que entonces se ocupaba en recojer los ricos productos de las minas nuevamente descubiertas del Potosí (1). En esta epístola aparentaba Gasca cierta deferencia al artero político como individuo de la real audiencia y le consultaba sobre el mejor medio de llenar las vacantes de aquel cuerpo.

Entregáronse estas comunicaciones a un caballero llamado Paniagua, fiel partidario del presidente y uno de los que le habían acompañado des-

(1) «El licenciado Cepeda que tengo yo ahora por teniente, de quien yo hago mucho caso y le quiero mucho.» Carta de Gonzalo Pizarro a Valdivia, M. S.

de Castilla, el cual llevó también manifiestos y cartas como los que se habían confiado al dominico con orden de distribuirlos secretamente en Lima antes de que saliese de aquella capital (1).

Pasaron semanas y meses y el presidente permanecía aun en Panamá, donde, cortadas cuidadosamente como estaban sus comunicaciones con el Perú, podía decirse que se hallaba detenido como una especie de prisionero de estado. Entre tanto, así él como Hinojosa, aguardaban con ansia la llegada de algun enviado de Pizarro, que les indicase el modo con que había recibido este jefe la noticia de la mision del presidente. El gobernador de Panamá no desconocía la peligrosa posicion en que se hallaba colocado, ni lo absurdo que sería provocar una lucha con la corte de Castilla. Pero tenía cierta repugnancia (no muy común entre los caballeros del Perú) a abandonar a su jefe que tanto se fiaba de él. Esperaba, sin embargo, que Pizarro aprovecharía la ocasion que se le ofrecía de ponerse y poner al país en un estado de seguridad permanente.

Varios caballeros de los que habían prestado su adhesion a Gasca, irritados con lo que llamaban obstinacion de Hinojosa, propusieron al presidente apoderarse de su persona y tomar posesion de la armada; pero Gasca desechó desde luego la oferta diciendo que su mision era de paz, y que no quería deshonrarla con ningun acto de violencia. Respetó también los escrúpulos de Hinojosa, sabiendo que hombre de tal pundonor, una vez atraído por nobles medios, sería mucho mas fiel a sus intereses que vencido por fuerza o por engaño. Pensó que podía aguardar con confianza la ocasion oportuna. Esto era político y al mismo tiempo honroso; bien es verdad que la política y la honradez siempre van juntas.

Entre tanto solian llegar de tiempo en tiempo personas de Lima y de las ciudades inmediatas que daban noticias de Pizarro, noticias que variaban segun el carácter y la situacion de los individuos. Unos decían que se ganaba todos los corazones con su jenio abierto y la política profusion con que, no obstante su sed de riquezas, distribuía repartimientos y favores entre sus partidarios. Otros aseguraban que gobernaba con arbitrariedad y violencia, y que los vecinos de Lima estaban llenos de terror y desconfianza. Todos convenian sin embargo en que su poder se apoyaba sobre bases demasiado sólidas para ser destruidas; y opinaban que si el presidente iba a Lima o tendría que consentir en ser instrumento de Pizarro, confirmando-le en el gobierno, o espondría a grave riesgo su vida (2).

Es evidente que Gonzalo, aunque segun dicen

(2) Pueden verse las cartas de que habla el texto en Zárate, Conq. del Perú, lib. VI, cap. VII y en Fernandez, Hist. del Perú, parte I, lib. II, cap. XXIX—XXX. La del presidente tiene muchas páginas, ocupando gran parte de ella varias citas y ejemplos históricos para demostrar lo absurdo y criminal de una rebelion contra la autoridad regia. La siguiente sentencia con que concluye da una idea exacta del tono benigno de esta homilia. «Nuestro Señor por su infinita bondad alumbró a vuestra merced, y a todos los demas para que acierten a hacer en este negocio lo que conviene a sus almas, honras, vidas y haciendas; y guarde en su sancto servicio la ilustre persona de vuestra merced.»

(2) Fernandez, Hist. del Perú, parte I, lib. II, cap. XXVII.—Herrera, Hist. general, dec. VIII, lib. II, cap. VI.—M. S. de Caravantes.

sus amigos no descuidase los negocios públicos, tenía tiempo para entregarse libremente al goce de aquellos placeres que rodean a un soldado de fortuna en la hora de su triunfo. Era objeto de adulaciones y homenajes: hasta los mismos que le odiaban le hacían la corte, pues los que no le amaban tenían bastantes motivos para temerle y se conmemoraba sus hazañas en romances y coplas en que se le comparaba (lo cual no estaba lejos de ser cierto) con los más esforzados paladines de la caballería (1).

Entre tanta adulación, la copa del placer destinada a los labios de Pizarro tenía una gota de amargura, que daba su sabor a todo lo demás; porque apesar de la confianza que aparentaba en público, esperaba con viva ansiedad la llegada de noticias que le instruyesen del aspecto bajo el cual se consideraba su conducta por el gobierno de España, como lo probaban sus esquisitas precauciones para guardar las costas y detener a los emisarios de la corte. Supo, pues, con no leve disgusto por la carta de Hinojosa, el desembarco del presidente Gasca y el objeto de su misión, si bien su descontento se mitigó cuando le informaron de que el nuevo enviado llegaba sin aparato militar, sin pompa alguna oficial que pudiese imponer al vulgo, y solamente, por decirlo así, con el hábito humilde de un misionero (2). Pizarro no podía adivinar que bajo este exterior modesto se ocultaba un poder moral, más fuerte que sus batallones forrados de acero, y que obrando silenciosamente en la opinión pública, tanto más seguro cuanto más secreto, iba minando su fuerza como un canal subterráneo socava los cimientos de un magnífico edificio, que se levanta orgulloso con el terreno que ocupa y con la duración que promete.

Pero aunque Gonzalo Pizarro no pudiese preveer este resultado, vió lo bastante para conocer que lo más seguro sería espulsar al presidente del Perú. La noticia de su llegada apresuró además la ejecución de su primitivo intento de enviar un mensaje a España para justificar su conducta y solicitar del rey la confirmación de su autoridad. Elijió para esta misión a Lorenzo de Aldana, caballero discreto y valiente que poseía su confianza por ser uno de sus más celosos partidarios. Este había desempeñado varios destinos importantes a las órdenes de Gonzalo, el cual debía en parte sus triunfos a la sagacidad con que sabía escoger sus agentes.

Unieronse a Aldana para esta comisión uno o dos caballeros y el obispo de Lima, como más a propósito por su posición para influir en la corte en favor de Pizarro. Llevaban los comisionados, además de las comunicaciones dirigidas al gobier-

(1) «Y con esto, estaua siempre en fiestas y regozijo, holgando mucho que le diesen músicas, cantando romances y coplas de todo lo que auia hecho, encareciendo sus hazañas y victorias. En lo qual mucho se deleytaua como hombre de grueso entendimiento.» Fernandez, Hist. del Perú, parte I, lib. II, cap. XXXII.

(2) Gonzalo en su carta a Valdivia habla de Gasca como un clérigo de buena reputación que sin recompensa, é inspirado del verdadero espíritu de un misionero, había pasado al Perú para arreglar los negocios del país. «Dicen que es muy buen christiano y hombre de buena vida i clérigo, i dicen que viene a estas partes con buena intención i no quiso salario ninguno del rey sino venir para poner paz en estos reinos con sus cristiandades.» Carta de Gonzalo Pizarro a Valdivia, M. S.

no, una carta de los habitantes de Lima para Gasca en la cual después de felicitarle cortesmente por su llegada, le anunciaban su sentimiento de que hubiese llegado demasiado tarde, pues los desórdenes habían cesado con la caída del virei y el país reposaba tranquilo bajo el gobierno de Pizarro. Decíanle además que había salido una embajada para Castilla, no con el objeto de solicitar perdón, porque no habían delinquido (1), sino para pedir al emperador que confirmase a Pizarro en el gobierno, como el que más lo merecía por sus virtudes (2). Por último le manifestaban que su presencia solo serviría para renovar los pasados disturbios; y le daban a entender que sus tentativas para desembarcar en el Perú podrían costarle la vida. El lenguaje de este singular documento era más respetuoso de lo que podía inferirse por su contenido. Tenía la fecha del 14 de octubre de 1546 y estaba firmado por setenta de los principales vecinos de la ciudad. Es probable que le dictase Cepeda, cuya mano se advierte en la mayor parte de las intrigas de la pequeña corte de Pizarro. Dícese también, aunque la autoridad es un tanto cuestionable, que Aldana recibió instrucciones de Pizarro para ofrecer cincuenta mil pesos de oro al presidente por que se volviese a Castilla; y que en caso de negativa se pensaba en adoptar un medio más eficaz y tenebroso para desembarazarse de su presencia (3).

Aldana provisto de sus despachos salió inmediatamente para Panamá. Por él supo el gobernador el estado de la opinión en los consejos de Pizarro y oyó con sentimiento al enviado manifestar su convicción de que ni este jefe ni sus partidarios admitirían avenimiento alguno que no le confirmase en el gobierno del Perú (4).

(1) «Porque perdon ninguno de nosotros le pide, porque no entendemos que emos errado, sino seruido a su majestad, conseruando nuestros derechos, que por sus leyes reales a sus vasallos es permitido.» Fernandez, Hist. del Perú, parte I, lib. II, cap. XXXIII.

(2) «Porque él por sus virtudes es muy amado de todos; y tenido por padre del Perú.» Ibid., ubi supra.

(3) Fernandez, Hist. del Perú.—Herrera, Hist. general, dec. VIII, libro II, cap. X.—Zarate, Conq. del Perú, lib. VI, cap. VIII.—Gomara, Hist. de las Ind., cap. CLXXVII.—Montesinos, Anuales, M. S., año de 1546.

Pizarro en su carta a Valdivia le da cuenta de esta indicación hecha a Gasca, el cual, con toda su reputación de santo, dice que era el hombre más mañoso que había en toda España, y que ahora iba para enviarle a él a Castilla por recompensa de sus leales servicios. «Y agora que yo tenía puesta esta tierra es sosiego embiava su parte al de la Gasca, que aunque arriba digo que dicen que es un santo, es un hombre el más mañoso que había en toda España e más sabio; e así venia por presidente e gobernador e todo quanto él quiera; e para poderme embiar a mí a España, i al cabo de dos años que andávamos fuera de nuestras casas queria el rey darme este pago, mas yo con todos los cavalleros deste reyno le embiávamos a decir que se vaya, sino que haremos con él como con Blasco Nuñez.» Carta de Gonzalo Pizarro a Valdivia, M. S.

(4) Con la misión de Aldana a Castilla, Pizarro termina la importante carta tantas veces citada en estas páginas, y que como puede suponerse presenta los mejores argumentos que militan en favor de su conducta. Es un hecho curioso que Valdivia, el conquistador de Chile, a quien esta epístola iba dirigida, poco después de haberla recibido, abrazase abiertamente la causa de Gasca, y que sus tropas formasen parte de las fuerzas que combatieron contra Pizarro en la batalla de Huariña. ¡Tal era el amigo en quien Gonzalo confiaba!

Aldana fué luego admitido a audiencia por el presidente, audiencia que tuvo resultados muy diversos de los que tuvieron las conferencias con Hinojosa, porque el enviado de Pizarro no estaba armado de aquella inflexibilidad que habia dado al gobernador de Panamá fuerzas para resistir a todos los argumentos. Supo con sorpresa cuáles eran las facultades de Gasca y que las réjas concesiones comprendian a todos los insurjentes. Habia acometido con Pizarro una empresa desesperada pero cuyo éxito habia sido feliz. La colonia en justicia no podia pedir más; y aunque adicto de corazón a su jefe, no se creyó obligado por ningun principio de honor a tomar parte con él y solo por satisfacer su ambicion, en una lucha terrible contra la corona, lucha que inevitablemente deberia causar su ruina. Abandonó por tanto la mision que se le habia encomendado para Castilla y que probablemente no era muy de su gusto, y anunció su propósito de aceptar el perdón ofrecido por el gobierno y cooperar con el presidente al arreglo de los asuntos del Perú. Debe hacerse la justicia de añadir que escribió a Pizarro participándole la resolución que habia tomado y exhortándole con vivas instancias a que siguiese su ejemplo.

La influencia de este paso dado por persona tan importante como Aldana, unida seguramente a la convicción de que no podia ya esperarse que Pizarro mudase de parecer, y al temor que empezó a concebir Hinojosa de que la dilación pudiera serle fatal, vencieron al fin sus escrúpulos y le decidieron a poner la escuadra a las órdenes de Gasca. Separó previamente de sus empleos a algunos de los mas obstinados partidarios de Pizarro, el 19 de noviembre de 1546 él y sus capitanes presentaron la dimision de los suyos en manos del presidente. Despues prestaron juramento de fidelidad a Castilla; proclamóse por un heraldo desde un tablado construido en la plaza de la ciudad un completo perdón de todas las faltas pasadas y luego el presidente, saludándoles como fieles y leales vasallos de la corona les devolvió sus diversos empleos. Desplegóse entonces a bordo de la escuadra la bandera real de España, que anunciaba que Pizarro habia perdido para siempre este baluarte de su poder (1).

La devolucion de sus cargos a los capitanes insurjentes fué un acto político de Gasca que le aseguraba los servicios de los oficiales mas hábiles del país y volvía contra Pizarro los mismos brazos en que principalmente se apoyaba. Así se llevó a cabo esta grande obra, sin violencia ni fraude, solo por la paciencia y prevision de Gasca. Así recojió los frutos de una y otra, y ya podia confiar fundadamente en que llegaría a dar feliz cima a su mision.

(1) Pedro Pizarro, Descub. y Conq. M. S.—Zárate, Conq. del Perú, lib. VI, cap. IX.—Fernandez, Hist. del Perú, parte I, lib. II, capitulos XXXVIII—XLII.—Gomara, Hist. de las Ind., cap. CLXXVIII.—M. S. de Caravantes.

Garcilaso de la Vega, cuya parcialidad por Pizarro forma gran contraste con las opiniones desfavorables que forman de su conducta la mayor parte de los demas escritores, al hablar de estos hechos parece poco dispuesto a elojiar la lealtad que se manifiesta a un bienhechor. Com. Real, parte II, lib. V, cap. IV.

CAPITULO II.

Gasca reúne sus fuerzas.—Desercion en las filas de los partidarios de Pizarro.—Este refuerza sus tropas.—Ajlilacion en Lima.—Pizarro abandona la ciudad.—Gasca sale de Panamá.—Sangrienta batalla de Huarina.

1547.

No bien se vió Gasca en posesion de Panamá y de la escuadra, trató de adoptar un rumbo de política mas decisivo que el que habia seguido hasta entonces. Levantó jente y reunió provisiones por todas partes. Cuidó de pagar los salarios atrasados a los soldados y prometió amplias recompensas para lo futuro; pues aunque cuidaba de que sus gastos personales fuesen los menos posibles, no escaseaba gasto alguno cuando se trataba del bien público. Hallándose exhausta la tesorería, obtuvo empréstitos sobre el crédito del gobierno, y los vecinos ricos de Panamá, fiándose en su buena fé, le adelantaron los fondos necesarios. Despues remitió cartas a las autoridades de Guatemala y Méjico, pidiendo su auxilio para llevar adelante las hostilidades si necesario fuese, contra los insurjentes, y ordenó del mismo modo a Benalcazar, que mandaba las provincias situadas al norte del Perú, para que al desembarcar en este país se le reuniese con toda la fuerza que pudiera.

El pueblo de Panamá manifestó el mayor entusiasmo, ocupándose en aprestar la escuadra para el viaje; y prelados y jefes no se desdénaron de mostrar su lealtad, tomando parte en las maniobras con los soldados y marineros (1). Sin embargo, antes de su partida resolvió Gasca enviar una pequeña escuadra de cuatro buques a las órdenes de Aldana para cruzar por delante de Lima con instrucciones para proteger a los adictos a la causa real y recibirlos en caso necesario a bordo de sus buques. Dióle también copias autorizadas de sus poderes para que las remitiese a Pizarro, a fin de que este conociera que aun era tiempo de volver a la obediencia del rei, antes que se cerrasen para él las puertas de la misericordia (2).

Mientras ocurrían estos acontecimientos las cartas y proclamas de Gasca iban produciendo su efecto en el Perú. Poca sagacidad se necesitaba para conocer que el país en su gran mayoría, aseguradas ya las personas y las propiedades, nada tenia que ganar con la revolucion. Por fortuna el interés y el deber militaban en esta ocasion en las mismas filas; y el antiguo sentimiento de lealtad, resfriado por algun tiempo, pero no estinguido, se reanimó en el corazón del pueblo. No se manifestó sin embargo desde luego por ningun acto esplicito, pues bajo un régimen despótico y militar los hombres apenas se atreven a pensar y mucho menos a comunicar a otros sus pensamientos. Pero los cambios de la opinion pública, como los de la atmósfera comienza a efectuarse

(1) «Y ponía sus fuerzas con tanta llaneza y obediencia, que los obispos y clérigos y los capitanes y mas principales personas eran los que primeros echaban mano y tiraban de las gúmenas y cables de los nauios para los sacar a la costa.» Fernandez, Hist. del Perú, parte II, lib. I, cap. LXX.

(2) Ibid., ubi supra.—Montesinos, Anales, M. S. año de 1546.—Gomara, Hist. de las Ind., cap. CLXXVIII.—Zárate, Conq. del Perú, lib. VI, cap. IX.—Herrera, Hist. jeneral, dec. VIII, lib. III, cap. III.

poco a poco e imperceptiblemente, i se hacen luego sentir cada vez más, hasta que por una especie de secreta simpatía se estienden a los mas remotos puntos del país. Algunas señales de semejante cambio se percibieron en Lima, a pesar de las precauciones tomadas para que no se propagase la noticia de la mision que llevaba el presidente Gasca al Perú. El mismo Pizarro advirtió estos síntomas de descontento, aunque eran tan débiles que el ojo mas esperto no podia distinguir en ellos las señales de la próxima tempestad.

Sus fieles partidarios le presentaron varias de las proclamas del presidente; y Carbajal que habia sido llamado del Potosí, declaró: que eran mas de temer aquellas cartas que las lanzas del rei de Castilla (1). Sin embargo, Pizarro no perdió ni por un momento la confianza en sus fuerzas, pues con una armada como la que tenia en Panamá a su devoción creia poder desafiar a cualquier enemigo que se acercase a sus costas. Tenia entera confianza en la fidelidad de Hinojosa.

A esta sazón llegó Paniagua a Lima con las cartas del emperador y de Gasca para Pizarro, las cuales este presentó inmediatamente a sus fieles consejeros Carbajal y Cepeda, pidiéndoles su opinion sobre el asunto. Era aquella la crisis del destino de Pizarro.

Carbajal, cuya sagaz penetración comprendió al momento la naturaleza de la posición en que se hallaban, opinó porque se aceptase la real gracia en los términos propuestos, y manifestó cuán importante le parecia diciendo que «el enladrillaria con ladrillos de oro y plata el camino por donde hubiese de pasar el portador de ella» (2). Cepeda fué de diferente parecer. Era juez de la real audiencia, y habia sido enviado al Perú como inmediato consejero de Blasco Nuñez. Pero se habia declarado y combatido contra el virrey, y podia decirse que la sangre de este teñia aun sus vestiduras. ¿Qué gracia podia, pues, esperar? Por mas respeto que pudiera mostrarse a la letra de la real cédula de perdon, siempre bajo el cetro de Castilla viviria como un hombre desacreditado. Instó por tanto a Pizarro para que desechara las ofertas de Gasca, diciendo que le costarian el gobierno; que aquel humilde clérigo no era persona tan sencilla como le parecia, sino un profundo político (3) que sabia perfectamente lo que debia prometer, y que una vez dueño del país, sabria tambien como debía cumplir lo prometido.

Ni los argumentos, ni los sarcasmos de Cepeda convencieron a Carbajal, y habiéndose acalorado la disputa, Cepeda atribuyó el consejo de su opositor a las sugestiones del miedo, suposición necia cuya falsedad demostraban los altos hechos de toda la vida del valiente veterano. Sin embargo, Carbajal no insistió mas en sus consejos, viendo que tampoco agradaban a Pizarro, y se contentó con observar friamente que no le gustaba la rebelión; pero que tenia tan buen pescuezo para una sogá como otro cualquiera; y que no pudiendo ya vivir mucho, el asunto en realidad era para él de poca importancia (4).

(1) Fernandez, Hist. del Perú, parte I, cap. XLV.

(2) «Y le enladrillen los caminos par do viniere con barras de plata y tejos de oro.» Garcilaso, Com. Real, parte II, lib. V, cap. V.

(3) «Que no le embiauan por hombre sencillo y llano sino de grandes cautelas, astucias, falsedades y engaños.» Ibid., loc. cit.

(4) «Por lo demás, quando acaezca otra cosa, ya yo he viuido muchos años, y tengo tan buen palmo de

Pizarro aguijado por su grande ambición que le aconsejaba saltar por todos los obstáculos (1) no quiso dar oídos a las razones que se oponian a que entrase en una lucha desesperada con la corona, y adoptó la opinion de Cepeda. La oferta de gracia fué desechada, y así rompió el último lazo que le ligaba a su país, declarándose en el mero hecho rebelde (2).

Poco despues de la partida de Paniagua recibió Pizarro la noticia de la defección de Aldana e Hinojosa y de la entrega de la escuadra, en que tantas sumas habia gastado, como principal baluarte de su poder. Tan funesta nueva fué seguida de otras de la misma especie relativas a la defección de algunos caballeros principales del Norte y al asesinato de Puelles, el fiel teniente a quien habia confiado el gobierno de Quito. A poco tiempo vió tambien amenazada su autoridad por la parte opuesta, esto es, por el Cuzco; porque Centeno, el jefe realista, que como el lector recordará se habia refugiado huyendo de Carbajal, en una cueva cerca de Arequipa, salió de su retiro, donde habia estado un año, y al saber la llegada de Gasca levantó de nuevo el estandarte real. Despues reuniendo un corto número de partidarios y cayendo de noche sobre el Cuzco, se hizo dueño de esta capital, derrotó a la guarnición que la custodiaba y proclamó en ella la autoridad del emperador. Poco despues marchando a la provincia de Charcas, se le unió el oficial de Pizarro que mandaba en La Plata, y sus fuerzas combinadas, en número de mil hombres, tomaron posición a orillas del lago de Titicaca, donde ambos se proponian aguardar la ocasión de presentar la batalla a su antiguo jefe.

La desercion de aquellos en quienes mas confianza tenia Pizarro y las fatales noticias de tan repetidas pérdidas, llenaron su corazón de amargura. No perdió el tiempo sin embargo en inútiles recriminaciones ni quejas, sino que inmediatamente se puso a hacer preparativos para resistir a la tempestad con toda la energía que le caracterizaba. Escribió en primer lugar a los capitanes con cuya fidelidad contaba todavia, mandándoles que estuviesen prontos con sus tropas para acudir en su auxilio al menor aviso, recordándoles las obligaciones que le debian, y diciéndoles que sus intereses eran unos mismos, y que la autorización que llevaba el presidente, habiendo sido dada antes de que llegase a España la noticia de la batalla de Añaquito, no podia estenderse a perdonar a los complicados en la muerte del virrey. (3)

pescuezo para la sogá como cada uno de vuestas mercedes.» Garcilaso, Com. Real, parte II, lib. V, cap. V.

(1) «Loca y luciferina soberbia» llama Fernandez a la ambición de Gonzalo. (Hist. del Perú, parte I, lib. II, cap. XV.)

(2) M. S. de Caravantes.—Segun Garcilaso, Paniagua llevaba instrucciones secretas del presidente facultándole para confirmar a Pizarro en el gobierno, en caso que lo creyere necesario para la conservación de la autoridad real, «no importando que fuese el diablo quien gobernase, con tal que el país continuara bajo la dominación de la corona,» como decia Paniagua, que continuó en el Perú despues de estos sucesos. (Com. Real, parte II, libro V, cap. V.) Es posible, pero es mas probable que un hombre crédulo como Garcilaso incurriese en error, que no que Carlos V. diese tal muestra de imbecilidad o que el elegido por Gasca hubiese faltado tan indiscretamente a su confianza.

(3) Pedro Pizarro, Descub. y Conq., M. S.—Zárate, Conq. del Perú, lib. VI, cap. XI—XII.—Fernandez,

Empleó igual actividad para reforzar sus tropas en la capital y ponerlas en estado de salir a campaña; y de este modo no tardó en verse a la cabeza de unos mil hombres magníficamente equipados de todo, muy bien armados, y según un antiguo escritor, «tan lucidos como los que más pueden haberse visto en Italia,» desplegando en la excelencia de sus armas, en el lujo de los uniformes y jaeces una magnificencia que solamente podía costearse con la plata del Perú. (1) Cada compañía tenía una nueva bandera de colores con su distintivo particular; algunas llevaban las iniciales y armas de Pizarro, y una o dos tenían encima una corona como para indicar audazmente la altura a que su jefe podía elevarse. (2)

Entre los capitanes más notables en aquella ocasión se hallaba Cepeda, que, según las palabras de un escritor de su tiempo, «olvidado de lo que convenia a sus letras y profesion y oficio de oidor, salió en calzas, jubon y cuero de muchos recamados y gorra con plumas» (3). Pero el guerrero a quien Pizarro encomendó principalmente el cuidado de organizar sus batallones fué el veterano Carbajal, que había estudiado el arte de la guerra en la escuela de los mejores capitanes de Europa, y cuya vida aventurera había sido un comentario práctico de las lecciones recibidas en su primera época. En su brazo se apoyaba especialmente Gonzalo en la hora del peligro; ¡feliz él si antes hubiera sabido aprovecharse de sus consejos!

Para dar una idea del lujo con que estaban equipadas las tropas de Gonzalo, bastará decir que trató de proveer de un caballo a cada uno de sus arcabuceros. Los gastos que hizo fueron enormes. Dicese que los preparativos para la campaña le costaron un millón de pesos de oro, y los sueldos de los caballeros y aun de los simples soldados eran tan excesivos, que solo en un país de plata como el Perú podían verse (4).

Cuando se le acabaron los fondos suplió esta falta, ya imponiendo ciertos tributos a los vecinos ricos de Lima por eximirlos del servicio de las armas, ya por medio de empréstitos forzosos y ya

por otros arbitrios de exacción militar (1). Dicese que desde aquel tiempo su carácter experimentó un cambio visible (2), haciéndose más violento en sus pasiones, menos sufrido cuando le contradecían y más cruel y licencioso. La causa desesperada que acababa de abrazar le hacia ser indiferente a las consecuencias de sus acciones. Aunque naturalmente franco y confiado, la frecuente defección de sus partidarios llenó su alma de recelos y sospechas. No sabía de quién fiarse, y al que se mostraba libio amigo, o era acusado como tal, le trataba como enemigo declarado. En Lima reinaba la mayor consternación. Nadie se atrevía a fiarse de su vecino: unos ocultaban sus efectos; otros procuraban eludir la vigilancia de los centinelas y se escondían en los cercanos bosques y montañas (3). No se permitía entrar ni salir de la ciudad sin especial licencia; el comercio y las comunicaciones con las demás ciudades estaban paralizados. Ya hacia tiempo que el quinto real dejaba de remitirse a Castilla, pues Pizarro se lo había apropiado: ahora se apoderó de los cuños, rompió los sellos reales, e hizo acuñar moneda de baja ley adornada con su cifra (4).

En este triste período el abogado Cepeda urdió una solemne farsa para dar a los ojos del vulgo una especie de sanción legal a la causa rebelde, hizo escribir un proceso contra Gasca, Hinojosa y Aldana, en que estos, como acusados y convictos de traición contra el gobierno existente del Perú, eran condenados a muerte. Presentó después este proceso a varios jurisconsultos de la capital invitándoles a firmar la sentencia. Pero los invitados no quisieron comprometerse inevitablemente poniendo sus nombres en semejante papel, y se negaron diciendo que solo serviría para destruir toda probabilidad de que alguno de los acusados volviese a las banderas que había abandonado, si se hallaba dispuesto a hacerlo. Así Cepeda fué el único que firmó el documento. Carbajal ridiculizó semejantes procedimientos.—«¿Qué objeto tiene vuestro proceso? dijo a Cepeda.—Evitar dilaciones, contestó este, para que, si se les coje, puedan ser ejecutados inmediatamente.—Yo creía, repuso Carbajal, que ese proceso tenía alguna virtud para matarlos como con un rayo. Yo os prometo que si alguno de ellos cae en mis manos no necesitaré de vuestra sentencia para hacerlos morir» (5).

Mientras se instruía esta causa llegó la noticia de que la escuadra de Aldana se hallaba en el

Hist. del Perú, parte I, lib. II, capítulos XLV—XLIX. —Montesinos, Anales, M. S., año de 1547.

(1) «Mil hombres también armados y aderezados como se han visto en Italia, en la mayor prosperidad, porque ninguno había de las armas que no llevase calças y jubon de seda, y muchos de tela de oro y de brocado, y otros bordados y recamados de oro y plata, con mucha chapería de oro por los sombreros, especialmente por frascos y cajas de arcabuces.» Zárate, Conq. del Perú, lib. VI, cap. XI.

(2) Ibid., ubi supra.—Algunos autores aseguran que Pizarro estaba en aquella época haciendo preparativos para su coronación y que había despachado órdenes a las diferentes ciudades para que enviasen comisionados que asistiesen a ella. «Quería apresurar su coronación; y para ello despachó cartas a todas las ciudades del Perú.» (Montesinos, Anales, M. S. año de 1547). Pero es poco probable que en aquella crisis tuviese tan ciega confianza en los colonos que meditase un paso tan aventurado. Los historiadores realistas no son muy escrupulosos en admitir todos los rumores que pueden desacreditar a un rebelde.

(3) Fernandez, Hist. del Perú, parte I, lib. II, capítulo LXII.

(4) Fernandez, Hist. del Perú, ubi supra.—Zárate, Conq. del Perú, lib. VI, cap. XI.—Herrera, Hist. general, dec. VIII, lib. III, cap. V.—Montesinos, Anales, año de 1547.

(1) Fernandez, parte I, lib. II, cap. LXII.—Montesinos, Anales, año de 1547.

(2) Gomara, Hist. de las Ind., cap. CLXXII.

(3) «Andaba la jente tan asombrada con el temor de la muerte, que no se podían entender, ni tenían ánimo para huir; y algunos que hallaron mejor aparejo, se escondieron por los cañaverales y cuevas, enterrando sus haciendas.» Zárate, Conq. del Perú, libro VI, capítulo XV.

(4) Rel. anónima, M. S.—Montesinos, Anales, año 1547.—«Assi mismo echó Gonzalo Pizarro a toda la plata que gastava y distribuya su marca, que era una G rebuelta con una P, y pregonó que so pena de muerte todos recibiesen por plata fina la que tuviese aquella marca, sin ensayo ni otra diligencia alguna. Y desta suerte hizo pasar mucha plata de ley baja por fina.» Fernandez, Hist. del Perú, parte I, lib. II, cap. LXII.

(5) «Riose mucho entonces Carnajal y dixo, que según havia hecho la instancia, que avia entendido que la justicia como rayo avia de yr luego a justiciarlos. Y dezia que si él los tuviese presos, no se le daría un clavo por su sentencia ni firmas.» (Fernandez, Hist.

puerto de Callao. Aldana habia salido de Panamá a mediados de febrero de 1547. A su paso desembarcó en Truxillo, cuyos habitantes le recibieron con entusiasmo, proclamando su sumision a la autoridad real. Al mismo tiempo recibió mensajes de varios capitanes de Pizarro, que se hallaban en el interior, anunciándole que volvian a su deber y que estaban dispuestos á prestar su cooperacion al presidente. Aldana señaló a Caxamalca como punto de reunion donde debian concentrar sus fuerzas y esperar el desembarco de Gasca. Despues continuó su viaje a Lima.

No bien supo Pizarro que se acercaba, temeroso del mal efecto que pudiera producir su llegada y de que fuesen seducidos muchos de sus parciales, se salió de la ciudad y acampó con las tropas como a una legua de distancia de Lima y dos de la costa, en cuyo punto estableció una guardia para interceptar toda clase de comunicaciones con los buques. Antes de dejar la capital, Cepeda recurrió a un expediente con el cual esperaba atraer todavía mas a los habitantes en favor de Pizarro. Reunió a todos los vecinos y les dirigió una estudiada arenga ponderando los servicios del gobernador y la seguridad de que el país habia gozado bajo su mando. Despues les dijo que cada uno de ellos era libre para escojer lo que mas le conviniese, o bien quedarse bajo la proteccion de Pizarro, o bien ir a prestar obediencia a su enemigo. Escitóles a decir su opinion, añadiendo que el que quisiese continuar bajo la administracion de Pizarro, debia prestar juramento de fidelidad a su causa, y tener por seguro que si le violaba, le costaría la vida (1). Nadie hubo que viendo su cabeza en la boca del leon se atreviese a negar la obediencia a Pizarro, y todos prestaron el juramento prescrito, que el licenciado les tomó en la forma mas solemne e imponente. Carbajal como de costumbre puso en ridiculo todos estos actos.—«¿Cuánto tiempo, preguntó a su compañero, pensais que durarán esos juramentos? Luego que hayamos salido de aqui, el primer viento que sople de la costa se les llevará.» Pronto debia verificarse su prediccion.

Entre tanto Aldana echó el ancla en el puerto, donde no habia buque alguno de los insurjentes que le molestase, pues cinco que tenian habian sido quemados poco tiempo antes, por consejo de Cepeda y en ausencia de Carbajal, con el objeto de que los habitantes no pudiesen abandonar la ciudad. El veterano a su vuelta deploró amargamente este acto, diciendo a Pizarro que habia quemado sus ánjeles de guarda (2). Ciertamente que los buques, mandados por semejante jefe, habrian sostenido muy bien la causa de Pizarro; pero la estrella de este iba declinando hácia su ocaso.

El primer acto de Aldana fué remitir a su anti-

del Perú, part. I, lib. II, cap. LV). Entre los juriscultos de Lima que con tanta independecia se resistieron a firmar el papel que les presentaba Cepeda, se hallaba el licenciado Polo de Ondegardo, persona de mucha discrecion y una de las mejores autoridades para el estudio de las antiguas instituciones de los Incas.

(1) Pedro Pizarro, Descub. y Conq. M. S.—Fernandez, Hist. del Perú, parte I, lib. II, cap. LXI.—Montesinos, Annales, M. S., año de 1547.—Zárate, Conq. del Perú, lib. VI, cap. XI—XIV.

(2) «Entre otras cosas dixo a Gonzalo Pizarro: Vuesa Señoria mandó quemar cinco angeles que tenia en su puerto para guarda y defensa de la costa del Perú.» Garcilaso, parte II, lib. V, cap. VI.

guo jefe copia de los poderes de Gasca, que Pizarro rasgó indignado tan luego como la recibió. Despues Aldana, por medio de sus agentes, hizo circular entre los habitantes, y aun entre los soldados del campamento las proclamas del presidente, que no tardaron en producir su efecto. Pocos eran los que habian tenido noticia del verdadero objeto de la mision de Gasca, ni de la estension de sus facultades, ni de la jenerosidad con que el gobierno trataba de conciliarse los ánimos. Asustados la mayor parte al considerar la desesperada situacion a que se habian dejado arrastrar, solo pensaron en salir de ella del mejor modo posible y con menos peligro. Unos se escaparon por la noche del campamento, burlando la vijilancia de los centinelas, y refujiándose a bordo de los buques. Varios fueron sorprendidos en su fuga y no hallaron cuartel en manos de Carbajal, y de sus desapiadados ministros; pero donde el espíritu de desafeccion se ha propagado, nunca faltan medios de evasion.

Los fujitivos, viendo cortada la retirada de Lima y de la vecina costa, se ocultaron en los bosques y montañas, esperando oportunidad para dirigirse a Truxillo y a otros puertos distantes; y tan contagioso fué el ejemplo, que mas de una vez ocurrió que se unieran a los desertores los mismos soldados enviados para perseguirlos. Uno de los que se escaparon fué el licenciado Carbajal, aquel caballero cuyo hermano habia sido muerto en Lima por Blasco Nuñez y que se vengó manchando sus manos con la sangre del virei. Nadie podia desconfiar de conseguir su perdon al ver que una persona tan comprometida abrazaba la causa real; así el ejemplo del licenciado Carbajal fué el mas desastroso para Pizarro (1).

El veterano Carbajal, que para todo tenia preparado un chiste, y aun para los sucesos que mas le disgustaban, cuando supo la desercion de sus compañeros se entretuvo en cantar el siguiente estrivillo:

«Estos mis cabellicos, madre
Dos a dos me los lleva el aire.» (2)

Pero el abandono de los suyos hizo mas profunda impresion en Pizarro, cuyo dolor no tenia límites al contemplar el lujoso y valiente ejército, con el cual pensaba ser invencible, desvaneciéndose como la niebla de la mañana. Confundido por la traicion de aquellos en quienes mas confianza habia tenido, no sabia a quién volver los ojos ni qué partido tomar. Era evidente que sin pérdida de tiempo debia abandonar aquel campamento peligroso: pero ¿a dónde dirigir sus pasos? En el Norte las grandes ciudades habian abandonado su causa, y el presidente se habia ya puesto en marcha contra él; y en el Sur Centeno, con una fuerza doble que la suya guardaba los desfiladeros de las montañas. En estas circunstancias, se resolvió por fin a ocupar a Arequipa, puerto que se conservaba aun fiel a su causa, y donde podia permanecer hasta que adoptase el plan de operaciones que mas le conviniera.

Despues de una marcha penosa, pero rápida, llegó a aquella ciudad, donde en breve se le unió el refuerzo que habia destacado para recobrar el Cuzco. Pero tal habia sido la desercion en ambos

(1) Pedro Pizarro, Desc. y Conq. M. S.—Gomara Hist. de las Ind., cap. CLXXX.—Fernandez, Hist. de Perú, parte I, lib. II, cap. LXIII—LXV.—Zárate, Conq. del Perú, lib. VI, cap. XV—XVI.

(2) Gomara, Hist. de las Ind., cap. CLXXX.

cuerpos, aunque en el de Pizarro se había disminuido mucho desde que se separó de las inmediaciones de Lima, que el total de sus fuerzas no pasaba de quinientos hombres, es decir, de la mitad del número que hacia poco tiempo se había reunido en la capital. A tan precaria situación se hallaba reducido el hombre que breves días antes había dominado como señor absoluto en el Perú. No se desanimó sin embargo Pizarro, antes bien la agitación de la marcha y la distancia de Lima le devolvieron su esfuerzo y parte de su primitiva confianza. «La desgracia, exclamó, nos enseña quiénes son nuestros amigos; pero con solo diez que me queden espero conquistar de nuevo el Perú (1).»

No bien las fuerzas rebeldes se retiraron de las inmediaciones de Lima, los habitantes de esta ciudad, sin cuidarse, como Carbajal había predicho, de su juramento de fidelidad a Pizarro, abrieron las puertas a Aldana, el cual tomó posesión de aquel punto importante en nombre de Gasca. Este entre tanto había salido con toda su escuadra de Panamá el 10 de abril de 1547. La primera parte de su viaje fué próspera, pero en breve se vió detenido por contrarias corrientes, y el tiempo se puso crudo y tempestuoso. La borrasca continuaba un día y otro; alborotóse el mar y la escuadra era llevada acá y allá por las furiosas olas que se levantaban sobre montañas, cual si quisiesen competir con las de la región que limitaban. La lluvia caía a torrentes y los relámpagos eran tan continuados que los buques (para usar del lenguaje del cronista) parecía que estaban en llamas (2). Desanimáronse los mas osados marineros, y considerando infructuoso luchar contra los elementos, pidieron a gritos volver al continente, y que se aplazase el viaje para estación mas favorable.

Pero el presidente veía en esto la ruina de su causa y la de los fieles vasallos del rei que se habían comprometido a auxiliar su desembarco. «Quiero morir, dijo, pero no volver atrás; y despreciando las amonestaciones de sus mas tímidos compañeros insistió en que en los intervalos que dejaba la tempestad se hiciese fuerza de vela cuanto se pudiera (3). Entre tanto para distraer a los marineros de la consideración del peligro en que estaban se entretuvo en explicarle algunos de los extraños fenómenos que presentaba el borrascoso océano y que les habían llenado de supersticioso terror (4).

(1) «Aunque siempre dixo que con diez amigos que le quedasen havia de conservarse y conquistar de nuevo el Perú: tanta era su saña o su soberbia.» Gomara, Hist. de las Ind., loc. cit.

(2) «Y los truenos y relámpagos eran tantos y tales, que siempre parecían que estauan en llamas y que sobre ellos venían rayos (que en todas aquellas partes caen muchos.) (Fernandez, Hist. del Perú, parte I, lib. II, cap. LXXI.) El animado colorido que el antiguo cronista da a esta escena, prueba que estaba familiarizado con estas tempestades tropicales del Pacífico.

(3) «Y con lo poco que en aquella sazón el presidente estimava la vida si no avia de hazer la jornada, y el gran desseo que tenia de hazerla, se puso contra ellos diciendo que qualquiera que le tocasse en abaxar vela le costaria la vida.» Fernandez, parte I, lib. II, cap. LXXI.

(4) Las luces fosfóricas que algunas veces se ven en el mar durante la tempestad, aparecieron entonces sobre los mástiles y jarcias del buque en que iba el presidente, el cual, segun Fernandez, entretuvo a los marineros explicándoles el fenómeno y diciéndoles las fábulas a que había dado origen en la antigua mitología.

Hiciéronse señales a los buques para que cada uno como mejor pudiese se dirigiera a la isla de Gorgona. Allí fueron llegando uno tras otro sin escepcion, aunque todos mas o menos averiados. El presidente esperó a que se calmase un poco la furia de los elementos, y con mejor tiempo se embarcó para Manta, desde donde continuó su viaje a Tumbes, en cuyo puerto echó el ancla el 13 de junio. En todas partes fué recibido con entusiasmo, y los habitantes parecían ansiosos de borrar el recuerdo de lo pasado con promesas de fidelidad a toda prueba para lo futuro. Gasca recibió tambien muchas cartas de felicitacion de caballeros residentes en el interior, muchos de los cuales habían servido en otro tiempo en el partido de Pizarro. A estas cartas dió cortés respuesta agradeciendo las ofertas de auxilio que le hacian y señalando a Caxamalca como punto jeneral de reunion.

A este mismo punto envió a Hinojosa luego que desembarcó con las fuerzas de tierra, ordenándole que tomase el mando de la jente allí reunida y pasase a juntarse con él a Xauxa, donde había determinado establecer su cuartel jeneral por ser territorio rico y abundante y hallarse en posición central a propósito para operar con ventaja contra el enemigo.

Después salió de Tumbes a la cabeza de un pequeño destacamento de caballería por el camino llano que sigue la costa hacia Truxillo. En esta leal ciudad se detuvo algunos días, y luego atravesando la cadena de montañas que se estiende al sudeste, entró en el fértil valle de Xauxa. Allí le esperaban los refuerzos del Norte y de las principales ciudades de la costa; y poco después recibió un mensaje de Centeno, participándole que tenía guardos los desfiladeros por donde Gonzalo Pizarro se preparaba a huir del país y que este jefe insurgente caería pronto en sus manos.

Mucha alegría causaron en el campo real estas noticias. La guerra, pues, estaba terminada, y esto sin que el presidente hubiese tenido que levantar su espada contra un solo español. Varios de sus consejeros le propusieron que disolviese la mayor parte de sus tropas, como costosas y ya innecesarias. Pero el presidente tenía demasiada prudencia para debilitar así sus fuerzas antes de estar seguro de la victoria. Consintió sin embargo en dar órdenes para que no le fuesen ya enviados los refuerzos pedidos a Mejico y a las colonias inmediatas, pues que le bastaba para triunfar del enemigo el apoyo de los leales habitantes del país. No obstante, concentró su fuerzas en Xauxa, estableció su cuartel jeneral en esta ciudad segun lo había pensado y resolvió aguardar noticias de las operaciones de Centeno en el Sur. El resultado fué distinto del que esperaba. (1)

Esta pequeña anécdota nos da la clave de la popularidad que tenía Gasca aun entre las clases mas humildes.

(1) Para las anteriores páginas, véanse: Pizarro, Descub. y Conq., M. S.—Zarate, Conq. del Perú, lib. VII, cap. I.—Herrera, Hist. General, dec. VIII, lib. III, cap. XIV y sig.—Fernandez, Hist. del Perú, parte I, lib. II, cap. LXXI—LXXVII.—M. S. de Caravantes.

Este último escritor, que ocupó un destino importante en las oficinas de hacienda de la colonia, tuvo ocasion de adquirir datos y pormenores que no pueden encontrarse en ningun otro, sobre los principales actores de aquellas escenas turbulentas. Su obra, todavía manuscrita, que existía antes en los archivos de

Entre tanto Pizarro, a quien hemos dejado en Arequipa, se había decidido, después de muchas reflexiones, a evacuar el Perú, y pasar a Chile, en cuyo territorio, fuera de la jurisdicción del presidente, esperaba encontrar asilo seguro. Allí podría reunir la fuerza suficiente para emprender de nuevo las operaciones activas y reconquistar sus dominios, luego que el voluble pueblo se hubiera cansado de su nuevo gobernador, lo cual no tardaría en suceder. Tales eran los cálculos del jefe insurgente. ¿Pero cómo efectuar su determinación estando los desfiladeros por donde tenía que pasar tomados por Centeno con una fuerza doble más numerosa que la suya? Decidió recurrir a las negociaciones, porque Centeno había servido a sus órdenes en otro tiempo y aun había sido uno de los que más le habían instado para que tomase el cargo de procurador. Adelantándose, pues, en dirección del lago de Titicaca, en cuyas inmediaciones había Centeno elegido su campo, despachó un emisario a sus reales para abrir la negociación. Dirigióle una comunicación hablándole de las amistosas relaciones que en otro tiempo habían existido entre ambos, recordándole que en una ocasión particular le había perdonado la vida, a pesar de haber conspirado contra él; diciéndole que no estaba resentido por su última conducta, que no iba a pelear contra él; que su propósito era abandonar el Perú, y que el único favor que tenía que pedir a su antiguo amigo, era que le dejase atravesar libremente las montañas.

A esta comunicación respondió Centeno en términos tan corteses como los que había usado el mismo Pizarro. Decíale que estaba pronto a servir a su antiguo jefe en todo lo que fuese compatible con su honor y con la obediencia que debía al soberano; pero que habiendo tomado las armas en favor de la causa real, no podía sin faltar a su obligación acceder a lo que pedía; que no obstante, si Pizarro quería fiarse de su buena fe, él le empeñaba su palabra de honor de influir todo lo posible con el gobierno para que se le hiciesen las mismas concesiones que se habían hecho a los demás. Gonzalo oyó con sonrisa de desprecio las corteses promesas de su antiguo compañero, y arrancando la carta de manos de su secretario, la arrojó indignado lejos de sí. No tenía otro recurso más que apelar a las armas (1).

Levantó el campo inmediatamente y dirigió su marcha a las orillas del lago de Titicaca, donde estaba acampado su rival. Recurrió sin embargo a una estratagemata para evitar si era posible la batalla. Envío sus batidores en diferente dirección de la que pensaba tomar, y después apresuró su marcha hacia Huarina, pequeña ciudad situada al sudeste del lago de Titicaca, cuyas márgenes, cuna de la primitiva civilización de los Incas, debían resonar en breve con el ruido de una mortal contienda entre sus más civilizados conquistadores.

Pero Centeno supo por un aviso secreto los movimientos de Pizarro, y cambiando de posición, ocupó otra no lejos de Huarina el mismo día en que Gonzalo llegó a este punto. Aquella tarde se avistaron los centinelas de uno y otro campo, y las fuerzas rivales descansando sobre las armas se prepararon para combatir a la mañana siguiente.

Era el 26 de octubre de 1547 cuando los dos je-

fes, habiendo formado sus tropas en orden de batalla, se adelantaron a encontrarse en las llanuras de Huarina. El terreno, defendido por un lado por una colina de los Andes, y no lejano por otro de las aguas de Titicaca, era un vasto plano muy a propósito para las maniobras militares. Parecía preparado por la naturaleza para campo de batalla.

El ejército de Centeno se componía de unos mil hombres. Su caballería ascendía a cerca de doscientos cincuenta, bien montados y equipados, muchos de ellos personas de ilustre linaje que habían seguido en otro tiempo las banderas de Pizarro, y entre los cuales se hallaban algunas de las mejores lanzas del Perú. El número de sus arcabuceros era menor, pues no escedia de ciento cincuenta no muy bien provistos de municiones; y el resto, esto es, la mayor parte del ejército, se componía de alabarderos, tropas irregulares, reunidas apresuradamente y poco disciplinadas (1).

Este cuerpo de infantería formaba el centro de su línea, flanqueada por los arcabuceros en dos cuerpos iguales; y la caballería, dividida también en dos cuerpos, cubría las alas derecha e izquierda. Por desgracia, Centeno hacia una semana que estaba atacado de pleuresía, y tan enfermo, que el día anterior se había visto obligado a hacerse dos sangrías. Hallándose por tanto demasiado débil para sostenerse a caballo, se metió en una litera, y luego que hubo visto a su jente formada en buen orden, se retiró a alguna distancia del campo, imposibilitado de tomar parte en la acción. Entre tanto Solano, el guerrero obispo del Cuzco, que con varios de su séquito tomó parte en la refriega (circunstancia muy común entonces), recorrió a caballo las filas con un crucifijo en la mano, dando su bendición a los soldados y exhortándolos a cumplir con su deber.

Las fuerzas de Pizarro no llegaban a la mitad de las de su rival, pues ascendían solamente a unos cuatrocientos ochenta hombres. Su caballería no pasaba de ochenta y cinco, a los cuales formó en un solo cuerpo a la derecha de la infantería. La fuerza de su ejército consistía en arcabuceros, admirable cuerpo compuesto de trescientos cincuenta hombres mandados y cuidadosamente disciplinados por Carbajal. Considerada la escasez de sus armas y de su disciplina, este pequeño cuerpo de infantería podía ser mirado como la flor de la milicia del Perú, y Pizarro tenía en él su mayor confianza para el buen éxito de aquella jornada. El resto de su ejército se componía de alabarderos, bien disciplinados, como toda la infantería, y que ocuparon la izquierda de los arcabuceros como para repeler los ataques de la caballería enemiga.

Pizarro se encargó del mando de la caballería, poniéndose, como siempre, en la primera fila. Iba soberbiamente ataviado. Sobre su brillante cofa llevaba una túnica de terciopelo acuchillado de hermoso color carmesí; y montaba un arrogante caballo, cuyos lucidos jaeces con el vistoso traje de su jinete hacían del valiente caballero el objeto más notable del campo.

Su teniente Carbajal iba vestido por diferente estilo. Llevaba una buena armadura, de apariencia común pero fuerte y a prueba; y un acerado

la universidad de Salamanca, ha sido trasladada a la biblioteca real de Madrid.

(1) Pedro Pizarro, Descub. y Conq., M. S.—Garcilaso, Com. Real, parte II, lib. V, cap. XVI.—Zarate, Conq. del Perú, lib. VII.

(1) En el cálculo de las fuerzas de Centeno, que varía en las diferentes relaciones desde setecientos a mil doscientos hombres, he tomado el número intermedio de mil, que es el que adopta Zarate, como el más probable entre ambos extremos.

casco con la visera tambien de acero protejió su cabeza contra mas de un desesperado golpe aquel dia. Sobre las armas llevaba una camiseta de color verdoso y montaba una jaca vigorosa y fuerte, mui capaz de resistir la fatiga, pero sin gracia ni belleza. No hubiera sido fácil distinguir al veterano del mas simple caballero.

Adelantáronse las dos huestes como a unos seiscientos pasos una de otra y ambas hicieron alto. Carbajal prefirió aguardar el ataque de su enemigo, porque el terreno que ocupaba ofrecia libre espacio al fuego de los arcabuceros, ya que no podian interceptarlo allí los árboles y arbustos que se elevaban de distancia en distancia en otros puntos del campo. Tenia además un motivo especial para conservar aquella posicion. Cada uno de sus soldados iba cargado con dos o tres arcabuces de los abandonados por los desertores. Esta provision extraordinaria de armas, aunque era un grave impedimento para una marcha, proporcionaba gran ventaja para aguardar un ataque a pié firme, pues por los conocimientos imperfectos que en aquella época se tenian acerca de las armas de fuego, así como por la mala construccion de estas, se tardaba mucho tiempo en cargarlas (1).

Hizo, pues, alto Carbajal, prefiriendo que el enemigo comenzase el ataque, y este despues de un corto respiro continuó su marcha adelantándose unos cien pasos mas. Viendo Carbajal que volvía a hacer alto en su nueva posicion, destacó unos cuantos hombres para escaramucear de frente con el objeto de provocarle al combate; pero los de Centeno hicieron lo mismo y se cambiaron algunos tiros con poca pérdida por ambas partes. El veterano viendo frustrada su maniobra, mandó a su jente que se adelantase unos cuantos pasos esperando todavía provocar a su adversario a que le diese una carga. Esta estratagemá tuvo buen éxito: «Estamos deshonrándonos,» gritaron los de Centeno, que por un sentimiento bastardo de pundonor creian que era deshonra aguardar el ataque. Su jefe estaba ausente y ellos además se sentian escitados por los gritos de un frenético fraile llamado Domingo Ruiz, que creyendo tener ya en su poder a los filisteos, exclamaba: «¡A las manos, a las manos, a ellos, a ellos!» (2) No se necesitó mas para que aquella jente se adelantase en tumultuosa confusion: los alabarderos llevando sus armas enristradas con tanta negligencia que se chocaban unas con otras y en algunos casos herian a sus mismos camaradas, y los arcabuceros haciendo fuego desordenadamente conforme avanzaban, fuego que por la distancia y por la rapidez del movimiento no produjo efecto alguno.

Satisfecho Carbajal de ver como los enemigos gastaban inútilmente sus municiones, mandó descargar unos pocos arcabuces para estimularlos mas, pero al mismo tiempo ordenó que su infantería se mantuviese sin hacer fuego hasta que cada tiro pudiera tener efecto seguro. Luego, conociendo la tendencia de los tiradores a apuntar derechos al blanco, encargó a su jente que apuntasen a los

cinturones o todavía un poco mas abajo; añadiendo que un tiro bajo podia aun causar daño, mientras el que pasaba a distancia de un cabello sobre la cabeza era perdido (1).

La infantería de Carbajal se mantuvo, pues, serena e inmóvil, mientras los de Centeno se adelantaban rápidamente; hasta que habiendo llegado a unos cien pasos, Carbajal dió la orden de hacer fuego. Oyóse un estampido instantáneo en toda la línea, y una lluvia de balas descargó su furia sobre la jente de Centeno con tanto acierto, que mas de ciento cayeron muertos en el campo quedando todavía heridos un número mayor. Antes de que pudieran recobrase de su sorpresa y ordenar de nuevo sus filas, levantaron del suelo los de Carbajal las restantes armas que tenian cargadas y las descargaron con terrible efecto sobre los grupos mas apiñados. La confusion de los de Centeno fué entonces completa. No pudiendo resistir la lluvia de balas que caia sobre ellos, se llenaron de un terror pánico y huyeron del campo sin hacer la menor tentativa para continuar el combate.

La caballería luchaba sin embargo con éxito mui diferente. Gonzalo Pizarro habia situado sus tropas un poco a retaguardia de la derecha de Carbajal a fin de dar a este mas libre campo para que jugasen sus arcabuces. Cuando la caballería enemiga salió al galope contra él, Pizarro queriendo todavía favorecer el fuego de Carbajal, cuyos arcabuceros causaban además alguna pérdida a los caballos enemigos, se adelantó solamente unas cuantas varas para recibir la carga. El escuadron de Centeno se dirigió a él a toda carrera, y no obstante el daño que le causaba la arcabuceria enemiga, cayó sobre los de Pizarro con tal furia que los arrolló haciendo morder el polvo a hombres y caballos, y atropellándolos, dice un historiador, como si fueran un rebaño de ovejas (2). Estos recobrándose con gran dificultad del primer golpe trataron de ordenar sus filas y pelear con mas ventaja.

Pero Pizarro no pudo volver a ganar el terreno que habia perdido, y su caballería fué derrotada por todas partes. Hubo muchos muertos y heridos por ambos lados, y el campo quedó cubierto de cadáveres de hombres y caballos. La pérdida de los de Pizarro fué mucho mayor, y casi todos los que escaparon con vida se vieron obligados a rendirse prisioneros. Cepeda, que peleaba con la furia de la desesperacion, recibió un sablazo en la cara que le obligó a ceder el campo (3). Pizarro, despues de haber visto caer al lado suyo a sus mejores y mas valientes caballeros, se encontró rodeado de tres o cuatro enemigos. Desembarazándose de ellos puso espuelas a su caballo, y el noble animal, aunque desangrándose por una grave herida en las ancas, dejó en breve atrás a todos sus perseguidores, excepto a uno que le detuvo cojiéndole por la brida. Mal lo hubiera pasado entonces Gonzalo si con una lijera hacha de combate, que llevaba colgada al lado, no hubiera da-

(1) Garcilaso, Com. Real, ubi supra.

El padre del historiador, del mismo nombre, fué uno de los pocos nobles que permanecieron fieles a Pizarro en el ocaso de su fortuna. Hallóse presente en la batalla de Huarina, y los pormenores que dió a su hijo ponen a este en el caso de suplir muchas faltas que se encuentran en las relaciones de los demás historiadores.

(2) Fernandez, Hist. del Perú, parte I, lib. II, cap. LXXIX.

(1) Garcilaso, Com. Real, ubi supra.

(2) «Los de Diego Centeno, como yuan con la pujança de vna carrera larga, lleuaron a los de Gonçalo Pizarro de encuentro, y los tropellaron como si fueran ovejas, y cayeron cauallos y caualeros.» Garcilaso Com. Real, parte II, lib. V, cap. XIX.

(3) El sablazo que recibió Cepeda le abrió de arriba abajo la nariz; y la cicatriz que luego le quedó era tan horrible, que hubo de cubrirlo con un parche, segun nos dice Garcilaso, que le vió muchas veces en el Cuzco.

do tal golpe en la cabeza al caballo de su enemigo, que le hizo caer, y obligó al caballero a soltar la rienda del suyo. Entre tanto, algunos arcabuceros, viendo el peligro de Pizarro, corrieron en su auxilio, mataron a los dos caballeros que habian quedado atrás y que acababan de llegar sobre él, y obligaron a los demás a huir (1).

La derrota de la caballería fué completa, y Pizarro consideró la jornada como perdida al oír las trompetas del enemigo entonar el toque de victoria. Pero apenas se habia estinguido el eco de estos sonidos, cuando se oyeron en el campo opuesto. La infantería de Centeno habia sido derrotada, como hemos visto, y arrojada lejos del campo; su caballería del ala derecha habia cargado sobre la izquierda de Carbajal compuesta de alabarderos y arcabuceros entremezclados. Los caballos salieron a todo escape contra esa formidable falanxe; pero no pudieron romper aquella densa nube erizada de alabardas sostenidas por las fuertes manos de los soldados que firmes e impertérritos se mantenian en sus puestos, al mismo tiempo que los arcabuceros que formaban a su retaguardia molestaban al enemigo con un terrible fuego. Viendo la brecha impracticable, la caballería rodeó en desorden los flancos de la falanxe y se unió a retaguardia de esta con el victorioso escuadrón de Centeno. Reunidos ambos cuerpos intentaron una nueva carga contra la infantería de Carbajal; pero hizo dar media vuelta a su jente y ejecutada la maniobra con la prontitud y disciplina de soldados bien instruidos, la retaguardia quedó convertida en frente, oponiéndose a la carga el mismo bosque de alabardas, mientras el incesante fuego de los arcabuces castigaba la audacia de la caballería, la cual, cansada y completamente desanimada con el mal éxito de sus tentativas, imitó al fin el ejemplo de la infantería, y poseída de un terror pánico abandonó el campo.

Pizarro y unos cuantos caballeros que habian quedado hábiles siguieron el alcance hasta corta distancia, porque tampoco se hallaban en estado ni en número suficiente para continuar por mucho tiempo la persecucion. La victoria fué completa, y el jefe insurgente tomó posesion de las abandonadas tiendas del enemigo, donde halló un inmenso botín en plata (2), y las mesas dispuestas para la comida de las tropas de Centeno, luego que volviesen de la batalla. ¡Tanta era la confianza que tenían en su triunfo! La comida sirvió ahora para los vencedores, que tal es la suerte de la guerra. La acción fué en efecto decisiva, y Gonzalo Pizarro al recorrer el campo cubierto de cadáveres se

(1) Según muchas autoridades, el caballo de Pizarro no solo quedó herido, sino muerto en el combate, supliendo esta falta su amigo Garcilaso de la Vega, que le hizo subir en el suyo. Este oportuno auxilio dado al rebelde, perjudicó después al generoso caballero, a quien sus enemigos se lo echaron en cara como un crimen. Su hijo, el historiador, niega decididamente el hecho, y parece deseoso de librar a su padre de esta honrosa imputacion, que perjudicó a ambos para sus ulteriores adelantos.

(2) El botín, según Fernandez, no bajó de un millon cuatrocientos mil pesos. «El saco que vuo fué grande: que se dixo ser de mas de un millon y quatrocientos mil pesos.» (Historia del Perú, parte I, lib. II, cap. LXXIX). El cálculo es mui exagerado: pero nos hemos ido familiarizando tanto con las doradas maravillas del Perú que, como el elector de las Mil y una Noches, nos hacemos demasiado crédulo para recurrir a la medida comun de las probabilidades.

santiguó muchas veces exclamando: «¡Jesús, Jesús, qué victorial!»

No menos de trescientos cincuenta de los de Centeno quedaron muertos, y el número de heridos fué mucho mayor, calculándose que mas de ciento de estos murieron por haber quedado aquella noche a la intemperie; pues aunque el clima en aquella elevada rejion es templado, los vientos de la noche que soplan de las montañas son frios y penetrantes, y muchos infelices heridos que bien cuidados podian haberse restablecido, amanecieron muertos de frio al día siguiente. No alcanzó Pizarro esta victoria sin gran pérdida por su parte, pues quedaron en el campo mas de ciento de los suyos. Sus cadáveres estaban hacinados en la parte de terreno que habia ocupado la caballería, donde el combate fué mas encarnizado. En aquel estrecho espacio se encontraron tambien los cuerpos de mas de cien caballos, la mayor parte de los cuales, así como sus jinetes, muertos tambien, pertenecian al ejército vencedor. Esta fué la batalla mas cruel que habia ensangrentado hasta entonces el suelo del Perú (1).

La gloria de la jornada (triste gloria por cierto) corresponde casi enteramente a Carbajal y a su bizarra infantería. Las juiciosas disposiciones del veterano y la excelente disciplina e indomable valor de sus soldados, recobraron el ascendiente en la batalla cuando esta estaba casi perdida por la caballería, y aseguraron la victoria.

Carbajal, infatigable siempre, siguió el alcance de los enemigos con la jente que estaba en disposicion de acompañarle, y los desgraciados fugitivos que cayeron en sus manos, mucho de los cuales habian sido traidores a la causa de Pizarro, fueron inmediatamente ejecutados. Así su crueldad con los indefensos prisioneros empañó los laureles ganados en el campo, combatiendo contra hombres valientes y armados como él. Centeno, mas afortunado, logró escaparse. Viendo perdida la batalla salió de su litera, se arrojó sobre un caballo, y no obstante su enfermedad, aguijado por el temor de la triste suerte que le esperaba si caía prisionero, logró penetrar en la vecina sierra, donde burló la vijilancia de sus enemigos, y como un ciervo herido y seguido de cerca, se salvó internándose en las fragosidades de los bosques, hasta que por rodeos y casi milagrosamente pudo llegar a Lima. El obispo del Cuzco, que llegó tambien, aunque por distinta parte, no fué menos afortunado en salvarse de las manos de Carbajal, pues como habia sido antes partidario de Pizarro, a juzgar por el poco respeto que jeneralmente mostraba el veterano a los de su hábito, es probable que no hubiera tenido el menor escrúpulo en sentenciarle a horca como si hubiera sido el mas humilde de los soldados contrarios (2).

(1) «La mas sangrienta batalla que vuo en el Perú.» Fernandez, Hist. del Perú, parte I, lib. II, cap. LXXIX.—Las relaciones de esta batalla son, como de costumbre, discrepantes, y el historiador tiene que conciliar los extremos según pueda. Pero en lo general hai conformidad en los puntos principales. Todos convienen en considerarla como la mas sangrienta que se ha dado entre españoles en el Perú, y en atribuir a Carbajal el mérito de la victoria. Además de Garcilaso y Fernandez, véanse: Pedro Pizarro (este se halló en la acción), Zárate, lib. VII, cap. III.—Herrera, dec. VIII, lib. IV, cap. II.—Gomara, cap. CLXXXI.—Montesinos, Annales, año de 1547.

(2) Pedro Pizarro, Descub. y Conq., M. S.—Fernandez, Hist. del Perú, ubi supra.—Zárate, lib. VII, cap.

Al día siguiente de la acción, Gonzalo Pizarro hizo dar sepultura común a los cuerpos de los soldados de su bando y del contrario, que aun yacían uno al lado de otro, en el mismo sitio donde habían empeñado la mortal contienda. Los caballeros de distinción (porque la nobleza no debía ser olvidada en el sepulcro) fueron trasladados a la iglesia de Huarina, población que dió su nombre a esta batalla, donde se les enterró con la solemnidad correspondiente; pero en tiempos posteriores sus restos fueron trasladados a la catedral de La Paz y colocados en un mausoleo erijido en aquel punto por medio de una suscripción general; porque pocos eran los que no habían tenido que llorar la pérdida de algún amigo o pariente en aquella fatal jornada.

El vencedor se aprovechó entonces de su triunfo para enviar destacamentos a Arequipa, La Plata y otras ciudades situadas en aquella parte del país, a fin de levantar fondos y tropas para continuar la guerra. Sus pérdidas quedaron superabundantemente compensadas con el número de los vencidos que se avinieron a servir bajo sus banderas. Después, reuniendo sus fuerzas, dirigió la marcha al Cuzco, cuya capital había sido en otro tiempo muy adicta a su causa, aunque últimamente se había manifestado leal a la corona, merced a los esfuerzos de unos pocos realistas.

Allí los habitantes se prepararon para recibirle en triunfo, levantando arcos en las calles y celebrando con músicas su victoria. Pero Pizarro, mas discreto, rehusó los honores de la ovación, mientras el país estuviese en manos de sus enemigos, y enviando adelante la mayor parte de sus tropas, entró en la ciudad a pié escoltado por un corto séquito de amigos y habitantes, y se dirigió a la catedral, donde se cantó un *Te Deum* en acción de gracias por su victoria. En seguida se retiró a su alojamiento anunciando su intención de establecer por entonces sus reales en la venerable capital de los Incas (1).

Ya no volvió a pensar Pizarro en su proyecto de retirada a Chile, porque su reciente triunfo había inflamado su pecho con nuevas esperanzas, y confiaba en que produciría igual efecto en el ánimo vacilante de aquellos cuya fidelidad era combatida por el temor de arruinarse y de que Pizarro no tuviese habilidad para vencer al presidente. Ya, según él, podían haberse convencido los mas tímidos de que su estrella brillaba todavía esplendente. Así, sin recelar nada para lo futuro resolvió permanecer en el Cuzco y esperar tranquilamente a que una nueva y última batalla decidiese cuál de los dos debía ser dueño del Perú.

III.—Garcilaso, Com. Real, parte II, lib. V, cap. XXI—XXII.

(1) Garcilaso, Com. Real., parte II, lib. V, cap. XXVII.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq., M. S.—Zárate, Conq. del Perú, lib. VII, cap. III.

Garcilaso de la Vega, que entonces era un niño, presenció la entrada de Pizarro en el Cuzco. Escribe, pues, por lo que vió, aunque lo hace después de un intervalo de muchos años. En atención a la clase de su padre, tenía fácil entrada en el palacio de Pizarro, y esta parte de su historia merece la consideración debida no solamente a un contemporáneo, sino a un testigo ocular.

CAPITULO III.

Desaliento en el campo de Gasca.—Sus cuarteles de invierno.—Continúa su marcha.—Atraviesa el Apurimac.—Conducta de Pizarro en el Cuzco.—Acampa cerca de la ciudad.—Derrota de Xaquixaguana.

1547—1548.

Mientras ocurrían los sucesos mencionados en el capítulo anterior, había permanecido Gasca en Xauxa esperando nuevas noticias de Centeno, casi seguro de que le participarían la total derrota de los rebeldes. Grande fué por tanto su desaliento al saber el éxito del fatal combate de Huarina y que los realistas se habían dispersado ante la espada de Pizarro, desapareciendo el comandante como una sombra y no sabiéndose absolutamente su paradero (1).

Esta noticia esparció entre los soldados una consternación proporcionada a su primitiva confianza: ya creían que era temeridad inútil luchar con un hombre al parecer protegido por una especie de magia que le hacía invencible contra los mayores enemigos. El presidente, aunque era grande su desaliento, procuró ocultarlo con cuidado y reanimar el espíritu abatido de los suyos. Decía que por haberse fiado demasiado de sus fuerzas había castigado el cielo su presunción; pero que siempre sucedía que la Providencia, cuando determinaba abatir al criminal, le dejaba elevarse a la mayor altura posible para que su caída fuese después mayor.

Mientras Gasca procuraba de este modo tranquilizar a los supersticiosos y a los tímidos, se aplicó con su acostumbrada energía a reparar los perjuicios que había hecho a su causa la derrota de Huarina. Envió a Lima un destacamento a las órdenes de Alvarado, para recoger a los realistas que se habían refugiado allí después de la batalla, sacar los cañones de los buques y trasladarlos al cuartel general. Otro cuerpo de tropas salió en dirección de Guamanga, a sesenta leguas del Cuzco con igual objeto de proteger a los fugitivos y también con el de evitar que los caciques del país suministrasen provisiones al ejército insurgente del Cuzco. Después, como el número de sus tropas era considerablemente mayor que el que podía reunir su adversario, determinó Gasca levantar sin mas dilación el campo y marchar sobre la capital de los Incas (2).

Saliendo, pues, de Xauxa el 29 de diciembre de 1547, pasó por Guamanga y después de una marcha mas penosa que de ordinario por la inclemencia del tiempo y el mal estado de los caminos, entró

(1) «Y salió a la ciudad de los Reyes, sin que Carhual ni alguno de los suyos supiese por donde fué, sino que pareció encantamiento.» Garcilaso, Com. Real., parte II, lib. V, cap. XXII.

(2) Gasca, según Ondegardo, sostuvo su ejército durante su permanencia en Xauxa, con los depósitos de grano que había en el valle, donde encontró maíz suficiente para el consumo de muchos años. No deja de ser extraño que estos depósitos hubiesen sido por tanto tiempo respetados por los hambrientos conquistadores. «Cuando el Sr. presidente Gasca pasó con la gente de castigo de Gonzalo Pizarro por el valle de Jauja, estuvo allí siete semanas, a lo que me acuerdo y se hallaron en depósito maíz de cuatro y de tres y de dos años mas de 15,000 hanegas junto al camino e allí comió la gente.» Ondegardo, Rel. seg., M. S.

en la provincia de Andaguaylas. Era este un país fértil y hermoso, y como siguiendo el camino adelante tendría que internarse en una fragosa sierra apenas practicable en tiempo de invierno, resolvió Gasca fijar allí sus reales hasta que mejorase el tiempo; y habiendo caído enfermos muchos soldados a consecuencia de las continuas lluvias, estableció un hospital de campaña y visitó con su acostumbrada bondad a los enfermos, remediando sus necesidades y ganando sus corazones con la simpatía que les mostraba (1).

Entre tanto las tropas reales se aumentaban con la llegada continua de refuerzos, porque no obstante la sensación que había producido en todo el país la primera noticia de la victoria de Pizarro, un poco de reflexión convenció al pueblo de que la causa realista era la más fuerte y debía prevalecer al fin. Con estos refuerzos llegaron también varios de los más distinguidos capitanes del país. Centeno, establecido ya de su enfermedad y ardiendo en deseos de vengar su última derrota, se unió al presidente con los soldados que había reunido en Lima. Benalcázar, el conquistador de Quito, que como el lector recordará había sido vencido con Blasco Núñez en el Norte, llegó con otro destacamento y poco después le siguió Valdivia, el famoso conquistador de Chile, que habiendo vuelto al Perú a reclutar gente para su expedición y sabiendo el estado del país, se había adherido sin vacilar al partido del presidente, no obstante que iba a combatir a su antiguo amigo y compañero Gonzalo Pizarro. La llegada de este último aliado causó jeneral regocijo en el campo; porque Valdivia, amaestrado en las guerras de Italia, era tenido por el mejor soldado del Perú; y Gasca le cumplimentó diciendo que más estimaba su persona que un refuerzo de ochocientos hombres (2).

Además de estos auxiliares guerreros acompañaba al presidente una comitiva de eclesiásticos y empleados civiles tal como pocas veces se había visto en los marciales campos del Perú. Entre ellos se hallaban los obispos del Cuzco, Quito y Lima, los cuatro jefes de la nueva audiencia y un considerable número de clérigos y frailes misioneros (3), los cuales, aunque sirviesen de poco para reforzar el ejército en una batalla, daban con su presencia a la causa que defendían cierta autoridad y cierto carácter sagrado que producían sus efectos en el ánimo de las tropas.

Los rigores del invierno comenzaron entonces a ceder ante la suave influencia de la primavera, que se adelanta mucho en aquellas regiones tropicales, solo por su elevación templadas. Gasca, después de tres meses de detención en Andaguaylas, preparó su jente para la marcha definitiva sobre el Cuzco (4). El número de sus tropas apenas bajaba de dos mil hombres, siendo la mayor fuerza

européa que hasta entonces se había reunido en el Perú. Cerca de la mitad de ellos llevaban armas de fuego; y la infantería era más útil que la caballería en los países montañosos que iban a atravesar. Pero la caballería era también numerosa, y la artillería se componía de once cañones de grueso calibre. Las tropas iban bien equipadas y disciplinadas, bien provistas de armas y municiones, y mandadas por oficiales a cuyos nombres estaba unido el recuerdo de las hazañas más memorables ejecutadas en el Nuevo Mundo. En suma, todos los que se tomaban algún interés por el bienestar del país militaban bajo las banderas del presidente, mando un contraste notable con los turbulentos aventureros que servían en las filas de Pizarro.

Gasca, que no ostentaba más conocimiento en asuntos militares del que realmente poseía, dió el mando de sus fuerzas a Hinojosa y nombró segundo al mariscal Alvarado. Valdivia, que llegó después de adoptadas estas disposiciones, aceptó un mando de coronel, con la condición de ser consultado y empleado en todos los casos de entidad (1). Arreglado ya todo, el presidente levantó el campo en marzo de 1548 y tomó la vuelta del Cuzco.

El primer obstáculo que encontró en el camino fué el río Abancay, cuyo puente había sido cortado por el enemigo; mas como no había fuerza que le molestase en la opuesta orilla, el ejército no tardó en preparar un nuevo puente y en cruzar el río que por aquella parte presentaba un aspecto nada formidable. El camino se internaba después en una rejion montuosa, en que los bosques, precipicios y barrancos se mezclaban confusamente con alguno que otro valle retirado, cuya verde alfombra resplandecía como una isla fértil y hermosa entre las ajitadas olas del borrascoso océano. Las atrevidas crestas de los Andes, elevándose hasta esconderse en las nubes, estaban cubiertas de nieve, que bajando por los lados de la montaña daba a los vientos que soplaban en su superficie una frialdad tan penetrante, que entumecía los miembros de hombres y caballos. Los caminos en aquellas rejiones eran por algunas partes tan estrechos y estaban tan cortados por barrancos, que a veces casi no podía pasar por ellos la caballería. Los jinetes se vieron obligados a apearse y el presidente con todos los demás continuaron el camino a pié: camino tan peligroso que aun en tiempos posteriores no ha sido cosa rara ver a una mula a pesar de la seguridad de sus piés, caer precipitada con su carga de plata en algún abismo de centenares de varas de profundidad (2).

Estos obstáculos retardaron la marcha de tal modo, que las tropas rara vez caminaron más de dos leguas al día (3). Por fortuna la distancia que

(1) Zárate, Conq. del Perú, lib. VII, cap. IV.—Fernandez, Hist. del Perú, parte I, lib. II, cap. LXXXII—LXXXV.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq., M. S.—Cieza de Leon, cap. XC.

(2) A lo menos así lo asegura Valdivia en su carta al emperador. «Y dixo de público que estimara más mi persona que a los mejores ochocientos hombres de guerra que le pudieran venir aquella hora.» Carta de Valdivia, M. S.

(3) Zárate, M. S.

(4) Cieza de Leon, Crónica, cap. XC.—El antiguo cronista, o más bien geógrafo Cieza de Leon, se halló en esta campaña, según nos dice; así su testimonio, siempre bueno, es de más valor que el ordinario para los acontecimientos subsiguientes.

(1) Valdivia dice que se le confió el mando de todo el ejército. «Luego me dió él autoridad toda que traía de parte de V. M. para en los casos tocantes a la guerra, y me encargó todo el ejército, y le puso bajo de mi mano rogando y pidiendo por merced de su parte a todos aquellos caballeros, capitanes e jente de guerra, y de la de V. M. mandándoles me obedeciesen en todo lo que les mandare acerca de la guerra y cumpliesen mis mandamientos como los suyos.» (Carta de Valdivia, M. S.) Pero otras autoridades aseguran con más probabilidad lo que va referido en el texto. Debe confesarse que Valdivia nada deja de decir por modestia: toda su carta está escrita en un tono de jactancia que sería extraño aun en el más vanidoso hidalgo de Castilla.

(2) Cieza de Leon, Crónica, cap. XCI.

(3) M. S. de Caravantes.

tenian que recorrer no era grande y mas recelo que este camino infundia al presidente el paso del Apurimac, al cual se iba acercando. Este rio, uno de los mas formidables tributarios del de las Amazonas, precipita su ancha corriente entre las gargantas de las cordilleras que se elevan a uno y otro lado como inmensas murallas de roca, presentando una barrera natural, fácil de defender contra fuerzas muy superiores. Gasca antes de su partida de Andaguaylas supo que Pizarro habia destruido todos los puentes sobre este rio. Envió, pues, exploradores a sus márgenes, a fin de elegir el sitio mas a propósito para restablecer las comunicaciones con la opuesta orilla.

Escojióse un punto cerca de la aldea india de Cotapampa, a unas nueve leguas del Cuzco; porque el rio, aunque rápido y turbulento, por estar comprimido en aquella parte dentro de mas estrechos límites, no tenia menos de doscientos pasos de anchura, lo cual era una distancia bastante considerable. Diéronse órdenes para reunir en las inmediaciones la mayor cantidad de materiales tan pronto como fuese posible, y al mismo tiempo para distraer al enemigo y obligarle a dividir sus fuerzas en caso de que intentara hacer resistencia; se mandaron reunir tambien, aunque en porciones mas pequeñas, materiales de la misma clase, en otros tres puntos inmediatos al rio. El oficial destacado en Cotapampa tenia instrucciones para no empezar la construccion del puente hasta que llegase la fuerza suficiente para acelerar la obra y asegurar su buen éxito.

Tratábase de construir uno de esos puentes de suspension que, como el lector recordará, usaban antiguamente los Incas, y que se usan todavia para atravesar los profundos y turbulentos rios de la América del Sur. Hácense de mimbres unidos y retorcidos hasta formar enormes cables que se atan a uno y otro lado del rio a grandes postes de piedra, o donde es posible a la roca natural. Sobre estos cables se colocan transversalmente varias tablas, y así queda hecho un puente que, aunque ligero y frágil en apariencia por estar suspendido a veces a muchos cientos de piés sobre el abismo, proporciona un paso bastante seguro a los hombres y aun a la artillería (1).

No obstante las órdenes perentorias de Gasca, el oficial encargado de reunir materiales para la construccion del puente, deseoso de llevarse el honor de completar él solo la obra, la comenzó desde luego. Disgustado el presidente, hubo de apresurar su marcha para proteger la construccion con todas sus fuerzas; pero mientras estaba empeñado en aquel laberinto de montes, le llegó la noticia de que una partida enemiga habia destruido la parte de puente ya hecho, cortando los cables de la opuesta orilla. A consecuencia de esta noticia se adelantó Valdivia con doscientos arcabuceros, mientras el cuerpo principal del ejército le seguia con toda la celeridad posible.

Al llegar Valdivia al rio, vió que la interrupcion habia sido causada por unos veinte soldados de Pizarro auxiliados por un numeroso cuerpo de indios. Proveyóse, pues, de balsas, o barcas chatas del país, y por este medio pasó con su jente al otro lado sin oposicion. El enemigo, desconcertado con la llegada de semejante fuerza, se retiró a toda

(1) Fernandez, Hist. del Perú, parte I, lib. II, cap. LXXXVI--LXXXVII.--Zárate, Conq. del Perú, libro VII, cap. V.--Pedro Pizarro, Descub. y Conq., M. S.--M. S. de Caravantes.--Carta de Valdivia, M. S.--Relacion del Lic. Gasca, M. S.

prisa al Cuzco para dar la noticia a Gonzalo Pizarro. Entre tanto Valdivia, conociendo la importancia de cada momento en semejante crisis, aceleró la obra con el mayor vigor. Toda la noche continuaron la tarea sus cansadas tropas y ya estaba muy adelantada cuando, el presidente con sus batallones, saliendo de los desfiladeros de la montaña, se presentó, al salir el sol, en la orilla opuesta.

Dióse poco tiempo de descanso, porque todos conocian que el éxito de la empresa dependia principalmente del corto intervalo que les daba su descuido al enemigo. El presidente y los principales caballeros tomaron parte en los trabajos como simples soldados (1); y antes de las diez de la noche tuvo Gasca la satisfaccion de ver el puente tan bien asegurado, que las primeras filas del ejército, desembarazadas de los bagajes, podian arriesgarse a cruzarlo. Poco tiempo bastó para que pasasen varios centenares de hombres a la otra orilla. Pero allí se presentó a las tropas una nueva dificultad no menos formidable que la del rio. Desde la margen de este se elevaba el terreno casi en línea perpendicular hasta llegar por algunas partes a una altura de muchos miles de piés. Esta cuesta, aunque no toda, era preciso subirla. Las dificultades del terreno, cortado por horribles barrancos e interceptado por maleza, se aumentaban extraordinariamente con la oscuridad de la noche; y los soldados, al emprender lentamente la subida, temian a cada paso dar en una emboscada, para las cuales el terreno era tan favorable. Mas de una vez la falsa noticia de que el enemigo estaba encima les llenó de terror pánico. Pero Hinojosa y Valdivia estaban allí para restablecer el orden en las filas y animar a su jente, hasta que al fin, antes de rayar el dia, los osados caballeros y sus tropas llegaron a la cima por donde atravesaba el camino y esperaron allí al presidente. No tardó este mucho, y en la mañana del siguiente dia los realistas se hallaron en número suficiente para desafiar a sus enemigos.

Efectuóse el paso del rio con menos pérdida de la que podia esperarse, atendidas la oscuridad de la noche y la mucha jente que cargó sobre el puente colgante. Algunos, sin embargo, cayeron al agua y se ahogaron, y mas de sesenta caballos al pasar a nado fueron arrebatados por la corriente y estrellados contra las rocas (2). Todavía se necesitaba dar tiempo a que pasasen el tren de artillería y los carros; y el presidente acampó en la fuerte posicion que ocupaba para aguardar su llegada y dar a las tropas el descanso de que tanto habian menester despues de sus extraordinarias fatigas. En este punto le dejaremos para informar al lector del estado de las cosas en el ejército insurgente y de la causa de su estraña negligencia en guardar los desfiladeros de Apurimac (3).

(1) «La gente que estava de la vna parte y de la otra todos tirauan y trabajauan al poner y apretar de las criznejas, sin que el presidente ni obispos, ni otra persona quizesse tener preuilegio para dexar de trabajar.» Fernandez, Hist. del Perú, parte I, lib. II, cap. LXXXVII.

(2) «Aquel dia pasaron mas de quatrocientos hombres, llevando los caballos a nado, encima de ellos atadas sus armas y arcabuces, y así se perdieron mas de sesenta caballos, que con la corriente grande se desataron, y luego daban en vnas peñas, donde se hacian pedaços, sin darles lugar el impetu del rio a que pudiesen nadar.» Zárate, Conq. del Perú, lib. VII, cap. V.--Gomara, Hist. de las Ind., cap. CLXXXIV.

(3) Ibid., ubi supra.--Fernandez, Hist. del Perú,

Desde que Pizarro ocupó el Cuzco, había vivido entre los placeres en medio de sus compañeros y sin cuidarse de nada, como soldado de fortuna en los tiempos de prosperidad, gozando de lo presente y mirando tan poco al porvenir como si la corona del Perú estuviera ya irrevocablemente fija en sus sienes. Carbajal se conducía de otro modo. Consideraba la victoria de Huarina como el principio, no como el fin de la lucha en que se disputaba el imperio peruano, y con actividad infatigable se ocupaba en mejorar cada día más la condición de sus tropas para conservar sus ventajas. Al romper el alba se le veía montado en su mula, con el traje y apariencia de un simple soldado, recorrer los diferentes barrios de la capital, ya inspeccionando la fábrica de armas, ya visitando los almacenes militares, ya haciendo maniobrar su jente, porque era siempre muy solícito en mantener la más estricta disciplina (1). Su espíritu incansable parecía no encontrar placer sino en la acción incesante; viviendo, como había vivido siempre, en el torbellino de aventuras militares, no tenía afición a nada que no fuese útil para la guerra, y en una ciudad solo veía los elementos para un campo militar bien organizado.

Con tales sentimientos, era natural que le disgustase la conducta de su jefe, el cual le declaró su intención de permanecer en el Cuzco, y cuando el enemigo se adelantase presentarle la batalla. Carbajal le dió un consejo muy diferente. No tenía plena confianza en la lealtad de los partidarios de Pizarro, y menos en la de los que antes habían seguido la bandera de Centeno. Estos, que eran unos trescientos, se habían visto en cierto modo compelidos a alistarse en las filas de Pizarro y no manifestaban gran entusiasmo por su causa. El veterano instó a su jefe para que los enviase a todos a sus casas, diciendo que era mucho mejor presentarse en batalla con un puñado de fieles soldados que con una hueste numerosa de falsos amigos y tímidos corazones.

Creía además Carbajal que Pizarro no tenía suficientes fuerzas para presentar batalla a su rival, apoyado como estaba este por los mejores capitanes del Perú, y le aconsejó por tanto, que abandonase el Cuzco llevándose consigo los tesoros, provisiones y viveres de toda especie que en cualquier modo pudieran servir para las necesidades del ejército realista, cuyos soldados, encontrando a su llegada un país pobre y exhausto, en vez del rico botín que se prometían disgustarían del servicio. Pizarro, entre tanto, podría refugiarse con su jente en las montañas inmediatas, donde, conociendo como conocía el terreno, le sería fácil burlar la persecución del enemigo; y si este perseveraba en ella, disminuido con la desertión el número de sus soldados, podría hallarse oportunidad de acometerle con ventaja en los desfiladeros. Tal fué el prudente consejo del anciano guerrero; pero

parte I, lib. II, capítulo LXXXVII.—Zarate, Conq. de Perú, lib. VII, cap. V.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq. M. S.—M. S. de Caravantes.—Carta de Valdivia, M. S.—Cieza de Leon, Crónica, cap. CXI.—Relación del Lic. Gasca, M. S.

(1) «Andaba siempre en una mula crecida de color entre pardo y bermejo, yo no le ví en otra caualquiera en todo el tiempo que estubo en el Cuzco antes de la batalla de Sacahuana. Era tan continuo y diligente en solicitar lo que a su ejército convenia, que a todas horas del día y de la noche le topaban sus soldados haciendo su oficio y los agenos.» Garcilaso, Com. Real, parte I, lib. V, cap. XXVII.

no agradó a su orgulloso jefe, el cual, antes que volver la espalda a su enemigo, prefería correr el riesgo de un desigual combate.

Ni se mostró Pizarro más favorable a una proposición que se dice le hizo Cepeda para que se aprovechase de su último triunfo a fin de entrar en negociaciones con Gasca. Semejante consejo en un hombre que poco antes había desechado todas las proposiciones del presidente, solo podía proceder de la convicción de que la reciente victoria ponía a Pizarro en un terreno más ventajoso para alcanzar condiciones mejores que las que le habían sido ofrecidas. Acaso también la experiencia le había hecho desconfiar de la fidelidad de los soldados de Pizarro, o de la capacidad de este para sacarlos a salvo en aquella crisis. Pero cualesquiera que fuesen los motivos que impulsaran al solapado consejero, Pizarro no hizo caso del consejo, y aun se mostró resentido cuando Cepeda le instó de nuevo sobre el asunto. De todas las luchas, ya con indios, ya con europeos, por mucho que hubiesen sido los obstáculos, había salido siempre victorioso. No debía, pues, desanimarse por primera vez; y resolvió permanecer en el Cuzco y arriesgar el éxito de una batalla. Había en el peligro algo que cautivaba su ánimo atrevido y caballeresco. En esta opinión la confirmaron también algunos de los caballeros que habían seguido su suerte hasta entonces, jóvenes y turbulentos aventureros que, como él, preferían arriesgarlo todo a un solo golpe de dados, a seguir la prudente, y según decían ellos, tímida política de consejeros más graves. Tales eran los consejos que iban a determinar la futura conducta de Pizarro (1).

En esta situación llegó al Cuzco la noticia de que un destacamento del enemigo había pasado el Apurímac y se ocupaba en restablecer el puente. Carbajal opinó desde luego que era absolutamente necesario defender el paso del río. «Eso corre de mi cuenta, dijo, y pido ser empleado en este servicio. Dame cien hombres escogidos, y yo me obligo a defender el paso contra un ejército, y a traer al capellan (nombre que se daba al presidente en el campo rebelde) prisionero al Cuzco» (2). «No quiero separaros, padre, contestó Gonzalo dirigiéndose a Carbajal con este afectuoso epíteto que le daba comúnmente (3), no quiero separaros tan lejos de mi persona; y dió la comisión a Juan de Acosta, joven caballero que le era muy adicto, y había dado manifiestas pruebas de valor en más de una ocasión, pero que, como se vió después, carecía absolutamente de las cualidades necesarias para llevar a cabo una empresa de tanta importancia. Este reunió doscientos arcabuceros montados, y después de haber recibido muchos y muy sanos consejos de Carbajal, salió para su expedición.

Pero en breve olvidó las instrucciones del veterano, y tardó tanto en vencer las dificultades del

(1) Garcilaso, Com. Real, parte II, lib. V, cap. XXVII.—Gomara, Hist. de las Ind., cap. CLXXXII.—Fernández, Hist. del Perú, parte I, lib. II, cap. LXXXVIII.

(2) Finalmente, Gonzalo Pizarro dijo que quería probar su ventura; pues siempre había sido vencedor y jamás vencido.» Ibid., ubi supra.

(3) «Páreseme vuestra Señoría se vaya a la vuelta del collao y me deje cien hombres, los que yo escogiere, que yo me iré a vista deste capellan, que así llamaba él al presidente.» Pedro Pizarro, Descub. y Conq., M. S.

(3) Garcilaso, Com. Real, parte II, lib. V, cap. XXXI.

camino, que a pesar de no haber sino nueve leguas de distancia, encontró a su llegada construido el puente y establecida ya al otro lado una fuerza enemiga tan numerosa que no creyó prudente atacarla. Proyectó una emboscada de noche; pero su designio fué descubierto por un desertor, y se contentó con retirarse a distancia segura y enviar por refuerzos al Cuzco. Trescientos hombres fueron inmediatamente destacados en su auxilio; pero cuando llegaron, ya el enemigo había tomado posesión con bastante fuerza de la cresta de la eminencia. Se había perdido la ocasión, y el desconsolado caballero hubo de volverse a toda prisa al Cuzco, donde dió cuenta a su jefe del mal resultado de la empresa (1).

La única cuestión que había ya que decidir, era la relativa al sitio donde Gonzalo Pizarro debería presentar la batalla. Determinó abandonar la capital y esperar a sus contrarios en el vecino valle de Xaquixaguana, situado a cinco leguas de distancia, y en el cual, como el lector recordará, Francisco Pizarro en su primera ocupación del Cuzco, hizo quemar al general peruano Chalcuchima. Este valle, rodeado por la elevada muralla de los Andes, estaba en su mayor parte cubierto de hermoso verdor que presentaba muchos puntos de vista pintoresco; y por lo templado y benigno de su clima había sido residencia favorita de los nobles indios, muchas de cuyas quintas cubrían todavía las laderas de los montes. De uno de estos salía un río, o mas bien arroyo, no muy ancho, y el terreno inmediato a sus márgenes estaba tan húmedo y cenagoso que parecía un pantano.

Allí llegó el jefe rebelde, después de una incómoda marcha por caminos difíciles de atravesar para los carros y cañones. Sus fuerzas ascendían a novecientos hombres con unas seis piezas de artillería. Era este un buen cuerpo de ejército, y muy disciplinado, pues había tenido la mejor escuela que podía hallarse en el Perú. Pero era desgracia de Pizarro que su ejército se compusiese, en parte a lo menos, de hombre en cuya adhesión no podía tener confianza, y ni el valor ni la pericia del jefe podían suplir esta falta.

Al entrar en el valle, eligió Pizarro la parte oriental de él, hacia el Cuzco, como el mejor sitio para establecer su campamento. Atravesaba esta parte el riachuelo arriba mencionado; y Pizarro situó su ejército de manera que uno de los extremos del campo se apoyaba sobre la barrera natural formada por las rocas de la montaña, que en aquel

punto se elevaban casi perpendicularmente, y el otro estaba protegido por el río. Así, al paso que apenas era posible acometerle por los flancos, estos obstáculos naturales estrechaban tanto el frente, que no hubiera sido fácil en aquella dirección derrotarle por muy superior que fuese el número de sus enemigos. A relaguardia quedaban abiertas las comunicaciones con el Cuzco, por cuyo medio se obtenían provisiones con facilidad. Seguro en esta fuerte posición, resolvió Pizarro aguardar pacientemente el ataque (1).

Entre tanto el ejército real había subido las cuestas de las cordilleras, y al final del tercer día el presidente había tenido la satisfacción de verse rodeado de todas sus fuerzas incluso sus cañones y bagajes. Luego que dió el descanso suficiente a las tropas, continuó su camino, y el ejército todo se adelantó con la confianza de acabar pronto con el tirano, que así llamaban a Pizarro. La marcha fué lenta al principio, porque el terreno era igualmente dificultoso: sin embargo, no tardó el presidente en saber que su contrario había escogido posición en el inmediato valle de Xaquixaguana. Poco después dos frailes enviados por Gonzalo se presentaron en el ejército real con el designio aparente de examinar los poderes que la corona había dado a Gasca. Pero habiendo dado su conducta motivos para sospechar que fuesen espías, se les arrestó y no se les permitió volver al campo de Pizarro. No obstante Gasca despachó un emisario al jefe rebelde, prometiéndole de nuevo el perdón en caso de que depusiera las armas y se sometiera. Semejante acto de jeherosidad en aquella ocasión, y cuando debía creer, como creía probablemente, que la victoria era suya, hace mucho honor a Gasca, y es lástima que el hecho no tenga en su apoyo la mejor autoridad (2).

Después de un par de días de marcha la vanguardia de los realistas se encontró de repente con las avanzadas de los rebeldes, cuya vista había impedido hasta entonces una espesa niebla; y se trabó entre ambas partes una ligera escaramuza. Al fin en la mañana del 8 de abril, el ejército real al llegar a la cresta de la elevada cadena que circunda el delicioso valle de Xaquixaguana, divisó mas abajo y en el lado opuesto las brillantes filas enemigas, con sus blancos pabellones, que parecían bandadas de aves silvestres anidando entre las rocas de la montaña. Mas lejos vieron una numerosa hueste de guerreros indios con sus trajes de mil colores; porque los indios en esta parte del país, desconociendo sus intereses se manifestaban muy favorables a la causa de Pizarro.

El ejército real avivando el paso se apresuró a bajar por las vertientes de la sierra; y no obstante los esfuerzos de sus oficiales se adelantó tan en desorden, escogiendo cada soldado el camino que mejor le parecía, que sus columnas dispersas presentaron mas de un punto vulnerable al enemigo, y no se hubiera efectuado la bajada sin pérdida

(1) Pedro Pizarro, Dec. y Conq. M. S.—Fernandez, Hist. del Perú, part. I, lib. II, cap. LXXXVIII.—Zarate, Conq. del Perú, lib. VII, cap. V.—Carta de Valdivia, M. S.

La carta de Valdivia al emperador, fechada en la Concepción, fué escrita dos años después de los sucesos arriba referidos. Se reduce principalmente a dar cuenta de sus conquistas en Chile; y su campaña a las órdenes de Gasca en su visita al Perú forma solo una especie de brillante episodio. La copia que yo poseo de esta carta, cuyo original existe en el archivo de Simancas, tiene unas setenta páginas en folio. Esto es uno de esos documentos históricos de la clase de comunicaciones y correspondencia de los gobernadores coloniales, que por lo minucioso de sus detalles y lo bien informado de sus autores son del mayor valor. Los despachos dirigidos a la corte particularmente, pueden compararse con las célebres *Relazioni* que hacían los embajadores venecianos a su república, y que por fortuna se están publicando ahora en Florencia bajo los auspicios del ilustrado editor Alberi.

(1) Carta de Valdivia, M. S.—Garcilaso, Com. Real, parte II, lib. V, cap. XXXIII—XXXIV.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq., M. S.—Gomara, Hist. de las Ind., cap. CLXXXV.—Fernandez, Hist. del Perú, parte I, lib. II, cap. LXXXVIII.

(2) Nada dicen acerca de él los escritores que se hallaron presente. Solo se encuentra con alguna variación en los pormenores, en Zarate (lib. VII, cap. VI) y en Gomara (cap. CLXXXV); sin embargo, muchos podrán creer que el testimonio positivo de estos dos autores pesa mas que el negativo que presentan con su silencio los restantes contemporáneos.

considerable, si la artillería de Pizarro hubiese estado situada en alguna de las favorables posiciones que ofrecía el terreno. Pero Pizarro lejos de hacer tentativa alguna para impedir que se acercase el presidente, se obstinó en permanecer en la fuerte posición que ocupaba, confiando en que sus enemigos no vacilarían en asaltarla de la misma manera que lo habían hecho en Huarina (1).

Sin embargo, no se descuidó en destacar un cuerpo de arcabuceros para tomar un cerro inmediato que en poder del enemigo podía causar alguna molestia a su campo, al paso que en el suyo dominaría más inmediatamente el terreno que iba a ocupar el ejército realista. Pero, advirtiendo Hinojosa esta maniobra, envió un fuerte destacamento de arcabuceros reales que rechazaron a los rebeldes, y después de una corta escaramuza tomaron posesión de la altura. Aprovechóse luego de este triunfo para colocar en la cima una pequeña batería, con la cual, aunque la distancia era grande para hacer mucho daño, logró que penetrasen algunos tiros en el campo enemigo. Un tiro mató dos hombres, uno de ellos paje de Pizarro, matando al mismo tiempo el caballo que este tenía por la brida. Pizarro entonces mandó plegar las tiendas, considerando que presentaban un blanco demasiado marcado para la artillería enemiga (2).

Entre tanto las tropas del presidente habían bajado al valle, y así que llegaron al llano, sus oficiales las formaron en línea. El terreno que ocupaba el ejército real estaba un poco más bajo que el del enemigo, cuyas baterías despedían de cuando en cuando algunos tiros que pasaban sobre las cabezas de las tropas realistas. Un desertor de los de Centeno informó al presidente que Pizarro se estaba preparando para dar un ataque por la noche. A consecuencia de esta noticia mandó Gasca que todas sus fuerzas se formasen en batalla y estuviesen dispuestas para rechazar toda tentativa del enemigo. Pero si el jefe insurgente meditó en efecto un ataque nocturno, es lo cierto que no lo llevó a cabo, y según se dice abandonó este designio por desconfianza en sus tropas y por temor de que en la oscuridad se le pasaran a los contrarios. Si esto es verdad, debió conocer entonces, aunque tarde, cuán sano era el consejo que le había dado Carbajal. El desgraciado Pizarro se hallaba en la situación de un arrogante y osado caballero que corriese al combate en un caballo de batalla, cuyas vacilantes piernas amenazaran doblarse a cada paso y dejar al jinete en manos de sus enemigos.

Las tropas del presidente permanecieron sobre

(1) «Salió a Xaquixaguana con toda su jente y allí nos aguardó en un llano junto a un cerro alto por donde bajábamos; y cierto nuestro Señor le cegó el entendimiento porque si nos aguardaran al pie de la bajada, hicieran mucho daño a nosotros. Retiráronse a un llano junto a una ciénaga, creyendo que nuestro campo allí les acometiera y con la ventaja que nos tenían del puesto nos veneieran.» Pedro Pizarro, Descub. y Conq., M. S.—Carta de Valdivia, M. S.—Relación del Lic. Gasca, M. S.

(2) «Porque muchas pelotas dieron en medio de la gente, y una della mató junto a Gonzalo Pizarro un criado suyo que se estava armando y mató otro hombre y un cavallo, que puso grande alteracion en el campo, y abatieron todas las tiendas y toldos.» Fernandez, Hist. del Perú, parte I, lib. II, cap. LXXXIV.—Carta de Valdivia, M. S.—Relación del Lic. Gasca, M. S.

las armas la mayor parte de la noche, aunque el aire de la montaña era tan penetrante que con dificultad podían tener las lanzas en las manos (1). Pero antes que el sol hubiese dorado los picos más altos de la sierra se pusieron ambos campos en movimiento, ocupándose con actividad en los preparativos del combate. El ejército real tenía formada su infantería en dos batallones, uno para atacar de frente y el otro para operar, si era posible por el flanco del enemigo. Estos batallones estaban protegidos por caballería formada en las dos alas y en la retaguardia, quedando una reserva de caballería y arcabuceros para acudir a donde el caso lo exigiera. Tomáronse estas disposiciones con tanto acierto que arrancaron elojios del veterano Carbajal, que exclamó: «Seguramente el diablo o Valdivia está entre ellos.» elojio innegable a este último pues Carbajal no sabía que en efecto estuviese en el campo (2).

Gasca dejando la dirección de la batalla a sus oficiales se retiró a retaguardia con su séquito de clérigos y licenciados. Estos últimos no tenían como su rebelde colega Cepeda la ambición de romper una lanza en el combate.

Gonzalo Pizarro formó su jente como lo había hecho en las llanuras de Huarina, solo que el mayor número de caballos que en esta ocasión tenía le puso en disposición de cubrir ambos flancos de su infantería. Pero su mayor confianza la tenía en los arcabuceros. Ordenadas ya las filas, las recorrió a caballo exhortando a su jente a cumplir con su deber como valientes y como verdaderos soldados de la Conquista. Iba Pizarro, como de costumbre, magníficamente armado con una armadura completa de finísimo acero esmaltado de oro y un soberbio casco de lo mismo (3). Montaba un caballo castaño de gran fuerza y viveza, y al verle recorrer a galope la línea blandiendo su lanza y ostentando su gallardía se hubiera creído contemplar en él una personificación bastante buena del jenio de la caballería. Para completar sus disposiciones dió a Cepeda el mando de la infantería; pues parece que el licenciado tuvo más parte que Carbajal en la dirección de sus asuntos o a lo menos en los últimos preparativos militares. Carbajal o disgustado de la conducta de su jefe, o por desconfianza, que se dice no trató de ocultar en el éxito de aquellas operaciones, no quiso cargar con la responsabilidad de dirigir las y prefirió entrar en acción como simple caballero (4). Pero Ce-

(1) «Y así estuvo el campo toda la noche en arma, desarmadas las tiendas, padesciendo muy gran frío, que no podían tener las lanzas en las manos.» Zárate, Conq. del Perú, lib. VII, cap. VI.

(2) «Y así quando vió Francisco de Caruajal el campo real, pareciéndole que los esquadrones venían bien ordenados, dixo Valdivia está en la tierra y rige el campo o el diablo.» Fernandez, Hist. del Perú, parte I, lib. II, cap. LXXXIX.—Relación del Lic. Gasca, M. S.—Carta de Valdivia, M. S.—Gomara, Hist. de las Ind., cap. CLXXXV.—Zárate, Conq. del Perú, libro VII, cap. VI.—Garcilaso, Com. Real, parte II, lib. V, cap. XXXIV.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq., M. S.

(3) «Iba muy galan y gentil hombre sobre un poderoso caballo castaño, armado de cota y coracinas ricas con una sobre ropa de raso bien golpeada y un capacete de oro en la cabeza con su barbote de lo mismo.» Gomara, Hist. de las Ind., cap. CLXXXV.

(4) «Porque el maesse de campo Francisco de Caruajal, como hombre desdeñado de que Gonzalo Pizarro no huiesse querido seguir su parecer y consejo (dan-

peda, como despues se vió, no fué menos pronto en adivinar la próxima ruina.

Luego que recibió las órdenes de Pizarro se adelantó como para elejir el terreno que debian ocupar sus tropas, y al hacerlo desapareció por algunos instantes detrás del ángulo saliente de una roca. Pronto apareció de nuevo y se le vió correr a todo galope por la llanura. Sus soldados le contemplaron al principio con asombro no sospechando el motivo que le guiaba, hasta que continuando su carrera en direccion de las lineas enemigas, se hizo su traicion manifiesta. Varios salieron en su persecucion y entre ellos uno mejor montado que Cepeda, el cual llevaba un caballo de poca fuerza y velocidad, casi inútil para aquella crítica maniobra, y abrumado además con el peso de las muletas que su ambicioso jinete le había cargado. Así al llegar al terreno pantanoso que mediaba entre los dos ejércitos retardó considerablemente el paso (1). Los que perseguian a Cepeda fueron rápidamente ganando terreno entre tanto, y el caballero de que arriba he hablado llegó bastante cerca para poder arrojar al fujitivo una lanza que le hirió en el muslo, atravesó el costado del caballo y dió en tierra con ambos. Mal lo hubiera pasado el licenciado en este caso, si unos cuantos caballos del ejército real, viendo lo que pasaba no hubieran salido a escape a su socorro. Estos hicieron huir a los perseguidores y sacando a Cepeda del pantano le condujeron a presencia de Gasca.

El presidente le recibió con la mayor satisfacción, tanta que según un antiguo cronista no tuvo reparo en manifestarla besándole en la mejilla (2). La anécdota apenas puede conciliarse con el carácter y relaciones de cada uno de estos dos hombres ni con la conducta subsiguiente de Gasca. Este sin embargo reconoció todo el valor de su presa y el efecto que su desercion en ocasion semejante podría producir en el ánimo de los rebeldes. El movimiento de Cepeda, tan inesperado de los de su partido, fué efecto de previa deliberacion, pues se dice que había prometido secretamente al prior de Arequipa que se hallaba en el campo realista, que sino podía reducir a Gonzalo Pizarro a aceptar el perdón ofrecido, abandonaría su causa (3). La ocasion que el astuto consejero elijió para hacerlo, fué la mas fatal a los intereses de su jefe.

El ejemplo de Cepeda fué contagioso. Garcilaso de la Vega, padre del historiador, caballero de antiguo linaje, y probablemente de mayor consideracion que ningun otro en el ejército de Pizarro, puso espuelas al caballo al mismo tiempo que el licenciado y se pasó al enemigo. Diez o doce arcabuceros siguieron la misma direccion y lograron ponerse bajo la proteccion de las avanzadas realistas.

Pizarro quedó estupefacto al ver la desercion, en tan crítica coyuntura, de aquellos en quienes mas confiaba. Por un momento permaneció anonadado. El terreno en que estaba parecía undir-

dose ya por vencido) no quiso hazer oficio de maesse.»

(1) Garcilaso, Com. Real, parte II, lib. V, cap. XXXV.

(2) «Gasca abrazó y besó en el carrillo a Cepeda, aunque lo llevaba encenegado, teniendo por vencido a Pizarro con su falta.» Gomara, Hist. de las Indias, cap. CLXXXV.

(3) Ca según pareció, Cepeda lo hubo avisado con Fr. Antonio de Castro, prior de Santo Domingo en Arequipa, que si Pizarro no quisiese concierto ninguno, él se pasaría al servicio del emperador a tiempo que le deshiciesse.» Gomara, Hist. de las Indias, cap. CLXXXV.

se bajo sus piés. En tal situacion conoció que cada minuto que pasara antes de comenzar el ataque le seria fatal. No se atrevió a esperar el asalto, como tenia pensado, en la fuertes posicion que ocupaba, y dió inmediatamente la órden de avanzar. Hinojosa, notando los movimientos del enemigo mandó tambien que se adelantasen sus tropas. Al momento las guerrillas y arcabuceros situados en los flancos se adelantaron con rapidez; la artilleria se preparó para abrir el fuego y todo el ejército, dice en su relacion el presidente, se puso en movimiento con paso bien concertado y entera determinacion» (1).

Pero antes que se disparase el primer tiro, una columna de arcabuceros, compuesta principalmente de soldados de Centeno, abandonó su puesto y marchó directamente a unirse al enemigo. Un escuadron de caballeria enviado para perseguirlos siguió su ejemplo. El presidente entonces mandó a sus soldados que hiciesen alto, no queriendo derramar sangre sin necesidad, ya que la hueste rebelde se iba deshaciendo por sí misma.

Los partidarios fieles de Pizarro se llenaron de terror pánico al verse así entregados con su jefe en manos del enemigo. Inútil era ya la resistencia. Unos arrojaron las armas y huyeron en direccion del Cuzco; otros se refugiaron en la montaña, y algunos, cruzando el espacio que les separaba del ejército real, se rindieron prisioneros, esperando que todavia fuese tiempo para alcanzar el prometido perdón. Los aliados indios, viendo el desaliento de los españoles, fueron los primeros en abandonar el campo (2).

Pizarro en medio de la desercion jeneral se encontró solo con unos cuantos caballeros que tuvieron a mengua huir. Confundido con tan inesperado revés de fortuna, el desgraciado jefe apenas podía comprender su situacion. «¿Qué haremos?» dijo Acosta, que era uno de los que se habían quedado con él: «Arremeter al enemigo, respondió el valiente soldado, y morir como romanos.» «Mejor es morir como cristianos,» repuso el jefe, y se adelantó en direccion del ejército real (3).

Apenas había andado unas cuentas varas, se encontró con un oficial realista, a quien, despues de preguntarle su nombre y clase, entregó la es-

(1) Visto por Gonzalo Pizarro y Carvajal su maestro de campo que se les iba jente, procuraron de caminar en su órden hácia el campo de S. M., y viendo esto los lados y sobresalientes del ejército real se empezaron a llegar a ellos y a disparar en ellos, y lo mesmo hizo la artilleria; y todo el campo, con paso bien concertado y entera determinacion, se llegó a ellos.» Relacion del Lic. Gasca, M. S.

(2) «Los indios que tenían los enemigos, que diz que eran mucha cantidad huyeron muy a furia.» (Relac. del Lic. Gasca, M. S.) Se hallarán pormenores mas o menos minuciosos en: Carta de Valdivia, M. S.—Garcilaso, Com. Real, parte II, lib. V, cap. XXXV.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq., M. S.—Gomara, Hist. de las Ind., cap. CLXXXV.—Fernandez, Hist. del Perú, parte I, lib. II, cap. XC.—Zárate, Conq. del Perú, lib. VII, cap. VII.—Herrera, Hist. general, dec. VIII, lib. IV, cap. XVI.

(3) «Gonzalo Pizarro bolviendo el rostro a Juan de Acosta, que estava cerca del, le dijo: ¿Qué haremos, hermano Juan? Acosta, presumiendo mas de valiente que de discreto, respondió, Señor, arremetamos, y muramos como los antiguos romanos.—Gonzalo Pizarro dixo: Mejor es morir como cristianos.» Garcilaso, Com. Real, parte II, lib. V, cap. XXXVI.—Zárate, Conq. del Perú, lib. VII, cap. VII.

pada y se rindió prisionero. El oficial, gozoso con tal presa, le condujo inmediatamente a presencia de Gasca. Hallábase este a caballo, rodeado de sus capitanes, algunos de los cuales, al reconocer al cautivo tuvieron la atención de retirarse para no presenciar su humillación (1). Aun el mejor de ellos, por mas convencido que estuviese de que habia obrado bien, debía sentir algun remordimiento al ver el estado a que habia reducido su desercion a su bienhechor.

Pizarro se mantuvo a caballo; pero al acercarse hizo una respetuosa inclinacion al presidente, el cual le contestó con un frio saludo, y dirigiéndose a él con severidad le preguntó: ¿por qué habia puesto al pais en tal confusion, levantando el estandarte de la rebelion, matando al virei, usurpando el gobierno y rechazando obstinadamente las ofertas de gracias que repetidas veces se le habian hecho?

Ganzalo procuró justificarse, atribuyendo la suerte del virei a su errada conducta, y su usurpacion, como Gasca la llamaba, a la libre eleccion del pueblo y de la audiencia. «Mi familia fué, dijo, quien conquistó el pais, y como representante de ella aqui, me parecia tener derecho al gobierno». A esto replicó Gasca en tono todavia mas severo: «Vuestro hermano, es cierto, conquistó el pais; y por eso el Emperador tuvo a bien levantaros a él y a vos del polvo. El vivió y murió como súbdito fiel y leal y esto hace todavia mas odiosa vuestra ingratitud para con el soberano.» Despues, viendo que Pizarro iba a contestar de nuevo, terminó bruscamente la conferencia, mandando que fuese conducido a prision y guardado con vijilancia. Encomendáronle a la custodia de Centeno, que habia pedido este encargo, no por un desco innoble de venganza, pues parece que era jeneroso, sino con el honrado propósito de prestar al prisionero todos los consuelos que pudiese. Así Pizarro, aunque tenido en estrecha guardia, fué tratado con la deferencia debida a su clase, y obtuvo de Centeno cuanto quiso, escepto su libertad (2).

En este naufragio jeneral de su fortuna, Francisco de Carbajal no libró mejor que su jefe. Al ver a los soldados abandonar sus puestos y pasarse al enemigo unos tras otros, comenzó a entonar su cancion favorita:

«Estos mis cabellicos, madre.»

Pero cuando vió casi desierto el campo y que los mas valientes desaparecian como el humo, conoció que era ya tiempo de pensar en su propia salvacion. Sabia que no habria perdon para él; y así, poniendo espuelas al caballo, echó a huir con toda la velocidad que pudo. Cruzó el rio, que, como ya se ha dicho, atravesaba el campo; pero al saltar a la orilla opuesta, que era alta y pedregosa, su caballo, ya viejo y oprimido por el peso del jinete, que era alto y corpulento, se deslizó y cayó con él en el agua. Antes que Carbajal pudiera desembarazarse de los estorbos que le impedían salir a la orilla, fué preso por algunos de sus propios soldados, que esperando a este precio ha-

(1) Garcilaso, Com. Real, ubi supra.

(2) Fernandez, Hist. del Perú, part. I, lib. II, cap. XC.

Los historiadores refieren con alguna variedad el diálogo entre Gasca y su prisionero. Véanse: Gomara, Hist. de las Ind., cap. CLXXXVI. Garcilaso, Com. Real, parte II, lib. V, cap. XXXVI.—Relacion del Lic. Gasca, M. S.

cer las paces con el vencedor, se apresuraron a llevarle al cuartel jeneral.

Pronto se aumentó su escolta con gran número de soldados del ejército realista, algunos de los cuales tenían largas cuentas que ajustar con él, y no contentos con llenarle de injurias y maldiciones, le amenazaban con actos de violencia personal, que Carbajal, lejos de temer, parecia mas bien provocar, por ser este el medio mas espedito y mejor para acabar con su vida (2). Cuando se acercó a los reales del presidente, Centeno, que se hallaba cerca, reconvino a la tumultosa soldadesca y la obligó a apartarse. Carbajal, al verlo, preguntó en tono respetuoso a quién debía aquella cortés proteccion, a lo cual su antiguo compañero contestó: «¿No me conoce vuestra merced? soi Diego Centeno.» «Perdone vuestra merced, dijo el veterano en tono sarcástico, aludiendo a su fuga de Charcas y a su reciente derrota de Huarina; como siempre ví a vuestra merced de espaldas, ahora teniéndole de cara no le conocia» (1).

Entre los que acompañaban al presidente se hallaba el obispo del Cuzco, el cual, segun recordará el lector, se habia hallado tambien en la derrota de Huarina. Su hermano habia sido hecho prisionero por Carbajal en la fuga, y ahorcado inmediatamente por este cruel jefe, que como hemos visto, no respetaba a nadie. El obispo le reconvino por la muerte de su hermano, e irritado con sus frias respuestas tuvo la poca jenerosidad de darle un bofetón. Carbajal no hizo la menor tentativa de resistencia, ni contestó una palabra a las preguntas que en seguida le dirigió Gasca, sino que mirando con altivez a su alrededor se mantuvo en desdenoso silencio. El presidente, viendo que nada podia sacar de él, mandó que le tuviesen, con Acosta y otros caballeros que se habian rendido, en estrecha prision hasta que se decidiera de su suerte (2).

Inmediatamente despues envió Gasca un oficial al Cuzco para evitar que sus partidarios cometiesen escesos a consecuencia de la última victoria, si victoria podia llamarse aquella en que no se habia dado un solo golpe. Todos los efectos que pertenecian a los vencidos, tiendas, armas, municiones y pertrechos militares cayó en poder de los vencedores. El campo de Pizarro estaba bien provisto, y fué de oportuno auxilio al ejército realista, que habia consumido ya casi todas sus provisiones. Se encontró además considerable botin en plata y en dinero, porque la mayor parte de los soldados de Pizarro (cosa muy comun en aquellos tiempos de

(2) «Luego llevaron ante el dicho Licenciado a Carbajal, maestre de campo del dicho Pizarro y tan cercado de gentes que del havian sido ofendidas que le querian matar, el qual diz que mostrava que olgara que le mataran alli.» Relacion del Lic. Gasca, M. S.

(1) «Diego Centeno reprehendia mucho a los que le offendian. Por lo qual Carvajal le miró y le dixo, Señor ¿quién es vuestra merced que tanta merced me haze? a lo cual Centeno respondió, Qué, ¿no conoce vuestra merced a Diego Centeno? Dixo entonces Carvajal, Por Dios, señor, que como siempre ví a vuestra merced de espaldas, que agora teniéndole de cara no le conocia.» Fernandez, Hist. del Perú, parte I, lib. II, cap. XC.

(2) Ibid., ubi supra.

Debe advertirse que Garcilaso, que conocia personalmente al obispo del Cuzco, duda que cometiese el acto indecoroso que le imputa Fernandez, y dice que por su carácter era incapaz de tal cosa. Com. Real., parte II, lib. V, cap. XXXIX.

revueltas) llevaban a la guerra todas sus riquezas, no creyéndolas seguras en ninguna parte. Cuéntase una anécdota de un soldado de Gasca, que viéndose una mula corriendo por el campo cargada con un gran fardo, la cojió y subió sobre ella después de haber arrojado la carga, suponiendo que fuese alguna armadura o cosa de poco valor. Otro soldado mas discreto recojió el fardo, y halló que contenía muchos miles de ducados de oro. ¡Suerte de la guerra (1)!

Así terminó la batalla, o mas bien derrota de Xaquixaguana. El número de muertos y heridos, porque algunos sucumbieron en la persecucion, no fué grande. Segun la mayor parte de los autores, no pasó de quince soldados rebeldes muertos, y un solo realista, y este, por descuido de su compañero (2). Nunca hubo victoria mas barata, ni terminó una tan sangrienta y cruel rebelion a precio de menos sangre. Ganóse la batalla no tanto por la fuerza de los vencedores cuanto por la debilidad de los vencidos, los cuales se dispersaron por sí mismos no creyéndose bastante seguros para resistir. El brazo a que la justicia de la causa no daba fortaleza, fué impotente en el momento del combate: mas satisfactorio es que fuese vencido por la fuerza moral que por la brutal de las armas. Semejante victoria estaba mas en armonia con el benévolo carácter del vencedor y con su causa. Fué el triunfo del orden y el mejor homenaje a la ley y a la justicia.

CAPITULO IV.

Ejecucion de Carbajal. — Gonzalo Pizarro es decapitado. — Despojos de la victoria. — Sabias reformas de Gasca. — Vuelve a España. — Su muerte y su carácter.

1548—1550.

Era necesario decidir de la suerte de los prisioneros; y en consecuencia Alonso de Alvarado y el licenciado Cianca, uno de los nuevos individuos de la audiencia, fueron nombrados para instruir el proceso. La comision no exijia largo tiempo: el crimen de los presos era demasiado manifiesto, pues se les habia cojido con las armas en la mano. Fueron, pues, sentenciados todos a muerte con confiscacion de bienes en provecho de la corona.

(1) Zárate, Conq. del Perú, lib. VII, cap. VIII.

(2) «Temióse que en esta batalla muriera mucha gente de ambas partes por haber en ellas mill y cuatrocientos arcabuceros, y seiscientos de caballos y mucho número de piqueros y diez y ocho piezas de artilleria; pero plugo a Dios que solo murió un hombre del campo de S. M. y quince de los contrarios como está dicho.» Relac. del Lic. Gasca, M. S.

Muñoz supone que el manuscrito a que se acaba de hacer referencia fué escrito, o mas bien dictado por Gasca a su secretario. El original se conserva en Simancas, sin fecha y en letra del siglo XVI. Se reduce principalmente a referir la batalla y los sucesos que con ella tuvieron inmediata conexión, y aunque muy breve, cada aserto suyo es precioso porvenir de tan alto origen. Alcedo, en su *Biblioteca Americana*, M. S., inserta el título de una obra que atribuye a la pluma de Gasca y que parece ser una relacion de los sucesos de su administracion. El título es *Historia del Perú y de su pacificacion*, 1576, en folio. No he podido dar con esta obra ni en ninguna otra parte he visto la menor alusion a ella.

Gonzalo Pizarro debia ser decapitado y Carbajal arrastrado y descuartizado. No hubo misericordia para quien no la habia tenido de los demás. Hablóse de diferir la ejecucion hasta la llegada de las tropas que estaban en el Cuzco; pero el temor de los disturbios que pudieran escitar los amigos de Pizarro determinó al presidente a llevar a efecto la sentencia al siguiente dia y en el campo de batalla (1).

Cuando se le hizo saber su suerte a Carbajal, escuchó la notificacion con su habitual indiferencia. «No pueden hacer mas que matarme,» dijo como si ya se hubiese conformado con su destino (2). Durante el dia muchos le visitaron, algunos por echarle en cara sus crueldades y los mas por la curiosidad de ver al cruel guerrero que habia hecho su nombre tan terrible en todo el pais. Carbajal se prestó voluntariamente a hablar con ellos, aunque lo hacia con aquellas salidas mordaces con que acostumbraba entretenerse a espensas de sus interlocutores. Entre los que le visitaron habia un caballero de poca nota a quien parece que habia perdonado la vida en otro tiempo. Este le manifestó su ardiente deseo de servirle; y como continuase importunándole con sus protestas, Carbajal le interrumpió diciendo: «¿Y qué servicio podeis hacerme? ¿darme la libertad? Si no podeis hacer esto, no podeis servirme en nada. Si como decís os perdoné la vida, fué probablemente porque no creí que merecía la pena de quitársela.»

Algunas personas piadosas le instaron para que viese a un eclesiástico, aunque no fuera mas que por descargar su conciencia antes de dejar el mundo. «¿Y para qué?» dijo Carbajal: no tengo nada de que acusarme como no sea de una deuda con una bodegonera de Sevilla, a quien me olvidé de pagar medio real al salir de España (3).

Fué llevado al suplicio en un seron, o mas bien en un cesto, arrastrado por dos mulas. Atáronle los brazos y como le empujasen para que entrara en aquel miserable vehículo donde apenas cabia, dijo: Niño en cuna y viejo en cuna (4). No obstante la repugnancia que habia mostrado a confesarse, le acompañaron muchos eclesiásticos, y uno de ellos le instó repetidas veces para que diera alguna muestra de arrepentimiento en aquella hora solemne, aunque no fuera mas que repitiendo *Pater Noster* y *Ave Maria*. Carbajal, para librarse de sus importunidades, repitió friamente las palabras *Pater Noster* y *Ave Maria*. Después guardó un obstinado silencio y murió como habia vivido, con su sonrisa burlona y sarcástica en los labios (5).

Francisco de Carbajal era uno de los caracteres mas extraordinarios de aquellos tenebrosos y

(1) El ejemplar manuscrito de la *Historia* de Zárate inserta íntegra la sentencia de Gonzalo Pizarro, la cual el autor omitió en la impresion; pero el lector curioso la encontrará original en el *Apéndice*, núm. XVI.

(2) «Basta matar.» Fernandez, *Hist. del Perú*, parte I, lib. II, cap. XCI.

(3) «En esso no tengo que confesar: porque juro a tal que no tengo otro cargo sino medio real que deuo en Sevilla a una bodegonera de la puerta del Arenal, del tiempo que pasé a Indias.» *Ibid.*, ubi supra.

(4) *Ibid.*, ubi supra.

(5) «Murió como gentil, a lo que dicen, que yo no le quise ver, que así le di la palabra de no velle; mas a la postrer vez que habló llevándole a matar le decia el sacerdote que con él iba que se encomendase a Dios y digese el *Pater Noster* y el *Ave Maria*, y dicen que dijo, *Pater Noster*, *Ave Maria* y que no dijo otra palabra.» Pedro Pizarro, *Descub. y Conq.*, M. S.

revueltos tiempos; el más extraordinario por sus años, pues cuando murió tenía ochenta y cuatro; edad en que las facultades del cuerpo, y afortunadamente también las pasiones están por lo general amortiguadas; edad en que, según las ingeniosas palabras de un moralista francés, «nos lisonjeamos de que vamos dejando nuestros vicios, cuando por el contrario son nuestros vicios los que nos dejan» (1). Pero la llama de la juventud ardía aun voraz e inextinguible en el pecho de Carbajal.

La fecha de su nacimiento nos remonta hasta mediados del siglo V, ante de los tiempos de Fernando e Isabel. Era de oscura familia, y nació según se dice en Arévalo. Por espacio de cuarenta años sirvió en las guerras de Italia a las órdenes de los más ilustres capitanes de la época, Gonzalo de Córdoba, Navarro y los Colonas. Era alférez en la batalla de Ravenna; se halló en la captura de Francisco I, en Pavía, y siguió la bandera del malhadado Borbon en el saco de Roma. En esta ocasión no pudo alcanzar más botín que los papeles de una escribanía que guardó pensando que podría injeniarse para que le valieran dinero. Así fué en efecto, pues el escribano tuvo que rescatarlos a un precio que habilitó al aventurero para cruzar los mares hasta Méjico y buscar fortuna en el Nuevo Mundo. Cuando la insurrección de los peruanos, fué enviado en auxilio de Francisco Pizarro, el cual le remuneró concediéndole algunas tierras en el Cuzco. Allí permaneció algunos años empleado en aumentar sus rentas, pues la codicia era una de sus pasiones dominantes. A la llegada de Vaca de Castro le encontramos prestando buenos servicios bajo la bandera de la autoridad real; y al estallar la gran rebelión de Gonzalo Pizarro redujo todo sus bienes a dinero y se preparó para volver a Castilla. Parecía que pronosticaba que su permanencia en el Perú le había de ser fatal. Pero aunque hizo todos los esfuerzos posibles para salir del país, fueron infructuosos, porque el virrey había embargado los buques (2). Se quedó, pues, y como hemos visto se alistó, aunque con repugnancia, en las banderas de Pizarro. Era su destino.

La vida tumultuosa en que entró entonces despertó todas las pasiones que dormían en su alma, tal vez sin él saberlo: la crueldad, la avaricia, la venganza. En la guerra con sus compatriotas halló ancho campo donde satisfacerlas, porque la guerra civil ya se sabe que es la más sangüinaria y feroz de todas. Las atrocidades cometidas por Carbajal y el número de sus víctimas son apenas increíbles. Por honor de la humanidad debemos pensar que los historiadores las han exagerado mucho; pero el haber dado lugar a tales exageraciones es suficiente para deshonestar su nombre (3).

(1) Si mal no recuerdo, esta reflexión se encuentra en ese admirable digesto de la sabiduría humana titulado «Los Carácterés» de La Bruyère.

(2) Pedro Pizarro asegura que Carbajal hizo esfuerzos para dejar el país, en los cuales fué auxiliado, aunque ineficazmente, por el mismo cronista, que entonces se hallaba en amistosas relaciones con él. La guerra civil separó a estos antiguos compañeros; pero Carbajal no olvidó las obligaciones que debía a Pedro Pizarro, antes se las pagó, eximiéndole en dos diferentes ocasiones de la suerte jeneral de los prisioneros que caían en sus manos.

(3) De trescientas cuarenta ejecuciones, según Fernández, trescientas fueron dispuestas por Carbajal (Hist. del Perú, part. I, lib. II, cap. XCI.) Zárate hace subir

Dícese que tenía un diabólico placer en presenciar los padecimientos de sus víctimas, y en la hora de la ejecución solía dirigirles horribles chistes que les hacían más amargo el trance. Tenía vena, si así puede llamarse, y daba rienda suelta a su locuacidad en cualquiera ocasión. Los soldados conservaron muchas de sus agudezas, pero son en su mayor parte de un carácter mordaz y repulsiivo, como procedentes de una imaginación familiarizada con el lado débil y miserable de la humanidad y que de todos desconflaba. Tenía dichos agudos para todo, así para la desgracia de los demás como para la suya. Miraba la vida como una comedia, aunque más de una vez hizo de ella una tragedia.

Debe concedérsele una virtud, la fidelidad a su partido, y esta le hizo menos tolerante con la perfidia de los demás, porque nunca manifestó compasión a los renegados. Esta constante fidelidad, donde semejante virtud era tan rara, atrae a Carbajal cierto respeto (1).

Como militar ocupa Carbajal un lugar elevado entre los soldados del Nuevo Mundo. Era estricto y aun severo en mantener la disciplina; por eso sus compañeros no le amaban mucho. Puede dudarse que tuviera jenio para las combinaciones militares en grande escala; más para los ardidés y combinaciones de guerrilla no tenía igual. Pronto, activo y perseverante, no conocía el peligro ni la fatiga, y después de muchos días pasados sobre la silla del caballo, parecía no apreciar en nada la comodidad de la cama (2).

Conocía perfectamente todos los desfiladeros de la montaña, y eran tales la sagacidad y recursos que desplegaba en sus expediciones, que el vulgo creía que tenía algún diablo familiar (3). Con carácter tan extraordinario, con fuerzas que le duraron mucho más de lo que comunmente duran en los hombres, y con pasiones tan vivas en quien se hallaba al borde del sepulcro, no es extraño que se hayan referido de él cosas fabulosas, y que su nombre inspirase un secreto terror como el de

el número de estas ejecuciones a quinientas (Conq. del Perú, lib. VII, cap. I.) Esta discrepancia muestra cuán poco se debe confiar en la exactitud de semejantes cálculos.

(1) La fidelidad es una de las muchas virtudes que le atribuye Garcilaso, el cual considera muchas de las anécdotas que acerca de la crueldad y avaricia del veterano circulaban, como invenciones de sus enemigos. El cronista Inca era un niño cuando Gonzalo y sus partidarios ocuparon el Cuzco; y agradeció el buen trato que de ellos recibió, debido sin duda a la posición de su padre en el ejército rebelde, delineando sus retratos con los colores con que se presentaron a su joven imaginación. Pero el mismo Garcilaso, ya viejo, ha citado varios casos de atrocidad personal en la carrera de Carbajal que no se avienen bien con las aserciones que hace respecto a su carácter.

(2) «Fué maior sufridor de trabajos que requería su edad, porque a maravilla se quitaba las armas ni de día ni de noche; y cuando era necesario tampoco se acostaba, ni dormía más de quanto recostado en una silla se le cansaba la mano en que arrimaba la cabeza.» Zárate, Conq. del Perú, lib. V, cap. XIV.

(3) Pedro Pizarro, que profesaba cierta amistad a Carbajal, reasumió su carácter en estas pocas palabras: «Era muy lenguaz: hablaba muy discreptamente y a gusto de los que le oían: era hombre sagaz, cruel, bien entendido en la guerra... Este Carbajal era tan sábio, que decían tenía familiar.» Descub. y Conq., M. S.

una especie de ser sobrenatural, de demonio de los Andes.

Muy diferentes fueron las circunstancias que acompañaron los últimos momentos de Pizarro. A petición suya se prohibió que nadie le visitase. Oyósele pasear en su tienda la mayor parte del día, y cuando llegó la noche, habiendo sabido por Centeno que se iba a verificar su ejecución a las doce del día siguiente, se echó a descansar. No durmió mucho, sin embargo: al cabo de un rato se levantó y continuó paseándose por la tienda como abismado en sus meditaciones, hasta el amanecer. Entonces envió a buscar a un confesor y permaneció con él hasta las doce, tomando poco o ningún alimento. Los empleados de justicia empezaron a impacientarse, pero fueron reconvenidos ágricamente por los soldados, muchos de los cuales habiendo servido bajo la bandera de Gonzalo, se compadecían de su desgracia.

Cuando salió para la ejecución mostró en su traje el mismo amor al lujo y a la ostentación que había desplegado en sus felices días. Sobre el justillo llevaba una magnífica ropa de armas de terciopelo amarillo bordada de oro, y un sombrero de la misma clase, también adornado de oro, le cubría la cabeza (1). En tan vistoso atavío montó en su mula, relajándose el rigor de la sentencia hasta el punto de no atarle los brazos. Un gran número de clérigos y frailes le escoltaba poniéndole crucifijos delante, y él llevaba en la mano una imagen de la virgen, a la cual había tenido tan particular devoción, que en tiempo de su prosperidad, los que mejor le conocían cuando iban a pedirle algo, cuidaban de hacerlo en nombre de la bien aventurada madre de Dios.

Frecuentemente aplicaba los labios a este emblema de su divinidad, fijando al mismo tiempo los ojos en la imagen de Cristo con devoción y sin cuidarse al parecer de los objetos que le rodeaban. Subió la escalera del cadalso con paso firme y pidió licencia para dirigir algunas palabras a los soldados que presenciaban la ejecución. «Muchos hai entre vosotros, dijo, a quienes la bondad de mi hermano y la mía han hecho ricos. Sin embargo, de todas mis riquezas nada me queda sino la ropa que tengo encima, y aun esta no es mía, sino del verdugo. Me encuentro, pues, sin medios para mandar decir una misa por el bien de mi alma, y os ruego, por el recuerdo de los pasados beneficios, que cuando muera me hagáis esta caridad, para que os sirva de descargo en la hora de vuestra muerte.» Un profundo silencio siguió a estas palabras, interrumpido solamente por el llanto y los sollozos de aquella multitud guerrera, la cual cumplió luego fielmente el encargo de Pizarro, porque después de su muerte se dijeron misas en muchas ciudades para el descanso de su alma.

En seguida, arrodillándose delante del crucifijo que estaba encima de una mesa, permaneció Pizarro por algunos minutos absorto en la oración, y luego dirigiéndose al soldado que debía hacer el oficio de ejecutor de la justicia, le dijo con calma «que hiciese su deber con mano firme.» No consintió que le bendieran los ojos, y doblando el cuello lo entregó a la espada del verdugo, el cual le cortó la cabeza de un solo golpe y tal, que el cuerpo perma-

(1) «Al tiempo que lo mataron dió al verdugo toda la ropa que traía, que era muy rica y de mucho valor, porque tenía una ropa de armas de terciopelo amarillo, casi toda cubierta de chapería de oro, y un chapeo de la misma forma. Zárate, Conq. del Perú, lib. VII, cap. VIII.

neció algunos momentos erguido como si tuviera vida (1). La cabeza fué llevada a Lima, puesta en una caja y fijada después en un palo al lado de la de Carbajal. Sobre ella se fijó un cartel que decía: «Esta es la cabeza del traidor Gonzalo Pizarro, que se hizo justicia del en el valle de Aquixaguana, donde dió la batalla campal contra el estandarte real, queriendo defender su traición e tiranía: ninguno sea osado de la quitar de aquí, so pena de muerte natural (2).» Sus grandes haciendas, incluidas las ricas minas del Potosí, fueron confiscadas; su casa de Lima fué arrasada hasta los cimientos, sembrándose de sal el sitio en que había estado edificada, y poniéndose en él un poste con una inscripción en que se prohibía edificar en aquel lugar que había sido profanado por la residencia de un traidor.

Los restos de Gonzalo no fueron espuestos a la ignominia que los de Carbajal, cuyos miembros colgados de cadenas fueron fijados uno en cada uno de los cuatro grandes caminos que conducían al Cuzco. Centeno salvó también la ropa de Pizarro, rescatándola del ejecutor y le hizo enterrar con su lujoso traje en la capilla del convento de nuestra Señora de la Merced en el Cuzco. Este era el mismo sitio en que uno al lado de otro yacían los sangrientos restos de los Almagros padre e hijo, que habían perecido del mismo modo por mano de la justicia, y debían también su sepultura a la caridad particular. «Todos estos cuerpos fueron depositados bajo la misma losa, dice el historiador con cierta amargura, como si el Perú no tuviese bastante tierra para dar sepultura a sus conquistadores (3).»

Gonzalo Pizarro tenía cuando murió cuarenta y dos años, justamente la mitad que su compañero Carbajal. Era el más joven de la famosa familia a quien España debió la adquisición del Perú. Llegó a este país cuando su hermano Francisco volvió de su último viaje a Castilla, y se halló presente a todos los grandes hechos de la conquista. Asistió a la captura de Atahualpa, tomó una parte activa en la lucha contra los indios insurrectos, y especialmente en la reducción de Charcas. Después capitaneó la desastrosa expedición al río de las Amazonas, y finalmente dirigió la memorable rebelión que terminó de un modo tan funesto para él. Hai pocos hombres, cuya vida abunde tanto en aventuras peligrosas y novelescas, y en su mayor parte coronadas de buen éxito. El espacio que ocupa en las páginas de la historia es desproporcionado a su talento. Puede en cierto modo atribuirse a la fortuna, pero todavía más a esas brillantes cuali-

(1) «El ejecutor, dice Garcilaso con un símil más expresivo que elegante, de un reves le cortó la cabeza con tanta facilidad como si fuera una hoja de lechuga, y se quedó con ella en la mano, y tardó el cuerpo algún espacio en caer en el suelo.» Garcilaso, Com. Real, parte II, lib. V, cap. XLIII.

(2) Zárate, M. S.

(3) «Y las sepulturas vna sola auiendo de ser tres: que aun la tierra parece que les faltó para averlos de cubrir.» Garcilaso, Com. Real, parte II, lib. V, cap. XLIII.

Para los trágicos pormenores de las anteriores páginas, véanse: Garcilaso, cap. XXXIX.—Relac. del Lic. Gasca.—Carta de Valdivia, M. S.—M. S. de Caravantes.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq., M. S.—Gomara, Hist. de las Ind., cap. CLXXXVI.—Fernandez, Hist. del Perú, parte I, lib. II, cap. XCI.—Zárate, Conq. del Perú, lib. VII, cap. VIII.—Herrera, Hist. general, dec. VIII, lib. IV, cap. XVI.

dades que suplen a veces el talento mental, y que le aseguraron su popularidad entre el vulgo.

Tenia un exterior brillante: sobresalía en todos los ejercicios militares; montaba bien a caballo; manejaba perfectamente la espada y la lanza; era uno de los primeros tiradores de arcabuz, y añadía a todas estas cualidades el ser excelente dibujante. Era además osado hasta rayar en temerario, aficionado a las aventuras arriesgadas y el primero siempre en el peligro. Era en fin un caballero andante en todo el rigor de la palabra, y montado en su corcel favorito, dice uno que le vió muchas veces, «no hacia mas caso de escuadrones de indios, que si fueran de moscas» (1).

Al paso que con tan brillantes hazañas y con tales cualidades cautivaba la imaginación de sus compatriotas, ganaba sus corazones con su marcial franqueza: su confianza en la fidelidad de los demás (confianza de que abusaron demasiadas veces) y su liberalidad; porque Pizarro, aunque codicioso de los bienes ajenos, era, como el conspirador romano, pródigo de los suyos. Este es el retrato de su mejor época, cuando los triunfos no le habían viciado el corazón; porque está demostrado que su prosperidad efectuó en él cierto cambio. Su cabeza se desvaneció con la elevación, y el no haber sabido aprovecharse de esta es una prueba de que le faltaba el talento proporcionado a su gloria. Obedeciendo las inspiraciones de su temeridad, desechó los avisos de sus mas prudentes consejeros y confió ciegamente en su destino. Garcilaso atribuye esto a la maligna influencia de las estrellas (2) pero el supersticioso cronista podría haberlo explicado mejor por un principio jeneral de la naturaleza humana, por la presunción alimentada con los triunfos, por la demencia, como dice el proverbio romano, o mas bien griego, con que los dioses ciegan el entendimiento de los hombres a quienes quieren perder.

Gonzalo no tenia otra educación sino la que habia adquirido en la dura escuela de la guerra. No tenia tampoco mucho de esa ciencia que nace del ingenio natural y del exámen del corazón. En esto fué inferior a sus hermanos, aunque les igualó en ambición. Si hubiera tenido la décima parte de la sagacidad de aquellos, no habria persistido locamente en su rebelión despues de la llegada de Gasca. Antes de esta época representaba al pueblo: los intereses de uno y otro estaban unidos. Tenia su apoyo, porque luchaba por la reparación de sus agravios. Pero cuando el gobierno los reparó no habia por qué luchar. Desde entonces combatió por sí mismo: el pueblo no tenia parte ni interés en la contienda. Sin una simpatía comun que les ligara, qué extraño es que el pueblo le abandonase cual las hojas que lleva el viento dejándole espuesto solo y desnudo tronco a la furia de la tempestad?

Cepeda, mas criminal que Pizarro, pues tenia educación e inteligencia superiores, que empleó únicamente para perder a su jefe, no le sobrevivió largo tiempo. Habia pasado al Perú con un empleo de alta responsabilidad. Su primer paso ha-

(1) «Quando Gonçalo Piçarro, que aya gloria se veyá en su zaynillo, no hazia mas caso de escuadrones de indios que si fueran de moscas.» Garcilaso, Com. Real, parte II, cap. XLIII.

(2) «Dezian que no era falta de entendimiento, pues lo tenia bastante, sino que deuia de ser sobra de influencia de signos y planetas que le cegauan y forçaban a que pusiesse la garganta al cuchillo.» Garcilaso, Com. Real, parte II, lib. V, cap. XXXIII.

bia sido hacer traición al virei a quien estaba encargado de auxiliar; el segundo hacer traición a la audiencia a cuyos actos debía cooperar; y el último hacer traición al jefe a quien mas aparentaba servir. Toda su carrera habia sido una serie de traiciones. Su vida fué una serie no interrumpida de perfidias.

Cuando se rindió, muchos caballeros disgustados de su cinica apostasia trataron de persuadir a Gasca para que le condenase a muerte con su jefe; pero el presidente se negó a ello en consideración al señalado servicio que con su desertión habia hecho a la corona. Sin embargo fué puesto en prisión y enviado a Castilla, donde se le formó causa por crimen de alta traición. Defendióse bien, y como tenia amigos en la corte, es probable que hubiera sido absuelto; pero murió en la cárcel antes de que terminara la causa. Fué esta una justicia retributiva que no siempre se encuentra en los asuntos de este mundo (1).

Otros tambien de los que habian sido los primeros en abandonar la causa de Pizarro murieron al cabo de corto tiempo. El valiente Centeno y el licenciado Carbajal, que desertaron cerca de Lima y militaban bajo la bandera real en el campo de Xaquixaguana, murieron un año despues que Pizarro. Hinojosa fué asesinado a los dos años, y su antiguo compañero Valdivia, despues de haber ejecutado en Chile muchas y brillantes hazañas que dieron el mas glorioso tema para la musa épica de Castilla, fué muerto por los invencibles guerreros de Arauco. Los manes de Pizarro quedaron ampliamente vengados.

Acosta y otros tres o cuatro caballeros que se rindieron con Gonzalo, recibieron tambien la muerte con su jefe; y Gasca, a la mañana que siguió a esta lamentable tragedia levantó el campo y marchó con todo su ejército al Cuzco, donde aquel político pueblo le recibió con el mismo entusiasmo que poco antes habia mostrado a su rival. Allí encontró muchos soldados del ejército rebelde que se habian refugiado en la ciudad despues de la derrota, y que inmediatamente habian sido reducidos a prisión. Mandó que se les formase causa: los principales, en número de diez o doce, fueron ejecutados y los demás desterrados o enviados a galeras. Pronunciáronse las mismas sentencias rigorosas contra los que habian huido y no habian sido capturados, y las propiedades de todos ellos fueron confiscadas. Estos bienes debian servir para recompensar a los leales (2). Parecerá ya demasiado la severidad; pero Gasca queria que probasen todo el rigor de la justicia los que tantas veces habian desechado sus ofertas de gracia. La lenidad era infructuosa con el duro y rebelde soldado que apenas reconocia la existencia del gobierno, sino cuando sentia su rigor.

Un nuevo deber llamó luego la atención del presidente; el de recompensar a sus fieles partidarios, deber como se vió despues, no menos dificultoso de cumplir que el de castigar a los crimi-

(1) El astuto legista preparó tan especiosos argumentos para su justificación, que Illescas, el célebre historiador de los Papas, declara que nadie que los lea atentamente puede dejar de convencerse de la inocencia de Cepeda y de su constante lealtad a la corona. Véase el pasaje citado por Garcilaso en su Com. Real, parte II, lib. VI, cap. X.

(2) Pedro Pizarro, Descub. y Conq., M. S.—Fernandez, Hist. del Perú, parte I, lib. II, cap. XCI.—Carta de Valdivia, M. S.—Zárate, Conq. del Perú, lib. VII, cap. VIII.—Relacion del Lic. Gasca, M. S.

nales. Los solicitantes eran muchos, pues todo el que, por decirlo así, había levantado un dedo en favor del gobierno, pedía su recompensa; y repetían sus demandas con tan importuno clamoreo, que tenían perplejo al buen presidente y le ocupaban todo su tiempo.

Disgustado Gasca de un estado de cosas tan poco provechoso al país, resolvió librarse de una vez de tales molestias retirándose al valle de Guaynarima, a unas doce leguas de la ciudad, para meditar allí con sosiego un sistema de recompensas proporcionado al mérito de cada cual. Acompañaronle solamente su secretario y Loaysa, entonces arzobispo de Lima, hombre sensato y muy versado en los asuntos del país. En este retiro permaneció tres meses examinando cuidadosamente las diversas reclamaciones, y señalando las recompensas según los respectivos servicios. Debe advertirse que por lo general se concedían los repartimientos de por vida solamente, y que a la muerte del poseedor volvían a la corona, la cual podía concederlos a otro, o conservarlos según su voluntad.

Luego que Gasca completó su árdua tarea, determinó retirarse a Lima, dejando al arzobispo el documento en que estaban consignadas las recompensas para que lo comunicase al ejército. No obstante el esquisito cuidado con que había procurado hacer una distribución equitativa, conocía Gasca que era imposible satisfacer las demandas de los envidiosos e irritables soldados, cada uno de los cuales estaba siempre dispuesto a exajerar sus servicios y a rebajar los ajenos; y así no quiso exponerse a importunidades y quejas que no habían de servir más que para incomodarle.

Luego que marchó, el arzobispo convocó a las tropas en la catedral para informarias del contenido de la cédula de repartición que se le había confiado. Ante todo se predicó un sermón por el digno dominico prior de Arequipa, en el cual el reverendo padre se estendió en exhortaciones para que cada uno tuviese la virtud de contentarse con su suerte; recordó la obligación que todos tenían de obedecer a sus superiores, y la locura y criminalidad de resistir a los mandatos de las autoridades constituidas; y dijo en fin cuanto creyó que podría inspirar conformidad y buenos deseos a su auditorio.

Leyóse después desde el púlpito una carta del presidente dirigida a los oficiales y soldados del ejército. En esta empezaba Gasca manifestando brevemente las dificultades de su obra, debidas a la limitada suma de recompensas de que podía disponer, y al gran número de servicios de los reclamantes. Luego decía que había examinado el asunto con el mayor cuidado y procurado señalar a cada uno su parte según sus méritos sin preocupación ni parcialidad; que habría caído indudablemente en errores, pero que esperaba que sus tropas se los excusarían cuando reflexionasen que había hecho para evitarlos todo lo que estaba al alcance de su pobre entendimiento; que creía le harían todos la justicia de reconocer que no había tenido influencia en su ánimo motivo alguno de interés personal. Después elogiaba con énfasis los servicios que habían prestado a la buena causa, y concluía haciendo fervientes votos por su futura prosperidad. Esta carta estaba fechada en Guaynarima a 17 de agosto de 1548, y firmada simplemente el licenciado Gasca (1).

(1) M. S. de Carabantes.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq. M. S.—Zárate, Conq. del Perú, lib. VII, cap. IX.

En seguida el arzobispo leyó el papel que contenía las recompensas concedidas por el presidente. La renta anual de las haciendas que iban a distribuirse ascendía a ciento treinta y cinco mil pesos ensayados (1), cantidad considerable si se atiende al valor de la moneda en aquella época; pero no para el Perú, donde el dinero era el objeto que menos valía (2).

Los repartimientos variaban en valor desde ciento a tres mil quinientos pesos de renta anual; y todos estaban al parecer graduados con la mayor precisión según el mérito de las partes. El número de pensionados fué de unos doscientos cincuenta, porque para dar a todos no había, ni los servicios de la mayor parte eran dignos de semejante muestra de consideración (3).

Este documento produjo el efecto previsto por Gasca en aquella jente que había concebido las esperanzas más exajeradas; y fué recibido con un murmullo general de desaprobación. Aun los que ganaban por él más de lo que habían esperado quedaron descontentos, comparando su situación con la de sus compañeros, a quienes juzgaban mejor remunerados en proporción a sus méritos. Irritóles principalmente la preferencia dada a los antiguos partidarios de Gonzalo Pizarro, como Hinojosa, Centeno y Aldana, sobre los que habían permanecido siempre fieles a la corona. Algun fundamento ha-

Fernandez, Hist. del Perú, parte, I, lib. II, cap. XCII.

(1) El peso ensayado, según Garcilaso, valía un quinto más que el ducado castellano. Com. Real, parte II, lib. VI, cap. III.

(2) «Entre los caballeros capitanes y soldados que le ayudaron en esta ocasión repartió el presidente Pedro de la Gasca 135,000 pesos ensayados de renta que estaban vacos, y no un millón y tantos mil pesos como dice Diego Fernandez, que escribió en Palencia estas alteraciones, y de quien lo tomó Antonio de Herrera, y porque esta ocasión fué la segunda en que los beneméritos del Perú fundan con razón los servicios de sus pasados, porque mediante esta batalla aseguró la corona de Castilla, las provincias más ricas que tiene en América, pondré sus nombres para que se conserve con certeza su memoria como parece en el auto original que proveyó en el asiento de Guaynarima cerca de la ciudad del Cuzco en diez y siete de agosto de 1548, que está en los archivos del gobierno.» M. S. de Carabantes.

La suma mencionada en el texto es mucho menor de la que citan Garcilaso, Fernandez, Zárate y todos los demás escritores; ninguno de los cuales la hace bajar de un millón de pesos. Pero Carabantes, de quien he tomado esta noticia, copia el acta original de repartición que se conservó en los archivos reales. Sin embargo, Garcilaso de la Vega, debía estar bien informado del valor de los repartimientos, que según él excedían con mucho a la cantidad en que les tasaba el acta. Así, por ejemplo, dice, que Hinojosa obtuvo por su parte de tierras y ricas minas de Gonzalo Pizarro que se le asignaron, una renta anual que no bajó de doscientos mil pesos, al paso que Aldana, el licenciado Carbajal y otros no sacaron de sus estados más que de diez mil a cincuenta mil pesos anuales. (Ibid., ubi supra). Es imposible conciliar estas monstruosas discrepancias. No ha habido cantidad excesiva para la credulidad del antiguo cronista, y la imaginación del lector queda tan aturdida con las riquezas de este Dorado que es difícil ajustar su fé a ninguna escala de probabilidades.

(3) Carabantes traslada el acta original un catálogo completo de pensionados con las rentas asignadas a cada uno.

bia para esta preferencia, porque ninguno habia prestado servicios tan importantes para sofocar la rebelion, y estos servicios eran los que Gasca se habia propuesto premiar. Dar recompensa, simplemente por su lealtad, a todos y cada uno de los que se habian mostrado leales, habria sido dividir el donativo en fracciones tan pequeñas que apenas hubieran servido de provecho a ninguno (1).

Sin embargo, en vano el arzobispo, secundado por algunos de los principales caballeros, trató de infundir mas conformidad en la multitud. Esta insistió en que se anulase el acta de reparticion y se formara otra sobre bases mas equitativas, amenazando con que si el presidente no les hacia justicia, ellos se la tomarian por sus manos. El descontento, fomentado por algunas personas malévolas que pensaban medrar con él, llegó a punto de convertirse casi en motin, y no se apaciguó hasta que el comandante de la fuerza del Cuzco sentenció a uno de los alborotadores principales a muerte y desterró a otros muchos. Los férreos soldados de la conquista necesitaban una mano de hierro para dirigirlos.

Entre tanto el presidente habia continuado su viaje a Lima, siendo recibido en todas partes por el pueblo con un entusiasmo tanto mas grato a su corazon, cuanto que estaba seguro de haberlo merecido. Al acercarse a la capital los leales habitantes le prepararon una magnífica recepcion. Todo el pueblo salió a su encuentro fuera de puertas precedido de las autoridades, con Aldana, como correjidor, a la cabeza. Gasca iba montado en una mula y vestido con sus hábitos de eclesiástico. A su derecha, y sobre un caballo ricamente enjaezado, iba el sello real en una caja con curiosos engastes y ricos adornos. Los individuos del ayuntamiento sostenian sobre su cabeza un brillante palió de brocado, y ellos iban descubiertos y vestidos de terciopelo carmesí. Alegres cuadrillas de danzantes vestidos con fantásticos trajes de seda de vistosos colores seguian la procesion esparciendo flores y cantando versos en honor del presidente. Cada cuadrilla representaba una de las diferentes ciudades de la colonia, y todos llevaban leyendas o motes en verso en los sombreros, ponderando su lealtad a la corona, y mostrando (en honor de la verdad debe decirse) mucha mas lealtad en su composicion que mérito poético (2). De este modo, sin toque de tambores, ni ruido de artillería, ni aparato alguno guerrero hizo el buen presidente su pacífica entrada en la ciudad de los Reyes, saludado por las aclamaciones del pueblo que le llamaba Padre, Restaurador y Pacificador del país (3).

(1) El presidente halló un medio ingenioso de remunerar a muchos de sus partidarios, que fué casarlos con las viudas de los caballeros ricos que habian muerto en la guerra. En este arreglo político no parece que se consultase la inclinacion de las interesadas. Véase Garcilaso, Com. Real, parte II, libro VI, cap. III.

(2) Fernandez ha recogido estas flores de poesia colonial, que prueban que los conquistadores eran mas diestros en la espada que en la plum. Hist. del Perú, parte I, lib. II, cap. XCIII.

(3) «Fué recibimiento muy solemne con universal alegría del pueblo, por verse libre de tiranos: y toda la gente a voces bendecia al Presidente y le llamaban Padre, Restaurador y Pacificador, dando gracias a Dios por haver vengado las injurias hechas a su Divina Magestad.» Herrera, Hist. general, dec. VIII, lib. IV, cap. XVII.

Mas por grato que le fuese este homenaje, no era Gasca hombre que gastaba el tiempo en inútiles vanidades. Pensó desde luego en los medios de destruir los jérmenes de desórden que con tanta facilidad brotaban en aquel fructífero suelo, y de asentar la autoridad del gobierno sobre una base permanente. En virtud de su empleo presidia la audiencia, que era el gran tribunal judicial y aun ejecutivo de la colonia; dedicóse, pues, con empeño a despachar los muchos negocios que se habian acumulado durante los últimos disturbios. El desarreglo en que se hallaba la propiedad daba abundante motivo para litijios; mas afortunadamente la nueva audiencia se componia de jueces rectos y entendidos que trabajaron con diligencia cooperando con su presidente a remediar el daño causado por el mal gobierno de sus predecesores.

Tampoco abandonó Gasca a los indios, antes bien se ocupó con sumo cuidado en resolver este difícil problema: cual era el medio mejor, mas adecuado y practicable para mejorar su condicion. Envió varios comisionados en clase de visitadores a los diversos puntos del país para inspeccionar las *encomiendas* y averiguar el trato que se daba a los indios, conferenciando no solo con los propietarios sino con los mismos naturales. Debian tambien examinar la naturaleza y estension de los tributos que pagaban en los primitivos tiempos como vasallos de los Incas (4).

De este modo se obtuvo una gran copia de datos, que puso a Gasca en situacion de plantear, con el auxilio de una junta de eclesiásticos y jurisconsultos, un sistema uniforme de contribuciones para los indios mas ligero aun del que pesaba sobre ellos en tiempo de los principes peruanos. De buena gana habria el presidente relevado a las razas conquistadas de las obligaciones del servicio personal; pero considerando el asunto maduramente, juzgó esta medida impracticable en el estado en que se hallaba el país, pues los colonos, especialmente en las rejiones tropicales, tenian necesidad de valerse de los indios para los trabajos, y los indios, segun la esperiencia habia demostrado, no trabajaban nunca como no se les obligase a ello. Limitó sin embargo el servicio de modo que no podia exijirse sin gran precision, y así moderó considerablemente el tributo personal. A ningun peruano se le podia obligar a que pasase de un clima a que estaba acostumbrado a otro diferente, cambios que frecuentemente habian dado origen a grandes perjuicios y enfermedades en los pasados tiempos. De este modo la condicion de los indios, aunque no llegó a ser tal como la deseaba la ardiente filantropía de Las Casas, se mejoró mucho mas de lo que era compatible con las codiciosas exigencias de los colonos; y fué necesario toda la firmeza de la audiencia para llevar a efecto disposiciones tan desagradables para estos últimos. Mas al fin se cumplieron: la esclavitud, en el sentido mas odioso de esta palabra, no fué tolerada ya en

(4) «El presidente Gasca mandó visitar todas las provincias y repartimientos deste reino, nombrando para ello personas de autoridad, y de quien se tenia entendido que tenian conocimiento de las tierras que se les encargavan, que ha de ser la principal calidad que se ha de buscar en la persona a quien se comete semejante negocio despues que sea cristiana: lo segundo se les dió instruccion de lo que havian de averiguar que fueron muchas cosas: el número, las haciendas, los tratos y granjerías, la calidad de la jente y de sus tierras y comarcas y lo que davan de tributo.» Ondegardo, Rel. prim., M. S.

el Perú: la palabra «esclavo» no fué reconocida como compatible con las instituciones, y el historiador de las Indias se jacta orgullosamente de que todos los vasallos indios podían aspirar a la categoría de hombres libres (1).

Además de estas reformas, Gasca introdujo muchas en el gobierno municipal de las ciudades, y otras aun mas importantes, en el manejo de los fondos públicos y en el modo de llevar las cuentas. Con estos y otros cambios en la economía interior de la colonia, asentó la administracion sobre una nueva base, y facilitó en gran manera a sus sucesores el camino para constituir un gobierno mas sólido y ordenado. Como medida final para asegurar el reposo del país despues de su marcha, envió a algunos de los caballeros mas ambiciosos a expediciones distantes, confiando en que allí podrían dar rienda suelta a su espíritu inquieto y turbulento sin perjuicio de la tranquilidad de la colonia así como a veces las nieblas que se han desvanecido con la influencia del sol se condensan y forman tempestad cuando el sol se pone. (2).

Gasca habia permanecido ya mas de quince meses en Lima, y cerca de tres años habian transcurrido desde su entrada en el Perú. En este tiempo habia llevado a cabo el grande objeto de su misión. Al desembarcar halló la colonia en estado de anarquía, o mas bien de rebelion organizada bajo la direccion de un jefe poderoso y popular. Sin fondos ni fuerza armada que le auxiliase, se proporcionó los primeros por el crédito que logró granjearse, y la segunda por medio de persuasivos argumentos dirigidos a las personas a quienes su rival la habia encomendado. Así volvió las armas de su rival contra él mismo. Apelando con paciencia y perseverancia a la razon, cambió los sentimientos del pueblo, y sin derramar una gota de sangre leal, sofocó una rebelion que amenazaba a España con la pérdida de la mas rica de sus provincias. Castigó a los criminales, y con sus despojos halló medio de premiar a los fieles. Fomentó los recursos del país de modo que pudo pagar el grande empréstito que habia negociado con los comerciantes de la colonia para los gastos de la guerra, y que pasaba de novecientos mil pesos de oro (3). Además con su economía ahorró millon y medio de ducados para el gobierno que hacia algunos años no recibía nada del Perú y se propuso llevar a España este aceptable tesoro para aumentar el caudal de las arcas reales (4). Todo esto lo hizo sin coste, comision, salario ni descuento alguno para la corona, salvo el de su fru-

gal mantenimiento (1). El país se hallaba tranquilo; Gasca habia terminado su obra, y podia ya satisfacer el natural deseo de volver a su patria.

Antes de su partida arregló la distribucion de aquellos repartimientos que durante el año anterior habian vuelto a la corona por muerte de sus poseedores. La vida era corta en el Perú, pues los que vivian por la espada, si por ella no morian, eran con frecuencia víctimas de los penosos incidentes de su carrera de aventuras. Muchos fueron los pretendientes para esta nueva bondad del gobierno y entre ellos algunos de los que habian quedado descontentos en la primera reparticion. Gasca se vió asaltado de solicitudes y aun de reconvencciones hechas en lenguaje no muy respetuoso; pero estas no podian turbar su igualdad de ánimo. Escuchaba con paciencia y respondia a todos en el suave y apacible tono mas a propósito para calmar sus pasiones; «en lo cual, dice un antiguo escritor (2) hizo mas que vencer y ganar todo aquel imperio, que fué vencerse a sí propio.»

Un incidente ocurrió la vispera de su partida, patético en sí mismo y honroso para los que en él tuvieron parte. Los caciques indios de las cercanías, agradecidos a los grandes beneficios que habia hecho a su pueblo, le ofrecieron una gran cantidad de plata, como muestra de reconocimiento. Pero Gasca se negó a recibirla, aunque al hacerlo dió un gran sentimiento a los peruanos que temieron haberle desagradado involuntariamente.

Muchos de los principales colonos tambien con el deseo de mostrarle su gratitud, le enviaron, despues de embarcado, un magnífico donativo de cincuenta mil castellanos de oro, diciéndole que habiendo ya salido del Perú no tenia motivo alguno para rehusar el presente. Pero Gasca estaba tan decidido entonces como antes a no aceptarlo, y respondió que habia ido al país para servir al rei y asegurar la paz a los habitantes, y que ya que con el favor del cielo lo habia conseguido, no queria deshonrar su causa con un acto que pudiera dar origen a que se sospechase de la pureza de sus intenciones. No obstante su negativa los colonos consiguieron poner secretamente a bordo del buque en que iba veinte mil castellanos de oro, con la idea de que una vez en España y terminada su misión se desvanecerian sus escrúpulos. Gasca aceptó en efecto el donativo pensando que sería ya un desaire a los colonos rehusarlo; pero luego que supo la residencia de los parientes de estos lo distribuyó entre los mas necesitados (3).

Arreglados ya sus asuntos encomendó el gobierno hasta la llegada de un virei a sus fieles cólegas de la real audiencia; y en enero de 1550 se embarcó con el real tesoro y se dirigió con una escuadra a Panamá. Acompañáronle hasta la playa multitud de habitantes, caballeros y pueblo, personas de todas edades y condiciones que salieron a ver por última vez a su bienhechor y siguieron

(1) «No tuvo ni quiso salario el presidente Gasca sino cédula para que a un mayordomo suyo diesen los oficiales reales lo necesario de la real hacienda, que como parece de los cuadernos de su gasto fué muy moderado.» (M. S. de Caravantes). Gasca parece que fué muy exacto en llevar la cuenta de sus gastos personales desde el tiempo en que se embarcó para la colonia.

(2) Garcilaso, Com. Real, parte II, lib. VI, cap. VII.

(3) Fernandez, Hist. del Perú, parte I, lib. II, cap. XCV.

(1) «El presidente y el audiencia dieron tales órdenes, que este negocio se asentó de manera que para adelante no se platicó mas este nombre de esclavos, si no que la libertad fué jeneral por todo el reino.» Herrera, Hist. jeneral, dec. VIII, lib. V, cap. VII.

(2) M. S. de Caravantes.—Gomara, Hist. de las Ind., cap. CLXXXVII.—Fernandez, Hist. del Perú, parte I, lib. II, cap. XCIII—XCV.—Zárate, Conq. del Perú, lib. VII, cap. X.

(3) «Recojió tanta suma de dinero, que pagó novecientos mil pesos de oro que se halló haver gastado desde el día que entró en Panamá hasta que se acabó la guerra, los cuales tomó prestados.» Herrera, Hist. jeneral, dec. VIII, lib. V, cap. VII.—Zárate, Conq. del Perú, lib. VII, cap. X.

(4) «Aviendo pagado el presidente las costas de la guerra, que fueron muchas, remitió a S. M. y lo llevó consigo 264,422 marcos de plata que a seis ducados valieron 1,586,532 ducados.» M. S. de Caravantes.

con los ojos fijos en el buque hasta que desapareció.

Su viaje fué feliz, y a principios de marzo llegó a Panamá. Allí se detuvo solamente el tiempo necesario para reunir mulas y caballos que pudiesen llevar el tesoro por los montes, pues sabía que aquella parte del país abundaba en jente feroz y codiciosa que sabiendo la riqueza que conducía podría cometer con él algun acto de violencia. Despues cruzó el fragoso istmo, y alcabo de una penosa marcha llegó sin novedad a Nombre de Dios.

Los sucesos justificaron sus temores; porque apenas hacia tres dias que habia salido de Panamá, una horda de bandidos, despues de haber asesinado al obispo de Guatemala, entró en aquel punto con el designio de matar a Gasca y apoderarse del tesoro. No bien supo esta noticia, con su habitual enerjia levantó fuerzas y se preparó a marchar en auxilio de la ciudad invadida. Pero la fortuna, o por mejor decir la Providencia, le favoreció allí como en todas partes; y la vispera de su partida supo que los merodeadores habian sido alcanzados por los habitantes y derrotados con gran pérdida. Disolvió, pues, sus tropas y armó una flota de diez y nueve buques para trasladarse con el tesoro a España, a donde llegó con felicidad, entrando en Sevilla al cabo de poco mas de cuatro años de su salida del mismo puerto (1).

Grande fué la sensacion que causó en todo el país su llegada. Apenas se podia creer que en tan corto plazo se hubieran conseguido resultados tan importantes por un solo hombre, por un pobre eclesiástico, que, sin auxilio del gobierno, y por decirlo así, con su sola fuerza, habia sofocado una rebelion que por tanto tiempo habia desafiado las armas de España.

El emperador se hallaba en Flandes. Mucha satisfaccion le causó la noticia del éxito completo de la mision de Gasca, y no menor la llegada del tesoro que aquel traía consigo, porque las cajas reales, que raras veces rebosaban, se hallaban entonces exhaustas a consecuencia de los recientes disturbios de Alemania. Carlos escribió inmediatamente al presidente mandándole que se presentase en la corte para saber de sus propios labios los resultados de su expedicion. Gasca, en consecuencia, seguido de numeroso séquito de nobles y caballeros (porque ¿quién no rinde homenaje a aquel a quien el rei se complace en honrar?) se embarcó en Barcelona, y despues de un viaje favorable, llegó a Flandes y se presentó en la corte.

El soberano, que apreciaba en todo su valor sus servicios, le recibió del modo mas lisonjero para él, y poco despues le elevó a la silla episcopal de Palencia, recompensa la mas adecuada a su carácter y servicios. Allí permaneció hasta 1561, en que fué promovido a la vacante de Sigüenza. El resto de sus dias lo pasó pacíficamente en el cumplimiento de sus funciones episcopales, honrado por su rei y gozando de la admiracion y respeto de sus compatriotas (2).

En su retiro fué todavía consultado por el go-

(1) M. S. de Caravantes.—Gomara, Hist. de las Ind., cap. CLXXXIII.—Fernandez, Hist. del Perú, parte II, lib. I, cap. X.—Zárate, Conq. del Perú, lib. VII, cap. XIII.—Herrera, Hist. jeneral, dec. VIII, lib. VI, capítulo XVII.

(2) Ibid., ubi supra.—M. S. de Caravantes.—Gomara, Hist. de las Ind., cap. CLXXXII.—Fernandez, Hist. del Perú, parte II, lib. I, cap. X.—Zárate, Con. del Perú, lib. VII, cap. XIII.

bierno en materia de importancia relativas a las Indias. Renovarónse los desórdenes de aquel infeliz país, aunque en escala mucho menor, poco despues de la partida del presidente, causados por el descontento que habian producido los repartimientos y por la constancia de la audiencia en llevar a cabo las restricciones relativas al servicio personal de los indios. Pero estos desórdenes se apaciguaron al cabo de mui pocos años bajo el sábio gobierno de los Mendozas, dos vireyes sucesivos de esta ilustre casa que ha dado tantos hijos útiles a España, y que continuaron la templada, pero resuelta política de que Gasca habia dado el ejemplo. Curarónse luego de un modo permanente las antiguas llagas del país; y la paz y la prosperidad devueitas al Perú, unidas a la conviccion de los beneficios que habian producido sus tareas, debieron llenar de satisfaccion, como llenaron de gloria, los últimos años de la vida del presidente.

Gasca murió en Valladolid, a últimos de noviembre de 1567, en una edad que probablemente no pasaba del término que el escritor sagrado fija a la existencia humana (1). Fué enterrado en la iglesia de Santa Maria Magdalena, que habia hecho construir, y dotado liberalmente. Su monumento coronado por una estatuilla que le representa en hábito sacerdotal, existe todavía en el mismo sitio, donde atrae la admiracion del viajero por la belleza de su ejecución. Sobre la tumba, como trofeos de su memorable expedicion al Perú, se pusieron las banderas que tomó a Gonzalo Pizarro en el campo de Xaquixaguana (2). Las banderas se han convertido en polvo con los restos del que dormia debajo de ellas; pero la memoria durará eternamente (3).

Gasca tenia aspecto vulgar y figura no mui agradable. Era feo y desproporcionado; sus piernas eran demasiado largas para su cuerpo; así cuando montaba a caballo parecia tener una estatura mucho mas corta de la que realmente tenia (4).

(1) No he podido encontrar relacion alguna que diga en qué año nació Gasca; pero en una inscripcion puesta sobre su retrato en la sacristia de la iglesia de la Magdalena en Valladolid se lee que murió en 1567 a la edad de setenta y un años. Esto está perfectamente de acuerdo con la edad que podria tener cuando estudiaba en Salamanca en 1522.

(2) «Murió en Valladolid, donde mandó enterrar su cuerpo en la iglesia de la advocacion de la Magdalena, que hizo edificar en aquella ciudad, donde se pusieron las banderas que ganó a Gonzalo Pizarro.» M. S. de Caravantes.

(3) La memoria de sus hechos no ha quedado enteramente al cuidado del historiador. No hace mucho tiempo que el carácter y administracion de Gasca fueron objeto de un elocuente panegirico, pronunciado por uno de los mas distinguidos individuos del parlamento inglés. (Véase el discurso de lord Brouhgam sobre el mal trato de las colonias norte-americanas, febrero 1838). El ilustrado español moderno que contemple con dolor los excesos cometidos por sus compatriotas en el siglo XVI en el Nuevo Mundo, puede sentir un honrado orgullo al ver que entre hombres de tan ciego espíritu se hallaba uno en quien la jeneracion actual se puede fijar con complacencia como en el modelo mas brillante de la integridad y de la sabiduria.

(4) «Era mui pequeño de cuerpo con estraña hechura, que de la cintura abajo tenia tanto cuerpo como cualquiera hombre alto, y de la cintura al hombro no tenia una tercia. Andando a caballo parecia

Su traje era humilde, sus maneras sencillas y su presencia parecía nada imponente; pero tratado mas de cerca, su conversacion tenia un encanto que borraba toda impresion desfavorable y ganaba el corazon del su auditorio.

Su carácter está ya suficientemente delineado en la historia que hemos dado de su vida. Presentaba una combinacion de cualidades que por lo jeneral se neutralizan mutuamente, pero que en él estaban mezcladas en tal proporcion que aumentaban su energia. Era amable, pero resuelto; intrépido por naturaleza, pero mas aficionado a emplear el arte de la politica que el de la guerra; frugal en sus gastos personales y económico en los públicos; pero poco amigo de adquirir riquezas para sí, y de liberalidad inagotable cuando el bien jeneral lo exijia; benévolo y compasivo, aunque severo con el culpado impenitente; humilde en su aspecto, pero con esa dosis de amor propio que nace de la rectitud de las intenciones; modesto y sin pretensiones, pero incapaz de retroceder ante las mas dificultades; deferente con los demás, sin dejar de coniar principalmente en sí propio; reflexivo en sus movimientos, paciente para aguardar la ocasion, pero cuando esta se presentaba, atrevido, pronto y enérgico.

No era hombre de jenio en el sentido que vulgarmente se da a esta palabra. A lo menos no parece que ninguna de sus facultades intelectuales tuviese un extraordinario desarrollo mayor que el que se encuentra en los demás hombres. No era gran escritor, ni gran orador, ni gran jeneral, ni pretendia serlo. Encomendó el cuidado de los negocios de la guerra a los militares, el de los negocios de la iglesia a los eclesiásticos, y el de los negocios civiles y judiciales a los individuos de la audiencia. Pero tenia un profundo conocimiento de los caracteres, y cualquiera que fuese el empleo, siempre le proveia en el mas apto. Hizo mas: supo asegurarse la fidelidad de sus agentes; presidió a sus deliberaciones, dictó la linea jeneral de politica que debian seguir, e infundió en ellos un espíritu de unidad en sus planes que les hizo cooperar al cumplimiento del gran objeto que se habia propuesto.

Una de las cualidades mas notables en su carácter era la sensatez, que es la que mejor puede suplir al jenio, siendo al mismo tiempo mas indispensable que el jenio mismo en un hombre que tiene en sus manos la suerte de sus semejantes. En Gasca las diversas cualidades estaban combinadas con tal armonia que no habia lugar para el exceso. Al paso que su humanidad le decia cuáles eran las necesidades de sus semejantes, la razon le enseñaba hasta qué punto podian satisfacerse y el medio mejor de efectuarlo, no gastaba su fuerza en planes ilusorios de filantropía como Las Casas, pero tampoco tenia en cuenta la politica egoista de los colonos. Aspiraba al mayor bien pero al mayor bien practicable.

Para conseguir su objeto rechazó igualmente los medios violentos y el fraude. Confió en la fuerza de la persuasion, y el origen de su poder fué la confianza que llegó a inspirar su integridad. Entre las calumnias que hacen circular los partidos, ninguna imputacion se dirigió a la integridad

aun mas pequeño de lo que era, porque todo era piernas: de rostro era muy feo; pero lo que la naturaleza le negó de los dotes del cuerpo se lo dobló en las del ánimo.» Garcilaso, Com. Real, parte II, lib. V, cap. II.

dad de Gasca (1). No es maravilla que virtud tan rara fuese tan estimada en el Perú.

Hai hombres cuyo carácter es tan a propósito para las crisis particulares en que se presentan, que parecen especialmente designados por la Providencia para dominarlas. Tales fueron Washington en los Estados-Unidos y Gasca en el Perú. Podemos concebir que haya hombres de cualidades mas altas a lo menos en la parte intelectual. Pero la maravillosa conformidad de su carácter con las exigencias de su situacion; la perfecta habilidad con que supieron elejir los medios mas conducentes para conseguir el fin que se proponian, son las que constituyen el secreto de sus triunfos. Ellas hicieron a Gasca sofocar gloriosamente la revolucion, y a Washington, aun mas gloriosamente llevarla a cabo.

La conducta de Gasca, cuando llegó a las colonias, dá la idea mas exacta de su carácter. Si hubiese llegado con aparato militar u ostentando autoridad, todos los corazones y todas las manos se le habrian cerrado. Pero el humilde eclesiástico no escitó temores, y sus enemigos quedaron ya desarmados antes de que hubiera empezado a marchar contra ellos. Si Gasca, impaciente con la obstinacion de Hinojosa, hubiera dado oidos a las sugestiones de los que le aconsejaban su captura, habria puesto su causa en peligro por esta prematura ostentacion de violencia; pero prefirió sabiamente ganarse el apoyo de su enemigo por medio de la persuasion.

De la misma manera supo aguardar la ocasion oportuna para hacer su entrada en el Perú. Esperó a que sus comunicaciones hubiesen producido efecto en el ánimo del pueblo, y cuidó de no introducir la hoz en el campo hasta que el grano estuviese maduro. De este modo adonde quiera que fué halló todo preparado para su llegada, y cuando puso el pié en el Perú, el pais era ya suyo.

Ocupados hasta ahora con caracteres de hombres ignorantes y turbulentos, es satisfactorio insistir en la pintura de uno como el de Gasca. En la larga procesion que ha pasado ante nuestros ojos, solo hemos visto al caballero forrado de hierro, blandiendo su sangrienta lanza, montado en su caballo de batalla y destrozando indios o combatiendo contra sus amigos y hermanos; fiero, arrogante, cruel, escitado por la sed del oro, o por el deseo, poco mas honroso, de una bastarda gloria. Mezcladas con estas cualidades hemos visto tambien centellas de aquel carácter caballeresco y romántico de los siglos heróicos de España; pero con algunas escepciones honrosas, era la escoria de los caballeros españoles la que pasó al Perú a servir bajo la bandera de los Pizarros. Al fin de esta larga fila de acerados guerreros vemos a un pobre y humilde misionero llegando al pais para desempeñar una mision de misericordia y proclamando la paz en todas partes. No anuncia su llegada la trompa guerrera, ni los lamentos de los heridos y moribundos marcan sus huellas. Los medios que emplea están en perfecta armonia con el fin a que aspira: sus armas son los argumentos y la suave persuasion; es la razon a la que quiere vencer, no al cuerpo: adelanta en su camino por

(1) «Fué tan recatado y estremado en esta virtud, que puesto que de muchos quedó malquisto cuando del Perú se partió para España por el repartimiento que hizo; con todo eso jamas nadie dijo del ni sospechó que en esto ni en otra cosa se viese movido por codicia.» Fernandez, Hist. del Perú, part I, lib. II, cap. XCV.

medio de la convicción, no por la violencia; es una victoria moral la que quiere, mas poderosa, y por fortuna mas sólida que la que consigue el sangriento conquistador; y al alcanzar tranquila e imperceptiblemente, digámoslo así, estos grandes resultados, nos recuerda la manera pausada e insensible con que la naturaleza efectúa sus grandes cambios en el mundo material, cambios que subsisten cuando la furia del huracán ha pasado y se han olvidado ya sus estragos.

Con la misión de Gasca termina la historia de la Conquista del Perú. La conquista en realidad finaliza cuando sofocada la insurrección peruana, la fuerza, sino el espíritu de la raza india, queda aniquilada para siempre. Pero el lector debía tener una curiosidad natural de seguir hasta el fin la suerte de la notable familia que conquistó el país. Ni la historia de la invasión sería completa, sin una noticia de las guerras civiles a que dió origen; la cual sirve además de comentario moral a los acontecimientos precedentes, mostrando que tarde o temprano, y aun en esta vida las consecuencias de la satisfacción de pasiones fieras y desenfrenadas vienen a caer sobre la cabeza del criminal.

Verdad es que a la partida de Gasca se renovaron los desórdenes del país. Las aguas habían estado demasiado agitadas para sosegarse de repente; pero fueron gradualmente calmándose bajo la templada administración de sus sucesores, que supieron como cuerdos aprovecharse de su política y ejemplo. Así la influencia del digno presidente duró aun después de haberse él retirado de la escena de sus tareas, y el Perú, hasta entonces tan alterado, continuó gozando del mismo reposo que gozaban las demás provincias del imperio colonial de España. Con la misión de Gasca, pues, el historiador de la conquista se permite dar por terminada su obra, como el viajero que, habiendo recorrido largo tiempo horribles bosques y peligrosos desfiladeros, sale al fin a una hermosa llanura que presenta el risueño aspecto de la tranquilidad y de la paz.

Agustín de Zárate, autoridad respetable y muchas veces citada en la última parte de esta obra, era contador de Mercedes en Castilla. Ocupó este empleo por espacio de quince años, al cabo de los cuales fué enviado al Perú para examinar el estado de la hacienda colonial, desorganizada a consecuencia de los recientes disturbios, e introducir en ella el orden posible.

Zárate salió, pues, con el séquito del virei Blasco Nuñez y por las pasiones imprudentes de este se encontró muy luego encerrado en el laberinto de las discordias civiles. En la guerra que siguió a la llegada del virei permaneció con la audiencia, y al acercarse Gonzalo Pizarro a Lima, le encontramos en aquella capital de donde salió comisionado por los jueces para intimar al jefe insurgente que disolviese sus tropas y volviese a sus Estados. El historiador ejecutó esta comisión, que parece no le agradó mucho y que no dejaba de ser arriesgada. Desde entonces raras veces hallamos su nombre entre los actores de las agitadas escenas que siguieron. Probablemente no tomó mas parte en los sucesos que las que indispensablemente exigen sus circunstancias; pero sus observaciones desfavorables a Gonzalo Pizarro, indican que aunque desaprobó la conducta del virei, estuvo muy lejos de aprobar la criminal ambición de su rival. Los tiempos eran ciertamente poco propicios para la ejecución de las reformas que Zárate había llevado encargo de plantear en el Perú; pero mostró

tanto celo por los intereses de la corona, que el emperador a su vuelta le dió una prueba de su satisfacción nombrándole superintendente de la hacienda en Flandes.

Poco después de su llegada al Perú parece que fué cuando concibió la idea de informar a sus compatriotas de los extraordinarios sucesos que pasaban en la colonia, sucesos que además presentaban notables pasajes al estudio del historiador. Aunque recojió notas y diarios, según nos dice para este fin, no se atrevió a aprovecharse de ellos hasta su vuelta a Castilla; porque «haber empezado dice, la historia en el Perú, habría sido lo bastante para poner mi vida en peligro; porque cierto capitán llamado Francisco de Carbajal amenazaba que se vengaría del que fuese bastante temerario para intentar la relación de sus hazañas, las cuales mas que recordarse y escribirse merecían condenarse a eterno olvido.» En este capitán el lector reconocerá fácilmente al veterano maestro de campo de Gonzalo.

A su vuelta a España, Zárate se ocupó en componer su obra. Primero pensó limitarse a referir los acontecimientos que siguieron a la llegada de Blasco Nuñez, pero pronto conoció que para que estos fuesen inteligibles tenía que remontarse hasta su origen. Estendió por tanto mas su plan y empezando por el descubrimiento del Perú, presentó un cuadro completo de la conquista y subsiguiente ocupación del país, y terminó su narración con la misión de Gasca. Para la primera parte de su historia se refirió a las relaciones de los que figuraron mas principalmente en los sucesos, siendo mas breve al contar estos que al referir aquellos de que fué a un tiempo actor y espectador, y en los cuales, consideradas las ventajas de su posición para adquirir informes, su testimonio es del mayor valor.

Alcedo en su *Biblioteca Americana* dice que «la obra de Zárate contiene mucho bueno, pero que no merece el dictado de exacta.» Escribió en efecto bajo la influencia del espíritu de partido que necesariamente separa un tanto a los mejores ánimos de sus naturales inclinaciones; y esto debemos tenerlo en cuenta al leer su narración. Pero no aparece en ella intención alguna de desfigurar la verdad por favorecer su causa, y la proporción que tenía para beber en las mejores fuentes hace que se encuentren en su obra pormenores que no pudieron adquirir otros cronistas. Hállase además su relación sazónada con reflexiones y comentarios regulares que ilustran algunos pasajes oscuros de aquel periodo fecundo en acontecimientos. Sin embargo, por su estilo no puede aspirar demasiado al lauro de la elegancia y de la corrección; al paso que sus sentencias llegan a tener a veces aquella extensión fastidiosa e interminable que distingue las gárrulas composiciones de los cronistas medianos de los siglos antiguos.

Las personalidades en que necesariamente había de incurrir en semejante obra, hicieron desistir al autor de su publicación, a lo menos durante su vida. «El celoso caballero castellano, dice, mira con indignación la censura por mas leve que sea y aun la alabanza raras veces le parece bastante para lo que él merece.» Así manifiesta estar convencido de que obran sabiamente aquellos que conservan en manuscrito las historias de su tiempo hasta que haya pasado la jeneración cuya susceptibilidad puede afectarse con ellas. Su manuscrito, sin embargo, fué presentado al emperador y fué tan recomendado por el soberano, que Zárate cobrando ánimo consintió en darlo a la prensa. Apareció,

pues, en Amberes en 1555, en octavo, y en 1577 se hizo en Sevilla una segunda edicion en folio. Despues ha sido incorporado en la preciosa coleccion de Barcia, y cualquiera que fuese la indignacion o desagrado que escitase entre sus contemporáneos, ya porque se viesen censurados, ya porque no hallasen en sus pájinas los elojios que creyeran merecer, es lo cierto que la obra de Zárate ocupa un lugar permanente entre las mas respetables autoridades para la historia de aquel tiempo.

El nombre de Zárate naturalmente recuerda el de Fernandez, porque ambos trabajaron en el mismo campo histórico. Diego Fernandez de Palencia, o el *palentino* segun comunmente se le llamaba, pasó al Perú y sirvió como particular en el ejército real levantado para reprimir la insurreccion que estalló despues de la vuelta de Gasca a Castilla. Entre sus ocupaciones militares halló tiempo para recoger materiales para la historia de aquel período, para cuya composicion fué instado además por el virei Mendoza, marqués de Cañete, que segun el mismo autor nos dice, le nombró cronista del Perú. Esta muestra de confianza en su capacidad literaria, prueba mayores dotes en Fernandez de las que se infieren de la humilde posicion que ocupaba. Con el fruto de sus investigaciones el soldado cronista volvió a España, y al cabo de cierto tiempo completó su historia de la insurreccion de Giron.

El presidente del consejo de Indias vió el manuscrito y quedó tan complacido con su lectura, que escitó al autor a que escribiese de la misma manera la historia de la rebelion de Gonzalo Pizarro y de la administracion de Gasca. El historiador fué además estimulado, segun dice en su dedicatoria a Felipe II, por la promesa de una recompensa de parte de este monarca cuando terminase sus trabajos; promesa mui conveniente y politica, pero que inevitablemente sujere la idea de una influencia no enteramente favorable a la severa imparcialidad histórica. Esta idea no está en efecto en desacuerdo con la verdad; porque al paso que la narracion de Fernandez presenta con estudio la causa del rei bajo el aspecto mas favorable, hace mui escasa justicia al opuesto bando. No era posible ciertamente que un escritor pensionado por la corona disculpase la rebelion; pero

hai siempre circunstancias atenuantes que, aunque condenemos el crimen, pueden servir para mitigar nuestra indignacion contra los criminales; y estas circunstancias no se encuentran en las pájinas de Fernandez. Es desgracia para el historiador de tales sucesos, que sea tan difícil encontrar un escritor dispuesto a hacer justicia al rebelde vencido. El Inca Garcilaso, sin embargo, no se ha desdennado de hacerla en el caso de Gonzalo Pizarro; y aun Gomara aunque vivia a la sombra, o mas bien al sol de la córte, ha aventurado algunas veces una protesta jenerosa en su favor.

La comision dada a Fernandez le puso en disposicion de adquirir los mejores datos, a lo menos por la parte tocante al gobierno, pues además de la comunicacion personal que tuvo con los jefes realistas, pudo leer su correspondencia, diarios y comunicaciones oficiales. Aprovechase bien de esta oportunidad, y su narracion, tomando la historia de la rebelion desde su orijen, continúa hasta su estincion final y hasta el término de la administracion de Gasca. Asi la primera parte de su obra vino a terminar en el principio de la segunda, y el todo presentaba un cuadro completo de los disturbios del pais hasta que se introdujo un nuevo orden de cosas restableciéndose de un modo permanente la tranquilidad.

La dición es bastante llana sin aspirar a bellezas retóricas fuera del alcance del autor, ni guardar el carácter sencillo de crónica. Las sentencias están arregladas con mas arte que en la mayor parte de las pesadas composiciones de aquel tiempo; y aunque no se advierten pretensiones de erudicion ni de filosofia, la corriente de los sucesos sigue su curso de una manera ordenada, bastante prolija, es cierto, pero dejando una impresion clara e intelijible en el ánimo del lector. Ninguna historia de aquella época puede compararse con esta en la abundancia de pormenores; y a ella han acudido historiadores mas modernos como fuente inagotable para llenar sus pájinas, circunstancia que por si sola es bastante testimonio de la jeneral fidelidad y de la copia de detalles de la narracion. La crónica de Fernandez, asi arreglada en dos partes bajo el titulo de *Historia del Perú*, fué dada a luz en vida del autor en Sevilla en 1571, en un tomo en folio que era el tamaño del manuscrito.

FIN DEL TOMO II.

que en Amberes en 1555, en octavo, y en 1577 se hizo en Sevilla una segunda edición en folio. Después de esto se incorporó en la preciosa colección de Baxia, y finalmente que fue la indicación o descripción que escribió sobre sus contemporáneos, y porque se vieron concurridos, ya porque no ha- bían en las páginas los títulos que correspondían. El nombre de Xarite, naturalmente, se refiere a el de Fernando, porque ambos trataban en el mismo campo histórico. Dice Fernando de la le- genda, o el pasaje, según fuere conveniente, en la vida, y al fin como particular, en el oficio real levantado para reportar la naci- miento que existió después de la vuelta de Gasca- y Castilla. Entre sus ocupaciones militares pasó tiempo para recoger materiales para la historia de aquel período, para cuya composición fue in- lado además por el Sr. Melchor, aunque no se sabe que según el mismo autor que dice lo mismo consta del Sr. Este muestra de con- fianza en su capacidad literaria, y en la mayor de la de Fernando de las que se infiere de su similitud posición que ocupaba. Con el fin de sus investigaciones el soldado escribió varias pa- ginas, y al cabo de cierto tiempo concluyó en la- los de la narración de Giron.

El presidente del consejo de Indias vio el ma- nuscrito y quedó tan complacido con su lectu- ra, que escribió al autor a dar crédito de la misma manera la historia de la rebelión de Girona. El Sr. Xarite y de la administración de Gasca. El Sr. Xarite fue además celebrado, según dice, en su dedicación a Felipe II, por el promesa de una re- compensa de parte de las monedas cuando fue- ramos sus trabajos; promesa, muy conveniente y política, pero que inevitablemente sufrió la falta de una influencia no convenientemente favorable a la severa imparcialidad histórica. Esta falta no está en el texto de Xarite, con la verdad, porque si- no que en la narración de Fernando, que se sabe- ramos en la época del Sr. Xarite, que el Sr. Xarite, hace muy buena justicia al punto hecho. No era posible ciertamente que un escritor per- sonado por la corona desobedeciese la verdad; pero

ha siempre circunstancias atenuantes que, aunque condonamos el crimen, pueden servir para miti- gar nuestra indignación contra los culpables; y estas circunstancias no se encuentran en las pa- ginas de Fernando. Es desgracia para el historiador de tales sucesos, que sea tan difícil encontrar un escritor dispuesto a hacer justicia al culpable. El Sr. Xarite, sin embargo, no se ha des- deñado de hacerlo en el caso de Gasca y Pizarro, y aun cuando aunque vive a la sombra de una vida al sol de la corte, ha escrito algunas ve- ces una protesta honrosa en su favor.

La comisión dada a Fernando para su dispo- sición de adquirir los mejores datos a lo mismo por la parte local al gobierno, para además de la comunicación personal que tuvo con los jo- rnales, pudo ser un correspondiente, diario y comunicaciones oficiales. Aprovechó bien de esta oportunidad, y se extrajo, cuando la his- toria de la rebelión desde su origen, continúa has- ta su extinción local y hasta el término de la admi- nistración de Gasca. En la primera parte de su obra, uno a terminar en el período de la guerra, y el otro presentaba un cuadro completo de los de- talles del país, hasta que se introdujo un nuevo orden de cosas, estableciendo de un modo per- manente la tranquilidad.

La dicción es bastante clara, sin aspirar a belle- zas retóricas para el honor del autor, ni para- farisar el carácter sencillo de Xarite. Las senten- cias están arregladas con una brevedad que en la mayor parte de las páginas correspondientes de aquel tiem- po; y aunque no se advierten precisiones de un diccion de de Boscá, la coherencia de los párrafos sigue en caso de una manera ordenada bastante precisa, es claro, pero dejando una impresión de ser a propósito, es el punto del autor. El Sr. Xarite, en aquella época, había compuesto una historia de la fundación de Girona, y a ella han ocurrido historiadores más modernos como la parte importante para formar sus páginas, cir- cunstancias que por sí sola es bastante testimonio de su imparcialidad y de la copia de detalles de la na- rración. La tónica de Fernando, así arreglada en dos partes bajo el título de Historia de Girona, se da a luz en vida del autor en Sevilla en 1577, en un tomo en folio que era el tamaño del manuscrito.

FIV DEL TOMO II

El Sr. Xarite, en aquella época, había compuesto una historia de la fundación de Girona, y a ella han ocurrido historiadores más modernos como la parte importante para formar sus páginas, cir- cunstancias que por sí sola es bastante testimonio de su imparcialidad y de la copia de detalles de la na- rración. La tónica de Fernando, así arreglada en dos partes bajo el título de Historia de Girona, se da a luz en vida del autor en Sevilla en 1577, en un tomo en folio que era el tamaño del manuscrito.

El Sr. Xarite, en aquella época, había compuesto una historia de la fundación de Girona, y a ella han ocurrido historiadores más modernos como la parte importante para formar sus páginas, cir- cunstancias que por sí sola es bastante testimonio de su imparcialidad y de la copia de detalles de la na- rración. La tónica de Fernando, así arreglada en dos partes bajo el título de Historia de Girona, se da a luz en vida del autor en Sevilla en 1577, en un tomo en folio que era el tamaño del manuscrito.

en ella se ve... la obediencia como en las de... más y por que lo hacen con voluntad, empujados a los señores naturales, y con esto y con otras buenas maneras... en las partes mandaban y otras cosas sin fuerza, en las partes mandaban y otras cosas sin fuerza, en las partes mandaban y otras cosas sin fuerza...

A P E N D I C E S .

NUM. I. VÉASE EL TOMO I, PAJ. 8.
Descripcion de los viajes de los Incas: extractada de la relacion de Sarmiento, M. S.

(El manuscrito que ha sido copiado de la coleccion de Lord Kingsborough, se halla en la biblioteca del Escorial).

Quando en tiempo de paz salian los Incas a visitar su reino, cuentan que iban por él con grand majestad, sentados en ricas andas armadas sobre unos palos lisos largos, de madera escelente, engastados en oro y arjenteria; y de las andas salian dos arcos altos hechos de oro, engastados en piedras preciosas. Caian unas mantas algo largas por todas las andas, de tal manera que las cubrian todas; y sino era queriendo el que iba dentro, no podia ser visto, ni alzaban las mantas sino era cuando entraba y salia, tanta era su estimacion; y para que le entrase aire y él pudiese ver el camino, havia en las mantas hechos algunos agujeros hechos por todas partes. En estas andas habia riqueza, y en algunas estaba esculpido el sol y la luna, y en otras unas culebras grandes ondados y unos como bastones que las atravesaban. Esto trahian por encima por armas, y estas andas las llevaban en ombros de los señores, los mayores y mas principales del reino, y aquel que mas con ellas andaba, aquel se tenia por mas onrado y por mas favorecido. En rededor de las andas, a la ía, iba la guardia del rei con los arqueros y alabarderos, y delante iban cinco mil honderos, y detrás venian otros tantos lanceros con sus capitanes, y por los lados del camino y por el mesmo camino iban corredores fides, descubriendo lo que habia, y avisando la ida del Señor, y acudia tanta jente por lo ver, que parecia que todos los cerros y laderas estaba lleno de ella, y todos le davan las vendiciones, alzando alaridos, y grita grande a su usanza, llamándole, *Ancha atunapo indichiri campa capalla apatuco pacha camba balla Yulley!* que en nuestra lengua dirá: «Muy grande y poderoso Señor; hijo del Sol, tu solo eres Señor! todo el mundo te oya en verdad!» Y sin esto le decian otras cosas mas altas, tanto que poco faltaba para le adorar por Dios. Todo el camino iban indios limpiándolo, de tal manera que ni yerba ni piedra no parecia, sino todo limpio y barrido. Andaba cada dia cuatro leguas, o lo que él queria. Paraba lo

que era servido, para entender el estado de su reino; oia alegremente a los que con quejas le venian, remediando y castigando a quien hacia injusticias. Los que con ellos iban no se desmandaban a nada ni salian un paso del camino. Los naturales proveian a lo necesario, sin lo cual lo havia tan cumplido en los depósitos que sobraba; y ninguna cosa faltaba. Por donde iba salian muchos hombres y mujeres y muchachos a servir personalmente en lo que les era mandado, y para llevar las cargas: los de un pueblo las llevaban hasta otro, de donde los unos las tomaban y los otros las dejaban; y como era un dia y cuando mucho dos, no lo sentian, ni de ello recibian agravo ninguno. Pues yendo el Señor de esta manera, caminaba por su tierra el tiempo que le placia, viendo por sus ojos lo que pasaba, y proveyendo lo que entendia que convenia, que todo era cosas grandes e importantes; lo cual hecho, daba la buelta al Cuzco, principal ciudad de todo su imperio.

NUM. II. VÉASE EL TOMO I, PAJ. 17.
Noticia del gran camino construido por los Incas en la llanura de Quito al Cuzco: extractada de la relacion de Sarmiento, M. S.

Una de las cosas de que yo mas me admiré, contemplando y notando las cosas de estos reinos, fue pensar cómo y de qué manera se pudieron hacer caminos tan grandes y sovervios como por él vemos y que fuerzas de hombres bastaran a lo hacer, y con que herramientas y instrumentos pudieron allanar los montes y quebrantar las peñas para hacerlos tan anchos y buenos como están; porque me parece que si el Emperador quisiese mandar hacer otro camino real como el que bá del Quito al Cuzco, o salé del Cuzco para ir a Chile, ciertamente creo, con todo su poder, para ello no fuese poderoso, ni fuerzas de hombres lo pudiesen hacer, sino fuese con la orden tan grande que para ello los Incas mandaron que hubiese: porque si fuera camino de cinquenta leguas, o de ciento o de doscientas, es de creer que aunque la tierra fuera mas áspera, no se tubiera en mucho con buena diligencia hacerlo; mas estos eran tan largos que havia alguno que tenia mas de mil y cien leguas, todo hecho por sierras tan grandes y espantosas que por algunas partes, mirando abajo se quitaba la vista, y algunas de estas sierras derechas y

llenas de piedras, tanto que era menester cavar por las laderas en piedra viva para hacer el camino ancho y llano, todo lo cual hacian con fuego y con sus picos; por otros lugares habia subidas tan altas y ásperas, que haciendo entre medio de ellos algunos descansos anchos para el reposo de la jente, en otros lugares habia montones de nieve que eran mas de tener, y estos no en un lugar sino en muchas partes, y no así como quiera sino que no bá ponderado ni encarecido como ello és, ni como lo vemos, y por estas nieves, y por donde habia montañas de árboles y cespedes lo hacian llano y empedrado si menester fuese. Los que leyeren este libro y hubieren estado en el Perú, miren el camino que bá desde Lima a Xauxa por las sierras tan ásperas de Guayacoire y por las montañas nevadas de Pavacaca, y entenderán los que a ellos lo oyeren si es mas lo que ellos vieron que no lo que yo escribo.

ve. de otros lo tejidos etc. obispo. en sup
-37 el NCM. III. -- VEASE EL TOMO I, PAG. 20.

Política que observaban los incas en sus conquistas: noticia tomada de la relacion de Sarmiento, M. 8.

Una de las cosas que mas se tiene embidia a estos Señores, és entender quan bien supieron conquistar tan grandes tierras y ponerlas con su prudencia en tanta razon como los españoles las hallaron quando por ellos fué descubierto este reino, y de que esto sea así muchas vezes me acuerdo yo estando en alguna provincia indómita fuera de estos reynos oír luego a los mismos Españoles yo aseguro que si los Ingas anduvieran por aquí que otra cosa fuera esto, es decir no conquistarán los Ingas como lo otro que supieran servir y tributar, por manera que quanto a esto, conocida está la ventaja que nos hacen pues con su órden, las jentes vivían con ella y crecían en multiplicacion y de las provincias estériles hacian fértiles y abundantes, en tanta manera y por tan galana órden como se dirá, siempre procuraron de hacer por bien las cosas y no por mal en el comienzo de los negocios, despues algunos Ingas hicieron grandes castigos en muchas partes, pero antes todos afirman que fué grande con la benevolencia y amicitia que procuraban el atraer a su servicio estas jentes. Ellos salían del Cuzco con su jente y aparato de guerra y caminaban con grande concierto hasta cerca de donde havian de ir y querían conquistar, donde muy bastantemente se informaban del poder que tenían los enemigos, y de las ayudas que podrian tener, y de qué parte les podrian venir favores y por qué camino; y esto entendido por ellos, procuraban por las vías a ellos posibles estorvar que no fuesen socorridos ora con dones grandes que hacían, ora con resistencias que ponían, entendiendo, sin esto de mandar hacer sus fuertes, los quales eran en cerro o ladera hechos en ellos ciertas cercas altas y largas, con su puerta cada una, porque perdida la una pudiesen pasarse a la otra, y de la otra hasta lo mas alto; y embiaban esanchas de los confederados para marcar la tierra y ver los caminos y conocer del arte que estaban aguardando y por donde havía mas mantenimiento, sabiendo por el camino que havian de llevar y la órden con que havian de ir, embiabaes mensajeros propios, con los quales les embiaba a decir, que él los quería tener por parientes y aliados, por tanto que con buen ánimo y corazón alegre se saliesen a lo recibir y recibirlo en su provincia, para que

en ella le sea dada la obediencia como en las demás, y por que lo hagan con voluntad, embiaba presentes a los señores naturales, y con esto y con otras buenas maneras que tenia entraron en muchas tierras sin guerra, en las quales mandaban a la jente de guerra que con él iba que no hiciesen daño ni injuria ninguna ni robo ni fuerza. Y si en tal provincia no havía mantenimiento, mandaba que de otra parte se proveyese, porque a los nuebamente venidos a su servicio no les pareciese desde luego pesado su mando y conocimiento, y el conocerle y aborrecerle fuese en un tiempo, y si en alguna de estas provincias no havía ganado, mandaba luego que les diese por cuenta tantas mil cabezas, lo cual mandaban que mirasen mucho y con ello multiplicasen para proberse de lana para sus ropas, y que no fuesen osados de comer ni matar ninguna cria por los años y tiempos que les señalaba; y si havía ganado y tenían de otra cosa falta, era lo mismo; y si estaban en collados y arenales, bien les hacía entender con buenas palabras que hiciesen pueblos y casas en lo mas llano de las sierras y laderas; y como muchos no eran diestros en cultivar las tierras, abecavanles como lo habian de hacer, imponiéndoles en que supiesen, sacar acequias y regar con ellas los campos: en todo los havían de proveer tan concertadamente, que cuando entraba por amistad alguno de los Ingas en provincias de estas, en brebe tiempo quedaba tal que parecia otra, y los naturales le daban la obediencia, consiéndole que sus delegados quedasen en ellos, y lo mismo los mitimaes; en otras muchas que entraron de guerra y por fuerza de armas, mandábase que en los mantenimientos y casa de los enemigos se hiciese poco daño, diciéndoles el Señor, «Presto serán estos nuestros como los que ya lo son.» Como esto tenían conocido, procuraban que la guerra fuese la mas liviana que ser pudiese, no embargante que en muchos lugares se dieron grandes batallas, porque todavia los naturales de ellos querían conservarse en la libertad antigua sin perder sus costumbres y relijion por tomar otras extrañas; mas durando la guerra siempre havían los Ingas lo mejor, y vencidos no los destruían de nuevo, antes mandaban restituir los presos si algunos havía y el despojo y ponerlos en posesion de sus haciendas y señorío, amonestándoles que no quieran ser locos en tener contra su persona real competencias ni dejar su amistad, antes querían ser sus amigos como lo son los comarcanos suyos; y diciéndoles esto, dabanles algunas mujeres hermosas y presas ricas de lana o de metal de oro. Con estas dádivas y buenas palabras habia las voluntades de todos de tal manera que sin niugun temor los huídos a los montes se volvían a sus casas, y todos dejaban las armas, y el que mas veces veía al lugar se tenia por mas bien aventurado y dichoso. Los señorios nunca los tiraban a los naturales, a todos mandaban unos y otros que por Dios adorasen el sol; sus demas relijiones y costumbres no se las prohibían, pero mandábanles que se gobernarán por las leyes y costumbres que se gobernaban en el Cuzco, y que todos hablasen en la lengua jeneral, y puesto gobernador por el Señor con guarniciones de jente de guerra, parten para lo de adelante. Y si estas provincias eran grandes luego se entendía en edificar un templo del sol, y colocar las mujeres que ponían en los demas, y hacer palacio para los Señores, y cobraban por los tributos que habian de pagar sin llevarles nada demasiado ni agraviarles en cosa ninguna, encaminándoles en su policio y en que supiesen ha-

cer edificios y traer ropas largas y vivir con-
 certadamente en sus pueblos; a los cuales si algo
 les faltaba de que tuviesen necesidad, eran pro-
 veidos y enseñados como lo habian de sembrar
 y beneficiar. De tal manera se hacia esto que sa-
 bemos en muchos lugares que no habia maiz,
 Jenello despues sobrado, y en todo lo demas an-
 daban como salvajes mal vestidos y descalzos, y
 desde que conocieron a estos Señores usaron de
 camisetas lares y mantas y las mujeres lo mismo
 y de otras buenas cosas, tanto que para siempre
 habrá memoria de todo. Y en el collas y en otras
 partes mandó pasar mitimaes a la sierra de los An-
 des para que sembrasen maiz y coca y otras fru-
 tas y raizes de todos los pueblos la cantidad con-
 veniente, los cuales con sus mujeres vivian siem-
 pre en aquella parte, donde sembraban y cojian
 tanto de lo que digo que se sentia poco la falta
 por traer mucho de estas partes y no haber pue-
 blo ninguno por pequeño que fuese que no tu-
 biese de estos mitimaes. Adelante trataremos
 cuantas suertes habia de estos mitimaes, y ha-
 cian los unos y entendian los otros.

NUM. IV. -- VEASE EL TOMO I, PAJ. 43.

Estracto del testamento y última voluntad de Mancio Sierra Le-
 jesema, M. S.

(El siguiente es el preámbulo del testamento de un soldado de la conquista llamado Lejesema. Es una especie de confesion para descargar la conciencia del escritor, que pensaba espiar sus pecados con este sincero aunque tardio tributo al merito de los vencidos. Como la obra en que está es mui rara, he estractado todo el preámbulo).

Verdadera confesion y protestacion en articulo de muerte hecha por uno de los primeros espa-
 ñoles conquistadores del Perú, nombrado Mancio Sierra Lejesema, con su testamento otorgado en la ciudad del Cuzco, el dia 15 de setiembre de 1589, ante Gerónimo Sanchez de Quesada, escribano público: la cual la trae el P. Fr. Antonio Calacha, del orden de hermitaños de San Agustín, en la crónica de su relijion en el lib. I, cap. XV, folio 98, y es del tenor siguiente:

«Primeramente antes de empezar dicho mi testamento, declaro que ha muchos que yo he deseado tener orden de advertir a la Católica Majestad del rei don Felipe, nuestro Señor, viendo cuan Católico y Cristianísimo es, y con celo del servicio de Dios nuestro Señor, por lo que toca al descargo de mi ánima, a causa de haber sido yo mucho parte en descubrimiento, conquista y poblacion de estos reinos, cuando los quitamos a los que eran Señores Ingas y los poseian, y rejian como suyos propios, y los pusimos debajo de la corona real, corona, que entienda Su Majestad Católica, que los dichos Ingas los tenían gobernados de tal manera, que en todos ellos no habia un ladron ni hombre vicioso, ni hombre holgazan, ni una mujer adúltera ni mala; ni se permitia entre ellos ni jente de mal vivir en lo moral; que los hombres tenían sus ocupaciones honestas y provechosas; y que los montes y minas, pastos, caza y madera, y todo género de aprovechamientos, estaba gobernado y repartido de suerte que cada uno conocia y tenia su hacienda sin que otro alguno se la ocupase o tomase, ni sobre ello habian pleitos; y que las cosas

de guerra, aunque eran muchas, no impedian a las del comercio, ni estas a las cosas de la labranza o cultivar de las tierras, ni otra cosa alguna; y que en todo, desde lo mayor hasta lo mas menudo, tenia su orden y concierto con mucho acierto; y que los Ingas eran tenidos y obedecidos y respetados de sus súbditos como jente mui capaz y de mucho gobierno, y que lo mismo eran sus gobernadores y capitanes; y que como en estos llamamos la fuerza y el mando y la resistencia para poderlos sujetar e oprimir al servicio de Dios nuestro Señor, y quitarles su tierra, y ponerla debajo de la real corona, fué necesario quitarles totalmente y mando y los bienes como se los quitamos a fuerza de armas; y que mediante haberlo permitido Dios nuestro Señor nos fué posible sujetar este reino de tanta multitud de jente y riqueza y de Señores los hicimos siervos tan sujetos como se vé: y que entienda Su Majestad que el intento que me mueve a hacer esta relacion es por descargo de mi conciencia, y por hallarme culpado en ello, pues habemos destruido con nuestro mal ejemplo jente de tanto gobierno como eran estos naturales, y tan quitados de cometer delito ni escesos asi hombres como mujeres, tanto por el Indio cien mil pesos de oro y plata en su casa, y otros Indios dejaban abierta y puesta una escoba o un palo pequeño atravesado en la puerta para señal de que no estaba allí su dueño, y con esto segun su costumbre no podia entrar nadie adentro, ni tomar cosa de las que allí habia, y cuando ellos vieron que nosotros poniamos puertas y llaves en nuestras casas, entendieron que era de miedo de ellos, porque no nos matasen, pero no porque creyesen que ninguno tomase ni hurtase a otro su hacienda; y asi cuando vieron que habia entre nosotros ladrones y hombres que incitaban a pecado a sus mujeres y hijas, nos tubieron en poco; y han venido a tal rotura en ofensas de Dios estos naturales por el mal ejemplo que les hemos dado en todo, que aquel extremo de no hacer cosa mala se ha convertido en que hoy ninguna o pocas hacen buenas, y requieren remedio, y esto toca a su Majestad, para que descargue su conciencia, y se lo advierte, pues no soi parte para mas. Y con esto suplico a mi Dios me perdone; y muéveme a decirlo porque soi el postrero que muere de todos los descubridores y conquistadores, que como es notorio ya no hai ninguno, sino yo solo en este reino, ni fuera de él, y con este hago lo que puedo para descargo de mi conciencia.

NUM. V. -- VEASE EL TOMO I, PAJ. 58.

Entrevista entre Almagro y Pedrarias en que este renuncia su parte de beneficios en el descubrimiento del Perú. Tomada de la historia jeneral de Oviedo, parte II, cap. XXIII.

En febrero de 1527 tuve algunas cuentas que ajustar con Pedrarias, y con este objeto fui muchas veces a su casa. Estando en ella un dia, entró Almagro y dijo: vuestra señoria sabe que ha contratado con Francisco Pizarro, con don Fernando de Luque el maestrescuela y conmigo el armar una espedicion para el descubrimiento del Perú. Pero nada ha contribuido vuestra señoria a la empresa, aunque nosotros hemos perdido en ella nuestra hacienda y crédito, porque hemos gastado ya cerca de quince mil castellanos de oro. Pizarro y los suyos se ballan ahora en grande apuro y ne-

cesitan provisiones y un refuerzo de jente esforzada. Si no se le envia pronto nos arruinaremos todos y no podrá llevarse a cabo nuestra gloriosa empresa de que justamente se esperan tan brillantes resultados. Se llevará cuenta exacta de los gastos para que cada uno participe de los productos del descubrimiento en proporcion de lo que hubiere puesto para él. Vuestra señoría está unido con nosotros en la empresa y no tiene derecho a hacernos perder el tiempo y arruinarnos; porque si quiere separarse de la compañía y romper el contrato, pague la parte que corresponde en lo gastado y deje el asunto por nuestra cuenta.

A esta propuesta Pedrarias contestó indignado: Segun el tono de altivez que tomáis cualquiera creería que mi poder ha concluido; pero o yo he de perder el empleo que tengo o vuestra insolencia será castigada. Me responderéis de las vidas de los cristianos que han perecido por vuestra obstinacion y la de Pizarro. Ya vereis cómo se hace justicia para castigar todos estos disturbios y muertes, y esto antes de que salgais de Panamá.

Concedo, dijo Almagro, que hai un juez omnipotente, ante cuyo tribunal debemos presentarnos a dar cuenta de los vivos así como de los muertos; y yo no dejaré de hacerlo, pues he recibido de vuestra señoría una nota para enviarla inmediatamente a Pizarro, manifestando la gratitud con que S. M. el emperador mira nuestros servicios. Pague vuestra señoría si quiere gozar de los frutos de la empresa, ya que ni suda ni trabaja para alcanzarlos, ni ha dado siquiera la tercera parte de lo que prometió dar cuando se hizo el contrato, pues todos vuestros gastos no pasan de tres miserables pesos. Pero si preferís dejar nuestra compañía os perdonaremos la mitad de lo que nos debeis.

Pedrarias con amarga sonrisa contestó: No os arruinaría el darne cuatro mil pesos por renunciar mi parte.

Por adelantar tan feliz suceso, repuso Almagro, os perdonaremos toda la deuda, aunque es arruinarnos; pero ponemos nuestra fortuna en manos de Dios.

Aunque Pedrarias se encontraba así libre de una deuda que no bajaba de cuatro a cinco mil pesos no quedó satisfecho y preguntó: «¿Qué mas me dareis?»

Almagro disgustado dijo: Daré trescientos pesos, aunque juró a Dios que no tengo tal cantidad; pero la pediré prestada por librarme esta molestia.

«Me dareis dos mil.»

«Quinientos es lo mas que ofrezco.»

«Me dareis mil y tantos.»

«Sean mil pesos gritó el capitán con furia, aunque no los tengo; pero ya encontraré quien me fie para el pago.»

Pedrarias se dió por satisfecho con este arreglo; y se firmó un contrato renunciando el gobernador su parte en los productos de la expedicion con la condicion de recibir mil pesos. Yo fui uno de los testigos que firmaron este documento, por el cual Pedrarias renunció todos sus intereses en el Perú en Almagro, y sus compañeros abandonando la empresa y perdiendo por su pequeñez de alma los ricos tesoros que como es bien sabido pudo adquirir en el imperio de los Incas.

Contrato entre Pizarro, Almagro y Luque: extractados de Montesinos, annales, M. S. año de 1526.

(Este memorable documento entre tres aventureros para el descubrimiento y particion de un imperio se encuentra integro en el manuscrito de Montesinos, obra que tiene mas mérito por la insercion de este y otros documentos que por si propia. Este parece que forma un necesario apéndice a la historia de la conquista).

En el nombre de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres personas distintas y un solo Dios verdadero, y de la Santísima Virgen nuestra Señora, hacemos esta compañía.--

Sean cuantos esta carta de compañía viesen como yo don Fernando de Luque, clérigo presbitero, vicario de la santa iglesia de Panamá de una parte, y de la otra el capitán Francisco Pizarro y Diego de Almagro, vecinos que somos de esta ciudad de Panamá, decimos, que somos concertados y convenidos de hacer y formar compañía la cual sea firme y valedera para siempre jamás en esta manera:--Que por cuanto nos los dichos capitán Francisco Pizarro y Diego de Almagro tenemos licencia del Señor gobernador Pedro Arias de Avila para descubrir y conquistar las tierras y provincias de los reinos llamados del Perú, que está por noticia que hai, pasado el golfo y travesía del mar de la otra parte; y porque para hacer la dicha conquista y jornada y navios y jentes y bastimento y otras cosas que son necesarias, no lo podemos hacer por no tener dinero y posibilidad tanta cuanta es menester; y vos el dicho don Fernando de Luque nos los dais porque esta compañía la hagamos por iguales partes: somos contentos y convenidos de que todos tres hermanablemente, sin que hayan de volver ventaja mas el uno que el otro, ni el otro que el otro de todo lo que se descubriere, ganare y conquistare, y poblare en los dichos reinos y provincias del Perú. Y por cuanto vos el dicho don Fernando de Luque nos disteis, y poneis de puesto por vuestra parte en esta dicha compañía para gastos de la armada y jente que se hace para la dicha jornada y conquista del dicho reino del Perú, veinte mil pesos en barras de oro, y de a cuatrocientos y cincuenta maravedis el peso, los cuales nos recibimos luego en las dichas barras de oro que pasaron de vuestro poder al nuestro en presencia del escribano de esta carta, que lo valió y montó; y yo Hernando del Castillo doi fé, que los vide pesar los dichos veinte mil pesos en las dichas barras de oro y lo recibieron en mi presencia los dichos capitán Francisco Pizarro y Diego de Almagro y se dieron por contentos y pagados de ella. Y nos los dichos capitán Francisco Pizarro y Diego de Almagro ponemos de nuestra parte en esta dicha compañía la merced que tenemos del dicho señor gobernador, y que la dicha conquista y reino que descubriremos de la tierra del dicho Perú, que en nombre de S. M. nos ha hecho y las demas mercedes que nos hiciere y acresentare S. M., y los de su consejo de las Indias de aqui adelante, para que de todo goceis y hayais vuestra tercera parte, sin que en cosa alguna hayamos de tener mas parte cada uno de nos, el uno que el otro, sino que hayamos de todo ello partes iguales. Y mas ponemos en esta dicha compañía nuestras personas y el haber de hacer la dicha conquista y descubrimiento con asistir con ellas en

la guerra todo el tiempo que se tardare en conquistar y ganar y poblar el dicho reino del Perú, sin que por ello hayamos de llevar ninguna ventaja y parte mas de la que vos el dicho don Fernando de Luque llevaredes, que ha de ser por iguales partes todos tres, así de los aprovechamientos que con nuestras personas tuvieremos y ventajas de las partes que nos cupieren en la guerra y en los despojos y ganancias y suertes que en la dicha tierra del Perú hubieremos y gozaremos y nos cupieren por cualquier via y forma que sea, así a mí el dicho capitán Francisco Pizarro como a mí Diego de Almagro, habeis de haber de todo ello, y es vuestro, y os lo daremos bien y fielmente, sin defraudaros en cosa alguna de ello, la tercera parte, porque desde ahora en lo que Dios nuestro Señor nos diere decimos y confesamos que es vuestro y de vuestros herederos y sucesores, de quien en esta compañía sucediere y lo hubiere de haber, en vuestro nombre se lo daremos y le daremos cuenta de todo ello a vos, y a vuestros sucesores, quieta y pacíficamente, sin llevar mas parte cada uno de nos que vos el dicho don Fernando de Luque y quien vuestro poder hubiere y le perteneciere; y así de cualquier dictado y estado de señorío perpetuo, o por tiempo señalado que S. M. nos hiciere merced en el dicho reino del Perú, así a mí el dicho capitán Francisco Pizarro, o a mí el dicho Diego de Almagro, o a cualquiera de nos, sea vuestro el tercio de toda la renta y estado y vasallos que a cada uno de nos se nos diere y hiciere merced en cualquiera manera o forma que sea en el dicho reino del Perú por via de estado, o renta, repartimiento de Indios, situaciones, vasallos, seais señor y goceis de la tercera parte de ello como nosotros mismos, sin adición ni condición ninguna, y si la hubiere y alegáremos, yo el dicho capitán Francisco Pizarro y Diego de Almagro, y en nuestros nombres nuestros herederos, que no seamos oídos en juicio ni fuera de él, y nos damos por condenados en todo y por todo como en esta escritura se contiene para lo pagar y que haya efecto. Y yo el dicho don Fernando de Luque hago la dicha compañía en la forma y manera que de suso está declarado, y doí los veinte mil pesos de buen oro para el dicho descubrimiento y conquista del dicho reino del Perú, a pérdida o ganancia, como Dios nuestro Señor sea servido, y de lo sucedido en el dicho descubrimiento de la dicha gobernación y tierra he yo de gozar la tercera parte, y la otra tercera para el capitán Francisco Pizarro, y la otra tercera para Diego de Almagro, sin que el uno lleve mas que el otro, así de estado de señor, como de repartimiento de Indios perpetuos, como de tierras y solares y heredades, como de tesoros y escondijos encubiertos, como de cualquier riqueza o aprovechamiento de oro, plata, perlas, esmeraldas, diamantes y rubies, y de cualquier estado y condición que sea, que los dichos capitán Francisco Pizarro y Diego de Almagro hayais y tengais en el dicho reino del Perú, me habeis de dar la tercera parte. Y nos el dicho capitán Francisco Pizarro y Diego de Almagro decimos que aceptamos la dicha compañía y la hacemos con el dicho don Fernando de Luque de la forma y manera que lo pide él y lo declara para que todos por iguales partes hayamos en todo y por todo, así de estados perpetuos que S. M. nos hiciese mercedes en vasallos o indios, o en otras cualesquiera rentas, goce el derecho don Fernando de Luque, y haya la dicha tercera parte de todo ello enteramente, y goce de ello

como cosa suya desde el día que S. M. nos hiciere cualesquiera mercedes como dicho es. Y para mayor verdad y seguridad de esta escritura de compañía, y de todo lo en ella contenido, y que os acudiremos y pagaremos nos los dichos capitán Francisco Pizarro y Diego de Almagro a vos el dicho don Fernando de Luque con la tercia parte de de todo lo que se hubiere y descubriere y nosotros hubiéremos por cualquier via y forma que sea; para mayor fuerza de que lo cumpliremos como en esta escritura se contiene, juramos a Dios nuestro Señor y a los santos Evangelios donde mas largamente son escritos y están en este libro Misal, donde pusieron sus manos el dicho capitán Francisco Pizarro y Diego de Almagro, hicieron la señal de la cruz en semejanza de esta \dagger con sus dedos de la mano en presencia de mí el presente escribano, y dijeron que guardarán y cumplirán, esta dicha compañía y escritura en todo por todo como en ello se contiene, so pena de infames y malos cristianos, y caer en caso de menos valer, y que Dios se lo demande mal y caramente; y dijeron el dicho capitán Francisco Pizarro y Diego de Almagro, amen; y así lo juramos y le daremos el tercio de todo lo que descubriéremos y conquistáremos y pobláremos en el dicho reino y tierra del Perú, y que goce de ello como nuestras personas, de todo aquello en que fuere nuestro y tuviéremos parte como dicho es en esta dicha escritura; y nos obligamos de acudir con ello a vos el dicho don Fernando de Luque, y a quien en vuestro nombre le perteneciere y hubiere de haber, y *les* daremos cuenta con pago de todo ello cada y cuando que se nos pidiere, hecho el dicho descubrimiento y conquista y población del dicho reino y tierra del Perú; y prometemos que en la dicha conquista y descubrimiento nos ocuparemos y trabajaremos con nuestras personas sin ocuparnos en otra cosa hasta que se conquiste la tierra y se ganare, y si no lo hiciéremos seamos castigados por todo rigor de justicia por infames y perjuros, seamos obligados a volver a vos el dicho don Fernando de Luque los dichos veinte mil pesos de oro que de vos recibimos. Y para lo cumplir y pagar y haber por firme todo lo en esta escritura contenido cada uno por lo que le toca, renunciaron todas y cualesquier leyes y ordenamientos y pragmáticas y otras cualesquier constituciones, ordenanzas, que estén fechas en su favor, y cualesquiera de ellos, para que aunque las pidan y aleguen que no les valga. Y valga esta escritura dicha, y todo lo en ella contenido, y traiga aparejada y debida ejecución así en sus personas como en sus bienes, muebles y raíces habidos y por haber; y para lo cumplir y pagar, cada uno por lo que le toca, obligaron sus personas y bienes habidos y por haber segun dicho es, y dieron poder cumplido a cualesquier justicias y jueces de S. M. para que por todo rigor y mas breve remedio de derecho les compelan y apremien a lo así cumplir y pagar, como si lo que dicho es fuese sentencia definitiva de juez competente pasada en cosa juzgada; y renunciaron cualesquier leyes y derechos que en su favor hablan, especialmente la lei que dice Que jeneral renunciacion de leyes no vala. Que es fecha en la ciudad de Panamá a diez dias del mes Marzo, año del nacimiento de nuestro Salvador Jesucristo de mil quinientos veinte y seis años. Testigos que fueron presentes a lo que dicho es Juan de Panés y Alvaro del Quiro y Juan de Vallejo, vecinos de la ciudad de Panamá, y firmó el dicho don Fernando de Luque; y porqué no saben firmar el dicho capitán Francisco Pizarro y Diego de Al-

magro firmaron por ellos en el registro de esta carta Juan de Panés y Alvaro del Quiro, a los cuales otorgantes yo el presente escribano doi fé que conozco. Don Fernando de Luque.--A su ruego de Francisco Pizarro--Juan de Panés; y a su ruego de Diego de Almagro--Alvaro del Quiro: E yo Hernando del Castillo, escribano de S. M. y escribano público y del número de esta ciudad de Panamá, presente fui al otorgamiento de esta carta, y la fice escribir en estas cuatro fojas con esta, y por ende fice aquí esté mi signo a tal en testimonio de verdad. Hernando del Castillo, escribano público.

NUM. VII. -- VÉASE EL TOMO I, PÁJ. 53.

Capitulacion entre la reina y Francisco Pizarro M. S. fecha en Toledo julio 26 de 1529.

(La copia de este documento la debo a don Martin Fernandez de Navarrete, último director de la Academia de la Historia en Madrid. Aunque bastante largo es de no menor importancia que el anterior por ser como el el fundamento de la empresa de Pizarro y de sus cólegas.)

LA REINA.—Por cuanto vos el capitán Francisco Pizarro, vecino de tierra firme, llamada Castilla del Oro, por vos y en nombre del venerable padre don Fernando de Luque, maestro escuela y provisor de la iglesia del Darien, *sede vacante*, que es en la dicha Castilla del Oro, y el capitán Diego de Almagro, vecino de la ciudad de Panamá, nos hicisteis relacion, que vos e los dichos vuestros compañeros, con deseo de nos servir e del bien e acrecentamiento de nuestra corona real, puede haber cinco años, poco mas o menos que con licencia e parecer de Pedrarias Davila nuestro gobernador e capitán jeneral que fué de la dicha Tierra Firme, tomastes carga de ir a conquistar, descubrir e pacificar, e poblar por la costa del mar del Sur de la dicha tierra, a la parte de Levante, a vuestra costa e de los dichos vuestros compañeros, todo lo mas que por aquella parte pudieredes, e hicisteis para ello dos navios e un bergantín en la dicha costa, en que así esto por se haber de pasar la jarcia e aparejos necesarios al dicho viaje e armada desde el Nombre de Dios que es la costa del Norte, a la otra costa del Sur, como con la jente e otras cosas necesarias al dicho viaje, e tornar a rehacer la dicha armada, gastasteis mucha suma de pesos de oro, e faisteis a hacer e hicisteis el dicho descubrimiento, donde pasastes muchos peligros e trabajo a causa de lo cual os dejó todo la jente que con vos iba en una isla despoblada con solo tresse hombre que no vos quisieron dejar, y que con ellos y con el socorro que de navios e jente vos hizo el dicho capitán Diego de Almagro, pasastes de la dicha isla e descubristes las tierra e provincias del Perú e ciudad de Tumbes en que habeis gastado vos e los dichos vuestros compañeros mas de treinta mil pesos de oro, e que con el deseo que teneis de nos servir querriades continuar la dicha conquista e poblacion a vuestra costa e mision, sin que en ningun tiempo seamos obligados a vos pagar ni satisfacer los gastos que en ellos hiciéredes mas de lo que en esta capitulacion vos fuese otorgado, e me suplicastes e pedisteis por merced vos mandase encomendar la conquista de las dichas tierras, e vos concediese e otorgase las mercedes, e con las condiciones que

de suso serán contenidas; sobre lo cual yo mandé tomar con vos el asiento y capitulacion siguiente.

Primeramente doi licencia y facultad a vos el dicho capitán Francisco Pizarro, para que por nos y en nuestro nombre de la corona real de Castilla, podais continuar el dicho descubrimiento, conquista, y poblacion de la dicha provincia del Perú, fasta ducientas leguas de tierra por la misma costa, las cuales dichas ducientas leguas comienzan desde el pueblo que en lengua de indios se dice Tenumpuela, e despues le llamasteis Santiago, hasta llegar al pueblo de Chíncha que puede haber las dichas ducientas leguas de costa, poco mas o menos.

ITEM: Entendido ser cumplidero al servicio de Dios nuestro Señor y nuestro, y por honrar vuestra persona, e por vos hacer merced, pro netemos de vos hacer nuestro gobernador e capitán jeneral de toda la dicha provincia del Perú, e tierras y pueblos que al presente hai e adelante hubiere en todas las dichas ducientas leguas, por todos los dias de vuestra vida, con salario de setecientos e veinte y cinco mil maravedis cada año contados desde el dia que vos hiciédes a la vela destos nuestros reinos para continuar la dicha poblacion e conquista, los cuales vos han de ser pagados de las rentas y derechos a nos pertenecientes en la dicha tierra que así, habeis de poblar, del cual salario habeis de pagar en cada un año un alcalde mayor, diez escuderos, e treinta peones, e un médico, e un boticario, el cual salario vos ha de ser pagado por los nuestros oficiales de la dicha tierra.

Orrosi: Vos hacemos merced de título de nuestro adelantado de la dicha provincia del Perú, e así mismo del oficio de alguacil mayor della, todo ello por los dias de vuestra vida.

Orrosi: Vos doi licencia para que con parecer y acuerdo de los dichos nuestros oficiales podais haer en las dichas tierras e provincias del Perú hasta cuatro fortalezas en las partes y lugares que mas convengan, pareciendo a vos e a los dichos nuestros oficiales ser necesarias para guarda e pacificacion de la dicha tierra, e vos haré merced de las tenencias dellas, para vos, e para los herederos e subcesores vuestros, uno en pos de otro, con salario de setenta y cinco mil maravedis en cada un año por cada una de las dichas fortalezas, que así estuvieren hechas, las cuales habeis de hacer a vuestra costa, sin que nos, ni los reyes que despues de nos vinieren seamos obligados a vos lo pagar al tiempo que así gastáredes, salvo dende en cinco años despues de acabada la fortaleza, pagandoos en cada un año de los dichos cinco la quinta parte de lo que se montare el dicho los gastos, de los frutos de la dicha tierra.

Orrosi: Vos hacemos merced para ayuda a vuestra costa de mil ducados en cada un año por los dias de vuestra vida de las rentas de dichas tierras.

Orrosi: Es nuestra merced, acatando la buena vida e doctrina de la persona de dicho don Fernando de Luque, de le presentar a nuestro mui Sancto Padre por obispo de la ciudad de Tumbes, que es en la dicha provincia y gobernacion del Perú, con límite e diciones que por nos con autoridad apostólica serán señalados; y entre tanto que vienen las bulas de dicho obispado, le hacemos protector universal de todos los indios de dicha provincia, con salario de mill ducados en cada un año, pagado de nuestras rentas de la dicha tierra entre tanto que hai diezmos eclesiásticos de que se pueda pagar.

Otro: Por cuanto nos habedes por vos en el dicho nombre vos biciese merced de algunos vasallos en las dichas tierras, e al presente lo dejamos de hacer por no tener entera relacion de ellas, es nuestra merced que, entretanto que informados proveamos en ello lo que a nuestro servicio e a la enmienda e satisfaccion de vuestros trabajos e servicios conviene, tengais la veintena parte de los pechos que nos tuviéremos en cada un año en la dicha tierra, con tal que no escada de mill y quinientos ducados, los mill para el dicho capitán Pizarro, e los quinientos para el dicho Diego de Almagro.

Otro: Hacemos merced al dicho capitán Diego de Almagro de la tenencia de la fortaleza que hai u obiese en la dicha ciudad de Tumbes, que es en la dicha provincia del Perú, con salario de cien mill maravedis cada un año, con mas ducientos mill maravedis cada un año de ayuda de costa, todo pagado de las rentas de la dicha tierra, de las cuales ha de gozar, desde el día que vos el dicho Francisco Pizarro llegaredes a la dicha tierra, aunque el dicho capitán Almagro se quede en Panamá o en otra parte que le convenga; e le haremos home hijodalgo para que goce de las honras e preminencias que los homes hijodalgo pueden y deben gozar en todas las Indias, islas e tierra firme del mar océano.

Otro: Mandamos que las dichas haciendas, e tierras e solares que teneis en tierra firme, llamada Castilla del oro, e vos estan dadas como a vecino de ella, las tengais e goceis, e hagais de ello lo que quisiéredes e por bien tuviéredes, conforme a lo que tenemos concedido a los vecinos de la dicha tierra firme; e en lo que toca a los indios e naborias que teneis e vos estan encomendados, es nuestra merced e voluntad e mandamos que los tengais e goceis e sirvais de ellos, e que no vos serán quitados ni removidos por el tiempo que nuestra voluntad fuere.

Otro: Concedemos a los que fueren a poblar dicha tierra que en los seis años primeros siguientes desde el día de la data de esta en adelante, que del oro que se cojiere en las minas nos paguen el diezmo y cumplidos los dichos seis años paguen el noveno, e así descendiendo en cada un año hasta llegar al quinto: pero del oro e otras cosas que se obiesen de rescatar, o cabalgadas, e en otra cualquier manera, desde luego nos han de pagar el quinto de todo ello.

Otro: Franqueamos a los vecinos de la dicha tierra, por los dichos seis años, y mas, y cuanto fuere nuestra voluntad de almojarifazgo de todo lo que llevaren para proveimiento e provision de sus casas, con tanto que no sea para lo vender, e de lo que vendieren ellos e otras cualesquier personas, mercaderes e tratantes, así mesmo los franqueamos por dos años tan solamente.

Item: Prometemos que por término de diez años, e mas adelante hasta que otra cosa mandemos en contrario, no imponemos a los vecinos de las dichas tierras alcabalas ni otro tributo alguno.

Item: Concedemos a los dichos vecinos e pobladores que les sean dadas por vos los solares y tierras convenientes a sus personas conforme a lo que se ha hecho e hace en la dicha isla Española; e así mismo os daremos poder para que en nuestro nombre durante el tiempo de vuestra gobernacion, hagais la encomienda de los Indios de la dicha tierra, guardando en ella las instrucciones e ordenanzas que vos serán dadas.

Item: A suplicacion vuestra hacemos nuestro piloto mayor de la mar del Sur a Bartolomé Ruiz,

con setenta y cinco mill maravedis de salario en cada un año, pagados de la renta de la dicha tierra, de los cuales ha de gozar desde el día que le fuere entregado el título que de ello le mandaremos dar, e en las espaldas se asentará el juramento e solemnidad que ha de hacer ante vos e otorgado ante escribano. Asimismo daremos título de escribano de número e del consejo de dicha ciudad de Tumbes, a un hijo de dicho Bartolomé Ruiz, siendo habil e suficiente para ello.

Otro: Somos contentos e nos place que vos el dicho capitán Pizarro, cuanto nuestra merced e voluntad fuere, tengais la gobernacion e administracion de los Indios de la nuestra isla de Flores, que es cerca de Panamá e goceis para vos e para quien vos quisiéredes de todos los aprovechamientos que hobiere en la dicha isla, así de tierras como de solares, e montes e árboles, e mineros, e pesqueria de perlas, con tanto que seais obligado por razon de ello a dar a nos e a nuestros oficiales de Castilla del oro en cada un año de los que así fuere nuestra voluntad que vos la tengais, ducientos mill maravedis, e mas el quinto de todo el oro e perlas que en cualquier manera e por cualquier personas se sacare en la dicha isla de Flores sin descuento alguno, con tanto que los dichos indios de la dicha isla de Flores no los podais ocupar en la pesqueria de las perlas, ni en las minas del oro, ni en otros metales, sino en las otras granjerias e aprovechamientos de la dicha tierra, para provision y mantenimiento de la dicha vuestra armada, e de las que adelante obiéredes de hacer para la dicha tierra; e permitimos que si vos el dicho Francisco Pizarro llegado a Castilla del oro, dentro de dos meses luego siguientes, declarades ante el dicho nuestro gobernador e juez de residencia que allí estuviere, que no vos querais encargar de la dicha isla de Flores, que en tal caso no seais tenido e obligado a nos pagar por razon de ello los dichos ducientos mill maravedis, e que se quede para nos la dicha isla, como agora la tenemos.

Item: Acatando lo mucho que han servido en el dicho viaje e descubrimiento Bartolomé Ruiz, Cristóbal de Peralta, e Pedro de Candia, e Domingo de Soria Luce, e Nicolás de Ribera, e Francisco de Cuellar, e Alonso de Molina, e Pedro Alson, e García de Jerez, e Anton de Carrion, e Alonso Briceño, e Martín de Paz, e Joan de la Torre, e porque vos me lo suplicasteis e pedistes por merced, es nuestra merced e voluntad de les hacer merced como por la presente vos la hacemos a los que de ellos no son idalgos, que sean idalgos notorios de solar conocido en aquellas partes, e que en ellas e en todas las nuestras Indias, islas y tierra firme del mar Oceano, gocen de las preeminencias e libertades, e otras cosas de que gozan, y deben ser guardados los hijos-dalgo notorios de solar conocido dentro nuestros reinos, e a los que de los susodichos son idalgos, que sean caballeros de espuelas doradas, dando primero la informacion que en tal caso se requiere.

Item: Vos hacemos merced de veinte y cinco veguas e otros tantos caballos de los que nos tenemos en la isla de Jamaica, e no las habiendo cuando las pidiéredes, no seamos tenudos al precio de ellas, ni de otra cosa por la razon de ellas.

Otro: Os hacemos merced de trescientos mill maravedis pagados en Castilla del oro para el artillería e municion que habeis de llevar a la dicha provincia del Perú, llevando fe de los nuestros oficiales de la casa de Sevilla de las cosas que así comprastes, e de lo que vos costó, contando el

interese e cambio de ello, e mas os haré merced de otros ducientos ducados pagados en Castilla del oro para ayuda al acarreto de la dicha artilleria e municiones e otras cosas vuestras desde el nombre de Dios a la dicha mar del Sur.

Otrosi: Vos daremos licencia, como por la presente voz la damos, para que destos nuestros reinos, e del reino de Portugal e islas de Cabo Verde, e dende, vos, e quien vuestro poder hubiere, quisiéredes e por bien tuviéredes, podais pasar e paseis a la dicha tierra de vuestra gobernacion eincuenta esclavos negros en que haya al menos el tercio de hembras, libres de todos derechos a nos pertenecientes, con tanto que si los dejáredes e parte de ellos en la isla Española San Joan, Cuba, Santiago, e en Castilla del Oro, e en otra parte alguna los que de ellos ansi dejáredes, sean perdidos e aplicados, e por la presente los aplicamos a nuestra cámara e fisco.

Otrosi: Que haremos merced y limosna al hospital que se hiciese en la dicha tierra, para ayuda al remedio de los pobres que allá fueren, de cien mil maravedís librados en las penas aplicadas de la cámara de dicha tierra. Ansimismo a vuestro pedimento e consentimiento de los primeros pobladores de la dicha tierra, decimos que haremos merced, como por la presente la hacemos, a los hospitales de la dicha tierra de los derechos de la escubilla e relaves que hubiere en las fundiciones que en ella se hicieren, e de ello mandaremos dar nuestra provision en forma.

Otrosi: Decimos que mandaremos, e por la presente mandamos, que bayan y residan en la ciudad de Panamá, e donde vos fuere mandado, un carpintero e un calafate, e cada uno de ellos tenga de salario treinta mill maravedís en cada un año dende que comenzaren a residir en la dicha ciudad, o donde, como dicho es, vos les mandáredes; a los cuales les mandaremos pagar por los nuestros oficiales de la dicha tierra de vuestra gobernacion cuando nuestra merced y voluntad fuere.

ITEM: Que vos mandaremos dar nuestra provision en forma para que en la dicha costa del mar del Sur podais tomar cualesquier navios que hubiéredes menester, de consentimiento de sus dueños, para los viajes que hubiéredes de hacer a la dicha tierra, pagando a los dueños de los tales navios el flete que gusto sea, no embargante que otras personas los tengan fletados para otras partes.

Ansimismo que mandaremos, e por la presente mandamos e defendemos, que destos nuestros reinos no vayan ni pasen a las dichas tierras ningunas personas de las prohibidas que no puedan pasar a aquellas partes, so las penas contenidas en las leyes e ordenanzas, e cartas nuestras, que cerca de esto por nos e por los reyes católicos están dadas; ni letrados ni procurados para usar de sus oficios.

Lo cual que dicho es, e cada cosa e parte de ello vos concedemos, con tanto que vos el dicho capitán Pizarro seais tenido e obligado a salir destos nuestros reinos con los navios e aparejos e mantenimientos e otras cosas que fueren menester para el dicho viaje y poblacion, con ducientos e cincuenta hombres, los ciento y cincuenta destos nuestros reinos e otras partes no prohibidas, e los ciento restantes podais llevar de las islas e tierra firme del mar Occéano, con tanto que de la dicha tierra firme llamada Castilla del Oro no saqueis mas de veinte hombres, sino fuere de los que en el primero e segundo viaje que vos hicisteis a la dicha tierra del Perú se hallaron con vos, porque a estos damos licencia que puedan ir con vos libremente;

lo cual hayais de cumplir desde el dia de la data de esta hasta seis meses primeros siguientes: allegado a la dicha Castilla del Oro, e allegado a Panamá, seais tenido de proseguir el dicho viaje, e hacer el dicho descubrimiento e poblacion dentro de otros seis meses luego siguientes.

ITEM: Con condicion que cuando saliéredes destos nuestros reinos e llegáredes a las dichas provincias del Perú, hayais de llevar y tener con vos a los oficiales de nuestra hacienda que por nos estan e fueren nombrados: e ansimismo las personas religiosas o eclesiásticas que por nos serán señaladas para instrucciones de los Indios e naturales de aquella provincia a nuestra Santa fé Católica, con cuyo parecer e no sin ellos habeis de hacer la conquista, descubrimiento, e poblacion de la dicha tierra: a los cuales religiosos habeis de dar y pagar el flete e matolotage, e los otros mantenimientos necesarios conforme a sus personas, todo a vuestra costa, sin por ello los llevar cosa alguna durante la dicha navegacion, lo cual mucho vos lo encargamos que ansi hagais e cumplais, como cosa de servicio de Dios e nuestro, porque de lo contrario nos teniamos de vos por deservidos.

Otrosi: Con condicion que en la dicha pacificacion, conquista y poblacion e tratamiento de los dichos Indios en sus personas y bienes, seais tenidos e obligados de guardar en todo e por todo lo contenido en las ordenanzas e instrucciones que para esto tenemos fechas, e se hicieren, e vos serán dadas en la nuestra carta e provision que vos mandáremos dar para la encomienda de los dichos indios. E cumpliendo vos el dicho capitán Francisco Pizarro lo contenido en este asiento, en todo lo que a vos toca e incumbe el guardar e cumplir, prometemos, e vos aseguramos por nuestra palabra real, que agora e de aqui adelante vos mandáremos guardar e vos será guardado todo lo que ansi vos concedemos, e facemos merced, a vos e a los pobladores e tratantes en la dicha tierra; e para ejecucion e cumplimiento dello, vos mandáremos dar nuestras cartas e provisiones particulares que convengan e menester sean, obligándoos vos el dicho capitán Pizarro primeramente ante escribano público de guardar e cumplir lo contenido en este asiento que a vos toca como dicho es. Fecha en Toledo a 26 de julio de 1529 años. YO LA REINA.— Por mandado de S. M.—Juan Vazquez.

NUM. VIII. - VÉASE EL TOMO I, PAJ. 401.

Noticias contemporáneas de la captura de Atahualpa

(Como la captura del Inca fué uno de los más memorables, así como de los más inicuos actos de la conquista, he creído del caso citar los testimonios, que afortunadamente poseo, de varios de los que se hallaron presentes).

RELACION DEL PRIMER DESCUBRIMIENTO DE LA COSTA Y MAR DEL SUR, M. S.

A la hora de las cuatro comienzan a caminar por su calzada adelante derecho a donde nosotros estábamos, y a las cinco o poco mas llegó a la puerta de la ciudad, quedando todos los campos cubiertos de jente, y así comenzaron a entrar por la plaza hasta trescientos hombres como mozos despuelas con sus arcos y flechas en las manos cantando un cantar no nada gracioso para los que lo oíamos, antes espantoso porque parecía cosa infer-

nal, y dieron una vuelta a aquella mezquita amagando al suelo con las manos a limpiar lo que por el estaba, de lo cual habia poca necesidad porque los del pueblo le tenían bien barrido para cuando entrase. Acabada de dar su vuelta pasaron todos juntos, y entró otro escuadron de hasta mil hombres con picas sin yerros, tostadas las puntas, todos de una librea de colores, digo que la de los primeros era blanca y colorada, como las casas de un axedrez. Entrado el segundo escuadron entró el tercero de otra librea, todos con martillos en las manos de cobre y plata, que es una arma que ellos tienen; y así de esta manera entraron en la dicha plaza muchos señores principales que venian en medio de los delanteros y de la persona de Atabalipa. Detras de estos, en una litera mui rica, los cabos de los maderos cubiertos de plata, venia la persona de Atabalipa, la cual traian ochenta señores en hombros todos vestidos de una librea azul mui rica, y él vestido su persona mui ricamente con su corona en la cabeza, y al cuello un collar de esmeraldas grandes, y sentado en la litera en una silla mui pequeña con un coxin mui rico. En llegando al medio de la plaza paró, llevando descubierto el medio cuerpo de fuera; y toda la guerra que estaba en la plaza le tenían en medio, estando dentro hasta seis o siete mil hombres. Como el vio que ninguna persona salia a el ni parecia, tubo creído, y así lo confesó despues de preso, que nos habiamos escondido de miedo de ver su poder; y dió una voz y dijo, «Donde están estos?» A la cual salió del aposento del dicho gobernador Pizarro, el Padre frai Vicente de Valverde, de la orden de los Predicadores, que despues fué obispo de aquella tierra, con la bria en la mano y con él una lengua, y así juntos llegaron por entre la jente a poder hablar con Atabalipa, al cual le comenzó a decir cosas de la sagrada escriptura, y que nuestro Señor Jesu-Cristo mandaba que entre los suyos no hubiese guerra ni discordia, sino todo paz, y que el en su nombre así se lo pedia y requería, pues habia quedado de tratar de ella el día antes, y de venir soló sin jente de guerra. A las cuales palabras y otras muchas que el Frayie le dijo, el estuvo callando sin volver respuesta; y tornándole a decir que mirase lo que Dios mandaba, lo cual estaba en aquel libro que llevaba en la mano escripto, admirándose en mi parecer más de la escriptura, que de lo escripto en ella: le pidió el libro, y le abrió y ojeó, mirando el molde y la orden de él; y despues de visto, le arrojó por entre la jente con mucha ira, el rostro mui encarnizado, diciendo, «Decidles a esos que vengan acá, que no pasaré de aquí hasta que me den cuenta y satisfagan y paguen lo que han hecho en la tierra.» Visto esto por el Frayie y lo poco que aprovechaban sus palabras, tomó su libro, y abajó su cabeza, y fuese para donde estaba el dicho Pizarro, casi corriendo y dijole, «No veis lo que pasa? para que estais en comedimientos y requerimientos con este perro lleno de soberbia, y que vienen los campos llenos de Indios? Salid a él! Que yo os absuelvo.» Y así acabadas de decir estas palabras, que fué todo en un instante, tocan las trompetas, y parte de su posada con toda la jente de a pié que con él estaba, diciendo, «Santiago a ellos!» y así salimos todos a aquella voz a una, porque todas aquellas casas que salian a la plaza tenían muchas puertas, y parece que se habían fecho a aquel propósito. En arremetiendo los de a caballo y rompiendo por ellos todo fué uno, que sia matar sino solo un negro de nuestra parte,

fueron todos desbaratados y Atabalipa preso, y la jente puesta en huida, aunque no pudieron huir del tropel; porque la puerta por do habian entrado era pequeña y con la turbacion no podian salir; y visto los traseros cuan lejos tenían la acoxida y remedio de huir, arrimáronse dos o tres mil dellos a un lienso de pared, y dieron con él a tierra, el cual salió al campo porque por aquella parte no habia casas, y así tubieron camino ancho para huir; y los escuadrones de jente que habian quedado en el campo sin entrar en el pueblo, como vieron huir y dar alaridos, los mas dellos fueron desbaratados y se pusieron en huida, que era cosa harto de ver que un valle de cuatro o cinco leguas todo iba cuajado de jente. En esto vino la noche mui presto, y la jente se recojió y Atabalipa se puso en una casa de piedra que era el templo del Sol, y así se pasó aquella noche con gran regocijo y placer de la vitoria que nuestro Señor nos habia dado, poniendo mucho recabdo en hacer guardia a la persona de Atabalipa, para que no volviesen a tomárnosle. Cierto fué permision de Dios y grand acertamiento guiado por su mano, porque si este día no se prendiera, con la soberbia que trahia, aquella noche, fuéramos todos asolados por ser tan pocos, como tengo dicho, y ellos tantos.

Pedro Pizarro, Descubrimiento y Conquista de los Reynos del Perú, M. S.

Pues despues de haber comido, que acabaria a hora de missa mayor, empece a levantar su jente y a venirse hazia Caxamalca. Hechos sus escuadrones que cubrian los campos, y el metido en unas andas empece a caminar, viniendo delante del dos mil Indios que le barrian el camino por donde venia caminando, y la jente de guerra la mitad de un lado y la mitad de otro por los campos sin entrar en camino. Traia así mesmo al señor de Chinchacoma en unas andas, que parecia a los suyos cosa de admiracion, porque ningún Indio, por señor principal que fuese, avia de parecer delante del sino fuese con una carga a cuestas y descalzo: pues era tanta la pateneria que traian de oro y plata que era cosa estraña, lo que relucia con el sol. Venian así mesmo delante de Atabalipa muchos Indios cantando y danzando. Tardóse este señor en andar esta media legua que hai dende los baños a donde él estaba hasta Caxamalca, dende ora de missa mayor, como digo, hasta tres oras antes que anochesciese. Pues llegada la jente a la puerta de la plaza, empezaron a entrar los escuadrones con grandes cantares, y así entrando ocuparon toda la plaza por todas partes. Visto el Marquez don Francisco Pizarro que Atabalipa venia ya junto a la plaza, envió al Padre Fr. Vicente de Balverde, primero obispo del Cuzco, y a Hernando de Aldana, un buen soldado, y a don Martinillo Lengua, que fuesen a hablar a Atabalipa, y a requerirle de parte de Dios y del rei se sujetase a la lei de nuestro Señor Jesu-Cristo, y al servicio de S. Mag., y que el marquez le tendria en lugar de hermano, y no consentiria le hiziesen enojo ni daño en su tierra. Pues llegado que fué el padre a las andas donde Atabalipa venia, le habló y le dió a lo que iba, y le predicó cosas de nuestra sancta ffe, declarándoselas la lengua. Llevava el padre un breviario en las manos donde leya lo que le predicaba: el Atabalipa se lo pidió y el cerrado se lo dió, y como le tuvo en las manos y no supo abrille, arrojóle al suelo. Llamó al Aldana que se llegase a el y le diese la espada, y el Aldana la sacó y se la mostró, pero no se la quiso dar. Pues

pasado lo dicho, el Atabalipa les dixo que se fuesen para yelacos ladrones, y que los havia de matar a todos. Pues oido esto, el padre se bolvió y conto al marquez lo que le avia pasado; y el Atabalipa entro en la plaza con todo su trono que traya, y el señor de Chíncha tras del. Desque ovieron entrado y vieron que no parecia Español ninguno, preguntó a sus capitanes, «Donde estan estos cristianos que no parecen?» Ellos le dixerón, «Señor estan escondidos de miedo.» Pues visto el marquez don Francisco Pizarro las dos andas no conociendo qual hera la de Atabalipa, mando a Joan Pizarro su hermano fuese con los peones que tenia a la una y el yria a la otra. Pues mandado esto, hizieron la seña al Candia, el cual soltó el tiro, y en soltandolo tocaron las trompetas, y salieron los de acavallo de tropel, el marquez con los de a pié, como esta dicho, tras dellos, de manera que, con el estruendo del tiro y las trompetas y el tropel de los cavallos con los cascaveles, los indios se embararon y se cortaron. Los Españoles dieron en ellos y empezaron a matar, y fué tanto el miedo que los indios ovieron, que por huir, no pudiendo salir por la puerta, derribaron un lienzo de una pared de la cerca de la plaza de largo de mas de dos mil passos y de alto de mas de un estado. Los de acavallo fueron en su seguimiento hasta los baños, donde hizieron grande estrago, y hizieran mas sino les anosheciera. Pues bolviendo a don Francisco Pizarro y a su hermano salieron como estava dicho con la jente de a pié: el marquez fué a dar con las andas de Atabalipa, y el hermano con el señor de Chíncha, al cual mataron allí en las andas; y lo mismo fuera de Atabalipa, sino se hallara el marquez allí, porque no podian derivalle de las andas, que aunque mataban los indios que las tenian, se metian luego otros de refresco a sustentallas, y de esta manera estuvieron un gran rato fforcejeando y matando indios y de cansados un Español tiró una cuchillada para matalle y el marquez don Francisco Pizarro se la rreparó y del rreparo le hirio en la mano al marquez el Español queriendo dar al Atabalipa, a cuya causa dio bozes, diciendo, «Nadie hiera al indio, so pena de la vida!» Entendido esto, aguijaron siete o ocho Españoles y asieron de un bordo de las andas, y haziendo fuerza las trastornaron a un lado y ansi fué preso el Atabalipa, y el marquez le llevó a un aposento y allí le puso guardas que le guardavan de dia y de noche. Pues venida la noche los Españoles se recoxieron todos y dieron muchas gracias a nuestro Señor por las mercedes que les avia hecho y muy contentos en tener preso al Señor, porque a no prendelle no se ganara la tierra como se ganó.

Carta de Hernando Pizarro, ap. Oviedo, Historia general de las Indias, M. S., lib. XLVI, cap. XV.

Venia en unas andas, e delante de él hasta trescientos o quatrocientos Indios, con camisetas de librea, limpiando las pajas del camino, e cantando, e él en medio de la otra jente, que eran caciques e principales, e los mas principales caciques le traian en los hombros; e entrando en la plaza subieron doce o quinze Indios en una fortaleza que allí estava, e tomaronla a manera de posesion con bandera puesta en una lanza. Entrando hasta la mitad de la plaza reparó allí, e salió un fraile dominico, que estava con el gobernador, a hablarle de su parte, que el gobernador le esperaba en su aposento, que le fuese a hablar; e dijole como era sa-

cerdote, e que era embiado por el Emperador para que le enseñase las cosas de la fé si quisiesen ser Cristianos; e mostroles un libro que llevaba en las manos, e dijole que aquel libro era de las cosas de Dios; e el Atabaliva pidió el libro, e arrojole en el suelo e dijo: «Yo no pasaré de aquí hasta que me deis todo lo que habeis tomado en mi tierra, que yo bien se quien sois vosotros, y en lo que andais.» E levantose en las andas, e habló a su jente, e obo murmullo entre ellos llamando a la jente que tenian las armas; e el fraile fué al Gobernador e dijole que que hacia, que ya no estava la cosa en tiempo de esperar mas: el Gobernador me lo embió a decir: yo tenia concertado con el capitan de la artillería, que haciéndole una seña disparasen los tiros, o con la jente que oyendolos saliesen todos a un tiempo; e como así se hizo, e como los Indios estaban sin armas, fueron desbaratados sin peligro de ningun cristiano. Los que traian las andas, e los caciques que venian al rededor del, nunca lo desampararon hasta que todos murieron al rededor del. El gobernador salió e tomó a Atabaliva, e por defenderle le dió un Cristiano una cuchillada en una mano. La jente siguió el alcance hasta donde estaban los Indios con armas; no se halló en ellos resistencia alguna, porque ya era noche. Recojiéronse todos al pueblo, donde el gobernador quedaba.

NUM. IX. -- VÉASE EL TOMO I, PAJ. 110.

Noticia de las costumbres personales de Atahuallpa: extractada del M. S. de Pedro Pizarro.

(Esta minuciosa relacion de la persona y costumbres del cautivo Inca es de las mas auténticas que pueden darse, pues procede de la pluma de quien tuvo la mejor oportunidad de hacer observaciones personales durante la prision del monarca. El manuscrito de Pizarro es uno de los que últimamente han dado a luz los ilustrados académicos Salvá y Baranda).

Este Atabalipa ya dicho hera Indio bien dispuesto, de buena persona, de medianas carnes, no grueso demasiado, hermoso de rostro, y grave en el, los ojos encarnizados, muy temido de los suyos. (Acuérdome que el señor de Guaylas le pidió licencia para ir a ver su tierra, y se la dió, dándole tiempo en que fuese y viniese limitado. Tardose algo mas, y cuando bolvió, estando yo presente, llegó con un presente de fruta de la tierra, y llegando que fué a su presencia empeço a temblar en tanta manera que no se podia tener en los pies. El Atabalipa alco la cabeza un poquito y sonriéndose le hizo seña que se fuese. Quando le sacaron a matar, toda la jente que habia en la plaza de los naturales, que avia harto, se postraron por tierra, dexandose caer en el suelo como Borrachos. Este Indio se servia de sus mujeres por la horden que tengo ya dicha, sirviéndole una hermana diez dias o ocho con mucha cantidad de hijas de señores que a estas hermanas servian, mudándose de ocho a ocho dias. Estas estaban siempre con el para serville, que Indio no entraba donde él estava. Tenia muchos caciques consigo: estos estaban afuera en un patio, y en llamando alguno entrava descalzo y donde él estava; y si venia de fuera parte, avia de entrar descalzo y cargado con una carga; y quando su capitan Chalicuchima vino con Hernando Pizarro y le entro a ver, entro así como digo,

con una carga y descalzo y se hecho a sus pies y llorando se los beso. El Atabalipa con rostro senero le dixo, «Seas bien venido alli, Challicuchima»; queriendo decir, «Seas bien venido Challicuchima.» Este Indio se ponía en la caveza unos llantos, que son vnas trenças hechas de lanas de colores, de grosor de medio dedo y de anchor de vno; hecho desto vna manera de corona y no con puntas sino redonda; de anchor de vna mano, que encajaba en la caveza, y en la frente vna borla cossida en este llanto, de anchor de vna mano, poco mas, de lana mui fina de grana, cortada mui igual, melida por unos cañutitos de oro mui sotilmente hasta la mitad: esta lana hera hilada, y de los cañutos abaxo destorcida, que era lo que caya en la frente; que los cañutitos de oro hera quanto tomavan todo el llanto ya dicho. Cayale esta borla hasta encima de las cejas, de un dedo de grosor que le tomava toda la frente y todos estos señores andaban fresquilados y los orejones como a sobre peine. Vestian ropa mui delgada y mui blanda ellos y sus hermanas que tenian por mujeres, y sus deudos orejones principales, que se la davan los señores y todos los demas vestian ropa basta. Poníase este señor la manta por encima de la caveza y atabase la debajo de la barba, tapandose las orejas: esto traía el por tapar una oreja que tenia rompida, que cuando le prendieron los de Guascar se la quebraron. Bestiase este señor ropas mui delicadas. Estando un dia comiendo, destas señoras ya dichas le llevavan la comida y se la ponian delante de vnos juncos verdes mui delgados y pequeños. Estaba sentado este señor en vn duo de madera, de altor de poco mas de un palmo: este duo era de madera colorada mui linda y tenianle siempre tapado con vna manta mui delgada, aunque stuviese el sentado en el. Estos juncos ya dichos le tendian siempre delante cuando queria comer, y alli le ponian todos los manjares en oro, plata, y barro, y el que a el apetescia señalava se lo truxesen y tomandolo vna señora de estas dichas se lo tenia en la mano mientras comia. Pues estando un dia desta manera comiendo y yo presente, llevando una tajada del manjar a la boca, le cayó una gota en el vestido que tenia puesto, y dando de mano a la India se levantó y entro a su aposento a vestir otro vestido, y buuelto sacó vestido vna camiseta y vna manta (pardo oscuro.) Llegandome yo pues a el le tente la manta que hera mas blanda que seda y díxele, «Ynga, de que es este vestido tan blando?» El me dixo, «Es de unos pajaros que andan de noche en Puerto Viejo y en Tumbes, que muerden a los Indios.» Venido a aclararse, dixo que era de pelo de murcielagos. Diciendole, que de donde se podria juntar tanto murcielago? dixo, «Aquellos perros de Tumbes y de Puerto Viejo, que avian de hazer sino tomar de estos para hazer ropa a mi padre?» Y es así estos murcielagos de aquellas partes muerden de noche a los Indios, y a Españoles y a cavallos y sacan tanta sangre ques cosa de misterio, y así se averiguo ser este vestido de lana de murcielago y así hera la color como dellos del vestido que en Puerto Viejo y en Tumbes y sus comarcas ay gran cantidad dellos. Pues acontecio un dia que viniendose a quejar un Indio que un Español tomava unos vestidos de Atabalipa, el Marquez me mandó fuesse yo a saber quien hera y llamar al Español para castigallo. El Indio me llevo a vn buhio, donde havia gran cantidad de petacas, porquel Español ya hera ydo, diciendome que de alli avia tomado vn vestido del señor; e yo preguntandole que que tenian aquellas petacas, me

mostro algunas en que tenian todo aquello que Atabalipa avia tocado con las manos, y avia estado de pies y vestidos que el avia desechado; en vnas los junquillos que le hechavan delante a los pies quando comia; en otras los guessos de las carnes o aves que comia, que el avia tocado con las manos; en otras los maslos de las mazorcas de mahiz que avia tomado en sus manos; en otras las rropas que havia deshechado; finalmente todo aquello que el avia tocado. Preguntelee, que para que tenian aquello alli? Respondieronme, que para quemallo, porque cada año quemavan todo esto, porque lo que tocavan los señores que heran hijos del sol, se havia de quemar y hazer seniza y hechallo por el ayre, que nadie avia de tocar a ello. Y en guarda desto estava vn principal con Indios, que lo guardava y rrecojia de las mujeres que les servian. Estos señores dormian en el suelo en unos colchones grandes de algodón: tenian vnas ffreccadas grandes de lana con que se cubijaban; y no e visto en todo este Piru Indio semejante a este Atabalipa, ni de su ferocidad ni autoridad.

NUM. X. -- VÉASE EL TOMO I, PAJ. 118.

Relaciones contemporáneas de la ejecucion de Atahualpa.

(Las siguientes relaciones son de testigos presenciales; porque Oviedo, aunque no estuvo presente, recojió los pormenores de los que presenciaron el hecho.)

Pedro Pizarro, Descubrimiento y Conquista de los Reinos del Perú, M. S.

Acordaron pues los oficiales y Almagro que Atabalipa muriese, tratando entre si que muerto Atabalipa se acababa el auto hecho acerca del tesoro. Pues dixerón al Marquez don Francisco Pizarro que no convenia que Atabalipa viviese; porque si se soltava, S. Mag. perderia la tierra y todos los españoles serian muertos; y a la verdad si esto no fuera tratado con malicia, como esta dicho, tenían razon, porque hera imposible soltándose poder ganar la tierra. Pues el Marquez no quiso venir en ello. Visto esto los oficiales hizieronle muchos requerimientos poniéndole el servicio de S. Mag. por delante. Pues estando así atravesose un demonio de vna lengua, que se dezia Ffelipillo, uno de los muchachos que el Marquez havia llevado a España, que al presente era lengua, y andaba enamorando de una mujer de Atabalipa, y por averla hizo entender al Marquez que Atabalipa havia gran junta de jente para matar los españoles en Caxas. Pues sabido el Marquez prendio a Challicuchima que estava suelto y preguntandole por esta jente que dezia la lengua se juntavan, aunque negaba y dezia que no, el Ffelipillo dezia a la contra trastornando las palabras dezian a quien se preguntaba este casso. Pues el Marquez Don Francisco Pizarro acordo embiar a Soto a Caxas a saver si se havia alli alguna junta de jente porque cierto el Marquez no quisiera matalle. Pues visto Almagro y los oficiales la yda de Soto apretaron al Marquez con muchos rrequerimientos, y la lengua por su parte que ayudava con sus rretruecos, vinieron a convencer al Marquez que muriese Atabalipa, porque el Marquez hera muy zeloso del servicio de S. Mag., y así le hicieron temer, y contra su voluntad sentenció a muerte a Atabalipa, mandando le diesen garrote, y despues de muerto le quemasen, porque tenia las hermanas

por mujeres. Cierta pocas leyes avian leído estos señores ni entendido, pues al infiel sin haber sido predicado le daban esta sentencia. Pues el Atabalipa lloraba y dezía que no le matasen que no habria indio en la tierra que se menease sin su mandato, y que preso le tenian, que de que temian? y que lo habian por oro y plata, que el daría dos tantos de lo que avia mandado. Yo vide llorar al Marquez de pesar por no podelle dar la vida; porque cierto temio los riquierimientos y el riesgo que avia en la tierra si se soltava. Este Atabalipa habia hecho entender a sus mujeres e indios que si no le quemaban el cuerpo, aunque le matasen avia de volver a ellos, que el sol su padre le rresuscitaria. Pues sacandole a dar garrote a la plaza, el Padre Fray Vicente de Balverde ya dicho le predico diziendote se tornase Cristiano: y el dixo que si el se tornava Cristiano, si le quemarian; y dixeronte que no; y dijo que pues no le avian de quemar que queria ser baptizado, y así frai Vicente le baptizo y le dieron garrote y otro dia le enterraron en la yglesia que en Caxamalca teniamos los españoles. Esto se hizo antes que Soto bolviese a dar aviso de lo que le hera mandado; y quando vino truxo por nueva no aver visto nada ni aver nada, de que al Marquez le pesó mucho de avelle muerto, y al Soto mucho mas, porque dezía el, y tenía rrazon, que mejor fuera embialle a España y que el se obligara a ponello en la mar; y cierto esto fuera lo mejor que con este Indio se pudiera hacer, porque quedar en la tierra no convenia. Tambien se entendió que no biviera muchos dias, aunque le embiara, porque el hera mui regalado y mui Señor.

Relacion del primer descubrimiento de la costa y mar del Sur, M. S.

Dando forma como se llevaria Atabalipa de camino, y que guardia se le pondria, y consultando y tratando si seriamos parte para defenderle en aquellos pasos malos y rios si nos le quisiesen tomar los suyos. Comenzóse a decir y a certificar entre los Indios, que el mandaba venir grand multitud de jente sobre nosotros: esta nueva se fué encendiendo tanto, que se tomó informacion de muchos señores de la tierra, que todos a una dijeron que era verdad, que el mandaba venir sobre nosotros para que le salvarsen, y nos matasen si pudiesen, y que estaba toda la jente en cierta provincia ayuntada que ya venia de camino. Tomada esta informacion, juntáronse el dicho gobernador y Almagro y los oficiales de S. Mag., no estando ahí Hernando Pizarro, porque era ya partido para España con alguna parte del quinto de S. Mag., y a darle noticia y nueva de lo acaecido; y resumieronse, aunque contra voluntad del dicho Gobernador que nunca estuvo bien en ello, que Atabalipa, pues quebrantaba la paz, y queria hacer traicion y traer jentes para matar los Cristianos muriese, porque con su muerte cesaria todo, y se allanaria la tierra: a lo cual hubo contrarios pareceres, y la mas de la jente se puso a defender que no muriese; al cabo insistiendo mucho en su muerte el dicho capitán Almagro y dando muchas razones porque debia morir, el fué muerto, aunque para el no fué muerte sino vida, porque murió Cristiano y es de creer que se fué al Cielo. Publicado por toda la tierra su muerte, la jente comun y de pueblos venian donde el dicho gobernador estaba a dar la obediencia a S. Mag. pero los capitanes y jente de guerra que estaban en Xauxa y en el

Cuzco, antes se rehicieron y no quisieron venir de paz. Aquí acaeció la cosa mas estraña que se ha visto en el mundo, que yo vi por mis ojos, y fué: que estando en la iglesia cantando el oficio de difuntos a Atabalipa, llegaron ciertas señoras hermanas y mujeres suyas y otros privados con grand estruendo, tal que impidieron el oficio, y dijeron que les hiciesen aquella fiesta mucho mayor, porque era costumbre, cuando el grand señor moria, que todos aquellos que bien le querian se enterrasen vivos con el: a los cuales se les respondió, que Atabalipa habia muerto como Cristiano y como tal le hacian aquel oficio, que no se habia de hacer lo que ellos pedian, que era mui mal hecho y contra Cristiandad; que se fuesen de allí, y no les estorbasen, y se le dejasen enterrar, y así se fueron a sus aposentos y se ahorcaron todos ellos y ellas. Las cosas que pasaron estos dias, y los estremos y llantos de la jente son mui largas y prolijas, y por eso no se dirán aquí.

Oviedo, Historia jeneral de las Indias, M. S., lib. XLVI, cap. XXII.

Quando el Marques Don Francisco Pizarro tubo preso al gran Rei Atabaliva le aconsejaron hombres faltos de buen entendimiento, que le matase, o el obo gana, porque como se vieron cargados de oro parecios que muerto aquel señor lo podian mas a su salvo en España donde quisiesen, e dejando la tierra y que asimismo serian mas parte a sustener en ella sin aquel escrupuloso impedimento, que no conservandose la vida de un principe tan grande, e tan temido e acatado de sus naturales, y en todas a aquellas partes; e la esperiencia ha mostrado cuan mal acordado e mal fecho fué todo lo que contra Atabaliva se hizo despues de su prision en le quitar la vida, con lo cual demás de deservirse Dios quitaron al emperador nuestro Señor, e a los mismos Españoles que en aquellas partes se hallaron, y a los que en España quedaron, que entonces vivian y a los que ahora viven e nacerán innumerables tesoros que aquel principe les diera; e ninguno de sus vasallos se moviera ni alterara como se alteraron e revelaron en faltando su persona. Notorio es que el gobernador le aseguró la vida, y sin que le diese tal seguro el se le tenia pues ningun capitán puede disponer sin licencia de su Rei y señor de la persona del principe que tiene preso, suyo es de derecho, cuando mas que Atabaliva dijo al marques que si algun cristiano matasen los indios o le hiciesen el menor daño del mundo que creyese que por su mandado lo haria y que cuando eso fuese lo matase o hiciese del lo que quisiese; e que tratándole bien el le chaparia las paredes de plata, e le allanaria las sierras e los montes, e le daria a el e a los cristianos cuanta oro quisiesen, e que desto no tubiese duda alguna; y en pago de sus ofrecimientos encendidas pajas se las ponian en los pies ardiendo, porque dijese que traicion era la que tenia ordenada contra los cristianos, e inventando y fabricando contra él falsedades, le levantaron que los queria matar, e todo aquello fué rodeado por malos e por la advertencia e mal consejo del gobernador, e comenzaron a le hacer proceso mal compuesto y peor escrito, seyendo uno de los adalides, un inquieto; desasosegado e deshonesto clérigo, e un escribano falto de conciencia e de mala habilidad y otros tales que en la maldad concurrieron e así mal fundado el libelo se concluyó a sabor de dañados paladares, co-

mo se dijo en el capítulo catorce, no acordándose que les habían enchido las casas de oro e plata e le habían tomado sus mujeres e repartidolas en su presencia e usaban de ellas en sus adulterios, e en lo que les placía a aquellos a quien las dieron; y como les parecía a los culpados que tales ofensas no eran de olvidar, e que merecían que el Atabaliva les diese la recompensa como sus obras eran, asentoseles en el ánimo un temor e enemistad con él entrañable; e por salir de tal cuidado e sospecha le ordenaron la muerte por aquello que el no hizo ni pensó; y de ver aquellos algunos españoles comedidos a quien pesaba que tan grandes deservicio se hiciese a Dios y al Emperador nuestro Señor; y aunque tan grande ingratitud se perpetraba, e tan señalada maldad se cometía, como matar a un príncipe tan grande y sin culpa. E viendo que le traían a colación sus delitos e crueldades pasadas que el había usado entre sus Indios y enemigos en el tiempo pasado, de lo cual ninguno era juez, sino Dios; queriendo saber la verdad e por escusar tan notorios daños como se esperaban que habían de proceder matando a quel Señor, se ofrecieron cinco hidalgos de ir en persona a saber y ver si venía aquella jente de guerra que los falsos inventores e sus mentirosas espías publicaban, a dar en los Cristianos; en fin el Gobernador (que también se puede creer que era engañado) lo obo por bien; e fueron el capitán Hernando de Soto, el capitán Rodrigo Orgaiz, e Pedro Ortiz, e Miguel de Estete, e Lope Velez a ver esos enemigos que decían que venían; e el Gobernador les dió una guía o espía, que decía sabía donde estaban; e a dos días de camino se despeño la guía de un risco, que lo supo hacer muy bien el Diabolo para que el daño fuese mayor; pero aquellos cinco de caballo que he dicho pasaron adelante hasta que llegaron donde se decían que habían de hallar el ejército contrario, e no hallaron hombre de guerra ni con armas algunas, sino todos de paz; e aunque no iban mas que esos pocos Cristianos que es dicho, les hicieron mucha fiesta por donde andubieron, e les dieron todo lo que les pidieron de lo que tenían para ellos e sus criados, e Indios de servicio que llevaban; por manera que viendo que era burla, e muy notoria mentira e falsedad palpable, se tornaron a Cajamalca donde el Gobernador estaba, el cual ya había hecho morir al príncipe de Atabaliva, se que la historia lo ha contado; e como llegaron al Gobernador hallaronle mostrando mucho sentimiento con un gran sombrero de fieltro puesto en la cabeza por luto e muy calado sobre los ojos, e le dijeron, «Señor, muy mal lo ha fecho vuestra Señoría y fuera justo que fuéramos atendidos, para que supierades que es muy gran traición la que se le levanto a Atabaliva, porque ningún hombre de guerra hai en el campo, ni le hallamos, sino todo de paz, e muy buen tratamiento que se nos hizo en todo lo que habemos andado.» El Gobernador respondió e les dijo, «Ya veo que me han engañado.» Desde a pocos días de sabida esta verdad, e murmurándose de la crueldad que con aquel príncipe se usó, vinieron a malas palabras el Gobernador y Fr. Vicente de Valverde, y el Tesorero Riquelme, e cada uno de ellos decía que el otro lo había fecho, e se desmintieron unos a otros muchas veces, oyendo muchos su rencilla.

Contrato entre Pizarro y Almagro, m. S. fechado en el Cuzco a 12 de junio de 1535.

(Este documento en que dos célebres capitanes se ligan con solemne juramento a la observancia de lo que los principios mas comunes de honradez les mandan observar, dá una idea demasiado exacta de los hombres y de la época, para que deje de insertarse aquí. El original está en el archivo de Simancas.)

Nos Don Francisco Pizarro, Adelantado, Capitán jeneral, y Gobernador por S. M. en estos reinos de la Nueva Castilla, e Don Diego de Almagro asimismo Gobernador por S. M. en la provincia de Toledo, decimos: que porque mediante la íntima amistad y compañía que entre nosotros con tanto amor ha permanecido, y queriéndolo Dios nuestro Señor hacer, ha sido parte y causa que el Emperador e Rey nuestro Señor haya recibido señalados servicios con la conquista, sujeción, e población destas provincias y tierras, e trayendo á la conversión y camino de nuestra santa fee Católica tanta muchedumbre de infieles, e confiando S. M. que durante nuestra amistad y compañía su real patrimonio será acrecentado, e así por tener este intento como por los servicios pasados, S. M. Católica tubo por bien de conceder á mi el dicho Don Francisco Pizarro la gobernation de estos nuevos reynos, y á mi el dicho Don Diego de Almagro la gobernation de la provincia de Toledo, de las quales mercedes que de su real liberalidad hemos recevido, resulta tan nueva obligación, que perpetuamente nuestras vidas y patrimonios, y de los que de nos descendieren en su real servicio, se gasten y consuman; y para que esto mas seguro y mejor efecto haya, y la confianza de S. M. por nuestra parte no fallezca, renunciando la ley que cerca de los tales juramentos dispone, prometemos e juramos, en presencia de Dios nuestro Señor, ante cuyo acatamiento estamos, de guardar y cumplir bien e enteramente, y sin cabtela ni otro entendimiento alguno, lo espresado y contenido en los capítulos siguientes: e suplicamos á su infinita bondad, que á cualquier que fuere en contrario de lo así convenido, con todo rigor de justicia permita la perdición de su anima, fin y mal acavamiento de su vida, destrucción y perdimiento de su familia, honrras y hacienda, porque como quebrantador de su fee, la qual el uno al otro y el otro nos damos, y no temerosos de su acatamiento, reciva del tal justa venganza. Y lo que por parte de cada uno de nosotros juramos y prometemos es lo siguiente:

Primeramente, que nuestra amistad e compañía se conserve mantenga para en adelante con aquel amor y voluntad que hasta el día presente entre nosotros ha habido no la alterando ni quebrantando por algunos intereses, cobdicias, ni ambición de cualesquiera honrras e oficios, sino que hermanablemente entre nosotros se comunique e seamos parcioneros en todo el bien que Dios nuestro Señor nos quiera hacer.

Otrosí: Decimos, so cargo del juramento e promesa que hacemos, que ninguno de nosotros calumniará ni procurará cosa alguna que en daño o menos cabo de su honrra, vida, y hacienda al otro pueda subceder ni venir, ni dello será causa por vias directas ni indirectas, por si propio ni por otra persona tacita ni espresamente cabandolo ni permitiendolo, antes procurará todo bien y honrra y trabajará de se lo llegar y adquirir, y evi-

tando todas pérdidas y daños que se le puedan recrecer, no siendo de la otra parte avisado.

Otrosí: Juramos de mantener, guardar y cumplir lo que entre nosotros está capitulado, a lo qual al presente nos referimos, e que por via o causa, ni maña alguna ninguno de nosotros verná en contrario ni en quebrantamiento dello, ni hará diligencia protestacion ni reclamacion alguna, e que si alguna oviere fecho, se aparta o desiste della o la renuncia so cargo del dicho juramento.

Otrosí: Juramos que juntamente ambos a dos, y no uno sin el otro, informaremos y escribiremos a S. M. las cosas que segun nuestro parecer mejor a su real servicio convengan, suplicandole, informandole de todo aquello con que mas su Catolica conciencia se descargue, y estas provincias y reynos mas y mejor se conserven y gobiernen, y que no habrá relacion particular por ninguno de nosotros hecha en fraude e cabtela y con intento de dañar y empecer al otro, procurando para si, posponiendo el servicio de nuestro Señor Dios y de S. M., y en quebrantamiento de nuestra amistad y compañía, y asimismo no permitirá que sea hecho por otra cualquier persona, dicho ni comunicado, ni lo permita ni consienta, sino que todo se haga manifestamente entre ambos, porque se conozca mejor el celo que de servir a S. M. tenemos, pues de nuestra amistad e compañía tanta confianza ha mostrado.

Item: Juramos que todos los provechos e intereses que se nos recrecieren asi de los que yo don Francisco Pizarro oviere y adquiriere en esta gobernacion por cualquiera via y cabsas, como los otros que yo don Diego de Almagro he de haber en la conquista y descubrimiento que en nombre y por mandado de S. M. hago, lo traeremos manifestamente a monton y collacion, por manera que la compañía que en este caso tenemos hecha permanezca, y en ella no haya fraude, cabtela, ni engaño alguno, e que los gastos que por ambos e cualquier de nos se obieren de hacer se haga moderada y discretamente conforme, y proveyendo a la necesidad que se ofreciere, evitando lo escetivo y superfluo, socorriendo y proveyendo a lo necesario.

Todo lo qual segun en la forma que dicho esta, es nuestra voluntad de lo asi guardar y cumplir so cargo del juramento que asi tenemos fecho, poniendo a nuestro Señor Dios por juez y a su gloriosa Madre Santa Maria con todos los Santos por testigos; y porque sea notorio a todos los que aqui juramos y prometemos, lo firmamos de nuestros nombres, siendo presentes por testigos el Licenciado Hernando Caldera, tenien jeneral de gobernador en estos reinos por el dicho señor gobernador, e Francisco Pineda, capellan de Su Señoría, e Antonio Picado, su secretario, e Antonio Tellez Guzman y el Doctor Diego de Loaisa; el qual dicho juramento fué fecho en la gran cibdad del Cuzco en la casa del dicho gobernador don Diego Dalmagro, estando diciendo misa el padre Bartolome de Segovia, clérigo, despues de dicho el pater noster, poniendo los dichos gobernadores las manos derechas encima del ara consagrada a 12 de junio de 1535 años.—Francisco Pizarro.—El Adelantado Diego Dalmagro.—Testigos, el Licenciado Hernando Caldera.—Antonio Tellez Guzman.

Yo Antonio Picado, escrivano de S. M. doi fee que fui testigo y me halle presente al dicho juramento e solenidad fecho por los dichos gobernadores, y yo saqué este traslado del orijinal que queda en mi poder como secretario del señor gobernador don Francisco Pizarro, en fee de lo qual firmé aqui

nombre. Fecho en la gran cibdad del Cuzco a 12 dias del mes de julio de 1535 años.—Antonio Picado, escrivano de S. M.

NUM. XII. -- VÉASE EL TOMO II, PAJ 44.

Carta del joven Almagro a la real audiencia de Panama, N. S. desde los reyes (Lima) a 14 de agosto de 1541.

(Es precioso este documento por ser la mejor disculpa de la conducta de su autor, y teniendo en cuenta su posicion, la mejor relacion de sus actos. El orijinal, que copió Muñoz en su coleccion, se conserva en el archivo de Simancas.)

Mui magnificos señores.--Ya Vs. Mrds. havran sabido el estado en que he estado despues que fué desta vida el Adelantado don Diego de Almagro mi padre, que Dios tenga en el cielo, y como quedé debajo de la vara del Marques don Francisco Pizarro; y creo yo que pues son notorias las molestias y malos tratamientos que me hicieron, y la necesidad en que me tenian a un rincón de mi casa, sin tener otro remedio que el de S. M., a quien ocurri que me lo diese como señor agradecido, de quien yo lo esperaba pagando los servicios tan grandes que mi padre le hizo de tan gran ganancia e acrecentamiento para su real corona, no hai necesidad de contarlas, y por eso no las contaré, y dejaré lo pasado y vendré a dar a Vs. Mrds. cuenta de lo presente, e dire que aunque me llegava a alma verme tan aflijido, acordandome del mandamiento que mi padre me dejó que amase el servicio de S. M. y questava en poder de mis enemigos; sufría mas de lo que mi juicio bastava, en especial ver cada dia quien a mi padre quitó la vida, y havian escurecido sus servicios por manera que del ni de mi no havia memoria. I como la enemistad quel Marques me tenia e a todos mis amigos e criados fuese tan cruel y mortal, y sobre mi sucedise, quiso efetualla, por la medida con que la usó con mi padre, estando siguro en mi casa gimiendo mi necesidad, esperando el remedio y mercedes que de S. M. era razon que yo alcanzase, mui confiado de gozarlas, haciendo a S. M. servicios como yo lo deseo, fui informado quel Marques trataba mi prendimiento y fin, determinado no quedase en el mundo quien la muerte de mi padre le pidiese, y acordandome que para darsela hallaron testigos a su voluntad, asi como los hallaron para mi, por manera que padre y hijo fueran por un juicio juzgados. Por no dejar mi vida en alverdrio tan diabólico y desatinado, temiendo la muerte, determinado de morir defendiendo mi vida y honra, con los criados de mi padre y amigos, acordé de entrar en su casa y prenderle para escusar mayores daños, pues el juez de S. M. ya venia y a cada uno hiciera justicia; y el marques como persona culpada en la defensa de su prision e persona armada para ella hizo tanto que por desdicha suya fue herido de una herida de que murió luego, y puesto que como hijo de padre a quien el había muerto lo podia recibir por venganza, me pesó tan estrañamente que todos conocieron en mi mui gran diferencia, y por ver que estaba tan poderoso y acatado como era razon no hobo hombre viendolo en mitad del dia que echase mano a espada para ayuda suya ni despues hai hombre que por el responda: parece que se hizo por juicio de Dios y por su voluntad, porque mi deseo no era tan largo que se esten-

diese a mas de conservar mi vida en tanto aquel juez llegaba. E como vi el hecho procuré antes que la cosa mas se encendiese en el pueblo, y que cesasen e secucion de prisiones de personas que ambas opiniones habian seguido, questaban afrontadas, y cesasen crueldades, e hubiese justicia que lo estorbare e castigase, e se tomase cabeza que en nombre de S. M. hiciese justicia e gobernase la tierra. Pareciendo a la república e comunidad de su cibdad e oficiales de S. M. que por los servicios de mi padre e por haber él descubierto e ganado esta tierra me pertenecia mas justamente que a otro la gobernacion de ella, me pidieron por Gobernador y dentro de dos horas consultado e negociado con el cabildo, fui recibido en amor y conformidad de toda la república. Así quedó todo en paz, y tan asentados y serenos los animos de todos, que no hobo mudanza, y todo está pacifico, y todos los pueblos en la misma conformidad y justicia que han estado, y con el ayuda de Dios se asentará cada dia la paz tan bien que de todos sea obedecida por señora, y S. M. será tambien servido como es razon, como se debe: porque acabadas con las opiniones, e parcialidades, e yo e todos pretendemos la poblacion de la tierra y el descubrimiento de ella, porque los tiempos pasados que se han gastado tan mal con alborotos que se han ofrecido, e descuidos que ha habido agora se ganen e se alcancen y cobren, y con este presupuesto esten Vs. Mrds ciertos que está el Perú en sosiego, y que las riquezas se descubririan e irian a poder de S. M. mas acrecentadas e multiplicadas que hasta aqui, ni habrá mas pasion ni movimiento sino toda quietud, amando el servicio de S. M. y su obediencia, aprovechando sus reales rentas. Suplico a Vs. Mrds., pues el caso parece que lo hizo Dios y no los hombres, ni yo lo quise asi como Dios lo hizo por su juicio secreto, e como tengo dicho la tierra está sosegada, y todos en paz, Vs. Mrds. por el presente manden suspender qualquiera novedad, pues la tierra se conservará como está e será S. M. mui servido, e despues que todas las jentes que no tienen vecindades las tengan, e otros vayan a poblar e descubrir, podrán proveer lo que conviniere, y es tiempo que la tierra Españoles y naturales no recivan mas alteracion, pues no pretenden sino sosiego y quietud, y poblar la tierra y servir a S. M., porque con este deseo todos estamos y estaremos, y de otra manera crean Vs. Mrds. que de nuevo la tierra se revuelve e inquieta, porque de las cosas pasadas vnos y otros han pretendido cada vno su fin, e sino descansan de los trabajos que han padecido con tantas persecuciones de buena ni de mala perdiendose no terná S. M. della cuenta, e los naturales se destruirian e no asentaran en sus casas, e perecerán mas de los que han perecido; e conservar estos e conservar la tierra y los vecinos y moradores della todo es vno. I pues en tanta conformidad yo tengo la tierra e con voluntad de todos fui elegido por Gobernador, porque mas obediencia haya e la justicia mas acatada sea, y entiendan que me han de acatar y obedecer en tanto que S. M. otra cosa manda, porque de lo pasado yo le embio aviso, suplico a Vs. Mrds. manden despachar desa Audiencia Real vna cedula para que todos me obedezcan i tengan por Gobernador, por que así mas sosegados ternán todos los ánimos, i mas i mejor se hará el servicio de S. M., i terná mas paz la tierra, e confundirse han las voluntades que se quisieren levantar contra esto; e sino lo mandasen Vs. Mrds. proveer en tanto que S. M. declara su real voluntad, podria ser que por

parte de alguna gente que por acá nunca faltan mas amigo de pasiones que de razon, que se levantara algun escandalo de que Dios i S. M. fuesen mas deservidos. Nuestro Señor las mui magnificas personas de Vs. Mrds. guarde tan prosperamente como desean. Destos Reyes a 14 de julio de 1544 años. Beso las manos de Vs. Mrds., Don Diego de Almagro.

NUM. XIII. — VÉASE EL TOMO II, PAJ. 57.

Carta del ayuntamiento de Arequipa al emperador: desde San Juan de la Frontera a 24 de setiembre de 1542.

(Los valerosos vecinos de Arequipa dieron eficaz ayuda al gobernador en su contienda con Almagro, y su carta firmada por el ayuntamiento es uno de los documentos mas auténticos para la historia de esta guerra civil. El original existe en el archivo de Simancas).

S. C. C. M.—Aunque de otros muchos terná V. M. aviso de la vitoria que en ventura de V. M. i buena diligencia y animo del Governador Vaca de Castro se ovo del tirano Don Diego de Almagro e sus secuazes, nosotros el cabildo i vecinos de Arequipa le queremos tambien dar, porque como quien se halló en el peligro, podremos contar de la verdad como pasó.

Desde Xauxa hicimos relacion a V. M. de todo lo sucedido hasta entonces, i de los preparamientos que el governador tenia proveidos para la guerra de allí. Salió con toda la jente en orden i se vino a esta ciudad de S. Joan de la frontera, donde tuvimos nuevas como el traidor de Don Diego de Almagro estava en la provincia de Bilcas, que es onze leguas desta cibdad, que venia determinado con su dañada intencion a darnos la batalla. En este comedio vino Lope Diazquez del real de los traidores, i dió al Governador una carta de Don Diego, i otra de doze capitanes, mui desvergonzados de fieros i amenazas; i el Governador, con zelo de que no oviese tantas muertes entre los vasallos de V. M. como siempre fué su intento de ganar el juego por maña, acordó de tornarles a enbiar al dicho Lope Diazquez i a Diego de Mercado Fator de la nueva Toledo, para ver si los podian reducir i atraer al servicio de V. M., i fueron tan mal rescibidos que quando escaparon con las vidas se tuvieron por bien librados. La respuesta que le dieron fué que no querian obedecer las provisiones reales de V. M. sino darle la batalla, i luego alzaron su real i caminaron para nosotros. Visto esto el Governador sacó su real deste pueblo i caminó contra ellos dos leguas, donde supo que los traidores estavam a tres, en un asiento fuerte i comodo para su artilleria. El governador acordó de los guardar allí, donde le tomó la voz, porque era llano i lugar fuerte al nuestro propósito. Como esto vieron los traidores, sábado que se contaron diez i seis de setiembre, se levantaron de donde estavam. i caminaron por lo alto de la sierra i vinieron una legua de nosotros, i sus corredores vinieron a ver nuestro asiento. Luego el Governador provio que por una media loma fuese un capitan con cinquenta arcabuceros, i otros con cinquenta lanzas a tomar lo alto, i sucedió tambien que sin ningun riesgo se tomó, i luego todo el exercito de V. M. lo subio. Visto esto, los enemigos, que estarian tres quartos de legua, procuraron de buscar campo donde nos dar la batalla, i así le tomaron a su propósito i asentaron su artilleria i concerta-

ron sus esquadrones, que eran ducientos i treinta de cavallo, en que venian cinquenta hombres de armas: la infanteria eran ducientos arcabuceros i ciento i cinquenta piqueros, todos tan lucidos e bien armados, que de Milan no pudieran salir mejor aderezados: el artilleria eran seis medias culebrinas de diez a doce pies de largo, que echavan de bateria una naranja: tenian mas otros seis tiros medianos todos de fruslera, tan bien aderezados y con tanta municion, que mas parecia artilleria de Italia que no de Indias. El governador vista su desvergüenza la jente en orden, despues de haver hecho los razonamientos que convenian, diciéndonos que viesemos la desvergüenza que los traidores tenian y el gran desacato a la corona real, caminó a ellos, y llegando a tiro donde su artilleria podia alcanzar jugó luego en nosotros, que la nuestra por ser mui pequeña e ir caminando, no nos podimos aprovechar della de ninguna cosa, y asi la dejamos por popa. Matarnos hian antes que llegasemos a romper con ellos mas de 30 hombres, y siempre con este daño que rescebiamos, caminamos hasta nos poner a tiro de arcabaz, donde de una parte y de otra jugaron y se hizo de amas partes arto daño, y lo mas presto que nos fué posible porque su artilleria aun nos echaba algunas pelotas en nuestros esquadrones; cerramos con ellos, donde duró la batalla de lanzas, porras y espadas mas de una grande hora; fué tan reñida y porfiada que despues de la de Revena no se ha visto entre tan poca jente mas cruel batalla, donde hermanos a hermanos, ni deudos a deudos, ni amigos a amigos no se davan vida uno a otro. Finalmente como llevasemos la justicia de nuestra parte, nuestro Señor en ventura de V. M. nos dió vitoria, y en el denuedo con que acometió el governador Baca de Castro el cual estaba sobresaliente con treinta de cavallo, armado en blanco con una ropilla de brocado sobre las armas con su encomienda descubierta en los pechos, contra el qual estaban conjurados muchos de los traidores pero él como cavallero se les mostró y defendió tan bien que para hombre de su edad y profesion, estamos espantados de lo que hizo y trabajo y como rompio con sus sobresalientes; luego desampararon el campo y conseguimos gloriosa vitoria, la qual estuvo harto dudosa, porque si eramos en número ciento mas que ellos, en escojer el campo y artilleria y hombres de armas y arcabuzes nos tenian doblada ventaja. Fué bien sangrienta de entramas partes, y si la noche no cerrara tan presto, V. M. quedara bien satisfecho destes traidores; pero lo que no se pudo entonces hacer, ahora el governador lo hace, desquartizando cada dia a los que se escapan. Murieron en la batalla de los nuestros el capitán Per Alvarez Holguin y otros sesenta cavalleros y hidalgos; y están heridos de muerte Gomez de Tordoya y el capitán Peranzures y otros mas de ciento. De los traidores murieron ciento e cinquenta, y mas de otros tantos endor; presos están mas de ciento y cinquenta. Don Diego y otros tres capitanes se escaparon. Cada ora se traen presos: esperamos que un dia se habrá don Diego a las manos porque los Indios como villanos de Italia los matan y traen presos. V. M. tenga esta vitoria en gran servicio porque puede creer que agora se acabó de ganar esta tierra y ponerla debaxo del cetro real de V. M. y que esta ha sido verdadera conquista y pacificacion della, y así es justo que V. M. como gratisimo principe gratifique y haga mercedes a los que se la dieron; y al governador Baca de Castro perpetuarle en ella en entra-

mas governaciones no dividiendo nada dellas porque no hai otra batalla; y a los soldados y vecinos que en ella se hallaron, remunerarles sus trabajos y perdidas que han recibido por reducir estos reinos a la corona real de V. M., y mandando castigar a los vecinos que oyendo la voz real de S. M. se quedaron en sus casas granjeando sus repartimientos y haciendas, porque gran sin justicia seria, sacra M., que bolviendo nosotros a nuestras casas pobres y mancos de guerra de mas de un año, hallasemos a los que se quedaron sanos y salvos y ricos y que a ellos no se les diese pena ni a nosotros premio ni galardón, y esto seria ocasion para que si otra vez oviese otra rebellion en esta tierra o en otra no acudiesen al servicio de V. M. como seria razon y somos obligados. Todos tenemos por cierto, que el Governador Baca de Castro lo hará así, y que en nombre de V. M. a los que le han servido hara mercedes y a los que no acudieron a servir a V. M. castigará. S. C. C. M. Dios todo poderoso acreciente la vida de V. M., dandole vitoria contra sus enemigos, porque sea acrecentada su santa fee, amen. De San Joan de la frontera a 24 de Septiembre de 1542 años.— Besan las manos i pies de V. M. sus leales vasallos,—Hernando de Silva,—Pedro Picarro,—Lucas Martinez,—Gomez de Leon,—Hernando de Torre, Lope de Alarcon,—Juan de Arves,—Juan Flores, Juan Ramirez,—Alonso Buelte,—Melchior de Ceruanles,—Martin Lopez,—Juan Crespo,—Francisco Pinto,—Alonso Rodriguez Picado.

NUM. XIV. -- VÉASE EL TOMO II, PAJ. 403.

Sentencia de Gonzalo Pizarro en Xaquixaguana a 19 de abril de 1548.

(Este documento está tomado del manuscrito original de la historia de Zárate que se conserva en el archivo de Simancas. Muñoz ha hecho de él varios extractos para mostrar que la historia impresa de Zárate ha sufrido considerables alteraciones tanto en los hechos como en el estilo. El ejemplar impreso está preparado con mas consideraciones: varias circunstancias, demasiado claramente detalladas en el original, es tan suprimidas, y el estilo y disposicion de la obra muestran una mano mas fastidiosa y práctica. Estas circunstancias han conducido a Muñoz a suponer que la crónica antes de su publicacion fué sometida a la revision de algunos escritores mas experimentados, y una correspondencia que despues halló en el Escorial entre Zárate y Florian de Ocampo, le hace inferir que el último hizo este servicio al primero. Pero por mas que pueda haber ganado la obra impresa como composicion literaria, como libro de referencia y autoridad es mejor la manuscrita, que parece no tiene tanta penetracion, o a lo menos que no se calcularon tanto las consecuencias. Así su valor para la historia conduce a Muñoz en una nota a sus fragmentos a anunciar su propósito de publicar todo el manuscrito.)

Vista e entendida por nos el Mariscal Francisco de Albarado, maestre de campo deste real exercito, el Licenciado Andres de Ciauca, oidor de S. M. destes reinos, e subdelegados por el mui ilustre Señor el Licenciado Pedro de la Gazca, del consejo de S. M. de la Santa Inquisicion, Presidente destes reinos e provincias del Perú, para lo infra escripto, la notoriedad de los muchos graves e atroces delitos que Gonzalo Pizarro ha cometido e consenti-

do cometer a los que le han seguido, despues que a estos reinos ha venido el Visorrey Blasco Nuñez Vela, en deservicio e desacato de S. M. e de su preminencia e corona real, e contra la natural obligacion e fidelidad que como su vasallo tenia e devia a su Rei e Señor natural, e de personas particulares, los cuales por ser tan notorios del dicho no se requiere orden ni tela de juicio, mayormente que muchos de los dichos delitos consta por confesion de dicho Gonzalo Pizarro e la notoriedad por la informacion que se ha tomado, e que combiene para la pacificacion destos reinos e exemplo con brevedad hacer justicia del dicho Gonzalo Pizarro.

Fallamos atento lo susodicho junta la disposicion del derecho, que devemos declarar e declaramos el dicho Gonzalo Pizarro haver cometido crimen laesae majestatis contra la corona real de España en todos los grados e causas en derecho contenidas despues que a estos reinos vino el Virrey Blasco Nuñez Vela, e asi le declaramos e condenamos al dicho Gonzalo Pizarro por traidor, e haver incurrido él e sus descendientes, nacidos despues quel cometió este dicho crimen e traicion los por linea masculina hasta la segunda jeneracion, e por la femenina hasta la primera, en la infamia e inhabilidad e inhabilidades, o como a tal condenamos al dicho Gonzalo Pizarro en pena de muerte natural, la qual le mandamos que sea dada en la forma siguiente: que sea sacado de la prision en questa caballero en una mula de silla atados piés e

manos, e traído publicamente por este real de S. M. con voz de pregonero que manifieste su delito, sea llevado al tablado que por nuestro mandado esta fecho en este real, e allí sea apeado e cortada la cabeza por el pescuezo, e despues de muerta naturalmente, mandamos que la dicha cabeza sea llevada a la ciudad de Los Reyes como ciudad mas principal destos reinos, e sea puesta e clavada en el rollo de la dicha ciudad con un retullo de letra gruesa que diga: «Esta es la cabeza del traidor de Gonzalo Pizarro, que se hizo justicia del en el valle de Aquixaguan, donde dió la batalla campal contra el estandarte real; queriendo defender su traicion e tiranía; ninguno sea osado de la quitar de aquí so pena de muerte natural.» E mandamos que las casas quel dicho Pizarro tiene en la cibdad del Cuzco... Sean derribadas por los cimientos e aradas de sal; e a donde agora es la puerta sea puesto un letrero en un pilar, que diga, «Estas casas eran de Gonzalo Pizarro, las quales fueron mandadas derrocar por traidor, e ninguna persona sea osado dellas tornar a hacer i edificar sin licencia espresa de S. M., so pena de muerte natural.» E condenamosle mas en perdimiento de todos sus bienes, de cualquier calidad que sean e le pertenezcan, los quales aplicamos a la camara e fisco de S. M. e en todas las otras penas que contra los tales están instituidas. E por esta nuestra sentencia definitiva juzgamos e asi lo pronunciamos e mandamos en estos escritos e por ellos.—Alonso de Albarado; el Licenciado Ciauca.

FIN DE LOS APÉNDICES.

decimientos de su ejército.--Crueldad con sus aliados indios.--Es alcanzado por Rodrigo Orgoñez.--Recibe malas noticias del Sur.--Vuelta por el desierto de Atacama.--Muchos mueren en las arenas--Llega cerca del Cuzco.--Batallas con las tropas del Inca.--Reclama jurisdicción sobre el Cuzco.--Toma posesión de la ciudad.--Se apodera de Hernando y Gonzalo Pizarro.--Orgoñez le aconseja que los mande matar.--Marcha contra Alonso de Alvarado.--Batalla de Abancay.--Almagro le derrota y le hace prisionero.--Vuelve al Cuzco.--Grande alarma de Pizarro.--Envía a Espinosa para negociar.--Muerte de este emisario.--Crítica situación de los hermanos de Pizarro.--Almagro sale del Cuzco para la costa.--Acalorada conferencia con Francisco Pizarro.--Irritación de Almagro--Políticas concesiones de Pizarro.--Tratado concluido entre ambos.--Hernando es puesto en libertad.

CAPITULO II PAJ.

PRIMERA GUERRA CIVIL.--ALMAGRO SE RETIRA AL CUZCO.--BATALLA DE LAS SALINAS.--CRUELDADE DE LOS CONQUISTADORES.--PROCESO Y EJECUCION DE ALMAGRO.--SU CARÁCTER..... 28

Resúmen.

Pizarro se prepara para la guerra.--Rompe traidamente el tratado.--Almagro imposibilitado por su enfermedad.--Se retira al Cuzco.--Orgoñez toma el mando de las tropas --Hernando Pizarro marcha contra él.--Composición de su ejército.--Su orden de batalla.--Ataca a Orgoñez.--Sangrienta batalla de las Salinas.--Heroísmo y muerte de Orgoñez.--Derrota del ejército.--Almagro es hecho prisionero.--Asesinato de Pedro de Lerma.--Hernando ocupa el Cuzco.--Enfermedad y apuros de Almagro.--Se le forma causa.--Es sentenciado a muerte.--Sus encarecidas súplicas.--Nombrá sucesor a su hijo.--Es ahorcado en la prision.--Su carácter.--Su jéno franco y liberal.--Su desgraciada conexión con Pizarro.

CAPITULO III. PAJ.

PIZARRO VISITA DE NUEVO AL CUZCO.--HERNANDO VUELVE A CASTILLA.--SU LARGA PRISION.--COMISIONADO ENVIADO AL PERU.--HOSTILIDADES CON EL INCA.--ACTIVA ADMINISTRACION DE PIZARRO..... 34

Resúmen.

Pizarro marcha al Cuzco.--Sabe la muerte de Almagro.--Su intervencion en ella.--Su arrogante conducta.--Su gran parcialidad para con su familia.--Hernando vuelve con grandes riquezas a España.--Avisos que dió a su hermano.--Es recibido con frialdad en la corte.--Es reducido a prision.--Pasa en ella muchos años.--Su carácter.--Anarquía en el Perú.--Comisionado enviado por la corona.--Vaca de Castro llega al Perú.--Guerra con el Inca Manco.--Crueldad de Pizarro con una de sus mujeres --Pizarro funda establecimientos en el Perú.--Su viaje a Lima.--Su eficaz administracion.--Gonzalo Pizarro es enviado a Quito.--Carácter de este jefe.

CAPITULO IV. PAJ.

ESPECION DE GONZALO PIZARRO--PASO POR LAS MONTAÑAS.--DESCUBRIMIENTO DEL RIO NAPO.--INCREDIBLES PADERCIENTOS --ORELLANA BAJA POR EL RIO DE LAS AMAZONAS.--DESESPERACION DE LOS ESPAÑOLES.--VUELTA DE LOS QUE SOBREVIVEN A QUITO..... 38

Resúmen.

Especion a las Canelas.--Gonzalo se pone a la cabeza.--Tempestuoso tiempo durante la marcha.--Florestas enormes.--Miserias y padecimientos de los españoles.--Llegan a las orillas del Napo.--Asombrosa catarata.--Paso peligroso del rio.--Construyen un bergantín.--Orellana toma el mando.--Llegan a las orillas de las Amazonas.--Maravilloso viaje de Orellana.--Suerte que tuvo despues.--Desesperada situación de los españoles.--Valeroso espíritu de Gonzalo Pizarro. Su vuelta por los bosques.--Espantosa mortandad --Lós que sobreviven entran en Quito.

CAPITULO V. PAJ.

FACCION DE ALMAGRO.--SU DESESPERADA SITUACION.--CONSPIRACION CONTRA FRANCISCO PIZARRO.--ASELINATO DE PIZARRO.--ACTOS DE LOS CONSPIRADORES.--CARACTER DE PIZARRO..... 43

Resúmen.

Política de Pizarro con los de Chile.--Su pobre situación.--Pizarro les trata con desprecio.--Su desafección.--Conspiracion contra Pizarro.--Llega el complot a sus oídos.--Su estraña insensibilidad.--Es atacado en su palacio --Le abandonan sus amigos.--Su serenidad e intrepidez.--Su defensa desesperada.--Su muerte.--Actos de los conspiradores.--Suerte de los restos de Pizarro.--Su familia.--Su apariencia personal.--Su liberalidad.--Su falta de educacion.--Su valor y constancia.--Su ánimo inflexible.--Comparacion con Cortés.--El trato que dió a los indios.--Su falta de relijion.--Su avaricia y ambicion.--Circunstancias atenuantes.

CAPITULO VI. PAJ.

MOVIMIENTOS DE LOS CONSPIRADORES.--SE ADELANTA VACA DE CASTRO.--ACTOS DE ALMAGRO.--MARCHA DEL GOBERNADOR.--LAS FUERZAS DE AMBOS SE APROXIMAN.--SANGRIENTAS LLANURAS DE CHUPAS.--CONDUCTA DE VACA DE CASTRO..... 50

Resúmen.

Llegada de Vaca de Castro.--Dificultades de su situación.--Toma las riendas del gobierno.--Almagro se fortifica en Lima.--Muerte del arzobispo Valverde.--Su fanatismo.--Irresolucion de Almagro.--Muerte de Juan de Rada.--Almagro ocupa el Cuzco.--Manda dar muerte a Garcia de Alvarado.--Sus enérgicas operaciones.--Sus vanas tentativas para entrar en tratos.--Su alocucion a las tropas.--Sus fuerzas.--Marcha contra Vaca de Castro --Marcha del gobernador.--Su política.--Su llegada a Lima.--Reune su ejército en Xauxa.--Rehusa el auxilio de Gonzalo Pizarro.--Entra en negociaciones con Almagro --Son desechadas sus proposiciones.--Ocupa las llanuras de Chupas.--Almagro se adelanta.--El gobernador forma su ejército en orden de batalla.--Alocucion a sus soldados.--Disposiciones de Almagro.--Francisco de Carbajal.--Manda el ejército real.--Sangrienta batalla.--Valor de Garbajal.--Llega la noche durante el combate.--El ejército de Almagro retrocede.--Sus heroicos esfuerzos.--Es hecho prisionero.--Número de muertos.--Ejecucion de Almagro.--Su carácter.--Gonzalo Pizarro en el Cuzco.--Leyes para el gobierno de las colonias.--Sábía conducta de Vaca de Castro.

CAPITULO VII. PAJ.

ABUSOS DE LOS CONQUISTADORES.--CÓDIGO PARA LAS COLONIAS.--GRAN ESCITACION EN EL PERU.--EL VIREY BLASCO NUÑEZ.--SU SEVERA POLÍTICA.--OPOSICION QUE LE HACE GONZALO PIZARRO..... 60

Resúmen.

Precaria situación de los indios.--Conducta brutal de los conquistadores.--Sus devastaciones.--Reclamaciones del gobierno.--Esfuerzos caritativos de Las Casas.--Reales ordenanzas.--Virei y audiencia en el Perú --Gran conmocion en las colonias.--Ansiedad de Vaca de Castro.--Los colonos se dirijen a Gonzalo Pizarro.--El virei Blasco Nuñez Vela.--Su llegada al nuevo Mundo.--Sus medidas arbitrarias.--Consternacion del país.--Gonzalo Pizarro vuelve al Cuzco.--Toma el título de Procurador.--Sus miras ambiciosas.

CAPITULO VIII PAJ.

LLEGADA DEL VIREI A LIMA.--GONZALO PIZARRO SALE DEL CUZCO.--MUERTE DEL INCA MANCO.--CONDUCTA IMPRUDENTE DEL VIREI.--ES PRESO Y DESTITUIDO POR LA AUDIENCIA.--GONZALO PIZARRO ES PROCLAMADO GOBERNADOR DEL PERU..... 65

Resúmen.

Blasco Nuñez, el virei, entra en Lima.--Su conducta impolitica.--Descontento de los colonos.--Gonzalo Pizarro reúne un ejército.--Sale del Cuzco.--Muerte del Inca Manco.--Perplejidad de Gonzalo Pizarro.--Le tranquiliza el favor popular.--Carácter desconfiado del virei.--Confina a Vaca de Castro.--Se prepara para la guerra.--La audiencia llega a Lima.--Desaprueba los actos del virei.--Asesinato de Suarez de Carbajal.--Temerario designio del virei.--La audiencia impide su ejecución.--El virei es preso en su palacio.Es enviado a España.--Gonzalo Pizarro reclama el gobierno.--Crueldad de Carbajal.--Accede la audiencia a las exigencias de Pizarro.--Pizarro entra triunfante en Lima.--Es proclamado gobernador.--Regocijos públicos.

CAPITULO IX.

PAJ.

MEDIDAS DE GONZALO PIZARRO.--EVASION DE VACA DE CASTRO.--REAPARICION DEL VIREI.--SU DESASTROSA RETIRADA.--SU DERROTA Y SU MUERTE.--GONZALO PIZARRO DUEÑO DEL PERÚ..... 70

Resúmen.

Gonzalo Pizarro establece su autoridad.--Vaca de Castro se fuga a España.--Es puesto en prision.--Desembarca el virei Blasco Nuñez.--Reune tropas en San Miguel.--Gonzalo marcha contra él.--Le sorprende de noche.--Le persigue por los montes.--Terribles padecimientos de ambos ejércitos.--Desafeccion entre la jente del virei.--Hace matar a varios caballeros --Entra en Quito.--Es perseguido hasta Popayan.--Se le une Benalcazar.--Estratagemas de Pizarro.--Blasco Nuñez se acerca a Quito.--Intenta sorprender a Gonzalo.--Determina darle batalla.--Arenega a sus tropas.--Inferioridad de sus fuerzas.--Batalla de Añaquito.--Queda el virei derrotado.--Es muerto en el campo.--Gran matanza de sus tropas.--Carácter de Blasco Nuñez.--Dificultades de su posicion.--Moderacion de Gonzalo Pizarro.--Su triunfal marcha a Lima.--Queda dueño absoluto del Perú.--Carbajal persigue a Centeno.--Laborea las minas del Potosí.--Ostentacion de Pizarro.--Le aconsejan que se declare independiente.--Se niega a ello.--Noticias críticas de Herrera y Gomara.--Vida y escritos de Oviedo.--Id. de Cieza de Leon.

LIBRO V.

ARREGLO DEL PAIS.

CAPITULO I.

PAJ.

GRAN SENSACION EN ESPAÑA.--PEDRO DE LA GASCA.--PRIMERA ÉPOCA DE SU VIDA.--SU MISION AL PERÚ.--SU POLÍTICA CONDUCTA.--SUS OFERTAS A PIZARRO.--GANA LA ESCUADRA..... 80

Resúmen.

Consternacion en España.--Perplejidad del gobierno.--Se adoptan medidas conciliadoras.--Pedro de la Gasca.--Noticias de sus primeros años.--Es elegido para ir al Perú.--Recibe instrucciones del gobierno.--Pide facultades ilimitadas.--El emperador se las concede.--Rehusa la mitra que le ofrecen.--Se embarca en San Lúcar.--Estado del Perú.--Gasca llega a Nombre de Dios.--Su humilde aspecto.--Altrae a Mexia a su partido --Prudente acogida que le hace Hinojosa.--Gasca distribuye cartas por todo el país.--Envía comunicaciones a Pizarro.--Sus cartas a este y a Cepeda.--Es detenido en Panamá.--Se niega a emplear medidas violentas.--Secreta ansiedad de Pizarro.--Envía a Aldana a España. Entrevista de Aldana con Gasca.--Aldana abraza la causa del rei.--Hinojosa rinde a Gasca la escuadra.--Triunfo de la política moderada de Gasca.

CAPITULO II.

PAJ.

GASCA REUNE SUS FUERZAS.--DESERCION EN LAS FILAS DE LOS PARTIDARIOS DE PIZARRO.--ESTE REFUERZA SUS TROPAS.--AJITACION EN LIMA.--PIZARRO ABANDONA LA CIUDAD.--GASCA SALE DE PANAMÁ.--SANGRIENTA BATALLA DE HUARINA..... 87

Resúmen.

Gasca busca refuerzos y fondos.--Aldana es enviado con una escuadra a Lima.--Influencia de las proclamas de Gasca.--Cambio de sentimientos en el país.--Carta de Gasca a Pizarro --Opiniones de Carbajal y Cepeda.--Centeno proclama en el Cuzco la autoridad de la corona.--Activas medidas de Gonzalo.--Equipa lujosamente su ejército.--Se hace desconfiado y violento.--Aldana llega a Lima.--Desercion en las filas de Gonzalo.--Incertidumbre de este.--Sale de Lima.--Tempestuoso viaje de Gasca.--Desembarca en Tumbes.--Acampa en Xauxa.--Gonzalo resuelve retirarse a Chile.--Centeno le intercepta el paso.--Pizarro se adelanta hasta el lago de Titicaca.--Avistáanse los dos ejércitos en Huarina.--Inferioridad de las fuerzas rebeldes.--Los arcabuceros de Carbajal.--Batalla de Huarina.--La caballeria de Centeno arrolla a la enemiga.--Crítica situación de Pizarro.--Los arcabuceros de Carbajal recobran el terreno perdido.--Victoria decisiva de los rebeldes.--Gran pérdida por ambas partes.--Evasion de Centeno.--Gonzalo Pizarro entra triunfante en el Cuzco.

CAPITULO III.

PAJ.

DESALIENTO EN EL CAMPO DE GASCA.--SUS CUARTELES DE INVIERNO.--CONTINÚA SU MARCHA.--ATRAVIESSA EL APURIMAC.--CONDUCTA DE PIZARRO EN EL CUZCO.--ACAMPA CERCA DE LA CIUDAD.--DERROTA DE XAQUIXAGUANA..... 95

Resúmen.

Consternacion en el campo real.--Enérgicas medidas del presidente.--Marcha a Andaguaylas.--Llega a unirsele Valdivia de Chile.--Esceleste situación de las tropas de Gasca.--Sale para el Cuzco.--Difícil paso de los Andes.--Echa un puente sobre el Apurímac.--Gran riesgo al pasar el río.--Peligrosa subida de la sierra.--Acampa en las alturas.--Neglijencia de Pizarro.--Sábío consejo de Carbajal.--Es desechado por Pizarro.--Acosta marcha a defender los flechilladeros.--Sus tardios movimientos.--Valle de Xaquixaguana.--Pizarro le elije para campo de batalla.--Toma posición en él.--Se acerca el ejército real.--Escaramuza en las alturas.--El presidente teme un ataque de noche.--Se forman los ejércitos en batalla.--Marcial presencia de Gonzalo.--Desercion de Cepeda.--Siguen otros su ejemplo.--Se apodera el terror de los rebeldes.--Se dispersan.--Pizarro se rinde prisionero.--Gasca le recibe con dureza.--Captura de Carbajal.--Gran botin hallado por los vencedores.

CAPITULO IV.

PAJ.

EJECUCION DE CARBAJAL.--GONZALO PIZARRO ES DECAPITADO.--DESPOJOS DE LA VICTORIA.--SABIAS REFORMAS DE GASCA.--VUELVE A ESPAÑA.--SU MUERTE Y SU CARACTER..... 103

Resúmen.

Sentencia de los presos.--Indiferencia de Carbajal.--Su ejecución.--Sus primeros años.--Atrocidades que cometió en el Perú. Sus mordaces respuestas.--Su ciencia militar. Ejecucion de Gonzalo Pizarro.--Su conducta en el cadalso.--Confiscacion de sus bienes--Historia de sus primeros años.--Su brillante exterior.--Su falta de educacion.--Suerte de Cepeda.--Id. de los oficiales de Gonzalo.--Gasca ocupa el Cuzco.--Dificultades para las recompensas--Su carta al ejército.--Valor de los repartimientos.--Murmuraciones de los soldados.--El presidente se traslada a Lima.--Su solicitud por el bien de los indios.--Suprime la esclavitud en las colonias.--Introduce benéficas reformas.--La tranquilidad queda restablecida en el país.--Gas-

ca rehusa muchos presentes.—Se embarca para Panamá.—
Está a punto de ser asesinado.—Sale de Nombre de Dios.
—Llega con su tesoro a Sevilla.—El emperador le recibe
perfectamente.—Le nombra obispo de Sigüenza.—Muer-
te de Gasca.—Su aspecto personal.—Admirable combina-
ción de sus cualidades.—Su sensatez.—Su rectitud y valor
moral.—Reflexiones finales.—Noticia crítica de Zárate.—
Vida y escritos de Fernandez.

APÉNDICES.

DOCUMENTOS, ORIJINALES.

Resúmen. 415

Desc ripton de los viajes de los Incas.—Noticia del gran
camino entre Quito y el Cuzco.—Política del Inca en sus

descubrimientos de los Incas.—Noticia del gran
camino entre Quito y el Cuzco.—Política del Inca en sus

descubrimientos de los Incas.—Noticia del gran
camino entre Quito y el Cuzco.—Política del Inca en sus

descubrimientos de los Incas.—Noticia del gran
camino entre Quito y el Cuzco.—Política del Inca en sus

descubrimientos de los Incas.—Noticia del gran
camino entre Quito y el Cuzco.—Política del Inca en sus

descubrimientos de los Incas.—Noticia del gran
camino entre Quito y el Cuzco.—Política del Inca en sus

descubrimientos de los Incas.—Noticia del gran
camino entre Quito y el Cuzco.—Política del Inca en sus

descubrimientos de los Incas.—Noticia del gran
camino entre Quito y el Cuzco.—Política del Inca en sus

conquistas.—Testamento de Manco Sierra Lejesema.—
Entrevista entre Pedrarias y Almagro.—Contrato de Pi-
zarro con Almagro y Luque.—Capitulacion entre la rei-
na y Pizarro.—Noticias de la captura de Atahualpa.—
Noticias de las costumbres personales de Atahualpa.—
Noticias de la ejecucion de Atahualpa.—Contrato entre
Pizarro y Almagro.—Carta del jóven Almagro a la au-
diencia.—Carta del ayuntamiento de Arequipa a Carlos
V.—Sentencia de Gonzalo Pizarro.



Carta del jóven Almagro a la audiencia.—Carta del ayuntamiento de Arequipa a Carlos V.—Sentencia de Gonzalo Pizarro.

Carta del jóven Almagro a la audiencia.—Carta del ayuntamiento de Arequipa a Carlos V.—Sentencia de Gonzalo Pizarro.

Carta del jóven Almagro a la audiencia.—Carta del ayuntamiento de Arequipa a Carlos V.—Sentencia de Gonzalo Pizarro.

Carta del jóven Almagro a la audiencia.—Carta del ayuntamiento de Arequipa a Carlos V.—Sentencia de Gonzalo Pizarro.

Carta del jóven Almagro a la audiencia.—Carta del ayuntamiento de Arequipa a Carlos V.—Sentencia de Gonzalo Pizarro.

Carta del jóven Almagro a la audiencia.—Carta del ayuntamiento de Arequipa a Carlos V.—Sentencia de Gonzalo Pizarro.

Carta del jóven Almagro a la audiencia.—Carta del ayuntamiento de Arequipa a Carlos V.—Sentencia de Gonzalo Pizarro.

Carta del jóven Almagro a la audiencia.—Carta del ayuntamiento de Arequipa a Carlos V.—Sentencia de Gonzalo Pizarro.

FIN DEL INDICE.

AREQUIPO DEL PAIS.

CAPITULO I.

Gran descubrimiento de la Sierra de la Cruz.—Noticia del gran camino entre Quito y el Cuzco.—Política del Inca en sus descubrimientos.

Gran descubrimiento de la Sierra de la Cruz.—Noticia del gran camino entre Quito y el Cuzco.—Política del Inca en sus descubrimientos.

Gran descubrimiento de la Sierra de la Cruz.—Noticia del gran camino entre Quito y el Cuzco.—Política del Inca en sus descubrimientos.

Gran descubrimiento de la Sierra de la Cruz.—Noticia del gran camino entre Quito y el Cuzco.—Política del Inca en sus descubrimientos.

E 20174

